



# El séptimo niño

Erik Valeur



Un antiguo orfanato, siete cartas  
anónimas, una misteriosa desaparición

1/2  
m  
oL  
o  
la a  
a  
pr  
u r  
oc  
e m  
A<sup>o</sup> f il e  
s  
l<sup>g</sup>  
r u j  
e<sub>e</sub> a ,  
m o  
Un s  
l r  
pr u p n

o  
K  
l  
i  
p



E

**E**

e



2

r

Título original: *Det syvende barn*

Erik Valeur, 2011

Traducción: Juan Mari Mendizábal Sarasúa

Diseño de cubierta: Elsa Suárez

Editor digital: macjaj

ePub base r1.2



# Personajes principales de la novela

**Ole Almind-Enevold:** Ministro nacional y candidato al puesto de primer ministro.

**Orla Berntsen:** Licenciado en Derecho, en la actualidad es el jefe de Gabinete del Ministerio Nacional.

**Asger Christoffersen:** Aficionado a la cosmología desde niño, trabaja como astrónomo.

**Comisario de policía:** Investigó en su momento el caso de la mujer encontrada muerta en la playa.

**El Curandero:** Jefe de prensa del Ministerio Nacional.

**El Hombre de Grauballe:** Apodo del subsecretario del Ministerio Nacional.

**Susanne Ingemann:** Actual directora del orfanato de Kongslund.

**Gerda Jensen:** Ayudante de Magna Ladegaard.

**Nils Jensen:** Fotógrafo de *Fri Weekend*.

**Inger Marie Ladegaard:** Llamada Marie, hija acogida por la anterior directora de Kongslund,

Magna Ladegaard.

**Magna Ladegaard:** Histórica directora de Kongslund, ahora jubilada.

**Carl Malle:** Jefe de seguridad del ministro nacional y anterior subdirector de la Policía.

**Bjørn Meliassen:** Apodado el Catedrático, es el presidente del consejo de administración de Channel DK.

**Søren Severin Nielsen:** Abogado especializado en casos de asilo para inmigrantes y vecino de Orla durante la infancia.

**Knud Tåsing:** Periodista de *Fri Weekend*.

**Peter Trøst:** Periodista estrella de Channel DK.

**Ane Marie Magdalene Rasmussen:** Conocida como Magdalene, es nieta del hombre que construyó Kongslund y vecina del orfanato.

## Prefacio del autor

### LA CASA DE MARIE

El modo en que di con la nueva información, hasta entonces desconocida, en torno a lo que se conoció como «caso Kongslund» es algo que debe permanecer en secreto.

Esa promesa la he hecho con gran solemnidad, aunque lo considero innecesario, porque la verdad nunca puede ocultarse cuando el Destino tiene planes distintos. Y siempre los tiene.

De todos modos, trataré de reproducir de forma tan simple y precisa como pueda los acontecimientos de los que fue testigo el país durante un breve período. Prefiero no tomar



partido por ninguno de los bandos en unos sucesos que solo un Dios indulgente será capaz de observar con mirada comprensiva; casi estoy oyendo a la famosa directora de Kongslund mascullar ante tales observaciones: «¡Qué diantre tiene que ver Dios en la cuestión!».

En el mundo de ella, habitado durante cincuenta años por decenas de miles de huérfanos, no había ningún Dios compasivo; y todavía menos uno con aspecto de anciano distraído, de cabellos plateados y deseoso de perdonar a la gente.

Allí solo existía la indomable voluntad de las cuidadoras de reparar las consecuencias del egoísmo de las generaciones precedentes, y aquel proyecto estuvo sometido desde el principio a un oscuro destino que funcionaba al margen de toda religión y racionalidad: poner zancadillas era su ocupación favorita; los empujones y las caídas bruscas, su especialidad.

«El Destino es la única fuerza que importa, y se lleva a los hijos de los hombres cuando le

place», solía decir la directora con el entusiasmo que la había hecho famosa, para después cacarear: «¡En esta casa nunca hemos necesitado ni a Dios ni al Diablo!».

Aún recuerdo cómo los niños conteníamos la respiración, hechizados y espantados, ante tales declaraciones; y tal día como hoy me siento inclinado a darle la razón.

A modo de presentación, basta decir que, al igual que los personajes principales de este libro, pasé mis primeros años en el orfanato de Kongslund, y que he regresado allí varias veces, impulsado por una fuerza que nunca he terminado de entender. Debió de ser así como Marie me encontró al final.

He basado el desarrollo del caso en sus minuciosas descripciones, junto con mis propias investigaciones de los hechos, cuyos detalles ella no podía conocer. Eso se refiere sobre todo a los retratos de los seis niños con quienes compartió los primeros meses de su vida en Kongslund, y que

terminaron convirtiéndose en una obsesión para ella.

El juego enigmático acerca del séptimo niño es también, en mi opinión, el relato de esa añoranza, y creo que hasta los psicólogos de Kongslund se habrían mostrado de acuerdo con esa interpretación —si la hubieran conocido— mientras observaban a aquellas criaturas rotas a través de los cristales de sus gafas y del humo de sus pipas.

Solo queda una esperanza: que, a pesar de todo, Marie y el Destino lleguen a ponerse de acuerdo para escribir un epílogo amistoso en el momento en que caiga el telón.

Si ese deseo llega a cumplirse, su viaje no habrá sido en vano. Entonces Marie estará en algún lugar a la sombra, en lo alto de las hayas que en otro tiempo cobijaron al último rey absolutista de Dinamarca, mientras entona la canción de los elefantes azules que solía cantar de niña. Noche tras noche.

Y esta vez no creo que pare hasta llegar al último verso.

*30 de abril de 2011*

«Si encuentras a un amigo, tienes una  
oportunidad,  
Si no encuentras a nadie, te vienes  
abajo».

MAGDALENE, 1969

# Prólogo

## LA MUJER DE LA PLAYA

*Septiembre de 2001*

Encontraron a la mujer en la arena, a mitad de camino entre el hotel Skodsborg y el parque de Bellevue, temprano, la mañana del 11 de septiembre de 2001.

Faltaban unas horas para que el mundo se transformase de modo decisivo, cosa que casi todos los habitantes del globo, de muchos países diferentes, vivieron. Aquella extraordinaria coincidencia tuvo una importancia determinante para el desarrollo posterior del extraño caso, y solo puede entenderse como si al Destino le pareciera una broma situar en el mismo día dos

sucesos tan inusuales.

El más insignificante de los hechos —el danés— pasó al olvido más o menos enseguida, pese a que durante las primeras horas la Policía lo consideró con la mayor seriedad, y en los primeros informes se describió con todo detalle.

Dieron la alarma a las 6.32. La fallecida yacía casi junto a la orilla, con el rostro apretado contra la arena gris sucia, como si hubiera tratado de devorar la playa favorita de los habitantes de Copenhague de un único mordisco voraz. Tenía los brazos doblados hacia atrás y las manos abiertas, y en sus palmas se veían pequeños dibujos de arena, lo que por un momento hizo pensar a los investigadores del homicidio en un asesinato ritual por algún motivo perverso. Pero también podría deberse, como sostuvo alguien, a que el viento del este hubiera levantado un torbellino y la hubiera depositado sobre el cadáver antes de que el sol saliera por el estrecho de Øresund.

Fue alguien de los elegantes palacetes del

cercano barrio de Tårbæk, que había sacado el perro a pasear, quien dio la voz de alarma, espantado. Para los investigadores de la Policía no cabía la menor duda de que la mujer de la playa había muerto en el mismo segundo en que cayó hacia delante. Tenía en la frente un cráter con forma de cono, y el agujero continuaba un buen trecho en el cráneo, y después en el cerebro. Desde allí, la sangre había resbalado por su cabello, mojando la arena junto a ambas sienes.

La Policía Científica encontró cabellos grises en la piedra afilada contra la que se había golpeado, pero el agua salada del estrecho había limpiado la mayor parte de la sangre mucho antes de que encontrasen el cadáver. La muerta no llevaba encima ninguna documentación, aunque su ropa y su reloj de pulsera llevaron después a la Policía a la teoría de que había llegado al país desde Australia, o tal vez Nueva Zelanda; para cuando los investigadores llegaron a esa conclusión era demasiado tarde, porque en ese



momento nadie prestaba ya la menor atención a la mujer.

Era de suponer que alguien profundizaría en el caso, de no haber sido porque todo el mundo se puso patas arriba justo en aquellas horas, y era una coincidencia que nadie de los presentes en el lugar de los hechos pudo tener en cuenta. A la vez que los peritos peinaban la arena que había debajo y en torno a la mujer en busca de pistas decisivas, dos aviones de pasajeros secuestrados volaban hacia el centro de Nueva York, y cualquier otra actividad en este planeta verde perdió importancia. En los días que siguieron, hubo una única imagen que se fijó en el flujo de noticias y en la conciencia de los daneses: la imagen de los rascacielos humeantes contra la silueta de Nueva York y los cuerpos negros que caían, caían y caían sobre la Zona Cero.

Si el caso de la mujer muerta había tenido alguna posibilidad de ocupar titulares en los periódicos daneses, el momento oportuno pasó. La

mayor parte de los medios de comunicación nunca lo mencionó. Dos diarios de pequeña tirada escribieron algunas líneas, y uno de ellos, pasadas ya unas semanas, informó de la decisión policial de cerrar el caso y considerarlo «un incidente fortuito».

Después, la muerta cayó en el olvido.

No logró establecerse su identidad, y los del Departamento de Homicidios de la Jefatura de Policía de Copenhague concluyeron que, de todas formas, no había nadie que la echase de menos, porque nadie se había dirigido a ellos para preguntar sobre ella ni sobre otras personas desaparecidas que se le parecieran; asimismo, los sucesivos requerimientos a nivel internacional nunca dieron resultado alguno. Nadie reconoció la imagen algo macabra del rostro de la mujer muerta que hicieron circular. Nadie reaccionó, y la Policía no tenía ninguna pista que seguir, ni una sola buena idea o simplemente una teoría más o menos razonable con un mínimo de fundamento.

Los registros y las bases de datos no valieron de nada en aquella situación de bloqueo.

Así fue como el Destino se impuso ante los esfuerzos de los mortales, por pura diversión, podría pensarse; pero, a decir verdad, los policías no tuvieron inconveniente en dejar que el caso se olvidara.

Al fin y al cabo, estaban ocurriendo cosas mucho más importantes en el mundo.

Claro que...

Porque unos años más tarde, al comisario de Homicidios que se había encargado de la investigación del caso de la mujer de la playa le hicieron una entrevista para una serie de artículos sobre homicidios sin resolver.

En un momento de la conversación, de pronto mencionó el caso de la mujer de la orilla de la playa entre Skodsborg y Bellevue, que por aquel

entonces estaba olvidado del todo. Había algunas cosas de aquella mañana que siempre lo habían extrañado, detalles pequeños, pero singulares, y en aquel momento el policía, que estaba a punto de jubilarse, expresó de forma espontánea su malestar:

—Si realmente fue un asesinato, me temo que fue obra de una persona muy enferma —declaró—. De hecho, los primeros días temimos que quizá se tratase de los primeros asesinatos en serie de la historia del país.

Lo dijo con voz tenebrosa, algo que, por otra parte, repugnaba al comisario entrado en años, porque le parecía que ese tono no era nada profesional.

El periodista que tenía delante aguzó el oído; no recordaba haber oído jamás nada acerca de un posible asesinato en Bellevue.

Al otro lado de la mesa, el comisario de policía cerró los ojos, como si en su mundo interior estuviera aún contemplando la conocida

playa, mientras recordaba los efectos que los peritos habían señalado y fotografiado en la arena. Después, con el mismo tono sombrío de antes, dijo:

—Al principio nos pareció algo extraño que la mujer, al caer, diera contra la única piedra de cierto tamaño que había en aquel trecho de playa. La única. Fue una extraordinaria mala suerte. Pero era posible, por supuesto..., y tampoco podíamos probar nada.

El periodista asintió en silencio y sacó su grabadora.

El policía hizo como si no hubiera visto el aparato.

—Por supuesto, también nos extrañó que uno de sus ojos estuviera tan destrozado..., mientras que el otro estaba cerrado e intacto, como en un sueño apacible. El primero estaba dañado de tal forma que casi se salía de la cuenca, y no entendíamos cómo la piedra podía haberle producido aquel daño, al menos, no de forma

inmediata, ni aunque se hubiera caído dos veces seguidas. Claro que..., por supuesto que era posible, y por supuesto que podía haberse hecho la lesión en otro lugar, justo antes.

El comisario volvió a abrir los ojos.

—Es probable que la mujer se cayera antes..., aquella noche...

Presentó su hipótesis con una mirada tan insegura que el periodista solo se atrevió a asentir débilmente, por miedo a desviar el avance invisible de aquella sospecha macabra.

El policía llegó a los singulares objetos encontrados, y su voz se hundió un piso más en las sombras.

—Puede que no tuvieran que ver con el hecho en sí —explicó—. Pero en una reducida superficie en torno a la muerta señalamos cuatro objetos que, francamente, nos parecían que estaban... Vamos, que no tenían la menor relación lógica con tomar el sol y relajarse en una playa danesa normal. No obstante, formaban una especie de círculo

alrededor del cadáver, y estaban tan cerca de ella que podría haber alguna relación, y aquello nos puso nerviosos de verdad.

El periodista encendió su pequeña grabadora digital para registrar todo lo que vino a continuación.

—A su derecha, es decir, hacia el sur, había un pequeño libro. A solo un par de metros. Puede que no tuviera que ver con ella. Por otra parte, no se trataba de ningún libro ordinario que se suele relacionar con gente que va a esa playa. El libro estaba escrito por un viejo astrónomo del siglo pasado... Fred Hoyle... *La niebla negra*, de 1958. Era una vieja novela de ciencia ficción que solo puede despertar el interés de un astrofísico. Yo la leí... —Sacudió la cabeza, casi como pidiendo perdón.

El periodista nunca había oído hablar del autor ni de la novela.

—Pero había otra cosa —dijo el viejo policía—. Al oeste del cadáver, algo más arriba en la

playa, había una rama de tilo. Lo que pasa es que no hay ningún tilo en las cercanías. Así que ¿por qué estaba aquella rama allí?

Sacudió de nuevo la cabeza, como para negar un milagro de historia natural, y volvió a asumir la reserva, como debería hacer un policía responsable.

—Pero claro..., algún chaval podía haber recogido la rama y después haberla tirado allí. Lo que pasa es que parecía tan... artificial...

Volvió a quedarse inmóvil un instante, atrapado en el pasado, antes de continuar.

—Pero lo que más nos extrañó de todo fue que la habían cortado con una motosierra, la rama, y luego, claro... —El jefe de Homicidios jubilado volvió a callar y cerró los ojos mientras estudiaba el paisaje interior, donde el cadáver yacía boca abajo y los peritos andaban a cuatro patas sobre la arena de alrededor. Había vuelto a atascarse.

El periodista le acercó la grabadora con un empujón discreto, pero calló por consideración,



como para mostrar que comprendía su malestar. Las ramas de ese grosor no se transportan como una ramita en el pico de una paloma.

—Era muy vieja —dijo al final el comisario, y el toque sombrío de su voz sonó con más claridad que nunca—. Cuando la analizamos, resultó tener muchísimos años.

Sacudió la cabeza por tercera vez.

—Aquella rama no la habían encontrado en el suelo de algún bosque cercano, había pasado muchos años en algún lugar cerrado, y ¿quién diablos se lleva una rama cortada años antes para dejarla en una playa? ¿Por qué iba a hacer nadie tal cosa?

El periodista no tenía respuesta para ninguna de las preguntas, y quedó a la espera.

—Y al este..., hacia la orilla, a unos metros de su cabeza, encontramos un trozo de cuerda, pero no era un trozo de cuerda normal. Parecía un lazo de ahorcado, y estaba hecho con una cuerda bastante gruesa. Aquello nos puso nerviosos de

verdad, porque estando como estaba junto a la cabeza de la muerta, podría simbolizar una escena de ahorcamiento...

El periodista no se atrevió a meterle prisa. Durante un rato volvió a reinar el silencio.

—Pero lo peor... —La voz volvió, pero el policía seguía dudando, aunque estaba claro que había esperado varios años para formular su temor y parecía aliviado, a su manera, por haberlo hecho —. Lo peor fue el pájaro, por supuesto.

—¿El pájaro?

—Sí. Había un pajarito algo más allá en la playa, al norte del cadáver, junto a su mano izquierda. Estaba boca abajo. Tenía roto el cuello... Aquel pájaro nos dio miedo de verdad. Había muerto aquella misma noche. Aquello hizo que enviáramos una descripción de nuestro hallazgo a los peritos del FBI, en Washington..., los cazadores de asesinos en serie... Pero transcurrió mucho tiempo hasta que pudieron responder, debido al ataque terrorista a las Torres

Gemelas. Bastante trabajo tenían con aquello. Cuando por fin enviaron los resultados de sus análisis, intentaron tranquilizarnos. No creían que fuese un asesino en serie suelto. Pero por otra parte, si lo fuese, la relación entre nuestros hallazgos de la playa era tan extraña y tan desquiciada que eludía cualquier explicación. La gente del FBI nunca había visto unas pautas que recordaran a lo que encontramos aquella mañana en Bellevue. Si es que allí había una pauta.

El policía volvió a callar.

—Así que ¿les dijeron que debió de ser una coincidencia? —La pregunta del periodista tenía un ligero deje de contrariedad.

—Sí, en efecto. Según todos los indicios, solo eran coincidencias. Coincidencias extrañas, pero coincidencias. *Don't worry*, aconsejaron. Pero estábamos preocupados. Al menos yo. Y sigo estándolo. No me quito aquel pajarito de la cabeza.

El periodista apretó con el dedo el botón de

stop y dijo:

—Pero no hay nada extraño en un pájaro muerto junto a la orilla de la playa... Un gato pudo cazarlo y llevarlo allí, ¿no? —La voz se volvió algo más desafiante.

El comisario observó un buen rato a su joven interrogador.

—Sí, por supuesto —reconoció—. Todo es... muy posible. Pero no se trataba de una cría de gaviota, ni de un mirlo perdido, ni tan siquiera de un maldito gorrión... —En su mirada asomó un comienzo de irritación—. Era un pájaro al que jamás se le ocurriría ir a morir en plena noche a una puñetera playa danesa, y allí estaba el problema.

Aquella mañana, el policía volvió a dirigir la mirada a la orilla de la playa y examinó los detalles que solo él podía ver. El periodista levantó la grabadora de la mesa para captar sus últimas palabras.

Luego, en la redacción, se oían con tanta

nitidez como si se hubiera hablado a pocos centímetros del micrófono incorporado de la grabadora, y fueron esas mismas palabras las que hicieron que el redactor-jefe rechazara la historia con un sorbido de mocos irritado y un veredicto indiscutible:

—¡No vamos a publicar esa chorrada! Los lectores van a creer que estamos locos de atar.

—Era un pequeño canario dorado. —Es lo que había dicho el comisario al micrófono, y en el altavoz se oyó un silencio tras dar la descripción —. ¿Lo comprendes?

El periodista no respondió.

El comisario jefe se quedó un rato atrapado en su extrañeza, hasta que volvió a sonar su voz:

—Allí estaba el problema. ¿Cuándo se ha oído que un canario vuela en la negrura de la noche hasta la orilla de una playa para después partirse el cuello? Es imposible de cojones.

Luego se oyó un crujido en el pequeño altavoz, cuando el comisario de policía se levantó.

—A esa mujer la asesinaron. Estoy convencido. Y es el acto más nauseabundo que he visto en mi vida.

Pero, como sabemos, su afirmación nunca se hizo pública. Y la redacción olvidó, como suelen hacerlo las redacciones, todo lo relativo a aquella historia, que a nadie pareció lo bastante verosímil como para publicarla en el periódico del día siguiente.

PRIMERA PARTE

EL PRINCIPIO

## EL NIÑO ABANDONADO

*Mayo de 1961*

*Cuando me inclino hacia delante, veo abajo el jardín del hogar infantil, y si me pongo de puntillas y dejo la ventana entreabierto, todavía vislumbro, como en una visión, a las decididas señoritas vestidas de blanco que, durante generaciones, reinaron sobre Kongslund y sobre todos los seres que llegaban allí. Así solían estar entonces, a principios de los sesenta, sentadas en la hermosa terraza con vistas al estrecho; e incluso tantos años después flota sobre su Bondad de Corazón compartida un olor a lona recién planchada y a pan salido del horno, que*



*llega sin dificultad hasta donde estoy, en la buhardilla, y me hace sentir mareo, así que debo apoyar mi hombro torcido contra el alféizar de la ventana para no caer redonda.*

*Ahí está la señorita Ladegaard; ahí están las señoritas Nielsen y Jensen, y algo más allá estoy yo, junto a la orilla del mar, con mi elefante con ruedas japonés y su cadena oxidada, observando la silueta lejana de la isla de Hven, donde el científico y aventurero Tycho Brahe siglos antes construyó su observatorio Stjerneborg. El aspecto científico, claro está, no me decía nada en aquella época, a aquella edad y con mi elefante con ruedas como único amigo; pero la banda de tierra azulada representó, hasta donde me llega la memoria, el destino secreto de mis ansias de huida, cada vez más frenéticas.*

*Por aquellos años ingresó en Kongslund un flujo casi interminable de niños que habían nacido de la vergüenza, hijos de madres solteras, y por ello debían ser entregados en adopción. Les*

daban la bienvenida las señoritas, fuertes y tiesas, en las salas de techos altos, con la promesa de encontrarles un nuevo hogar y una nueva familia tan pronto como fuera posible.

A mí me sacaron de la estancia que llamaban la Sala de los Elefantes en mi segundo año, y como la señorita Ladegaard se convirtió en mi madre de acogida, me instaló con cuidado pero con decisión en la habitación que a ella le parecía la más bonita de Villa Kongslund. «Mira alrededor, Marie», dijo. «Porque este espacio está diseñado y organizado por un rey del pueblo».

Obediente, giré sobre mis talones —hasta tres veces— y luego volvieron a dejarme sola.

Me puse junto a la ventana y dirigí la mirada hacia el estrecho y la islita que se divisaba a lo lejos. Por lo menos una vez al día ahuecaba las manos y me las llevaba a los ojos, así parecía realmente como si observara el destino de mis sueños por un catalejo largo y de gran potencia.

El grito pareció rebotar de una pared a otra en su viaje casi interminable por los largos pasillos del Hospital Central, y había en él tanta furia contra la oscuridad y la perdición que ninguno de los que lo oyeron lo ha olvidado. Tras un tiempo que pareció varios minutos, fue extinguiéndose, hasta dejar un zumbido bajo en la mente de quienes aquel día estaban allí.

Lo extraño fue que el grito llegó muchas horas después del parto en sí —el momento de la vida—, durante el que la joven madre mantuvo un silencio sorprendente y nada natural. El bebé llegó al mundo en circunstancias tan fuera de lo común que cada uno de los presentes aquella noche en la sección B de Maternidad recordaba detalles del parto, y de lo que ocurrió justo antes, pasado casi medio siglo.

Varios se acordaban de los preliminares y de

la misteriosa desaparición de la jovencísima madre tres días después del parto. Una persona recordaba incluso el alumbramiento, pero sus palabras solo podían corroborarse mediante unas notas manuscritas que llevaban décadas acumulando polvo y que no respondían a las dos cuestiones centrales: quién era ella y de dónde venía.

Nadie tenía la menor idea de adónde había ido tras el parto y nadie podía aportar información alguna sobre el bebé, ni siquiera cuál era su sexo, ya que se lo llevaron rápido de Maternidad, como solía ser costumbre en el Hospital Central durante los años en los que en Dinamarca vinieron al mundo miles de niños ilegítimos.

Las tres personas que podrían haber arrojado algo de luz sobre los misterios de aquella noche de 1961 estaban muertas. Se trataba de la jefa de comadronas, que asistió a la mujer en el parto, y la enfermera que cuidó al bebé las primeras horas. Y también del jefe de servicio, que ordenó un

silencio absoluto sobre el suceso. Una comadrona presente en la sección —entonces era una joven estudiante— contó a un periodista, muchos años más tarde, que fueron a por el bebé al tercer día, tal como había anunciado el jefe de servicio, y que con toda probabilidad tendría su primera cuna en el famoso hogar para niños abandonados y huérfanos de Kongslund, en Skodsborg.

La comadrona, ahora jubilada, contó de buena gana su historia a aquel atento oyente, ya que siempre le habían dado pena las jóvenes solteras que en las décadas posteriores a la guerra pasaron por el Hospital Central para dar a luz a niños y niñas que debían entregar en adopción.

El primer suceso extraño fue la llamada del jefe de servicio, que se produjo mientras daban las noticias por radio del estado del mar, apenas una hora antes del nacimiento de la niña.

Fue una conversación breve y de tono oficial la que oyó sin querer la joven estudiante para comadrona, que estaba frente a la enfermera jefe

de guardia tomando té, y luego pudo volver a contar en detalle lo que se ordenó. El jefe de servicio recalcó expresamente que se trataba de un ingreso muy especial, de «una entrega especial», como la llamó con un humor seco (y quizá un leve tono de desaprobación).

—Llegará en coche a la sección B de Maternidad. Dará a luz sola. No habrá ningún allegado con ella —fue lo que dijo el jefe de servicio—. Si quiere ver al bebé mientras está ingresada, no hay que dejarle, porque el bebé hay que entregarlo en adopción pase lo que pase.

Hizo hincapié en que era irrevocable, cosa que tampoco era normal. De vez en cuando, las jóvenes madres se arrepentían de la decisión más dura de su vida y se les permitía detener el proceso de adopción; pero en aquel caso, no.

—Recogerán a la mujer a los tres días, a la misma hora. Vendrá a por el bebé la directora de Kongslund, la señorita Ladegaard.

Esto último era el modo de proceder habitual.

Pero el corto preaviso y la interferencia del jefe de servicio no lo eran.

La segunda diferencia extraña fue la llegada de la mujer. Llegó al hospital en un coche privado, lo que en aquella época era de lo más insólito.

Al menos tres de las personas presentes recordaron más tarde que el coche era oscuro y bastante grande, que llegó a la entrada de Maternidad y se detuvo, con el motor en marcha, tras lo que un chofer vestido de negro ayudó a salir a la joven del asiento trasero.

Dos estudiantes para comadrona que habían observado la escena con curiosidad detrás de las persianas medio bajadas bromearon entre ellas:

—Ahí llega Cruella de Vil —dijo la mayor.

La persona recién llegada iba, en efecto, con un largo vestido negro, y tocada de un sombrero también negro de ala ancha. Pero ahí terminaba el parecido. En la escalinata de entrada había una chica muy joven de pelo corto rubio y ojos oscuros y entornados, como si llevara mucho tiempo sin

dormir. Tenía más o menos la edad de la más joven de las estudiantes para comadrona.

En circunstancias normales, la parturienta habría llevado consigo una tarjeta de Asistencia a la Maternidad con la información necesaria, y en la sección de Maternidad habría un expediente preparado, que Asistencia a la Maternidad había enviado a la asistente social del hospital. En la tapa del expediente la asistente social habría escrito una gran «A», y aquella letra significaría que la mujer parturienta deseaba entregar su bebé en «Adopción».

Después se habría llevado a cabo el parto tal como se hacía entonces, de forma discreta, en un silencio casi embarazoso, con generosas dosis de gas hilarante, y en el momento del parto se habría seguido un protocolo que parecía muy extraño a las mujeres, mucho más liberadas, de épocas posteriores, porque recordaba a la invocación de una maldición muy especial.

La comadrona cubría con un pañal de gasa



doblado el rostro de la madre, para así evitar que viera al niño que estaba viniendo al mundo en aquel instante. Era una práctica bien ensayada, que debería facilitar la separación del cuerpo que justo antes había sido parte de la parturienta. La madre no veía cómo cortaban el cordón umbilical del bebé, no lo veía extender sus bracitos tras el cuerpo que había abandonado. La comadrona sacaba al recién nacido inmediatamente del paritorio y lo llevaba a la cuna que le correspondía.

Cuando la estudiante de más edad avanzó vacilante hacia la chica y le pidió su expediente, la enfermera jefe tuvo que reconocer con cierto rubor que no había tal.

La estudiante más joven extendió la mano tras haber observado con curiosidad a la futura madre y preguntó:

—¿Cómo te llamas?

Pero la chica no respondió. Se limitó a colocar su abrigo sobre una silla y se apoyó con pesadez

en ella; su pecho emitió un ronroneo persistente, como si sus pulmones lucharan por reprimir una tos o un temblor en el cuerpo delgado.

Tras más de cuarenta y cinco años, dos de las personas presentes recordaban justo aquel detalle: el sonido de algo que entonces atribuyeron al miedo, pero que la comadrona jubilada reconoció después que podía haber sido alguna otra cosa.

Las fuertes contracciones empezaron solo media hora más tarde, como si la chica supiera que todo tenía que terminar lo antes posible, y que no había forma de evitar la vergüenza. En cierto modo, la adopción era un acto más herético que el aborto ilegal, porque dejaba que el recién nacido emprendiera su vida en la mayor soledad; y la comadrona jubilada recordaba aún el silencio que solía rodear a las madres jóvenes caídas en desgracia.

La joven estudiante volvió a la habitación con un pequeño bote de metal lleno de tampones esterilizados, y cuando le pareció que había una

pausa en las contracciones, se acercó al lecho de la parturienta, donde por segunda vez trató de establecer contacto.

—Lo estás haciendo muy bien —la animó.

Deseaba mostrar empatía, preguntar a la chica por las contracciones e incluso tal vez tomarla de la mano; al fin y al cabo, eran de una edad parecida. La estudiante se llamaba Carla, y durante los primeros meses en la sección se esforzó por ofrecer a las chicas que sufrían algo más que la amabilidad profesional de su oficio.

—Carla está muy atenta a las necesidades de los pacientes —comentó la comadrona jefe; pero antes de que Carla pudiera acercarse a la joven parturienta, esta se volvió de pronto, abrió los ojos y le dirigió una mirada que Carla no olvidó jamás.

Sus ojos eran muy verdes y cambiantes, primero brillantes de dolor y miedo, luego, de pronto, claros y fríos, como si mirasen desde un pozo de las entrañas de la Tierra. Justo después se

encendieron de furia, cosa que la estudiante para comadrona no entendió y nunca había visto antes. Fue aquella terrible reacción la que hizo que recordara precisamente a aquella chica y aquel parto cuando, media vida más tarde, le preguntaron sobre los hechos.

El parto fue rápido, y también extraño. Al cabo de solo una hora, el rostro de la chica se puso blanco como la sábana sobre la que descansaba su cuerpo sudoroso y, pese a ello, reprimió sus gritos de dolor. Cerró los ojos y volvió a abrirlos, y pareció que la sangre de su cuerpo dejaba de circular, mientras de su piel brotaba el sudor y la ropa de cama se arrugaba y empapaba por completo. Y aun así no se oyó un grito. Los frágiles hombros blancos se estremecieron al llegar las contracciones; la estudiante más joven recordaba el calor y la humedad de la estancia, el pelo rubio, pegado a la almohada, y el olor a vergüenza y humillación que siempre rodeaba a las mujeres en cuyo expediente había una gran «A».

Carla no se dio cuenta hasta mucho más tarde, cuando se hizo mujer —y madre— y tuvo una larga vida que repasar, de que con su trabajo —y con toda su compasión— había contribuido a aquella ignominia. Para ella fue una conmoción que no compartió con nadie hasta que, ya jubilada, habló del extraño parto. Siempre había considerado la Compasión la mayor virtud en la vida de una persona, pero aquella noche, en la sección B de Maternidad, aquel sentimiento tuvo una hermana gemela, cuyo rostro permanecía invisible para Carla, pero que la joven madre reconoció enseguida: la Desaprobación.

El jefe de servicio se presentó unos minutos antes del parto y pidió a la estudiante que saliera del paritorio. Pero Carla ya sabía lo que iba a ocurrir. Para consumir la maldición —así lo pensaba hoy en día—, la chica con el pañal de gasa doblado tapándole el rostro dio a luz, según la comadrona jefe, sin soltar un solo grito. En los minutos que siguieron se llevaron al recién nacido

y todo terminó en un santiamén.

Llevaron a la mujer a la sección de neonatos, donde acostarían al bebé en una habitación lo más lejos posible de su madre, para que esta no pudiera oír sus lloros; porque los niños abandonados despertaban más a menudo, y por eso lloraban más que aquellos cuyas madres dormían cerca; las enfermeras lo sabían, y no podía aceptarse que una madre, en un estado de depresión y sentimiento de culpa, se levantara de la cama y se pusiera a buscar a su pequeño.

Al tercer día, pocas horas antes de que le dieran el alta, la joven madre desconocida alzó la cabeza de la almohada y pidió que llamaran a la comadrona jefe. Quería aprovechar la oportunidad para volverse atrás en su decisión de entregar el bebé en adopción. Quería ver a su bebé.

La comadrona jefe habló con una enfermera, que telefoneó a la enfermera jefe, quien a su vez se puso en contacto con un médico, que alarmó al jefe de servicio, quien confirmó la orden que ya había

dado: la chica no debía ver al niño «bajo ninguna circunstancia».

No había la menor posibilidad de hacer una excepción con aquel extraño parto.

Cuando, al cabo de una hora, la orden llegó de vuelta a la comadrona jefe, esta fue directa a la cama de la chica y rechazó en voz baja su petición. Pensó que el rechazo, por supuesto, debía de basarse en que era lo mejor para el bebé.

—Lo siento, es demasiado tarde. Ya se lo han llevado —le comunicó.

En los segundos que siguieron pudieron oírse los gritos de la joven incluso desde el otro extremo del edificio; había en ellos una mezcla de dolor, miedo y furia desenfrenada que golpeaba las paredes igual que una tromba atravesando un túnel cerrado.

Todos se agacharon y cerraron los ojos con fuerza, como si solo la compacta oscuridad pudiera alejar las visiones que desencadenaba el griterío.

Cuando por fin el silencio volvió a permitir el movimiento por los pasillos del hospital, la comadrona jefe hizo llamar a la joven estudiante y la invitó a una taza de té de jazmín.

—Ya sé que debió ser duro para ti ver a la chica que vino a parir... el martes —dijo, poniéndole una mano tranquilizadora en el brazo.

Carla escuchó con la cabeza agachada a su superior, de quien sabía que no tenía hijos y vivía sola.

—Ya sé que es violento para una mujer ver a otra mujer repudiar así a su hijo, pero también es violento para el niño... —La comadrona jefe bajó la voz hasta convertirla en un suspiro—. Se siente con toda claridad que necesita un regazo, que tiene las mismas necesidades que todos nosotros, puede que incluso más. El calor corporal...

Dejó la última palabra flotando en el aire, sin más explicación, y Carla todavía recuerda el leve temblor de los dedos de la comadrona jefe en su antebrazo.



Luego aquellos dedos apretaron con más fuerza, como si quisiera expulsar el mal que acababa de pasar por el mundo, por lo demás tan lleno de vida, de las comadronas.

—Pero no podemos hacer nada, Carla. Cuando el Destino lo ha decidido así, lo mejor es que la madre no vea nunca al niño. Por eso lo hacemos.

Carla asintió con la cabeza sin decir nada.

Al término de la jornada del día siguiente subió a la planta de Maternidad, donde unas madres que estaban amamantando le dijeron cuál era la habitación.

Pero la cama estaba vacía, la chica se había ido. Era casi como si todo hubiera sido un sueño.

Luego oyó unos pasos rápidos detrás, y una voz grave dijo: «Hola».

Era el último de los detalles que pudo reproducir con claridad muchos años más tarde. En medio de la estancia había una mujer alta con un bebé en brazos. Carla solo le llegaba a la barbilla.

La saludó, confusa, inclinando la cabeza.

—A ti no te había visto nunca —anunció la mujer alta—. ¿Cómo te llamas?

Carla divisó una carita con los ojos cerrados en los brazos de la mujer.

—No —dijo—. Solo soy una estudiante para comadrona de la sección B...

—Nada de solo, querida. No hay ninguna mujer que sea solo... Y menos aún las comadronas. ¡Si sois el comité de bienvenida a la vida!

La mujer se echó a reír y se estremeció, lo que hizo que el bebé temblara en sus brazos como si hubiera habido un pequeño terremoto.

Carla se ruborizó.

—No, solo quería... —El resto de la respuesta lo había olvidado.

—Querías ver si el niño que ayudaste a traer al mundo aún estaba aquí —explicó la mujer alta, volviendo a ponerse seria—. Sí que está. Ahora tenemos que encontrarle un buen hogar. El mejor

posible, te lo prometo. Soy la señorita Ladegaard, la directora de Kongslund, el hogar de Asistencia a la Maternidad de Skodsborg.

La presentación fue así de breve. Después, la mujer alta añadió, como si estuviera hablando al pequeño:

—Los niños me llaman Magna.

Carla recordó que había un leve olor dulzón a flores en el aire, mezclado con un tufo algo más fuerte de algo que le pareció humo de cigarro o de purito.

La directora sonrió y se volvió hacia la puerta.

El bebé yacía confiado en sus brazos, con los labios fruncidos. Una pequeña hendidura casi invisible de color rosa en un rostro blanco dormido. Luego se fueron.

Una semana más tarde, un par de kilómetros al norte, la ciudad está despertando. La mujer ha

encendido una lámpara de su piso, pero no basta para iluminar la habitación. Es algo mayor que la chica del Hospital Central y su niño ha nacido en el mismo lugar, solo que unos días antes.

Ha pedido a la visitante que se siente en el sofá y espere a que haya despertado al niño de la cuna, pero la visitante ha seguido de pie junto a la ventana, como si observar la calle que discurre entre la casa y la estación de Svanemøllen fuera el verdadero objeto de su visita.

Aún no hay tranvías por la calle, es demasiado temprano.

Entonces la visitante se vuelve.

—He traído ropa nueva —anuncia, y la voz firme no deja resquicio para la discusión. Es espigada, y su delgado rostro pálido no deja entrever ninguna emoción ante lo que va a ocurrir.

Deposita una bolsa blanca de papel en la mesa.

La mujer hace un gesto afirmativo. En realidad le importa un bledo. El acuerdo está cerrado, y conseguirá lo que buscaba. No quedará rastro de

su traspíe; la vida puede continuar, y nadie va a saber nunca nada.

Es lo único que desea de verdad.

—Vaya —dice, mostrando cierto escepticismo con su tono apagado. Al fin y al cabo hablan de su hijo, al menos durante unos minutos más, pero aún está agotada tras los días más duros de su vida.

La visitante se acerca y le da un gorrito y unos peles de color rojo intenso. No son muy gruesos, y aunque la primavera ha suavizado el aire exterior, parece extraño dejar de lado la ropa de lana; no la llevará. En su lugar, la mujer ayuda a la visitante a meter los brazos del bebé en las mangas de una chaqueta corta; no cruzan palabra mientras lo hacen.

La mujer vuelve a repasar su decisión por última vez. Han transcurrido dos semanas desde el primer contacto, y ha sopesado una y otra vez el singular procedimiento y el riesgo, si lo hay. Ha pensado en ello al menos diez veces al día, porque se da cuenta de que hay algo que no va bien, algo

tácito que no acierta a identificar; pero por mucho que lo sopesa todo, no logra señalar nada concreto.

Además, ya no es su responsabilidad. Es lo que piensa, porque ha decidido que sea así.

Finalmente, deposita al bebé en un pequeño capazo azul, mete bien el edredón por los lados y pone encima una manta rosa, todo ello sin mirar a la criatura.

La visitante lleva el capazo al recibidor.

—Me voy.

Abre la puerta con la mano libre.

La mujer asiente con la cabeza.

—Pues muchas gracias —dice, como si le hubieran hecho un favor personal, lo que es absurdo. Siempre ha tenido la impresión de que es justo lo contrario.

Se ha quedado un rato observando la estación, para ver si aparece su visitante con el capazo azul. Pero no ve ningún movimiento. Es como si la tierra se los hubiera tragado a los dos.

U nos kilómetros hacia el norte, en las casas del barrio de Strandvejen, los mayoristas y directores generales, jefes de servicio y jueces del Tribunal Supremo siguen disfrutando su merecido descanso en camas tan suaves que solo un terremoto —o tal vez un guisante, como en el cuento— podría atravesar los colchones y perturbar su sueño.

No hay nadie por la calle, solo la mujer con el capazo azul en su mano derecha. Caminando con solemnidad, desciende la cuesta de la colina de Skodsborg; apenas ha amanecido, y la tapan los matorrales y la profunda oscuridad bajo los altos árboles. Llega a una gran villa parda que se extiende hasta la orilla.

En la parte baja de la cuesta la maleza se espacia y se convierte en hierba, por donde la mujer pasa encorvada, dando pasitos rápidos sin hacer el menor ruido. Al final cruza el sendero de

entrada, donde la gruesa capa de gravilla rechina un poco bajo sus zapatos con cordones, pero nadie lo oye; después se desliza con cuidado a lo largo de la pared con el capazo a cierta distancia del cuerpo.

Aunque es delgada, está claro que tiene fuerza, y su mano no tiembla, a pesar de la carga del capazo. Avanza hasta la casa, se agacha y deposita el capazo en la escalera de entrada del extremo sur. Después se pone de pie y no se mueve durante casi un minuto. Sin prisa, va girando trescientos sesenta grados, inspeccionándolo todo, antes de retirarse sin hacer ruido y desaparecer en las sombras, bajo las hayas.

No ha durado ni tres minutos.

Si la luz del este hubiera sido algo más intensa, la mujer del capazo habría visto tal vez el rastro de un viejo sendero en la hierba, entre matorrales de retama, a los pies de la cuesta, y quizá se le habría ocurrido subir entre las hayas a la casa vecina de fachada blanca que daba al noroeste.



Pero no se habría inquietado demasiado, porque la casa parecía estar rodeada de maleza espesa, matorrales, ortigas y ramas bajas; e incluso si alguien hubiera podido observar su llegada, estaba a más de cincuenta metros, demasiada distancia para distinguir detalles o rasgos faciales.

Solo a un iluso se le ocurriría que el Destino pudiera camuflar tan bien su presencia y abandonar su lecho celeste tan temprano para registrar un suceso tan insignificante.

Por un segundo la mujer parece advertir una sombra entre los troncos de los árboles. Pero tal vez se trata solo de un pájaro escondiéndose en la maleza. Justo después, la cuesta recupera su aspecto como si nada se hubiera movido durante siglos.

SEGUNDA PARTE

# LA BÚSQUEDA

## LA CARTA

*5 de mayo de 2008*

*En el mundo de mi madre de acogida solo había una ocupación importante de verdad: proteger a los seres vulnerables que llegaban a Kongslund, hasta que el comité de adopción del barrio de Vesterbro, formado por diez personas, encontrara para ellos otra familia adecuada.*

*—Kongslund es su hogar, Marie —comunicó, para después añadir, como si fuera un conjuro especial, casi sobrenatural—: Y no lo olvides nunca, el mejor hogar está junto al mar.*

*Cuando los niños se acostaban, ella les cantaba la antigua canción de versos*

*interminables que nunca parecía acabar: un elefante se balanceaba..., dos elefantes se balanceaban..., después tres, luego cuatro, luego cinco, luego seis... Y al final me dormía, mientras los elefantes seguían balanceándose sobre la fina tela de araña.*

*Después el silencio reinaba en la sala, hasta que se veía sustituido por un leve sonido que volvía a convertirse en silencio; así cambiaban las estaciones, y todos los niños que me rodeaban se iban, uno a uno, hasta que un día me di cuenta de que era la única que iba a quedarse allí.*

**E**l primer ministro danés tosió. En solo unos meses, su rostro se había hecho más anguloso y estaba más pálido de lo que nadie habría creído posible.

Pronto se quedaría como una hoja blanca de papel ondeando al viento que parecía proceder de

los labios algo fruncidos de la Muerte. Se quedó un momento inclinado hacia delante; parecía el famoso protagonista de *Hamlet*, una persona golpeada por una epidemia mortal que podría haber sido la tuberculosis, si no fuera porque hacía mucho tiempo que se consideraba erradicada del país que llevaba quince años gobernando.

La otra persona presente en el despacho más poderoso de Dinamarca se aclaró la garganta, tal vez para borrar la gravedad del ataque de tos que hacía encorvarse a su jefe.

El primer ministro levantó por fin la mirada y trató de sonreír al único ministro en quien más o menos confiaba de todos los que formaban su gabinete. No era una confianza incondicional, o ingenua —pues no había lugar para la ingenuidad en unas esferas en las que ilusiones, ideales y principios podían echar por tierra una carrera en el tiempo que tarda en enviarse un artículo—, sino más bien porque sabía que lo que irritaba su garganta eran los Dedos de la Muerte, que ya no

iban a soltarlo nunca. El jefe de Gobierno se había cubierto la boca con un pañuelo azul cielo, y el ministro que estaba frente a él esperaba casi que chupara la sangre como un papel secante, pero no se vio ningún color en los pliegues visibles.

El ladrido continuado fue remitiendo, y la conversación pudo reanudarse.

—Creen que aguantaré al menos un año —hizo saber el dirigente del país con voz asombrosamente potente.

El escritorio en el que estaba sentado no impresionaba por su tamaño, pero era una joya del hogar familiar del padre de la patria, realizado en madera de roble albar alemán y decorado hasta el exceso con oscuros motivos grabados. Tenía delante un ejemplar de *Fri Weekend*, y el primer ministro acababa de leer en voz alta un artículo en primera plana con una voz seca y rasposa.

—«Fuentes cercanas al primer ministro prevén que el jefe de Gobierno se retire antes de un año. Podría comunicarse de manera oficial en la

próxima asamblea nacional del partido, en otoño. Una vez más, es su salud la que hace que el primer ministro y sus asesores sopesen un relevo rápido».

El dirigente aceptó la noticia de su muerte casi inminente sin pestañear, incluso trató de reír, y su tos resurgió, haciendo que se derrumbara hacia un costado en su silla tapizada, que el invitado creyó que iba a volcar.

Por fin remitió el ataque de tos, y continuó leyendo:

—«No se espera que haya ninguna lucha por el poder en la asamblea nacional, pues parece que han encontrado ya el relevo. Pese a su edad, será sin duda el experimentado ministro nacional y fiel escudero Ole Almind-Enevold, que goza de extraordinaria popularidad no solo dentro del partido, sino también entre la población».

Miró a su amigo y colega de tantos años.

—Te han elegido ya —afirmó.

El otro hombre no supo cómo interpretar aquel tono de voz. Todos sabían que el primer ministro

era un jefe muy, muy duro, que no admitía el menor fallo de sus colegas políticos. Muchos habían interpretado mal la sonrisa amable y la aparente confianza, para, en un momento de pavor, darse cuenta de que las apariencias podían ser muy engañosas. Aún era capaz de demostrarlo, pese a su fragilidad apergaminada.

—La única posibilidad de que no salga bien es que cometas un fallo. —Transcurrió una pausa—. Pero tú no cometes fallos, ¿verdad?

Era como preguntar: «¿Tienes algún secreto que yo desconozca?».

El primer ministro detestaría entregar el bastón de mando a un hombre que lo deshonrase. Era algo que perturbaría su sueño eterno en el Más Allá, de eso no cabía duda.

Una sonrisa tranquilizadora debería bastar como respuesta, de momento.

—¿No has tenido hijos...? —Formuló la pregunta como una constatación, pero ya se la había hecho antes con el mismo tono



sobreentendido. Quería decir: «¿Hay algún escándalo? ¿Amantes? ¿Nidos de amor?».

Solo la sonrisa.

—Es que no quisisteis adoptar, aunque muchos lo hacen... —El primer ministro ya sabía la explicación de aquella decisión, pero continuó—: Sí, tengo entendido que a tu mujer no le gustaba la idea, de modo que tuvo que ser así.

La conclusión era claramente absurda. El dirigente nunca habría cedido ante una mujer, y en su Gobierno, de hecho, había solo cuatro mujeres. Los periodistas bromeaban con que su nombramiento era un mal menor, que solo se debía a la consideración para con los electores.

Luego arrojó el periódico al escritorio y reprimió otro ataque de tos.

—En mi puesto, y a tu edad, eso es una ventaja... —Su voz se convirtió en un susurro—. Vas a tener que maniobrar para colocar al verdadero relevo: la próxima generación. Ese va a ser tu trabajo. Llevar el partido a nuevas cotas de

poder.

No había más que decir.

Los dos hombres se dieron la mano. Fue un apretón que ambos sabían que era vinculante hasta la muerte. La del primer ministro, claro.

Aquella misma mañana, a no muchos metros del despacho del agonizante primer ministro, empezó el proceso que se conocería en Dinamarca como el «caso Kongslund», aunque en los medios de comunicación tuvo mucho más que ver con personas —estaban implicados políticos conocidos, altos funcionarios y gente de los medios— que con la casa que fue señalada como foco del escándalo.

La carta que desencadenó todo se recibió la mañana del 5 de mayo de 2008, en el 63.º aniversario de la Liberación.

Llegó por correo ordinario al Ministerio

Nacional, que, al igual que la Presidencia del Gobierno, empezaba a desperezarse. El sobre azul y de forma apaisada fue depositado en el montón del correo de la enorme sala de recepción, que desde antiguo —desde los tiempos en que el Ministerio Nacional se denominaba Ministerio del Interior— llamaban «el Palacio», y allí estaba aún a las siete y media, cuando la secretaria del jefe de Gabinete entró a trabajar y lo miró con escepticismo.

No tenía mucho tiempo para evaluar su aspecto claramente extraño, porque el jefe ya había llegado, algo despeinado, y estaba encendiendo los aparatos de su despacho.

Justo después de la inesperada y legendaria victoria electoral de 2001, el recién nombrado estratega de relaciones públicas —a quien los funcionarios habían puesto el apodo de «El Curandero»— quitó la insulsa denominación de Secretariado del Ministerio y la sustituyó por Jefatura de Gabinete, mucho más contundente y

agresiva. El jefe de Gabinete, Orla Berntsen, solía sentarse un momento para absorber la paz del ministerio recién despertado, tal vez recuperara el aliento perdido en el trayecto en bicicleta por el tráfico de Copenhague, o tal vez pensara por un breve instante en su esposa y sus dos hijas, a quienes no veía desde hacía casi dos meses; pero nadie podía saberlo con certeza, pues nunca hablaba de sí mismo.

Ya en el puesto de entrada le comunicaron que el ministro nacional estaba reunido en la Presidencia del Gobierno, pero que, como siempre, aparecería en la reunión matinal y se sentaría a la cabecera de la mesa a las nueve en punto. Como todos los días, el jefe de Gabinete había dejado las pinzas de andar en bici en el cenicero redondo con el monograma del ministerio, y acentuó el pliegue del pantalón mojando los dedos con saliva y agachándose con discreción.

En realidad no era ni madrugador ni deportista;

la afición por la bicicleta era resultado del programa gubernamental de respeto hacia el medio ambiente con objeto de mejorar la imagen, programa que El Curandero había diseñado hasta el menor detalle. «¡Debemos demostrar en la práctica nuestra preocupación por el clima global y el medio ambiente de este país!», fue lo que dijo, y la fiebre medioambiental llegó en unos pocos meses a todos los políticos conocidos y a sus altos funcionarios, lo quisieran o no. En la primavera de 2008 flotaba sobre todo el Gobierno un tenue olor a sudor y desodorante, principalmente por la mañana; y, en cuanto al jefe de Gabinete, con mayor intensidad en torno a axilas y cuello.

De hecho, cuando una de las pocas veces que apareció en los medios —aborrecía aquello con toda su alma—, salió como si fuera un bloque gris: de constitución cuadrada, vestido con traje gris y corbata gris a cuadros, no parecía gran cosa cuando se sentaba encogido tras su colosal escritorio de palosanto. Desde su ventana había

vistas a un jardín diseñado con gusto, donde el jardinero del ministerio había instalado un pequeño surtidor, y del estanque surgía un cuerpo de serpiente finamente tallado, en forma de enorme «S», proyectando una nube azul de agua a lo alto, bajo la bóveda celeste. Cuando no soplaba nada de viento, la columna de agua podía alzarse a tal altura que atrapaba los rayos de sol y los condensaba en un arcoíris que iba de un tejado a otro y parecía unir las diversas alas del ministerio con un puente aéreo multicolor.

El jefe de Gabinete desvió la mirada. El espectáculo le recordaba los días en que no deseaba pensar, bajo los árboles empapados de su barrio infantil, que había odiado más que ninguna otra cosa.

Giró hacia la bandeja del correo e hizo crujir los dedos; se oyeron una serie de chasquidos breves mientras expulsaba de su cuerpo toda la energía no deseada, antes de extender la mano hacia las cartas.

En lo alto del montón había un sobre apaisado azul que iba a ser la causa de mucho mal, y en el instante en que sus dedos chocaron con él se sorbió la nariz sin querer, como si previera acontecimientos imposibles de prever.

Tras los años de miedo generalizado y acciones terroristas de Nueva York, Madrid y Londres, la carta debería haber pasado un control de seguridad; por otro lado, parte de la imagen, muy importante y eficaz, del ministerio consistía en su postura decidida en la lucha de la nación contra las fuerzas terroristas y fundamentalistas que amenazaban a Dinamarca.

El Ministerio Nacional llevaba siete años administrando con eficacia las áreas de refugiados e integración, a la vez que debía cuidar y fortalecer las particularidades nacionales y la identidad danesa de la sociedad en general.

La secretaria del jefe de Gabinete, con ese mismo espíritu, contempló un rato el sobre, lo puso a contraluz y descartó cualquier sospecha de

que pudiera contener explosivos o quizá el cuerpo sin vida de una rata aplastada, como le ocurrió a un ministro anterior (la simbología era evidente). Pero al final decidió colocar el sobre —que sin duda iba a provocar el primer enfado del día— encima del montón del correo del jefe de Gabinete, para superar cuanto antes una posible crisis.

El sobre no llevaba pegatinas ni consignas como las que les gustaban a los críticos con el ministerio. Tenía un matasellos del 2 de mayo de 2008, de la oficina de correos del barrio de Østerbro, y estaba algo abultado en el centro, como si hubieran metido algo de tela o una pelota pequeña desinflada. Orla dio la vuelta al sobre con el cortapapeles —ningún remite— y volvió a girarlo.

Apretó la zona abultada con cuidado. Era blanda y cedía.

Después se sirvió café en la taza alta que sus hijas le regalaron al cumplir cuarenta y seis años,



y aquella fue también la última vez que habían celebrado algo. El fabricante había impreso a la derecha del asa «El mejor PADRE del mundo» en cursiva azul; Orla solo usaba aquella taza cuando estaba solo.

Lo más probable era que el sobre contuviera el mensaje furioso de algún ciudadano preocupado por las numerosas culturas extrañas llegadas al país, y que el Ministerio Nacional había jurado controlar como contraprestación por las sorprendentes victorias del partido en 2001 y 2005.

Podría haber sido una de aquellas cartas. Y es lo que habría creído, de no haber sido por un pequeño detalle: la dirección.

No estaba escrita con rotulador ni impresa. En su lugar, el remitente se había tomado el fatigoso trabajo de recortar de una revista o de un periódico antiguo todas las letras de la dirección, una a una, de diferentes tamaños, pero impresas en el mismo papel barato, blanco grisáceo; después

las había pegado al sobre, también una a una, sin ensuciar nada con el pegamento. Observó un buen rato el impresionante montaje. Luego apretó un botón y mandó llamar a la Mosca, que se había ganado el apodo por una opereta, porque siempre estaba revoloteando alrededor y nunca dejaba las cosas sin hacer. Como secretaria personal no había otra igual.

Al poco sintió una brisa, cuando ella se sentó en una silla de respaldo alto. Le extendió el sobre azul. Los labios de la secretaria se movieron, y se dio cuenta de que estaba contando las letras. Él ya lo había hecho. Había sesenta en total, algunas rojas, pero la mayoría negras, algunas de las últimas con un borde blanco, entre otras la «L» de Orla y la «I» y la «L» de Pil.

*Orla Pil Berntsen,*

*Slotsholmen,*

*Christiansborg Slotplads,*

*Copenhagen K*

Cuatro líneas. Muy melodramáticas por su

montaje multicolor.

—No sé qué hay en... —empezó a decir, vacilante. El mero uso de su segundo nombre lo había inquietado. Llevaba muchos años sin usarlo de manera oficial.

La Mosca sacudió con cuidado el sobre, como para ahuyentar los peores augurios.

—A lo mejor no es más que un ratón muerto —observó, casi en un susurro.

—¿Un ratón muerto? —Orla se detuvo, asustado.

—O excrementos... de algún animal.

La nariz afilada de la Mosca se estremeció, como queriendo captar el olor a podredumbre del misterioso envío.

Su jefe estaba sudado, desprendía un olor dulzón; la Mosca fue volando a la ventana y la abrió de par en par.

Si no fuera por el aura de misterio que rodeaba la carta, lo habría tomado por una broma. Pero notó una especie de cosquilleo en la nariz, un

temor que conocía del mundo en que había crecido. Sabía que a los pocos minutos haría su irrupción el dolor de cabeza.

—Quizá debiéramos, después de todo, dejar que lo abran en Seguridad —dijo la Mosca, hablando de nuevo en voz baja, casi susurrando.

Orla imaginó enseguida el titular de *Fri Weekend*: «Alto funcionario deja que agentes inocentes carguen con el mochuelo». Asió el cortapapeles y respondió:

—No creo que sea peligroso.

La Mosca emitió un grito y aterrizó algo más lejos.

—Lo más seguro es que quieran darnos un susto, y, sea quien sea el remitente, ha conseguido un montón de publicidad gratis.

Volvió a sorberse la nariz con fuerza.

Después usó el elegante cortapapeles curvo de La Habana, que fue su regalo de boda por parte de Lucilla cuando por fin se casaron en 2001; vaciló, pero solo un segundo, antes de sacudir el sobre

para que el contenido cayera sobre el escritorio. No tenía la menor idea de quién había enviado la carta ni de qué dedos habían plegado con cuidado los dos pedazos de papel y los habían colocado para cubrir lo que al principio creyó que parecían dos pequeños retazos de tejido blanco. Guiñó los ojos, confuso, como si estuviera bajo una intensa luz solar; después tomó una de las bolas de tejido y la examinó con curiosidad.

—Pero... ¿qué es esto?

La Mosca repitió la pregunta, aunque sin sonido, detrás de él, para que viera lo leal que era. Orla casi percibió el temeroso aliento de su secretaria contra la piel cuando se acercó.

Se trataba, para su gran sorpresa, de un calcetín de bebé, hecho a ganchillo, de la talla del pie de un bebé pequeño; se veía con claridad.

Orla estuvo un rato largo mirando sin comprender el extraño objeto, y volvió a sorberse la nariz, una vez más demasiado alto. Tanto su madre como su exmujer habrían entendido

enseguida qué le ocurría al hombre que se había convertido en jefe de Gabinete del ministerio más poderoso del país.

Dio media vuelta y observó, para su alivio, que la Mosca estaba al menos a un metro de distancia, y que no podía ver los detalles del contenido del sobre. ¿Un par de calcetines de bebé? Por un instante su mente se detuvo, luego registró el resto del contenido. Con los dedos temblorosos, para su gran irritación, como si tuviera frío, tomó con un gesto rápido el folio del escritorio y lo apartó de la mirada fija de la Mosca, mientras lo examinaba.

Parecía una fotocopia de una doble página de revista; en la página de la izquierda habían dibujado un círculo que recordaba un marco antiguo. Dentro del «marco» se veía una vieja villa de paredes marrón rojizo envuelta en una bruma gris, era lo que parecía, y la bruma ocultaba el cielo, y también los cimientos, como si la casa nunca hubiera estado unida de verdad a la tierra.

Por encima de la hiedra de la pared, sobre el empinado tejado oscuro, había no menos de siete chimeneas blancas —tres en cada extremo y una en el centro—, recalcando lo fabuloso de la imagen. Las vigas del tejado brillaban, como si la foto estuviera hecha nada más amanecer, antes de que los rayos del sol evaporasen el rocío.

El desconocido remitente había colocado en la hoja de la derecha otra imagen, que parecía una vieja fotografía de aficionado, reproducida en blanco y negro: bajo un árbol de Navidad que llegaba hasta el techo, un grupo de niños posaban sentados en una alfombra mirando al fotógrafo. Todos llevaban gorros de gnomos, y un par de ellos parecían sonreír, mientras que los demás estaban serios y se los veía asustados, quizá debido a la atención concentrada del fotógrafo.

Encima de la imagen habían escrito tres palabras: «Los siete enanitos».

Bajo la vieja foto se podía leer el único texto impreso de las dos páginas: «Los siete enanitos —

cinco niños y dos niñas— viven en la Sala de los Elefantes, dispuestos a encontrar un buen hogar con el año nuevo».

El jefe de Gabinete arrugó involuntariamente el entrecejo —sin que la Mosca lo viera— y continuó leyendo: «La posibilidad de ocultar la identidad de la familia biológica contribuye a que se elija la adopción y no el aborto ilegal. Se dice que también algunos daneses conocidos, cuyo nombre y fama sufrirían un daño irreparable si fueran objeto de la curiosidad pública, disponen así de la discreta efectividad de la Asistencia a la Maternidad. En tales casos, es fundamental la ocultación de los nombres de los padres biológicos».

Percibió la curiosidad de la Mosca tras su hombro derecho.

—No es nada —respondió a una pregunta no formulada, y tapó ambas fotos con la mano—. Ya me ocupo yo.

Notó la desilusión de la Mosca, que se deslizó



junto a los paneles hacia la puerta, pero se detuvo una vez más, obstinada, como tenía por costumbre.

—No es nada —repitió él en voz algo más alta—. Ya me ocupo yo.

La Mosca —o Fanny, que es como se llamaba— se quedó un rato en el vano de la puerta, tozuda y encorvada, pero luego se apartó de mala gana del umbral, dejando en la estancia una débil brisa al cerrar la puerta.

El jefe de Gabinete aspiró hondo y volvió a mirar la carta. De haber estado allí Lucilla, lo habría prevenido contra el miedo que estaba a punto de apoderarse de él.

Aunque las imágenes no revelaban nada, aparte de lo que podía leerse en el breve texto, supo de inmediato cuál era su origen. Sabía lo que representaban, y también conocía el nombre del lugar donde se habían tomado. Reconoció sin ninguna dificultad la gran villa marrón.

Soltó otro poco de aire por la nariz y se volvió hacia el papel, que era más resistente, blanco y

más rígido, y que crujió cuando lo desplegó. Casi había esperado otra fotografía (tal vez hasta suya), pero lo que tenía en la mano era la fotocopia de un formulario o una hoja de registro como los que han empleado las autoridades públicas desde los tiempos de Gutenberg.

Vio las marcas de las perforaciones para las anillas en la parte izquierda de la hoja, y supuso que el original lo habían sacado de un cuaderno de anillas antes de fotocopiarlo.

Se inclinó sobre el papel y leyó. En la esquina superior izquierda ponía el año, 1961, nada más, pero hizo que su respiración casi se detuviera.

Su mirada se deslizó por media docena de columnas estrechas cuyo objetivo era establecer la identidad de una persona: Nombre. Fecha de nacimiento. Lugar de nacimiento. Dirección.

Lo seguía una serie de campos para indicar otras informaciones no tan tradicionales: Madre biológica. Nombre. Dirección. Y debajo otra vez: Padre biológico. Nombre. Dirección.

En la parte inferior del formulario, las autoridades habían dispuesto una casilla extensa con las palabras: Nombre y dirección de los padres adoptivos.

Era un formulario de adopción pensado para familias sin hijos que solicitaban hacerse cargo de alguno de esos niños no deseados. Los había visto antes. Por supuesto.

En el impreso original solo se había rellenado uno de los campos, el primero. A lápiz o a bolígrafo, alguien, lo más seguro que hacía mucho tiempo, había escrito un solo nombre con cuidada caligrafía inglesa. Estaba tan claro que, pese al tiempo transcurrido, podía leerse sin dificultad: «John Bjergstrand».

Aquel nombre no decía nada en absoluto a Orla Berntsen, jefe de Gabinete del Ministerio Nacional. Le pareció que sonaba algo exótico. Había un pequeño espacio entre nombre y apellido y, tal vez debido a un impulso repentino, la misma pluma había añadido unas palabras que sonaban

raro: «Sala de Recién Nacidos».

Notó otro par de gotas de sudor en el caballete de la nariz, justo debajo del borde de las gafas, pero dio la vuelta al papel y miró la parte posterior: nada.

Después volvió a sorberse la nariz y achicó los ojos tras las gafas. ¿Qué podía hacer un funcionario de cuarenta y seis años a punto de divorciarse con un viejo formulario de registro relleno a medias? Temía que debía saber la respuesta, pero no era así.

No era el nombre lo que sonaba tan inquietante, podría haberlo dejado pensativo unos días, para después olvidarlo otra vez; no, era otra cosa, y una gota de sudor cayó desde la punta de la nariz al nombre escrito a mano en la parte superior del formulario. Se esmeró en secarla con una servilleta de papel, como si hubiera olvidado que no era un original, en el que la tinta podría haberse corrido.

Luego se levantó de la silla y volvió a

contemplar el arcoíris que brillaba en el chorro de agua que brotaba de la boca de la serpiente. Sintió, más que oyó, el borbotante sonido de pánico de su pecho, como si algún ser primigenio hubiera buscado refugio en su interior, al igual que él mismo, hacía mucho tiempo, se había acurrucado entre la maleza del pantano cuando sus perseguidores lanzaron sus intensos conos de luz en la oscuridad para buscarlo.

Si alguien hubiera podido leerle el pensamiento, habría reparado en que el asustado jefe de Gabinete no formulaba la pregunta más simple, la que cualquier receptor de una misiva tan extraña habría tenido que formular...

«¿Por qué me la han enviado a mí?».

**T**ras la victoria electoral de 2005, el despacho del ministro nacional se amplió al doble de su tamaño, porque el segundo hombre más poderoso

del Gobierno prácticamente exigió una sala de audiencias como pago por su inestimable contribución a la febril campaña electoral.

Al despacho llegaba solo el círculo exclusivo escogido por el ministro nacional. Todos eran miembros de la asociación ANV, que él mismo había fundado al principio de su carrera, pero que no se había dado a conocer a la opinión pública hasta entonces.

Las siglas correspondían a Acceso de los Niños a la Vida.

En las elecciones de 2005, la asociación fue un auténtico éxito, ya que apoyaba el derecho ilimitado a vivir de los niños daneses sin nacer, reciclando así la idea de que el aborto solo debía ser la solución en los pocos casos en que hubiera peligro real para la vida de la madre, o en los que hubiera plena seguridad de que el niño iba a morir de todas formas al poco tiempo de nacer. La natalidad llevaba mucho tiempo descendiendo, lo que causaba excedentes de personas mayores y una

disminución inquietante del número de niños; y el país necesitaba niños daneses sanos. En el mercado laboral tendrían que ser sustituidos cada vez más por gente de lugares remotos del globo, y por eso aumentaba el apoyo entre la ciudadanía danesa a esa combinación lógica de lo práctico-económico con lo cristiano-moral. Sobre todo porque creían que el crecimiento poblacional de los daneses reforzaría la nación frente al número creciente de inmigrantes. Los daneses corrían el peligro de convertirse en minoría en su propio país, tanto el partido como la oposición lo habían presentado como escenario ominoso durante la última campaña electoral. Pero el partido tenía una carta escondida en la figura del ministro nacional.

Ole Almind-Enevold se preparaba, contra su costumbre, para una reunión relajada: «Sentaos, ¡y feliz aniversario de la Liberación!».

En aquel instante apareció en la puerta el Curandero, algo sofocado, y se deslizó junto a la pared hasta una silla libre. El retraso y el sofoco

eran parte integrante de la imagen del jefe de relaciones públicas.

—¿Qué pasa con este chico tamil? —preguntó el ministro, agitando una carpeta verde de un centímetro de espesor. La arrojó con irritante precisión delante del subsecretario, a quien los funcionarios del ministerio habían apodado el Hombre de Grauballe, debido al parecido de su piel verde-azulada con la del famoso descubrimiento milenario en un pantano en las inmediaciones de Silkeborg—. ¿Sobre qué se me tiene que informar?

Orla Berntsen se alegraba de no haber presentado el caso en persona y habérselo dado al jefe supremo del departamento, que a su vez no se atrevió a quedarse «a verlas venir» en caso de que explotara de pronto en forma de problema imprevisto. El ministro nacional detestaba los casos complicados, y sus recomendaciones habían sido siempre de una simpleza enternecedora: quitarlos del medio o enterrarlos bien hondo para



que nadie los encuentre.

Algunos periodistas (y funcionarios) lo llamaban Rey Absoluto<sup>[1]</sup>, a lo que se prestaba su nombre, y todos pensaban que su eficacia sistemática era estremecedora.

El Hombre de Grauballe dejó caer los brazos, apenado.

—Es solo para tu conocimiento. Solo si te encuentras con algún periodista de *Fri Weekend*. Solo ellos se interesan por el caso. De momento.

Orla se fijó en que había empleado tres veces la palabra *solo*.

—No irás a decirme que un chico tamil de once años puede convertirse en un caso serio, ¿verdad? —preguntó el Rey del Ministerio Nacional.

—Quizá —repuso el subsecretario, con cuidado—. Puede sentar jurisprudencia en la decisión del ministerio sobre la expulsión de menores no acompañados que buscan asilo. Por eso, en este momento se encuentra solo en una

celda del centro de acogida de la región Norte...

Se detuvo, cosa poco habitual en él.

Ole Almind-Enevold sacudió con fuerza la cabeza.

—Tengo mis dudas.

El caso estaba aún por debatir. Orla Berntsen miró la foto que el guardia del centro de acogida había enviado al ministerio, donde aparecía un niño de rostro inocente, tupido pelo negro y un par de inquisitivos ojos castaños; no era más que una mota de polvo en el universo. Hizo un gesto afirmativo al Hombre de Grauballe. Estaban de acuerdo. Aquel caso podía explotar en cualquier momento. Todavía quedaban muchos daneses que se sentían incómodos al ver a niños llorando. Hablarían sobre eso después.

—Es el 5 de mayo.

La voz volvió a sonar alegre, pues la Liberación era el punto de partida natural del relato en el que Ole Almind-Enevold era el protagonista: el relato de la necesidad actual del

Ministerio Nacional y de su propia contribución desinteresada a favor de la patria durante la Segunda Guerra Mundial.

Era una historia que seguía sin perder fuerza con el paso de los años, y ninguno de sus enemigos políticos se había atrevido a abordarla. Según el mito, el ministro se lanzó a la guerra en 1943, cuando no era más que un chico y apenas podía levantar las bolsas con explosivos que solía transportar para los luchadores por la libertad de mayor edad. El enorme campo que cubría y su fantástica energía en bicicleta o corriendo lo habían hecho acreedor del nombre de guerra «el Corredor», y, por lo que cuenta la historia, con solo trece años participó en la liquidación de un chivato en los terrenos de la estación de Svanemøllen. El chivato había amenazado con una pistola a un miembro mayor de la resistencia, pero el pequeño ayudante se abalanzó sobre él y asió con fuerza el cañón del arma. Se revolcaron por el suelo, la pistola se disparó y el traidor murió con

un balazo entre los ojos.

Resultó ser una historia con gran atractivo para la gente. «Continúa haciendo misiones al servicio de la nación», decía el efectivo eslogan del Curandero en periódicos y carteles durante la emocionante campaña electoral de noviembre de 2001, justo después del atentado terrorista de Estados Unidos, y en 2005 el propio Curandero lo transformó en el exitoso eslogan: «Recados para la democracia».

En el universo del funcionario Orla Berntsen, el patriotismo no era ninguna virtud especial; todos los enemigos de su vida habían sido daneses de pura cepa, y su madre no perdía oportunidad de hablarle de la habitual hipocresía danesa, que había atormentado su infancia y la vida de ambos en el barrio de casas adosadas junto al pantano, allá por los años sesenta. Por aquellos años, miles de jóvenes madres solteras abandonaban a sus hijos recién nacidos y los entregaban a familias desconocidas, solo para evitar la vergüenza

personal y la condena, y a las pocas que rechazaban la adopción ofrecida apenas las toleraban en sus entornos. Un chico como Orla, sin padre, era un niño ilegítimo, un bastardo; y virtudes nacionales como la comunidad y la unión («solidaridad», como rezaba aún con cierta presunción en el programa del partido) no influían para nada. Por la misma razón, consideraba la tendencia a la hipocresía el único rasgo mental verdadero del carácter nacional danés; pero nunca se lo decía a nadie, y menos aún en el ministerio que gestionaba en nombre del exitoso ministro.

En público y de puertas para fuera, Berntsen solía argumentar en tono objetivo contra la invasión de falsos buscadores de asilo y refugiados económicos. Personalmente, no veía diferencias entre las personas, blancas o negras, de una u otra cultura o religión; estaba más allá de tales distinciones, y tal vez fuera eso lo que a veces hacía que los gestores del ministerio se estremecieran y le pusieran un apodo que solo se

atrevían a cuchichear entre ellos.

Orla Berntsen casi había olvidado el sobre azul, pero el extraordinario envío seguía todavía sobre el escritorio, donde lo había dejado bajo la taza que le recordaba a su mujer y a sus hijas.

Volvió a observar la fotografía de los siete niños ante el árbol de Navidad, bajo el titular «Los siete enanitos». Todos llevaban un gorro de gnomo. Luego examinó el motivo envuelto en un círculo: la majestuosa villa de tejado oscuro, brillante. No solo conocía la casa, también sabía por qué en la reproducción de la revista estaba enmarcada en un círculo de borde dorado. Su madre tenía una imagen con el mismo motivo colgada de la pared de la sala. Muy pocas personas lo sabrían. Oyó en su cabeza la voz de su madre como un leve zumbido, pero no distinguía las palabras. Tras su muerte, había adquirido la

costumbre de hablarle en susurros, pero los mensajes casi nunca tenían sentido, y la mayoría no eran sino retazos de conversaciones que habían mantenido en el pasado.

Estiró los dedos y los movió un poco, como si tratara de enviar una señal discreta a un invitado invisible que estuviera en el despacho. Después percibió la presencia de la Mosca tras él.

—Han llamado tres veces de *Fri Weekend* mientras estabas fuera —susurró.

Por un instante Orla no supo de dónde procedía la voz. Después la secretaria dio la vuelta al escritorio, repitió el mensaje en voz más alta y añadió algo espantoso:

—Era ese periodista..., Knud Tåsing.

Estaba claro que sabía el efecto que iba a producir el nombre en su jefe.

Orla percibió con claridad su propio sudor mezclado con el aroma optimista del Gobierno.

—Dile que estoy reunido.

—Ha dicho que era importante... Algo

relativo a un anónimo. —La Mosca susurró la última palabra entre sus labios delgados.

Como respuesta a su información, recibió una débil sorbida de nariz.

—Bien. Bueno, pues pásamelo si vuelve a llamar. —Sería más peligroso tratar de evitarlo.

Orla Berntsen observó el formulario por cuarta vez. John Bjergstrand. El nombre no le decía nada, pero alguien debía de pensar que era tan importante como para haber enviado por si acaso una copia al más antiguo enemigo del ministerio, el periodista de *Fri Weekend*, publicación que se llamaba así porque no podía permitirse salir a la calle el resto de la semana. Era la única explicación posible. Como obedeciendo una orden, el teléfono volvió a zumbiar.

Se oyó un clic en el altavoz.

—Te lo paso.

No necesitaba repetir el nombre.

Orla se quedó un rato callado, notó la presencia de su interlocutor al otro lado de la línea



y dijo en voz alta:

—Soy Orla Berntsen.

—Tåsing. —La voz era grave y nasal. No había cambiado desde su primer encuentro. Debió de ser hacía diez años, tal vez más.

—¿Sí...?

La voz denotaba la misma tranquilidad persuasiva que aquella mañana en que su enemistad tocó techo. Aquella vez el teléfono era del Ministerio de Justicia, y el viejo periódico del Gobierno (entonces en sus tiempos de grandeza) había puesto al descubierto un escándalo que podía hundir al ministro y a sus apoyos más cercanos. El periodista no le preguntó nada, solo le comunicó que el diario iba a publicar el artículo demoledor al día siguiente, con o sin comentario del ministro.

Orla lo mandó a freír espárragos.

Lo publicaron.

Aquello a punto estuvo de echar por tierra su carrera. Pero al poco tiempo Knud Tåsing cayó en

desgracia por un error fatal que creció hasta dimensiones catastróficas, y todo el renombre del periodista quedó pulverizado en menos de veinticuatro horas. En el ministerio brindaron por aquel fantástico planchazo en numerosas ocasiones; era incomprensible que el periodista siguiera en activo.

—El ministro tiene otro número —explicó Orla. Buscó por instinto una vía de escape.

—No es con el Rey con quien tengo que hablar. Todavía no. —La voz tenía un deje burlón—. Pero salúdalo de mi parte —añadió, sarcástico—. De momento quiero hablar contigo.

Orla Berntsen cubrió con la mano la palabra PADRE de la taza vacía.

—Hemos recibido una carta aquí, en el periódico. Es una carta, cómo te diría yo..., enigmática —informó el periodista.

El jefe de Gabinete pensó, contra toda lógica, en sus hijas, a las que tuvo que abandonar cuando volvió a su hogar de la niñez, en Søborg.

—Tengo aquí la carta. De hecho, no es más que un artículo, creo, fotocopiado, con una foto de una casa y varios niños, y un texto bastante críptico. Pero abajo del todo pone algo que no entiendo: «Copia enviada a Orla Berntsen, jefe de Gabinete del ministro nacional, Ole Almind-Enevold, Ministerio Nacional». Esos solo podéis ser tú y tu honorable jefe. Y, bueno, me preguntaba si habíais recibido la misma carta. Un sobre azul. Apaisado. Letras rojas y negras. Todas recortadas de una vieja revista, por lo que parece.

Hizo una breve pausa.

—Muy melodramático. Como en una vieja novela policíaca de Agatha Christie.

Orla no dijo nada.

—¿Estás ahí, Berntsen?

—¿Qué pone? —quiso saber. Aquello era un cuarto, casi media confirmación.

—Es un texto corto sobre niños adoptados por otras familias. Creo que las fotos se han utilizado para ilustrar un artículo sobre la adopción. El texto

de la foto sugiere algo encubierto. Que algunos niños de aquella época eran secretamente entregados en adopción para así proteger a los padres biológicos. Pero hay también dos objetos... —El periodista vaciló un momento—: una especie de formulario, con un nombre, y un par de pequeños calcetines blancos de lana. Parecen de bebé. Es lo más misterioso de todo.

Se dijera lo que se dijese de Tåsing, sus descripciones eran breves y precisas. El todopoderoso jefe de Gabinete oyó un débil crujido de papel al otro lado de la línea.

—¿Tú qué opinas? —preguntó su incordiador.

—¿Te lo han enviado a ti...? —se oyó responder Orla. Mentir era peligroso, y el contenido de la carta era aún demasiado singular e inexplicable como para constituir una amenaza inmediata. Nadie podía deducir nada de aquello. Todo había pasado hacía tanto tiempo que no podía guardar la menor relación con su carrera o vida actuales.

—De hecho, nos lo han enviado a... —Orla Berntsen oyó al periodista vacilar y buscar entre papeles—, a mí y a Nils Viggo Jensen. Nils es mi fotógrafo habitual para grandes reportajes.

Era increíble que a Knud Tåsing todavía se le permitiera escribir reportajes en un periódico de cobertura nacional, por pequeño que fuera, pensó Orla. Por otra parte, hacía años que abordaba temas superficiales, triviales e inocuos. Si su pasado no hubiera sido tan glorioso, habría escrito su último artículo el día que su fama se cuarteó, y hacía casi diez años de aquello.

—Sí, Berntsen... —La voz del otro lado sonó con algo de guasa—. Tienes razón... Este viejo caballo de circo se huele, si no una gran historia, sí al menos serrín de cierta calidad en la pista. Eso debo reconocerlo, aquí, entre nosotros. Y ahora te toca a ti. Creo que también tú has recibido la misma carta misteriosa.

—Sí —admitió Orla. Sería mejor reconocerlo. Hubo un silencio. El periodista esperó.

—Pero —añadió el jefe de gabinete— no tengo ni idea de lo que significa.

—¿A ti también te han enviado... un par de calcetines... y el extraño formulario?

—Sí —repitió.

—¿John Bjergstrand?

—Sí.

—¿Quién es?

Pequeña sorbida de nariz.

—Ni idea.

—¿También te han enviado las fotos de los niños? ¿Y el extraño texto?

—Sí.

—¿No puedo preguntarte quiénes son?

—No.

—¿O lo que significa todo esto?

—No. No tengo la menor idea al respecto. —  
Ahora estaba mintiendo, pero bueno.

—¿No tienes ni idea de cuál puede ser la intención?

—No. No tengo ni idea de cuál puede ser la

intención. Nunca he conocido a nadie que se llamara John Bjergstrand. Búscalo en la guía telefónica.

—Ja, ja.

Orla oía la respiración del periodista al otro lado de la línea.

—En una de las fotos aparece una casa rodeada por un círculo —comentó Knud Tåsing, cambiando de tema—. ¿Qué casa es esa?

—Desde luego, mía no es. —Y otra sorbida de nariz reveladora.

—Eso ya lo sé.

Tåsing era uno de los pocos periodistas que había visitado alguna vez a Orla Berntsen —cuando no hubo otro remedio—, pero esta vez la vida privada del jefe de Gabinete estaba igual de oculta que sus sentimientos, quizá más. De fuentes oficiales solo se sabía que estaba casado, tenía dos hijas y vivía en la zona donde residían los ricos, en Gentofte. Entre los periodistas corría la voz de que su mujer era cubana, y los más críticos

se divertían ante el curioso hecho de que el jefe del entonces denominado Departamento de Extranjeros, que había denegado casi todas las peticiones de permiso de residencia por razones humanitarias hechas por refugiados, se hubiera casado con una extranjera. Además, súbdita de uno de los últimos países socialistas del mundo.

Tal vez se debiera a eso que, según los rumores, fuera a divorciarse.

—¿Por qué recalca el autor del anónimo que te la ha enviado a ti, como jefe de Gabinete del Ministerio Nacional, y hasta pone el nombre del ministro? —preguntó el periodista.

—No tengo ni idea.

—¿Esto tiene que ver con el Rey Absoluto?

—No puedes tomarte en serio esa carta, Tåsing —dijo con algo más de fuerza en la voz—. El ministro no la ha visto para nada.

—¿Qué casa es esa? —Otra vez el tono cortante.

Orla Berntsen vaciló. El asunto no debía



aparecer más misterioso de lo que era, y la verdad solucionaría aquel problema. Por otra parte, no podía andar cambalacheando con el secreto de su vida, del que ni siquiera sus dos hijas sabían nada, delante de un periodista. Menos aún de Knud Tåsing.

—Verás... Lo que yo piense, o sienta..., o sepa acerca de mi correo privado, no concierne a nadie más.

Sonó arrogante.

—Sí, a la opinión pública, Pil Berntsen. No lo olvides. También se lo han enviado a la opinión pública.

Ahora el periodista amenazaba con dar publicidad al asunto.

—¡Pero si la ha enviado un chiflado...! —Oyó cómo soltaba el aire al decir la última palabra. Nada elegante. Hundió los hombros y puso las manos sobre el escritorio—. Escucha, Tåsing, estoy bastante ocupado. Tengo una recepción con el primer ministro por lo de la Liberación.

—Sí. Es lo que me ha dicho tu secretaria. Pero has de saber que si no me dices algo de esa villa, o al menos me das una dirección, voy a tener que hacer públicas tanto la foto como la carta, así como una transcripción de nuestra conversación, y si no ofrecemos una recompensa a cambio de más información, al menos habremos cursado una gran invitación al gran detective de la opinión pública para que resuelva la cuestión por nosotros. Y entonces sí que llegaremos a una explicación.

Orla Berntsen no estaba seguro de que el periodista deshonorado fuera a hacer efectiva su amenaza. Después percibió una corriente de aire y sintió, más que oyó, la voz de su madre desde el Más Allá: «¿Qué más da, Orla? La única solución posible: deja que se sepa la verdad».

Tomó la decisión de la forma más breve posible:

—La casa está en Skodsborg. Es un hogar infantil. Y ahora debo dejarte. —Y cortó la comunicación.

Se levantó y se dirigió a la ventana. La serpiente seguía escupiendo agua a la bóveda celeste. Estornudó.

Mierda, se dijo.

Cerró los ojos y se hundió en el sofá color mostaza de jefe de Gabinete, donde de vez en cuando se echaba una cabezada. Nunca más de cinco o seis minutos, y siempre con los pies fuera.

Allí, medio en sueños, solía identificar los mayores problemas de su carrera, señalar nuevos rumbos, encontrar soluciones, lo que le había granjeado la fama de solucionador de problemas que lo convirtió en un asesor muy solicitado en las crisis de Gobierno. Siempre tenía preparado un plan de salvamento que funcionaba, porque, al fin y al cabo, era un estratega tremendo. Cuando aflojaba un poco su cota de malla mental, no encontraba una capa más blanda de estructura más porosa, como la mayoría de la gente; al contrario. En los primeros quince años de su vida soportó las burlas de los otros chicos, mientras él giraba en

torno al círculo irrompible que formaban, como un pequeño insecto entrometido que se mantenía en circulación solo porque estaba alerta y por su capacidad de sacudirse de encima todas las humillaciones. Se reía como un descosido, sorbía su pecosa nariz cuadrada con obstinación, mientras la boca seguía riendo y los ojos azul claro medían la dirección de los golpes y el lugar donde esperaba el impacto. Siempre había sido una fachada, y el olfato del chico para rapidísimas maniobras evasivas siguió vivo en el hombre, también después de que su rostro creciera y ya no revelara sus pensamientos ni echara a reír con la risa tonta de la niñez.

Si alguno de los chicos del barrio lo hubiera visto hoy, solo habría reconocido la mirada vigilante, las frecuentes sorbidas de mocos y el leve temblor de las pupilas tras los cristales de sus gafas.

Por una vez, Orla Berntsen no sabía qué hacer. Se levantó del sofá. La carta seguía sobre la mesa.

¿La habría visto el ministro nacional? Se resistía a creerlo, porque la Mosca se lo habría comunicado con aire triunfal.

Su cuerpo se hundió en la silla. Los grandes cristales de sus gafas se empañaron un poco, los párpados semicerrados estaban hinchados, tensos, las pestañas eran cortas y rubias. ¿Debería pasársela a su jefe inmediato? Había una buena razón. Pero aun así dudaba.

«No existe objetivo inalcanzable», le dijo una vez el ministro, hacía tiempo. «Solo para el que vacila» (las palabras escandalizaron a su amigo de la juventud Severin, claro que tampoco llegó a nada en el mundo de la abogacía).

A Orla le encantaban las máximas que Ole Almind-Enevold le inculcó desde las primeras reuniones tras su nombramiento. Todas ellas trataban de la elección correcta en la situación correcta y la capacidad de decisión que ambos apreciaban. De la voluntad de encontrar el camino más eficaz cuando era necesario.

«Quien desee dominar el mundo debe reaccionar cuando este se transforma».

Orla Berntsen sonrió cuando lo oyó. Por supuesto.

«Quien elige la compasión frente a la firmeza, pierde su capacidad de decisión».

El ministro jamás la perdió.

«Quien elige la clemencia frente a ser consecuente, se queda solo, rezagado».

Era quizá lo más importante, incluso el secreto. La posibilidad de dar rienda suelta a la rabia sin arrepentirse.

«Quien no se atreve a matar se derrumba en el momento decisivo», fue lo que dijo el jefe de Orla Berntsen sobre su contribución a la resistencia. Y todo el país aplaudió.

El jefe de Gabinete apartó la taza. Los calcetines de ganchillo blancos estaban en la mesa, ante él, y estuvo un rato en silencio absoluto. Luego tecleó un número en su línea privada, esperó un momento y oyó por el auricular una

cautelosa voz de mujer:

—Bufete de abogados.

—Quiero hablar con Søren Severin Nielsen —  
anunció.

Llevaban más de diez años sin hablarse. La ruptura se produjo por un rechazo a la petición de asilo humanitario a una refugiada siria que había ocupado las primeras planas. Severin, que era su abogado, estaba que se subía por las paredes. Orla mantuvo la negativa al permiso de residencia a pesar de la amistad que una vez los había unido. Un par de días más tarde la llevaron al aeropuerto, y no se supo más de ella.

Esta vez su antiguo amigo era defensor del chico tamil de once años que estaba en peligro de expulsión, y eso era un problema, claro, pero no era ese el problema del que deseaba hablar el jefe de Gabinete.

—Søren Nielsen está en el juzgado.

Dejó su número directo y un mensaje, breve, pero claro.

«Severin, llámame, es urgente».

A menos de un kilómetro de allí, el periodista dio media vuelta en la silla giratoria de su escritorio y arrojó el teléfono móvil sobre la mesa.

—Skodsborg —dijo, triunfante—. En Skodsborg solo hay un hogar infantil conocido; claro que también es un hogar bastante especial... Ni más ni menos que Kongslund, ¡el orgullo de la nación!

La alegría de la voz de Knud Tåsing no dejaba lugar a dudas. Atrajo hacia sí el ordenador portátil.

—Durante muchos años Kongslund ha recibido un trato especial por parte del Gobierno, y asignaciones especiales, y ¿quién crees que ha sido su protector y benefactor desde la guerra?

No hacía falta que dijera el nombre ni que su invitado respondiera. De todas formas, el



fotógrafo Nils Jensen era hombre de pocas palabras.

—¿Y quién crees que participó en la lucha junto con las señoritas de Kongslund que trabajaban en secreto para el grupo más famoso de la resistencia durante la guerra?

Knud Tåsing encendió el ordenador y al final dijo el nombre.

—En ambos casos, la respuesta es Ole Almind-Enevold, ministro nacional de Dinamarca y futuro primer ministro, si es que la muerte cumple con su deber y se lleva a nuestro padre de la patria de este valle de lágrimas dentro de pocos meses. Como ha prometido.

El fotógrafo siguió callado.

El periodista tecleó nueve letras en el campo de búsqueda de la pantalla. Cayó parte del relleno de la silla desvencijada, y unos pedacitos de gomaespuma de color naranja se le quedaron pegados al pantalón.

—Kongslund —repitió, casi abstraído, solo

vuelto a medias hacia la figura delgada que se sentaba en la única otra silla del despacho—. El Hogar Infantil de Kongslund. Debe de haber alguna razón para que hayamos recibido esta carta.

—O tal vez no. —Fueron las primeras palabras del fotógrafo.

Knud Tåsing miró con cierta clemencia al hombre que de alguna forma se había convertido en su amigo; el único que le quedaba tras ocho largos años en el humillante carril lento de su carrera de periodista.

Nils Jensen había puesto cuatro pilas en un *flash* casi tan grande como la cámara que tenía en el regazo.

—¿Un hogar infantil? —soltó, dando un toque de escepticismo a la inocente palabra.

—Sí. Pero no es un hogar cualquiera... Ni más ni menos que Kongslund.

El periodista sacudió con tal violencia el sobre azul que podría haberse temido que las letras de colores que componían el nombre y la

dirección se despegaran y cayeran al suelo.

—Aquí hay una historia que, en mi opinión, está bastante clara: un niño llamado John Bjergstrand fue entregado en adopción a unos padres desconocidos; ese niño era uno de los que por Dios y, sobre todo, por el bien de la familia, había que ocultar tan pronto como fuera posible... Debía dejar de existir. Casi seguro porque sus verdaderos padres eran muy conocidos o muy poderosos; o ambas cosas.

—Todo eso me suena a chino —se evadió Nils Jensen, haciendo girar el *flash* entre las manos con gesto desaprobador.

Knud Tåsing no respondió. Era, como él mismo señalaba a menudo, uno de los últimos privilegios palpables de la clase trabajadora: el derecho a llevar la contraria. Y Nils era un auténtico representante del sector de trabajadores no cualificados. Sus padres, por alguna razón inescrutable, le regalaron una pequeña cámara por su confirmación, y a Knud siempre le había

parecido inexplicable, ya que su padre era vigilante nocturno en el barrio de Nørrebro y casi nunca veía la luz. Nils Jensen había fotografiado las grandes manifestaciones contra el derribo del Rectángulo Negro<sup>[2]</sup>, y vendió las imágenes a los periódicos de movimientos de base; consiguió notoriedad gracias a un primer plano de un policía de paisano pegando a un manifestante en un patio trasero, y la foto recorrió todo el país. A los tres días el policía se colgó de una cuerda que pendía de un gancho, que para esa ocasión había atornillado en el techo de su sala de estar, de donde sus compañeros y su esposa bajaron el cadáver. El joven fotógrafo no se sintió en ningún momento culpable de la muerte. Lo dijo sin pelos en la lengua a todos sus compañeros. Había cumplido con su deber al servicio de la documentación necesaria, eso fue lo que dijo.

Aquellas declaraciones —y aquella imagen— lo hicieron famoso a nivel nacional. Y cuando el pequeño periódico local revolucionario para

intelectuales de izquierda se fusionó, en los años noventa, con el único diario del país que seguía fiel al Gobierno, es decir, *Fri Weekend*, Knud Tåsing convenció a su redactor-jefe para que diera trabajo a Nils Jensen como fotógrafo *freelance*. En lo sucesivo, trabajaron juntos. Casi siempre en silencio, pues el fotógrafo no era hombre de muchas palabras; más bien de ninguna, la mayoría de las veces.

—No hay ningún John Bjergstrand en el buscador Krak ni en la guía telefónica —comunicó el periodista.

Luego tecleó otras doce letras en la base de datos del ordenador, y tras unos segundos el archivo electrónico le dio los titulares de veinticuatro artículos.

—Solo hay cuatro semblanzas periodísticas. No es mucho —comentó.

Como podía esperarse, las semblanzas no contenían ningún detalle de su vida privada, aparte del hecho de que el jefe de Gabinete del

Ministerio Nacional había vivido en Gentofte, pero se había mudado, y tenía dos hijas de siete y veintitrés años.

—Eso sí que es una hija tardía. Y van a divorciarse. La mujer vive sola en la casa. Pero ¿dónde diablos vive él?

Nils Jensen no respondió.

No ponía nada sobre el domicilio actual del funcionario. Corrían por ahí historias de su infancia, pero nadie sabía a ciencia cierta si eran verdaderas. Una fuente anónima sostenía que el poderoso jefe de Gabinete vivió de niño solo con su madre, quien, según otra fuente (tal vez la misma), no lo dejaba salir de casa y le pegaba con una percha. Este era el castigo preferido por aquellos años en los que las fuerzas libres de la oleada de bienestar chocaron con la propensión de los pequeños burgueses a la antigua disciplina. Debió de ser aquello lo que atormentó su mente y su vida espiritual, lo que hizo de él lo que era. Un perro duro. Un portero de la nación que no

permitía pasar a nadie sin dejarle alguna marca.

Poquísimos conocían al hombre tras la fachada.

Según un artículo de un periódico de la mañana, entre los funcionarios del ministerio se había ganado varios apodos despreciativos, uno de ellos de lo más singular: el Sociópata.

Era la denominación que empleaban los funcionarios por los estrechos pasillos del ministerio cuando se sentían a una distancia segura, cosa que ocurría poquísimas veces.

Era una crítica dura. Incluso en un ministerio duro. ¿De dónde saldrían rumores así...?

Knud Tåsing dirigió una mirada inquisitiva al fotógrafo, que se limitó a sacudir la cabeza y callar. Como siempre.

Era una de esas preguntas a las que nunca respondía.

## KONGSLUND

*6 de mayo de 2008*

*Se parecía a la Cenicienta del cuento que mi madre de acogida me leía en voz alta de niña. Llegó con un vestido que era tan verde como las hayas de la colina, y ninguna de las señoritas mencionó para nada su extraordinario origen.*

*«Te presento a mi hija Marie», le dijo mi madre de acogida en un tono que sonaba más que nada como un aviso para temperamentos más delicados acerca de mi singularidad. Pero la mujer de verde no lo registró. Hizo una reverencia como una niña pequeña, a la vez educada y obstinada. Y, ahora que era parte de la*



*identidad de Kongslund (y llevaba siéndolo casi veinte años), no podía imaginarme mi vida sin ella.*

*La historia de los anónimos iba a tener consecuencias para ella, por supuesto, igual que para todos los demás, pero no había otro remedio. Oí el tintineo de tazas en la sala que da al jardín y supe que los primeros invitados ya habían llegado a Kongslund, tal como había planeado el Destino mucho tiempo atrás.*

*Lo que parecía una coincidencia nunca había sido tal cosa.*

**K**nud Tåsing se despertó de un sueñecito agitado, sentado entre tres cajas de mudanzas que había dispuesto en un rincón del despacho de la Casa de la Prensa, en la antigua zona portuaria.

Siempre había sido un genio solitario, nacido a principios de los sesenta de una madre que había

sido *hippy* hasta el tuétano, con ropajes ondulantes (antes de que nadie se diera cuenta de que el tiempo de los *hippies* llamaba a la puerta), y por eso se levantó de la cama tras parir y se unió a la primera marcha antiatómica desde Holbæk a Copenhague, algo hinchada por el parto. A pesar de los dolores de sobreparto, dejó a su hijo pequeño con la misma facilidad con que una planta corredora rueda con el viento, viajó al sur con un español guapo (tal como hacían las mujeres en aquellos tiempos), recorrió más de dos mil kilómetros por Europa para terminar en una comuna anarquista de Andalucía, dejando a Knud en casa con su padre, que trabajaba en una fábrica y vivía en una casita adosada de un suburbio junto a la autopista al norte de Copenhague.

Después el niño volvió a la isla de donde venía el apellido familiar, en la que la familia de su padre se había establecido varios siglos antes. Knud Tåsing nunca hablaba de aquella época. Nils Jensen se dio cuenta pronto de eso. No porque lo

preguntara, pues no lo hizo.

Era evidente que el periodista había empleado casi toda la noche buscando artículos del pasado, y por lo visto había caído —por fin— rendido sobre una papelerera de plástico verde duro, donde se quedó dormido. Totalmente agotado. Tenía los ojos aún medio cerrados cuando el primer y único visitante del día maniobró a través de los sinuosos bulevares que, entre enormes montones de papeles, libros y cuadernos de anillas, conducían al incómodo lecho.

El reportero se puso en pie con cierta dificultad mientras mascullaba un saludo, que sonó como «¿Es de día ya?», o algo parecido. Despedía un ligero olor a alcohol y, cosa rara, a gasoil, como si de vez en cuando, en medio de su lectura nocturna, se hubiera dado un baño para despejarse en las viscosas aguas negras de la dársena, justo frente a la Casa de la Prensa. En la mesa había una revista con un recibo de la empresa de reparto en bici Los Mensajeros Verdes.

El fotógrafo se acercó. Se trataba de un ejemplar de *Billed Bladet* de unos cuarenta años antes, cuando un número valía setenta y cinco céntimos. La cabecera de la portada estaba compuesta por los mismos caracteres rectangulares rojos que tiene hoy, casi medio siglo más tarde, *Billed Bladet*. La revista era del 27 de diciembre de 1961.

Nils Jensen se inclinó hacia delante. La vieja portada la ocupaba en su totalidad un rostro de niño en blanco y negro mirando el mundo con grandes ojos asustados y los labios prietos. Sobre la blusa con dibujos del niño, el artista gráfico había escrito en elegante cursiva tres palabras simples, pero suplicantes: «¿Quién puede adoptarme?».

—He encontrado una referencia a este artículo en la web de la asociación de familias adoptivas —informó el periodista, con uno de sus ojos todavía medio cerrado, como si hacer el mismo movimiento en ambos lados del rostro hubiera

sido demasiado esfuerzo—. Y *jamalají-jamalajá*, mira lo que he encontrado.

Levantó la revista y la dejó caer con cierta teatralidad sobre el escritorio, delante del fotógrafo.

Las dos fotografías cuyas copias el remitente anónimo había enviado al Ministerio Nacional y a *Fri Weekend* estaban reproducidas en las páginas centrales de la vieja revista. La hermosa villa de color marrón rodeada de un círculo dorado llenaba toda la parte izquierda, y en la derecha —bajo el titular «Los siete enanitos»— aparecía impresa la foto que la víspera había fascinado durante horas a Knud Tåsing.

En la reproducción en blanco y negro aparecían los siete bebés tumbados sobre edredones y mantas bajo el árbol de Navidad engalanado que se alzaba ante ellos, y el texto del pie de foto era el mismo que habían leído en el anónimo: «Siete enanitos —cinco niños y dos niñas— viven en la Sala de los Elefantes,

dispuestos a encontrar un buen hogar con el año nuevo».

La continuación contenía exactamente la frase que le parecía tan interesante a Knud Tåsing: «Se dice que también daneses conocidos, cuyo nombre y fama sufrirían un daño irreparable si fueran objeto de la curiosidad pública, disponen de la discreta eficacia de la Asistencia a la Maternidad. En tales casos, es fundamental la ocultación de los nombres de los padres biológicos».

No se daban nombres, ni otra información adicional sobre los siete niños de la imagen, y la asociación con la famosa cuadrilla de enanos de Walt Disney se debía, por supuesto, a los gorros de gnomos que llevaban en la cabeza.

Knud Tåsing estaba sorprendentemente despierto tras la larga noche en aquella postura incómoda, incluso sin haber encendido el primer cigarrillo del día.

—Si supieras cuántos niños se entregaron en adopción en este país por aquellos años... Miles y

miles. Regimientos y batallones de niños daneses sanos abandonados nada más nacer. Y no hace tanto tiempo de eso.

Por un instante pareció que fuera a acompañar su observación con una breve carcajada cínica, pero luego se contuvo y tomó la revista de la mesa.

El artículo ocupaba seis hojas centrales, y en la primera de ellas un titular en cursiva formulaba casi la misma pregunta que la atribuida por la revista al niño de la portada, solo que en plural: «¿Quién nos quiere?», ponía.

Cada imagen de las seis páginas venía acompañada de un breve texto explicativo: «Per, el del mono a cuadros, es un señor decidido de diecisiete meses que sin duda sabe lo que quiere», ponía bajo la foto de un niño de aspecto desgraciado que estaba llorando.

«¿Qué le parece Dorte, la del elegante cuello blanco?», se leía bajo la fotografía de una niña regordeta que descansaba con aspecto triste sobre una piel de oso polar.

Junto a una niña, aún más melancólica, con un vestido de flores, el periodista había escrito: «Lise parece muy triste. Tiene dieciocho meses y es algo bizca, pero eso puede arreglarse».

La mayor de las imágenes correspondía a un chico de pelo oscuro en una cama blanca, a sus espaldas el papel de la pared tenía unos pequeños elefantes encorvados, dibujados con un trazo algo *naïf*. En la imagen granulada apenas se distinguían los colmillos curvos, las colas y las trompas alzadas.

Debajo de la imagen habían escrito: «Un elefante se balanceaba... Ya, pero ¿hasta cuándo? Cuando solo tienes nueve días, no sabes gran cosa acerca del futuro».

—Aquí está el artículo original del texto que acompañaba al anónimo —observó el periodista.

Nils no dijo nada. Era evidente.

—Es justo del mismo año que el formulario. La persona que nos lo ha enviado tiene esta revista y una información que le gustaría compartir con



nosotros, y nos muestra al detalle el lugar por el que debemos empezar. En el hogar infantil Kongslund. En 1961.

Volvió a dejarse caer en la papelera desvencijada. Con aquel jersey verde grueso de punto, parecía una ranita saltando en pos de un insecto zumbante.

—Es el año en que nací.

Fue el primer comentario que emitía Nils Jensen aquella mañana.

—Yo también. De hecho, es uno de los años con más nacimientos de la historia de Dinamarca.

Knud Tåsing cerró la revista y la apartó.

—Dentro de una semana, el hogar va a homenajear a la antigua directora, ahora jubilada, la famosa señorita Ladegaard, que en sus buenos tiempos se ganó el apodo de Magna, y con ese motivo se ha hecho un llamamiento a todos los viejos luchadores por la pedagogía infantil para que acudan a Skodsborg. Además, van a acudir gran cantidad de políticos y gente conocida, y

teniendo en cuenta cuánto se habla en este país de la educación de los niños, del estrés y de la vida institucional, no podía ser menos.

Tras atravesar la redacción desierta del periódico, montaron en el Mercedes beis del fotógrafo. Fueron por la zona portuaria hacia el centro de la ciudad.

—En 1989 relevó a Magna una mujer casi igual de formidable —hizo saber Knud Tåsing—. La nueva directora se llama Susanne Ingemann.

Nils Jensen notó un deje inexplicable en la voz del periodista, pero no dijo nada.

Salieron por Østerbrogade y se incorporaron al moderado tráfico matutino de la carretera de la costa y siguieron hacia el norte.

Cuando llegaron, el periodista volvió a hablar.

—Ayer por la noche hubo una reunión urgente en el despacho del ministro nacional, mientras el resto de ministros festejaban la Liberación, me lo ha contado una vieja fuente del ministerio. ¿Y sabes por qué?

Nils Jensen no dijo nada, como de costumbre, y el periodista continuó.

—Por el anónimo de Orla Berntsen. Mi fuente no estaba presente, pero hablaron de la famosa carta durante una hora por lo menos. Y luego decidieron pedir ayuda cuanto antes a un experto, un jefe de Policía jubilado que hace trabajos de seguridad para los ministerios.

El fotógrafo aceleró; era un día de primavera gris, pero agradable, y los primeros veleros de la mañana ya surcaban el estrecho de Øresund, si no por miles, al menos por docenas.

—Un viejo conocido del ministro tiene una empresa que hace controles de seguridad y ese tipo de cosas. Fue subdirector de la Policía en Copenhague. Quieren que encuentre al autor de los anónimos, y le han dado libertad de movimientos. Puede que lo recuerdes de tus primeros tiempos como fotógrafo. Se llama Carl Malle. Se ha convertido en un tipo importante desde que dejó la Policía. Solo echan mano de él cuando las cosas

van tan mal que el fuego les quema las pestañas.

Nils Jensen no comentó la peregrina comparación.

—Y es sin duda un apellido apropiado —añadió el periodista, que seguía emitiendo un vago olor a menta y tabaco—. Es más malo que el demonio. Pero es que es un momento desafortunado para ellos. Dentro de una semana, todos los que quieran salir en la foto van a ir a Kongslund para rendir honores a la famosa directora. Y al mismo tiempo, el ministro nacional, que ha sido el protector material y espiritual del hogar durante décadas, se enfrenta al gran salto de su carrera... hasta la más elevada instancia del reino. Desde la guerra, el partido ha apoyado y financiado Kongslund por ser un ejemplo brillante de la postura humanitaria de los daneses para con los más débiles, y se trataba de un pedazo de la historia de Dinamarca que los dirigentes del partido no querían manchar por nada del mundo. Como es natural, detestan una carta que sugiere

que el pasado de Kongslund —y, por tanto, el presente— es un enorme fraude. Que el hogar infantil, a cambio, ayudaba a los poderosos a librarse de escándalos, borrando los orígenes de los niños de forma tan radical que nunca podían encontrarse.

En el regazo de Knud Tåsing estaba el sobre azul que era el motivo de la confianza del periodista y tal vez la última esperanza que tenía el periódico de ganar algún premio con un reportaje. En una reunión urgente del mes anterior, la gente de marketing comunicó a los periodistas que aún quedaban que solo el siete por ciento de la población danesa conocía la existencia de *Fri Weekend*, y que solo una exclusiva a nivel nacional podía curar al periódico de aquella enfermedad que lenta, pero segura, se estaba llevando la vida de la empresa.

Nils Jensen miró de reojo las letras rojas, blancas y negras recortadas con cuidado, pero se guardó su opinión. En la costa de Suecia, el

estrecho tenía un color gris acerado (como si Nuestro Señor hubiera depositado sobre él su mirada más deprimida), y el fotógrafo pensó por un momento en el padre que en las vacaciones escolares lo había llevado a su ronda de vigilante, esperando tal vez que eligiera el mismo oficio que él. El oficio de topo.

Pasaron por la playa de Bellevue con su arena blanca y las pequeñas matas de hierba, la preferida de la ciudad durante ciento cincuenta años, y el periodista soltó algo de aire por la nariz.

—El nombre en sí..., John Bjergstrand —explicó—, es la información decisiva, por supuesto. Un chico que nació con toda discreción y fue secretamente entregado en adopción, con otro nombre que desconocemos. Un bastardo que podría echar por tierra una carrera por lo demás gloriosa. Y creo que fue justo eso lo que ocurrió... Una persona muy poderosa tuvo un desliz, pero tiró de los hilos y ocultó cualquier huella tras su

suerte catastrófica.

Se recostó en el asiento, satisfecho.

—Es decir, todas menos una. La que encontró nuestro autor del anónimo.

Pasaron por el restaurante de Strandmølle y por el bosque Jægersborg Hegn.

—Nuestro anónimo amigo no conoce la identidad de los padres. Pero cree que tenemos una posibilidad de descubrirla, y que *Fri Weekend* se atreverá a ponerlo en conocimiento de la opinión pública.

Nils Jensen no dijo nada.

—Sabemos que Berntsen se ha puesto nervioso. Sabemos que conoce el hogar, y que un papelote banal con un montaje tan ridículamente melodramático ha podido asustar a todo el Ministerio Nacional, donde hicieron una reunión de urgencia que duró media noche en lugar de acudir a la fiesta del Gobierno con motivo de la Liberación.

A aquella reunión que le habían filtrado a

Knud la habían seguido más reuniones, observó Nils.

—Creo que el partido, de alguna manera, ha estado implicado, y el autor del anónimo lo sabe. Durante los años cincuenta y sesenta, los daneses entregaron en adopción a decenas de miles de hijos ilegítimos. Las cifras no descendieron hasta 1973, cuando se legalizó el aborto..., porque entonces los niños molestos podían ser eliminados antes de que llegaran al mundo.

Chasqueó la lengua, como si se tratara de un triunfo lamentable, pero necesario para la nación como tal.

—Ayer hablé con una administrativa jubilada de Asistencia a la Maternidad que frecuentaba el hogar en aquella época. Contaba que a los niños se les ponían a menudo apodos de gente conocida con la que, a juicio de las puericultoras, guardaban parecido, por ejemplo Ebbe Rode o Poul Henningsen..., o Jacqueline Kennedy. De hecho, a una chica de pelo negro ¡la llamaban Jackie...! —



Knud Tåsing soltó una breve carcajada, como si el nombre de la viuda del expresidente norteamericano tuviera un atractivo especial en la historia—. Había también un bebé calvo, a quien llamaban Khrushchev, como el primer ministro soviético, el que, en las Naciones Unidas, golpeó con su zapatilla la mesa más importante del mundo justo después de la crisis de Cuba. Y todo era muy inocente, pero de vez en cuando corrían rumores de que la tendencia a ponerles nombres conocidos se debía a algo más que al parecido. Y aquellos rumores existieron durante todo el tiempo que ella tuvo relación con el hogar.

Pasaron bajo las altas copas de los árboles en una curva suave mientras se alejaban del estrecho. A ambos lados de la carretera había villas enormes que llegaban hasta la acera.

—Mi fuente de Asistencia a la Maternidad mencionó también otra cosa. En 1966 la propia directora acogió a una niña. O, mejor dicho, mantuvo a una niña huérfana como hija de acogida.

La niña había nacido ese año: 1961. Después, al jubilarse, dieron a la directora, la señorita Ladegaard, un pisito en Skodsborg, pero su hija de acogida, que debe de tener casi cincuenta años, sigue viviendo en el hogar.

Hizo una breve pausa.

—Extraño, ¿verdad?

Nils no respondió. Había vivido en casa de sus padres hasta la mitad de la veintena. Señaló hacia la derecha y se introdujeron en un empinado sendero sinuoso de grava que llevaba hacia la costa.

Al principio no se veía nada, pensó que tal vez habían tomado el camino equivocado, pero entonces divisaron una sombra oscura entre los árboles, y justo después el contorno de la casa. Se alzaba ante ellos como el monstruoso casco de un buque marrón en un mar verde de copas de hayas, y a los pocos segundos divisaron las siete chimeneas blancas y un anexo parecido a una torre que daba al sur y, finalmente, toda la villa.

El fotógrafo frenó y se detuvo, algo abrumado. Apagó el motor.

Ambos hombres se quedaron un rato en silencio dentro del coche. El hogar infantil tenía un extraño parecido con una fortaleza inexpugnable en medio de todo aquel verdor recién brotado, inalcanzable como una casa señorial inglesa del siglo XIX; no tan grande, pero con la misma solemnidad irradiando desde cada una de las columnas, cornisas y ventanas de la torre.

Pasado un minuto, se oyó la voz del periodista, apagada, como si estuviera en una sala de cine y no quisiera molestar a los que se sentaban alrededor.

—Mira esa villa, Nils. Y piensa que hay por lo menos cincuenta mil daneses por ahí entregados en adopción, que nunca han conocido a sus verdaderos padres. Para todos ellos, esta casa ha sido el principio de su historia.

Aspiró hondo y abrió la puerta del coche. El fotógrafo lo siguió.

Nils Jensen notó en aquel momento un escalofrío, pese a estar a principios de mayo. No era una sensación que sintiera a menudo. Había patrullado por cientos de patios traseros con su padre, y estaba acostumbrado a las sombras y al frío. El miedo no era una sensación que uno pudiese llevar a los dominios del Topo, hacía mucho que su padre le había quitado la mala costumbre.

Su propia reacción lo extrañó.

Los alrededores —con la casa y la pendiente en sombras bajo el follaje verde oscuro— eran tan idílicos como los había descrito la revista. No obstante, por un momento le pareció que alguien los observaba, y se giró lentamente. Miró las copas de las hayas sobre su cabeza y oyó que Knud Tåsing reía por su evidente malestar. En medio de la carcajada, el periodista tuvo un

acceso de tos y se encorvó, con una mano en cada rodilla, y durante un rato el único sonido bajo las hayas fue su tos violenta.

Nils Jensen no pensó hasta más tarde sobre lo que, de forma algo embarazosa, le pareció vislumbrar en lo alto de la pendiente: una pequeña figura que retrocedió entre los arbustos antes de desaparecer en dirección a una vieja villa blanca que se alzaba en lo alto de la pendiente, hacia el sur. Era absurdo, por supuesto, debió de tratarse de una ilusión óptica. La casa blanca del terreno vecino estaba vacía, era evidente, y parecía, incluso desde aquella distancia, en ruinas. No había ni cortinas tras los cristales ni plantas en las ventanas; y, desde luego, ninguna señal de vida. Siempre se nota la diferencia entre una casa vacía y una ocupada, pensó. Se lo había enseñado su padre.

Knud Tåsing se enderezó y escupió a la gravilla. En el extremo más alejado del aparcamiento había un coche grande y negro, pero

Nils pudo leer sin dificultad la matrícula, a pesar de la distancia: MAL 12.

Extraña matrícula, pensó.

—Buenos días.

Giró sobre los talones una vez más y se dio cuenta de que Knud también se había asustado.

La mujer se había acercado en absoluto silencio.

—Me llamo Susanne Ingemann. No los esperábamos tan pronto...

Llevaba un bonito vestido verde que le llegaba casi a los talones. El fotógrafo registró su belleza más rápido de lo que tardaría el disparador en sacar la primera fotografía; los pies morenos en sandalias de cuero claro, cabello castaño oscuro, que brillaba con un fulgor rojizo y estaba recogido en un moño prieto con un pasador metálico negro. Los saludó con un pequeño movimiento de la mano a la defensiva, gracioso pero distanciado, sin la menor señal de buscar el contacto corporal o, al menos, dar la mano.

—Bienvenidos a... Kongslund.

Nils reparó en la pequeña vacilación inexplicable antes de que pronunciara el nombre del famoso hogar infantil. Pareció que hacía una reverencia.

—Pasemos dentro —sugirió su anfitriona, y entró antes de que pudieran responder.

Se encontraron en un vestíbulo de techos altos y paredes cubiertas de altos paneles de caoba oscura. Sobre una hermosa chimenea de arenisca que no parecía haberse usado en décadas, la pared estaba cubierta de fotos en blanco y negro en pequeños marcos cuadrados negros y marrones. Debía de haber varios cientos de ellas, y en todas aparecían niños: rostros infantiles que brillaban a la luz de los pequeños cubos de *flash* que se usaban en los años sesenta y setenta.

Nils observó las imágenes con detenimiento. De alguna manera, el espectáculo le hizo pensar en su hogar de la infancia, y por otra parte él había crecido en un barrio donde el sentimentalismo se

limitaba a las heroínas en peligro de las novelas rosas y a las canciones de amor de Bjørn Tidemand en el programa radiofónico de discos dedicados. Desvió la mirada. Una ancha escalinata subía hacia un lateral y terminaba en la oscuridad superior. En lo alto de la pared, donde giraba la escalinata, había un cuadro de varios metros de altura en el que se veía a una mujer en una arboleda idílica, tocada con un sombrero de ala ancha. Llevaba un vestido verde oscuro con largas mangas y volantes, y el espumoso tejido bajaba hasta el suelo y se plegaba formando cascadas a sus pies.

—N. V. Dorph. Probablemente representa a la condesa Danner<sup>[3]</sup>.

Por segunda vez, la voz de la directora pareció asustar a los dos hombres más de lo normal. Knud Tåsing se puso a toser de nuevo.

La mujer no hizo caso y subió el tono de voz.

—Dorph amuebló la casa para el viejo capitán de Marina que vivía aquí antes de que llegase



Asistencia a la Maternidad, y pintó los cuadros — informó—. Al menos, algunos. Así que podemos empezar con una visita guiada.

Los dejó subir delante por la ancha escalinata, y Nils oyó el leve crujido del vestido verde oscuro mientras ella los seguía. La bella directora parecía, de forma casi inquietante, una versión moderna de la mujer del cuadro.

—La casa la construyó un famoso arquitecto entre 1847 y 1850, en colaboración, por lo que se dice, con el último rey absolutista, Federico VII, a la vez que se redactaba la Constitución — continuó.

Knud Tåsing volvió a toser, como si quisiera mostrar su falta de confianza ante una afirmación tan extraña y críptica.

Estaban en un largo pasillo oscuro con tres o cuatro puertas cerradas.

—Aquí dormían las señoritas y la directora en los viejos tiempos. Entonces se vivía en el hogar, entre los niños. Era algo natural.

Se quedó callada, de espaldas a la escalinata y al enorme cuadro.

—Al arquitecto le gustaba tanto el lugar que no quiso marcharse, y construyó la villa de al lado para él, allí, en la ladera sur: es la casa blanca en ruinas que quizá hayan visto. Vivía ahí con su esposa y su hijo, quien después ha vivido con su esposa... y su hija.

Antes de decir «y su hija» hizo una pausa peculiar cuyo significado escapaba a Nils.

—La hija era espástica.

Otra extraña información.

—Kongslund pasó de generación en generación, hasta que Asistencia a la Maternidad lo compró en 1936.

Susanne Ingemann se detuvo y abrió una puerta, y la luz de la estancia pareció excesiva tras el tiempo pasado en la oscuridad del pasillo. Era una habitación digna de un castillo real, el salón de una reina. Aunque había unos coches de juguete sobre una mesa de caoba, junto a la ventana, y

varias muñequitas en las sillas —rubias, morenas y pelirrojas—, la estancia tenía algo de muerto y de sublime, un abandono parecido al de los salones de un palacio admirado, pero deshabitado durante décadas. Las paredes estaban cubiertas de un bonito papel dorado, y había cojines de seda negra y verde, con ramos de flores rosados en dos sofás mullidos de anticuario. Desde la ventana se divisaba un amplio césped verde claro y una pequeña playa de arena blanca. Entre el jardín y la playa habían dispuesto una cerca de hierro baja provista de un portillo en cada extremo, seguramente para impedir que los niños fueran directos al agua cuando los adultos no miraban.

—Esto fue la estancia privada de la antigua directora durante medio siglo —continuó Susanne Ingemann—. No hemos cambiado nada.

Después salió al pasillo y dijo:

—Al fondo del pasillo está el despacho, pero allí no hay nada que ver.

La puerta estaba abierta.

Nils Jensen abarcó la estancia con la vista. Sobre un alféizar interior había una jaula grande, vacía. No había ningún pájaro a la vista.

La mujer reparó en su mirada.

—Sí, antes teníamos tres canarios —comentó—. Pero hace mucho que murieron. Bajemos a tomar té a la sala que da al jardín.

A la gente llana se la deja entrar en los lugares más sagrados, pensó Nils. Tal vez estuvieran presenciando el ensayo general de la visita guiada que iban a disfrutar los ministros y demás gente conocida en la gran fiesta de aniversario, pocos días después. No encontraron ni una persona durante su paseo por la enorme villa. Puede que aquel día hubieran trasladado a los niños a otra parte de la casa. Las visitas no debían perturbar tan frágiles existencias.

Les hizo señas de que tomaran asiento junto a una mesa baja en una sala de paredes altas con dos estrechas ventanas verticales que daban al jardín y al mar.

—Durante la guerra las señoritas estuvieron de lo más atareadas —dijo, sentándose en el pequeño sofá de espaldas a las ventanas—. Eran formidables. Se ocupaban de niños sin padres y de niños cuyos padres estaban en apuros, y los últimos años de la guerra colaboraron con la resistencia. Pero a lo mejor ya han oído eso, ¿verdad?

Nils captó al instante el tono de orgullo de su voz. Claro que lo habían oído.

—De esa época Magna, la señorita Ladegaard, habla en raras ocasiones.

—¿Magna? —Sorprendido, oyó su propia voz, formulando la pregunta con una sola palabra.

—Sí. Los niños siempre la han llamado así —explicó Susanne—. Así que ese ha sido su nombre. La verdad es que no sé por qué, pero a algunos les pasa eso. No quieren aparecer como héroes, aunque quizá vaya contra el espíritu de la época. Martha Ladegaard fue nombrada directora de Kongslund justo doce años después de la

inauguración, el 13 de mayo de 1948, y esa es la fecha que festejamos el martes, que es su sesenta aniversario, aunque ella hace tiempo que se jubiló, claro. Lo ha sido todo en este lugar.

Sonó bastante solemne.

Tras una breve pausa, Knud murmuró:

—Dejad que los niños se acerquen a mí...

Tenía la voz ronca después del acceso de tos, y Susanne Ingemann se sobresaltó un poco, como si la cita le pareciera inadecuada.

El periodista se aclaró la garganta y formuló su primera pregunta de verdad desde su llegada.

—Por aquella época, en los años cuarenta y cincuenta... Tengo entendido que fueron años grandes en Dinamarca, con muchísimas adopciones, ¿no?

—Así es —confirmó Susanne Ingemann con un tono de maestra de escuela al responder a un alumno listo.

Nils Jensen encendió su cámara. Quizá fuera su imaginación, pero le pareció que su anfitriona

estaba algo más alerta que durante la visita guiada.

—Continuó durante los años sesenta —añadió—. Pero hoy en día apenas hay niños daneses que se entreguen en adopción, y los que hay los tenemos nosotros. Son niños que no pueden vivir con sus padres por razones especiales. Drogadicción, enfermedad... Me nombraron directora en 1989, cuando la señorita Ladegaard se jubiló.

—Pero en aquella época —insistió el periodista—, en los años cincuenta y sesenta, eran niños daneses corrientes, cuyos padres no los deseaban, sin más, ¿no?

—Sí, sin más, si lo quiere expresar así. Porque muchas veces hacía tiempo que el padre se había esfumado. O en muchos casos no se sabía quién era. Y entonces quedaba la madre, que solía ser muy joven.

—¿Y estaban aquí? ¿En las mismas habitaciones que ahora?

—Sí. —Y luego, en el mismo tono orgulloso

de antes, añadió—: ¿Dónde, si no?

Knud se inclinó hacia delante, y luego preguntó con voz muy clara:

—¿Podemos ver la Sala de Recién Nacidos?

Susanne Ingemann dejó un momento suspendida la taza a dos centímetros de sus labios. No fue tanto el momento de parálisis, sino la atmósfera de la estancia, que cambió de un momento a otro.

—¿La Sala de Recién Nacidos? —preguntó con voz pausada.

—Sí.

En aquel momento, Nils Jensen comprendió la provocación. Knud Tåsing había hecho saber a la directora que poseía más información de la que podía leerse en muchísimos artículos elogiosos a lo largo de cinco décadas. Ningún visitante ocasional podía saber que la sala de los más pequeños se llamaba así. Knud tampoco.

Había tomado la palabra del formulario del anónimo.



Fue en aquel segundo cuando se dieron cuenta de que no estaban solos. Primero les llegó el sonido; luego, el movimiento.

Debía de estar sentado en una silla tras la columna blanca que separaba la sala del jardín y la sala de estar, casi en la oscuridad. Avanzó hacia la mesa y se colocó a la luz de las dos hermosas ventanas orientadas al este. Los dos reporteros se quedaron mirándolo sin poder ocultar su sorpresa.

—Les presento a Carl Malle —dijo Susanne Ingemann—. Es nuestro invitado... —hizo una pequeña pausa— como representante del Ministerio Nacional.

A Nils le pareció que pronunciaba la palabra *representante* con un deje de sarcasmo.

—En efecto. —El hombretón que tenían delante hizo un gesto con la cabeza, como si los saludara, pero sin extender la mano—. Trabajo de jefe de seguridad para el ministerio. Así que no les importa si escucho un poco, ¿verdad?

Sin esperar respuesta, se sentó en el sofá junto

a la directora. Nils se fijó en que casi le sacaba una cabeza.

—Sí, de hecho... —empezó Knud Tåsing, pero luego se calló, como si no pudiera encontrar una buena razón para expulsar a un extraño de una casa en la que también él estaba de invitado.

—Considérelo una rueda de prensa —continuó el hombre—. Como algo oficial. Ustedes también están aquí en misión oficial, ¿no?

—En una rueda de prensa suele haber más de un periodista.

Knud Tåsing había recuperado la voz y luchaba por ganar el control sobre aquella situación imprevista.

—Pues considéreme un colaborador informativo..., tanto por parte del ministerio como de Kongslund, que recibe sus subvenciones de los presupuestos del Estado y, por eso, tiene un acuerdo de ayudas exclusivo con el ministerio. Mi trabajo durante muchos años ha sido precisamente velar por el buen nombre de Kongslund.

Carl Malle se permitió una pequeña sonrisa.

—No hay muchos que lo sepan, pero Susanne puede confirmarlo..., si es que tiene alguna importancia. El tristemente famoso Knud Tåsing no es conocido por perderse en los detalles, ¿verdad?

La ofensa era una leve alusión a la catástrofe que había roto la carrera del periodista siete años antes. Fue algo elegante, malintencionado y bien urdido.

—No, ¿verdad? Esa historia no se la contaste a Susanne cuando acordaste la visita ayer por la tarde.

El jefe de seguridad depositó en la mesa baja un recorte de periódico y desplazó la tetera unos centímetros para que todos pudieran verlo. Era un artículo a tres columnas de uno de los mayores periódicos, y la fecha estaba escrita con rotulador rojo un centímetro más abajo que el dramático titular: «Cuando los medios destruyen a las personas».

Nils no reconoció el recorte, pero Knud Tåsing

parecía un hombre mirando impávido el lazo corredizo de un patíbulo.

La fecha era mayo de 2001, y el redactor de la sección de opinión había recalcado un pasaje con seminegrita: «Seis mujeres fueron violadas, y han puesto en libertad al palestino condenado por dichos delitos. ¿Y si ahora resulta que es culpable, pese a las dudas sembradas por expertos periodistas, todos ellos hombres, acerca de las pruebas técnicas? ¿Y si ahora resulta que es culpable, pese a que los expertos jueces del Tribunal de Apelación, todos ellos hombres, lo han puesto en libertad? ¿Y si resulta que ha mentido, pese al apoyo de toda la gente experta de los medios, todos ellos hombres?».

Era casi profético, pensó Nils.

El nombre de Susanne Ingemann aparecía escrito en cursiva debajo de la cita. Se quedó callada un rato, como si recordara la época en que realizó un ataque directo contra Knud Tåsing, y tenía razón, por desgracia. Después habló sin

mirar al hombretón de al lado.

—¿Qué tiene que ver un viejo recorte de periódico con este caso?

Carl Malle respondió alzando los hombros. Hacía falta mucho más que aquello para acabar con él.

—Solo que el periodista al que empalaste aquella vez —pronunció las palabras con lentitud, casi con amabilidad— es el hombre que tienes delante. Y no creo que haya venido para salvar la reputación de Kongslund. O para hacer algo bueno a ninguno de nosotros.

Nils Jensen cerró los ojos y sintió una inquietud mayor, si cabe, que cuando tuvo visiones en el sendero de entrada. El artículo se imprimió tres días después de que el Tribunal de Apelación pusiera en libertad al palestino condenado por violación, y tenía toda la razón del mundo. Transcurrieron justo cuatro meses entre la puesta en libertad y la catástrofe que hizo que se viniera abajo el mundo del reportero triunfador y de todos

los redactores que le habían ayudado. Había logrado la libertad de un hombre culpable —un «pobre palestino» que toda la gente buena creía que era inocente—, pero el extranjero «inocente» raptó, tres meses más tarde, a dos niños en un parque y los mató a tiros en un área de descanso del norte de Selandia, para después quitarse la vida. En su nota de despedida asumía todas las violaciones por las que lo habían puesto en libertad, y se burlaba del hombre que lo había dejado en libertad sin entender ni jota del origen del odio en actos que uno considera de lo más nobles y caritativos.

—Pero no es de eso de lo que tenemos que hablar... hoy —indicó el periodista en voz baja sin alzar la vista del recorte. Aquella vaga declaración mostraba mejor que cualquier otra cosa lo conmocionado que estaba.

El policía jubilado no reaccionó.

—Sí, le dieron la razón a ella —admitió Knud Tåsing—. Todos tuvieron razón. La Policía tuvo

razón. Pero yo no podía haber actuado de otro modo.

La primera sílaba de *modo* la pronunció con voz nasal, como si hubiera preferido evitar ese sonido. Luego calló, como la directora.

Tras casi un minuto de embarazoso silencio, Susanne Ingemann se inclinó hacia delante, y fue como si todo su rostro hubiera vuelto al presente.

—Ha mencionado la Sala de Recién Nacidos —empezó, y sus ojos verdes adquirieron una expresión que el fotógrafo no pudo descifrar. Pero no había enfado en ellos.

—Sí... Es como se llamaba entonces, ¿no? — La pregunta de Knud Tåsing sonó extrañada e ingenua a un tiempo.

—Así se llamaba, sí. Y así seguimos llamándola... quienes recordamos aquella época.

Una afirmación extraña, pensó Nils Jensen. Vio el débil fulgor tras las gafas finas del periodista. También él había reparado en el singular tono de VOZ.

A pesar del malicioso intento de Carl Malle por interrumpir la conversación, el autor del anónimo había demostrado, con discreción y elegancia, que estaba bien informado, mediante la expresión «Sala de Recién Nacidos», y había pasado la primera prueba.

—Seguimos usando ese nombre, claro, pero esa estancia no ha sido conocida aquí más que por el nombre de... —Susanne Ingemann sonrió y dirigió una mirada directa a Knud— Sala de los Elefantes.

La cámara de Nils Jensen resbaló hasta justo debajo de su brazo derecho y cayó al suelo con estruendo. Vio de inmediato ante sí los pequeños elefantes rollizos, en la pared, tras el niño de la vieja revista, y las ominosas palabras que centelleaban en el texto de la imagen: «Un elefante se balanceaba...».

Knud Tåsing no hizo caso del estruendo de la cámara, y se inclinó hacia delante, tratando de centrarse en la información. Su rostro reflejaba



cierto desconcierto.

—Pero ¿por qué la llaman así? ¿Sala de los Elefantes?

—Porque una de las señoritas pintó en las paredes pequeñas figuras —explicó Susanne Ingemann, devolviendo la mirada fija al periodista. Parecía no hacer caso del fotógrafo ni del jefe de seguridad—. Fue cuando nombraron directora a Magna. Su primera ayudante, Gerda, que también está jubilada, decoró la sala con pequeños elefantes azules, desde el suelo hasta el techo. De hecho, es un espectáculo fantástico. Siguen estando por las paredes..., por todas partes. Hay otra habitación con jirafas amarillas, y un espacio más amplio con pequeños erizos grises. La habitación de las jirafas se llama Sala de las Jirafas, y a la de los erizos, por supuesto, la llamamos Habitación de los Erizos. Ese es todo el misterio. En ella viven los niños algo mayores.

De pronto Knud Tåsing cambió de tema.

—Solo he llegado a ver un poco del asunto...,

muy poco, la verdad.

Levantó la vista por encima del borde de las gafas.

—Pero, entre otras cosas, he encontrado a una excomadrona de una sección de maternidad del Hospital Central, por medio de su antiguo sindicato. Trabajó siendo estudiante cuando se llamaba sección B, en el período del que estamos hablando, los años cincuenta y sesenta.

Knud examinó un folio que había sacado del maletín.

—Se llamaba Carla.

Susanne Ingemann no dijo nada. El nombre de la mejor fuente del periodista no pareció inquietarla.

El periodista consultó otra vez los apuntes de su papel.

—Recuerda a una chica que solo tenía dieciséis o diecisiete años... y que dio a luz un niño, mientras su alma parecía ir directa al Infierno. Cree que fue en abril o mayo de 1961. La

chica nunca vio a su bebé, luego le dieron el alta y desapareció. Y fue la directora de Kongslund en persona quien fue a buscar al niño.

—Tuvo suerte. Porque Kongslund era el mejor sitio del país. Otros niños llegaban a hogares mucho peores, como Sølund o Ellinge Lyng, donde estaban solos, sin ningún contacto con adultos.

—Sí, es lo que he oído.

El periodista volvió a examinar a la directora por encima del borde de las gafas, y dio la vuelta al folio que tenía sobre la mesa. El equilibrio de la estancia se rompió en favor del invitado. Carl Malle se inclinó hacia delante y trató de leer los apuntes en los que parecía basarse el periodista. Susanne Ingemann tenía las manos en el regazo, y la luz del cielo sobre el estrecho de Øresund creaba un halo rojizo en torno a su cabello.

—Por aquellos años —dijo Knud en voz algo más baja— corrían muchos rumores. Como es natural, nadie los confirmaba, pero bueno. Aquellos rumores decían que la directora de

Kongslund, en casos muy especiales y con enorme discreción, ayudaba a ciertos hombres escogidos, o sea, futuros padres, a salir de un apuro..., de algunas situaciones muy embarazosas.

De nuevo un gesto con la cabeza y una pausa.

Nils Jensen percibió el silencio expectante de Susanne Ingemann.

Knud Tåsing emitió una tos, que esta vez sonó fingida, antes de continuar.

—Entonces no se podía encontrar ayuda ni en el aborto libre ni en la nueva moral sexual; esas cosas no llegaron de verdad hasta finales de los sesenta y en los setenta. Pero los impulsos eran los mismos... —El reportero sonrió un poco—. Y ocurría también que alguna persona conocida y poderosa, tal vez un político, o un empresario o artista, cometía una torpeza y se hacía padre de lo que se llamaba un «hijo ilegítimo». O sea, después de una aventura.

—Un niño fuera del matrimonio, sí —dijo Susanne Ingemann con una voz tan neutra como la

del periodista.

—Sí, es que era después de la guerra, mucho antes del aborto libre —comentó Knud—. Y, por diversos motivos, de vez en cuando nacían unos niños así, no deseados, tal vez porque la gente no podía o no se atrevía a que un curandero practicara el aborto.

—Sí. Se llamaba interrupción ilegal del embarazo.

—Y podían representar un problema bastante delicado para sus padres. Quizá, sobre todo, en el caso de personas célebres que no podían arriesgarse a que la mujer diera a luz de modo que fueran descubiertos. Y en ese aspecto, según mis fuentes —Nils se dio cuenta de que la única fuente se había convertido en varias—, Kongslund estuvo involucrado en una serie de casos. En aquellos casos especiales, el hogar podía con la mayor discreción ocuparse de que el parto no se registrara y mediar en la feliz adopción del embarazoso hijo del amor.

Luego bajó el tono de voz.

—Y después olvidarse del asunto.

Susanne Ingemann no dijo nada.

—La directora, debe de tratarse de Magna, sencillamente borraba todas las huellas después.

Los ojos verdes lo observaron.

—Interesante, ¿verdad?

La sucesora de Magna en la dirección de Kongslund no se inmutó.

—Menudo poder debía de tener.

La voz era, si cabe, más baja aún, y tan nasal que las palabras casi salían solo por la nariz. Knud Tåsing estaba acurrucado, metido en su jersey gastado.

—Sí —admitió Susanne Ingemann—. En caso de que eso fuera verdad.

—Bueno, es lo que dicen mis fuentes, y los rumores que pueden contar muchos, tantos años después.

—Es decir, las fuentes de los rumores, que puede que no sean más que eso, rumores de un

pasado lejano.

El periodista tomó con aire casi distraído la última pasta de la bandeja.

—Pero Kongslund nunca habría sobrevivido en la zona más cara de Dinamarca sin tener un enorme apoyo en las más altas instancias, ¿verdad?

Volvió a dejar la pasta en la reluciente bandeja de plata.

—¿No es eso lo que era? ¿Una casa llena de bastardos en medio de la nobleza más fina del reino? Estamos en un barrio hecho construir por reyes, admirado desde la Edad de Oro danesa. No puede haber sido muy popular. Pero de pronto alguien se dio cuenta de que tenía algo con lo que negociar. Los ricos y poderosos también recibían algo a cambio, ¿no es así?

Susanne Ingemann se recostó, cerró los ojos e hizo como si no hubiera oído la provocación.

—Tenemos una carta, dirigida al Ministerio Nacional anteayer, en la que se sugiere, y más que

eso, que sobre Kongslund recaía la responsabilidad de ocultar algunos niños. Aquí, por ejemplo, hay un niño llamado...

Knud Tåsing puso los dos folios con las imágenes de la revista y el viejo formulario de adopción ante Susanne Ingemann, y a Nils volvió a parecerle que reaccionaba con una leve inquietud, pero no estaba seguro.

La directora examinó los papeles sin alzar la cabeza, y Carl Malle estaba inclinado hacia delante, cerca del hombro izquierdo de ella.

—¿Quién es John Bjergstrand? —preguntó Tåsing.

Ninguna reacción. Repitió la pregunta.

—John Bjergstrand. La verdad es que no lo sé. ¿Quién es?

—Creo que fue un niño para entregar en adopción, y que estuvo en la Sala de Recién Nacidos —replicó el periodista, con cierta vacilación. La falta de reacción parecía auténtica.

—En ese caso, estuvo aquí mucho antes de mi



época, nunca he oído ese nombre.

Sonrió, y por un momento casi pareció contenta, pese a las terribles acusaciones que Knud Tåsing había lanzado sobre Kongslund.

—¿Está seguro de que..., de que su fuente no está equivocada? —sugirió después—. Puede que haya confundido Kongslund con algún otro hogar infantil. Al fin y al cabo, en aquella época había en Dinamarca más de cincuenta hogares así.

Sonrió de nuevo.

—Dinamarca estaba llena de casas llenas de niños rechazados por sus padres. Ese niño de quien hablan ha podido estar en cualquier sitio.

—El anónimo se lo enviaron al jefe de Gabinete del Ministerio Nacional, Orla Pil Berntsen. ¿Qué relación tiene él con Kongslund?

—Ninguna.

A Nils le pareció que la respuesta había sido demasiado rápida.

—Creemos que estuvo aquí de niño.

La sospecha de Knud Tåsing se convirtió,

como en los casos anteriores, en algo compartido.

—La vida privada de Orla Berntsen solo le concierne a él. —La directora dijo el nombre del funcionario de una manera que no dejaba lugar a dudas. Lo conocía, y él tenía relación con Kongslund.

Knud Tåsing se dio cuenta al momento.

—Estoy preguntando por algo que debe estar a disposición pública, ya que Kongslund funciona de manera pública y ha recibido ayuda pública durante muchos años, tal como el señor Malle acaba de recalcar.

La última frase la dijo con tono malicioso.

—En tal caso, creo que debería preguntárselo a él —dijo Susanne Ingemann, otra vez demasiado rápido, y alzó los hombros, al igual que el periodista—. Además, queremos seguir siendo merecedores de esa ayuda, no sé si entiende a qué me refiero.

Dirigió una mirada irónica de reojo a Carl Malle, y Nils volvió a percibir la enemistad que

había entre ellos.

—¿El ministerio la está presionando? ¿Por qué asiste este señor a una conversación entre *Fri Weekend* y Kongslund?

Susanne Ingemann se levantó del sofá y se dirigió a la ventana. Pasó casi un minuto de espaldas a los tres hombres, contemplando el estrecho azul. Luego dio la vuelta y dijo sin más:

—Sí, Orla Berntsen estuvo aquí de niño.

Se encogió de hombros de nuevo, como para restar importancia a la información.

—Pero se trata de información confidencial, por supuesto. No estuvo aquí para ser entregado en adopción, estuvo poco tiempo porque su madre había tenido grandes dificultades. Asistencia a la Maternidad le ayudó. Después venía por lo menos una vez al año a visitar a las señoritas en compañía de su madre, y lo conozco solo por eso. También lo saben en el ministerio. Cobramos de los presupuestos generales. El Ministerio Nacional nos apoya, el ministro está en la junta directiva, no

hay nada encubierto en ello. Y todo esto no tiene nada que ver con él.

Sonaba como si lo conociera mejor de lo que expresaban sus palabras.

—Él lo pasó mal —añadió después, extrañamente liberada.

Knud se inclinó hacia delante. Su silencio preguntaba: ¿por qué?

La mujer volvió al sofá, pero no hizo ademán de ir a sentarse, tal vez porque deseaba evitar la presencia cercana del policía jubilado. Por un momento Nils creyó que no iba a responder la pregunta muda de Knud Tåsing, pero después dijo:

—En un momento de su vida... le ocurrió algo espantoso.

Carl Malle se movió como si fuera a ponerse en pie, pero luego desechó la idea.

La directora no lo miró y, a pesar del contraluz, Nils pudo percibir el débil fulgor de su mirada en el momento en que siguió hablando.

—Se contaba que una vez presencié o estuvo

implicado en la muerte de un hombre, pero puede tratarse de un error. Al fin y al cabo, no era más que un niño. Me han contado que Magna se encargó de que viera con regularidad a un psicólogo, a los psicólogos de Kongslund, que siempre ha contado con un equipo fijo aquí; es posible que se tomaran otras medidas que desconozco. Por supuesto, no pueden escribir eso en su periódico. Lo digo solo para que comprenda que trato de ser sincera. Aquí no hay nada encubierto... y tampoco hay nada interesante, nada que pueda interesar a nadie. Ni a *Fri Weekend*.

Sin embargo, había dado a los dos reporteros una información de lo más relevante, que de otro modo habrían tardado meses en desenterrar.

—¿Qué otras medidas? —La pregunta de Knud Tåsing llegó sin vacilación.

En aquel momento Carl Malle golpeó con la mano abierta la mesa baja, y el golpe violento hizo que tres cucharillas cayeran al suelo tintineando.

—¡Ya está bien! ¡Se trata de información

privada, como la que este hombre ha gestionado tan mal en el pasado que acabó muriendo gente!

El jefe de seguridad empezó a levantarse.

El periodista recogió de la mesa el formulario de adopción y volvió a meter sus papeles en el maletín.

—Gracias por su hospitalidad —dijo a su anfitriona—. Volveremos dentro de una semana. Apareceremos para el aniversario.

Se levantó.

—Entonces nos contentaremos con aplaudir.

La directora se quedó en la escalinata de entrada, observándolos mientras se dirigían al coche. Carl Malle no salió de la casa. Por lo visto, su misión había terminado.

Knud Tåsing se detuvo de pronto en medio del sendero y se giró. Miró a los ojos a la bella directora.

—¿Ya no tiene importancia... el caso aquel..., el de los dos chicos? Me ha parecido que...

La directora entendió enseguida su pregunta

incoherente.

—Sí que la tiene —respondió. Nils Jensen contuvo el aliento.

—¿Y qué dice al respecto hoy?

—Digo... que todo se convierte en pasado. Todas las cosas terminan así, si eres lo bastante paciente. Y si no lo desempolvamos todo.

Knud hizo un leve gesto afirmativo. La insinuación era evidente. Deja en paz el pasado de Kongslund. Y el mundo —y Carl Malle— dejará en paz a tus demonios.

—La antigua directora tiene una hija de acogida, ¿no?

Al principio no hubo ninguna reacción. El silencio previo se alargó, nada más. Después llegó la confirmación.

—Sí. Tiene una hija de acogida. Inger Marie. Es el nombre que le pusieron cuando llegó a Kongslund en 1961. Pero solemos llamarla Marie. Trabaja aquí como mi asistente, siempre lo ha hecho.

Cinco frases breves, depositadas como cinco trozos de madera de deriva en la orilla de la playa.

Susanne Ingemann presintió con una simple mirada la próxima pregunta.

—Así es, vive aquí. En una habitación muy bonita. La más bonita de la casa. La llamamos la Habitación del Rey, porque el arquitecto la diseñó siguiendo las indicaciones precisas de Federico VII. Siempre ha vivido ahí.

Levantó una mano delgada hacia el caballete del tejado.

—Es el sitio más bonito de la casa, con vistas fantásticas al estrecho y a la isla de Hven. Pero Marie no está hoy.

Breve silencio.

—Así que si desean hablar con ella, tendrá que ser en otra ocasión.

Dos pequeños movimientos de cabeza. Ojos verdes, cabello rojizo con matices dorados y castaños.

Y todo es mentira, pensó Nils. Está aquí, pero



no debemos hablar con ella por nada del mundo.

—**E**stoy impresionado por la rapidez con la que se ha colocado Carl Malle en el sitio adecuado. Y porque ella lo ha dejado hacer.

Knud Tåsing encendió un cigarrillo mentolado con dedos que parecían algo temblorosos.

El gran Mercedes puso rumbo a Copenhague.

—Ha sido casi siniestro —se quejó el periodista. Parecía todavía más pálido de lo habitual.

Nils Jensen no dijo nada.

—La tía estaba intratable. Joder, habría preferido estar con Inger Marie, la hija de acogida. Podría habernos contado algo de aquella época, estoy seguro.

Knud Tåsing sacudió la cabeza, como si evaluara la negativa y le diera una calificación, seguramente la más baja.

—Tal vez teníamos que haber insistido. No hemos actuado como debíamos, ahí dentro. No hemos visto la Sala de Recién Nacidos, no hemos estado con la hija de acogida, ni palabra sobre el pequeño John Bjergstrand, si es que existe.

Era extraño, parecía resignado.

Pasaron junto al restaurante Strandmølle.

—Era muy guapa y muy competente, y estaba muy alerta. —Knud Tåsing hablaba casi consigo mismo, pero la descripción era sin duda elogiosa, viniendo de él.

—¿Te has fijado en el ambiente de la casa?

Pues claro que Knud se había fijado.

—Desde luego, era un ambiente de lo más singular.

El periodista bajó la ventanilla y encendió otro de sus cigarrillos mentolados.

Pasaron por el barrio de Bellevue y por el fuerte de Charlottenlund.

—Claro que todo el lugar estaba cargado de historia, con Federico VII y su amante, desde la

planta baja hasta lo alto de las siete chimeneas.

La sensación que producía el pasado en Knud era tan vaga como podía esperarse en una profesión que sentía una profunda desconfianza hacia sucesos del pasado (estos no vendían periódicos). Se había quedado huérfano a los doce o trece años, era todo lo que sabía Nils sobre él; su padre murió de pronto, y después enviaron al chico a casa de sus tíos, en la isla de Ærø, y en aquellas casas no se leían gruesos volúmenes sobre la historia de Dinamarca.

—Fue uno de los monarcas más populares que haya habido nunca —anunció Nils, y se dio cuenta de que sonaba un tanto didáctico—. La amante era la condesa Danner. Su nombre verdadero era señorita Louise Rasmussen.

—Vaya —soltó el periodista con tono algo sarcástico—. Una auténtica señorita. Puede que la antigua directora estuviera emparentada con ella. Porque parece que Magna tenía gran poder sobre los hombres, y sobre Kongslund, a juzgar por las

incontables historias extrañas que se han escrito sobre ella.

Nils Jensen iba con las manos apoyadas en el volante, pensando en la mujer a la que había fotografiado, y Knud Tåsing, al rato, le adivinó el pensamiento.

—Como iba diciendo, una mujer interesante. Guapa e interesante. Alerta e interesante. Y alguna otra cosa que aún no hemos descubierto... e interesante.

Asintió en silencio, bostezó y arrojó el cigarrillo catapultándolo con los dedos.

—Que no te coma el tarro.

Nils la vio ante sí en formato vertical, como si hubiera salido del retrato de la condesa; mirando de lado, con sus ojos verdes fijos en un punto sobre la cabeza de él. Entonces recordó la sombra que había visto, o tal vez no, en mitad de la cuesta. Una figura que se detuvo entre los árboles que rodeaban la villa blanca, que permanecía casi invisible entre las cascadas de hojarasca, y

parecía observar cuanto había abajo.

—Joder, me gustaría haber conocido a la hija de acogida, y me gustaría saber lo que de verdad ha pasado en esa casa, que es tan puñeteramente interesante —masculló Knud Tåsing. Luego su cabeza se deslizó hacia el hombro, y un rato después roncaba al mismo ritmo traqueteante que el viejo motor del Mercedes.

Pasaron junto a la estación y Nils Jensen pisó el acelerador.

## LA SALA DE LOS ELEFANTES

*6 de mayo de 2008*

*Percibimos su presencia antes de verla; como una especie de aroma de fresia y un crujido de lona recién planchada, mientras va de cama en cama.*

*Extendemos los brazos hacia ella, pero no nos quejamos, porque somos seres disciplinados y no exageramos la añoranza. Hemos entrado en la vida sin la menor exigencia ni la menor expectativa.*

*Creo que desde el principio aprendimos las tres virtudes que iban a protegernos de todo mal el día que saliéramos de allí: humildad,*

*obediencia, agradecimiento. Y dejamos que el mensaje circulara de cama en cama, porque sabíamos que solo el equilibrio perfecto nos llevaría a salvo hasta el final del camino.*

*La telaraña más fina, el balanceo más cauteloso...*

Los dos hombres hicieron una humilde reverencia en la entrada —yo estaba oculta tras la cortina de la primera planta del anexo sur, encima de los escalones donde literalmente vine al mundo — y se alejaron de su anfitriona con movimientos desmañados, como hacían los hombres a menudo en Kongslund.

Yo ya sabía que era una parálisis pasajera, que solo se debía a la belleza y repentina arrogancia de Susanne Ingemann cuando sentía su reino, y de manera especial el de Magna, amenazado.

La vi en lo alto de la escalinata de entrada,

haciendo una reverencia y despidiéndose con la mano, y los hombres iban a marcharse sin saber si la leve reverencia era un gesto de la infancia, una cortesía aprendida, o un refinado saludo irónico.

Iban a volver.

Me retiré a la sombra tras la cortina. Había esperado su visita, pero de todas formas estaba preocupada por la agudeza que la gente seguía atribuyendo al periodista, Knud Tåsing. Iba a volver, y vendría con más preguntas —también para mí—, lo que significaba que tendría que cancelar mi participación en la fiesta de aniversario de Magna. No había otra salida. Las pocas personas que me conocían sabían de mi timidez, así que mi cancelación no apenaría a nadie, tal vez a excepción de mi madre de acogida. Durante el homenaje yo iba a salir a la terraza, como una Cenicienta, delante de los invitados, y representar por enésima vez mi papel del mayor milagro de la historia de Kongslund: el bebé abandonado que despertó al mundo en unos



escalones, y mediante el empleo de los ingeniosos hilos del Destino encontró un hogar precisamente en este sitio glorioso.

Se quedarían sin esa representación, y a mi madre de acogida no iba a gustarle, pero el desarrollo de los acontecimientos había sido así. Susanne estaba preocupada. Había mentido —ella misma me dijo que se había visto obligada a hacerlo—, y creo que entreveía una pauta en los acontecimientos de los últimos días, sobre los que no tenía ningún control ni podía desentrañar del todo.

Mi hogar había sido descrito durante medio siglo como un hogar de hogares, una laguna dorada del patrimonio nacional danés, prueba de la presencia de la dulzura y caridad en una población a la que por lo demás se echaba en cara justo lo contrario, cosa que la historia confirmaba en su totalidad.

La enorme villa fue construida a los pies de la colina ciento cincuenta años antes, y dispuesta

como una piedra rúnica entre el estrecho y la carretera de la costa, justo bajo el tramo que hace una curva en la parte norte de la colina de Skodsborg.

Desde mayo hasta septiembre, la villa se hunde en un mar interminable de follaje verde y dorado, y así suele estar todo el verano, como si el tiempo se hubiera detenido, y podría haber seguido siendo invisible durante cien años si no fuera por las bondadosas enviadas desde Asistencia a la Maternidad de Copenhague, las rectas señoritas que solo tenían un objetivo: salvar a los niños abandonados del país.

La historia de mi aparición se ha contado una y otra vez, y hay metros de artículos de periódico para documentar uno de los sucesos más sensacionales en la Dinamarca que acababa de iniciar las grandes décadas de bienestar.

Ocurrió el mismo día del veinticinco aniversario de Kongslund, la mañana del 13 de mayo de 1961, y tal vez fuera algo simbólico, o tal

vez solo una de esas casualidades que a veces pueden parecer una señal de los poderes divinos.

Ya la víspera de la celebración, por la noche, las asistentes colocaron flores en las ventanas, en las que daban al jardín y en las que daban al mar, y aquella colosal profusión de flores apenas dejaba pasar la luz, y extendía por las estancias de paredes altas una brisa dulzona que se diseminaba por toda la villa. Los niños observaban los preparativos con ojos brillantes por el asombro y por los pequeños estornudos, y las ganas de tocar las delicadas corolas y doblarlas, machacarlas y romperlas debieron de ser abrumadoras para aquellas criaturas que no levantaban más de tres cuartos de metro del suelo. Pero, claro, nadie se atrevía a ceder a la tentación, porque la furia de Magna iba a ser casi más imponente que ella misma.

Era bastante temprano la mañana del aniversario cuando las señoritas oyeron el grito de una puericultora, procedente de los escalones de

acceso al anexo del sur.

—¡Hay algo ahí! ¡Hay algo ahí! —gritó, una exclamación curiosa el día de la gran fiesta para conmemorar los primeros veinticinco años de Kongslund.

—¡Hay algo ahí! —sonó casi con extrañeza por tercera vez.

Y allí estaba la rolliza Agnes, mirando hacia un capazo de niño tapizado de azul y cubierto por un pequeño edredón blanco que sobresalía de una manta rosa como un delicado adorno de nata batida, mientras repetía su grito, sin saber entonces que aquellas palabras iban a ser las más decisivas de su vida. En las décadas posteriores las repitió en innumerables ocasiones, primero en periódicos, revistas y anuarios, después a sus propios hijos y nietos y, al final, también a sus bisnietos. Tal vez incluso pidiera al pastor que gritara las palabras liberadoras en su tumba, cuando ella se fuera de este mundo, para poder llevarlas consigo en su viaje al Más Allá.

«Encontré al bebé en un capazo azul frente a la puerta. ¡Era casi como Moisés!», contaba, citándola, la revista *Billed Bladet* del 19 de mayo de 1961. Y el autor del artículo relataba, entusiasmado: «La joven puericultora que fue la primera en ver al bebé huérfano fue Agnes Olsen, de veintiún años».

«¿Eres mi madre?», ponía en grandes caracteres bajo la imagen de un bebé de ojos brillantes algo entornados que miraban al lector. Y el periodista seguía: «Miren: una niña pequeña con un futuro que nadie conoce. Excepto en una cosa: va a ser entregada en adopción». Y en páginas interiores se contaba con pelos y señales la historia del bebé abandonado, junto a anuncios de ovillos de lana de la asociación Tricotaje Moderno.

Diarios y revistas siguieron el caso durante semanas, y se organizaron colectas, se hicieron todo tipo de conjeturas sobre qué sucedería, todo ello en una atmósfera como si la tragedia fuera en

realidad fuente de gran alegría, lo que muestra, también hoy, un aspecto bastante desenfadado del carácter nacional danés.

En medio del follón surgió de la nada el famoso bebé abandonado de Kongslund; le dieron un edredón y una cama y, varios años más tarde, también una madre.

No era ningún comienzo normal, pero eso lo sabían muy pocos, ya que Magna me mantuvo durante los años siguientes alejada del mundo exterior. No entendí el porqué hasta mucho más tarde.

«Fea» era la única descripción útil del ser que el mensajero desconocido dejó en los escalones de acceso al hogar infantil, unos minutos después del amanecer del 13 de mayo de 1961.

Al principio nadie sospechó, ya que me encontraron bien envuelta en un edredón. Apenas

gritó Agnes Olsen pidiendo ayuda, apareció Magna, tomó el capazo, desapareció en la villa y se metió en la sala de baños.

Es de imaginar la sorpresa que se llevó la primera vez que dirigió la mirada a mi cuerpo desnudo y vio el embalaje con que Nuestro Señor había decidido presentarme: la espalda torcida desde el hombro derecho hasta la zona lumbar, como si me hubiera chocado de lado contra un bloque de cemento; rechoncha, encorvada, con brazos y piernas colgando flácidos, que los médicos de Asistencia a la Maternidad podían, extrañados, hacer girar casi trescientos sesenta grados sin encontrar resistencia. La única nota positiva que los médicos pudieron reseñar los primeros días fue la ubicación relativamente simétrica de los defectos en mi cuerpecito: si había un defecto en la parte derecha de mi apariencia externa, casi seguro que podía encontrarse el mismo defecto en el lado izquierdo. Solo el rostro reflejaba parte del desajuste de la

espalda, de modo que el pómulo y ojo derechos parecían colgar un poco por debajo de su nivel, y junto con el recio pelo oscuro me daba un aspecto relativamente exótico, que después resultaría que suavizaba mi fealdad. Sin embargo, con el paso del tiempo mi hombro izquierdo se hundió más que el derecho, pero se podía ocultar bastante bien torciendo un poco el cuerpo.

—Parecías una pequeña india con la cabeza encogida en un lado —dijo Magna, riendo. Así era como actuaba ante las maquinaciones inesperadas de la existencia: volviendo a contarlas con una puesta en escena que le daba la posibilidad de reír a carcajadas y dar unas palmadas en la espalda a la desgraciada. Como tantos otros paladines de la justicia, estaba en posesión de la empatía universal, pero a veces le faltaba la personal.

—Para los médicos fue muy interesante examinar un cuerpo dotado de tantos caprichos creativos de Nuestro Señor —decía riendo, y haciendo caer la ceniza caliente de su purito sobre



el regazo de quien estuviera sentado a su lado.

Al tercer día, los especialistas convocados percibieron otra singularidad más en aquella curiosa niña que no habían advertido la primera vez: los dedos corazón de cada mano eran bastante más cortos que los dos meñiques, y del extraño crisol de la vida habían surgido dos pulgares extraños, tan anchos y cortos que parecía que fueran a desaparecer en el dorso de la mano. Tal vez no suene tan horrible, ya que podía asir y agarrar cosas con los dos órganos deformes, pero, para una niña que está creciendo, esas cosas pueden convertirse en un defecto muy embarazoso. Aprendí a esconder las manos de todas las maneras posibles: colocadas con despreocupación en los pliegues de la ropa, escondidas en las bocamangas, ocultas bajo la mesa o en el asiento de la silla, aplastadas bajo mis muslos; casi siempre me sentaba encima de mis manos, esperando que algún día surgieran de la oscuridad curadas como por milagro.

Pero lo más extraño eran los pies. «Construidos de una forma anormal», como observó el médico de Asistencia a la Maternidad al reconocer a aquel bebé sobre cuyo origen nadie sabía nada, pero sobre el que todo el país había leído en periódicos y revistas.

—¡Pero si están montados al revés! —exclamó el llamado cirujano ortopeda infantil con entusiasmo, y trató de parecer consternado, como correspondía, mientras Magna soltaba su profunda carcajada y contaba a sus compañeras de la altruista Asistencia a la Maternidad cómo era mi fantástico diseño: tanto el pie derecho como el izquierdo estaban torcidos hacia fuera y alejados entre sí, nunca se había visto tal disposición. Y, como si no bastara con eso, Dios, con una osadía impensable en un creador, había dispuesto un dedo meñique del pie que era mayor y más fuerte que el pulgar en ambos pies.

Para curar el defecto, me vendaron bien prietos los pies hasta por encima de los tobillos

con tiras de gomaespuma y vendas gruesas, hasta que los dedos y el empeine, reacios, se enderezaron ligeramente siguiendo el eje corporal y se pusieron mirando un poco más hacia delante. Me reconocieron la invalidez de por vida incluso antes de que abandonara mi primer lecho, pero, por actuar con normalidad, me pusieron con el resto de los niños en la Sala de Recién Nacidos, tan pronto como los especialistas se fueron a desgana de Kongslund con sus apuntes.

Por la misma época, entre abril y septiembre de 1961, los médicos de las secciones A y B de Maternidad del Hospital Central trajeron al mundo un puñado de niños perfectos y una niña que fueron transferidos a Kongslund y alojados en mi estancia en el intervalo de varias semanas.

En las Navidades de 1961 éramos siete, y no exagero si digo que lo que se conoció después como el «caso Kongslund» vino al mundo con nosotros, aunque, claro está, nadie lo sospechaba entonces.

En el álbum de fotos de Magna correspondiente a aquel año está la imagen en la que nos han fotografiado a todos bajo un árbol de Navidad y miramos al fotógrafo, y los siete llevamos gorros de gnomo y parecemos los siete enanitos del famoso cuento de los hermanos Grimm. Ahí está Asger, que ya entonces tenía unas extremidades alargadas y blancas, y una nariz tan larga y afilada que cualquiera diría que estaba esperando desde que nació las pesadas gafas de concha que llevaría después. Ahí está Orla, a quien llamaban el Mayorista, con un pelele con cuello y botones de plata y la mirada alerta, como si ya entonces intuyera las trampas que el Destino iba a poner en su vida. Junto a él está sentado Severin, con cara de niño a quien alguien ha hecho daño (tal vez por eso, en su vida adulta atrae a todo tipo de gente en dificultades), y el más cercano a la cámara, Peter, está tumbado sobre un edredón con un estampado de flores y tiende la mano hacia un cucurucho dorado que cuelga de la

rama más baja del abeto, con unos ojos que parecen un par de canicas de cristal brillantes y alegres. ¿Pueden ser los mismos ojos que hoy en día miran tan serios a decenas de miles de telespectadores? Los dos últimos niños, a mi lado, están en la sombra de una rama pesada, y es difícil distinguirlos en la imagen en blanco y negro.

De las anotaciones de Kongslund se deduce que todos los niños de la Sala de los Elefantes — excepto uno; a saber: yo— fueron entregados en adopción entre febrero y junio de 1962, y en condiciones normales esa separación sería definitiva, y un reencuentro solo sería posible, en todo caso, en la Eternidad. En la época en que se llevaron a los demás, la indecisión debió de apoderarse de mi alma. Mis piernecitas torcidas debieron de estremecerse un poco, para después sosegar y prepararse para lo inevitable.

No iba a ir a ninguna parte.

Aquellos años, todas las mañanas Magna me sentaba encima del pequeño elefante japonés con

ruedas, regalo de una elogiosa delegación de Tokio, y me animaba a gritos cuando yo me agarraba a las orejas con forma de embudo, que tenían unos agujeritos para meter los dedos, mientras mis ojos miraban espantados la trompa arqueada que llegaba casi hasta los pies anchos y grises, que a su vez iban sujetos a cuatro ruedas medio sueltas. Con el paso del tiempo, fui comprendiendo la simbología: los pies del elefante se parecían mucho a los míos.

Fea, pensé desde muy temprano, porque los niños se enteran enseguida de esas cosas.

Fea, me ha respondido desde entonces el espejo de la pared cuando yo preguntaba, y con el paso de los años la pregunta se ha repetido tantas veces que la monótona conversación podría llenar todo un capítulo de un libro de cuentos.

Fea, torcían el gesto los demás niños en cuanto lograban enfocar mi extravagante figura.

En la época en que un flujo constante de bebés sanos listos para la adopción atravesaba los

abundantes hogares infantiles del país, yo no cotizaba mucho. Si había alguien que se quedara prendado de mi extraño aspecto, sin que les diera repugnancia la asimetría que corrían el riesgo de compartir en años futuros, entonces no conseguían el visto bueno de Magna ni el del tribunal de Asistencia a la Maternidad, al frente del cual se encontraba la directora de la asociación, la señora Ellen Krantz, que infundía respeto.

Como estaba construida de forma tan extraordinaria, solo podría ser entregada en adopción a una familia lo más normal posible, decían las decididas mujeres que controlaban mi existencia. Y el mensaje tácito de Magna fue claro desde el primer día: «Los demás se marchan, pero tú te quedarás. Kongslund es tu hogar».

Lo sentía en su olor, y se convertía en seguridad en su abrazo. Los niños que me rodeaban se iban; un día estaban cenando bocados de pan de centeno con paté, y al siguiente abandonaban su silla y desaparecían entre los

pliegues ondulados de abrigos extraños, entre los brazos de sus nuevos padres, que habían venido desde lejos con un solo deseo en la vida: llevarlos lejos, muy lejos de la colina, del estrecho y del pasado.

Durante los años siguientes, mi pesadilla se repitió todas las semanas, porque la Dinamarca sin niños adoptaba con gran entusiasmo la abundancia de seres no deseados que salían de hospitales e instituciones de maternidad; más y más niños llegaban, y luego se iban, venían y se iban, y me convertí en poseedora del récord de Dinamarca de despedidas: ningún niño ha acudido a tantas como yo.

En una de las fotos en blanco y negro del vestíbulo aparezco en el extremo del embarcadero saludando con la mano a la cámara. Mi cuerpo está algo escorado, el brazo izquierdo cuelga flojo, y si uno se fija bien —estoy por lo menos a quince metros del fotógrafo—, la mano está cerrada, como una pequeña sombra oscura, bajo el borde



de la chaqueta. Mi boca es redonda y negra, y parece emitir un sonido vacío y triste, como el sonido del viento en una barranca profunda... *no te vayas-no te vayas-no te vayas-no-no-no-no-no-no...*, ulula como loca. «Pero tienen que irse», dice, no obstante, Magna, y sonrío a otra pareja de afortunados elegidos que han venido a salvar a uno de los niños de Kongslund.

—¡Venga, Marie, vamos a despedirlos! —me llama, riendo.

Pero yo retrocedo, lejos de los pliegues de los abrigo y las puertas de los coches que se cierran, sintiendo un hormigueo paralizante en los brazos. Han saludado más que los de una reina, aunque solo tengo seis años.

—Vamos, Marie, hoy es un día de alegría; ¡es el mejor día de su vida para Rechoncho y su nueva familia!

Me ha vestido con la cazadora roja con capucha, pese a que el sol de abril pugna por atravesar la capa de nubes.

—¡Venga, Marie, vamos a desearle suerte a Rechoncho en su nuevo hogar!

Pero termino en el embarcadero, donde me quedo vuelta de lado, como una rama torcida cuyas ramitas se ha llevado el viento. Magna sigue gritando, la oigo:

—¡Saluda, Marie! ¡Venga, saluda!

Se oyen bocinazos en la salida a la carretera de la costa, entre las grandes columnas de piedra chinas, y luego vuelve el silencio.

Así fue como conocí a Magdalene, justo allí, en el viejo embarcadero, un día de primavera que —una vez más— me había quedado sola. De pronto estaba ante mí, como en una visión, y no quería apartarse. Una anciana en silla de ruedas. Y la oí susurrar:

—Marie, ¡mírame!

Había oído hablar de la mujer espástica que vivía en la villa blanca que había en lo alto de la cuesta, al sur de Kongslund, pero hasta aquel día solo la había visto a distancia. Solía sentarse en su

terraza todos los días con algo que parecía un largo catalejo, encorvada y encogida, mientras al parecer oteaba el estrecho.

Estaba donde las tablas del embarcadero se unían a tierra firme, y sabía mi nombre.

—Marie, ¡no pienses más en ello!

Me quedé quieta en el embarcadero, mirándola con fijeza.

Se acercó lentamente, y en un segundo estremecedor reparé en aquel cuerpo singular que colgaba del único brazo de la silla —era aún más espantoso que el mío—, y en que, cosa todavía más rara en una espástica, le colgaba del cuello una estilográfica negra y en su regazo había un cuaderno azul.

—¡Marie! —gritó mi nombre por tercera vez.

Pero no podía hacerle caso. Los niños no deberían vivir cosas así.

—¡Marie! —Con más fuerza aún.

En aquel momento sucedió algo extraordinario. Del interior de mi cráneo surgió un sonido, como

si el estrecho, a mis espaldas, hiciera presión sobre una fina grieta de un muro de piedra; un silbido, un borboteo y la certeza durante un segundo, antes de que el agua hiciera que todo reventara y rompiera en cascadas tan gruesas y violentas que casi me caí redonda. Fue un instante que jamás olvidaré. Durante varios días seguidos, estuve en la sala de Magdalene, en la villa blanca, hablando de mi vida en Kongslund, de las Tinieblas y de los niños, de la lámpara verde, de los elefantes azules y las fresias amarillas; y los torrentes de agua surgían de todas partes y chorreaban por la mesa baja y el brazo de su silla de ruedas, y descendía de sus dedos blancos espásticos hasta abajo, hasta el estribo donde descansaban sus pies, tan extraños como los míos. Yo era alguien que se ahogaba, que había descubierto el mar por primera vez, y aquello casi nos ahogó a ambas.

Tal vez ella comprendiera que esa fuente era inagotable. El odio debe de haber sido uno de los

pocos supervivientes; dejó que le apretaran la tripa y recibió oxígeno por la nariz, y trepó sin ser visto desde las profundidades hasta mi alma por una puerta trasera desconocida, se sacudió y miró alrededor, hasta encontrar una morada adecuada donde poder vivir con discreción y —ahora lo sé— crecer en paz. Magdalene no lo vio, debió de quedar oculto para ella, pero fue ella quien liberó esa parte de mí. Quizá un buen psicólogo hubiera podido descifrar por qué el momento de su llegada coincidió con el amor entre Magdalene y yo. Tal vez sean el amor y el odio compañeros mucho más peligrosos de lo que se cree, pero nunca pasará de ser una observación académica de la que Magna y los psicólogos de Kongslund se habrían alegrado mucho más que nosotras, que éramos las que de hecho estuvimos presentes.

Al principio visitaba a mi nueva amiga en la villa blanca todas las tardes, y cuando volvía a Villa Kongslund, Magna me escudriñaba con la mirada, como queriendo decir: «Procura no cansar

a la anciana Magdalene. Ha tenido una vida dura». Pero no decía nada.

Magdalene me contó la historia de mi hogar, del lugar que yo nunca iba a abandonar. Fue su abuelo paterno quien construyó Kongslund, y después la villa contigua para sí mismo, pero tanto él como los padres de Magdalene murieron, y por eso vivía sola en la casa blanca de lo alto de la cuesta. Procedía de una familia de pastores protestantes que había tenido estrecha relación con el gran autor de salmos Nikolai Frederik Severin Grundtvig, y por eso pusieron a la hija de la casa el nombre cuasi bíblico de Ane Marie Magdalene Rasmussen. Cuando me lo contó, me reí. Ella era espástica, un caso grave, pero aun así estaba tan llena de vida que quienes la conocían notaban una brisa del Cielo, como si Nuestro Señor insuflara vida al mundo por su mediación. Aunque su cuerpo estaba retorcido y desfigurado desde que nació, irradiaba una fuerza que llenaba a todos de alegría, estuviera resollando o bufando como una

espástica, o sentada en su silla de ruedas en absoluto silencio, junto a la ventana, leyendo sus cuentos preferidos: *Pulgarcita*, *El patito feo*, *El ruiseñor* y *La niña que pisoteó el pan*.

Desde el principio estuvo rodeada de árboles, agua y pájaros, y sobre todo de niños, de todos los niños que habían entrado y salido de Kongslund durante décadas.

A consecuencia de su parálisis, tenía grandes dificultades para hablar de manera comprensible, pero con los años entrenó su garganta y sus músculos para articular las palabras que debía emplear. Contaba —y era verdad, decía— que el rey Federico VII había dejado en testamento su viejo catalejo al abuelo de Magdalene, que a su vez se lo regaló a su nieta espástica, que así había podido observar a distancia el mundo que jamás llegaría a alcanzar.

Cuando tenía más o menos veinticinco años, tomó una decisión tan singular que se contaba de boca en boca por las mansiones de la costa. Se

propuso aprender a escribir. Al final sus padres cedieron ante el deseo absurdo de su tozuda hija, y compraron una estilográfica negra con sus iniciales grabadas en letras doradas, delgadas como patas de insectos. Y durante todo el verano y todo el invierno pudo verse a la joven espástica sentada a su mesa, junto a la ventana de la sala con vistas a las hayas, inclinada sobre su cuaderno, dedicada a convertir las pequeñas letras traviesas en palabras, una a una.

El segundo verano lo pasó en la terraza juntando letras, y sus padres vieron la mirada furiosa tanto de Dios como del Diablo en sus ojos entornados.

El tercer verano juntó las palabras. Con una paciencia que nadie alcanzaba a entender, empujaba las letras ante sí en el papel, raya a raya y curva a curva, a veces diez o doce palabras al día, otras veces una frase entera, y así surgía la vida en finas líneas caligrafiadas en los papeles blancos de su regazo. Para un cuerpo que nunca



podría dar a luz hijos, y que tampoco lograría ser querido como otros, las palabras eran seguramente el único modo de cumplir su gran sueño: el relato de su vida, la esperanza de seguir viviendo después de muerta. Magdalene escribía sobre la zona de Kongslund, la colina y las personas a las que observaba. Una página al mes, medio cuadernito azul cielo entre un año y año y medio (cuando aún era joven y enérgica); durante toda su vida llegó a completar doce pequeños cuadernos escritos a mano, tantos como hayas había en la cuesta frente a la casa, y en sus diarios encontré el principio del relato sobre la majestuosa villa de siete chimeneas que era mi hogar. Sobre Magna y su llegada allí, justo antes de la guerra, y también sobre el comienzo del enigma de los niños de Kongslund.

«Hay niños que nacen en la oscuridad y no los desea nadie», escribió en mayo de 1961, con el revuelo creado por la repentina llegada de la niña abandonada al anexo sur de la casa.

El siguiente verano añadió otras seis líneas: «Los seis niños que estaban en la Sala de Recién Nacidos en Navidad han sido entregados en adopción. Solo queda el séptimo, al que hicieron tantas operaciones tras nacer. Es una niña; tiene un defecto físico, pero aun así es guapa».

Así surgió nuestro vínculo, sin que yo lo supiera.

Siguió mi vida año a año, tomando apuntes con regularidad, y a medida que iba haciéndome mayor reconocía muchas cosas. A los siete años, en medio de una gran celebración, me dieron mi propio cuarto, justo encima de la Sala de los Elefantes y la terraza. Fue el día en que Magna se convirtió oficialmente en mi madre de acogida. Con tal ocasión, las señoritas llenaron mi cuarto con un tapiz de flores que perfumaron toda la casa durante semanas. Magna puso allí mi camita de madera y una silla de mimbre, regalo de una delegación noruega que había venido desde Bergen, y al parecer fue una solución afortunada.

—¿Qué contenta está Marie con su nuevo hogar! —resonaba una y otra vez la voz de Magna por las estancias de techos altos.

Pero un día, cuando volvía de visitar a Magdalene, pregunté:

—¿Por qué no viene nadie a por mí?

Tal vez la pregunta más fundamental de mi vida.

Mi madre de acogida me miró un rato largo, y detrás de todo su amor noté la desaprobación. Olía a tallos de fresias amarillas, a los que, como acostumbraba, había aplastado con un par de golpes para que absorbieran la energía vital, y en sus dedos fuertes había un brillo amarillento-verdoso.

Al final se inclinó hacia delante y de pronto me atrajo hacia sí.

—Pero Marie, es que tú saliste un poco deforme —explicó—. Por eso, la familia que tuviera el coraje de adoptar a un niño que no era perfecto al cien por cien debía ser además

ejemplar. No podíamos arriesgarnos a que al cabo de unos años se cansaran de las dificultades y vinieran a devolverte.

Devolverme.

—¿Era tan problemática? —pregunté.

Magna olía a fresia, a pastillas de menta y un poco a humo de purito.

Esperé la respuesta conteniendo la respiración.

—Pero Marie, la mayoría quieren adoptar niños completamente sanos, aunque tengan que esperar dos o tres años.

Me tomó la mano.

—«Es guapa, pero es que su cuerpo es un poco especial», era lo que solían decir —dijo Magna con un suspiro profundo—. Y si había otros niños entre sus amistades, pues podría ocurrir que los asustaras con tus rasgos... —dio un suspiro más profundo— algo especiales.

—¿Es que tenían otros niños?

Magna y yo desarrollamos pronto una tendencia a hablar sin escuchar lo que decía la

otra. Pero por lo visto nunca la molestaba, porque mi madre de acogida siempre era capaz de retomar el hilo.

—Les gustabas a unos pocos —admitió—. Pero cuando se pasaba a conversaciones más profundas y visitas a su casa —añadió, me soltó la mano y se levantó— en las que los asistentes sociales analizaban sus historiales... —Dirigió la mirada hacia el estrecho y la isla de Hven—. Pues eso, que el proceso podía alargarse mucho.

Suspiró por tercera y última vez.

—Nunca he visto una habitación de verdad —dije, a punto de echarme a llorar.

—Pero si tienes una habitación de verdad —trató de consolarme—. Tienes el mejor hogar posible. ¡Tienes la habitación que el mismísimo Rey Bueno mandó diseñar para nosotras!

Rio.

—¿Era mi padre?

Recuerdo que Magna volvió a sentarse con semblante serio.

—Te dimos el mejor hogar que pudimos encontrar. Aquí, con nosotras. —Volvió a poner su brazo de oso en mi hombro torcido, para tranquilizarme—. Ya sabes que los mejores hogares están junto al mar.

Me apretó contra sí. No dije nada más.

De día me convertí en el extraño ser que caminaba como un pato por los largos pasillos, a menudo cuchicheando conmigo misma como un fantasma —«¡Ya está Marie otra vez hablado con los espíritus!»—, arrastrando con firmeza el elefante japonés con ruedas mediante una cadena corta de hierro oxidada que encontré en el sótano y até a su cuello, para que no se escapara. Por la noche me levantaba de la cama e iba al espejo, que era de la más fina caoba y tenía adornos dorados. Tal vez el pómulo torcido, la mejilla caída y el ojo de mirada fija se transformaran un día si estaba el tiempo suficiente mirando el maldito espejo. Pero ese tipo de milagros solo se produce en sueños. En la realidad, el espejo se sentía con el paso del

tiempo demasiado mirado, y al fin formuló la pregunta candente que siempre se repetía una y otra vez entre nosotros: «¿Quién es el más feo de los dos?».

Yo me callaba, y el espejo respondía por mí: «¡Tú!».

—¿El rey es mi padre? —pregunté como una estúpida.

También el espejo y yo hablábamos sin escuchar lo que decía el otro.

Pasaba muchas horas por la noche en la penumbra junto a mi escritorio, mirando sin cesar hacia la isla de Hven. Como la Habitación del Rey sobresalía un poco del caballete del tejado — incluso de la terraza—, me imaginaba que era el puente de mando de un barco que se acercaba a la costa tras un crucero fantástico, y en la oscuridad trepaba al escritorio de caoba y ocupaba mi puesto en el puente para hacer mis últimas maniobras; mis dedos estaban llenos de gracia, mi rostro, concentrado, mi figura con uniforme de capitán,

erguida del todo. Muchas veces estaba tan cansada al llegar la mañana que me quedaba tumbada en la cama, con los ojos inyectados en sangre y el pecho inmóvil, y el médico del hogar infantil debía inclinarse mucho sobre mí para captar la respiración, y Magna tenía que dejarme estar en la cama para que me recuperase del golpe.

Suspendí la primera prueba para entrar en la escuela, pero no me importó, porque no deseaba ningún conocimiento que fuera más allá de los muros de Kongslund. En su lugar, la primera ayudante de Magna, Gerda Jensen, me dio clases los primeros años en la sala que da al jardín. El lado físico de mi curiosidad alcanzaba solo hasta las dos columnas chinas que marcaban el descenso empinado a Kongslund. Nada más. Aquí, en mi hogar, solo había dos cosas de auténtico valor: satisfacer la añoranza y borrar las carencias. Pero eso no lo supe hasta mucho después.

Una de las últimas veces que visité a Magdalene, me dijo:



—Aunque no eres hija de nadie, un buen día tendrás hijos, Marie. A mí me pasa justo lo contrario.

Las palabras borbotaron arriba y abajo en un bufido singular, como si llorase o riese, o ambas cosas a la vez. Aunque todos los demás desistían a la hora de entender sus sonidos espásticos, yo entendía cada palabra, y mi mirada encontraba la suya y leía el mensaje sin la menor dificultad, como solo saben hacer los niños. Magdalene nunca había sentido un par de brazos estrechándola, nunca jamás había besado los labios de un hombre, y oyó mi pregunta, aunque nunca la formulara en voz alta.

—Tienes razón, Marie, no he conocido eso —respondió sin levantar la cabeza ni esperar a una repetición—. Me gustaría haberlo probado.

—¿Quieres ser mi madre? —pregunté.

Eché a reír, y su carcajada surgió sibilante por las fosas nasales, e hizo que el cuerpo diese casi media vuelta en la silla, una postura prácticamente

imposible. Yo la adoraba. Me levanté de la arena, empujé su silla cuesta arriba y atravesé la arboleda hasta el antiguo punto de observación del rey.

—¡Marie, no me lleves tan rápido! —gritó, y volvió a reír.

Creo que le habría gustado ahorrarse la conciencia de todas las señales y todas las expresiones que esperas que el mundo capte y recompense con caricias. Es el cuerpo, con su añoranza física, el que saca a la mente de su curso y enseña al ojo a calcular la distancia a las personas que deseas pero nunca puedes alcanzar. Las palabras de su diario eran la cuerda de salvamento que hacía que sus días pasasen, uno tras otro, hasta que sobrevivió cada pronóstico médico de su decadencia.

—¡Tal vez fuera porque estaba tan decaída desde el principio, Marie! —exclamó, pronunciando las últimas palabras por la nariz—. ¡No podía decaer más...!

Luego rio por tercera vez, haciendo el mismo ruido que un puerco revolcándose en el fango, y los cuadernos azules de su regazo cayeron a la hierba. Los recogí, como siempre. La estilográfica la llevaba colgada del cuello con un cordel.

—Mis diarios serán para ti cuando yo ya no esté, porque dentro de poco podrás leerlos — anunció uno de los últimos días de su vida. Fue en julio de 1969. Iba por el cuaderno número doce. Me acarició el pelo.

—Tal vez empieces a escribir algún día — aventuró.

No dije nada.

—Escribe sobre lo que te ocupa la mente. Escribe sobre todo lo que te gustaría entender.

En aquel momento no lo comprendí.

Luego añadió:

—¿Quién no quiere morir tras una buena vida?

Transcurrió una semana hasta que completó la idea, como cuando escribía sus palabras, línea a línea:

—Voy a morir sin haber conocido el amor entre un hombre y una mujer, eso es lo más duro de todo.

Si Dios existía, tuvo que estar presente allí, en aquel preciso lugar. Pero, por supuesto, yo sabía que ni Dios ni el Diablo se acercaban a Kongslund, porque evitaban con todas sus fuerzas a aquellos seres tan irreparables.

Solo el Destino podía separarnos, y volver a unirnos.

Tengo ante mí el último diario de Magdalene.

Es un cuaderno azul cielo de tamaño cuartilla, algo arrugado en los bordes, como si alguien lo hubiera salpicado con agua y después lo hubiera puesto a secar en un radiador. Puede que lo llevara a la playa y se le cayera en la orilla. No recuerdo ya.

En la penúltima página ha escrito: «Muchas

veces tengo el mismo sueño con mi querida Marie. Se ha marchado de aquí y vive en un país remoto, muy lejos, al otro lado del mar; tal vez sea África, porque en el sueño veo los elefantes azules de los que me ha hablado siempre; están vivos y caminan junto a ella en una hilera interminable. Puede que sus sueños se conviertan algún día en realidad».

Lo veo todo, tanto la decadencia física como la concentración, en el frágil tejido de letras. Algunas de las palabras parecen arañas muertas tiempo atrás, medio borradas, con sus patas grises arrugadas, y aun así poseen una extraña belleza.

En la última página ha escrito: «Cuando el hombre dé su primer paso en la luna, veré si mi catalejo es realmente digno de un rey. Así que lo dirigiré hacia arriba, hacia el futuro, para ver si este mensaje es de verdad...».

Los puntos suspensivos son suyos. No escribió nada más.

Murió una mañana de julio en la que algo me despertó muy temprano; tal vez fuera un

presentimiento del hecho prodigioso y espantoso que había sucedido.

La noche anterior las puericultoras habían seguido la retransmisión del alunizaje de los norteamericanos en el pequeño televisor de la sala de estar, y yo estaba emocionada pensando en la reacción de mi amiga del alma. Seguro que ya se había puesto a describir la sensacional hazaña: imagínate, flotar por el espacio, allá en lo alto, más allá de las nubes, imagínate poder hacer todo lo que siempre hemos soñado, Marie... Imagínate poder hacer algo así.

Empujé la puerta de la villa blanca.

Nunca solía estar cerrada, porque Magdalene no temía visitas inesperadas.

Entré en la casa y me desplazé de una habitación a otra sin problema, hacía muchos años que habían retirado los listones de los umbrales de las puertas para que pudiera moverse sin problemas. Había una cama muy estrecha, en la que solía dormir, pero no estaba allí.

Yo sabía que una enfermera del Hospital Comarcal de Gentofte le hacía la cama una vez por semana y la sacaba a pasear en la silla de ruedas; pero parecía que nadie había tocado la cama en siglos. Ni siquiera se había tumbado, y entonces supe que ocurría algo.

Supe también que era demasiado tarde.

Magdalene estaba en el exterior, junto a la esquina de la casa, de espaldas a su querida costa y con el rostro vuelto hacia el estrecho. El catalejo estaba en un soporte sobre el brazo de la silla de ruedas y apuntaba al cielo, de donde debía volver a la Tierra la nave espacial. Su cabeza estaba caída sobre el pecho.

Yo solo tenía ocho años.

Mi madre de acogida y sus ayudantes debieron de asustarse al encontrarme allí, tan joven, y tan tarde, tanto tiempo después de que empezaran a buscarme. No pensaron en la villa blanca hasta después.

Yo estaba encogida en el pequeño estribo

donde habían descansado durante décadas los frágiles pies de Magdalene; mi cabeza descansaba en su regazo, que ya no estaba vivo. Recuerdo que desperté cuando Magna emitió un extraño grito asustado que yo no había oído nunca.

Pasé callada el resto de julio y la mayor parte de agosto, y fue en aquel año cuando lo singular se convirtió en parte de mi alma.

Magna y yo nunca hablábamos de lo que había ocurrido; ella no entendía mi dolor. El alma no es, como creen muchos, una masa compacta, una bolita iluminada en alguna parte entre el corazón y el hígado; tampoco, como otros más atrevidos sostienen, un vacío sin masa que llena el cuerpo vivo y planea con destreza y desaparece entre los Dedos de la Muerte, para asegurar al espíritu la vida eterna. No, el alma es un estrecho rellano en el que los creyentes hacen equilibrios en su búsqueda de consuelo. Si dan un paso en falso, ya no vuelven a encontrar el punto de apoyo, y si buscan la luz más allá, solo ven oscuridad. Eso fue



lo que descubrí el último verano que pasé con Magdalene. El alma, como el universo, no es la expresión de un eterno estancamiento, sino del eterno movimiento, y el único fin de ese movimiento es seguir recto, partiendo del estrecho rellano, con la absurda esperanza de poder evitar las Tinieblas.

Por la noche escondo sus doce cuadernos en un cajón de doble fondo del magnífico secreter africano de roble que el viejo capitán de la Marina, Olbers, el primer propietario de Kongslund, trajo a casa de una de sus incontables expediciones al continente negro (había estado de grumete en la fragata *Gefion*, y después se pasó toda la vida en la marina mercante).

En otro escondite secreto, tras los adornos grabados en madera de limonero del viejo armario del capitán, están mis propios diarios, que empecé a escribir el mismo año en que murió Magdalene, y abarcan el principio de los acontecimientos que pusimos en marcha entre las dos.

Allí se encuentra la descripción de nuestros primeros encuentros tras su grandioso funeral, detalles de las consideraciones que nos hacíamos, y apuntes sobre cada una de las decisiones que tomamos y, por ello, también sobre lo que cada una, para mi espanto, acarreaba.

## MAGNA

*7 de mayo de 2008*

*Por supuesto, Magna sospechaba que Magdalene nunca se había ido realmente de Kongslund, a pesar de haber muerto en el mundo físico.*

*Y en un momento dado no tuve ninguna duda de que mi madre de acogida había encontrado — y leído— los doce diarios que estaban en el doble fondo de mi cajón, seguramente porque temía perderme. Pero, como es natural, nunca hablamos de ello.*

*De puertas afuera, todo era armonía entre la directora y la hija de acogida, que con el tiempo*

*fue considerada como su propia hija, y, para el mundo circundante, Kongslund era la esencia de la auténtica e indomable cordialidad, que también se extendía a los repudiados e ilegítimos. Aquí estaban las existencias desechadas, sorbiéndose las lágrimas en la nada, mientras se preparaban para los traumas sobre los que psicólogos y catedráticos escribirían libros décadas más tarde.*

*Ninguno de ellos había entendido de verdad el carácter de nuestro pavor, me decía Magdalene mientras se balanceaba de lado a lado en su vieja silla. El abandono no tiene nada que ver con lo que se abandona. Hay abandono dondequiera que vas. La añoranza no está detrás de la gente, sino delante.*

*Los psicólogos y las estiradas señoritas de la Asistencia a la Maternidad de Copenhague estaban convencidos de que ese tipo de defectos podían curarse con la ayuda del aire de mar, verdes arboledas y una paciencia sin límites.*

*Porque siempre había sido así.*

*Nos callábamos y los dejábamos con su convencimiento, firme como una roca.*

Como es lógico, mi madre de acogida se convirtió durante todos aquellos años en la indiscutida soberana de Kongslund; también ahora, cuando llevaba tiempo jubilada, pero seguía manteniendo reuniones mensuales con su sucesora, Susanne Ingemann, sobre el funcionamiento del hogar infantil.

Era la garante de que la fundación autónoma recibiera cada año una dotación generosa de la Oficina de Asuntos Especiales del Ministerio Nacional. Apenas había duda de que lo más «especial» de aquella fundación era la considerable suma que solía corresponder a Kongslund.

Magna suspendió por la mañana la reunión que

tenía la fundación aquel día. No dio ninguna explicación.

Después tecleó otro número y sintió que sus dedos, por lo demás relajados, temblaban un poco. Estuvo hablando varios minutos. Luego se sentó a esperar.

Aún quedaban cabos de vela en los cinco candelabros de plata del alféizar, uno por cada uno de los cinco años de ocupación de Dinamarca. Encendió las velas el 4 de mayo por la noche, justo cuando la voz de Londres, sesenta y tres años antes, dio la noticia de la liberación: «Nos acaban de comunicar...».

Que el cabrón de Hitler había perdido.

Percibió el nerviosismo al otro lado de la línea, la pausa y la pregunta sin formular: ¿qué diablos está pasando ahí?!

Pero ella no sabía nada.

Voy para allá.

Se sentó a esperar. Le parecía un enigma cómo habían escrito el artículo de *Fri Weekend*. Le

parecía un enigma de dónde habían salido las informaciones anónimas, y no tenía ni idea de qué más habría descubierto el periodista; la llamó pidiendo una entrevista, pero ella dijo que estaba acostada con un fuerte reuma.

Tras serenarse un poco, leyó de nuevo el artículo. Luego se levantó de su butaca y sacó sus álbumes del armario: tres marrones, tres rojos y tres blancos. Los marrones contenían fotografías; los rojos, cartas y postales; los blancos, artículos periodísticos amarillentos de siete décadas antes, posteriores a la inauguración del hogar infantil en 1936. Ninguno de ellos había sido como el que tenía entre manos.

Dobló el *Fri Weekend* y se obligó a releer el titular de la portada: «Famoso hogar infantil, acusado de esconder a miles de niños». Solo faltaban los signos de admiración.

La mayor parte del artículo era una sucesión de acusaciones infundadas. Rumores. Voces anónimas. Reproducción por parte de fuentes

desconocidas de chismes acerca de que Kongslund había sido, entre bastidores, el centro de ayuda para ciudadanos ricos y poderosos que habían tenido un «desliz». Sus hijos no deseados, ilegítimos, fueron recogidos de modo discreto y eficaz de las secciones de maternidad durante décadas, y se les dieron nuevas identidades, tras lo cual no había poder en el mundo que pudiera encontrar a sus padres y madres.

Después los entregaron en adopción.

Examinó el titular como si fueran meros insectos aplastados, con repugnancia.

Luego fue a la página seis, donde había un artículo más extenso aún, flanqueado por una foto de archivo de ella y una gran fotografía del hogar infantil. «Al servicio de los niños olvidados. Por Knud Tåsing. Foto: Nils V. Jensen».

Después de leerlo por tercera vez, se sabía de memoria el primer párrafo: «El 13 de mayo, martes, va a celebrarse el sesenta aniversario de una celebridad en una zona elegante del norte de



Selandia. Un aniversario que incluye a una mujer muy especial y a los miles de niños de quienes, durante toda una vida, se ocupó de ser “madre” hasta que encontraron su propio camino en la vida y su propia familia».

Magna suspiró y frunció los labios, como si fuera a escupir a la alfombra alguno de los insectos muertos. Iba vestida de azul oscuro para la ocasión, y llevaba los pendientes que solo salían del joyero también azul para visitas al teatro y funerales, donde cada vez había menos de las primeras y muchos más de los últimos.

«La señorita Ladegaard, de casi ochenta años, es conocida por su sobrenombre de siempre, “Magna”, por los miles de niños que ha “criado” en el hogar de Strandvejen. Fue nombrada directora de Kongslund en 1948, y sigue vinculada al hogar instalado en la imponente villa junto a la costa. Desde el principio, Kongslund se hizo conocido por dar cobijo a los más débiles de entre los débiles: los niños cuyos padres no querían

saber nada de ellos».

Cerró los ojos y sintió indignación. «Los más débiles de entre los débiles». A ella jamás se le habría ocurrido llamar así a sus niños.

Detestaba ver su nombre impreso. La bautizaron Martha Magnolia Louise Ladegaard, una impresionante ristra de nombres de la que nunca se había recuperado, y que tal vez fuera lo que a fin de cuentas la hizo irse muy joven de casa. El segundo nombre, Magnolia, fue una ocurrencia repentina del pastor que la sostenía sobre la pila bautismal, que era también su padre, y, aunque su madre se sobresaltó, pues no tenía constancia de ello, no hubo manera de cambiar la ocurrencia ofrecida por Nuestro Señor. Aquel día la iglesia estaba adornada con bonitas flores secas y, además de flores de magnolio, había fresias, amapolas, anémonas, campanillas y flores de trébol, así que podía haber sido mucho peor, como decía siempre la madre de Magna para tranquilizarla. Cada vez que los niños de la escuela se burlaban de Martha

Magnolia por su segundo nombre floral, la madre repetía sus palabras consoladoras.

—¿Habrías preferido quizá llamarte Campanilla, o Anémona? No, no, podría haber sido mucho peor si no fuera porque a tu padre le encanta el olor de la flor del magnolio.

Con dieciséis años era una chica alta, de constitución más bien robusta, con pelo castaño ondulado y una profunda voz melódica, y un día de primavera fue a Copenhague para estudiar puericultura. Coincidió con las semanas en que Asistencia a la Maternidad compró Villa Kongslund, para transformar la elegante villa en hogar para recién nacidos y organizar las salas de techos altos con sentido práctico femenino. Magna pensaba a menudo que aquello le habría gustado al viejo Rey Bueno, pues lo separaron de manera brutal de su madre, la princesa Charlotte Frederikke, ligera de cascos, a quien se le retiró la compañía de su hijo como castigo por su infidelidad. No cabía duda de que aquella infancia

sin madre convirtió al niño en algo tan singular que más tarde dejó que la rabia y la añoranza brotaran de su cuerpo, que se hizo estéril, con lo que terminó el linaje, lo que, en opinión de Magna, era una buena venganza.

El hogar infantil recién transformado se inauguró el 13 de mayo de 1936. Aquel mismo día se celebró en Copenhague el día de Ayuda a los Niños, y las mujeres de la ciudad aprovecharon la ocasión para hacer el primer gran *happening* pacífico de la historia de la capital, que puso en estado de agitación la ciudad y a sus habitantes. Un día radiante, nada más y nada menos que mil seiscientas madres con mil seiscientos coches de niño engalanados con banderas danesas y mil seiscientos veintinueve niños —entre ellos dos casos de trillizos y veinticinco de mellizos— marcharon en procesión desde el palacio de Rosenberg y atravesaron la ciudad hasta Tivoli para llamar la atención sobre la cuestión de la infancia.

La joven campesina Martha Magnolia nunca había visto cosa parecida, porque lo que presenció fue ni más ni menos que la marcha de las mujeres danesas hacia el futuro, la reivindicación de los méritos de las madres, la defensa de los recién nacidos y la dedicación básica para ellos, y el derecho a expresarse de manera colectiva como mujeres.

Cuando la procesión se detuvo, una portavoz de Asistencia a la Maternidad de Copenhague describió el nuevo hogar para niños huérfanos que se había inaugurado aquel mismo día en la colina de Skodsborg. Y la hermana nominal de las magnolias supo en aquel segundo qué camino debía seguir su existencia.

En los años siguientes, el hogar creció y en el jardín que daba al estrecho de Øresund se veían ya triciclos, cubos y palas, coches de juguete y mujeres jóvenes con capas blancas y bebés en brazos. Matrimonios sin hijos, nerviosos, iban de visita los domingos con el permiso de adopción

bien prieto contra el pecho, y se llevaban al niño que irradiaba la fragilidad y la necesidad de amor que ellos buscaban.

Cuando la directora enfermó de gravedad, en 1947, nombró sin vacilar a Magna directora interina, y al año siguiente se convirtió en la segunda directora de la historia del hogar.

«La vergüenza de ser madre soltera sin marido estaba muy extendida», escribía *Fri Weekend*. «Tal vez fuera incluso un escándalo mayor para las familias que se encontraban en lo alto de la escala social. Varias fuentes han confirmado a este periódico que los casos especiales de adopción se gestionaban con gran discreción en el respetado hogar infantil».

Magna bajó el periódico y paseó una mirada sombría por la estancia. Luego se obligó a seguir leyendo.

«Podían ser políticos, altos funcionarios o actores que no deseaban jugarse la fama y la carrera por un pequeño desliz, dicen las fuentes.

Podían dirigirse en confianza a la casa de la directora ahora jubilada. Allí se solucionaba su problema con discreción y total satisfacción. Ha llegado a las manos de *Fri Weekend* un formulario confidencial de uno de los años con más adopciones (1961), en circunstancias que sugieren que se trataba de un recién nacido con quien había que actuar fuera del proceso normal. El niño se llamaba John Bjergstrand».

Magna observó los álbumes blancos que tenía delante, sobre la mesa. Hasta entonces nunca había habido un artículo crítico con Kongslund. El periódico parecía sugerir que una ayuda así podía tener también objetivos comerciales, y continuaba, con un estilo que se suponía que vendía ejemplares:

«Es posible que un actual alto funcionario o político entregase en adopción, en secreto, a su hijo no deseado, para evitar el escándalo. Eso lleva la historia hasta nuestros días. ¿Conoce ese hombre, ahora adulto, su azarosa prehistoria? ¿Qué

piensa el padre que, por consideración hacia su carrera, repudió a su hijo, y que tal vez es algún danés famoso que todavía teme que lo descubran y por eso calla? El personaje principal de la fiesta de aniversario, que fue directora desde 1948 hasta 1989, no ha deseado colaborar en este artículo alegando que estaba indispuesta. Por tanto, y de momento, las preguntas siguen sin contestar».

El reportaje estaba escrito con grandes caracteres, bajo el atractivo título: «¿Dónde están hoy?», e incluso había enviado a la hoja trasera de la primera sección del periódico un artículo sensacionalista sobre un chico tamil de once años en peligro de expulsión.

Había un detalle que inquietaba a la directora jubilada más que cualquier otra cosa. Una pequeña señal de que tenían mucha más información de lo que desvelaba el periódico en cinco largas columnas. Información sobre la que no lograba encontrar una explicación razonable, y que por eso le daba miedo, y cuyas posibles consecuencias iba



a tener que compartir con una persona a la que normalmente no recibiría como invitado en su sala de estar.

Volvió a examinar los dos nombres del artículo: «Knud Tåsing y Nils V. Jensen»; era extraño. Después dobló el periódico y encendió uno de sus puritos largos y delgados. Podía ser una coincidencia, pero, en ese caso, era una coincidencia casi sobrenatural. Llevaba dos días con unas náuseas que sabía que solo podían deberse al miedo. No era propio de ella.

Aunque esperaba el sonido del timbre de la puerta, se sobresaltó un poco al oírlo.

—¡Muy buenas!

Un tono algo irónico, un beso fugaz en la mejilla. Como en los viejos tiempos.

Traía su propio ejemplar del periódico. En un texto enmarcado de la primera plana venía la noticia sensacional del anónimo, en torno a la cual había trazado un círculo con rotulador rojo:

«El anónimo no va a ser el último, ya que hay

un sombrío secreto tras el misterioso relato. El Ministerio Nacional ha declinado comentar si la carta ha sido enviada también al ministro nacional Ole Almind-Enevold, cosa de la que *Fri Weekend* tiene indicios. Varias fuentes confirman que Orla Berntsen pasó en sus primeros años cierto tiempo fuera de su casa, oficialmente porque su madre sufría una depresión. Las fuentes confirman que el lugar donde permaneció fue Kongslund, el hogar para recién nacidos. El jefe de Gabinete del ministro nacional no ha querido hacer ningún comentario respecto a la información».

—¿Puedes averiguar quién...? —Magna sirvió el café, y la pregunta quedó un buen rato flotando en el aire.

—¿Quién les ha dado la información...? —El hombre acercó el pequeño azucarero de plata a la taza—. Sí que puedo, y ya estoy en ello.

Tomó seis o siete azucarillos, como en los viejos tiempos. Magna los contó con la misma desaprobación que cuando veía a los hijos de

madres jóvenes comprar golosinas en la tienda de comestibles.

Luego el hombre alzó la vista y la miró largo y tendido. Ella notó al instante dolor en la región lumbar, lo que solía avisar de truenos y relámpagos, de tormentas otoñales adelantadas, y la náusea se instaló en su garganta con tal fuerza que tuvo que dejar la taza en la mesa y recostarse en el sofá.

—¿Podemos... estar en peligro? —Su pregunta sonó bastante infantil.

—Desde luego que sí —respondió él—. Hay alguien... por ahí... que sabe algo, y nuestro amigo está que se sube por las paredes, claro. Y tiene miedo.

Parecía casi satisfecho, aunque era absurdo, mientras removía sin hacer ruido el azúcar de la taza con la cucharilla de plata. Con los años había ganado corpulencia, y el pelo rizado oscuro había encanecido. La chaqueta la había dejado encima del artículo del periódico como si no quisiera que

se lo recordaran, y por lo demás iba vestido, como corresponde a un antiguo subdirector de la Policía: pantalones azul marino, camisa azul cielo y corbata azul a cuadros. En su tarjeta de visita ahora ponía que era asesor: «Carl Malle, asesor especializado en seguridad y protección».

Era casi divertido. Magna siempre se había sentido insegura en compañía de Carl Malle.

—Con tu fiesta de aniversario tan cerca, es una situación bastante desafortunada —comentó Malle—. Durante al menos una semana a partir de ahora van a centrarse mucho en ti y en el hogar infantil. Creo que el autor del anónimo ha calculado ese efecto. Por suerte, el periodista de *Fri Weekend* está muy desacreditado entre sus compañeros, así que pocos habrá que se fíen de sus informaciones. —Carl Malle sonrió—. Y no se fiará nadie si por un casual descubre la realidad, que es de todo punto improbable, ¿verdad?

—Creo que no es momento para bromas —cortó Magna con sarcasmo y algo de temor.

Siempre se sentía así cuando estaba con él.

—Estoy hablando con absoluta seriedad, querida Magna. La verdad es demasiado extraña para que nadie quiera publicar la historia sin disponer de las fuentes centrales. Y solo estamos nosotros tres. A menos que creas que alguien puede encontrar otras de aquella época... Y en ese caso la persona en la que ambos pensamos no puede ni siquiera documentar su historia. Esa vía hace tiempo que se cerró, y ella nunca ha vuelto. No fue ella quien envió la puñetera carta al cabrón de Tåsing.

—Pero ¿has visto a quién tiene ese Tåsing de...?

—Eso es una coincidencia, Martha. Pura coincidencia. Y a Orla lo tengo controlado, claro. —Carl Malle rio desde la profundidad de su garganta, lo que provocó el mismo sonido que emitía uno de los muñecos mecánicos que tocaban el tambor en la sala del jardín la noche de Nochebuena en Kongslund—. El ministro ha

pedido a su subsecretario que remueva cielo y tierra para encontrar al autor del anónimo. Así que lo encontraré. Ya sabes cómo solía ser... en nuestra guerra común, ¿verdad?

El policía jubilado rio de nuevo.

Y ella lo recordó: el resistente de diecisiete años al que ella admiró durante varios meses, hasta que lo desenmascaró.

—Nos conocemos desde hace tiempo, Martha, pero aun así es posible que haya algún detalle feo que desconozco. Ambos los dominábamos, ¿verdad? Tenemos que buscar y buscar, y esperemos que salga algo o alguien. Tengo que encontrar a quien escribió el anónimo antes de que lo hagan otros.

Encendió su pipa Norwell y observó concentrado la cazoleta, como si deseara reducir a cenizas el problema, junto con el tabaco. Para un hombre como él, la ocupación y la guerra contra la Alemania de Hitler fue un regalo, oscuro, peligroso, amenazante y lleno de emoción; esa

parte la entendió Magna siempre. Malle creó en la primavera de 1943 un grupo de resistentes en el centro de Jutlandia junto con dos compañeros del instituto. Eran tan temerarios como solo pueden serlo los muy jóvenes, protegidos por el convencimiento de su propia inmortalidad. Robaban pistolas, granadas de mano y explosivos a los alemanes; bloqueaban las vías del tren con gruesos troncos de roble que cortaban en los bosques entre las ciudades de Vejle y Horsens; no tenían ni idea del destino de los transportes por ferrocarril que hacían descarrilar, ni de su contenido, pero acechaban en la maleza y gritaban de excitación cuando las vías explotaban y los vagones de mercancías volcaban.

Y el Diablo se apoderaba de ellos. Hacían saltar por los aires casi todo lo que encontraban en su camino: coches aparcados, almacenes de ropa interior militar, fábricas, depósitos de munición y panaderías que vendían pan a los colaboracionistas daneses. Y la actitud temeraria e

imprevisible de Carl hizo que, con el paso de los meses, el resto de los resistentes de la zona se pusieran nerviosos, así que cuando la política de colaboración con los alemanes fracasó en agosto de 1943, y los judíos daneses se enfrentaron a la misma Solución Final que el resto de los judíos europeos, un jefe de grupo de la sección de Jutlandia propuso a Carl y a sus dos compañeros la acción más heroica que podría pensarse: ir a Copenhague. Iban a esconder a miles de judíos y enviarlos a Suecia durante los meses siguientes, la aventura se desarrollaría en la capital del país. El Diablo había firmado un pacto con Nuestro Señor, y la cuestión es si Dinamarca habría salvado a tantos judíos y si se habría escorado hacia el lado justo de la guerra de no haber llegado Carl Malle a la ciudad. Por la misma época, Magna fue nombrada asistente en Kongslund, y cuando el 29 de septiembre de 1943 los daneses recibieron un mensaje sobre una acción alemana inminente que iba a incluir detenciones en masa y la deportación



de miles de judíos a los dos días, Magna se encaminó decidida a la ciudad junto con Gerda, que desde entonces se convirtió en su mano derecha, y algo más. Fueron en tranvía hasta una pequeña tasca cercana al muelle adonde sabían que solían acudir los miembros de la resistencia. Y allí estaba Carl sentado en un rincón, recién llegado de Jutlandia. El joven espigado de Horsens explicó el problema a Magna: a los judíos había que encontrarlos, esconderlos y sacarlos del país —en ese orden—, y hacían falta escondites seguros mientras la resistencia organizaba las rutas de huida a Suecia.

Aquella noche Carl y Magna durmieron en el pisito que ocupaba ella dentro del hogar; después inspeccionaron el desván tras acceder a él por una trampilla que había en un rincón del dormitorio: estaba totalmente vacío, aparte de algunas cajas con juguetes desechados. El espacio del desván era un escondite perfecto.

Luego bajaron al dormitorio y volvieron a

hacer el amor. Él tenía diecisiete años y ella veintitrés. No hubo ninguna duda de que eran las manos y la voluntad de Carl las que decidían el ritmo, el compás y el momento del orgasmo; ella echó la cabeza atrás y gritó con voz aguda, confiando en que las alumnas dormidas en el anexo de la sala pensarán que se trataba de un bebé desesperado en alguna parte de la enorme casa.

Carl fue su primer y último hombre.

Él fumaba sentado, como si pudiera leerle los pensamientos. Cosa que, sin duda, podía.

—Martha, hubo una vez en que no teníamos miedo. Claro que ha pasado mucho tiempo desde entonces.

—Sí. Los cinco años malditos...

Se estaba refiriendo claramente a él.

Los judíos llegaban a Kongslund en grupos pequeños al caer la noche. Hombres, mujeres y niños con bolsas y maletas, no más de las que pudiera llevar cada cual cuando tomaran el último tramo peligroso para cruzar el estrecho. Carl

Malle y sus compañeros de la resistencia habían adulado, amenazado y comprado voluntades para lograr tantas embarcaciones en condiciones de navegar como fuera posible.

—Basta con que floten —decía Carl, irguiéndose ante los pescadores nerviosos, que no se atrevían a otra cosa más que a ceder. No hubo un casco ni una vieja carraca que no lograra hacer navegar durante aquellos meses, y Carl solía estar en la sala que daba al jardín de Kongslund cuando los judíos iban a partir.

—Llevad en la mano derecha lo más prescindible, para soltarlo si tenéis que correr — los instruía—. Si tenéis que nadar, ¡no hay sitio para el equipaje!

Magna recordaba que Carl reía en voz alta cada vez que lo decía, y que los refugiados lo miraban con miedo, como si no estuvieran seguros de dónde estaba el mayor peligro.

A medida que pasaban las semanas disminuyó el nerviosismo de las señoritas, porque nadie

parecía haberse interesado por el hogar infantil, tal vez porque miles de judíos se escondieron a lo largo de la costa este de Dinamarca. Pero una noche ocurrió. Dos coches negros de la Policía secreta alemana, la Gestapo, se desviaron de la carretera, enfilaron hacia el hogar y se detuvieron en la entrada. En los vehículos iban siete soldados alemanes y un oficial, y no parecía haber ninguna escapatoria.

Pero en la escalinata de entrada los alemanes fueron recibidos por Gerda Jensen, la mujer que pintó los elefantes azules de la Sala de Recién Nacidos, y se detuvieron por instinto. Llevaba un chal de ganchillo verde sobre los hombros, y era tan menuda que la casa tras ella parecía enorme. El comandante alemán le mostró la orden para inspeccionar a fondo el hogar, y Gerda hizo la misma reverencia que Susanne Ingemann había empleado con los reporteros.

—Por favor, no molesten a los niños —les dijo en alemán con una voz tan dulce que el oficial bajó

al punto la mirada, como si lo hubieran pillado en falta. Lo más interesante es que no tenía más que haber preguntado por lo que deseaba saber, pues Gerda Jensen nunca supo mentir, ni una sola vez. Tampoco a un oficial alemán. Pero el comandante, por supuesto, no tenía ni remota idea de eso. De hecho, los soldados alemanes no fueron más allá de la planta baja, donde estuvieron sin saber qué hacer, con sus abrigo largos y botas entre las camas de la estancia que luego se llamaría Sala de los Elefantes.

Gerda avanzó hacia el comandante. Solo le llegaba al pecho.

—Estos niños son muy frágiles —dijo en danés—. No tienen a nadie en el mundo.

Alzó la vista al rostro del alemán y fijó en él la mirada que reflejaba las tormentas y el oleaje de siglos en la costa del oeste de Jutlandia.

—Y nunca van a conocer a sus padres.

Los ocho hombres parecían sentirse muy incómodos entre las ocho camitas; flotaba en el

aire una inseguridad que ninguno de ellos pudo explicar después, casi como la presencia de un peligro, aunque era absurdo. Aquella mujer frágil no podía amenazar a nadie.

—*Fräulein...* —dijo el comandante, evitando con esmero mirar los bultos dormidos bajo los pequeños edredones—, *danke schön*.

Después giró sobre los tacones de las botas y pidió que los acompañara hasta la puerta. Se fueron por el sendero de gravilla y desaparecieron menos de diez minutos después de haber llegado.

Poco después se produjo la Liberación, y los alemanes se rindieron sin luchar y partieron del barrio de Strandvejen, pasando por Skodsborg, Kongslund, atravesando Copenhague y bajando por Selandia hacia su país destrozado. Durante los últimos meses de guerra, Carl estuvo muy activo liquidando a chivatos daneses, una acción indeseable pero necesaria, que se decía que marcó de por vida a los miembros de la resistencia elegidos para ello.

¿Lo habría marcado a él? Magna creía que no.

—Knud Tåsing va a empezar pronto a centrarse en los cinco chicos que había en la Sala de los Elefantes en 1961 —hizo saber Carl Malle a Magna—. Tampoco es un imbécil.

Ella calló.

—Si se dan cuenta de la relación, aunque es poco probable... —dijo, y golpeó con la cucharilla de plata el borde del azucarero—, van a preguntar por el padre...

Pronunció «padre» casi como «padere», como si tuviera tres sílabas.

—Van a preguntar por el padre, y exigirán saber dónde está hoy.

—Y, claro, yo responderé que muchas veces no tenemos ni idea de quién es el padre, lo que es cierto.

Había recuperado parte de su confianza en sí misma. A diferencia de Gerda, ella era capaz de mentir en cualquier momento si era necesario.

—Pero ¿por qué tanto secreto? ¿Por qué ese

extraño formulario..., como si se hubiera tratado de borrar las huellas? ¿Qué vas a responder si te preguntan eso?

—Que no me acuerdo. Ha habido tantos niños... Ha habido miles de contactos. No pueden obligarme, Carl. No son unos bárbaros, ¿verdad?

Una vez más, la palabra más importante de la frase parecía dirigida a él.

No hizo caso de la ofensa. Las vidas de los dos estaban trenzadas con hilos que nadie podía aflojar. Apartó la chaqueta del recorte de periódico, y Magna supo lo que iba a venir.

—Creo que puede haberlo enviado Marie —aventuró Carl Malle.

Magna no reaccionó.

—La solía ver en Søborg, de niña, cuando se escondía y acechaba a Orla y Severin. Joder, no era normal, y ha tenido acceso... a cosas...

La última palabra era extraña y a la vez ambigua.

La directora jubilada se calló. Era un terreno



muy peligroso.

—Siempre ha sido rara. No es de extrañar que no pudieras encontrar un hogar para ella.

—Lo encontré. El mejor. —Lo dijo con un tono más sarcástico que nunca.

Carl se levantó, y la cucharilla cayó al suelo con un tintineo.

—Si al menos supiéramos por qué ha sucedido justo ahora...

Magna alzó la mirada hacia él.

—Sí. Pero cualquiera puede haber encontrado ese impreso, haberlo guardado y haberse oído algo de lo que pasó. Alguien de visita..., alguna antigua puericultora...

—El mayor temor de nuestro amigo común es, naturalmente, que haya sido el propio chico —la interrumpió el jefe de seguridad—. Puede que haya encontrado el formulario en casa de sus padres adoptivos, y ahora trate de averiguar qué significa.

La piel de Magna tenía el mismo color que la

ceniza del purito que estaba sobre el cenicero de cristal ante ella. Calló, una vez más.

—¿Borraste todas las huellas? —preguntó él.

—Sí, claro que sí.

—Es culpa tuya... y de él... que estemos metidos en este atolladero.

Era una palabra bastante pasada de moda. Pero tenía razón. Carl Malle solo había sido el instrumento.

—¿Y qué ocurre si Peter, la gran estrella televisiva nacional, aparece mezclado? ¿Él y su cadena de televisión? Podría ocurrir perfectamente, ¿no? —No era una pregunta—. Puede que también él haya recibido una carta parecida.

Magna no necesitó contestar al espantoso presagio. Tendrían que cerrar el agujero al pasado, sin tener en cuenta quién lo había atravesado ya, antes de que fuera demasiado tarde.

—¿Orla es de verdad hijo de la mujer con quien se crio en Søborg?

La pregunta llegó de sopetón.

Ella respondió sin dudar.

—Quizá deberías saberlo mejor tú.

Carl se había descubierto.

—¿No lo seguiste más de cerca que a los demás?

—Una madre soltera sería el pretexto perfecto, ¿verdad, Magna?

Esta calló por tercera vez.

—Tuvo una infancia terrible de verdad. Interesante, pero también terrible. Tanta violencia... Casi como si lo hubiera heredado. Matar a un hombre, además siendo tan joven...

Magna no podía competir con él. Pero tampoco podía dejar la acusación sin respuesta.

—No lo mató él. Hablé con el psicólogo...

Se calló. Malle no tenía por qué saber más.

—El psicólogo tenía un susto de muerte, querida Magna. Tienes que saberlo. Yo mismo hablé con Orla después..., después del suceso... Y fue bastante horrible. No era normal. Ya lo sabes.

—Nunca quedó probado.

—No, y ¿por qué crees que fue? Porque yo..., porque nosotros... lo protegimos.

—¿A cuántos hombres has matado, Carl?

Era la primera vez que lo llamaba por su nombre de pila. El odio les daba una intimidad compartida.

—Sí, he matado a gente, Martha, pero fue en la guerra. Orla no estaba en la guerra —aseguró—. Un retrasado en un pantano de Søborg no es un enemigo al que tienes que matar. Y desde luego no de aquella manera.

Un largo silencio se adueñó de la sala.

—No entiendo cómo ha podido ponerse en marcha todo esto —dijo él al fin, como si planteando la pregunta de otra manera fuera a obtener respuesta.

Luego se fue, y la puerta de la entrada se cerró de un golpe.

Ninguno de los dos se había despedido.

Magna encendió otro purito y se quedó

mirando el humo azul. En sus sueños la enterrarían con aquellas miradas dirigidas hacia ella: las de niños dispuestos en filas, unos mil en cada una. Ya sabía que era demasiado tarde para escapar. Las Tinieblas se habían abierto, literalmente, bajo sus pies.

Los pequeños elefantes azules se balancearían sobre la fina tela de araña, y ella no vería que se rompía hasta que cayera hacia abajo, hacia abajo, hacia abajo. La tela de araña que debía aguantar todo iba a abrirse, y las Tinieblas bajo ella serían su tumba.

Ya podía ir haciéndose a la idea. Ninguna canción dura una eternidad, pese a lo que había inculcado a los niños.

Pero no debía suceder ahora.

**O**rla Berntsen se volvió hacia su ministro y vio por primera vez que los rasgos de piel lisa, casi

femeninos, adoptaban el carácter bronco que siempre se ocultaba tras ellos.

La conmoción por las revelaciones de los últimos días fue tan violenta como el abrazo inesperado de un desconocido, lo que provocó que entre ellos hubiera una extraña vergüenza. Era el miedo, que había llegado al Ministerio Nacional —con el correo, por así decir—, donde se metió bajo la piel de aquel hombre poderoso y cambió sus rasgos faciales, incluso su personalidad.

El miedo del otro hombre desató en Orla una furia que le costaba ocultar, aunque entendía bien todas las consideraciones que habían revisado con el Curandero en los minutos previos. Si un escándalo como el que señalaba *Fri Weekend*, sobre hijos de hombres poderosos que eran entregados en adopción de forma ilegal, sacudía Kongslund, el ministerio iba a ser objeto de una oleada de satánica persecución por parte de la prensa, que seguía considerando la lapidación pública el entretenimiento preferido de los

daneses.

¿Por qué llevaba años el Gobierno subvencionado Kongslund? ¿Existía alguna relación? Y, en caso contrario, ¿cómo era posible que el protector del hogar durante tantos años, el ministro nacional Ole Almind-Enevold, hubiera pasado por alto tal engaño?

Y, por cierto, ¿cuánto dinero del contribuyente se había invertido en la empresa a lo largo de los años?

¿No fue precisamente el relato sobre Kongslund y los niños más vulnerables del país lo que hizo que el Gobierno ganara las elecciones en 2005?

Seguido de la pregunta que Knud Tåsing nunca deseaba formular: «¿Qué opinión le merece al partido que el hogar archifamoso, que de puertas afuera protegía a los más débiles y vulnerables de la sociedad, apoyara en el mayor de los secretos solo a los fuertes y poderosos?».

La simbología sería inevitable. Derribaría al

segundo hombre más poderoso del país en el último escalón hacia el salón del trono, donde el jefe de Gobierno estaba encorvado sobre su testamento político y consumía sus últimas fuerzas en un pañuelo con el bonito monograma del partido bordado en rojo vivo.

Jamás sería su sucesor.

El jefe de Gabinete miró a su superior, como llevaba haciendo más de veinte años, desde su primer encuentro en la Facultad de Derecho. Ya entonces, los compañeros de estudios de Orla pensaban que formaban una extraña pareja: el estudiante taciturno y el maestro, de más edad, que había sido ministro de Justicia en un Gobierno achacoso que acababa de dimitir. A Orla le traía sin cuidado. Se había reconocido en el hombre mayor, y no dudó un segundo cuando pagó el precio de acceder a la Administración del Estado con la única amistad que había tenido nunca. Dos abogados jóvenes que soñaban con un bufete compartido, pero cuyos caminos se separaron.



Søren Severin Nielsen, casi como protesta, siguió el camino que no podía evitar cruzarse con los funcionarios del poder estatal tarde o temprano, como abogado de solicitantes de asilo, y en los años siguientes defendió a los extranjeros que afluían, cada vez en mayor número y de piel más oscura, con una obstinación que le ganó la consideración de primer abogado de refugiados del país. Un idealista algo andrajoso que daba voz a cualquiera que fuera capaz de contar una historia de miedo, tortura y persecución. Orla Berntsen siguió su propia carrera brillante, cada vez más arriba, por el Ministerio de Justicia, el Ministerio de Interior y el Ministerio Nacional, donde organizó un fuerte bastión en la legislación danesa que debía mantener fuera del país a falsos refugiados, aventureros e impostores. El último caso, la decisión de expulsar a un chico tamil de solo once años, marcó otro hito en aquella barrera. El año siguiente solo tendrían diez años cuando los llevaran a las puertas de embarque del

aeropuerto.

—Existe una razón para que te haya llamado.

La voz del ministro apenas se oyó en el despacho de altas paredes.

Allí también olía a sudor y desodorante, el perfume del Gobierno. Orla Berntsen hizo crujir los dedos tras la espalda sin decir nada, sintió un hormigueo en el dorso de las manos; su recién descubierta rabia hacia el hombre tras el escritorio le pinchaba la piel como agujas.

—Si se trata del intento de Nielsen de hacer que la prensa se interese en el tema para evitar la expulsión del chico tamil, el Cur..., el jefe de Relaciones Públicas ya les ha mencionado tantos artículos que fundamentan la decisión que sus cabezas zumban cuando...

Lo interrumpió un desganado movimiento de mano, y calló. Quería haber dicho: «Cuando el avión despegue de Kastrup».

Al ministro nacional no le interesaban los niños tameses. Habló en voz baja desde su palidez.

—Carl Malle ha estado en casa de Magna. No ha podido sacarle nada.

Orla Berntsen calló.

—Por supuesto que la acusación contra Kongslund carece de fundamento, espero que lo entiendas. —Las palabras sonaron extrañas, anticuadas.

Aunque no se suponía que era una pregunta, Orla respondió, con el mismo tono bajo de voz:

—Sí.

—¿Sabes algo?

Era el eco de las voces que siempre había oído de chico. ¿Sabes algo?

Respondió como siempre.

—No. Nada.

La verdad es que nunca había sabido nada. Su madre solía sentarse en la butaca azul en la que antes se sentaba el padre de ella, y nunca le habló del pasado que tenían a sus espaldas. Del padre de él, desaparecido. Cuando llevaba callada el tiempo suficiente, Orla huía al pantano y se

sentaba en cuclillas a la orilla del arroyo, donde una noche de verano venció al mayor enemigo que había tenido nunca, y arrojó su ojo maligno entre los nenúfares. En sus visiones seguía sobre una hoja de romaza, rodeado de mucosidad verde, como un accesorio de la revista de terror *Espanto*, mirándolo. No se arrepentía. Era aquel ojo el que, con una sola mirada mortífera, convirtió a su padre en piedra, así se lo imaginaba, pero que en el agua se vio despojado de su poder (la observación habría interesado sin duda a los barbudos confesores de Kongslund, los psicólogos).

—Bueno, eso era todo —concluyó el ministro, interrumpiendo sus extrañas visiones. Las escasas palabras desfilaron, rígidas como soldaditos de plomo, por la tierra de nadie que se extendía entre los dos hombres.

El jefe de Gabinete del Ministerio Nacional salió del despacho.

El comisario de policía se jubiló de su puesto en el Departamento de Homicidios de la Jefatura de Policía de Copenhague el mismo día que Dinamarca entró en Irak para apoyar a los norteamericanos, que querían vengarse por el atentado de 2001 contra las Torres Gemelas. Fue el 20 de marzo de 2003, gracias a que tenía para amortizar justo ocho meses, una semana y cuatro días. La primera semana transcurrió siguiendo en la CNN y en las principales cadenas danesas la huida del déspota Sadam Husein de las tropas que avanzaban.

Pasados más de cinco años, seguía allí, en su sillón preferido para ver la televisión, siguiendo Channel DK, que era su canal danés preferido, con su inequívoca defensa de la ley y el orden y una Policía fuerte. No había dejado muchos casos sin resolver, pero los pocos que habían archivado se

los llevó para la jubilación. Pensaba en ellos casi a diario.

Su esposa había dicho muchas veces a la única hija que tenían que su padre estaba obsesionado. Él asentía con la cabeza y le daba la razón.

Obsesionado por pautas aún sin descubrir ni explicar.

Leyó su periódico el 7 de mayo, y con creciente interés se concentró en el caso de los anónimos enviados tanto al Ministerio Nacional como a *Fri Weekend*. Algo del comentario del periódico lo inquietó enseguida.

Volvió a leer el artículo y observó otra vez la foto que había elegido el periódico para ilustrar su reportaje. Arrugó la frente sobre sus cejas ya blancas y examinó la enorme villa de la fotografía, las altas ventanas, las paredes cubiertas de hiedra y las torres señoriales, el tejado negro con nada menos que siete chimeneas, y de repente entornó los ojos.

De pronto quedó claro qué lo había alarmado,

y justo a la vez se dio cuenta de que había cometido un error imperdonable en su trabajo como luchador por la justicia aquella vez, en septiembre de 2001, cuando encontraron una mujer de mediana edad muerta en la playa de Bellevue una mañana temprano. Una vez más, inspeccionó en su mirada interior el cadáver en la bruma de la mañana, junto a la orilla, y observó por enésima vez los «accesorios», como nunca había dejado de llamarlos, incluso después de que los expertos del FBI en asesinatos en serie le asegurasen que en el hallazgo no había ningún patrón que indicara peligro.

Como siempre, percibió, con la misma intensidad que el primer día, la presencia ominosa de un adversario invisible.

Y, una vez más, tuvo la preocupante sensación de que algo raro había ocurrido, pese a que el caso se archivó como si hubiera sido una muerte fortuita.

El ojo. El libro. La rama. La cuerda. El pájaro.

¿Había tal vez otros elementos que había pasado por alto?

Cerró los ojos y volvió a verlo todo.

El pajarito amarillo estaba con el cuello roto, tenía arena blanca en los ojos y el pico entreabierto.

Aquella imagen era lo peor. Nunca entendió cómo pudo ocurrir.

Pero había otro accesorio del que no habían dado ninguna información, y fue el que reconoció en cuanto abrió el periódico. La fotografía.

La muerta no llevaba documentación personal encima, pero encontraron una vieja fotografía, que la Policía danesa pensó que vendría de Oceanía, al igual que su ropa, según el peritaje del FBI.

Por eso nunca trataron de hacer pública la foto en Dinamarca, y apenas lograron un sitio en la prensa durante los días febriles que siguieron al atentado terrorista contra las Torres Gemelas. Era la razón de que nadie hubiera visto la misteriosa casa con las siete chimeneas: la misma casa que se



reproducía en *Fri Weekend*.

En su lugar, la enviaron a las Policías australiana y neozelandesa junto con una imagen de la muerta, sin grandes esperanzas de que nadie fuera a reconocer la exótica villa, cosa que tampoco ocurrió. Por supuesto que no. Porque había cometido un error decisivo.

El motivo de la foto se encontraba unos cientos de metros más arriba en la costa de Øresund. Para el comisario no cabía ninguna duda: la casa de la imagen —el único accesorio personal de la mujer muerta— era Villa Kongslund, que ahora se materializaba en el misterioso caso del chico entregado en adopción, que la prensa sostenía que podría ser la parte visible de un secreto profundo y tenebroso en el alma de la nación.

«Un niño de una mujer desconocida. Un secreto profundo».

De pronto lo asaltó una duda. ¿Tal vez era una interpretación exagerada? Pero su sentido del deber prevaleció, como siempre. Se lo comentó a

su esposa, que lo miró asustada —prefería que su marido se quedara en el sillón viendo la tele—, no hizo caso de sus protestas y telefoneó a la Jefatura de Policía.

En menos de dos minutos puso a su sucesor al corriente de su sospecha de una posible relación entre los dos misteriosos hechos, y su sucesor lo dejó hablar —probablemente por educación y respeto por su contribución al Estado durante años—, hasta que dijo:

—Ese caso, el del anónimo, ya no lo lleva la Policía. El ministerio ha pedido a Carl Malle que se encargue de la investigación.

Ninguno de los dos necesitaba decir más. El jefe de Homicidios jubilado colgó.

No quería por nada del mundo acercarse a aquel hombre que todos en Jefatura temieron hasta el día en que dejó la Policía para establecerse como experto en seguridad. Sus contactos con altos funcionarios y políticos del Gobierno lo convirtieron en dueño y señor de Jefatura durante

dos décadas. Todos conocían su poder, y callaban en su presencia. Donde imperaba Carl Malle, imperaba el miedo. Ni el comisario ni su esposa, que nunca se había obsesionado por otra cosa más que su hija y las flores del jardín, querían resucitarlo.

El enigma de la mujer tendría que seguir en la playa.

## MAGDALENE

*7 de mayo de 2008*

*Naturalmente, Carl Malle tuvo que visitar a Magna, su antigua aliada. No me cabía la menor duda de que ocurriría.*

*Pero, incluso si hubieran hablado durante toda la noche, no habrían sabido qué hacer. No podían detener el proceso que había puesto en marcha el envío de los anónimos.*

*Si alguien conocía el nombre John Bjergstrand se dirigiría al periódico, y luego a los canales de televisión, que estaba segura de que volverían a ocuparse del asunto; había adquirido ya matices de sexo prohibido y*

*singular engaño; los daneses eran gente que disfrutaba chismorreando, y el país, como Knud Tåsing ya había escrito en su periódico, no era muy grande. Si algo o alguien sobresaliera, se notaría.*

*Los primeros días todo indicaba que iba a tener razón.*

El Destino lo quiso así, como tiene por costumbre, y tal vez fuera, como ya he dejado entrever, mi amor por Magdalene lo que echó la bola a rodar.

Solo tenía ocho años cuando ella murió, y pasé ocho días llorando; solo nos conocimos durante dos años, y eso es demasiado poco cuando eres pequeña. Había entre nosotras setenta y dos años de diferencia, y ella desapareció para mí —del mundo físico— la noche en que la humanidad por primera vez visitó otro cuerpo celeste; era algo

singular. Yo siempre había tenido la sensación de que los dos hechos debían de estar relacionados, sin haber sido capaz de explicar el cómo.

Estaba sentada en el regazo de mi madre de acogida en la iglesia de Søllerød cuando cantamos para la difunta, y creo que el pastor se dio cuenta de que aquella ceremonia era algo especial. Se oían en el recinto de la iglesia pisadas y resoplidos, como cuando enormes elefantes atraviesan la maleza junto al recodo del río; una atmósfera que solo las mujeres fuertes pueden crear, sabiendo que dejan huellas profundas allí por donde pasan. La impresionante señora Krantz, de Asistencia a la Maternidad, estaba allí, todas las puericultoras y asistentes estaban allí, y el último psicólogo contratado estaba allí; Magna, mi madre de acogida, estaba allí, tan grande y enérgica que los versos del salmo número 15 de Brorson salían por su nariz en forma de grandes aeronaves compactas volando sobre el altar, donde chocaban con la gruesa pared encalada y

producían ecos, como si Jesús estuviera allí, en la Nada, golpeando la aguja de la iglesia con su bastón divino, que era capaz hasta de hacer caminar a los ciegos.

«Qué podemos decir cuando vemos cómo centellean las estrellas», decía el salmo, y en aquella compañía no era una pregunta, no para aquel desfile de estrellas compuesto de Buenas Mujeres.

Pensé en Magdalene y en su temor, no a la Muerte, sino a todo lo que iba a suceder. Por supuesto que había diseñado un plan para su paso al Imperio de las Sombras. «Seguro que no han hecho rampas para las sillas de ruedas», dijo resoplando —era un par de días antes del alunizaje—, y luego soltó un gritito y cayó de lado sobre el brazo de la silla, como alcanzada por un espasmo del Infierno.

En su último año, estaba cada vez más segura de que su cuerpo deforme no iba a poder entrar en un ataúd normal, y por eso tomó medidas para, con

su cuidado característico, impedir algo tan embarazoso. Sus últimas voluntades estaban en un folio suelto que dobló por la mitad y dejó en el aparador de madera de olmo que había en la sala de la villa blanca de lo alto de la colina.

«Cuando muera, deseo que me entierren bajo la Gran Haya, junto a mis padres. Pero antes no me metáis en un ataúd, porque sería embarazoso para todos, más que nada para quien escribe estas líneas. Si mi cuerpo eternamente retorcido tiene que apretujarse en uno de esos chismes tan estrechos que venden en la funeraria, prefiero que me incineren».

Y, por si acaso, añadió:

«La gente no tiene que sentirse incómoda por mí también tras mi muerte. No deben correr historias sobre cómo tuvieron que doblar y pegar mis brazos al cuerpo y retorcer mis rodillas hasta dislocarlas para resolver el problema».

Magdalene siempre pensando en los demás.

«Supongo que podrán meterme en el horno tal



cual; de todas formas sería una pena, además de caro, quemar un buen ataúd espacioso —escribió, y añadió siete palabras más, subrayadas—: Pueden dejar la silla de ruedas fuera». Siempre había sido asombrosamente práctica, y no hay que olvidar que para escribir aquellas instrucciones sobre qué hacer con sus restos necesitaría todo un mes. En un cajón del aparador estaban sus diarios y el catalejo que perteneció a Federico VII, el primer benefactor de Villa Kongslund.

Magna, que como directora de un hogar infantil tenía por lo menos tanto sentido práctico como la difunta, recibió de manos de la funeraria la silla de ruedas después de la cremación, ya que algún niño de Kongslund podría necesitar en cualquier momento la ayuda de una silla de ruedas. La encontré en la cabaña de los aperos, donde parecía un monstruo oscuro y encorvado con su asiento de cuero gastado, y la subí a mi habitación. Cada vez que la añoranza por mi amiga muerta se hacía demasiado grande, me sentaba en ella; pero, cosa

extraña, mi añoranza aumentaba con los años, casi cada día que pasaba sentada en ella. Al final estaba más tiempo sentada en aquel monstruo hundido que en mi silla de caoba, obra de la mano maestra del viejo ebanista Thomas Chippendale, y a la gente yo debía de parecerle cada vez más rara. Creo que los niños solitarios desarrollan una habilidad para hacerse invisibles en casi todas las ocasiones y lugares, y en los años que siguieron a la muerte de Magdalene me fui haciendo cada vez más taciturna, y casi imposible de divisar para la mirada de los adultos. Es un poder que para los niños que tienen esa habilidad es fácil de invocar, y casi recuerda a un espejismo. Vas y vienes a tu antojo. Para muchos adultos, los niños así, medio invisibles, son muy inquietantes, porque tienen la puerta de entrada a un mundo que ellos no se atreven a visitar. Y conmigo era todavía peor, porque nadie sabía de dónde venía ni adónde iba. En estado visible podía entrar de pronto en una estancia donde distinguidos invitados conversaban

con la directora de Kongslund, y aun así en un segundo acaparaba toda la atención. Allí estaba yo sobre la alfombra de lana, con mi metro cincuenta, como un palo torcido en un montón de tierra, con mi característica aura sombría, y creo saber qué es lo que temían cuando veían a una niña pequeña así.

O, al menos, lo que inconscientemente creían que habían visto.

Magna solía reír en voz alta para rebajar la tensión del ambiente.

—En este lugar nos encontramos en la peculiar situación de que desconocemos ambos extremos de nuestra vida —solía decir para explicar la presencia de la extraña niña en el hueco de la puerta. Ella, que podía seguir a sus antepasados hasta donde alcanzaba la vista, por lo menos durante tres siglos y ocho generaciones, y que durante toda su vida fue la directora más conocida y celebrada de toda Dinamarca, no entendía la primera añoranza fundamental del niño solitario.

Lo que sucedió tras el alunizaje y el entierro

de Magdalene fue, por tanto, del todo natural. Nunca lo he considerado ni un milagro ni un prodigio, tampoco una señal ni de Dios ni del Diablo, que tenían prohibido el acceso a aquel lugar: mi amiga del alma despertó a la vida, como si nunca hubiera desaparecido. Entró en mi vida con donaire, como si nunca hubiera tenido un defecto.

Supongo que, tras la primera liberación feliz de su cuerpo terrenal, gozaría de un merecido descanso en su Reino de los Cielos; hasta que un buen día se pusiera a pensar en la alegría de hablar con su álter ego, la niña abandonada Marie, de Kongslund.

«**N**o pienses en mí, Marie. Estoy con el rey que hizo construir tu hogar, y bailamos bajo las hayas celestes que hay al oeste de la galaxia Andrómeda. ¡No existe en el Universo lugar más hermoso!».

Andrómeda. Lloré. Y es que me alegraba enormemente por ella.

Al principio se limitaba a escuchar mis penas, grandes y pequeñas y, como siempre, me aconsejaba evitar a los niños de la zona, que se reían de mí por mi hombro torcido y me llamaban esquimal por lo retorcido de mi rostro bajo el pelo erizado oscuro (aunque se había aclarado con los años).

«Porque no saben lo que hacen», susurró mi amiga del alma, conciliadora, desde el Más Allá, con un deje de una nueva sabiduría que yo, a mis nueve años, envidiaba. «Despégate de ellos y olvídalos, desaparece en tu interior», añadía con un deje de la jerga que se hablaba donde estaba ahora.

Era un consejo antiquísimo, y para mí un alivio que nadie puede imaginarse.

Pronto empezó a acompañarme a todas partes, mientras yo trotaba tirando de la cadena del viejo elefante, y estoy segura de que me guiaba a los

lugares que hacía tiempo había decidido que yo debía visitar.

Y, claro, pasó lo que tenía que pasar, lo que ambas decidimos. Un día que entré en la sala de mi madre de acogida y una vez más dejé sin palabras a los invitados hasta que, vacilantes, callaron y miraron al suelo, vi sorprendida que había en uno de los elegantes canapés de anticuario de Magna un chico que empleaba la misma técnica que yo. Tras examinarnos mutuamente un rato —aunque sin mirarnos a los ojos, claro—, fue como si la estancia quedara sin aire, y varios de los adultos sufrieron fuertes accesos de tos. Magna rompió el hechizo con gran esfuerzo y me miró a los ojos.

—Te presento a Orla —dijo, señalando al pequeño tapón, que tenía grandes pecas marrones en la nariz—. Antes vivía aquí, en Kongslund, contigo. Estuvisteis juntos en la Sala de los Elefantes.

Y soltó aquella carcajada que sonaba como un

trueno que retumba en pleno verano. El chico ni pestañeó. Sin duda, era uno de los nuestros.

Justo entonces supe que él sentía exactamente lo mismo que yo, y que ambos usábamos el silencio como protección cuando estábamos entre adultos en lugares expuestos. No obstante, leímos con nitidez los pensamientos del otro, como si los gritáramos a pleno pulmón, y asumíamos para la ocasión la frase que aprendían todos los niños acogidos en Kongslund: «¡Dios mío! ¡No nos abandones aquí! ¡Por el amor de Dios!».

Cuando a los pocos días cumplí diez años, Magdalene me recordó con discreción sus diarios, que yo había escondido en el cajón superior de mi secreter, en el doble fondo, porque ya era lo bastante mayor para leerlos a fondo y en orden. Ya iba siendo hora de que me hiciera una idea del mundo del que formaba parte.

Magdalene llegó a observar treinta y cuatro añadas de niños en Kongslund desde la casa de la colina, y, mientras yo leía, se sentaba en la silla de

ruedas vacía junto a la ventana y respondía todas mis preguntas.

En sus palabras yo me veía, por primera vez, frente a la empinada entrada del pasado a mi pequeño escondite.

«Marie ha vuelto a jugar en la playa, y la señorita Ladegaard la ha reñido. Parece desobediente y obstinada. Creo que se me parece», escribió en un cuaderno que cubría los años 1961-1964, el primer tramo de mi existencia.

Pasé un par de hojas hacia atrás.

«¡Qué inocentes son! Es el día de la Constitución, y en el césped hay un desfile de banderas. Marie está junto a Putte y Jønne. La señorita Jensen la tiene asida de la mano».

Y el año anterior encuentro una poco habitual nota de otoño, de noviembre de 1963.

«Han asesinado al presidente Kennedy. Oh, poder ser niño y no saber nada sobre tiempos tan agitados».

Al final retrocedí hasta la fecha que era



fundamental en mi propia historia y en la de Kongslund: el 13 de mayo de 1961. Magdalene había escrito:

«En la vida puede ocurrir que veas algo que no entiendes, y no tengas a nadie con quien compartirlo».

Se percibía en aquellas escasas palabras que había presenciado algo fuera de lo común, y así las interpreté yo también:

«Me había despertado temprano, y oí pasos en la hierba. Estaba junto a la ventana y vi lo que sucedió».

Estaba relatando la llegada del bebé abandonado. Era sin duda la única testigo viva.

«No me avergüenza reconocer que seguí la escena con el catalejo del rey; ojalá algunas veces no fuera tan curiosa. Era una mensajera, no una madre, me di cuenta enseguida. Dejó sin más al bebé en los escalones; no hubo ninguna despedida, ninguna pena».

Describía a la mujer del capazo y su carrera de

vuelta cuesta arriba, y describía a la puericultora corta de luces —Agnes—, que salió al rato y dio la alarma. Contaba cómo llegó Magna corriendo y alzó el capazo hacia sí antes de desaparecer en la enorme villa, y unas semanas más tarde terminaba con la simple observación que reflejaba mis primeras semanas en Kongslund:

«Hay niños que nacen en tinieblas sin que nadie los desee».

En aquel momento oí su voz, tan nítida como si estuviera en la silla de ruedas, colgada torcida del brazo, como acostumbraba:

«¡Pues claro que debes saber qué ha sido de ellos!».

Reía, asiéndome de las manos.

Por aquel entonces llevaba algo más de un año muerta.

«Claro que debes encontrar a los niños que se han ido de Kongslund. No a tus padres, pues están irremisiblemente perdidos, pero sí a los niños que se han ido y tienen sus propias familias. Claro que

debes asegurarte de que hay un hogar y una cama en sus nuevos hogares. Como aquí».

Subí a la Habitación del Rey y observé la imagen de los siete niños en la Sala de los Elefantes en las Navidades de 1961: Orla con su mirada fija y callada; Asger sonriendo hacia las estrellas; Peter, que estaba con el tamborcito debajo de la rama, su sitio favorito.

«Pues claro que sí».

Aquel día paseé mi elefante japonés de juguete por el embarcadero, y solté su oxidada cadena para que rodara hasta el agua, donde se hundió hasta el fondo y desapareció. Observé los remolinos de la corriente y al principio no noté nada. Luego vino la rabia, y me di la vuelta, dando la espalda al agua y a la lejana isla.

Por fin me había armado de valor.

**M**is fuentes para encontrar a los niños de la foto

eran, en principio, los libros de Magna con recortes de periódico y postales, además de discretas conversaciones con puericultoras y asistentes, sobre todo Gerda Jensen, que se daba cuenta de que me dirigía a un terreno peligroso (y, desde luego, prohibido), pero sin duda encontró algo de su propia fuerza en la obstinación que yo mostraba.

Un día, casualmente, Gerda desveló el lugar en el que solía esconder Magna la llave de repuesto del despacho, donde estaban todos los antiguos expedientes de Kongslund; fue una confidencia tan valiosa y asombrosa que, por instinto, bajamos la voz hasta convertirla en un susurro, y seguimos en aquel tono durante varios minutos. Es un secreto que nunca he compartido con nadie, porque los expedientes contienen incluso hoy información sobre miles de niños entregados en adopción y familias adoptivas a la que ningún extraño debe tener acceso jamás.

Me encerré con llave en el despacho. En las

estanterías que colgaban sobre el escritorio estaban los documentos, cuaderno de anillas tras cuaderno de anillas: azules para los niños daneses; verdes para los groenlandeses, que llegaron en los años sesenta y setenta; amarillos para los pequeños coreanos y de otras nacionalidades, que llegaron en los años setenta y ochenta, y marrones, casi negros, para las criaturas que vivían ahora aquí.

A mí me interesaban los azules, porque allí un alma curiosa podía encontrar tanto los nombres originales de los niños antes de que su madre renunciara a ellos, como sus nombres mientras estuvieron aquí, y para terminar Magna había apuntado el nombre que les dieron en la nueva familia. Por supuesto, la mayoría cambiaban de nombre al ser entregados en adopción, porque muchos padres adoptivos deseaban borrar el pasado, y sobre todo el recuerdo de los padres biológicos, con tanta eficacia como fuera posible. Muchos años después, los niños adoptivos de

aquella época podían tratar de encontrar sus raíces con ayuda de notas de las instituciones, pero de vez en cuando desaparecían los papeles, o si no sus padres biológicos habían desaparecido, y en esos casos la única búsqueda que podía hacerse era en los detalles que Magna había anotado con meticulosidad en los expedientes, sin atreverse a entregarlos a Asistencia a la Maternidad.

Era un auténtico cofre del tesoro, con fantásticas narraciones, que estaba en la estantería de su despacho junto a un busto cromado de *sir* Winston Churchill, una distinción por la contribución del hogar infantil a la resistencia. Cerré la puerta con llave y comencé mi larga búsqueda sistemática, guiada por el susurro apagado de Magdalene. Al principio me hablaba con el mismo ceceo que cuando estaba viva y que casi desapareció durante el primer año posterior a su entierro, sin que yo entendiera bien el porqué.

El objeto de mi búsqueda eran siete relatos; mejor dicho, seis. El mío ya lo conocía.

Trepaba a una silla y levantaba de la estantería los grandes cuadernos de anillas azules; eran muy pesados, estaban sobre mi regazo, y yo pasaba las páginas con paciencia, como saben hacerlo los niños que han aprendido a ser pacientes. Pasaba horas sentada en el elegante sofá de Magna, de madera de olmo y tapizado en seda con motivos grises, examinando mis descubrimientos. Cuando encontraba alguno de los niños que buscaba, y cuya pista podía seguirse hasta la Sala de Recién Nacidos de la Navidad de 1961, escribía su nombre en un bloc, junto con el resto de anotaciones. Luego Magdalene me ayudaba desde su Silla Celestial a interpretar la información, y cuchicheábamos animadas, pero nos callábamos en cuanto oíamos un crujido en la vieja casa. Magna andaba por allí, como si supiera que nos traíamos algo entre manos. Pero el ruido (y el aroma de fresia y de humo de purito) la delataba siempre antes de que pudiera sorprendernos.

Aquella primera parte de la búsqueda de los

niños de la Sala de los Elefantes duró más de un año, y nuestra tensión creció hasta convertirse en un gran nerviosismo. Pero la carga de trabajo de mi madre de acogida había crecido durante aquel tiempo, y esa era la única razón de que no se diera cuenta de lo que ocurría. Cuando ella tomaba el autobús de la costa para ir al local que tenía Asistencia a la Maternidad en Vesterbro, yo me encerraba en su despacho y continuaba mi investigación. Y, por suerte, eran días largos, que podían alargarse, porque en Asistencia a la Maternidad se encontraban los hombres y las mujeres más inteligentes y versados en niños para decidir sobre los numerosos casos de adopción que llegaban a sus manos. Allí se sentaba Magna en una de las cabeceras, y la directora de Asistencia a la Maternidad —la todopoderosa señora Krantz—, en la otra.

Una vez mi madre de acogida se equivocó con la fecha de una reunión; era un lunes de Pascua, y tuvo que volver desde el despacho que tenía



Asistencia a la Maternidad en Vesterbro con las manos vacías, aunque por supuesto sostuvo que el fallo debió de ser de los otros nueve miembros del consejo, que habían anotado mal la fecha en sus agendas, todos ellos. Cuando la oí subir las escaleras, tuve el tiempo justo de colocar dos cuadernos de anillas en la estantería, cerrar con llave por dentro y saltar tras la pesada silla de caoba, tapizada de azulada piel de búfalo del Congo, que era el orgullo de Magna y había pertenecido al capitán de la marina mercante Olbers.

La silla me ocultaba del todo. Pasé casi tres horas en una postura incómoda, acurrucada y en un silencio de muerte, mientras ella trabajaba en el escritorio. Para una niña acostumbrada durante años a estar tumbada y observar la oscuridad absoluta esperando a la mañana, aquello no era ninguna hazaña especial.

Mi investigación empezó a tomar cuerpo en el otoño de 1971, dos años después del entierro de

Magdalene, y se hizo cada vez más intensa a medida que pasaba el tiempo. Un día los expedientes ya no dieron más de sí, y pasé a las cartas de Magna, que estaban en el aparador junto a la ventana, cuyos cajones se abrían y cerraban en silencio y sin problema, y después empecé a examinar sus apuntes y a escuchar sus conversaciones telefónicas. La puerta estaba casi siempre abierta cuando ella estaba atareada en el despacho, y de vez en cuando caían algunas informaciones, porque Magna seguía empleando los apodosos originales de los niños cuando hablaba con las familias que los habían adoptado: Barril, Rechoncho y Marilyn —por la artista—, de Gaulle, Krushchev y Pequeño Gagarin —por el astronauta soviético—, y a uno lo llegaron a llamar Príncipe Knud, porque le costaba mucho aprender y caminaba mal, como el hermano del rey.

Algunos de los padres adoptivos que habían hablado a sus hijos de Kongslund hacían visitas

regulares, y Magna soltaba tales carcajadas que algunos creían que se acercaba una tormenta por el estrecho. Entre aquellos niños estaba Orla Berntsen. Durante más de un año tuve una transcripción precisa de su expediente en un cuaderno de anillas que escondí detrás de un fondo falso del armario de limonero de dos metros de altura que me regaló Magna y cuyo compartimento secreto jamás descubrió.

A la mañana siguiente estaba sentada en la silla de ruedas de mi vieja amiga, mirando por la ventana hacia el estrecho y la costa sueca.

«¿En qué piensas, Marie?», preguntó Magdalene desde lo alto, con la misma paciencia que cuando la tenía delante, vivita y coleando, sentada en su silla de ruedas. A veces me consolaba con historias del Rey Bueno, que siempre la había fascinado y con quien por fin se había reunido en el Más Allá.

—Lo que más deseo es saber cómo viven—le respondí, fundiéndome con ella en la imagen del

espejo, que sabía que ambas odiábamos. Éramos plenamente conscientes de nuestra fealdad compartida, y creo que el espejo percibía nuestra fuerza conjunta y que por una vez callaba.

«Sí, lo comprendo», dijo mi amiga del alma, acentuando la última palabra.

—¿Quizá pueda...?

«Pues claro que puedes, Marie. Pero has de actuar con cuidado y mantenerte a distancia. No debes darte a conocer, porque ya no se acuerdan de Kongslund, y puede que sus padres no les hayan hablado de nosotras».

—Sí, sí —dije con impaciencia—, lo comprendo. —Y se coló un pequeño acento en la palabra, para convencerla de que no iba a hacer nada precipitado.

Tres días más tarde, partí.

Era la primavera de 1972, y para entonces habían pasado casi tres años desde la muerte de Magdalene. Todas las noches, cuando el ajeteo de Kongslund remitía, solíamos hablar sobre mis

investigaciones, nuestros detallados apuntes y nuestras expectativas ante los descubrimientos que iban a producirse; por fin estaba preparada.

Me levanté por la mañana temprano y solté el catalejo que estaba sujeto a la silla de ruedas, lo deposité en una bolsa gris y tomé el autobús de la costa hasta Rådhusplads, y de allí seguí hasta Søborg Torv, donde otro autobús me dejó finalmente en mi destino.

Leí los carteles y seguí por la acera, que me llevó hasta las casas adosadas rojas. Allí miré alrededor.

Todo estaba como había imaginado a partir de la escasa información que saqué de los expedientes secretos de Magna. Se convirtió en mi paseo preferido el primer verano de mi nueva vida, y lo repetí una y otra vez sin contárselo a nadie, aparte de Magdalene, que sabía que no iba a irse de la lengua, estuviera como estuviese organizado su nuevo mundo. Ni siquiera desvelaría el secreto a su nuevo amigo en el Más

Allá, el Rey Bueno, a quien no había podido sino cortejar; por alguna razón, no me cabía duda de eso.

Orla fue el primero al que visité, porque era a quien mejor recordaba, de cuando venía de niño, con su madre. En una hoja de papel dentro de un cuaderno de anillas con apuntes médicos que había en el despacho de Magna ponía: «Otra vez enviado psicólogo a Søborg, Orla Pil Berntsen. Caso grave, urgente».

Aquello me pareció muy dramático, y azuzó mi curiosidad a más no poder.

Desde mi escondite del pantano observaba por el catalejo de Magdalene la figura encorvada de Orla y lo veía sentado en la enorme piedra por la que sentía una especie de amor; solía sentarse allí a soñar, mientras se sorbía la nariz, nervioso al pensar en todas las contrariedades que lo esperaban en su antiguo barrio y en el futuro. Los niños perciben esas cosas. Si alguien le hubiera augurado que un buen día iba a terminar en el

puesto más importante del Ministerio Nacional, nadie lo habría creído.

Por la noche volvía a casa tomando los mismos autobuses en orden inverso, y escribía los detalles y llevaba unos registros largos y detallados, como los que escribía siempre mi madre de acogida.

Mientras los demás niños jugaban a gusto en sus casas con sus mecanos relucientes, yo me las veía y me las deseaba para ajustar todos los tornillos y juntas de la realidad en la vida que espiaba. Mis cada vez más frecuentes ausencias nunca fueron detectadas, porque en aquellos años Magna llevaba su hogar infantil con una energía colosal, después de que la legislación sobre el aborto hiciera necesario adoptar niños de países cada vez más lejanos. En su mundo, yo estaba —a sus ojos— reparada del todo y era capaz de cuidar de mí misma, y para estar segura, de vez en cuando le hacía creer que iba a dar un paseo con una amiga que se llamaba Lise, pero que por supuesto

no existía (solo en una antigua canción infantil).  
Debió de aceptarlo, pese a ser absurdo, porque no me preguntó ni dónde vivía Lise.

Aquellos meses salía para conocer el mundo, que siempre pensé que existía allá fuera.

Envidiaba y temía la vida que iba a encontrar, con una intensidad de la que nadie me había advertido. Tal vez Magdalene, en su estado medio sobrenatural, no reparase en el peligro. Una vez ya pasó por alto los demonios que viven en lugares remotos, tan profundos que nadie cree que contengan nada; yo lo sabía mejor que nadie.

O tal vez se daba cuenta de que ninguna advertencia me habría detenido.



## ORLA

*1961-1974*

*Ya la primera noche después de morir, Magdalene insistió en que lo más importante para los niños, lo único que yo no debía olvidar jamás, pasara lo que pasase, era: «Si encuentras a un amigo, tienes una oportunidad; si no encuentras a nadie, te vienes abajo». Nadie lo sabía mejor que ella.*

*La historia breve y violenta de la infancia de Orla es, en mi opinión, la historia de todos los padres que, sin pensarlo, continúan los pecados de sus padres y madres, que siguen siendo la mayoría.*

*En algunos niños el miedo crece inadvertido, y los adultos, que deberían ser quienes más cerca están, no se enteran; tal vez una noche oyen un pequeño sonido tras una pared cuando debería reinar un silencio absoluto, pero no lo relacionan con algo importante, y por eso continúa el proceso destructivo sin que nadie lo detenga.*

*En mi mente le puse el nombre Orla el Solitario, porque huía del barrio de casas adosadas como si le pisara los talones un regimiento de demonios, sin que nadie hiciera nada al respecto. Y sé que algunos de los psicólogos de Kongslund le tenían pánico, sobre todo después del asesinato del Lerdo en el pantano.*

**E**scondida tras un seto de espinos, en los primeros meses de la primavera, observaba a Orla Berntsen, que mucho después se convirtió en alto

funcionario del Ministerio Nacional, y que tenía de segundo nombre Pil, como el padre que nunca conoció y que, en sentido estricto, no podía probar que existiera.

Allí estaba, a la sombra, un chaval de once años tras los garajes de un barrio de casas adosadas, con la nariz pecosa estampada en medio de un rostro con forma de pera, sobre los labios carnosos, todo ello rodeado de pelo rubio en punta siempre despeinado. Un chico bajo, fornido, que exageraba su torpeza natural para hacer el papel de payaso cuando estaba con los compañeros, y que siempre se esforzaba por practicar el arriesgado arte de la simulación, siempre riendo demasiado alto y hablando demasiado rápido, corriendo cinco metros por detrás de los chicos más populares, siempre el último de la fila cuando había que hacer equipos en el campo de fútbol del pantano. Se quedaba allí inmóvil al terminar el encuentro —nadie lo elegía, nadie lo quería—, y se reía de sí mismo; ¿qué otra cosa podía hacer?

Lo solían asustar con sus historias del famoso pedófilo del pantano, atravesaban gritando el bosque, huyendo de espíritus y demonios y lo dejaban solo en el lado malo del puente, en el pequeño prado al este del cauce del arroyo, con unas fantasías tan violentas que hacían que sus delgadas rodillas vacilasen y se sorbiera la pecosa nariz de puro terror.

Como si alguien fuera a pensar en secuestrar al pequeño Orla Pil Berntsen, hijo natural de Gurli Berntsen, madre soltera y oficinista, tolerada en el suburbio pequeño burgués, pero nada más.

Era una idea ridícula.

Su madre era respetable, no había duda, pero la gente creía que la respetabilidad le había llegado demasiado tarde, y el propio Orla era la prueba. Era hijo ilegítimo al final de la época en que los raros eran quienes no tenían una familia como es debido y en que la responsable por aquel pecado —quien por eso tendría que sufrir toda la condena— siempre era la mujer que criaba al niño

sola.

El barrio de su infancia consistía en dos calles cortas y tres bloques bajos de casas adosadas de ladrillo rojo, habitadas por oficinistas, funcionarios y maestros de escuela y, junto a los garajes, un estanquero jubilado con dos perros de agua blancos. Incluso un pianista alto y encorvado se mudó un hermoso día de primavera al número 14 con su esposa y dos hijos, e inclinaba su cuerpo estirado sobre el piano de cola negro y acariciaba las teclas con la melancolía inquieta del Copenhague suburbano, tras lo que terminaba con un tono bajo que permanecía entre las paredes mucho después de haber cerrado el instrumento. Los domingos soleados de verano los sonos del piano salían de la sala de estar, por la puerta abierta del jardín, superando setos y céspedes, de terraza en terraza, donde los padres de familia, encorvados mientras desherbaban, toleraban los ejercicios rezongando, porque al fin y al cabo aquel hombre tocaba en la radio, entre las noticias

de Vietnam y Suez y las luchas callejeras de Copenhague y París —¿verdad?—, y sus golpes sobre el piano eran tan enérgicos que se llevaban los restos de maldad por encima de los setos, dejando solo un vago tintineo en los tenedores de plata de los platos de tarta, bajo las sombrillas.

Un día ocurrió algo extraño que nadie supo explicar. Cuando la música subía en intensidad, los dos hijos del pianista siempre echaban a correr por el jardín, como guiados por una batuta invisible, y aquella tarde corrieron más deprisa aún por el largo y estrecho jardín trasero, abajo hasta la verja y arriba hasta la terraza, abajo hasta la verja y otra vez arriba, como dos notas frenéticas en una partitura desquiciada, hasta que la velocidad llegó al máximo, y de pronto hicieron algo imposible: caer en el mismo sitio, con un intervalo de segundos, y cortarse la punta de la lengua con idéntica precisión. Los llevaron en ambulancia a la sección de Urgencias del hospital de Bispebjerg, donde los médicos llevaron a cabo

dos milagros paralelos y volvieron a coser las dos puntas de lengua.

Es ese tipo de acontecimiento singular lo que hace que niños y adultos de un barrio suburbano recién construido, donde todos se medio conocen pero nadie sabe nada con seguridad, se pongan a pensar si existe, pese a todo, una instancia superior en lo alto, un destino común que vincula a la gente y guía la cadena de acontecimientos de la vida en una dirección razonable. Para Orla Berntsen, que vio llegar y volver a marchar las dos ambulancias, el episodio tuvo un significado diferente y mucho más prosaico. Al fin y al cabo, el hermano pequeño fue el primero en caer, y el hijo único Orla comprendió que el hermano mayor había conocido y aceptado su destino desde que vio a su hermano pequeño en la cuna; que lo de caer y cortarse la lengua con pocos segundos de intervalo era solo una parte ínfima de su obligación universal, una parte insignificante del amor incondicional que Orla sabía que existía,

pero en el que nunca había participado: el amor de un hermano, la fidelidad de un amigo, una amistad inquebrantable, la seguridad de estar contenido en otra persona, pase lo que pase.

Yo era sin duda la única que oía su llanto cuando volvía a casa, solo, como siempre.

Me di cuenta muy rápido de que los problemas de Orla Berntsen no tenían nada que ver con dos puntas de lengua cortadas; a diferencia de las puntas de lengua, no podían repararse con hilo de sutura y el esfuerzo resuelto de un buen médico. A veces pasaba días sin salir, y nadie sabía por qué. Luego volvía a aparecer, un poco más encorvado de lo habitual, con la tez algo más gris, y sorbiéndose la nariz, nervioso, con sus ojos castaños húmedos y la masa de pelo erizada, como si acabara de estar en una pelea. Corrían rumores de que su madre le pegaba, pero nadie podía



probarlo; además, era un asunto suyo, opinaba la gente del barrio.

Todas las tardes, cuando Gurli Berntsen volvía del trabajo, se sentaba en un sillón azul oscuro frente a la ventana que daba al oeste, donde leía *Billed Bladet* y echaba una ojeada por el universo paralelo que era la tierra de sus sueños. A distancia, yo trataba de calcular qué veía y qué anhelaba, pero nunca lo conseguí, y podría pensarse que su silencio, sentada allí en el sillón azul, era la cosa más importante que impulsaba a Orla hacia el pantano y el arroyo, donde al final sucedió la catástrofe de su vida.

Así que Gurli tal vez debería habérselo contado todo antes de que fuera demasiado tarde.

Lo de su embarazo y la vergüenza.

Lo del hombre que desapareció y el olor a mantas húmedas sin lavar y salas sin airear. Y la vista del jardín donde ella se crio, y la sensación sobre su piel del quimono rojo que perteneció a su madre, y a su abuela antes que a su madre, y con el

que cubrió su tripa tensa y brillante después de cometer su pecado irrevocable.

Lo del padre de ella, que se sentaba en el sillón de orejas mientras sus fuertes pulgares frotaban el brazo del sillón con movimientos circulares eternos, atrás y adelante, una y otra vez, desplazándose por las arrugas brillantes del tapizado, donde antes hubo terciopelo; como si fuera el último resto de una tremenda energía vital que estaba a punto de desaparecer.

En la vida de un jubilado, la Reprobación es como un regalo; no le hacía falta ni siquiera mirar a su hija, se contentaba con observar la pared desnuda sobre la cabeza de ella y callar, mientras los dedos hablaban, porque le hablaban a ella a través de estirpes y generaciones, hablaban del tapizado brillante por gastado y avisaban de que el Pecado había llegado a la vida de una mujer atolondrada, incluso el peor de los pecados...

... dar a luz un hijo sin padre.

Por aquellos años nadie podía huir de un

pecado de tal envergadura. Nadie podría olvidarlo jamás. La Reprobación estaría presente cada segundo y en cada idea del resto de su vida. Ningún amor materno o paterno sería lo bastante grande para anular dicho principio.

Cuando Gurli Berntsen se dio cuenta de la verdad, intentó tragarse un tubo de pastillas para dormir de las más fuertes que encontró, y pasó tres días dormida, hasta que despertó y pasó otros tres días vomitando. Dos días después se arrojó a la dársena del puerto, a la altura de la estación de Svanemøllen, pero alguien que pasaba por allí la vio y la sacaron. El hospital notificó el incidente a los padres de la desgraciada mujer, que vivían en Jutlandia, y su padre reaccionó —como hacen los hombres de esa clase en una situación así— con ira. Por supuesto. Pero hay en el mundo fuerzas más poderosas que la ira masculina, como demostraban día a día Magna y sus señoritas —si Kongslund simbolizaba algo, simbolizaba eso—, y al tercer día después del intento de suicidio, la

madre de Gurli sacó los ahorros de la familia y compró el número 12 de un barrio recién construido de casas adosadas con jardines traseros alargados y setos que daban sombra y protección. Al poco tiempo, nació Orla.

La joven madre dio a luz a su niño en la sección B de Maternidad del Hospital Central, donde suplicó a las jóvenes enfermeras que se llevaran al niño lejos de ella, lejos de su vientre, lejos de su vergüenza. Pero su madre, que era la abuela de Orla, hizo bautizar al bebé de unos días en la capilla del hospital y, en un momento de clarividencia, le puso el segundo nombre de su marido —se llamaba Jens Orla Berntsen—, así que el pequeño se llama como su abuelo, lo que fue una decisión que demostró la perspicacia primitiva de las mujeres durante milenios de amor propio masculino.

A regañadientes, pero adulado, el abuelo primerizo apareció en la iglesia y posó por un momento los dedos en los brazos duros del banco,

mientras emitía un gruñido que podría interpretarse como un «amén». Sorprendentemente, sus manos estuvieron quietas durante el resto de la ceremonia, como embargadas por una paz celestial.

El pequeño Orla también había encontrado su familia, pese a todo.

Al día siguiente volvió a perderla, al menos durante cierto tiempo, cuando un taxi lo condujo al hogar infantil Kongslund, al norte de Copenhague. Allí las experimentadas señoritas de Asistencia a la Maternidad lo cuidarían mientras Gurli se recuperaba —para asombro de su padre, cayó en una depresión, a pesar de toda la ayuda que había recibido— y organizaba su nuevo hogar. Ese relato, que Orla más tarde fue completando con las pocas confidencias de su madre y las visitas anuales a Magna, era diferente al de los niños entregados en adopción; eso ya lo sabía, y a una edad demasiado temprana para comprender ese tipo de cosas: su madre lo condenó al hogar con

plena conciencia, mientras sopesaba si él merecía que ella viviera; más que nada, para protegerse a sí misma.

Debido a esa falta de decisión, Orla pasó demasiado tiempo en la Sala de Recién Nacidos, entre Tinieblas, pasando a formar parte de la infinidad que llenaba a los niños de Kongslund de un pavor que ni los propios psicólogos del hogar comprendían.

Cuando al final llegó a su casa, Gurli le enseñó su cuarto, lo acostó y se sentó en la sala, en el sillón de orejas azul, que había heredado de su padre muerto el año anterior. Posaba sus dedos inquietos en el terciopelo y notaba que se estremecían cada vez que pensaba en el hombre que había sido su padre, a quien había enterrado con una sensación que no se atrevía a confiar a nadie.

Tras varias noches en las que le pareció oír a su hijo lloriquear tras la pared, le dio una fotografía, recortada de una revista, de un hombre

sonriente que arrojaba al aire una pelota de playa anaranjada, y el hombre, que tal vez fuera su padre, sonreía bajo el sol al niño de la playa, y la pelota subía y subía, hacia el Cielo. Dijo a su hijo que su padre se llamaba Pil, y ese fue el segundo nombre que pusieron a Orla en la partida de bautismo.

Por desgracia, le contó a Orla, su padre estaba viajando por el mundo en busca de un lugar donde los tres pudieran vivir juntos, y aún no había vuelto.

En su colección de clásicos ilustrados, Orla leyó durante los años siguientes sobre hombres como él —sobre el Cazador de Ciervos, Ivanhoe y el Capitán Grant, que se marchó con su familia, atravesando glaciares, desfiladeros y cimas—, y con el tiempo comprendió que el final feliz de tales aventuras era inevitable; bastaba con esperar lo suficiente. Era verdad que el destino se había llevado a su padre, pero solo por un tiempo, y un buen día se lo devolvería.

**H**abía una cosa que hacía que Orla Berntsen fuera algo especial en la calle y el barrio en los que creció. Solo había vivido con mujeres. Primero las señoritas y las puericultoras del hogar infantil, y después su propia madre, que, por lo que decían, nunca abrió la puerta de su casa a un hombre desde que llegó al barrio.

Pero aunque Orla Berntsen podía competir con la mayoría de las chicas en cuanto a intuición y compenetración, el aspecto femenino no iba acompañado, cosa extraña, por los rasgos de carácter que podrían corresponderle: ternura, compasión, delicadeza.

«Algo ha salido mal», habrían dicho los psicólogos de Kongslund si lo hubieran visto, y con un afligido movimiento de hombros habrían añadido otro folio al expediente cada vez más grueso del Infeliz. Pero no lo vieron, porque no



habló a nadie de las visiones que lo perseguían aquellos años.

Por la misma razón, su primera experiencia con el sexo opuesto no fue de lo más afortunada, porque fue la primera y última vez que nadie lo vio tender la mano de manera espontánea a otra persona, movilizándolo toda la confianza que podía albergar en su interior.

Aquel chico criado entre mujeres conoció a una niña que no había sido criada por un padre, sino por dos —tanto el obrero entrado en años Sørensen como su hijo trabajaban en el enorme astillero del centro de Copenhague—, y por alguna razón todavía se hacía pis en las bragas con ocho años, sin previo aviso y sin razón aparente. Un día de aquellos que estaban solos en la calle, mirando el pequeño charco fatídico a los pies de ella, Orla sacó del bolsillo del anorak una bolsa de regalices de colores. Se la ofreció, pero la niña se limitó a mirarlo con su mirada insondable, y por alguna razón Orla no vio ni rastro de alegría o

agradecimiento en sus ojos. Orla, de once años, se acercó a ella y cuchicheó:

—Voy a enseñarte un juego que nadie conoce —su voz adquirió un tono agudo y pícaro— en el que o te haces mi novia... o me muero.

Ella lo miró sin decir nada.

—Mira —la instruyó Orla—. Voy a poner ocho bolitas en fila, y si no me has besado antes de que haya comido la última, la azul, me moriré, porque está llena de veneno.

Y Orla puso ocho bolitas de regaliz de colores diferentes en fila en el bordillo de la acera, y se pusieron en cuclillas, y Orla sintió sobre él la mirada insistente de la niña, que debía haber sido dulce y solícita, pero que estaba más bien llena de expectativa y emocionada, cosa que Orla no entendía. Primero comió una bolita de regaliz amarilla, luego una blanca, luego una roja y una naranja, y después otra blanca, luego una verde y una marrón, y de pronto solo quedó la bolita que significaba la muerte, y Orla vio que los ojos de la

niña brillaban, como si estuviera a punto de llorar o le hubiera entrado una fiebre repentina. No iba a dejar que comiera la azul, ¿verdad? No iba a dejarlo comer la bolita que sabía que lo haría morir, ¿verdad? Tendría que seguir el plan de Orla y darle el beso que le salvaría la vida... Pero en su lugar ella lo miró con ojos brillantes y ladeó la cabeza; la puntita de su lengua salió por el pequeño espacio existente entre sus dos paletas, y se quedó esperando.

Así fue como Orla descubrió que era una mota de polvo en la inmensidad del universo, que no era más que un chaval pecoso y chato, y una mano sucia a mitad de camino hacia la boca, que de repente se enfrentaba a que el primer y único amor de su vida lo condenara a muerte.

En aquel momento ella dijo las palabras que ningún chico u hombre olvidaría jamás: «¿No puedo besarte y verte comer la bolita azul?». Creo que esa frase fue el primer aviso de la liberación de las mujeres que se avecinaba; pero, claro, Orla

era demasiado joven para comprenderlo.

La reacción le sobrevino tumbado en su cama, en la oscuridad, aquella misma noche.

¿Qué debería haber respondido?

Fue aquel otoño cuando el Destino derribó las últimas defensas que Orla, el Solitario, a duras penas había construido en torno a sí, y lo hizo con un acontecimiento que pareció una casualidad.

Cuando las campanas de la iglesia marcaban la puesta de sol, se abría la puerta de la calle y Orla salía con un cubo de latón en la mano y una mirada escrutadora y vigilante en los ojos. El cubo era amarillo claro y estaba abollado, tendría medio metro de altura, y Orla trotaba como siempre hacia la pensión de la Maglegårds Allé, iba a la puerta trasera, donde estaba la cocina, y saludaba al cocinero, que le revolvía el pelo entre risas y le llenaba el cubo. Después volvía a casa a la luz de las farolas, hasta que la curiosidad lo hacía detenerse, levantar la tapa del cubo y meter un dedo en la salsa caliente llena de salchichas,

albóndigas fritas, chuletas de cerdo empanadas, hamburguesas y patatas hervidas que brillaban con su color blanco en medio de la salsa marrón; de vez en cuando se paraba a la sombra de un árbol y chupaba el dedo con la salsa mientras se quedaba mirando a las musarañas y la comida se enfriaba, y se ponía a pensar en aquellas ideas que yo no llegaría a comprender hasta bastante más tarde.

Las catástrofes comienzan de forma extraña y a veces inocente, y si hubiera sabido de qué iba el juego del que era parte, se habría arrepentido de la noche en que se animó a preguntar a Erik, que era el chico más popular del barrio, si quería acompañarlo a la pensión con el cubo amarillo.

Como ocurre a veces, la curiosidad pesó más que la perspectiva de un paseo con un cubo de latón abollado en medio de la oscuridad, y al final Erik se avino. Camino de casa, Orla se agachó, levantó la tapa y metió el dedo en el contenido marrón humeante, para que su nuevo amigo viera las delicias que esperaban a Orla y a su madre.

—¡Uf! —se quejó Erik—. No son más que unas repugnantes albóndigas.

Erik estaba lleno ya, y en su casa las albóndigas no salían de un cubo amarillo sino de una cocina hogareña desde donde llegaban el ruido de pucheros y el tarareo de canciones, y te las servían al plato de una bonita fuente de cristal que sujetaba su madre con agarradores gruesos de color azul cielo hechos a ganchillo por ella misma.

—¡Uf! —repitió, mientras Orla lamía la salsa de su dedo índice—. Mira, ¡si tienes una verruga en el dedo...!

El foco de atención cambió de pronto, con brutalidad, y el Destino despertó sobresaltado. Era verdad. En efecto, había un gran bulto gris-marrón tras el nudillo de su dedo índice derecho, y la salsa hacía que brillase como si estuviera vivo.

Reaccionó a toda velocidad, y fue aquella reacción la que resultó fatal.

—¿Sabías que si aprietas una verruga puedes pedir lo que quieras?

Erik lo miró con escepticismo, pero estaba tan fascinado por la excrecencia marrón del dedo manchado que no se movió. Entonces Orla apretó la verruga, la frotó con fuerza entre el pulgar y el índice y dejó que aquella temeridad tomara el control del momento más importante de su infancia; todavía podría haberse detenido, podría haber reconocido que no tenía ningún secreto ni lo había tenido nunca, y entonces tal vez las cosas se habrían desarrollado de otro modo, su vida quizá habría sido, como la de su madre, desde la juventud hasta la vejez, un ir y volver tranquilo entre su casa y una oficina que nadie sabía dónde estaba, envuelta en una sombra gris, que entraba y salía por una puerta que nadie sabía lo que ocultaba. Pero era demasiado tarde.

Su nuevo amigo se inclinó hacia delante; había olvidado su escepticismo anterior, y Orla notó que su repugnancia se convertía en fascinación. Percibía el calor y el aliento de Erik junto a su rostro, oía el aire saliendo de su nariz y entrando

por los labios concentrados y sentía el cuerpo de su amigo junto al suyo; fue el momento más maravilloso que experimentara nunca: eran compañeros, de pronto todo era tan extrañamente tierno como si Erik fuera su hermano (apenas se atrevía a pensar la idea), y apretó todo lo que pudo, apretó con más fuerza que con la que apretara nunca nada, y...

... la verruga reventó, y Erik soltó un grito desesperado.

Un largo chorro de la excrecencia salió raudo hacia su ojo, y un líquido amarillo repugnante manchó su mejilla izquierda. Erik se puso a dar saltos en la acera como un loco, tapándose el rostro y los ojos con ambas manos mientras no paraba de chillar.

—¡Ahora podemos pedir un deseo! —gritó Orla para ahogar los gritos de Erik. Pero su amigo no expresó ningún deseo, nada de nada, solo un sollozo dilatado.

—¡Yo quiero un gran autobús rojo para que



podamos ir todos a bañarnos a Bellevue! —gritó Orla—. ¡Un autobús como los de Londres!

Pero Erik había echado a correr a toda pastilla hacia su casa, y Orla corrió tras él con la comida del cubo amarillo chapoteando tanto que se soltó la tapa. Ni se dio cuenta.

—¡Quiero un coche Bluebird, para llegar a los ochocientos kilómetros por hora! ¡Te lo regalo, si quieres! —exclamó. Era su segundo deseo, y en aquel momento le pareció lo mejor que podía desear.

—Joder, ¡estás... como una regadera! ¡Imbécil! —chilló Erik entre sollozos sofocados—. Van a salirme verrugas en los ojos... ¡Me voy a quedar ciego!

Y Orla se lo imaginó; vio ante sí cómo el líquido contagioso se desplazaba por la piel de Erik y cómo una masa informe marrón salía del bonito ojo azul de Erik y le cubría todo un lado del rostro; un chico que tendría que ocultarse siempre tras una máscara o ir con una capucha encima. Y

notó que la tierra y el terrazo se abrían a sus pies y la náusea hervía en sus entrañas agitadas; luego Erik desapareció en la esquina de los garajes, y un momento después Orla oyó que se cerraba la puerta de la calle y los gritos se apagaban; su amigo recién perdido había llegado a casa.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que la salsa, las albóndigas y las patatas hervidas se habían caído del cubo mientras corría. No quedaba nada de comida, y su madre tendría que acostarse sin cenar. El pequeño incidente no tardó más de un minuto en convertirse en una catástrofe consumada. Orla dejó el cubo en la última baldosa frente a la puerta de su casa y corrió tanto como pudo hacia el pantano. Se metió resuelto en la oscuridad que conocía tan bien, porque así era como reaccionaban la mayoría de los niños de Kongslund cuando sentían que habían caído en una trampa. Yo lo sabía mejor que nadie.

Allí se acurrucó en un matorral espinoso cerca del puente sobre el arroyo y se metió el

tembloroso dedo desfigurado, que sangraba y escocía, en la boca, cerró los ojos y notó que el miedo crecía en su estómago, que un líquido caliente subía y rezumaba barbilla abajo. No era sangre como la de «La batalla de Tobruk» de los tebeos de guerra, que el menos daba la seguridad de una muerte honorable, sino salsa de la pensión mezclada con bilis y miedo amarillo corrosivo, porque ya sabía qué iba a ocurrir: en adelante, los demás chicos iban a incordiarlo más que nunca: Palle, Bo, Henrik y Jens... No lo dejarían en paz, lo perseguirían a todas partes y nunca volverían a hablarle.

Empezó a llover hacia la medianoche, mientras su madre iba de puerta en puerta por el barrio con el cubo abollado vacío en la mano, preguntando por su hijo con un leve temblor en la voz, y así perdió el poco respeto que le tenían los padres de los demás chicos. ¿Qué casa es esa donde una madre no es capaz de hacer entrar en vereda a su hijo?

Resignados, los padres se levantaron, lo contrario habría sido insensibilidad, buscaron las linternas y partieron en fila hacia el arroyo.

Justo antes de que los hombres llegaran atravesando la maleza, Orla Berntsen oyó una voz en la oscuridad, no más alta que el ruido del viento entre las ramas, un susurro que se repetía una y otra vez, como si se encontrara en el interior de su cabeza: «Ojalá fuera una estrella», decía, y Orla pensó que sería una frase del mundo que había existido mucho antes de que el cono de luz diera en su cabeza («¡Aquí está ese payaso!») y mucho antes de su decisión fatal de reventar la verruga en la cara del chico que había sido su amigo por un tiempo breve e irreal.

Se levantó con los ojos cerrados y la mano de la verruga bien metida en la boca, mientras formulaba un deseo con gran concentración; era su tercer y último deseo, y los hombres de las linternas por supuesto nunca llegaron a saber qué era lo que pensaba en aquel momento; pero yo sí

creo saber qué deseó...

A partir de aquel día la rabia fue su único punto de apoyo. Cuando su madre se acostaba, él se quedaba despierto en la oscuridad pensando en el enemigo, que era el único nombre que podía poner a sus problemas. El enemigo no tenía rostro y era despiadado, y Orla, con doce años, desarrolló cierto talento para la violencia, que después lo perseguiría durante muchos años. Algo lo atraía una y otra vez a la zona de los garajes, donde el barrio de su infancia estaba limitado por un imponente seto de espino; al otro lado del seto estaban los bloques amarillos, que alzaban sus seis pisos hacia el cielo azul, y allí vivían las familias que no podían permitirse tener su propia casa, ni siquiera una humilde casa adosada, y con los años el seto había crecido tanto que ya no se veía el otro lado. Al menos una vez por semana, los niños de las casas adosadas arrojaban lluvias de piedras por encima del seto de espino, para golpear a los enemigos invisibles de los bloques amarillos, y en

aquellos meses nadie era capaz de arrojar tantas piedras, tan rápido y con tanta fuerza como Orla. Era como si una tremenda furia se hubiera apoderado de su cuerpo ancho, así que saltaba más alto y con peor genio que nadie, y arrojaba cascote tras cascote siguiendo los ruidos de pasos y voces del otro lado del seto; cuando una pedrada se veía recompensada con un alarido y el ruido de pasos corriendo, se reía de una manera que casi aterrorizaba más a sus compañeros que el propio enemigo, porque estaban al mismo lado del seto que él.

Allí, un año antes de llegar a la pubertad, todavía podía haber habido salvación para un chico singular como Orla; es lo que sostendrían los psicólogos de Kongslund, basándose en las obras que habían estudiado con tanto detenimiento.

Habrían defendido la teoría de que los daños más graves aún podían contenerse, tal vez incluso mitigarse y ocultarse.

«Orla era un chico fuerte —habrían dicho—.

Claro que se reían un poco de él, ¡pero siempre salía adelante!». Y habrían encendido sus pipas, y se habrían mirado con aire convencido, por encima de sus brillantes gafas.

Era puro disparate, por supuesto.

Solo una semana después del incidente de la verruga, Orla dio el último paso en el camino que iba a hacer que su infancia terminara de forma tan repentina, cuando un balón se le cayó sobre el tejado del garaje al fondo de la calle.

Sin pensarlo, saltó y se agarró al borde del tejado, y su mano se posó en una sustancia blanda que un perro sin dueño había dejado allá arriba.

Yo estaba detrás del seto, y vi que los últimos soportes de su existencia saltaban por los aires — así de pequeños e insignificantes pueden ser los sucesos más devastadores—; no me hizo falta ni el catalejo de Magdalene para advertir el pavor de su

mirada.

El resto del día, y el resto de su corta infancia en el barrio, resonó por las calles un grito, que se convirtió en la maldición de su vida: ¡Orla-el-del-ca-ga-rro, Orla-el-del-ca-ga-rro, Orla-el-del-ca-ga-rro...! Y el chico, que por alguna razón yo había llegado a comprender mientras lo observaba, se fue corriendo a casa tan rápido como pudieron llevarlo sus vigorosas piernas y metió ambas manos bajo el chorro de agua caliente del lavabo del baño. Justo después vomitó, jadeando y sollozando, mientras sus lágrimas se mezclaban con el agua marrón, como si su interior hubiera desbordado y nunca más fuera a ser capaz de cerrar el grifo de agua salada. Salió corriendo al pantano —¿adónde, si no?—, pero esta vez nadie fue en su busca. Por un momento le pareció oír la llamada quejumbrosa de su madre, pero no era más que el viento entre los árboles.

Al día siguiente lanzó un cascote enorme por encima del seto contra los chicos de las casas



amarillas, y esta vez no oyó solo gritos, sino también sirenas, de la Policía y de ambulancias; al otro lado del seto se oyeron sollozos y chillidos. Corría el rumor de que un chico de los bloques amarillos había terminado en Urgencias con una mala pedrada en medio de la frente. «¡Igual se muere!», gritaba el enemigo del lado amarillo del seto, pero nunca se realizó ninguna investigación, y los que arrojaban piedras entre aquellos dos mundos separados ni siquiera sabían el nombre de los del otro lado.

Unos días después, la señora del 16 golpeó con los nudillos la ventana de su cocina e hizo señas a Orla, que estaba sentado en el bordillo de la acera, mirando sin pestañear un charco de agua.

La mujer lo invitó a la cocina y le sirvió tostadas con mermelada rojo intenso y cacao espeso con leche. Y allí, sentado a la mesa, estaba su marido, a quien llamaban señor Malle, que todos los días volvía a casa vestido con el uniforme negro de la Policía y con un maletín

marrón bajo el brazo. Orla creía que iba a mencionar el incidente con los chicos de las casas amarillas, pero el señor Malle se limitó a sonreírle, y durante los meses siguientes Orla fue el único vecino de la calle a quien saludaba aquel hombretón.

Tal vez fuera la amistad con el policía lo que lo hizo temerario, porque al parecer no estaba nada preparado para lo que sucedió unos días después cuando vagaba por el barrio, en el extremo de los bloques amarillos, acechando al enemigo. En un portal estaba Carl Malle apoyando la mano en el hombro de un chico flaco con la cabeza envuelta en un vendaje blanco como la nieve (parecía el protagonista de la película *Lawrence de Arabia*, que había visto en el cine). El policía iba de paisano, pero había colocado una de sus gorras de uniforme en la cabeza vendada del chico, y allí descansaba orgullosa contra la gasa blanca.

Orla habría querido llamar a su amigo, pero de

sus labios no salió palabra.

En su lugar, dio la vuelta y se fue corriendo al pantano, y se quedó allí hasta que cayó la oscuridad. Algo en su interior se había derrumbado y no comprendía qué podía ser. El pantano era el lugar donde aquel Orla de trece años más tiempo pasaba. Solía vagar por los prados, arriba y abajo por el arroyo; también se metía entre los juncales, y allí, en un pequeño claro, había una piedra enorme, a la que solo los chicos más fuertes podían trepar; era donde solía estar al atardecer apretando los ojos con fuerza, para que no volvieran a desbordar de agua salada, y pensaba en su padre, que nunca volvió. Su madre le contó una vez una historia (y aquí todos los psicólogos de Kongslund deberían aguzar el oído y tomar minuciosos apuntes en sus cuadernos) sobre una piedra enorme, que en realidad era una persona a quien un gigante le echó el mal de ojo, y yo lo veía acariciando la piedra con la mano, como si se tratara de una persona añorada,

querida. Lo veía poner insectos y ranas, incluso mariposas, a las que había arrancado las alas, sobre la gran piedra, y atravesarlos con cascotes de cristal que encontraba en el camino. Lo hacía como distraído, como si su mente estuviera muy lejos, y al acabar el día retiraba de su altar de sacrificio alas de mariposa, patas de araña y ojos de rana, y su mano blanda, sucia, volvía a acariciar con ternura la superficie. Era un espectáculo extraño, y volví a casa de Magdalene y lloré en su regazo hasta que las visiones desaparecieron.

Así es como vivía Orla Pil Berntsen los últimos meses de su infancia, en una soledad cada vez más desesperada que ningún ser vivo quería comprender. Entre una imagen nebulosa y fantástica de su desaparecido padre convertido en piedra y la imagen real de Gurli, sentada en el sillón azul de respaldo alto, mirando a la pared por encima de la cabeza de Orla, mientras sus dedos empezaban poco a poco a temblar,

estremecerse y a moverse sobre el brazo azul describiendo pequeños círculos...

Todo terminó un atardecer, cuando el sol se ponía encima de las casas del barrio vecino y proyectaba una sombra larga sobre el pantano. Orla oyó un disparo de escopeta de aire comprimido en el arroyo y se acercó con cuidado.

Había dos chicos en un claro, mirando a un gorrión abatido, que daba vueltas sobre el suelo del bosque como una mosca en un alfiler, mientras las hojas se arremolinaban alrededor y los chicos reían hacia las copas de los árboles.

Así fue como Orla conoció la auténtica maldad: Karsten, el fortachón de Karsten, con el pelo cortado a cepillo, y Poul, con sus ojos muy azules tan llenos de maldad como los de Satanás camino del Infierno. Le presentaron a Benny, su singular amigo, un retrasado de casi dos metros de altura que solía vagar inquieto por el pantano y esconderse entre la maleza de las orillas empinadas del arroyo, donde su parloteo

desquiciado retumbaba entre los árboles. La gente del barrio se había acostumbrado a él —lo llamaban el Lerdo—, y Orla lo había visto a menudo como una sombra en la penumbra nocturna.

Benny tenía una habilidad increíble: mediante una serie de muecas espantosas y sacudidas de cabeza —sus dedos pulgar e índice encorvados como garras— podía sacar el ojo izquierdo de su cuenca, y se le quedaba a la altura de la mejilla, colgando de tendones y nervios, y después volvía a colocarlo rápido en su sitio. Era una habilidad asombrosa que provocaba veneración incluso a dos golfos como Karsten y Poul. Cuando le preguntaban si veía —mientras el ojo colgaba sobre su mejilla—, asentía con la cabeza, regocijado, y gritaba: «¡Sí, sí!»; pero Poul no lo creía, y la mentira era lo peor que conocía un chico así —sabía todo lo que había que saber sobre el mentir, por el borrachín de su padre, con quien vivía en la calle principal de Søborg—.

Orla reparó un par de veces en la mirada fija de su compañero, y aquellos ojitos azules le producían escalofríos, eran como bolas de acero al rojo vivo dentro de sus cuencas cuando observaba al grandullón; a veces se encendían con tanta maldad que Orla sentía calor, como si tuviera fiebre, y una noche que estaban como de costumbre mirando a Benny, ocurrió el accidente que nadie del barrio olvidó jamás.

Karsten había ido a orinar a un árbol mientras Poul, al parecer, removía la tierra con un palo, y aquel imbécil estaba entre los dos tarareando, contento por su habilidad y porque tenía compañía, con su ojo espantoso colgando tan contento en medio de la mejilla... El movimiento en la penumbra fue tan rápido que el Lerdo no reaccionó a tiempo: un pájaro negro surgió de la oscuridad y tiró del globo blanco envuelto en nervios rojizos que aún lo sujetaban. El Lerdo se dio cuenta enseguida de lo sucedido y del abismo que se abría.

—¡Nooooooo...! —gritó, siendo desesperado el musculoso antebrazo de su verdugo. Pero era demasiado tarde.

Con un chasquido, la mano joven y fuerte tiró del ojo odiado y lo arrojó al aire; describió un pequeño arco sobre el arroyo y cayó en el agua con un plop, apenas audible si no se sabía que iba a oírse. Y se hundió.

Los tres chicos atravesaron el pantano corriendo, hombro con hombro, riéndose como los espíritus y demonios en que se habían convertido al final. Cuando se detuvieron para recuperar el aliento, Orla oyó por detrás los gritos del desgraciado, solo ahogados por la risa nasal de Poul. Se oía al Lerdo chapoteando en el arroyo, como si alguien se agitara y gruñera desde la profundidad de una garganta perdida. Después se hizo el silencio. Los tres chicos se miraron, y luego dieron la vuelta para volver al lugar, abandonaron vacilantes las sombras de los árboles erguidos, y se acercaron sin hacer ruido a la orilla



del arroyo. Desde allí vieron el rostro sin ojo del Lerdo chapoteando en la superficie, en medio de un grupo de nenúfares, casi en la orilla. El hueco del ojo parecía un agujero negro caído del cielo.

—¡Está muerto, imbécil! —susurró Karsten, y Poul y Orla se miraron sin decir nada.

Uno de los brazos del gigante yacía inmóvil medio subido a la orilla, parecía una rama rota. Extendido, como si hubiera tratado de asirse a la vida, pero al final hubiera tenido que ceder. Era un espectáculo apacible, a su manera.

Se quedaron un buen rato en silencio, mirando al chico que chapoteaba en la orilla del agua.

—Quedaos aquí, voy en busca de algo —cuchicheó Orla.

Cinco minutos después volvió con un pequeño bulto en la mano.

—Es el gorro de Erik; siempre lo cuelga de la barandilla de entrada al sótano.

Los otros se acercaron, y Orla vio que sus ojos brillaban a la luz de la farola al otro lado del

arroyo. Los tres odiaban a Erik el Bueno.

—Mirad, ¡ha escrito su nombre en el gorro!

Muchos años después, Orla recordaba solo una imagen de la orilla del arroyo: el hombre en el agua, y sus dos compañeros de pie en la hierba, con las piernas algo separadas. Y los tres parecen dispuestos a enfrentarse en un duelo, como en una película del oeste, pero el enemigo está muerto ya. En sueños ve a Benny sonreír y bromear en la orilla con su ojo colgando, todavía vivo; ve la sombra furiosa abalanzarse sobre la presa, y percibe el odio contenido en el movimiento que desencadena la catástrofe, pero no ve el rostro que hay tras la mano, y no siente nada en absoluto.

Echaron el gorro al suelo y lo dejaron donde la manga del muerto colgaba unida a la raíz de un árbol. Por la noche estuvieron bebiendo cerveza en la plaza de Søborg, y luego entraron en la escuela de Orla y robaron un proyector de diapositivas y un magnetófono Eltra, y estuvieron escuchando el «Light My Fire» de los Doors hasta

el amanecer.

La Policía fue en busca de Erik a los dos días. Pasó horas con su gorro de punta sucio sobre un escritorio de la comisaría, llorando. A su modo, el destino de Erik era peor que el de Orla, porque, aunque sus padres podían asegurar que se había acostado a las diez, la duda lo perseguiría siempre, y nadie podía explicar cómo había aterrizado su gorro en la hierba junto al arroyo, justo donde sacaron del fango al tuerto. La Policía no tenía ninguna teoría que explicase lo ocurrido. A lo mejor se había ahogado sin más y un pez o un sapo le había sacado el ojo, porque los agentes no podían imaginar que el canijo gimoteante y tembloroso que tenían delante hubiera dominado y asesinado al Lerdo para después arrancarle el ojo con brutalidad y depositarlo en una hoja de romaza, desde donde miraba impertérrito al cielo (así fue como lo encontraron), y al final dejaron marchar al chico.

En la oscuridad de la cama, debajo del hombre

y el chico con la pelota anaranjada, Orla casi llegó a sentir el calor del cuerpo de Erik como si estuviera al lado, y percibió su aliento en sus mejillas y frente. Hizo novillos y huyó al pantano; se sentó en la piedra enorme, balanceándose atrás y adelante; bajó al arroyo, se arrodilló y se miró en el agua, como el gnomo de la vieja canción... Y el espejo le preguntó desde la profundidad: «¿Cómo puede nacer un niño tan feo?». No se parecía a nadie de quienes conocía; su nariz, su pelo, sus ojos, que se ponían llorosos cuando se inclinaba hacia delante, no tenía ningún rasgo común con ningún rostro que hubiera visto nunca. No sabía nada de sí mismo. En la imagen de la pared, su padre sonreía al chico guapo, con el mar al fondo... ¿Habría algo de verdad en el relato de su madre sobre el Hospital Central y sobre Kongslund?

—¿Qué haces aquí, soñando?

Orla se estremeció.

—Un chico de trece años que observa su

imagen en el arroyo mientras sueña, supongo que con algo bueno. ¿Una chica? —Carl Malle le guiñó un ojo cómplice. No iba de uniforme. Nunca antes había aparecido en el pantano.

—Qué va, estaba pensando en nada especial.

¿Habían dicho al señor Malle que fuera a buscarlo?

—Solo he venido a ver cómo te va. Te pareces a alguien que conocí hace tiempo. Eres de los que saben mantener el rumbo. —Había en la voz del policía un extraño tono de orgullo.

Orla bajó de la piedra.

—Tengo que ir a por la cena.

—No es necesario. Tu madre ha cenado con nosotros, y hemos hablado de tu futuro.

Su madre no había cenado nunca en casa de nadie; nunca había comido otra cosa que el contenido del cubo amarillo. Orla Berntsen estaba asustado.

—Tranquilo. Hemos encontrado una solución.

Orla estaba de pie en la hierba blanda,

bamboleándose un poco. Una solución. ¿Lo meterían en la cárcel?

—Tienes que irte de este barrio —le aconsejó el policía—. Tienes que alejarte de los chicos de aquí. Hemos encontrado un internado en donde puedes ingresar.

A los pocos días Carl Malle ya había arreglado los papeles, y su madre lo acompañó en silencio hasta la Estación Central de Copenhague. Había querido a su chico al igual que otras madres, con esa inquietud que solo tienen ellas, y encerró todo aquello tras sus labios apretados.

Como había hecho siempre.

—Hasta pronto —se despidió de su hijo.

Él no dijo nada.

Orla abandonó el barrio de su infancia con una sensación inequívoca de estar solo en el mundo; desapareció, por así decir, de su infancia sin un sonido y sin que nadie se diera cuenta de ello; hijo de Gurli Berntsen, insignificante oficinista. Tolerada lo justo, nada más.

Asesino... Ni él lo sabía. En los meses siguientes recibió visitas de un hombre de Kongslund que fumaba en pipa y le habló de su infancia en el barrio (una sola vez del Lerdo en el pantano y el violento suceso que, por lo demás, había dejado atrás), pero el hombrecillo no le hizo ninguna pregunta sobre el Lerdo ni sobre nada que Orla pensara que tuviera que responder.

**A**sí que ¿de dónde viene esa enorme furia que se apodera de algunas personas? ¿Y por qué embiste a algunos niños como un ariete del Infierno, mientras parece ser que otros se libran?

Yo había seguido la adolescencia de Orla Berntsen desde mi escondite tras el seto de espino, y observado el lento deterioro que nadie intentaba detener. Así es como se crea una deformidad en el alma, tan implacable como una característica inclinación del cráneo o una nariz encorvada, sin

que nadie reaccione. La humillación de Orla no procedía de Dios ni del Diablo, sino que se la había pasado la persona que más debía haberlo protegido, como había dicho Magdalene, ceceando más que nunca mientras vivía: su propia madre.

Era aquella rabia incrustada en el interior del Orla adolescente lo que asustaba a los adultos; una ira que, en otros contextos y bajo una capa más delgada de civilización, habría explotado mucho antes de que él llegara a hacer carrera y avanzar a un estado en el que pudiera superar las fatigas de cada día. Magdalene no creía que hubiera gran diferencia entre el chico que partió al internado y el hombre que, cuatro décadas más tarde, tramitaba asunto tras asunto en el Ministerio Nacional con una eficacia fría, impasible.

Un atardecer Carl Malle apareció de visita en el internado.

—¿No echas de menos el barrio? —le preguntó.

Orla no respondió. Lo único que echaba de



menos de verdad era la imagen de la pared, la del hombre y el chico con la pelota de playa anaranjada.

Carl Malle nunca lo comprendería.

—¿Por qué le dio su gorra al chico de las casas amarillas? —preguntó Orla.

—¿El chico de las casas amarillas?

—Al que le di la pedrada. El del vendaje blanco. Ví que le daba su gorra.

—No conozco a nadie de las casas amarillas —mintió el policía.

Orla se dio cuenta de que no decía la verdad, y bajó la vista para no mostrar su rabia.

El día que Orla volvió al barrio, tres años después, Magdalene vino a visitarme, y estuvo balanceándose atrás y adelante en su frágil silla, casi como en los viejos tiempos, y ceceando tanto como entonces.

«Marie», dijo entre una serie de pequeños resoplidos, torciendo la cabeza a mi lado como si fuera a romperse el cuello. «Fíjate en lo que te

digo, Marie. Los pecados de padres y madres nunca van a ser expiados por un niño como Orla. Un día estará sentado en el mismo sillón que su madre, y sus dedos describirán los mismos círculos que los de ella, su abuelo y los padres de su abuelo y, como no lo entiende, se convertirá en parte de las Tinieblas, y al final en las Tinieblas mismas».

Había veces en que las predicciones celestiales de Magdalene tenían el mismo tono que las maldiciones del Infierno.

Después se arrojó sobre el brazo izquierdo de la silla de ruedas, que estuvo a punto de volcar, dio un último resoplido y desapareció.

## EL MIEDO

*8 de mayo de 2008*

*Mi madre de acogida llama a la puerta y espera a que la deje entrar. No respondo a su llamada, pero de todas formas entra en el cuarto que me ha dado y se sienta en la cama. Yo me he quedado sentada a mi mesa, delante de la ventana, con vistas al estrecho de Øresund y a la isla de Hven.*

*«Estás leyendo los cuadernos, Marie», dice, y yo noto el temor implícito en la observación que ha repetido una y otra vez desde la muerte de Magdalene. Está convencida de que los cuadernos del diario que heredé de mi amiga*

*espástica desvelan secretos que ningún niño puede soportar, y ella siempre ha protegido a su rebaño contra las amenazas del exterior.*

*Hoy, cuando Magna lleva tiempo jubilada, Kongslund se ha convertido en el centro de un caso cuyos hilos pueden conducir a un pasado embarazoso y secreto en el que, según los periódicos y rumores que nadie puede acallar, también está implicado el Ministerio Nacional.*

El Hombre de Grauballe nunca había tenido una expresión tan amargada como la tarde en que Carl Malle, subdirector de la Policía jubilado, llegó al ministerio.

El asunto Kongslund había absorbido los últimos jugos vitales del viejo subsecretario, que antes daban a su piel algo de color, y fue como si mirase a la Muerte frente a frente, aunque no sabía nada concreto del caso y no había estado presente

durante las intensas conversaciones telefónicas entre Carl Malle y el Rey Absoluto.

El ministro, irritado, tuvo que corregir a su subsecretario: el invitado *no* era «un policía jubilado», sino «un exsubdirector de la Policía». En el Ministerio Nacional había mal ambiente, la humedad relativa del aire era elevada.

El exjefe de policía pasaba su tiempo libre en el mismo lugar que en su juventud —y que la mayor parte de su vida—: en el apacible barrio de casas adosadas de Søborg. Desde allí organizó a un puñado de antiguos compañeros y creó una empresa privada de seguridad que ofrecía concienzudos servicios especiales a instituciones públicas de cierto rango. Su empresa no aparecía en la guía telefónica, ya que su negocio era de ese tipo exclusivo del que nadie iba a saber, a menos que conocieran a alguien que valiera la pena conocer.

Ole Almind-Enevold conocía a Malle desde la guerra.

El ministro nacional había pedido a su jefe de Gabinete que estuviera presente en la reunión y, cuando estaban solos, repitió casi palabra por palabra su mensaje de la reunión de urgencia de apenas tres días antes.

—Ya conoces a Carl Malle, y sabes lo que representa. Nos hace falta en este momento. No podemos tolerar amenazas anónimas contra este ministerio. Aunque no podemos saber qué desea el autor, debemos ayudar a Carl Malle todo cuanto podamos.

—Pero esa carta no tiene ningún contenido — replicó Orla Berntsen.

El ministro miró un largo rato a su protegido. Después continuó:

—Hay una cosa que debes tener clara, sea cual sea tu opinión. El Jefe puede ponerse muy enfermo en cualquier momento. Tan enfermo que tendremos..., que tendré que tomar las riendas del país, con todos los problemas que eso supone.

Así solía referirse Almind-Enevold al primer

ministro cuando estaba entre amigos: el Jefe.

—No podemos tener un asunto así coleando. Casi se sugiere que hay gente en el partido que ha llevado una doble vida; además, Kongslund celebra dentro de pocos días un aniversario muy importante, y no quiero bajo ningún concepto que ensucie la celebración... un loco desquiciado.

Normalmente, Orla se habría puesto en pie para repetir que la carta no tenía ninguna importancia —sus palabras tenían gran peso en el hombre entrado en años que se había convertido en protector de su vida—, pero algo en el tono del ministro lo hizo juntar las manos y escuchar el tranquilizador crujido de las articulaciones de los dedos, sin hacer nada más. Era evidente que el ministro estaba más nervioso de lo normal.

Al final fue el propio ministro nacional quien rompió el silencio.

—En este momento me hace falta una maniobra de distracción...

—¿Una maniobra de distracción? —Orla

Berntsen repitió la expresión entre interrogantes, aunque sabía muy bien lo que significaba.

—Necesitamos un caso que distraiga la atención de todo esto, si es que Knud Tåsing y su prensa amarilla piensan seguir adelante. Carl Malle propone...

—¿Qué tal el chico tamil? —La propuesta salió de los labios de Orla Berntsen antes de llegar a pensarla. Era lógica. Después continuó—: Tal vez fuera una idea...

Detuvo un momento el curso de sus pensamientos.

—¿Expulsarlo de inmediato para distraer la atención?

El ministro arrugó el entrecejo. Luego su rostro se iluminó.

—Sí. Qué diablos, podría atraer la atención. A los medios les encanta el morbo..., las injusticias..., el maltrato. El abuso de poder.

Llamaron a la puerta, y la secretaria hizo pasar a los otros dos altos funcionarios. El Curandero se



sentó junto a Orla, mientras que el Hombre de Grauballe se quedó de pie junto a la ventana que daba al patio; sus ojeras estaban —incluso para él— inusualmente caídas, y lo hacían parecerse más que nunca al hombre descubierto en los pantanos tiempo atrás. Le faltaba poco para jubilarse, y se veía que temía un empujón satánico de donde menos lo esperase en el último segundo.

El ministro apretó un botón y alzó el tono de VOZ.

—¿Ha llegado Carl? ¡Pues que entre!

Se levantó y recibió al policía retirado a mitad de camino entre el escritorio y la puerta, lo abrazó y le dio varias palmadas en la espalda.

—¿Qué tal?

El hombretón se alzó de hombros, como si la pregunta fuera superflua.

—¿Y tú? ¿Y Lykke?

—Ningún problema... Es decir, excepto el que has venido a resolver aquí.

El jefe de policía retirado saludó sin sonreír a

los tres altos funcionarios, y asió con fuerza la mano de Orla un rato. Sus ojos eran oscuros y castaños, como dos pedazos de madera mojada; con los profundos surcos junto a la boca y el pelo rizado canoso daban a su rostro un aura de calidez meridional, lo que acentuaban sus movimientos joviales, casi indolentes. Parecía un amable perro labrador caminando sobre el suelo caliente para tumbarse junto a la chimenea.

Tres de los cinco hombres de la estancia sabían lo engañosa que era aquella impresión.

—Cuánto tiempo sin vernos —le dijo a Orla el policía retirado. No le preguntó por la salud, ni por su esposa e hijas, lo que desvelaba que estaba al día de los detalles de la fracasada vida privada de Orla Berntsen—. Entiendo que has sido el afortunado receptor de...

El jefe de Policía jubilado calló un momento, mientras se sentaba en el sofá frente al jefe de Gabinete.

—... de ese envío misterioso que ha remitido

de forma anónima algún desquiciado.

—Hay que encontrar a ese hombre —sentenció el ministro desde su escritorio.

—O mujer —corrigió Malle—. Después quiero hablar a solas con Orla.

—Sí, claro —respondió Almind-Enevold en nombre de Orla.

El expolicía se inclinó hacia delante.

—Pero antes quiero oírlo todo otra vez. A ver si hay algo que añadir a lo que sé. ¿Alguien en el ministerio ha visto a alguna persona sospechosa por los pasillos? ¿En el patio o en las escaleras? ¿Ha observado alguien algo extraño estos últimos meses? Esta carta está pensada hace mucho tiempo, no hay duda al respecto.

El Hombre de Grauballe se quedó mirando al antiguo jefe de Policía con cara de espanto.

—Lo estamos investigando —aseguró el Rey Absoluto.

—Tengo que saberlo todo... Todo sin excepción. Todo lo que pueda haber cambiado

durante los últimos meses. Tengo que ver todas las listas de reuniones y las de invitados desde principios de año. La persona que buscamos puede haber estado dentro del ministerio para hacerse una composición de lugar. O simplemente por curiosidad.

—Por supuesto, Carl.

—¿Y estas dos personas...? —Malle miró inquisitivo al Hombre de Grauballe y al Curandero, que le devolvió una mirada cautelosa, acentuada por aquella perilla que le daba un aire de artista de los años sesenta. Hacía tiempo que su instinto de policía había concluido que no iban a ser de ninguna ayuda, más bien al contrario. Iban a ser un estorbo cuando empezase la investigación de verdad.

—Están aquí a efectos de coordinación —explicó el ministro con cierto aire de disculpa—. Si te hace falta cualquier ayuda para lo que sea...

—Tengo a mi gente, Ole. Debo tener las manos libres. Lo sabes bien. Y ninguna publicidad sobre

el asunto.

El ministro hizo un gesto con la cabeza a los dos hombres, y el Curandero se levantó con una pequeña reverencia y la mirada vacía —tal vez fuera de puro alivio—, y desapareció con ese frufú característico de la ropa cara que hacía pensar a la gente en algo mágico. El Hombre de Grauballe vaciló medio segundo más, pero luego se fundió con la pared y no se oyó ni el sonido de la puerta al cerrar.

Los tres hombres, que se habían conocido durante décadas, estaban solos.

—Bueno, pues ya podemos empezar —dijo el ministro. Hizo un gesto distraído a Orla—. Tengo que hablar a solas con Carl, y luego pasará a tu despacho.

Orla se levantó y dejó a solas a los dos camaradas de la resistencia.

El periodista plantó ante el fotógrafo dos folios satinados con fotocopias.

—Vamos por buen camino; nuestro hogar infantil ha sido el tema preferido de las revistas durante muchísimos años. Empecé a mirar en 1961, claro.

Observó a Nils Jensen por encima de las delgadas gafas de leer, mientras encendía uno de sus indispensables cigarrillos mentolados.

—Tengo fotografías del vigésimo quinto aniversario, y parece ser que aquel día ocurrió algo muy extraño.

Knud Tåsing apoyó una de sus flacas piernas en una gran caja de mudanzas marrón y se estiró. El anónimo estaba en el suelo junto a la caja, donde debió de arrojarlo sin darse cuenta.

Nils, que se había sentado en una silla libre junto a la ventana, observó que la caja no se

desplazaba ni un centímetro. Debía de contener informes y documentos del período en que Tåsing estuvo envuelto en casos reveladores y cada tres meses salía con uno de esos artículos que resonaban en toda la nación: por ejemplo, el caso del hombre palestino al que condenaron por violación, que hizo que el entonces ministro de Justicia, Ole Almind-Enevold, culpase a todos los extranjeros. Después del escándalo y de que el hombre matara a dos chicos en un área de servicio, el futuro ministro nacional se valió sin cesar de la historia, como combustible de su santa campaña personal para las elecciones de 2001.

Aquella vez Knud Tåsing agachó la cabeza y aceptó la derrota. Sin sus insistentes artículos en el periódico, seguramente al hombre no lo habrían puesto en libertad, y claro, saber aquello lo destrozó. Dejó a su mujer y alquiló un apartamento en el barrio de Christianshavn, y allí pasó cinco años desconsolados como *freelance* deslucido antes de que le ofrecieran trabajo en *Fri Weekend*,

a pesar de las violentas protestas del Ministerio Nacional. Todas las mañanas iba en bici al periódico, en la zona portuaria, hacía compras en el súper camino de casa y pasaba los fines de semana frente al televisor. Jamás hablaba de sus sentimientos hacia el insensato que le mintió de forma tan descomunal, y tampoco hablaba de sus sentimientos para con los dos chicos que el palestino asesinó. Nunca, que supiera Nils, había visitado su tumba ni tratado de ponerse en contacto con sus padres, y quizá tampoco hubiera nada que decir. Los muertos escapaban a la perspectiva periodística, no podían hacer declaraciones a periódicos, y ese era el único ámbito que conocía Knud Tåsing.

—He mirado todos los ejemplares de *Billed Bladet*, *Hjemmet* y *Familie Journalen* de 1961, y en el número del *Billed Bladet* del 19 de mayo he encontrado este artículo.

Knud Tåsing puso tres fotocopias grandes, tamaño pliego, ante el fotógrafo.



—Trata del bebé abandonado de Kongslund...

De Inger Marie Ladegaard.

«Bebé abandonado en escalinatas el aniversario del hogar para recién nacidos», rezaba el titular, algo tosco, encima de la imagen de una joven con cofia blanca sobre unos rizos rubios.

—Sí, ella existe, pero eso ya lo sabíamos de antes. Y no es ningún escándalo.

El periodista no prestó atención al bien conocido comentario malhumorado.

—He investigado el apellido Bjergstrand —comunicó—. Pero no hay nadie con ese apellido en Internet, y tampoco hay nadie en las guías telefónicas entre 1990 y 2007. Así que, de momento, trataremos de buscar en años anteriores, y hará falta ayuda de diversos registros, y hojear viejas guías de teléfonos de la compañía TDC, que antes se llamaba KTAS. Tendremos que remontarnos hasta 1961, tal vez antes.

El fotógrafo no dijo nada.

—Por desgracia, las letras recortadas del

sobre no coinciden con las de nuestros *Billed Bladet* de 1961. Yo tenía alguna esperanza de que coincidieran. Lo más importante, para empezar, es que las letras son de colores, porque eso excluye ya muchas de las revistas del pasado. Por ejemplo, *Dansk Familieblad* usaba casi siempre letras negras en titulares, mientras que *Alt for Damerne*, aunque parezca extraño, era muy progresista, con policromía tanto en titulares como en artículos. Lo mismo ocurría con *Billed Bladet*. Pero aún no he investigado *Hjemmet*, *Familie Journalen*, *Ude og Hjemme* y varias más...

Knud Tåsing se levantó y entre las pilas de papel encontró un pequeño sendero que llevaba a la ventana.

—Pero tenemos una tercera pista, una pregunta simple: ¿qué habría en esa carta que daba tanto miedo al ministerio?

El periodista retrocedió hasta el escritorio y dio un manotazo al artículo que *Fri Weekend* había publicado en primera plana aquel mismo día, bajo

el titular: «Caso Kongslund: ¿qué esconde el hogar infantil?».

Las provocadoras palabras iban flanqueadas por una vieja fotografía de la antigua directora, la señorita Ladegaard. Llevaba un vestido azul marino con un broche de amatista en el pecho, y sonreía al fotógrafo, acompañada de una niña de rizos rubios a la que daba la mano.

«Mamá Dinamarca», ponía debajo.

En la primera página de la segunda sección, el diario había sustituido a la mujer mayor por otra más joven, vestida de verde, Susanne Ingemann. Estaba en la escalinata, ante el cuadro de la mujer del idílico claro del bosque, y la imagen, junto con el titular —«¿Un pasado secreto?»— daba la siniestra impresión de que ocurría algo muy raro. De que los protagonistas de la historia no eran necesariamente quienes parecían serlo, y de que unir pasado y presente podría constituir un engaño.

Era una primera plana muy bien manipulada, pensó Nils.

Y, como es natural, Susanne Ingemann se pondría hecha una furia.

—El proceso ya ha empezado —dijo Knud Tåsing, echando una última mirada a la primera página—. De hecho, ya he recibido algunos mensajes interesantes.

Hizo que despertara su pantalla moviendo el ratón.

—Uno de ellos venía de nuestra nueva gran cadena de televisión, a cuyo jefe de informativos he conocido... o, mejor dicho, conocía... en tiempos pasados.

El periodista miró con fijeza un correo electrónico que Nils no veía.

—Y es que Peter Trøst tiene un talento para la acción... brutal, podríamos decir; de todas formas, ya sabes lo famoso que se ha hecho en nuestro pequeño país televisivo. Si alguien puede centrar la atención en el caso, ese es él. Y nos conviene, siempre y cuando seamos nosotros quienes lleguemos primero a resolver el misterio.

El fotógrafo no dijo nada.

—Tenemos que ir a la fiesta de aniversario, y mientras tanto voy a buscar a gente de aquella época. Y la primera de todas, nuestra puericultora de nombre sencillo, Agnes Olsen.

El periodista palmeó la imagen de la joven tocada con cofia que encontró al bebé abandonado en la escalinata exterior.

—No va a ser fácil con ese nombre. Parece que en aquella época la gente tenía nombres de lo más comunes.

Tal vez fuera solo una ilusión, pero Orla Berntsen se imaginó cómo cambiaría de golpe la expresión facial de ambos hombres en el momento en que cerró la puerta.

Había salido del despacho del ministro nacional en cuanto Almind-Enevold hizo señas de que deseaba hablar a solas con su viejo amigo y

aliado Carl Malle.

Aun así, le pareció oír sus voces tras los gruesos muros, mientras atravesaba el Palacio hasta su propio antedespacho, donde la Mosca se esforzaba por seguir lo que se decía.

—¿Qué carajo está pasando, Carl?

—Eso quisiera saber yo.

—Joder, ¡tienes que tapar esto como sea!

Ese sería el tono, estaba seguro. Orla se dispuso a esperar al expolicía; tal vez su investigación no fuera más que una medida de precaución, pero el nerviosismo del ministro era asombroso, y las intensas advertencias de Carl Malle podrían sugerir que el policía jubilado estaba de acuerdo con el ministro.

¿Qué era lo que sabían? ¿Qué era lo que temían?

Miró hacia la puerta, por donde se colaba un delgado cono de luz que dejaba en el suelo una forma curva, como de sable; le recordaba el lugar donde creció, en el barrio de casas adosadas junto

al pantano. En el mundo físico, las puertas le parecían elementos muy tranquilizadores: altas, bajas, estrechas, anchas, tantas como se pudiera, porque significaban abastecimiento de luz y oxígeno, circulación de aire y, sobre todo, una vía de escape alternativa en caso de tener que retirarse de pronto. Pensó en la carta. Por supuesto que el receptor era el correcto, eso lo sabían tanto el ministro como el policía, pero no conseguía ver ninguna relación, aparte de eso.

¿Por qué era todo aquello tan importante para los dos hombres?

Orla se miró los antebrazos blancos. Pulso normal, manos tranquilas. Miró de reojo hacia la puerta que lo separaba de los dominios de la Mosca. Era un secreto sabido por pocos que el despacho del jefe de Gabinete —al igual que el del ministro y el del subsecretario— tenía más de una salida, por si acaso. La oficial era la que llevaba al gran salón que denominaban el Palacio; pero, medio escondida tras una cortina que bajaba

del techo hasta el suelo, había otra puerta, más estrecha, en la que pocos visitantes se fijaban. Tras abrirla, se llegaba a una estrecha escalera trasera que serpenteaba tres pisos hacia abajo hasta llegar a un cimiento de piedra desvencijado; de allí, en lo más profundo de Slotsholmen<sup>[4]</sup>, salía un pasillo que transcurría por debajo del ministerio, con conexiones a una red de corredores. Eran los corredores que los funcionarios llamaban entre susurros «las catacumbas», donde, por lo que se decía, solo el personal de limpieza del ministerio osaba entrar. Aquel grupo, compuesto sobre todo por tamiles, iraquíes, afganos y sudaneses que habían pasado por el ojo de la aguja del sistema de asilo danés —y después habían sido premiados con un puesto de trabajo fijo con un salario inicial al nivel de la renta mínima de subsistencia—, tenía sus vestuarios y lugares de descanso en aquellos corredores. El ministerio al que los Apóstoles de la Rectitud acusaban de racismo y cinismo daba,



pese a todo, la bienvenida a los invitados más afortunados, aunque por la noche las catacumbas, sobre todo para gente del hemisferio sur, podían resultar algo frías.

—Pareces el chico perdido del pantano.

Carl Malle había entrado en el despacho en absoluto silencio.

Orla Berntsen abandonó la idea de huir con un sobresalto.

El jefe de seguridad no pareció notar nada especial y fue directo al grano.

—Debes contestarme con sinceridad. ¿Tienes alguna idea de por qué el anónimo te ha llegado justo a ti?

—No. —¿Por qué no había de contestar con sinceridad?

—¿O por qué el autor se aseguró de que no la quemaras y te olvidaras del asunto, enviando una copia al enemigo mortal de este ministerio? Qué refinamiento.

El expolicía no recibió respuesta.

—Cuando las estabas pasando putas porque los demás chicos te humillaban y te enviaron al internado, donde todo fue mejor, te ayudamos, ¿no es así?

—Sí —aceptó Orla. Y notó que las palabras lo reducían a un chico grande que admiraba a un policía de pelo rizado que lo invitaba a estar en su despacho con la gorra de policía en la cabeza para construir pequeños autobuses londinenses en madera tallada.

—Ole está nervioso, claro. ¿Qué diablos pasa? Está a punto de asumir el más alto cargo del país. No se puede llegar más arriba.

Orla no dijo nada.

—Lo que me preocupa son los pequeños detalles. El autor parece ser una persona bastante reflexiva, que sabe mucho. Ese actuar metódico no corresponde a un loco. Eso es lo que me preocupa.

Orla siguió callado. Tal vez sospecharan de él. El viejo policía tenía fama de no descartar ninguna posibilidad de antemano.

—Lo jodido de todo esto es que esa cadena de televisión también ha recibido el anónimo. O al parecer alguien le ha contado la historia al oído a Peter Trøst.

El policía se lo quedó mirando, como para atribuirle una responsabilidad que no tenía.

—Peter Trøst acaba de llamar y ha dejado un mensaje para Ole, que ahora está enfervorecido, por supuesto. Una cosa es un pequeño diario sensacionalista, pero una cadena de televisión como Channel DK es algo muy diferente. Desde luego, el autor del anónimo ha hecho los deberes.

Orla seguía sin decir nada.

—¿Quién diablos es John Bjergstrand? — Había casi furia en la voz.

—No tengo ni idea.

—Creo que me mientes... Y creo que tienes alguna idea de lo que significa el anónimo.

Orla llevaba muchos años sin ruborizarse, pero esta vez se ruborizó. Se puso de pie.

—Si supiera cualquier cosa, lo diría.

Sonó algo ingenuo, como un niño parloteando.

—Eso espero.

—La cuestión es si no será Ole el que sabe algo, ya que te ha llamado a ti.

Carl Malle miró con fijeza al hombre al que conoció de chico.

—Si es así, lo sonsacaré. Y luego volveré.

Se levantó e hizo un añadido medio amenazador:

—Te lo prometo.

—Lo de Severin... ¿fue una casualidad? — preguntó Orla. La pregunta surgió de la nada. Todavía no se había puesto en contacto con el único amigo que tuvo jamás, y que perdió, pese a llevar tres días dejando mensajes en su contestador.

Carl Malle paró en seco en su camino hacia la puerta que llevaba a los dominios de la Mosca.

—Lo de ¿quién...?

—Severin, el de las casas amarillas. ¿Lo conocías también?

—No tengo ni idea de lo que estás hablando.

—Ni siquiera se dio la vuelta.

—El chico del vendaje en la cabeza. Søren Severin Nielsen, que ahora es abogado, el abogado más solicitado hoy en día para casos de refugiados. ¿Fue una casualidad?

El jefe de seguridad se quedó callado.

—¿Por qué no le preguntas a él si ha recibido un anónimo?

Era evidente que había dado en el blanco. Carl Malle aspiró hondo, todavía dándole la espalda, antes de responder:

—Søren Severin Nielsen no mantiene muy buenas relaciones con los representantes de este ministerio, deberías saberlo mejor que nadie. Pero puedes preguntárselo tú.

—Ya lo he intentado, porque creo que el autor del anónimo ha escrito esa carta a una serie de antiguos niños de Kongslund. No sé por qué, y tampoco sé de qué manera estáis implicados tú y Ole.

Se sorbió la nariz, y un miedo incomprensible volvió en medio de la furia.

—Pero hay algo que no va bien. —Se calló. Volvió a sonar como un niño.

Carl Malle hizo caso omiso de la acusación, sin darse la vuelta.

—Si llaman de esa cadena de televisión, si Peter Trøst se pone en contacto contigo, no le ayudes, no le digas ni palabra. Ya ha habido suficientes filtraciones.

Orla extendió los dedos sobre la mesa. Si hubiera hecho crujir un dedo, habría sonado como un disparo en el silencio reinante.

—Quizá deberíais investigar si Peter Trøst es adoptado. La mayor estrella del país. Quizá haya sido el propio autor del anónimo quien le ha cuchicheado algo al oído...

Carl Malle salió del despacho sin decir palabra y cerró la puerta tras de sí. Tan silenciosamente que no logró ahogar el eterno susurro del surtidor del patio.

## LA CADENA DE TELEVISIÓN

*8 de mayo de 2008*

*Magdalene diría que nada en la vida sucede como está previsto, ni siquiera en las altas esferas del Reino. El bebé que la puericultora comparó con Moisés en la cesta de junco dio que hablar en todos los periódicos del país; luego vendrían las grandes cadenas de televisión, y con ellas iba a aflorar de verdad la indignación y el escándalo.*

*Y era esa, por supuesto, la situación que temía el ministerio.*

*De todos los niños que localicé y seguí en los años posteriores a su salida de Kongslund, Peter*

*era el más vulnerable y extraordinario; aunque, como es natural, no lo parecía en las pantallas de televisión del país. En su vida adulta hacía justo lo que Magna predijo en su canción interminable: balancearse por la finísima tela de araña sin detenerse ni mirar a los lados.*

*Todos lo seguían con la vista; todos lo admiraban.*

*A nadie se le ocurriría que su vida contuviera secretos de los que los siete niños de la Sala de los Elefantes habían logrado ocultar.*

**P**ara una persona fantasiosa, los grandes estudios de Channel DK, al sur de la ciudad de Roskilde, en el centro de Selandia, podrían parecer una nave nodriza, procedente de una galaxia lejana, que había hecho un aterrizaje de emergencia; pero, observados con ojos más neutros, se trataba de una forma ovalada muy alta y negra que se extendía



más y más hacia las nubes. Y, como los ojos neutros eran la mayoría, la gente de los alrededores empezó a llamar al edificio «el Gran Cigarro», o, simplemente, «el Cigarro». Los observadores críticos —y quedaban unos cuantos de ellos entre los últimos socialistas y radicales del ámbito cultural que la cadena de televisión atacaba sin parar— pensaban que el apodo le iba bien a una casa cuya única ambición era esforzarse por tener cada vez mayores audiencias y obtener el máximo beneficio.

Entre la niebla del fiordo podía verse cada mañana a los empleados, como pequeños puntos negros, moviéndose desde el aparcamiento y atravesar el césped, para entrar en el edificio donde tenían sus ocupaciones diarias y, visto desde arriba, la procesión parecía un largo ejército de hormigas abriéndose paso en una mesa de billar, dejando tras ellas una huella clara. Nadie miraba atrás, nadie dudaba del éxito del día, siempre llegaban al trabajo sin retraso, jefes,

periodistas, secretarias, técnicos, mensajeros y trabajadoras de la cafetería, agradecidos por trabajar en el centro del mundo de la televisión. Incluso a distancia, el coordinador de informativos y entretenimiento, Peter Trøst, desde su despacho en el sexto piso, percibía el celo personificado en la inclinación de los cuerpos subiendo la colina, y observaba cómo cambiaban de sitio los pies, se erguían los cuellos, se volvían las cabezas y las voces de su amo se llenaban de buena disposición antes de dar los buenos días a los hombres uniformados detrás del mostrador.

Todos estaban sujetos a la filosofía que el presidente del consejo de administración, Bjørn Meliassen, trazó desde las alturas del Cigarro en su llamamiento a la población el día de primavera en que se creó la cadena: «La televisión nos da cercanía y conocimiento; la televisión nos trae la aventura y nos ofrece concordia».

Meliassen era profesor de universidad, pero ya en su primera aparición en la televisión se

presentó como catedrático, y sus palabras admonitorias quedaron ahogadas por la salva de aplausos de los más de mil empleados del edificio. Todos estaban encantados con el Catedrático.

Channel DK creció en pocos años, hasta convertirse en los estudios de televisión mayores y más avanzados de Dinamarca, que, en la primavera de 2008 —solo un año antes de su asombroso y catastrófico fracaso— contaba con su propio médico y su equipo de enfermeras, psiquiatra y tres psicólogos con consulta en el sexto piso, media docena de masajistas y fisioterapeutas, aparte, claro está, del personal de cafetería y limpieza, obreros de mantenimiento, técnicos, mensajeros y guardas de seguridad, y un sinfín de periodistas. En el piso del presidente de la junta había una sala de cine, otra de conciertos, un gran auditorio, un club nocturno y una cafetería para los empleados, a la que llamaban «el Noveno Cielo», porque estaba en el noveno piso. Había

también allí, oculta a las miradas de los visitantes, una puerta discreta que llevaba a los «Camarotes de los Jefes», que se componían de doce dormitorios de lujo, con cuarto de baño incluido, una gran ventana panorámica oval y un pequeño balcón con vistas a los fiordos de Roskilde y de Holbæk, la península de Tuse y el cabo de Kongsøre. Una escalera de caracol serpenteaba más arriba aún y conectaba los doce dormitorios con una hermosa terraza, donde habían instalado nueve bancos antiguos de madera de teca junto a un *jacuzzi* y una piscina con forma de lágrima azul. En la parte este de la terraza estaba la zona de ocio de los empleados, un parque compuesto de un jardín asilvestrado con pequeños arroyos y cascadas, árboles exóticos, arbustos y flores. Los empleados llamaban a la instalación de la parte superior del edificio «el Paraíso Terrenal» —o «el Paraíso», a secas—, y el chiste estaba en que era el único paraíso que la gente iba a necesitar conocer.

El Señor podía quedarse con el suyo.

—¡Tal vez deberíamos enterrar a nuestros muertos aquí arriba! —gritó una vez un delegado sindical en medio de un discurso exaltado el día de san Juan, pero al día siguiente lo degradaron al sótano junto con el resto de seres vivos enterrados en la sección de cultura. Con un hombre triunfador como el Catedrático no había lugar para bromas.

Al jefe de la sección de cultura de la zona del sótano lo llamaban «Parece Ser», porque «parece ser» que alguien lo vio una vez en la superficie de la tierra, donde por lo demás no se le había perdido nada, ya que su sección funcionaba solo como coartada para justificar las considerables subvenciones por servicio público que recibía la cadena por parte del Gobierno. En medio de la sección de cultura habían construido una cámara casi insonorizada con una puerta de acero forrada con plomo, que todos los invitados oficiales creían que era el sanctasanctórum del periodismo cultural, pero que los trabajadores de confianza

conocían como «Espacio Conceptual». Habían llenado la estancia de jóvenes leones que no sabían nada del mundo, pero lo sabían todo sobre cómo influir en las masas, y era allí donde el Catedrático y la estrella indiscutible de la cadena, Peter Trøst, recibían sus ideas para nuevos formatos de programa populares.

Parece Ser no tenía ni idea de conceptos. Eso sí, era el único que leía las secciones de opinión de los periódicos, y por eso fue también el primero en ver el singular artículo de *Fri Weekend* sobre el anónimo y el famoso hogar infantil.

Le recordó una extraña fábula de su infancia, y podría haberlo desechado sin más.

No obstante, en un momento de presencia mundana, subió en ascensor a la luz del día y dejó el recorte sobre la mesa del jefe de informativos, Bent Karlsen, en el tercer piso. Pero a Karlsen, que más que nada estaba contratado para producir reportajes informativos ultracortos y muy dramáticos, la historia le pareció una apuesta cara

y difícil que requeriría por lo menos medio día de investigación y todo un día para tomas, y por eso dejó el artículo sobre la mesa oval de informativos antes de subir al Noveno Cielo para tomar un cuenco de lechuga («Lo hemos contratado como carnívoro, y va y nos sale vegetariano», dijo un día entre dientes el Catedrático).

Peter Trøst Jørgensen, el coordinador de informativos y entretenimiento, encontró por casualidad sobre la mesa de informativos el artículo de *Fri Weekend* escrito por Knud Tåsing. Su mirada quedó prendada de la imagen de la antigua directora.

La reconoció enseguida.

Se sentó al borde de la mesa y se puso a leer, lo que era un espectáculo insólito para jefes de su nivel.

Luego buscó a Karlsen, que estaba en la cafetería celestial, con algunas hebras de lechuga en su bien afeitado mentón, y bebía agua mineral con gas.

—¿Qué historia es esta?

Dejó el artículo con la imagen de la mujer con el niño delante de su inmediato subordinado.

Karlsen lo miró: el titular decía «Famoso hogar infantil acusado de esconder a miles de niños».

—No es ninguna historia —objetó—. Porque la historia ya la ha publicado esa mierda de periódico, *Fri Weekend*. Y además —tragó una rodaja de pepino— tiene que ver con la identidad, la adopción, ese tipo de cosas.

Karlsen colocó un tomate *cherry* brillante en su boca perfectamente redonda, como para recalcar lo absurdo del punto de vista del periódico.

—Así que la rechazamos.

—¿La rechazamos?

—La examinamos con cuidado y nos pareció que no valía la pena seguir con ella. No tiene miga.

Karlsen tenía por costumbre pasar al presente



histórico en cuanto podía, porque el pasado solo existía en contextos mundiales fastidiosos que raras veces generaban una televisión cercana.

—Pero ¿lo has leído? —Trøst se inclinó hacia delante—. Solo porque haya salido en un periódico... Pero si nadie de nuestra audiencia lee periódicos ya...

—Pues no... —El tenedor del jefe de informativos taladró medio huevo duro—. Tampoco disponemos de gente para escribir esa clase de historias. La gente ya ha empezado a irse de vacaciones.

—Pues lo haré yo —aseguró Peter Trøst, siguiendo el estilo característico de la joven cadena. De vez en cuando, los jefes de sección hacían un reportaje si una historia tenía algún interés personal especial o relevancia política.

Karlsen partió en dos el huevo duro con el tenedor y se encogió de hombros.

Peter Trøst Jørgensen lo dejó y bajó a su enorme despacho de jefe con vistas al suroeste,

donde podía estar solo. Su secretaria estaba de baja por estrés y no había pedido otra.

Lo que conmocionó al coordinador de informativos del artículo de *Fri Weekend* no fue reconocer el hogar infantil, o lo mucho que sabía el periodista sobre el lugar, porque otro tanto sabían miles de daneses. Kongslund había sido la institución matriz de hogares de adopción y de recién nacidos. Había muchos como él.

Observó el paisaje al oeste de Roskilde, las colinas, linderos de bosque y las manchas marrón oscuro que marcaban cierto tipo de construcción urbana, como en un mapa semiborrado que nadie se dignaba a reemplazar, y abrió y cerró el único cajón de su escritorio, para el que, de hecho, tenía una llave. Indeciso. Fue la descripción del sobre con letras recortadas, los calcetines de niño y el extraño formulario lo que lo conmocionó. Oculta en el cajón del antiguo escritorio de abedul, bajo un cuaderno anaranjado de tamaño cuartilla, estaba la carta de la que hablaba el periódico; o, al

menos, una copia exacta.

La había recibido el 5 de mayo, el mismo día que el periódico y el ministerio, en un sobre del mismo tipo, y con las mismas letras coloreadas de revista pegadas encima. Tenía en la mano el mismo formulario misterioso, de casi cincuenta años antes.

John Bjergstrand. Nada más.

¿Lo habría elegido a propósito, o solo era uno más de una serie de periodistas que habían recibido una copia del viejo formulario?

Esperaba que fuera lo segundo, aunque lo dudaba, por supuesto.

Al principio metió la carta en el cajón y trató de olvidarla. Pero de pronto el artículo de *Fri Weekend* le había hecho recordar tanto el anónimo como todo su pasado, que muy poca gente conocía. Sus padres y sus abuelos le hablaron del hogar infantil cuando lo consideraron lo bastante responsable y seguro —el día que cumplió trece años—, y añadieron cuanto sabían sobre su madre

desconocida. Casi nada. Él no tuvo posibilidad de investigar sus informaciones, así que, en realidad, no tenía ni idea de quién era. Era una situación que compartía con muchos otros hijos adoptivos, y no solía haber ningún problema.

Junto al formulario estaban los calcetines de niño hechos a ganchillo de los que hablaba el periódico. Alguna vez habrían sido blancos, pero estaban grises por los muchos años transcurridos. Pensó en las hijas de su último matrimonio — fracasado—, que tenían siete y ocho años. Las veía poco. No las echaba de menos. Olió los calcetines; olían a humedad y edad, pero desprendían un olor algo especiado, como si hubieran pasado tiempo en un jardín de flores. No podía explicarlo. Su madre nunca había hecho nada de ganchillo. Nunca vio cerca de ella nada parecido a un ovillo de lana o una labor; solo recordaba su interés enfermizo por los arbustos, árboles y macizos de flores del jardín: se mostraba mucho más interesada por el crecimiento y la vida

cotidiana de las plantas que por su marido y su hijo...

Hijo adoptivo.

Pensó en Knud Tåsing, y vaciló. Tal vez no le quedara ya ánimo para decisiones tan importantes, y probablemente estaban más alejados de lo que estuvieron nunca, aunque llevaban años saludándose, en silencio, en diversas conferencias de prensa; era más fácil cuando estaban rodeados de compañeros. No se hablaban desde la catástrofe del Colegio Privado. No habían vuelto a hablarse desde la muerte brutal del rector Nordal, que a Peter Trøst le parecía que había ocurrido hacía una eternidad.

Sus dedos teclearon el número del periódico. Aspiró hondo.

El tono de llamada duró casi cuatro minutos, en *Fri Weekend* debían de estar ahorrando en personal.

Preguntó por el periodista sin presentarse, y volvió a esperar. No lo había llamado por su

nombre completo. No había muchos que supieran que al periodista le pusieron el nombre de un conocido explorador de Groenlandia, y por eso tenía Mylius como segundo nombre. Aquello le costó un montón de bromas en el Privado.

—Tåsing. —Solo una palabra.

Nunca había estado más tranquilo.

—Aquí Peter Trøst.

—¡No me digas!

El antes admirado periodista no tardó ni un segundo en añadir a sus palabras la adecuada dosis de ironía. Debía de estar acostumbrado.

Peter había escrito un gran signo de interrogación de aspecto extraño en su bloc, y trazó una raya por encima. La iniciativa era suya.

—Tengo delante tu artículo sobre Kongslund —anunció—. Estoy pensando hacer un reportaje.

—Bueno, pensé que te parecería interesante. A mí me lo parece; con lo que sé...

Peter Trøst calló. Knud Tåsing recordaba su historia, y además pensó en ella cuando escribió el

artículo. Era de los pocos que la conocía.

—Pero no has escrito nada sobre eso —dijo Peter al final.

—No. No era más que una historia lejana..., ¿de hace cuánto? ¿Treinta años?

—Sí. La que te conté al día siguiente de cumplir trece años.

No era una respuesta, sino una observación.

—¿Crees que debería haberla mencionado?

Peter volvió a emborronar con cuidado el signo de interrogación hasta casi hacerlo desaparecer. El presente no tenía nada que ver con el suceso que los separó. Eran unos niños.

—Solo quería saber...

No pudo continuar.

—¿... qué más sé de Kongslund y del asunto de la carta? —terminó la frase Knud Tåsing.

—Sí. —Peter escribió un signo de admiración a la derecha del signo de interrogación emborronado—. Me parece, como a ti, que hay algo de interesante en esta historia.

—¿Has recibido la carta?

La pregunta llegó de repente. Knud Tåsing era un periodista competente, y la pausa delató a Peter antes de que pudiera reaccionar.

—Sí —reconoció. Había pocos periodistas en el país con la categoría de Knud. Puede que solo un puñado.

—¿Con el mismo texto?

—Sí.

—Si quieres ayuda después de tantos años, vas a tener que ser franco. —Knud Tåsing puso un ligero énfasis en la última palabra.

Peter Trøst percibió la distancia en su antiguo amigo. Surgió después de que se separasen, como una especie de escudo contra lo que le había sucedido en el Colegio Privado, y que al final costó la vida al padre de Knud Tåsing.

—¿Se puede localizar a alguna de las jefas de la antigua Asistencia a la Maternidad?

—Quizá. —Peter lo dijo sin mucho convencimiento.



—Quizá. Tal vez la antigua directora. ¿Cómo se llamaba?

—Señora Krantz. Ahora está senil.

—He tratado de ponerme en contacto con Martha Ladegaard. Está implicada de alguna manera. Pero está asustada. No quiere hacer ningún comentario.

—Así que ¿crees esa historia de los ricos que recibían ayuda para deshacerse de las consecuencias de un desliz? ¿Hijos de hombres famosos?

El periodista no hizo caso de la pregunta. Tras una larga pausa, dijo:

—¿Quién estaba en la Sala de Recién Nacidos, aparte de ti? Susanne Ingemann no quiere decírmelo. Pero tú visitaste el hogar infantil después de que... —Y calló.

Peter se quedó pensando un rato.

—Estoy seguro de tres —afirmó—. El primero es Orla Berntsen, al que ya conocemos, y el segundo es un abogado que puede que también

conozcas: es abogado de refugiados y se llama Søren Severin Nielsen. Hay un detalle de lo más asombroso. En una entrevista, contó una vez que de estudiante había vivido con Orla Berntsen en la residencia Regensen; es curioso, porque hoy en día están en extremos opuestos en todos los grandes casos de refugiados. Probablemente nadie sabe que, recién nacidos, también estuvieron juntos en el hogar infantil. Debieron de enfadarse bastante en algún momento de sus vidas.

Knud Tåsing no dijo nada, y Peter comprendió su silencio. Los amigos se traicionan.

—Y luego estaba Marie Ladegaard, la niña que acogió la propia directora, la señorita Ladegaard. Creo que había también un tipo llamado Asger, de quien me habló una vez Marie. Lo adoptó una familia de Aarhus. Llevo muchos años sin hablar con la hija acogida por la señorita Ladegaard.

—Están todos como... asustados por algo. No he podido ni ponerme en contacto con Marie. ¿Para cuándo tienes programa?

—Para el aniversario.

—Sabemos de ti, sabemos de Orla, sabemos del abogado y de Marie, y tal vez también de un niño llamado Asger. Pero quedan dos, ¿no? — insistió Kund—. ¿Quién coño son los otros dos? Un chico y una chica.

—No lo sé.

—Lo interesante en esa historia es el chico. Si alguien puede sacar algo de Magna o de Marie, ese eres tú. Creo que es una historia fantástica. Lo noto.

Knud hizo una breve pausa.

A Peter el entusiasmo de su antiguo amigo le llegaba burbujeante como una ola irresistible. Quizá estuviera igual de seguro la vez que cometió el error de su vida y destrozó su carrera.

—Escucha. Me hace falta una buena exclusiva, una historia que sea cierta de arriba abajo, y que sea una revelación. Mi periódico cutre lo necesita, y por eso me deja seguir mientras haya un aire de conspiración con una pizca de lucha de clases. —

El desacreditado periodista tosió—. No les gustaría perderse el escándalo que se montaría si un monstruo escamoso del pasado acusa de pronto a un montón de ciudadanos respetables de haber dejado embarazadas a chicas pobres, y después haberlas obligado a entregar a sus hijos en adopción a cambio de donativos y de la protección del hogar para niños abandonados más famoso del país. Joder. Y el gran partido social solidario haciendo del malo de la película.

Peter no dijo nada. Knud Tåsing siempre había sido más directo que él. El hijo del trabajador y el hijo del médico especialista; así fue como empezó.

Colgó.

Había vuelto a leer el artículo y había subrayado las partes más interesantes. Después se decidió a realizar la inevitable llamada. Tenía el número directo del jefe de prensa del ministerio.

La llamada de vuelta llegó media hora más tarde, y Peter Trøst reconoció de inmediato la característica voz suave, casi femenina.

—Almind-Enevold. —Nada más.

Había coincidido con el incontestado jefe ideológico de la línea dura del partido en innumerables ocasiones, y lo había entrevistado más de veinte veces en sus tiempos de sostén y presentador de Channel DK. Fue directo al grano.

—Quiero hablar con usted sobre Kongslund, el hogar infantil que hay en Skodsborg, del que ha sido benefactor desde los años sesenta. En principio, de modo informal, pero puede que después delante de la cámara.

Al otro lado de la línea se hizo un pesado silencio, algo extraño en aquel hombre poderoso.

—Kongslund... ¿Por qué?

La voz del ministro llegó chirriante. Peter giró el teléfono un poco hacia el este.

—Estamos haciendo una semblanza con ocasión del aniversario de la antigua directora —dijo—. Bien puede decirse que es parte de la historia de Dinamarca.

—Yo creía que Channel DK buscaba historias

más... sabrosas.

—Ya hemos leído los artículos de *Fri Weekend* sobre Kongslund.

Así que ya podía ir directo al grano.

—Es un artículo sensacionalista, Trøst. Un punto de vista sensacionalista de un periódico sensacionalista, que jamás debió publicarse.

El presentador de televisión entornó los ojos y se concentró en escoger las palabras adecuadas.

—Habla de un anónimo —observó.

—Escucha, Trøst. Hablaré con gusto del hogar infantil y de los niños abandonados, que el Ministerio Nacional tiene el claro deber de proteger, pero...

Sonaba como el principio de un discurso de campaña electoral, y Peter Trøst lo interrumpió.

—En nuestro reportaje también va a haber sitio para el pasado...

—No, si su punto de partida es *Fri Weekend*.

—¿Podríamos quedar para hablar de ello, antes de una eventual grabación?

Una vez más, hubo una larga pausa, atípica, en la línea. Durante casi cinco segundos, se oyó la respiración del ministro mientras pensaba. No era lo habitual.

—Mire, Trøst: esta noche tengo que ir a Vejle a reunirme con mi comité local —dijo al fin—. Pasaré por los estudios de camino, pero de manera informal, hacia las cinco.

Luego colgó sin despedirse.

Peter Trøst Jørgensen tomó el ascensor al Paraíso y se quedó mirando la neblina del este, hasta que divisó la sombra azul que suponía que sería el estrecho de Øresund. Y, más allá, Suecia. Un hombre alto y atractivo en la cima de un estrecho Cigarro negro; un hombre que tenía el privilegio de poder hacer llegar a los rincones más remotos de Dinamarca el mensaje exacto que desearan difundir los dueños y señores del Cigarro. Pero difícilmente desearían transmitir un relato que el Ministerio Nacional no deseara propagar al país. El Catedrático se había

encargado durante años del tratamiento exclusivo del flujo de comunicados sobre nueva legislación para extranjeros, disposiciones y reglamentos, nuevas reglas para visados, convivencia y ciudadanía, celebración de las fiestas nacionales y promoción de importantes debates también nacionales en torno a temas que interesaban al ministerio, sobre todo los problemas de un patrimonio cultural nacional achacoso, la enseñanza en las escuelas y, por supuesto, los extranjeros.

Pero la noticia de Kongslund no trataba de extranjeros, a no ser que se clasifique a las decenas de miles de niños adoptados como extranjeros del pasado, y Peter jamás se había considerado tal cosa. Al contrario. Como el resto de niños de Kongslund entregados en adopción, había logrado un nuevo hogar y otra oportunidad; todos recibieron ayuda. Observó la sombra azul del horizonte y pensó que, en su lejanía, simbolizaba el pasado por el que nunca se



interesó. El niño que una vez fue entregado sin condiciones a las personas que lo acogieron; él había llegado de un pasado desconocido, ni siquiera sabía dónde había nacido.

Ya sabía que algunos hijos adoptivos buscaban sus raíces cuando crecían, pero él nunca sintió esa necesidad. Al contrario. Habría sido un acto del que no preveía el final, una pérdida total de control, y esas cosas no se hacían en su mundo, si es que podían evitarse.

No obstante, lo desconcertaba el poder del envío anónimo para asustar al ministerio. Y la carta había hecho que algo se removiera en su interior.

Tal vez fuera la obstinación.

Vio ante sí al rector muerto, y cerró los ojos. Como siempre. ¿Cuánto sabía el autor del anónimo sobre lo que siempre había permanecido oculto?

## PETER

*1961-1973*

*Creo que los niños de la Sala de los Elefantes sabían cuándo iban a marcharse mucho antes de que los entregaran a brazos extraños. Creo que nos despedíamos en silencio, como hacen los niños, y que el mensaje de la separación pasaba sin problemas entre nosotros, de una cama a otra.*

*Por alguna razón, siempre me dormía antes de que Magna terminara su canción, y soñaba que un día me acompañaban a uno de los coches de la entrada, transportada por la interminable serie de versos de Magna.*

*Peter fue el siguiente en marcharse. Una*

*mañana su cama junto a la ventana estaba vacía. En sueños, lo vi caminar sobre la delgada telaraña que habían hilado para él las señoritas, y en su caminar no había inseguridad, ni la menor vacilación.*

A finales del verano de 1972 llevaba varios meses vigilando intensamente a Orla, y ya no estaba tan segura de mi añoranza por lograr una familia y alejarme de Kongslund.

Su extraña vida en el barrio de casas adosadas, rodeado de niños que lo despreciaban por ser un elemento extraño y perturbador, pero con quienes, de todas formas, trataba, me asustaba cada vez con más furia.

Después de mis excursiones, Magdalene solía visitarme por la noche —cada vez pasaba más momentos alegres y celestiales junto a su amigo del alma, el Rey Bueno—, para examinar entre las

dos mis apuntes y hacer añadidos antes de ocultarlos en el fondo falso del viejo armario de limonero; fue ella quien, una noche de verano, me propuso observar con mayor detenimiento a otro de los niños de la Sala de los Elefantes.

Nuestros ojos se posaron en Peter, claro; Peter el Feliz.

En la foto de las Navidades de 1961 está tumbado bajo la rama de abeto con el tambor, sonriendo a la cámara. No es de extrañar que las puericultoras parlanchinas lo llamaran Poul, como el joven héroe de la pantalla Poul Reichardt. La ayudante de más confianza de Magna, Gerda Jensen, me contó después cuánto lo adoraban.

Tomé el autobús de la costa y me apeé en el puerto de Rungsted, que por aquel entonces se componía de un par de embarcaderos de madera con alguna barquichuela y una pequeña playa adonde iban a veces los pasotas con sus gruesos jerseys islandeses a sentarse al sol, fumar hachís y beber cerveza casera. Desde allí caminé el último

tramo hasta la dirección que había encontrado en el escondite de Magna. Se trataba de una enorme villa blanca rodeada de un exuberante y bien cuidado jardín; había un pequeño banco pintado de blanco debajo de un gran olmo, en el que estaba sentado Peter, en medio de una franja de sol que milagrosamente había atravesado el follaje del olmo. Tumbada tras los arbustos, observaba los pájaros salir a saltos de las sombras y agruparse en torno a él, como si solo fuera un reflejo del sol que no había que tomar en consideración. Y con el catalejo observaba su rostro. Él no se daba cuenta. Nunca me vio.

Pasé semanas tras los setos y arbustos que rodeaban el imponente jardín que ahora era suyo; al contrario que el mundo de Orla, estar allí era como estar ni más ni menos que en el Paraíso. Todo estaba florecido, y si tenías predisposición a la envidia, esta podía germinar y crecer y serpentear por las raíces del corazón, pero solo a distancia, y solo hasta el momento en que mirabas

aquellos ojos azul-grisáceos que más tarde millones de daneses tendrían ocasión de ver cada noche. Durante su primera infancia, Peter poseía una muy extraña falta de autoestima y una despreocupación por su aspecto que marcaba un agudo contraste con lo que sucedió después. Estuvo en el centro del mundo desde el primer día de escuela, pero no parecía sufrir ningún daño por su enorme popularidad. Esta no lo inducía a fanfarronear ni a mangonear, y tampoco a no hacer caso a los más débiles de la clase; al contrario.

El Colegio Privado era una especie de reserva, con edificios bajos funcionales, para los hijos de los ricos, con acceso a un bosquecillo donde los alumnos mayores podían pasear durante el recreo del almuerzo. Desde Strandvejen subía un largo sendero recto de gravilla hasta una verja que se abría por la mañana y se cerraba por la noche, y la verja estaba custodiada por los perros del rector, un par de feroces y escuálidos galgos ingleses que de día estaban encadenados tras una cerca de

alambre en un rincón del patio de recreo, y por la noche los soltaban. Si alguien se acercaba a la verja de noche, se oían los ladridos de los perros por el bosque como un eco furioso, y los sonidos aún más lúgubres del estrépito sordo que hacían al lanzar sus cuerpos nervudos contra la odiada barrera; si las dos bestias hubieran sido un poco más delgadas, se habrían escurrido entre los barrotes, y sin duda era justo esa visión terrorífica la que mantenía a ladrones y pirómanos potenciales —bueno, a cualquier extraño— lejos del terreno del Colegio Privado.

Hasta las Navidades en que murió el rector Nordal —y sus dos galgos—, cuando la vida de Peter, con once años, cambió de arriba abajo.

El dueño y señor del Colegio Privado era un hombre de actitud muy severa, temido por los doscientos veinte distinguidos alumnos de la escuela por su discreto sarcasmo y sus repentinos ataques de ira mastodónica. Sonriente frente a los padres, siempre tenía a mano una acertada palabra

de elogio sobre su aplicada hija o su avispado hijo, lo que hacía que las descripciones que esos mismos hijo e hija hacían del áter ego rugiente y espumajeante del rector se considerasen excusas poco probables en las casas de buen tono de la zona. Ahogadas por el llanto, las acusaciones de sadismo contra el rector solían suponer a menudo otra bofetada o un día más sin salir de casa, y los padres cuyas criaturas había alabado el rector por su sinceridad inquebrantable, ponían más sentimiento y contundencia en el castigo.

Peter se dio cuenta de que también había niños que no le gustaban al rector Nordal.

Temprano por la mañana, después de encadenar a los perros, llegaba sin prisa por el sendero que había desde su domicilio, con la vista dirigida expectante hacia la entrada. En medio del patio, se detenía un rato bajo el majestuoso tilo, que era el orgullo del colegio, y escuchaba el susurro del viento en su imponente copa, y por supuesto que debería haber oído su advertencia:



unos quejidos y gemidos, que se debían a que las raíces más profundas sabían que la Muerte estaba en camino. Pero no la oyó. Había ayudado a cuidar el árbol, y este había crecido tanto que se había convertido en símbolo de toda la zona.

Que siguieran llegando niños tarde, pese a saber que justo en la entrada se encontraba esperándolos aquel galgo humano, dice algo sobre las ansias de libertad inherentes al ser humano, y sobre todo a los niños. Los pecadores, con el miedo del rebelde pintado en los ojos, se colaban por la enorme verja de la entrada y eran recibidos por el grito furioso del rector. Cuando se inclinaba sobre ellos, su aliento olía a azufre, a rayos y a ácido clorhídrico, y aquel tufo nauseabundo había llegado a ser con el paso del tiempo más temido incluso que las observaciones más sarcásticas del rapapolvo:

—¿¿El señorito no podía despegar su culo gordo del edredón de seda?? —gritaba, mientras asía con brutalidad una oreja y tiraba hacia arriba

— Ya te enseñaré yo a darte prisa, maldita sabandija.

Después empujaba al alumno hacia el sendero de gravilla.

—Te lo enseñaré ¡como hay Dios!

Y las palabras se hundían hasta el fondo en un baño espumoso de maldiciones, todo ello mientras al osado, puesto de rodillas, le llegaba una bocanada de aire vomitivo que paralizaba todos sus órganos.

A los padres más pobres de la región raras veces se les ocurría inscribir a sus hijos en el Privado, pero cuando era así el rector Nordal les quitaba la idea de la cabeza en un santiamén. En su colegio no iba a haber hijos e hijas de secretarías y barrenderos, ningún proletario iba a manchar su distinguida fama con nombres ordinarios como Olsen, Jensen, Hansen y, Dios lo librara, el peor de todos: Pedersen. Un apellido ordinario de trabajador.

Solo una persona de todo el municipio aguantó

la presión e insistió en su derecho, y puede que hasta amenazara con ir al periódico local de Usserød, que en aquellos tiempos era casi socialista; hasta que el rector, flaco y lívido de furia, tuvo que ceder. Aquel primer emisario del mundo exterior a los barrios opulentos, donde los chicos llevaban chaquetas de botones dorados y se convertían en pequeños patriarcas a la edad de ocho años, entró en clase con la cabeza hundida, como avergonzado. No recordaba a ninguna otra persona, niño o adulto, que Peter hubiera visto: delgado, con el pelo medio largo, una camiseta descolorida y pantalones grises arrugados. La señorita Iversen lo presentó; allí, junto al encerado, caído de hombros, parecía una copia en miniatura de los adolescentes que la Policía acababa de correr a porrazos en Copenhague durante las manifestaciones contra el Banco Mundial y la guerra de Vietnam. La señorita señaló un pupitre vacío en la fila de la ventana, y el chico se hundió en él, como abrumado por un peso

enorme, y desapareció en un aura de lejanía y mutismo que parecía protegerlo de las miradas hostiles.

En cualquier otra clase lo habrían machacado; tan solo por su nombre, que solía decir en un susurro inaudible: «Knud Mylius Tåsing»; y aunque el apellido se debía a la isla danesa de donde procedía su familia, los dos nombres eran los dos primeros resultados de la admiración sin límite que sentía su padre por los exploradores de Groenlandia Knud Rasmussen y Ludvig Mylius-Erichsen.

Este último, explicó entusiasmada la señorita Iversen, había sido un gran héroe danés. Tal vez el mayor de todos. Desapareció en la noche polar en marzo de 1907, a unos 79 grados de latitud, y nunca lo encontraron. Leyó en voz alta el último apunte del diario escrito por su héroe, justo antes de que la expedición se sumiera en la oscuridad, lo que hizo que el chico cuyo segundo nombre era Mylius enrojeciera con tanta intensidad como el

último y desesperado cohete de socorro en la noche polar: «El otro día cumplí treinta y cinco años. Dentro de otros quince, las energías me habrán abandonado...».

El culto a los héroes de la señorita Iversen hizo que los demás chicos aborrecieran al instante el famoso nombre, que decidieron reconvertir en My, en honor a las enormes locomotoras MY que sacaban unos convoyes colosales de la Estación Central y tiraban de ellos por todo el país. Luego hacían muecas y bufaban por las comisuras, como si soltaran vapor de unas calderas sobrecalentadas, y My se hundía, impotente, entre ellos. Su padre trabajaba en una fábrica textil de ropa, y su madre, si los rumores eran ciertos, había muerto de tomar pastillas y fumar hachís viviendo como una auténtica *hippy*.

Pero aun así Peter lo invitó un día al jardín de su casa, y estuvieron sentados bajo el olmo, donde My de repente hizo una pregunta que Peter, para su asombro, ya sabía que iba a hacerle:

—¿Qué altura tenía el olmo cuando eras pequeño? —My señaló el olmo.

—Desde luego, era mayor que yo —respondió Peter con esa lógica aplastante que ha llevado a hombres a la luna y preparado a personas para responder a las cuestiones más complicadas de la vida.

My se quedó meditando la breve respuesta, pero no dijo nada.

—No —se adelantó Peter.

My asintió en silencio. Había pensado en si tendrían que talarlo alguna vez.

Al principio era huraño, casi feo, un chaval de hombros estrechos y uñas sucias al final de sus largos dedos nerviosos, y mientras el padre de Peter era médico jefe de servicio especializado en neurología y enfermedades cerebrales, el padre de Knud iba a trabajar a las seis de la mañana y volvía a las cuatro de la tarde, se quitaba el mono de trabajo, se duchaba y se ponía una camiseta con una imagen en blanco y negro del héroe

revolucionario Lenin en el pecho antes de sentarse en el patio, ante el bloque de viviendas con su periódico, el órgano del frente comunista *El diario del pueblo*.

Si el padre de Peter era taciturno, Hjalmar, el padre de Knud, era mudo como el mausoleo en el que habían dispuesto a su ídolo para su descanso eterno. Lo que deseaba saber Peter de la familia de My tuvo que sacarlo de las pocas cosas que había en las minúsculas habitaciones: retratos de los grandes padres socialistas Lenin y Marx junto a la mesa del comedor, y la fotografía de la sonriente madre desaparecida, que según el relato susurrado de My ni mucho menos había muerto, sino que había encontrado la auténtica libertad revolucionaria en una granja de *hippies* que practicaban un modo de vida budista en una provincia del sur de España; allí meditaba con las piernas cruzadas a la sombra azul de las montañas; mientras tanto, sonreía con melancolía a su chico desde marcos dorados en el televisor, en la cocina

y en la mesilla de noche, y estaba incluso goteando, pero siempre sonriente, en la estantería del champú, fuera de la cabina de la ducha que Hjalmar había instalado en un rincón de la cocina.

Para Peter era un enigma cómo el admirador de Lenin, miembro durante años del Partido Comunista y enlace sindical en la fábrica textil, se había obstinado tanto en apuntar a su único hijo al más privado de todos los colegios privados del mar de armonía burgués del norte de Selandia, incluso tal vez al más capitalista de todos los colegios capitalistas de Dinamarca. Y un día le preguntó si había estado alguna vez con el rector Nordal.

Al principio, el padre de My no se movió, y se quedó en silencio un rato largo. Luego bajó lentamente su cabezota de cejas pobladas y abrió *El diario del pueblo*.

Mientras leía, dijo:

—El rector Nordal no es importante.

Aquel error de apreciación iba a resultar fatal



para él. Es probable que fuera justo la creciente popularidad de Knud Mylius Tåsing la que, junto con su presencia indebida en el Privado, hizo que el rector Nordal, apodado «el Galgo», se saliera de sus casillas y, por ello, sellara el destino, tanto suyo como del padre de Knud. El rector sentía un odio irrefrenable por un hombre así, que acudía a mítines políticos, imprimía carteles de color rojo vivo e incitaba a los hombres a la revuelta contra los dueños de fábricas que tenían beneficios exorbitantes; sobre todo porque el dueño de la fábrica textil estaba en la junta directiva del Colegio Privado y era una de las eminencias conservadoras más sólidas del municipio. La persecución comenzó a principios de la primavera de 1973, y el pretexto para el rector Nordal fue una coincidencia extraordinaria. La historia no pudo completarse hasta mucho más tarde, a partir de los fragmentos sueltos, como cuando se reconstruye un avión que se ha precipitado entre las nubes y ha estallado en mil pedazos, y fui yo

quien la completó.

Animado por el éxito de My en el Privado, uno de los compañeros de Hjalmar había apuntado a su hijo al distinguido colegio, pero aquel chico delgaducho no poseía el encanto ni la fuerza bruta de My —tampoco era amigo de Peter—, y le llovieron las gamberradas desde el primer día. Al tercer día estaba solo en el patio de la escuela, llorando, y la parodia de sorberse la nariz que hicieron los mayores desató enormes carcajadas, cosa que hizo que los galgos de la jaula de la parte trasera de la vivienda del rector ladrasen más alto que nunca. Knud había aprendido tres principios de su taciturno padre: proteger a los débiles —fundamento de toda sociedad humana—, solidaridad —instrumento de transformación— y orgullo —pilar de la honradez personal—. Así que el chico de Usserød, que había ido a una escuela pública de Copenhague y tenía una madre revolucionaria en Andalucía, en su cuarta reencarnación, llevó al chico sollozante a un

banco, le echó el brazo al hombro y durante el recreo del almuerzo entraron juntos al bosque con la frente alta y miradas que se entrenaban para su nueva lucha de resistencia común.

Cuando volvieron, los niños ricos estaban algo inseguros, y puede que el Galgo percibiera en aquel momento la presencia de un contrario mucho más fuerte que los retrasos matutinos de los niños ricos: el riesgo de que uno, que ya eran dos, se convirtieran en muchos, y que muchos se convirtieran en más aún; vamos, que los Pedersen del mundo terminaran echando abajo la puerta de acceso a la tierra prometida, dentro de los dominios de los ricos.

Al Privado había llegado la revolución.

Así que el Galgo dejó preparado el camino que iba a tragarse al padre de Knud Tåsing y resolver el problema de una vez por todas. Golpeó a la mañana siguiente temprano. Hizo llamar a cinco de los alumnos mayores, de séptimo, y la puerta del despacho del rector estuvo cerrada

durante casi una hora; cuando salieron, dijeron que no habían visto nunca al rector tan pálido y con una mirada tan incandescente. Mandó llamar a Knud. Durante el recreo, los chicos de séptimo formaron un círculo en el patio, cuchicheando entre ellos, pero Knud seguía sin volver. Fue a buscarlo su padre, que llegó con el mono de trabajo y zuecos, y luego los dos se marcharon cabizbajos a su motocicleta y desaparecieron por el bosque.

Knud no volvió al colegio hasta pasada una semana, y un aura de silencio y lejanía, que ya nunca iba a desaparecer, lo ocultó de las miradas de los demás. El rumor del escándalo recorrió el patio del colegio, entró y salió de las aulas, y lo confirmó sin lugar a dudas la mirada enrojecida del Galgo. En el tiempo que siguió, el rector Nordal trató a los alumnos de la escuela con una extraña clemencia que resultaba desconocida para todos. Hasta los pecadores que llegaban con cinco, seis, o siete minutos de retraso solo recibían una

reprimenda en voz baja, casi con la boca cerrada y con un mínimo de vapores de azufre, después los enviaba al aula. Hasta los perros estaban callados.

Nadie puede explicar cómo consiguió Knud Mylius Tåsing atravesar la larga noche polar que se extendió durante varios meses. Parecía probado, por los comentarios de los chicos de séptimo, que My y el chico nuevo habían entrado al bosque abrazados, y que algo había pasado entre ellos allí, rodeados de troncos; no había duda. My había obligado al chico a participar en actos de una naturaleza que solo podía insinuarse; la insinuación, que de alguna manera era más horrible que una confesión, fue suficiente para el rector y para la escuela en su conjunto.

Un par de noches más tarde, Peter tuvo un sueño nauseabundo: en él era una sombra en el despacho del rector, esperando lo que iba a suceder. Entraba al despacho el padre de My, todavía oliendo a sudor y humo de cigarro porque no había tenido tiempo de ducharse, con la imagen

de su barbudo héroe revolucionario en la tripa.

—Debe comprender que lo que más deseamos es evitar un escándalo, y quizá la intervención de la Policía —explicó el Galgo al trabajador, y pudo verse al instante cómo el hombre del bloque de viviendas de Usserød se vaciaba de toda la resistencia y todo el escepticismo, todo el desprecio hacia hombres de la calaña de Nordal que My había absorbido desde que era un bebé, como una bolsa rajada se vacía de arena.

Peter supo en aquel instante que My era inocente. En sus ojos no se veía atisbo de vergüenza.

Un par de semanas más tarde, los padres de Peter organizaron una fiesta de otoño en el jardín con sus distinguidos amigos de los barrios de Rungsted, Christiansgave y Vedbæk. Las estancias se llenaron con las familias más selectas del barrio de Strandvejen, y después de la cena el dueño de la fábrica textil y su buen amigo el alcalde se retiraron a un rincón de la sala. Peter

los oyó reír, y de pronto surgió una palabra que captó su atención: «comunista», y después: «escándalo».

Peter se acercó.

—Al final siempre se achantan —se oyó la voz del dueño de la fábrica. Otra carcajada.

—Sí, la bronca no la olvidará nunca —asintió el alcalde, mientras su rolliza mano alzaba la copa de coñac—. Nordal lo ha llevado de una manera fantástica y elegante —concluyó el alcalde en tono de admiración.

El dueño de la fábrica observó la ceniza de su largo cigarro y asintió con la cabeza.

—Bueno, ahora ya han encontrado su lugar adecuado; tanto la sabandija grande como la pequeña.

A la semana siguiente, Peter lo comprobó: el padre de My acababa de comunicar que no tenía intención de presentarse a las elecciones sindicales de la fábrica. El partido trató de que cambiara de parecer, según escribió el *Diario de*

*Usserød*, pero él no ofreció otra explicación más que su deseo de que lo relevaran en su puesto.

Peter se dio cuenta enseguida del diabólico ultimátum que planteó el rector Nordal el día que llegó a la escuela el padre de My: Hjalmar podía mantenerse firme y abandonar a su hijo, o podía abandonar su causa y salvar a su hijo.

—Si aceptamos que hay que mantener a la Policía fuera de esto, debemos actuar con discreción, pero con responsabilidad. Por supuesto, usted no puede seguir siendo políticamente activo y enlace sindical en una posición en la que en cualquier momento se arriesga a encabezar una huelga y ser despedido, o tal vez incluso ser investigado por la Policía. Es un padre solo, y ese chico tiene necesidad de usted; sobre todo, después de esto.

Peter oía e incluso olía las palabras con tanta claridad como si tuviera delante al rector Nordal. Las palabras lo atormentaban una y otra vez cuando yacía insomne escuchando el viento en el



olmo de su jardín feliz, y nadie puede decir con exactitud si fue el susurro del viento entre las hojas o la visita nocturna del espíritu fétidamente triunfal de Nordal lo que le dio la idea; pero una mañana temprano se levantó, tomó un cuaderno y empezó los preparativos, que duraron todo el otoño en el que Dinamarca fue azotada por la crisis del petróleo y el país se transformó y depositó su confianza en un nuevo partido rebelde de derechas para protestar contra algo de lo que la población solo podía divisar los contornos.

La motosierra llevaba años en el garaje sin usar. Peter la metió en una gran bolsa negra y pedaleó hasta el interior del bosquecillo de Rungsted, donde durante tres semanas se preparó para la ejecución de su plan: darle al aire, acelerar, agarrar bien, equilibrar, apretar y mantener la hoja firme. Unos padres más atentos habrían reparado en los callos de sus manos, donde antes hubo ampollas; pero no Laust e Inge, que leían el periódico y escribían cartas, de forma

que pasaban la mayor parte del tiempo con la cabeza inclinada.

A solo tres días de las Navidades, el escándalo azotó el Privado como una catástrofe natural.

Era una mañana de invierno cuando el rector, como de costumbre, fue a encadenar a los galgos tras su inquieta guardia nocturna; pero, por una vez, el aire no se vio rasgado por los ladridos de los perros y sus pesados cuerpos frenéticos lanzándose contra la verja. Uno estaba muerto, y el otro yacía moribundo en un rincón del patio, con espumarajos en sus agresivas mandíbulas inferiores. El rector Nordal oyó un gemido que tal vez se encontrara más en su mente que en el oscuro patio escolar cubierto de nieve. El orgullo del colegio, el imponente tilo, estaba cortado desde la raíz, como por una enorme mano invisible; había caído de lado sobre la fuente del patio, y sus ramas más largas habían hecho añicos la marquesina y las ventanas del ala sur de la

escuela. Los bomberos y policías a los que el hombre conmocionado había llamado caminaban sin rumbo entre vidrios, cascotes y ramas, mientras el rector los seguía, impotente, con los puños cerrados, tratando de comprender la catástrofe.

Solo encontraron una huella, abajo del todo, junto a las raíces, donde una potente motosierra, atendiendo a lo limpio del corte, había perpetrado el acto con rapidez y soltura. Había unos guantes caros de piel de búfalo que enseguida condujeron a un alumno de séptimo que dos agentes se llevaron en coche sin gran tumulto. Como nadie podía pensar que el chico hubiera hecho el trabajo solo, fueron en busca de sus cuatro amigos más cercanos y los llevaron a comisaría. A los perros envenenados los envolvieron en bolsas de plástico y se los llevaron también, sin que el rector ni siquiera girase la cabeza. Pasó horas inmóvil, con la mirada fija en el tilo cortado, y aún seguía allí cuando el último coche salió del patio marcha atrás. Algo desconocido y violento había entrado

en el Privado; puede que tuviera alguna sospecha; puede que se diera cuenta de que por descuido había desafiado a una mente que era mucho más violenta que la suya, y que estaba mucho más llena de odio de lo que él habría juzgado posible.

Fue el último día que profesores y alumnos vieron a su rector.

El segundo día de Navidad le dio un ataque de apoplejía, y murió a las ocho en punto de la primera mañana del nuevo año en el hospital de Usserød sin haber recuperado la conciencia.

Solo un periódico se hizo eco del hecho, y un periodista resuelto estableció la conexión entre la muerte repentina y la brutal poda, unos días antes, del orgullo del colegio.

En la portada del diario, en grandes titulares, ponía: «Vandalismo provoca muerte de rector».

La muerte del árbol se había convertido en la muerte del hombre; un hombre que, con la misma actitud estrecha y agresiva que mostró mientras vivía, acompañó a sus galgos a la tumba.

La Policía interrogó a los cinco chicos durante días. Pasaron semanas en las que el municipio hirvió de habladurías y rumores, pero como no podían castigar a los autores detenidos de séptimo ni sacarles unas declaraciones que concordasen — y tampoco un arma asesina que se correspondiese con las características técnicas mencionadas por los expertos en silvicultura—, tuvieron que descartar la relación, enterrar al rector y dejar el vandalismo donde más convenía a todos: en el baúl de los recuerdos.

Los chicos de séptimo fueron puestos en libertad y enviados a sus casas, a castigos que pudieron oírse a gran distancia en el barrio costero durante las semanas siguientes. Eran los mismos chicos que habían acosado a Knud, los que un día de otoño arrojaron al rector en su historia del escándalo destructor.

Volvieron a la escuela con las mejillas ardiendo y los ojos inyectados en sangre.

El principal sospechoso jamás supo cómo

habían desaparecido sus guantes de la estantería del pasillo para aparecer, vio con horror, entre las raíces del olmo talado el último día de escuela del año y del rector.

Pese a la búsqueda afanosa, los profesores o alumnos del Colegio Privado nunca pudieron explicar la cuestión y encontrar al verdadero asesino del árbol y del hombre.

## EL MINISTRO NACIONAL

*9 de mayo de 2008*

*Una vez, cuando tenía doce o trece años, pregunté a Magna si estaba segura de que los finos hilos de la tela de araña podían sostener todos los cuerpos que se balanceaban sobre ellos, año tras año.*

*Me miró impaciente y respondió:*

*—Marie, ¿esa tela puede sostener a todos los niños de todo el mundo!*

*Tal vez mi inquietud se debía a mis propios miembros deformes, que poco a poco se acostumbraban a su cautiverio justo en aquellos años; o tal vez presintiera ya entonces que nadie*

*iba a sacarme nunca a bailar. E incluso aunque ocurriera el milagro, mi fealdad provocaría el fatídico balanceo que haría que los hilos se rompieran y todo el rebaño de mi madre de acogida se precipitara al abismo.*

*Como de costumbre, Magna rio por mi temor, igual que se reía de todos esos disparates, y yo cerré los ojos y rogué que el Implacable de las alturas no lo oyera.*

**P**eter volvió a meter en el cajón la carta y los calcetines de ganchillo. Solo había mencionado la primera parte de su vida a unas pocas personas.

Su decisión de abrir la puerta al pasado la tomó sin darse cuenta, como la vez que estuvo practicando con la sierra en el bosque. Peter Trøst Jørgensen llevaba treinta años viviendo el presente, y el presente era en su mundo como un túnel que iba desde los estudios de televisión del



Cigarro, junto a Roskilde, hasta las salas de estar danesas, donde la gente de ninguna manera deseaba —como diría el Catedrático— que sus momentos entrañables se estropearan por espectáculos de mal agüero si se acercaban demasiado. La televisión es eso, televisión: un modo de observar el mundo, *como si estuviera* cerca, pero sin estarlo de verdad. Y Kongslund era la joya nacional predilecta en la era de la globalización.

En el Espacio Conceptual del sótano, donde los jóvenes leones de la cadena, entre gruñidos y bufidos, concebían superconceptos atractivos para los espectadores, el Catedrático había empezado el día gritando:

—El ayer no sirve para nadie... Nadie quiere perder el tiempo con preocupaciones. La gente quiere que se le recuerden las cosas, ¡pero no los problemas!

Los jóvenes leones de la mesa conceptual asintieron en silencio, y sus melenas susurraron,

porque allí, en el palacio televisivo, la palabra del Catedrático era ley. Era dueño y señor del Cielo, centro emisor de señales y padre del ejército de hormiguitas.

Siendo profesor de literatura nórdica en la Universidad de Copenhague, recibió de repente, sin esperarlo, su bautismo televisivo en un programa de debate en el que habló de la influencia creciente de la televisión en la gente con un sociólogo cultural enemigo de las pantallas. Aquella noche pronunció la frase que cambió para siempre su existencia, algo gris, de profesor titular universitario: «La televisión es la octava maravilla del mundo, porque tiene la capacidad de mitigar y atender todos los problemas que tememos cada uno de nosotros: soledad, aislamiento, violencia y guerra, incluso hambruna y catástrofes naturales. ¡La televisión es la única revolución verdadera hoy en día!».

Unos años más tarde, Channel DK hizo de la identidad nacional su marca de clase y nombró al

popular catedrático de la televisión presidente del consejo de administración, y el Catedrático decía ahora, con la mayor naturalidad, todo lo que durante mucho tiempo había sido incorrecto para la televisión, alabando a los ricos y poderosos y marcando distancias con el humanitarismo exacerbado:

—Queremos tener derecho a rechazar todo lo que nos sea extraño, usos, costumbres y naciones: otomanos, polacos, rumanos, eslovenos, tamiles, uzbekos, turcos..., ¿y qué más?

No es de extrañar que pronto estableciera fuertes vínculos con el partido mientras las cifras de audiencia subían sin parar.

Peter Trøst estaba junto a la ventana panorámica de su despacho oval, observando las zonas boscosas de los alrededores. Había visitado Kongslund con sus padres poco después de que le revelaran el mundo que le habían mantenido oculto; parecieron tan aliviados que cualquiera diría que habían cometido un asesinato y al final

habían hecho las paces con Dios. O tal vez el perdón procediera en realidad de la antigua directora, que los recibió en el sendero de entrada, abrazó a Peter y lo levantó en el aire, como si aún viviera allí. Solo tenía trece años.

Conoció a la hija acogida por Magna en la visita siguiente, y estuvieron en su singular habitación del primer piso, que recordaba el puente de un barco—incluso había fijado un catalejo en el brazo de una vieja silla de ruedas—, tratando de recordarse mutuamente aquellos primeros años. Y les era imposible, por supuesto. Pero ella le habló de Asger, que había estado en la Sala de los Elefantes por la misma época y más tarde partió en busca de sus auténticos padres. Aunque Asger se mudó a Aarhus y vivía una vida alejada de Kongslund, Marie era capaz de describir, por extraño que pudiera parecer, el barrio en el que él creció, casi como si hubiera estado allí y lo hubiera visto con sus propios ojos. A Peter aquello le resultó extraño.

Peter Trøst sacudió la cabeza tras el enorme escritorio y llamó a las escuelas municipales de Aarhus, una a una, preguntando por una pareja de maestros con un hijo llamado Asger. Los encontró al quinto intento.

—En efecto —respondió el director de la escuela. Habían trabajado en la escuela de Rosenvang, en Viby, durante más de cincuenta años, y acababan de jubilarse. Su hijo se había convertido en director del observatorio Ole Rømer, y los alumnos de la escuela solían visitar el observatorio varias veces al año para estudiar nubes galácticas como Andrómeda, el Cúmulo de Virgo y la Gran Nube de Magallanes—. Desde muy pequeño siempre estaba mirando hacia arriba. Él es así. Sueña, como Hawking, con encontrar una teoría que lo explique todo.

Luego cambió de tema.

—No irán a... acusarlo de algo, ¿verdad? Jamás ha sido extremista, ni en política, ni...

El director de escuela se calló, como si

estuviera sopesando una hipótesis peor aún.

Peter Trøst lo tranquilizó. Encontró el número del astrónomo y levantó el receptor, pero vaciló. Observó desde la ventana panorámica las manchas oscuras que, a pocos kilómetros unas de otras, salpicaban el paisaje de colinas selandés. Skalstrup, Brordrup y Gøderup, extraños nombres de pueblecitos en un mundo que, en general, nunca visitaba. No tenía ni idea de qué hacían en aquellos lugares.

Luego tecléo el número del astrónomo. Al otro lado de la línea se oyó un clic.

—Soy Asger Dan Christoffersen. En este momento estoy en el observatorio, pero volveré pronto. Deje un mensaje, y lo llamaré.

La voz era más profunda de lo que había esperado Peter, tan alejada como podía estarlo de las más altas formaciones astrales y espectáculos celestes. Dejó un mensaje breve sin decir de qué se trataba, porque no quería correr el riesgo de asustar al hombre. Luego se quitó la chaqueta y la

camisa; últimamente había empezado a sentirse sucio después de andar dos o tres horas con la misma ropa, y la peor época era justo aquella, cuando al frescor invernal lo relevaba la tibieza de principios de primavera, y él sentía como si alguien le tocara la piel con una mano caliente (no le gustaba el contacto físico). Para cuando terminaba el trabajo, muchas veces llevaba puesto el tercer o cuarto traje, y había empezado a desconfiar de los compañeros que pasaban todo el día con la misma camisa y corbata.

Después volvió a tomar el receptor por tercera vez y llamó a Søren Severin Nielsen. El nombre del abogado aparecía con regularidad en los periódicos, y casi siempre en relación con imposibles peticiones de asilo y con el colapso de permisos de residencia para los refugiados más necesitados. En la oficina debía de haber una sola persona, porque nadie respondió la llamada, ninguna secretaria, ningún pasante: solo una voz de hombre, ronca y gastada, que casi susurraba.

—Søren Severin Nielsen está en el juzgado.  
Deje un mensaje.

Peter vaciló un segundo. Recordaba a Søren Severin Nielsen por su participación pública en varios casos importantes de refugiados: flaco, algo violáceo, como si ahogara su interminable lista de fracasos en la Comisión de Refugiados y el Ministerio Nacional en demasiada cerveza al terminar el trabajo. Colgó.

Pensó por un momento llamar a Magna, pero vaciló, sin saber por qué.

Una vez la directora le dijo: «Recuerda, Peter: los hijos ilegítimos llegan a nosotras igual que Moisés en su cesta de junco, y por eso los mejores hogares infantiles están junto al mar».

Era una observación extraña, incluso en un país que está rodeado de agua.

Se quedó mirando el cielo sobre un par de pueblos selandeses singulares de cuyos habitantes lograba visiones fugaces cuando conducía su coche sin rumbo para matar el tiempo, camino de



su casa en Østerbro. Al día siguiente de la llegada del anónimo se quedó absorto —cosa rara en él—, y sacó un mapa, y allí estaban, claro, todos los pueblos de nombres singulares de una época pasada. En realidad, no entendía sus actos y sus pensamientos de los últimos días; tal vez fuera todo culpa del anónimo, pese a saber que las desgracias pocas veces se basan solo en el correo.

Su madre le decía: «Eras el niño más guapo que hubo jamás en Kongslund. ¡Todos querían llevarte a su casa!». Y entendió la maldición. El recorrido vital de mucha gente lo deciden los cuerpos físicos que Dios, en perfecta colaboración con el Diablo, ha decidido darles al nacer: hay personas que son tan feas que nunca se recuperan de las derrotas a las que los ha expuesto su infancia, y hay niños que son tan guapos que nunca escapan a la atención a la que los ha acostumbrado su crianza; esa tendencia se refuerza muchísimo en los niños adoptados, bien que lo sabía él. En lo más profundo de su ser siempre había sido

consciente de la excelencia que le habían otorgado sus años de infancia; si alguna vez tratase de evitarla, con seriedad y sentimiento, el Destino, con rostro cansado, se inclinaría sobre el borde del cielo, desde donde no quita ojo a vivos y muertos, y cortarían el nervio que mantenía la inseguridad y la vanidad en un equilibrio apretado, pero vital.

Y entonces él se derrumbaría.

Todas las estrellas temen esa caída repentina de la cumbre del triunfo, y con el asunto Kongslund como un abismo abierto ante sí, Peter Trøst bordeaba el pánico.

Sonó su móvil.

**E**l ministro estaba subiendo. Se levantó, colocó dos copas de vino en la mesa oval de reuniones, de madera de palosanto, y abrió la puerta.

Almind-Enevold era más pequeño de lo que

parecía en la tele, y de cerca se le veía una manicura tan perfecta que alguien podría sospechar que fuera gay. Pero los sabuesos de la prensa crítica no habían encontrado señales de eso, más bien al contrario. Vivía con su esposa y no tenían hijos; en ocasiones se veía con otras mujeres, pero su esposa, Lykke, no se enteraba.

El ministro nacional iba acompañado de cuatro guardaespaldas, seguramente para ilustrar las historias que su jefe de prensa, el Curandero, contaba ante los medios, sobre amenazas y acoso desde círculos musulmanes, fundamentalistas. Pero los guardaespaldas se quedaron al otro lado de la puerta.

El Rey Absoluto se sentó sin que lo invitaran en la butaca más grande y mejor tapizada, con la copa de vino tinto en una mano y un purito delgado en la otra. Las esbeltas volutas subieron hacia el techo, y el poderoso hombre asintió con un gesto al coordinador de informativos y entretenimiento.

—En otros tiempos no se mezclaban los

informativos con el entretenimiento, dijo tras un aro de humo perfecto, casi como si estuviera hablando al humo, y no al hombre.

Peter Trøst adoptó un tono superficial.

—Hay que adaptarse a los tiempos, y a las cifras de audiencia —comentó, sonriendo—. Al igual que el Gobierno debe adaptarse a sus cifras.

El ministro lo miró un rato como si no entendiera.

—Las cifras de las encuestas —aclaró Peter.

El Rey Absoluto emitió un par de carcajadas cortas, que sonaron igual que un puñado de cascotes de cristal al caer sobre un suelo embaldosado. Todos los periodistas conocían la fama de aquel hombre por su dureza casi rotunda, tanto en privado como en el trabajo, una frialdad que en el pasado sorprendía a sus contrarios. Era amigo personal del Catedrático, a quien conocía desde que ocuparon la Facultad de Derecho durante los años de grandes revueltas, antes de que cambiaran los tiempos.

Peter dejó su copa en la mesa.

—Ya sé que tienes una relación especial con el hogar infantil de Skodsborg. Y dentro de cuatro días la directora va a festejar su sesenta aniversario.

—La anterior directora; sí, es cierto. —El Rey hablaba en su habitual tono bajo.

—La auténtica directora, podría decirse. La que siempre has apoyado como jefa del hogar infantil que contribuiste a hacer famoso.

El ministro no reaccionó. Tenía una hilera de dientes pequeños, y labios descoloridos, y la despejada frente brillante parecía un muro de piedra inexpugnable.

—¿Fue tuya la idea de la fiesta de aniversario del 13 de mayo? —preguntó Peter Trøst.

—He colaborado en los preparativos, sí.

—Eso provocará comentarios positivos, en lugar de lo que se lee en los periódicos sobre los anónimos. Y sobre el tratamiento del ministerio a un chaval tamil huérfano que hay que expulsar...

Peter no sabía por qué había mezclado dos casos. Tal vez fuera por el vino. Sentía la necesidad de provocar a aquel hombre como ningún periodista normal de la televisión lo haría.

—Sí —dijo su invitado, sin mostrar sorpresa alguna por la extraña mención doble.

Peter Trøst abrió el cajón superior y sacó su ejemplar del *Fri Weekend*. Leyó en voz alta algunos fragmentos subrayados.

—«Famoso hogar infantil, acusado de esconder a miles de niños... Podían ser políticos, funcionarios o actores que no deseaban jugarse la fama y la carrera por un pequeño desliz... Podían dirigirse con toda confianza a Kongslund, a la casa de la directora ahora jubilada... Allí se solucionaba su problema con discreción y total satisfacción».

El ministro dio un sorbo al vino, pero no reaccionó.

—¿Tienes algún comentario que hacer a ese resumen?

—¿Para eso me has hecho venir hasta aquí con tan pocas horas de antelación? —Al parecer, el ministro olvidaba que la propuesta había sido suya —. ¿Para escribir una historia fantasiosa como esa? Me parece que no es digno.

—Pero bueno, de alguna manera se trata de tu periódico, del periódico del Gobierno. *Fri Weekend* sigue recibiendo millones en donaciones del partido desde los viejos tiempos. —Sus ganas de desafiar al ministro seguían pareciendo algo extrañas.

—Era mi periódico —explicó el ministro, golpeteando el artículo donde aparecía el nombre de Knud Tåsing—. Antes de que este periodista intentara implicar en un escándalo al Gobierno con esa basura.

Pronunció la última palabra como si una tijereta le hubiera mordido la lengua; luego se calló. Su piel pálida había adquirido un tono rosa, casi como el del cielo de Kirke Såby y Tølløse justo antes de ponerse el sol.

—¿Fango? —Peter Trøst estaba sinceramente sorprendido por la expresión.

—Sí, como el que se saca de un pantano, que huele a podredumbre y agua salada estancada. Pero esto te lo digo a micrófono cerrado.

—No obstante, el periódico dice que has pedido a un viejo conocido, un antiguo policía, que ahonde en el caso, con discreción. Así que ¿la historia os interesa?

El ministro se inclinó hacia delante, y su frente brilló.

—Escucha, Trøst. Una vez que se filtra una cosa así, y el autor del anónimo ha sido lo bastante hábil como para alarmar a un periódico sensacionalista, no queda otro remedio que tomártelo en serio. O, mejor dicho: hacer como que te lo tomas en serio. Y entonces es conveniente escoger una empresa privada, en vez de alarmar de forma oficial a la ciudadanía, a la Policía y a los servicios de inteligencia, y gastar las coronas del contribuyente en nada. ¿No te parece? El



despilfarro es, por lo demás, uno de los temas favoritos de Channel DK.

Peter calló. El ministro podría haber sido lo bastante listo como para pensar así. El sobre azul que había recibido junto con otros pocos elegidos estaba en el cajón del escritorio, bajo llave, a solo un par de metros de ellos; pero no podía desvelar su propia implicación, que no se había atrevido a revelar ni siquiera al Catedrático.

—Según el periódico, tu mano derecha, Orla Berntsen, vivió en ese mismo hogar infantil hace mucho. ¿Cómo lo valoras?

—Supongo que no hay nada grabando, ¿verdad?

—Que yo sepa, no hay ninguna cámara encendida —aseguró Peter, mirando alrededor, desafiante.

—Ni idea.

La estrella de la televisión estuvo a punto de soltar una risa ahogada. Qué descaro. Se quedó mirando al ministro, que seguía con las manos

cruzadas sobre la mesa.

—¿Crees que es una casualidad que justo él recibiera un anónimo?

La ironía de la pregunta era evidente, pero el ministro se limitó a encogerse de hombros, como si temiera que algún micrófono oculto fuera a grabar algo acerca de ese estúpido desconocimiento, precisamente sobre aquella cuestión.

—Podría interpretarse el texto en el sentido de que sabías, o alguna vez supiste, que en Kongslund ocurrían cosas encubiertas. Pero sin intervenir.

Peter Trøst dejó la insinuación flotando en el aire. Transitaba por terreno peligroso.

El hombre de la butaca parecía estar observando una bruma lejana, una escuadrilla formidable de palabras que llenaban el aire entre su universo y el del periodista, y dijo:

—Dime, ¿cuál es tu interés en esto? ¿Por qué estás tan ansioso por hacer un programa a partir de esas difamaciones...?

Peter Trøst se enderezó, algo asustado. ¿Conocería el ministro su pasado? No era posible. Entonces aspiró hondo.

—¿Se hacían esas cosas en Kongslund?

—Conozco el hogar infantil, y nunca he sabido de nada así. Con eso no quiero decir que no pueda haber ocurrido cualquier cosa; al fin y al cabo, yo no vivía allí. Solo era un buen amigo. Conocí a Magna, a la señorita Ladegaard, durante la guerra...

—Sí, ya lo sé.

—Y le ayudé con el sueño de su vida, me enorgullezco de decirlo. Y creo que Channel DK debería centrarse en eso esta semana, cuando van a homenajear a Kongslund decenas de miles de personas, no solo en Dinamarca...

Alzó la copa y la mantuvo frente al rostro de Peter.

—Salud. Vendrán invitados de todo el mundo.

Apuró la copa e hizo ademán de levantarse.

Peter sopesó su última pregunta: «¿Te ayudó

ella alguna vez, a ti o a alguien que conocieras?». Pero seguro que eso desencadenaría un buen cabreo, y seguro que bloquearía todo contacto posterior con el ministerio.

El ministro nacional lo miró como si hubiera percibido la sombra de la pregunta en sus ojos.

—No. Tampoco he estado envuelto en nada secreto o encubierto... —Sonrió con frialdad—. Y si lo hubiera estado, no me parecería que debiera interesar a nadie excepto a los medios sensacionalistas.

Apartó la copa vacía.

—Pertenesces a un Gobierno que en cualquier contexto habla de valores humanos y de honradez, y de dar a todos los niños del país una buena infancia y una buena vida en una familia segura.

Peter Trøst volvió a sentir una furia inexplicable que no parecía muy profesional, pero que era incapaz de controlar.

—Por supuesto, sería interesante si alguien de tu partido hubiera vivido bajo principios muy

diferentes, y retorcido todas las reglas. Escondiendo los frutos de sus aventuras en consideración a sus vulnerables carreras... ¿Cuánto más se encontraría debajo de una alfombra así...?

El ministro nacional se levantó.

—Esta conversación roza lo grosero — aseveró con la cabeza algo ladeada—. No hay nada de lo que has insinuado, y exijo cierto respeto, también a la prensa. Miró enfadado al periodista y añadió: —No ese lanzar sospechas y ese afán sensacionalista.

En aquel instante se abrió la puerta, el Catedrático entró sin llamar, fue directo hasta el ministro y lo asió de los hombros, casi con camaradería.

—Querido Ole, en la prensa somos así. Tenemos que mantener algunas de las viejas tradiciones, por el bien de la democracia. Tú mismo alabas a la prensa porque da a la gente confianza y la seguridad de mayor justicia, porque

es nuestro perro guardián, y la garantía de que podamos hablar de todo. No podemos prescindir de ella.

—El sensacionalismo no es libertad de expresión —aseguró el ministro, sacudiéndose las manos de encima.

—No, y por eso vamos a manejar el tema con moderación, puedes estar seguro de ello. Te trataremos con justicia y ecuanimidad, igual que tu Gobierno nos ha tratado siempre con justicia. Cosa de la que estamos agradecidos.

El ministro estaba mirando hacia el sur, como si le hubiera entrado un interés repentino por los bosques de Borup y Kirke Hvalsø. Luego dijo:

—Sí, nos tratamos mutuamente como nos merecemos... Y sí, me gustaría mucho que no dañásemos el recuerdo de uno de nuestros mejores hogares infantiles de todos los tiempos.

Asió su abrigo. Los cuatro guardaespaldas habían entrado en el despacho y se desplegaron en torno a él.

Peter Trøst miró al Catedrático, que seguía frente al ministro. Tenía la vaga sensación de que se había sellado un pacto entre los dos hombres. Quizá hubiera podido evitarlo con una simple pregunta. Pero no la hizo.

Puede que tampoco hubiera cambiado los acontecimientos de los próximos meses. A esos niveles, los hombres raras veces desviaban su rumbo ante otros, y no cedían casi nunca.

Incluso si hubieran visto el peligro, y tal vez deberían haberlo visto, se habrían quitado de encima la responsabilidad; el proceso habría continuado hacia su punto cero, donde al fin y al cabo nadie podía cambiar nada. Así solía ser en los antiguos cuentos, así era en el amor y en la guerra, y así es en el universo de los poderosos, donde la ambición es reina y no permite el acceso a ningún otro sentimiento.

Pero por supuesto que se castiga.

Había tres personas en el despacho aquella tarde, y medio año después dos de ellas estaban

muertas.

Después el Catedrático le dijo a Peter, como un profesor que habla a un estudiante:

—Lo has hecho bien hasta que lo has amenazado. Ha sido una idiotez.

El Catedrático debía de haber escuchado la fracasada conversación desde el otro lado de la puerta.

Se acercó a Peter.

—Estoy de acuerdo con él en que exageras el significado de los anónimos. Cualquier imbécil puede escribir esos chismes estúpidos.

Peter se quedó mirando al presidente de su consejo de administración. El asunto Kongslund chocaba de frente con los planes del Catedrático y de los jóvenes leones conceptuales para ampliar las cifras de audiencia y mantener la ventaja sobre los canales de la competencia. Se podrían abordar



los problemas, pero en tal caso los «malos» deberían ser individuos bien definidos: moteros, terroristas, musulmanes; no unas autoridades sin rostro, y desde luego que no el Estado de bienestar. «¡Debemos estar a favor de las cosas buenas de la vida!», rugió Bjørn Meliassen en la conferencia estratégica de enero con los jefes de Channel DK, apodados «los Nueve Supremos». «Debemos encontrar la felicidad en nombre de los televidentes, y la felicidad es todo lo que ya tenemos: es nuestra familia, nuestros hijos, nuestra televisión, nuestro bienestar y nuestro país. ¡Eso es lo que debemos defender! Los que no estén de acuerdo, que se marchen, y los que no se adapten, que vuelvan a sus países de origen. No podemos adoptar los estúpidos usos y costumbres de todo el mundo».

Bjørn Meliassen aspiró hondo.

—Yo sé una cosa que no sabes que sé, Trøst. Sé que también tú estuviste en el hogar infantil de pequeño, que has vivido en Rungsted y que eres

adoptado; sé lo de Knud y también sé... —Se inclinó hacia la estrella de la televisión, cuya mano se paralizó en el aire mientras sujetaba la copa de vino—. Sé que tu rector murió de un ataque al corazón tras unos actos de vandalismo en tu colegio. Sé mucho, mucho más de lo que piensas, y me doy cuenta de que hace falta ser un hombre más fuerte de lo ordinario para enfrentarse a todo lo que te ha pasado.

Peter se puso rojo como un tomate. Le pareció sentir la brocha de la maquilladora en el cuello, pero solo era el Catedrático, soplando aire frío entre sus labios finos.

—¿Qué te creías, Trøst? ¿Que no iba a informarme acerca de mi mayor estrella? Ja, ja. Nunca has buscado a tus verdaderos padres, pero hay muchos que lo hacen. No sabes ni quiénes son, y tampoco deseas saberlo. Por eso te atrae tanto Kongslund. Es tu propio pasado el que persigues mediante ese estúpido personaje de John Bjergstrand. Deberías acudir a nuestros excelentes

psicólogos y sacarlo todo.

Peter Trøst notó las oleadas de náusea que subían desde el fondo del diafragma. El Catedrático había mencionado episodios de su pasado de los que de ninguna manera debía tener conocimiento. El Colegio Privado, el vandalismo y el tiempo en que había sido amigo de Knud Mylius Tåsing. ¿De dónde había conseguido aquella información?

—Escucha, Trøst. —El Catedrático nunca llamaba a Peter por el nombre cuando estaba en plan didáctico—. Aunque nos subvenciona un tío rico de América, nuestro futuro no se basa en limosnas, sino en peleadísimos ingresos por publicidad. Así es nuestro mundo. No hacen falta historias como esa, créeme. Y hay otra cosa...

Los ojos del Catedrático brillaban como la noche en que apareció en su primer y más brillante programa de televisión, y Peter miró con fijeza sus ojos malvados a dos metros de distancia.

—Justo después de que llamaras tú al

ministerio, ha llamado Carl Malle, de parte del ministro. Como jefe de investigaciones, está indignado por nuestra intromisión, porque dice que puede entorpecer cualquier intento de esclarecer el caso.

Peter se imaginó a Carl Malle, el vigilante y el cazador, y en aquel instante supo de dónde procedía la información del Catedrático. La náusea trepó algo más por su garganta. Sabían más de lo que era posible.

—Es él quien me ha investigado —afirmó—. Es a Carl Malle a quien has pedido información sobre mí.

La última verdad centelleó contra el cielo del crepúsculo y desapareció.

La mirada del Catedrático vaciló, pero solo un segundo. Luego sacudió la cabeza, apenado. Su respiración sonaba agitada.

—Esa historia va a ser tu perdición, Trøst. Sonó como una premonición.

Peter salió del despacho con la botella de vino

vacía.

En el aparcamiento la náusea atacó por tercera vez a Peter Trøst, con tal fuerza que se agachó entre dos unidades móviles, pensando que iba a vomitar.

Pasó tres horas conduciendo sin rumbo entre los pueblos que veía a diario desde su despacho del Gran Cigarro, mirando por las ventanas iluminadas y observando las sombras de la gente que vivía dentro.

No tenía ni idea de por qué.

Trató de llamar de nuevo a Søren Severin Nielsen; era muy posible que el abogado pudiera ayudarle. Había conocido antes al jefe de Gabinete del Ministerio Nacional, y también él había pasado por Kongslund. Se decía que era un abogado hábil, aunque había elegido una especialidad desastrosa.

Pero seguía sin responderle.

## SEVERIN

*1976-1984*

*Siempre me ha parecido que el encuentro entre Orla y Severin fue un acontecimiento que no estaba previsto, aunque creo que ambos chicos fueron asignados a propósito al barrio donde vivía Carl Malle.*

*En el barrio al oeste del pantano, en los suburbios de Copenhague, crecieron miles de niños en la Dinamarca de los sesenta, y el peligro de que los dos chicos coincidiesen —y desvelasen parte del extraordinario plan del que formaban parte— era tan pequeño que los dedos invisibles que movían las marionetas del caso Kongslund*

*no lo creyeron posible.*

*Severin se marchó de Kongslund pocos días después de Orla, y todas las señoritas, asistentas y puericultoras se colocaron como siempre en el sendero de entrada para despedirse y desear al pequeño viajero una buena vida. Pero el nuevo hogar de Severin no era del tipo de los hogares en los que se crían muchos niños adoptivos, y en su caso podría decirse que la Muerte se le había adelantado.*

*Se balanceó otro elefante... sobre la finísima tela y desapareció...*

*Y, como es natural, yo fui detrás.*

**A**sí que había una piedra enorme en el pantano, donde Orla libró su última batalla contra los demonios; gris y maciza, en medio de un claro, parecía la espalda de un gigante que se había puesto en cuclillas con la cara apoyada en las



rodillas para observar los prados, los castaños de Indias y las gaviotas por encima de los juncales. Fue allí donde Severin, escondido y a distancia, con un gran vendaje blanco en la cabeza, lo vio por primera vez, pero desde entonces iban a pasar siete años hasta que el chico de las casas amarillas se diera a conocer.

Los días posteriores al asesinato del Lerdo en el pantano, Carl Malle tiró de los hilos sobre los que antes tenía un poder absoluto, y encontró un internado donde Orla, el Ilegítimo, el inquieto chico disparatado y sin amigos, pudiera aprender a comportarse en la vida.

Cuando casi tres años más tarde regresó para empezar el bachillerato, el inquieto temperamento de payaso —su única defensa contra la soledad en sus años de chico— había desaparecido, y nunca volvió, que se sepa. Lo que lo reemplazó fue algo ante lo que nadie en el barrio supo qué decir —tampoco Severin—, porque el nuevo Orla se ocultaba tras unos ojos inexpresivos que muy raras

veces miraban a nadie, o ni siquiera levantaba la vista; casi podía desaparecer del entorno, sin que nadie recordara que había estado presente. Evitaba a la gente sin disimulo, igual que antes la buscaba. Siguió llevando el pelo corto entre los regimientos de *hippies* melenudos vestidos con chaquetas militares, montados en motocicletas con cintas, sudaderas y consignas aprendidas que exigían que internaran a sus padres y los reprogramaran para el mundo de los justos. Estaba solo.

No obstante, el instinto de supervivencia hizo que terminara sus estudios, e incluso que acudiera al acto de despedida oficial del instituto, y a la posterior fiesta. Fue aquella noche, con el clásico birrete en la cabeza, cuando Orla Pil Berntsen conoció a Søren Severin Nielsen, y lo más probable es que estuvieran predestinados a ello. Orla Berntsen había alcanzado un agradable estado de letargo, una invisibilidad que dominaba a la perfección, cuando de pronto una voz le habló a través de la música y la neblina humeante del local

de la fiesta. Se asustó. Normalmente, nadie le hablaba. Orla el asocial, el chico del pantano.

Alzó la mirada, sus ojos salieron por un instante de su escondite, y se dio cuenta, sorprendido, de que el chico frente a él lo veía, y que recibía las señales. Tendría que huir, o desaparecer, o dejar que el chavalito delgado, que también llevaba gafas —eran negras, pesadas, con patillas anchas—, lo viera y le hiciera la pregunta que estremeció sus labios finos:

—¿Tú no vives en las casas adosadas rojas?

Orla decidió hacer un solo gesto de asentimiento.

—¿Cómo es que lo sabes? —oyó, algo asombrado, hablar a su voz sin haberle dado permiso.

—Te he visto allí. Y en el pantano. Me llamo Severin. Vivo en los bloques amarillos. En el número 61.

Orla calló, de pronto se sintió incómodo. Los chicos de los bloques eran numerosos, como los

trabajadores de las fábricas grises que había entre las ramificaciones de la autopista, y eso era cuanto sabía de ellos. Gente desconocida. Durante diez años, los chicos de las casas adosadas los machacaron a pedradas sin verlos.

—También nosotros os arrojábamos piedras sin veros —dijo Severin.

Orla entornó los ojos. ¿Había hablado sin darse cuenta? Su nariz emergió como un pequeño periscopio en la oscuridad; luego sintió un escalofrío y se sorbió la nariz.

Pero el chico de nombre Severin no pareció oírlo.

—Una vez me dieron una pedrada en la cabeza y me llevaron a Urgencias en ambulancia, con sirena, luces y toda la pesca —recordó. La información llegó sin reproche ni enfado, y no dejó ningún sentimiento de vergüenza ni culpa; no había pequeñas dosis de veneno entre las palabras; era extraño, porque las familias de los bloques y de las casas adosadas habían educado a sus hijos en

el desprecio a la sociedad invisible que había al otro lado del seto, con una fuerza que no debería menguar con la edad. Orla iba a sorberse la nariz otra vez, pero no emitió ningún sonido. Le dio el tiempo justo de formular su breve comentario en los tres segundos que necesitó el Destino para empujarlos en brazos del Dios de la Amistad y la Camaradería.

—¡Fui yo quien tiró la piedra! —rio Orla—. Te pusieron un vendaje enorme en la cabeza.

Su nuevo amigo rio también.

Habría dicho una cosa más, pero no se atrevió. Así que se quedó callado.

Regresaron juntos a casa después de la fiesta, y se separaron en el seto de espino dándose la mano como verdaderos adultos.

Pero en la vida diaria eran serios, y ambos decidieron estudiar Derecho, e ingresaron juntos en Regensen, la vieja y enorme residencia frente a la Torre Redonda de Copenhague, que fue construida para hijos de familias modestas que no

podían permitirse vivir en la ciudad y estudiar en la universidad. Convivían allí arribistas, vencedores y gente que llevaba en la bolsa kilos de resplandecientes premios de laboriosidad y unas calificaciones medias más altas que el Himalaya. Solían preparar juntos el derecho de sucesiones, fiscal y penal, y también hablaban de las chicas más guapas de la residencia. Entraron en la asociación de estudiantes, junto con el hijo de un conde empobrecido y una estudiante de Teología, que todas las tardes atravesaba la galería de Jorck hasta Strøget y cantaba con el Ejército de Salvación, y por eso sus numerosos admiradores —ninguno de los cuales sabía si la admiraban por su belleza, por su mentalidad o por su voz— la llamaban la Chica de la Salvación.

Una cosa era segura: la habitación de Severin en la residencia estaba ordenada, como lo era él, con pocos muebles y gusto sencillo, aparte de una extraña piel de animal gris-amarillenta que colgaba de la pared de la cabecera, sujeta con

ocho clavos largos.

—Debería estar en el suelo —le aconsejó Orla un día—. Delante de la chimenea.

No había ninguna chimenea, y tampoco era ese el problema.

—No es ningún oso —objetó Severin, y de pronto se puso serio, casi como si fuera a echarse a llorar—. Es el perro de mi tío. Era un golden retriever, solía jugar con él de pequeño. El tío Dan lo desolló cuando murió, y me regaló la piel cuando me confirmé.

Se calló, hizo un gesto huraño, y luego dijo:

—Es una perra, se llama *Mille*.

Orla se quedó mirando a *Mille*, a la piel de *Mille*, y luego a Severin. Era el otro rasgo extraño que había desvelado Severin. Y ni él se dio cuenta.

Aunque los dos jóvenes procedían del mismo lugar, sin que ellos lo supieran aún, y ambos fueron abandonados por su madre recién nacidos, en algunas cuestiones decisivas se habían desarrollado de forma diferente. Orla mostraba un

pavor siempre presente por que su madre fuera a desaparecer en la nada, dejándolo solo en el mundo —aquella particularidad fascinó a nivel teórico a los psicólogos barbudos fumadores de pipa de Asistencia a la Maternidad—, pero en el caso de Severin ni el reconocimiento conseguido ni el amor de su padre adoptivo erradicó su sentimiento de no pertenencia, y al Severin adulto, tanto dormido como en estado de vigilia, lo acosaban los síntomas derivados de su llegada poco armónica al mundo: justo después de nacer lo trasladaron a un cuarto oscuro como la pez sin ningún contacto físico. Temía y deseaba la cercanía de otras personas. Que se convirtiera en abogado de los seres más débiles, casi perdidos, es un fenómeno digno de reflexión; que a lo largo de los años perdiera caso tras caso y aun así continuara matándose a trabajar es un hecho que, al menos en una interpretación, debería parecer inquietante.

Por eso, cuando los dos jóvenes tuvieron a Ole



Almind-Enevold de profesor invitado en el tercer año de la carrera, estaban preparados para un encuentro que iba a marcarlos muchos años más tarde. Fue en 1982, y el Rey Absoluto había sido ministro de Justicia en el anterior Gobierno, y solo por esa razón llenaba el auditorio en su visita mensual a la universidad. Su nombre provocaba sin quererlo un montón de divertidos juegos de palabras; el caricaturista de un periódico ya lo había comparado con el Rey Absoluto, quien entregó todo su poder y que fue tan popular y tan corriente que todos tuvieron que reír, pero nadie se atrevió a enemistarse con él. Los últimos socialistas de la facultad seguían defendiendo espectaculares revueltas armadas como las del País Vasco y Belfast, y las agresiones conocieron un repentino florecer cuando los últimos y desesperados miembros de la banda terrorista Baader-Meinhof murieron en la cárcel de Stammheim, en Alemania Occidental, y los izquierdistas se negaron a creer la explicación de

las autoridades de que se habían suicidado.

Su profesor, el antiguo ministro de Justicia, soltó una enorme carcajada.

—También yo fui luchador por la libertad, un auténtico luchador por la libertad —explicó—. Y esos cabrones no eran luchadores por la libertad..., no eran nada; simplemente optaron por la salida fácil, la de la liebre. Aquellos cobardes no aguantaban nada, ¡eran unos niñatos!

Esa burla tuvo un efecto paralizante entre los más progresistas de la audiencia. Se quedaron como petrificados ante las oleadas de carcajadas. Uno dejó los estudios en señal de protesta, pero fue el único en emprender una acción tan poco eficaz. El resto se dieron cuenta por instinto de que la tierra se había desplazado y de que el mundo se estaba transformando, y solo diez años más tarde la mayoría de ellos eran abogados de empresa muy bien pagados, mientras que Stammheim era el nombre de una pesadilla, un pozo oscuro en una mente juvenil, que por suerte se había cerrado.

A los tres meses de empezar el curso, el profesor pidió a los asistentes que reflexionaran y que después escribieran como máximo siete características que no creían que fueran compatibles con la abogacía.

«Los siete pecados capitales del abogado».

El mejor y único amigo de Orla, Severin, de mente idealista y metódica, escribió: «Pereza». Lo primero.

Tras una reflexión, escribió la siguiente característica: «Ansia de poder».

Pensó un poco más y escribió la tercera: «Mentira».

Y justo después añadió: «Avaricia».

Luego, por si acaso, se lo enseñó a Orla, quien asintió y lo animó a continuar; al fin y al cabo, Severin era así. Su quinta característica fue: «Deslealtad».

Después pasó un rato largo callado, meditando sobre las dos últimas características, mientras miraba de reojo a su amigo Orla, que estaba

inmóvil, como un muerto, con el bolígrafo en la boca y una expresión distraída en el rostro. Luego escribió la sexta característica: «Arrogancia».

Miró por última vez de soslayo a Orla, que seguía sin haber escrito una sola letra, y terminó la lista con un evidente rasgo de carácter negativo que casi había olvidado: «Insensibilidad».

Orla estuvo chupando el bolígrafo hasta que Almind-Enevold se aclaró la garganta y preguntó si todos habían terminado; luego lo bajó de pronto al papel y escribió solo una palabra con un movimiento rápido de su fuerte muñeca.

Cuando el antiguo ministro de Justicia abrió después las respuestas, sonrió y asintió para sí, satisfecho. Su impresión había resultado cierta. Su alumno preferido, y tal vez más que eso, solo había escrito una palabra:

«Indecisión».

Nada más.

Su viejo amigo Carl Malle no se había equivocado, no había exagerado. Aquel chico

estaba hecho de esa pasta: igual que él cuando tenía su edad.

Un mes más tarde, Ole Almind-Enevold invitó a su estudiante preferido a la pizzería Italiano después de clase. Orla tomó pizza con gambas, su anfitrión pidió un tazón de sopa de tomate y le hizo una serie de preguntas, tanto sobre su infancia como sobre qué pensaba de Dinamarca y del futuro de la nación.

Cuando Orla volvió a Regensen, su amigo Severin bajó corriendo la escalera desde su habitación y lo recibió en el patio, donde había un tilo gigantesco, que era más grueso y fuerte que ningún árbol que hubiera visto Orla en su vida, y constituía el centro de las muchas fiestas de verano al aire libre.

Severin acudió al encuentro de Orla sin saber que el mundo había cambiado.

—¿Qué tal? —casi gritó—. ¿Qué quería? ¿Te ha ofrecido algún trabajo?

Era el último año de carrera, y la pregunta era

razonable, pero Orla no tenía ganas de responder.

—Si me lo ha ofrecido, puedes quedártelo —respondió.

—¿Si te lo ha ofrecido...? Pero sabrás qué te ha dicho, ¿no?

—Me ha hecho un montón de preguntas —dijo Orla a la defensiva.

Los ojos de Severin estuvieron a punto de salirse de sus órbitas tras las gafas.

—Bueno, pero ¿qué...?

Orla hizo un gesto de rechazo con la mano, la misma mano que había escrito con tal tranquilidad la característica a la que el jurista de carrera debía renunciar: «Indecisión».

—No tenía nada que ver con la carrera. Ni con la carrera ni con el derecho.

—Pero ¡si has estado fuera dos horas y media!  
El comentario de Severin tenía su lógica.

Orla dejó la bolsa sobre los adoquines y se dejó caer en uno de los bancos blancos que había bajo el tilo.

—Vale. Me ha preguntado a ver si sabía que tú habías vivido en el mismo hogar infantil que yo cuando éramos pequeños.

Miró a la copa del tilo y dejó caer las veintidós palabras paralizantes de su declaración sobre la cabeza de Severin como veintidós pequeñas bombas.

—¿Qué?! —Severin palideció de pronto.

—Me ha dicho que habías estado en un hogar infantil llamado Kongslund, en Skodsborg, a principios de los sesenta, igual que yo. ¿Es verdad?

Los brazos de Severin cayeron a los lados. Era un día fresco de otoño, con un viento que hizo que una hoja se pusiera a bailar junto a sus pies, antes de posarse absurdamente en la punta de un zapato y quedarse allí.

Orla dijo, con una vehemencia inexplicable:

—No me habías contado que fueras adoptado. ¿Es verdad?

—Sí.

—Ya lo podías haber dicho.

La rabia. La revelación del antiguo ministro de Justicia en la pizzería lo había conmocionado; fue en ese segundo cuando la facultad de «decisión» lo encontró en la silla, frente a Almind-Enevold.

—Sí.

La confirmación de su amigo Severin quedó flotando en el aire.

—Pero no me lo contaste.

—Mi madre me lo contó antes de empezar en la escuela —dijo Severin, como si fuera una explicación por su silencio muchos años después. Se detuvo y sacudió su pie izquierdo, pero la hoja no se movió. Dio unos pisotones en los adoquines.

—A ti ¿te llevaron de Kongslund?

—Sí. Pero... ¿cómo lo sabía él?

—Le he hablado de mí. Le he dicho que mi madre me llevó allí al poco de nacer, el primer año. Entonces él se ha reído y ha dicho que ya lo sabía. Y luego me ha hablado de ti.

—Pero ¿cómo...? —Severin tenía los ojos



brillantes y calló. La hoja había desaparecido.

—Me ha dicho que hacía décadas que conocía a la directora de Kongslund. De joven ayudó a Asistencia a la Maternidad. Eran quienes se encargaban de todas las adopciones en los años sesenta. El tío tiene una memoria fotográfica. Dice que recuerda todos los nombres de los niños que vio. Y que tú y yo estuvimos juntos.

—Suen a... —Una vez más, Severin se calló y examinó las puntas de sus zapatos.

—Suen a casualidad, pero tal vez no lo sea —objetó Orla. La rabia había vuelto.

—Pero ¿qué hacía él en Asistencia a la Maternidad?

—Era abogado. Trabajaba asistiendo a los más débiles de la sociedad. Hace muchos años que conoce a las señoritas de Kongslund. Participó en la resistencia junto con ellas.

Al cabo de un rato estaban sentados bajo la piel aplastada y estirada de *Mille*, y Severin habló por primera vez de sus padres. Su padre adoptivo

era vidriero y se llamaba Erling; su madre adoptiva era sueca, y se llamaba Britt. Antes de que llegara Severin habían tenido un hijo, llamado Hasse, que murió con solo seis años.

—Salió a la carretera y lo atropelló un camión de veinte toneladas con remolque.

Pareció que Severin iba a echarse a llorar.

El camión chocó con el chico, que se había quedado quieto en medio de la calle —todos los miembros de la familia de Severin tenían eso de pararse en cualquier sitio y quedarse absortos—, y le pasó por encima con los cuatro pares de ruedas de la derecha. La bolsa de la compra que Hasse llevaba en la mano quedó sobre la calzada con todos los productos intactos. Hasta un tarro de remolacha superó el accidente sin romperse. La bolsa de la compra estaba ahora bajo llave en un cajón del dormitorio de Britt, y su marido nunca consiguió abrirlo y retirar aquel objeto brutal. Hasse fue su única posibilidad, porque Britt tuvo una grave intoxicación durante el parto, y casi

murió de los esfuerzos durante la penosa llegada del niño al mundo. Como se quedó estéril, no podía hacer otro Hasse, y por eso se encerró en un caparazón de duelo; se sentaba en absoluto silencio junto a la ventana que daba al parque infantil que había entre las casas amarillas, y soñaba con tal intensidad con los paisajes de su niñez, un lindero del bosque sueco y unos potros pastando, que atraía sin querer todas las miradas.

Los potros fueron el instrumento escogido por el Dueño y Señor de todas las contingencias de la vida para provocar la catástrofe que mucho más tarde iba a golpear a Severin.

Britt pasó meses sentada, alzaba la vista y sonreía con amargura a Dios, dando a entender con un lenguaje lento, una y otra vez, que no había sido Su culpa. Pero claro que lo había sido. Entonces Erling supo qué tenía que hacer. Lograron adoptar en un tiempo relativamente corto, lo que significa, en aquella época, tres años, y así fue como Severin llegó por fin a una familia fantasma en la que el

espíritu de otro chico seguía presente en las estancias y se quedaba absorto volviendo a casa de la tienda de ultramarinos con su bolsa de la compra de color rojo vivo en la mano.

Orla estaba alterado por el relato de su amigo.

—Yo esperaba de unos adultos que fueran más... adultos —comentó. Pero Severin echó a reír en medio del comentario, derramó vino tinto sobre su camisa, y se puso a hablar con su boquita color rubí colgando hacia la boca de Orla, como si quisiera que lo besara, o que lo dejara hablar sin más; Orla sintió de nuevo la rabia provocada por la revelación de Almind-Enevold.

Erling fue en busca del pequeño Severin, a quien en Kongslund llamaban Buster, como el popular artista del programa televisivo *Circus Buster*, y lo llevó de Skodsborg a casa en el coche de la empresa. Llevaba en el remolque cuatro gruesos cristales de ventana que debía entregar a un mayorista, y mientras Severin dormía en el asiento trasero colocó los cuatro cristales en la

elegante villa y se tomó una cerveza con el mayorista. En un prado detrás de la casa se pavoneaban cuatro caballos grises, y fue sin duda allí donde al nuevo padre adoptivo de Severin se le ocurrió la idea del trueque de su vida.

Creo que su mente generosa fue decisiva. En su tiempo libre, Erling era una especie de saltimbanqui; una vez cambió dos ventanas Velux por un monociclo, y sabía pedalear veinte metros mientras lanzaba al aire sus dos pelotas moteadas de azul y volvía a recogerlas. Pese a la llegada de Severin, Britt siguió durante varios años sentándose junto a la ventana, y nada parecía aliviarla. Un día, cuando Severin contaba siete años, su padre volvió de una juerga, algo más tarde de lo normal, pero, por otra parte, acompañado de un caballo de carne y hueso. Llegó caminando por la Maglegårds Allé y torció en la esquina, tirando de un enorme caballo castrado gris que bizqueó algo asustado a los niños boquiabiertos. Britt se quedó mirándolo desde la

ventana abierta de la cocina, y por una vez no fue ella quien atrajo la atención de los vecinos.

—¡Mira qué te he comprado! —gritó Erling, y la peste a cerveza de su aliento casi paralizó a los más cercanos.

No hubo reacción en la ventana de la cocina.

—Tranquila, Britt —continuó en un tono de voz consolador—. No lo he comprado. Se lo he cambiado al mayorista...

—¿Y qué le has dado tú? —preguntó Britt con temblorosas vocales suecas, apretando contra sí a Severin, porque no podía imaginar cuál de sus escasas pertenencias podían cambiarse por un caballo.

—¡Pues el coche! ¿Qué, si no? —rugió Erling con la alegría del borracho y rompió a reír, y las oleadas del eco se repitieron cuatro o cinco veces entre los bloques de casas—. ¡De todas formas, no valía para nada!

—¡Imbécil! —gritó Britt, alzando la voz por primera vez desde la muerte de Hasse, lo que

muestra lo asustada que estaba—. ¡¿Cómo vas a llevar la empresa ahora?!

Erling se quedó petrificado un segundo, solo un segundo, como si, debido a la velocidad, por un instante hubiera olvidado que los buenos cristales macizos pueden ser tan frágiles como pesados para transportar en un caballo, porque el padre de Severin era así: impulsivo y animoso, sobre todo bajo los efectos de la cerveza; nunca agresivo, sino suave y cuidadoso, razonable, magnánimo, generoso, compasivo y práctico. Y, por encima de todo, espontáneo ante gente con buenas ofertas bienintencionadas.

En el momento en que conoció al mayorista — y vio los cuatro hermosos caballos— solo pensó en Britt, que siempre soñaba con su patria chica y le hablaba de los potros en los prados, que Hasse debería haber cabalgado, si no fuera porque se quedó absorto en medio de la calzada con el tarro de remolacha en la bolsa de la compra. Con un nudo en la garganta, que la cerveza no hizo sino

empeorar, recordó que Britt compró un póster de Pippi Calzaslargas sentada en lo alto de su caballo gris moteado y lo colgó junto a la cabecera de la cama del pequeño Hasse mientras derramaba una lágrima. Fue un año después de su fallecimiento.

—Pero ¿dónde vamos a meterlo? —preguntó Britt, desesperada, desde la ventana de la cocina, mientras seguía erguida, con su vestido floreado de manga corta y el cabello rubio ondeando al viento como un icono cinematográfico en un drama demasiado prolongado.

—En el sótano —susurró el padre de Severin hacia la ventana, pero con volumen suficiente para que todos lo oyeran—. Por la noche vivirá en nuestro sótano, donde hay mucho sitio, y podemos dejar hierba y turba, y también una manta para que no pase frío. ¿Creías que no había pensado en eso?

Britt meditó un poco la cuestión, y luego hizo un gesto afirmativo a su marido.

—Pero has de prometerme que de día lo sacarás al pantano, porque si no va a morir de



claustrofobia.

Erling sonrió, porque se dio cuenta, por el tono sueco de la lengua cantarina de su esposa, de que el eco de los profundos bosques había surtido efecto.

Sin quererlo, Orla dirigió la vista a la pared de la habitación de Severin; pero no, por suerte no había nada colgado que recordara a una cabeza de caballo, una pezuña o un mechón de crin. Así que el animal debió de sobrevivir a su singular encuentro con aquella familia generosa. Pero claro, empezaron a llegar quejas, y el portero, el señor Johansen, se presentó acompañado de su hijo adolescente, Kjeld, y dio cuenta de las muchas peticiones anónimas de vecinos molestos: para empezar, estaban las boñigas y el olor del sótano, y luego estaban los niños, que se asustaban cuando el penco se paseaba por el parque infantil; además, debía de estar prohibido por ley albergar animales en un bloque de viviendas. Fue unas semanas antes del último paseo a caballo de Kjeld, que supuso

que toda la cuestión fuera objeto de la atención de la Policía, tras lo cual Erling comprendió por fin que la batalla estaba perdida, y, después de unas cuantas cervezas, convenció al mayorista para deshacer el trueque. Un coche por un caballo.

Orla estaba en Regensen, mirando asombrado al chico flaco y algo cabezón. Le costaba relacionar sus maneras educadas con los tratos absurdos que hacía su padre adoptivo.

—Claro que tampoco somos familiares —dijo Severin, leyendo su pensamiento—. En sentido estricto hemos nacido en familias diferentes; lo que pasa es que nos ha unido... Hasse.

A Orla le costaba entender que hubiera ocurrido algo tan interesante y singular al otro lado del seto de espino, en aquel mundo que, por lo demás, solo se expresaba cuando se elevaba un grito hacia el crepúsculo rojo porque una de las piedras de Orla había dado en el blanco.

—Tengo una cicatriz aquí, donde me dio la piedra —indicó Severin, poniendo un dedo

delgado en una pequeña depresión sobre el ojo izquierdo.

Luego levantó la copa y contempló su rostro reflejado en el vino.

—La verdad es que es extraño que me quisieran. Con esa mueca que tengo de nacimiento.

Asintió en silencio, triste, a su reflejo en la copa.

—¿Mueca...?

—Sí. Nunca he podido sonreír de verdad.

Severin bebió el vino y miró a Orla.

—Así. —Sonrió, melancólico—. ¿Lo ves?

—¿Ver, qué?

—Que tengo la cara así. No puedo sonreír de verdad.

Orla se quedó callado, y el Dios de la Amistad y la Camaradería plantó con fuerza repentina un dedo frío y flaco entre sus omoplatos, haciendo que la parte superior de su cuerpo se inclinara hacia delante y se quedara paralizada en una postura torcida, casi imposible.

—¿A qué te refieres? —preguntó al final.

—Ya no importa. Sonríó como me da la gana, aunque no lo vea nadie.

Sonrió y miró a Orla a los ojos. Luego bajó la voz de pronto.

—Los primeros seis años no tenía ni idea de que no fueran mis padres. Cuando me enteré estaba sentado en un pequeño taburete en el pasillo, junto a la cocina, y de pronto vino mi madre con los rulos puestos y dijo: «Por cierto, no somos tus padres de verdad, Severin, ellos desaparecieron al poco de nacer tú, y entonces nos convertimos en tus padres». Recuerdo que pensé lo fácil que había despachado el asunto... —Se miró en el vino—. Con unas frases sencillas y comprensibles.

Orla volvió a sentir la rabia. Pasó un breve rato, y no dijo nada.

—Entonces pregunté por algunas cosas sin importancia, pero la verdad es que no me lo tomé a pecho. Cuando llegó a casa mi padre, fui corriendo hacia él y le grité: «¡No eres mi padre

de verdad!». Y nunca lo olvidaré, porque entonces empezó a llorar y me dijo: «Sí, Severin, soy tu padre». Pero entonces dije: «Mamá me ha dicho que tengo otro padre». Y entonces lloró más aún.

Severin miró a Orla con ojos brillantes, después de casi una botella de vino.

—Habían perdido a su hijo, y entonces me adoptaron. Habían tenido un hijo, pero yo era un extraño. Así que todos nos quedamos desconcertados a más no poder. Entonces mi padre me tomó en su regazo y dijo: «No, no soy tu padre de verdad, pero de todas formas soy tu padre, y te quiero más que a nada en el mundo. Has de saber una cosa: nunca va a faltarte de nada». Pero ya la primera noche estuve pensando en cómo serían mis padres de verdad; había ocurrido algo, pero no sabía qué. En realidad... —Severin hablaba con voz nasal, y se calló. La realidad tendría que esperar.

Orla lo contempló con ojos entornados.

Severin tomó otro sorbo de vino.

Orla sintió de nuevo la rabia que sabía que iba a romper su amistad.

—¿No se te parecían? ¿Britt y Erling?

—En absoluto.

—¿Ni física ni psíquicamente?

—No. Ambos son bastante grandes y anchos, y yo, pues ya ves.

Orla pensó en su padre, a quien no podía visualizar, porque, al igual que la sonrisa de Severin, solo existía en un mundo invisible.

—Tenemos unos nombres bastante feos, ¿verdad? Severin y Orla. Siempre me tomaban el pelo en la escuela Kennedy. Todos gritaban: «¡Severín, Severín, siempre tan cantarín!».

Rio y babeó un poco.

Orla asintió con un gesto. Conocía bien a los golfos del primer gueto de cemento de Dinamarca, al que, aunque parezca raro, pusieron el nombre del presidente norteamericano asesinado.

Severin dijo:

—Todo era en honor de Hasse, lo de encontrar

un huérfano. Su memoria iba a honrarse con un acto así de bondad infinita.

Una gota roja colgaba de su comisura. Parecía sangre.

—Recuerdo que una vez fui con mi madre a la peluquería, y la peluquera dijo: «Amiguito, tienes el mismo pelo que tu madre», y a mi madre se le helaron los dedos, y dijo: «No es el caso».

Severin sonrió, tenía los labios rojos.

—Toda la familia participaba en la mentira, todos ellos, por la memoria de Hasse.

Se levantó y, rodeando la mesa con paso inseguro, se dirigió hacia *Mille*, cuya piel colgaba a la altura de la vista. Levantó la mano y tocó con el índice y el pulgar las pequeñas uñas grises.

—Solo me adoptaron... —cubrió una garra con el hueco de la mano, las uñas sobresalían entre sus dedos—... para mantener vivo el recuerdo de mi pequeño maldito hermano mayor. Eternamente vivo. Es toda una paradoja, ¿no? Como en un juicio, ¿a que sí? Hay que decir la verdad, pero

luego das la espalda al público. Somos muy insensibles, ¿verdad? Es nuestra maldición. No porque seamos hijos adoptivos, sino por haber pasado por allí, por Kongslund.

La sonrisa inexistente desapareció.

—Yo no soy hijo adoptivo —aseguró Orla—. Lo que pasa es que mi madre no pudo estar conmigo el primer año.

—Claro que eres hijo adoptivo.

—¿Has estado alguna vez con tus padres de verdad?

—Tengo sus nombres y el número de teléfono. Una vez que visitamos el hogar infantil, una niña, una tal Marie, me dio sus nombres. También los he llamado por teléfono. Pero siempre cuelgo antes de que respondan. Me falta valor.

Severin se tumbó de pronto y se quedó dormido.

Su libreta de teléfono estaba sobre la mesa. Orla, tras estar un rato pensando en el relato de Severin, la tomó y la abrió, y no sintió la menor



compasión por el chico flaco de las casas amarillas. Sabía con precisión dónde había anotado Severin los dos números de teléfono más importantes de su vida: en la M y en la P. Así de simple.

Bajó a la cabina de teléfono —eran las tres de la mañana— y miró el pedazo de papel con los teléfonos de los padres biológicos de Severin, según Marie. Era extraño que hubiera tenido acceso a ese tipo de información confidencial. El padre vivía en la zona de Copenhague.

La cabina de Regensen estaba medio escondida tras la puerta verde que daba al jardín, y Orla vio el tilo por una ventana estrecha. Marcó el número, y un buen rato después respondieron, y una somnolienta voz de hombre preguntó:

—¿Sí...?

—¿Fue un buen polvo?

—¿Cómo...? —dijo la voz, algo más despierta

—. ¿Quién es?

—Skodsborg, 1961. ¿Te quedaste a gusto

yéndote y olvidándote del crío?

—¿Quién es? ¡¿Quién...?!

—¿Te quedaste a gusto yéndote para ser padre de los hijos de otra mujer?

—¿Qué diablos...?

—¿Piensas alguna vez en tu primer hijo? ¿Quieres su número de teléfono? No, claro. Dejemos eso de lado. Olvidemos el pasado, ¿verdad?

Orla colgó con fuerza. Se inclinó hacia delante y miró al patio, donde las chicas de la asociación de estudiantes dentro de pocas horas iban a poner la mesa para su almuerzo dominical bajo el tilo. La Chica de la Salvación se reiría, siempre tenía abiertos sus ojos límpidos, y a Orla le recordaba a la hija de los Pedersen, la que una vez le pidió que comiera «la azul», allá en su barrio.

Cuando despertó al mediodía, solo había dormido unas horas. Se puso el quimono, fue al teléfono y marcó el otro número de la libreta de Severin.

—Soy Pia —dijo una voz juvenil.

—¿Tu madre se llama Susanne?

—Sí. ¿Quién es?

—Nada, salúdala y dile que se olvidó un niño.

Fue hace mucho tiempo, pero bueno. En Skodsborg. Solo dile que se olvidó un niño, hace mucho, mucho tiempo. Pero que él la sigue esperando. Bueno, si es que tiene tiempo...

Orla colgó. Apoyó la frente en el cristal de la cabina. Vio a Severin, con una gran resaca, sonriendo algo forzado bajo el tilo. La Chica de la Salvación estaba inclinada sobre la mesa, cortando lonchas de un gran salchichón en la gruesa tabla de la cocina de la residencia; rio y puso la mano en el brazo de Severin. Después cantaron un salmo de otoño con voces lejanas, y Orla se quedó escuchando, escondido en la cabina. Apenas oía la letra: «El bosque languidece por doquier».

Pero los árboles no languidecen, solo se secan las hojas, y ya no dan cobijo cuando llueve.

Luego marcó un tercer número, y esta vez oyó la voz de su madre, algo asustada, como si tuviera una desquiciada premonición de que algo terrible se estaba cocinando; pero Orla dejó que el receptor y el silencio flotaran en el aire mientras imaginaba la distancia exacta entre ellos: unos cinco kilómetros, setecientos treinta y seis metros y cincuenta y nueve centímetros, si ninguno de los dos se movía.

Orla escuchó el aliento de su madre, que preguntó:

—¿Diga...?

Y después, temerosa:

—¿Eres tú, Orla?

Orla tapó el auricular con la mano, y luego la retiró; una baba colgante se deslizó desde sus labios fruncidos hasta el auricular negro brillante; Orla bajó la vista a la hoja de romaza en el agua oscura, y el ojo le devolvió la mirada, aterrorizado. No pudo formular su pregunta. La chica bajo el tilo río, y después cantó y pareció un

ángel. Algo más tarde, Orla invitó a Severin y a la Chica de la Salvación a su cuarto. Ella estaba educada en la fe católica, y se había marchado de su casa con una bolsa de plástico llena de discos de Alice Cooper y Black Sabbath como único equipaje para la vida. Aquello no echó a perder su sentido del humor. Mientras subían las escaleras, ella cantó a Jesús y a la felicidad que aportaría a las personas si solo pidieran perdón.

—¡Hagamos un confesionario para nosotros, miembros de Regensen conscientes de nuestra culpa! —gritó Orla.

Severin lo miró con su pequeña sonrisa invisible, y es posible que la extravagante idea alargara en unas pocas semanas la amistad condenada a muerte de los dos chicos.

Los tres amigos construyeron con madera contrachapada una caja de casi dos metros de altura, hicieron un agujero en uno de los lados y lo cubrieron con un grueso paño negro. Se turnaban a sentarse en el taburete del interior de la caja para

escuchar las confesiones mutuas. Era muy infantil.

Solo podían pronunciar una respuesta tras la confesión de culpa, solo: «Te comprendo». Justo lo que dirían los idealistas pedagogos y participantes en el debate social de la época, independientemente del alcance del Pecado.

Severin y la Chica de la Salvación contaron anécdotas de sus borracheras pecaminosas, y Orla salmodió tras la cortina: «Lo comprendo».

Pero luego llegó su turno, y de repente el ambiente de la estancia se transformó; la narizota se sorbió los mocos y los labios carnosos se movieron y dieron cuenta de visiones tan extrañas que tanto a Severin como a la Chica de la Salvación el juego les pareció cada vez más tétrico. Ni siquiera una católica escapada de su casa había vivido nada parecido; al final ambos se excusaron de hacer más confesiones alegando trabajos a completar y dolor de cabeza. Orla se agarró un cabreo que no pudo controlar, y un viernes por la noche, tarde, llamó a la puerta del

cuarto de Severin.

—Tienes que confesarte. ¡Ahora! —dijo con voz empañada, y Severin, que vio que tenía los ojos enrojecidos, lo acompañó. Iba a ser la última vez, e iba a contarle el secreto que creía que Orla intuía.

—¿Recuerdas que te hablé del caballo de mi padre? —preguntó el chico de las casas amarillas, una vez ocupado su sitio en la caja.

El confesor al otro lado de la cortina no dijo nada.

—Sucedió algo con aquel caballo que no te he contado... O, mejor dicho, con el chico que lo montaba. Era Kjeld, el hijo del portero... —Severin vaciló un poco—. Era el chico más feo y malo que he conocido en mi vida, pero le encantaba aquel caballo, y cuando íbamos a pastar al pantano, solía venir detrás; un día lo dejé montar, y el animal se puso como loco. De pronto echó a correr, a toda velocidad, y Kjeld se agarró a la crin y no paró de chillar, y justo al lado

de los juncos, casi junto al arroyo, el caballo paró en seco, y Kjeld voló por los aires y golpeó con la cabeza la piedra gris grande, ya sabes a cuál me refiero. Se quedó tumbado en la hierba, con los ojos cerrados, y recuerdo que me quedé mirándolo. Tenía sangre en las mejillas y en la frente; recuerdo que sentí una gran alegría. Estaba bien que yaciera allí. Pasó tres semanas en el hospital hasta que le dieron el alta, pero ya no volvió a ser el mismo, y un par de meses más tarde se desvaneció y se lo llevaron. A las semanas oímos que había muerto. Kjeld había muerto.

Calló un momento.

—Igual que Hasse.

Se había confesado.

La voz de Orla llegó con un tono grave e imperioso, como si Severin se hubiera impuesto una carga demasiado grande.

—Lo comprendo bien. Al fin y al cabo, no fue culpa tuya.

—Es que no digo lo más importante... Yo ya



sabía que aquel caballo estaba algo loco. Ya sabía que Kjeld podía hacerse daño. También yo había intentado montarlo. Se suponía que era un auténtico caballo indio; también a mí me había derribado. Estaba loco, no había quien pudiera con él. Conseguí que se estuviera quieto mientras Kjeld lo montaba, y me aseguré de que tenía bien asida la crin, para que pudiera cabalgar un trecho a bastante velocidad antes de que lo derribase. Esperaba que se hiciera daño; nunca he esperado nada con tanta fuerza...

Severin se aclaró la garganta.

—O, al menos, que se diera un golpe... Pero que se muriera...

Pareció que fuera a echarse a llorar.

—Deseabas que muriera. —El confesor no estaba haciendo una pregunta.

—Lo único que recuerdo es... Parecía un niño pequeño, tumbado allí...

Echó a llorar.

—Lo comprendo. —La voz de Orla atravesó

nítida la cortina—. Lo comprendo.

No había la menor duda de que lo comprendía.  
Igual que lo de Hasse.

—Aquel día aprendí que se pueden tener ganas de matar, y también hacerlo. —Se oyó la voz de Severin—. Por lo demás, no es algo que se cuente a otros.

—No.

—¿Tú alguna vez...?

—No.

La cortina se estremeció un poco; aunque puede que no fuera más que la brisa de la calle.

Severin se levantó. Sus pasos lo sacaron del cuarto; había sido su confesión definitiva, no volvió, y al mes siguiente empezó a salir con la Chica de la Salvación, y el confesionario se quedó sin usar en un rincón del cuarto de Orla.

Eso creía Severin.

Pero a Orla le quedaba una historia que ya no tenía a quién contar. En lugar de Severin, colocó un viejo magnetofón Tandberg tras la cortina que

podía grabar tres horas seguidas. Si alguien hubiera tenido acceso a las cintas —claro que estaban bajo llave en un gran mueble de roble—, se habría quedado más alterado que Severin y la Chica de la Salvación, porque en la oscuridad, a solas, Orla el Raro no tenía que reconciliarse con el escepticismo del mundo exterior ni tratar de evitar su reprobación; allí era a la vez el padre, el pecador y el juez, y, cuando el resto de la residencia dormía, él pasaba sin ninguna dificultad de un personaje a otro mientras hablaba a la cinta ronroneante del viejo Tandberg.

—Lo comprendo —decía el padre.

Y el Pecador gritaba:

—¡No me abandones!

Pero no había ninguna reacción, y el juez estaba al fondo, cuidando de que el silencio también se grabara en las cintas.

—Perdóname —susurró el hijo.

El padre siguió callado.

Orla oía su propio silencio en las cintas,

clavado a las bobinas, donde zumbaba y zumbaba, y se hacía más profundo por cada metro que pasaba.

—Nadie es una isla —decía la voz.

Él respondía:

—Me acuso de haber preguntado a Almind-Enevold si puede conseguirme un puesto en el ministerio cuando termine la carrera.

Luego no había ningún sonido durante un buen rato, y uno casi podía imaginar a Orla, sonriendo y bebiendo vino.

—Puedo empezar este verano.

Durante un minuto la estancia está en silencio, y solo lo rompe el débil susurro de las bobinas al girar. Luego se oye la voz del padre:

—Has pecado. Pero has pagado por tu pecado con la amistad de Severin, y no puede pedirse más.

El siguiente fin de semana Orla se marchó sin explicar a Severin ni al resto de estudiantes de la residencia cuáles eran sus planes. El chofer de la empresa de mudanzas tenía una hija chiflada por

las marionetas, y Orla le regaló el extraño confesionario.

Dos meses más tarde empezó de funcionario en el ministerio que entonces se consideraba el más estimado y respetable: el Ministerio de Justicia, el primer paso de la carrera de un abogado ambicioso.

Alquiló una habitación en una calle con vistas al hotel Østerport y a las vías del tren. Llegaba tarde por la noche y se levantaba temprano por la mañana. Durante los fines de semana, practicaba un nuevo ritual en lugar del que había abandonado: a medianoche se hundía en su butaca y se relajaba del todo; entonces, centímetro a centímetro, limpiaba su mente de perturbaciones internas, descascarillaba las palabras, luego las ideas y finalmente los sentimientos. Después se mantenía en total oscuridad bajo una cúpula lisa cubierta de nácar que daba una impresión sonora y táctil igual que la del interior de una caracola como la que le dio su madre de niño, que todavía guardaba el

sonido de la rompiente allá lejos, en el Mar del Norte.

Entonces abría con respiración pausada la cubierta de su subconsciente y dejaba que las imágenes del barrio y del pantano llenaran el espacio. Las alas de mariposa arrancadas, el ojo depositado en la hoja de romaza, el agujero negro del rostro del gigante muerto que desapareció en las Tinieblas. Encendía tres velas y se quedaba sentado en el mismo estado y en la misma postura hasta que el último pedazo de mecha se retorció y apagaba. Dejaba que las imágenes bailaran en torno a su rostro iluminado y volviesen a desaparecer, mientras el sonido susurrante se convertía en cuchicheos de voces lejanas y débiles.

Muchas veces concluía la ceremonia llamando al padre o a la madre biológicos de Severin al final casi de la noche, y las respuestas del otro lado de la línea sonaban somnolientas y metálicas. Nunca decía nada, se limitaba a dejar el receptor

junto a las velas consumidas durante medio minuto, antes de cortar la comunicación.

Una noche se desvaneció y se deslizó a la misma invisibilidad que tan bien dominaba en tiempos del bachillerato. Un soplo de viento apagó las tres velas que tenía delante, y de pronto despertó y se vio allí, solo en la butaca, acurrucado, inclinado hacia delante como un pájaro negro desmañado, y se sintió helado por dentro, sin poder respirar; el terror explotó en su interior, el pánico fluyó por sus nervios: alguien lo había dejado a solas consigo mismo, dentro de su propio cuerpo y, lo que era peor, atrapado en su cráneo, entre Tinieblas, sin poder salir. No podía vivir.

Saltó de la butaca y corrió desesperado por la habitación, tocó las paredes con manos temblorosas, emitiendo extraños ruidos de sorberse la nariz como no había oído nunca. Era dos personas, encerradas en una, y tenía la cabeza a punto de estallar: no, no, no... no-no-no... ¡no-

no-no-no-no! Oía los latidos de su corazón aterrorizado y las alas, golpeando en vano contra el cristal.

Poco a poco la presión claustrofóbica de sus ojos se aligeró y se desplomó al suelo, rendido. No sentía los brazos.

Aquello se repitió unas semanas más tarde, y la reacción le provocó tal miedo que buscó un ritual más abierto. Al principio se masturbaba en la oscuridad de su cuarto, sin moverse ni tocarse, solo por la fuerza de su concentración, pensando en las chicas del departamento; tras unos meses adquirió tal maestría que podía hacerlo en el autobús al volver del trabajo, sentado junto a la ventana con la cara vuelta, mirando con fijeza a los peatones, que pasaban al lado sin enterarse de nada. Se imaginaba a la nueva becaria de Derecho en una postura forzada sobre el escritorio, bajo un abrazo violento, y se corría antes de que el autobús llegara al hotel, y a veces incluso antes de llegar a media altura de Bredgade.



Llevaba quince años sin ver a Severin cuando el anónimo llegó al ministerio.

Pero sintió en su interior que volvían los antiguos sentimientos de la residencia: ternura, añoranza y rabia, y algo que estaba todavía más profundo y a lo que nadie podía poner nombre. Ni siquiera los hombres barbudos que una vez trataron de descifrar su mente cuando encontraron al imbécil del tuerto en el arroyo.

En el ministerio, cinco días después de llegar el anónimo, estuvo esperando la llamada de Severin. Pero parecía que su antiguo amigo hubiera tomado la firme decisión de no restablecer el contacto.

## LOS ELEFANTES AZULES

*10 de mayo de 2008*

*El aniversario se acercaba, solo faltaban tres días, y yo percibía la tensión que se había apoderado tanto del ministerio como de los reporteros que iban detrás de la conocida historia del posible Pecado Original de Kongslund, que toda la nación seguía con interés. No parecía que nadie pudiera detener el proceso.*

*Hace muchos años, la víspera de una despedida más y antes de las primeras estrofas de la antigua canción, le hice a Magna la pregunta que siempre había deseado que*

*respondiera: «¿Cuántos versos tiene?». Y mi madre de acogida respondió: «¿Cuántos debería tener?».*

*«Dos mil novecientos setenta y tres», respondí sin titubear, y advertí en su mirada un espanto repentino, como si una niña tan pequeña no pudiera imaginar cifras tan grandes. Después dijo: «Nuestra canción seguirá toda la eternidad, Marie, también mucho después de que tú y yo llevemos tiempo muertas».*

*Me quedé hundida por el peso de aquella enorme confianza. Como puede comprenderse, la respuesta no me tranquilizó lo más mínimo.*

**E**l seguimiento diario de la noticia en la página tres de *Fri Weekend* se cubría con una mano, y a juzgar por la mirada descontenta del redactor-jefe, era demasiado poco.

El asunto Kongslund corría el peligro de

perder fuelle antes de arrancar de verdad.

Era un día frío en el que el viento corría por las calles y avenidas de la ciudad y por el antiguo puerto, donde la Casa de la Prensa, con sus grandes ideales de libertad, igualdad y tolerancia, paradójicamente, había supuesto el final de los viejos pasotas de las casas-barco que se alineaban en el Muelle de las Brumas. La Policía se los llevó a todos y acabaron en la trena, y nadie volvió a pensar en ello. Knud Tåsing se apresuró a cobijarse bajo el edificio negro de cinco pisos que se alargaba por la dársena del puerto y que siempre le hacía pensar en un bloque de construcción enorme que una torpe mano infantil, algo distraída, hubiera rechazado. El redactor-jefe lo miró en silencio, y por un momento se vio como un ratón en una ratonera que, por supuesto, disponía de queso, pero no de salida, y era posible que los soñadores expulsados dejaran caer una última maldición vengadora, porque nada parecía ir bien en el achacoso proyecto de periódico. La

energía vital se filtraba desde la redacción con un pequeño, aunque evidente, gluglú, a medida que las tiradas bajaban y bajaban, y el redactor-jefe era el tercero en solo siete meses que se encargaba de las noticias nacionales.

—Si no hubieras tenido tu reputación de épocas pasadas, esto no habría sido noticia —le dijo a Knud Tåsing, mostrando así a todos los presentes su descontento por el titular del día: «Antigua directora calla sobre el asunto Kongslund». No podía negar que Knud Tåsing había sido una estrella en su vida anterior, pero nunca le pareció que la implicación casi personal del periodista en los casos que había cubierto fuera profesional ni aceptable.

Channel DK había emitido aquella mañana los primeros avances de un documental de actualidad sobre Kongslund programado para el 12 de mayo a las ocho de la tarde. Solo faltaban dos días y, cinco días después de que arrancara el caso, era lo único que lo hacía interesante.

Por eso era necesaria una cobertura continua.

—¿Saben algo que nosotros no sepamos? — preguntó el redactor jefe, de manera más tradicional imposible. Llevaba corbata, algo cada vez más popular como símbolo de que habías dejado atrás la época soñadora y saludabas a una realidad que se componía de un paño mucho más resistente y rutinas seguras y bien planificadas.

—No lo sé —confesó Knud Tåsing. Había convertido otro paquete de cigarrillos en una bola arrugada verdiblanca y la observaba al detalle. El resto de periodistas guardaban silencio, expresando la resignación que se había asentado en la mesa de reuniones de la enorme sala de redacción, donde cada vez había más escritorios vacíos a causa de la sangría económica del diario.

Nils Jensen entró y se colocó junto a uno de los tabiques separadores verdes, que era demasiado frágil para poder apoyarse en él. Llevaba al hombro su cámara Nikon.

—Esa fiesta de aniversario... ¿Podemos sacar

algo de ella? A mi entender, la «gran revelación» no va a producirse. Debemos reconocer que no hay tal cosa —sentenció el redactor-jefe.

Knud Tåsing catapultó con el dedo la bolita cubierta de celofán, que desapareció por el borde de la mesa.

—No estoy de acuerdo, y trabajo en el caso, pero están poniendo obstáculos en el camino.

Sonaba de lo más formal.

—No puedo ponerme en contacto con la Dirección Familiar, la antigua Dirección General de Derechos Civiles. He enviado peticiones de acceso a actas, he pedido ver antiguos archivos, contratos de trabajo y pagos de salarios, todo lo que supuestamente deberían tener, para poder encontrar a antiguas empleadas. Pero nos bloquean.

—Empleadas que probablemente murieron hace tiempo, puesto que nadie se ha dirigido a nosotros para ofrecernos ayuda —sostuvo el redactor-jefe, al que no habían contratado por su

talento para desarrollar ideas, sino por una promesa de hacer subir la productividad con cada vez menos colaboradores.

—Quizá porque no son precisamente lectoras asiduas de este periódico, si es que quedan lectores —respondió Knud.

El redactor-jefe apretó sus enormes puños, como enfadado.

—Abstente de hacer ese tipo de observaciones, Tåsing.

Dirigió una mirada al fotógrafo, que todos sabían que era medio amigo del periodista, pero Nils Jensen se limitó a mirar al suelo.

—Nos han confirmado que el formulario y los calcetines de niño son de aquella época. Y vamos a reunirnos con dos asistentes sociales de la antigua Asistencia a la Maternidad, que tal vez puedan arrojar algo de luz sobre lo que ocurrió en Kongslund en los años sesenta; es con lo que vamos a salir mañana —comunicó Tåsing.

—¿Y qué dicen esas dos señoras? ¿Las



asistentas sociales?

—Como es lógico, no las he presionado por teléfono. —Knud Tåsing miró con fijeza al redactor-jefe—. Habría sido una estupidez.

—Desde luego, eso nos asegura que no tenemos ni idea de qué contar mañana. Si es que hay algo que contar.

Los doce silenciosos periodistas reunidos en la mesa lucieron una débil sonrisa en sus rostros nerviosos.

—Eso garantiza que no sientan miedo, ni que hablen con otros que tal vez las convenzan para cerrar el pico.

Knud Tåsing se levantó de su silla de repente.

—No me extraña que este periódico esté a punto de hundirse. Quizá a los ilustres señores de arriba —levantó una mirada hacia la panóptica sala de dirección en la que antiguos revolucionarios juveniles y líderes sindicales trataban entre todos de evitar el hundimiento de su último altavoz— no les parezca una buena idea

molestar a sus viejos amigos del partido y del Gobierno. Quizá debemos seguir siendo casi un periódico del Gobierno, que cuida contra viento y marea los buenos lazos de antaño.

El redactor-jefe se levantó tan rápido que derribó la silla.

—Escogemos los reportajes siguiendo criterios de relevancia, ¿ya lo sabes...!

—Sí, pero la relevancia tiene también ojos y oídos, y percibe mejor que nadie cuándo la dirección se torna peligrosa.

—En otra época fuiste un hombre admirado, Knud Tåsing, también por mí; pero después sucedió algo, ¿verdad? Y digo expresamente: quizá..., puedes pensar sobre la cuestión..., quizá eres tú el mayor obstáculo para esa historia que tanto aprecias.

El redactor-jefe aspiró hondo.

—Porque ¿quién carajo va a creerse una historia procedente de un hombre que cometió un error tan garrafal que costó la vida a dos niños?

Quizá sea esa la señal que oigo de arriba, de abajo y en mi propia mente. ¿Quién coño va a arriesgar el negocio y la propia existencia del periódico sobre esa base?

Knud Tåsing palideció y se quedó como si alguien hubiera absorbido el oxígeno del aire que lo rodeaba.

—Vaya.

La palabra salió de sus labios y desapareció al cabo de un segundo.

Entonces se oyó una voz procedente del tabique separador.

—Ya nos las arreglaremos para sacar una historia para mañana.

Tranquilizador. Era el fotógrafo, que nunca solía intervenir, sobre todo si había muchos periodistas presentes.

Todos lo miraron. Sorprendidos.

Nils Jensen, que por lo demás solo hablaba en imágenes, y que había dicho a Knud que la historia era sensacionalista, dijo:

—Mientras Channel DK le dedique tiempo, la gente va a mantener el interés, al menos hasta la fiesta de aniversario, y entonces tal vez ocurra algo que nadie haya previsto.

Tenía una expresión algo sorprendida en el rostro. Pero no podía saberse si se debía a su repentino monólogo, o a que, como en una súbita revelación, percibía lo profético de su predicción.

El técnico de sonido apagó el motor y abrió la puerta de la unidad móvil. Salió y miró alrededor.

Peter Trøst se quedó un rato en el asiento trasero. Aunque las pautas de producción de los canales de la competencia exigían cada vez mayor efectividad en las tomas de exteriores y, por tanto, cada vez menos gente en las unidades móviles, el jefe de informativos y entretenimiento de Channel DK trabajaba siempre con técnico de sonido, cámara y ayudante de producción, como en los

viejos tiempos.

Peter Trøst se recostó un rato y cerró los ojos. En el camión siempre solía sentirse a la perfección justo antes de grabar. Disfrutaba el olor a cuero y goma, los aparatos encendidos y el humo de cigarrillos flotando entre ellos; la sensación de que todo estaba encendido, preparado para la acción. El Chevrolet de Channel DK era más bonito y más caro que la mayoría de camiones del ramo, y tenía más equipamiento y más potencia de emisión que cualquier otra unidad móvil del país, ya que estaba pagado por la generosa cadena matriz de Estados Unidos.

Salió y cerró la puerta, lentamente, casi en silencio, como si temiera que el ruido fuera a despertar a alguien dormido en los matorrales bajo las hayas, pero no se veía ningún movimiento, ni había nadie a la vista.

Alzó la mirada. La casa estaba como la última vez que la visitó, a las pocas semanas de cumplir dieciséis años. Su madre, como acostumbraba,

asíó su mano derecha y dijo con voz empañada: «Este fue tu primer hogar, Peter. No lo olvides nunca». Durante la mayor parte de su vida, sus padres no hicieron otra cosa.

La víspera había estado en la villa de Rungsted junto con su madre, viendo en la tele un reportaje emitido de las colinas de Rebild, donde un grupo de pieles rojas con pinturas de guerra del grupo de teatro Solvogren atacó a unos doscientos ciudadanos respetables que festejaban la independencia de Estados Unidos. Fue la primera vez que se dio cuenta de que una simple idea convertida en acción, y después en imágenes, podía abrir de par en par las grandes puertas televisivas y llegar a todos los rincones de Dinamarca. El milagro no era la propia acción, sino que el mundo se abriera de forma tan incondicional. La última vez que visitó Kongslund fue también el día en que decidió ser periodista de televisión.

Hizo una seña al técnico de sonido, que apagó

el cigarrillo. La ayudante de producción ya estaba en la escalera, llamando a la puerta con el puño cerrado, pese a haber un timbre a la izquierda del marco. El sonido dejó un eco, como si la villa respondiera con desgana desde lo más profundo de su alma cubierta de hiedra.

Según Magna, Peter nació en el Hospital Central de una desconocida que lo trajo al mundo una tarde hacia las siete, y justo después permitió que lo sacaran del lecho y de la habitación. Lo colocaron en una cama, en total oscuridad, como si fuera un paño fino doblado, demasiado frágil para tocarlo. Lo abandonaron en un mundo que no tenía principio ni fin, en el que había que tener el oído bien aguzado para oír el apacible trajinar del Señor al otro lado de la pared.

Nueve meses más tarde lo adoptaron sus nuevos padres. Le pusieron de nombre Peter Troest Jochumsen, que simplificó el momento en que terminó la carrera de periodista, porque por aquel entonces para hacer carrera convenía

presentarse como alguien surgido del pueblo, tal vez incluso de la clase trabajadora. La mayoría de los daneses lo conocía por su nombre artístico, Trøst, y Jochumsen se convirtió en Jørgensen; apenas había nadie que supiera de su paso del hogar infantil a la villa de ricos, porque siempre se negó a responder preguntas personales cuando llamaban de las revistas.

Desde muy temprano, su madre mostró una predilección especial por las plantas más frágiles y delicadas de este mundo; plantaba por todas partes arbolitos y arbustos exóticos, sujetos a pequeños soportes o guiados por hilos para que pudieran alcanzar el sol: chopos negros, cipreses de los pantanos, espino blanco, cerezos japoneses e incluso un arce caucasiense que daba brotes rojos en verano, y las delicadas plantas hacían que su madre repudiara todas las ocupaciones normales de un chico, como jugar al fútbol, volar cometas, el *frisbee*, el arco y las flechas... y al final también correr. Era como si quisiera obligar a su



hijo a quedarse sentado, quieto, a la sombra del olmo. Y fue allí donde habló por primera vez con My de las acusaciones lanzadas contra él por el rector Nordal.

Después del escándalo, el padre de My se hundió más y más. Se había vuelto más taciturno que nunca. La victoria del rector Nordal le hizo agachar el espinazo, por lo demás tan recto, hasta que en invierno se arrugó como un junco cubierto de hielo. Aquello asustó a My, que durante años había creído que era indomable, invulnerable e imposible de doblegar. Sentado en el banco, confió a Peter la experiencia más querida de su vida infantil, expresándola más o menos así:

—Cuando un hombre... como mi padre... sueña con abrirse paso en el mundo, construye el sueño en torno a algunas palabras, y en su mente las repite una y otra vez. Por la noche oía las palabras de mi padre, cuando hablaba en sueños...

Peter miró a su amigo y sintió la débil inquietud que surge entre personas cuando los

problemas no pueden resolverse.

—Esas palabras son como una columna vertebral —continuó My—. Atraviesan el cuerpo y lo mantienen erguido, hacen que huesos y músculos estén en su sitio. Sin ellas todo se derrumba. Así que esas palabras deben estar hechas del mejor material, del más fuerte que se pueda encontrar.

Hablaba casi como un adulto.

—Hjalmar creía que los mejores materiales, los más fuertes, eran la determinación y el orgullo, como en los libros.

Había empezado a llamar a su padre por su nombre de pila cuando no estaba cerca.

Sacudió su cabeza pecosa y trató de completar la complicada cadena de ideas.

—En el momento en que esas palabras le hacían falta, ya no las recordaba.

Miró a lo alto del olmo bajo el límpido cielo azul del jardín.

—¿Entiendes?

Peter se quedó mirándolo sin decir nada. No

estaba acostumbrado a que su amigo hiciera tales reflexiones filosóficas, después de una infancia con poca conversación. Habría querido preguntar: «Pero ¿cuáles son, entonces, los mejores materiales?». Pero se calló.

—Las palabras no eran de verdad —siguió My—. Lo que pasa es que sonaban bonito.

Estuvieron un buen rato sin decir nada.

—«¡No te rindas nunca!», solía decir. «¡No te rindas nunca!» —My observó sus manos, como si estuviera viendo las palabras entre sus dedos.

Peter comprendió. Que Hjalmar se rindiera sin más había sido un golpe paralizante.

—El mejor material... —My titubeó—. El mejor material es sentir que vales.

Tenía una lágrima posada como un pequeño insecto brillante en la mejilla, y no profundizó en su reflexión. Pero, más de treinta años después, Peter recordaba la respuesta, y su sensación de miedo, relacionado con la sencilla descripción hecha por My del camino que lleva al hundimiento

de toda persona.

Por eso reaccionó a la llamada de ayuda de la única manera que sabía.

El día que llegó el diario de la mañana con la noticia del fallecimiento del rector, un par de semanas después de la tala del tilo, el padre de My, Hjalmar, levantó una sola vez la vista de su ejemplar del *Diario del pueblo*; miró a los dos chicos, que comían dulces navideños en la mesa, y sostuvo la mirada de su hijo un par de segundos. Luego volvió a su mundo agrietado, donde la vergüenza se mantenía inmóvil como un rey en su trono.

Peter nunca inició a My en su secreto. Nunca hablaban de lo que sucedió. Tendría que esperar, si querían que su amistad durase.

Y el Destino, como tiene por costumbre, dejó que aquel aplazamiento sin razón de ser se prolongase para siempre.

La ayudante de producción había gritado su nombre, quizá un par de veces, porque sonaba algo preocupada. En los escalones de la entrada había una mujer alta que lo saludó con una sonrisa, como si lo conociera de tiempo atrás.

Tal vez fuera una reacción a la fama de Peter.

—Susanne Ingemann —dijo la mujer, haciendo una reverencia.

A Peter le pareció peculiar, pero también fascinante; hizo la reverencia como si ambos fueran unos personajes del siglo pasado subiendo las escaleras de un palacio de fábula. Ya nadie hacía reverencias.

—Tú ya has estado aquí —anunció la mujer, como para explicar la razón de su extrañeza; luego hizo una seña con la mano izquierda y lo condujo a la antigua casa. Su cabello castaño cobrizo estaba recogido con un pasador, y llevaba un vestido

verde y unas sandalias blancas.

Peter recordaba el vestíbulo y la amplia escalinata de color blanco que llevaba a las partes no vistas de la existencia, donde vivían la directora y sus ayudantes, y recordaba las fotografías en blanco y negro del aparador, que se remontaban en el tiempo hasta 1936 y recogían a todos los niños que habían pasado por las salas de techos altos del hogar para recién nacidos Kongslund.

—¿Cuándo estuviste en Kongslund por última vez? —preguntó Susanne Ingemann.

—Al terminar el bachillerato. En 1980. Fuimos en coche de caballos hasta Copenhague. Pero no entré.

—¿Has hablado recientemente con la señorita Ladegaard?

—Lo he intentado, pero no responde el teléfono.

Bebieron té en la sala que da al jardín, con vistas al césped recién cortado, a la playita y al

estrecho. El mar estaba como un espejo.

—Como comprenderás, estamos molestas por el seguimiento de *Fri Weekend*. Así que si lo que te interesa es el lado más sensacionalista de la cuestión, no soy la más indicada. Me ocupo de Kongslund tal como Kongslund es hoy día y, desde luego, aquí no vienen los niños de los ricos. Al contrario.

Su dialecto era de Selandia, del centro o del oeste, no estaba seguro.

—¿Cuándo te entregaron en adopción?

—En 1962.

Odiaba aquella palabreja —*entregado*—, que aseguraba que no quedaba nada atrás, que nada podía rehacerse, y que todos lo sabían.

—Naciste en el Hospital Central, y al poco tiempo viniste aquí. Igual que la mayoría, ¿no?

—Sí.

Después volvió a callar. «Hospital Central» eran palabras de un certificado de nacimiento que nunca había visto. No le gustaba pensar en ello, y

no quería que lo persiguieran visiones de la oscuridad que lo rodeó las primeras horas de su vida. Volvió allí treinta años más tarde para traer al mundo a su primer hijo, que tuvo con su segunda mujer, y llegaron a maternidad de noche. Por lo que sabía, era el mismo lugar donde su madre desconocida dio a luz, y allí cometió un error fatal, fruto de la arrogancia.

El Destino despertó de pronto: qué oportunidad.

Los llevaron al paritorio número tres, donde había una bañera y unos cojines para descansar, incluso un puf, en el que se tumbó, jadeando, su esposa de entonces. Pero Peter Trøst estaba inquieto, como suelen estarlo los periodistas cuando la intimidad hace sombra a la visión de conjunto; iba a dar una vuelta, quizá encontraría un televisor que emitiera la CNN en directo desde alguno de los focos de atención mundiales, y volvería después. Se encontró con Marianne en el pasillo, y estuvieron en el despacho de ella



hablando de los viejos tiempos. Qué oportunidad. No esperaba verla convertida en comadrona, y tampoco ella esperaba verlo convertido en una celebridad; Peter ya no oía el jadeo de su esposa. Marianne rio.

—Estaba muy enamorada de ti en el instituto —confesó con ese aire de intimidad al que se enfrenta muchas veces la gente famosa. Sonó el teléfono, pero ella no contestó. Era menuda, rubia y delgada bajo la bata, y le dio la espalda para lavar unos instrumentos; qué oportunidad. Él la recordaba como una bolita de nieve en una fiesta de Navidad en el instituto; un movimiento repentino en el espacio, que llegó rodando a sus brazos.

Marianne se volvió.

Había en el rincón una litera en la que podía descansar el personal. El Destino se desperezó con placer, casi con inocencia. Entonces ocurrió. Cerró la puerta con una mano, y con la otra los empujó uno hacia el otro; ella le miró las manos y

quedó desconcertada por el comportamiento de él; pero luego emitió un jadeo desde el fondo de la garganta, y Peter supo que todo iba bien, y que Marianne compartía la misma fantasía, tal vez lo más terrible que pueda imaginar una mujer, tanto personal como profesionalmente: iba a hacerle olvidar que estaba a punto de ser padre del niño de otra mujer.

Sin duda, aquello echó a perder buena parte de su vida.

Otras veces casi le entraban ganas de echarse a reír.

Si había habido alguna duda, se desvaneció en el cálido aliento de ella, mientras su pequeño cuerpo delgado se apretaba una y otra vez y sus pechos se erguían puntiagudos hacia su boca. Ella se corrió en el mismo instante en que lo sintió entrar —era una excitación que él sabía que causaba la fama—, y gritó, y volvió a gritar, y fue como si los gritos no cesaran, hasta que de pronto se puso rígida y lo apartó de sí, se puso la bata y

abrió la puerta.

Fue entonces, con algo de retraso, cuando él cayó en la cuenta de lo que ocurría: los gritos eran de una parturienta.

La alarma hizo acudir a dos médicos. Lo intentaron con una cesárea, lo intentaron con oxígeno y con tubos, lo intentaron con amenazas, ruegos y maldiciones, pero el bebé no revivió. Era un chico. Estaba en medio de aquella blancura, reflejando lo que debería poseer una persona: inocencia, suavidad, alegría. Al final de la vida.

Peter adujo mil pretextos: solo había ido hasta el quiosco, no era culpa de nadie. Volverían a intentarlo.

—He oído gritar a otra parturienta, y me he asustado —dijo su esposa, y él no dijo nada.

Al poco tiempo se divorciaron.

—¿Cuándo lo supiste? —preguntó Susanne Ingemann. Había cruzado las piernas y buscaba el modo de hacer su tercera pregunta.

Peter parpadeó, y pensó que su

comportamiento debía de parecer extraño. Solía esconderlo a la perfección.

—Me refiero a cuándo supiste que eras adoptado —añadió Susanne.

—Me adoptaron en 1962, pero no me lo dijeron hasta el día que cumplí trece años.

—A algunos no se lo dicen nunca.

Susanne Ingemann lo miró a los ojos.

—A veces no sabes qué es lo mejor.

Peter asintió en silencio.

—Lástima que los padres no sean mejores actores —comentó ella—. Si supieran cumplir su papel, los niños no tendrían por qué saber de los pecados del pasado. Es la mala actuación la causante de la puñetera situación.

Peter Trøst se extrañó por la brutalidad de las palabras escogidas. La voz de ella estaba empañada. Vivía sola, era lo que le habían dicho sus informantes. Empleaba como vivienda privada el antiguo piso de la directora, pero poseía también una casita adosada en Christiansgave.

—¿Cómo eran tus padres? —preguntó Susanne. Por lo demás, era él quien debía hacer las preguntas.

—Bueno, vivíamos en Rungsted —respondió él como un estúpido, como si respondiera a otra pregunta—. Por eso íbamos tan a menudo a Skodsborg. Bueno, después de que me lo dijeran.

—¿Algún trauma...?

—No... Nada visible.

Ella sonrió.

Peter se tranquilizó un tanto. Por supuesto que estaba traumatizado. Siempre lo supo. Veía a sus hijas unas dos veces al año, no tenía amigos y a sus padres adoptivos de Rungsted, con sus elegantes apellidos Troest Jochumsen, los visitaba tan poco como podía.

—Me mimaron demasiado. Mi madre estaba en casa. Lo más espantoso de mi infancia fue que el lápiz se me rompiera en el examen final de inglés de tercero de bachiller.

—Protegido contra todo peligro procedente

del exterior —dijo Susanne con voz lenta.

—Sí.

Luego se calló. La franqueza de ella lo cohibía, sentimiento con el que tropezaba una vez cada muchos años. En la televisión, ese tipo de reacciones se envolvía con una membrana de luz y presencia que solo dejaba detrás un zumbido de electricidad estática, como después de caer un rayo suave.

—Como es natural, hay en Kongslund lugares en los que normalmente no se puede grabar.

Su cambio de tema fue repentino. Se levantó.

—Uno de ellos es donde viven los más pequeños. Pero tú ya has estado aquí, y Kongslund bien puede hacer una excepción con un invitado tan especial.

Peter se puso en pie también. Las palabras de la directora lo habían dejado algo mareado. Y es que le había dado permiso para entrar en la Sala de Recién Nacidos.

Era una extraña declaración de confianza.

Ella señaló una puerta azul que había en un pasillo estrecho y llamó suavemente con las yemas de los dedos. Abrió una mujer joven.

—Adelante.

—Está como en los años sesenta, no ha cambiado nada.

Están en la Sala de los Elefantes, donde todo empezó. Eso ya lo sabe. Hay más altura hasta el techo de lo que él recuerda. Cuatro camas a la derecha, cuatro camas a la izquierda, y cortinas blancas que ondean al viento que entra por una ventana abierta. Es el único movimiento que hay en la estancia. Las paredes están cubiertas de las figuras que han dado nombre a la sala: son azules, con el mismo abanico de tonos que recordaba; cientos de pequeños elefantes rechonchos que parecen barritar por encima de los Mowgli humanos que duermen bajo suaves edredones gruesos. Observa un rostro dormido, los ojos cerrados y la boca cerrada, la piel blanca y el pelo oscuro. Se tambalea un poco frente al niño, como

si estuviera mareado.

Susanne se ha detenido en medio de la estancia.

—¿Te ocurre algo?

—No, no es nada, nada. —Peter luce su sonrisa de estudio para mostrar que todo va bien —. Es extraño volver a estar aquí.

Por supuesto, suena idiota.

Debía de haber al menos mil elefantes a su alrededor, todos de color azul oscuro y rechonchos, como si estuvieran clonados del mismo modelo. ¿Cómo habían podido pintar tantos?

Después pasó otra vez por el vestíbulo, y se puso a mirar las fotografías en blanco y negro, pero ella se colocó en su campo de visión y de alguna manera lo empujó hacia la puerta.

—Solo quería ver si era capaz de reconocermelo —observó.

—Casi nadie se reconoce —explicó ella.

—Supongo que apareceré en las anotaciones



que hay aquí, ¿no? En los registros y expedientes que haya de entonces. —Era una entrada torpe a la zona prohibida.

Susanne no respondió.

—¿No hay anotaciones de aquella época?

Knud Tåsing se habría muerto de risa.

—No lo sé. Creo que los viejos expedientes ya no están. Al menos, yo no los uso. Puede que Magna, la señorita Ladegaard, los tirara o se los llevara consigo.

—Pero habrás leído el artículo de *Fri Weekend*, donde aparecen tus declaraciones, ¿no?

—No. A decir verdad, raras veces leo el periódico.

—¿No te interesa nada lo que ha ocurrido? Tal vez hayan ocurrido aquí cosas que... —buscó otra vez las palabras adecuadas—, que no eran muy afortunadas.

—¿Afortunadas...?

De pronto soltó una risa campechana.

—No creo que *Fortuna* sea una palabra que

ninguno de los niños de Kongslund relaciona con su estancia aquí, ni entonces ni ahora. Me pregunto si la palabra adecuada no será *Destino*... Como el dedo de lo alto que te elige justo a ti para que tengas el peor comienzo imaginable en la vida. Abandonado por tus propios padres, desde el principio... —Volvió a ponerse seria—. Deberías entenderlo mejor que los demás.

Peter pensó en el sobre azul y en su singular contenido. Lo había sacado del cajón después de la discusión con el Catedrático, y por un breve instante pensó enseñar su contenido a Susanne Ingemann. Dejar que la inquietud se alojara en sus ojos verdes. Le habría gustado ver su reacción.

Luego se encogió de hombros.

—No, es que pensaba que serías más curiosa. Es extraño que un antiguo niño de Kongslund haya recibido una carta así, ¿no? Me refiero a Orla Berntsen.

—No puedo decir nada al respecto.

La respuesta sonó sorprendentemente formal.

—Que además trabaja para quien ha sido protector del hogar durante décadas.

Esta vez Peter había batido todos los récords de torpeza.

—Si supieras tú las enormes casualidades que pueden darse en un país tan pequeño como el nuestro... —dijo Susanne Ingemann con una sonrisa—. Niños que han pasado por aquí han vuelto a encontrarse después en la vida en los lugares más extraordinarios, sin saberlo ellos, y sin que hayamos podido decírselo, por nuestro voto de silencio. Dinamarca no es un país muy grande. Los padres de niños adoptados han vivido bastante cerca de la familia biológica sin saberlo. Se han encontrado en supermercados y en tiendas de ropa sin tener ni idea de la relación. Han jugado en el mismo club de bádminton, se han saludado y han pensado: «Qué persona más interesante, ya me gustaría conocerlo más». Incluso se han enamorado, prometido y casado. Pero nunca han sabido nada. —Sonrió, y su mirada

verde brilló—. Es fascinante, ¿verdad? Como en los cuentos.

—En el mundo de los medios de comunicación, nuestro deber es eliminar las casualidades.

Hasta él se dio cuenta de lo ampuloso que sonaba.

Ella rio.

—¿Lo dices en serio? Pues entonces es una gran tragedia. Creo que deberíais leer más a Hans Christian Andersen y no pasar tanto tiempo organizando las cosas.

—No creo que el anónimo llegara por casualidad al receptor, y tampoco creo que Kongslund fuera una casualidad, en absoluto. Lo que pasa es que no hemos encontrado la relación.

Le entraron ganas de acariciarla.

La directora se alejó un poco.

—Tengo entendido que la hija acogida por Magna sigue viviendo aquí.

—No veo qué relación puede tener con el

caso. No podéis grabarla.

—Vale. Pero recuerdo que estaba... impedida. La conocí cuando vine de visita de pequeño, y me gustaría saludarla.

Sonó igual de inapropiado que todo lo anterior, y lo era.

—No habla con nadie. Excepto en ocasiones especiales. Ya sabe que estás aquí, y debe de haber decidido que esta no es una de esas ocasiones.

Susanne Ingemann había vuelto a cerrarse.

Estuvo grabando un elefante azul de la Sala de Recién Nacidos con la cámara al hombro mientras el equipo lo esperaba fuera, bajo la luz del crepúsculo. Eligió un elefante que se balanceaba en una cabecera, sobre un mechón de pelo oscuro; se acercó con el zoom y siguió su trompa hacia la boca amplia, los pequeños colmillos y los ojos negros.

Así iba a empezar el reportaje.

Justo después, la cámara iba a efectuar un

barrido hacia la derecha y enfocar al bebé en la cama: una mejilla, una almohada, una cabecera, al fondo, una ventana, y después la oscuridad.

Estuvo en la unidad móvil, en el sendero de entrada, viendo las tomas del día. El equipo estaba sentado en las escaleras, fumando, y la ayudante de producción hablaba en susurros, como si temiera despertar a las criaturas que dormían cerca de allí. Peter pensaba titular el reportaje «Los niños de la Sala de los Elefantes», si no sonaba demasiado tintinesco, y empezar con las palabras: «La estancia de los elefantes azules ha sido el primer hogar de miles de niños cuyas vidas no tuvieron el mejor comienzo...».

Entonces se detuvo, soltó el botón de edición y se recostó en el respaldo de la silla. Era una banalidad, por supuesto.

Estuvo un buen rato inmóvil, y sintió una extraña inquietud por su intervención en la historia, mientras sus manos descansaban en el atril. Sus dedos parecían pequeñas ramas negras,

como las que agitaba vengativo el rector Nordal en sus sueños de los últimos treinta años. Cuando los alzó poco a poco, le pareció que tenía ampollas en las palmas, como si se hubiera agarrado a un pedazo de hierro candente.

Oyó su propio grito asustado.

Los del equipo lo vieron salir tambaleante del camión, entrar corriendo al bosque, bajo el grupo de hayas altas, y oyeron el sonido de alguien que estaba vomitando. No lo entendían, porque nunca habían visto a su jefe y reportero estrella emborracharse en el trabajo. Concentraron sus miradas en el interior de la masa verde oscuro, y les pareció divisar los contornos de una villa abandonada, sin ventanas, justo donde estaba él.

A uno de ellos, según contó después, le pareció entrever la silueta de una figura encogida junto a un tocón enorme. ¿Era Trøst?

La estrella de la televisión salió al poco de detrás de las hayas e hizo un gesto con la cabeza a sus colegas sin decir palabra. Se levantaron y

entraron al camión. Arrancaron y se fueron.

Al principio, mientras atravesaban el bosque de Jægersborg Hegn, Peter Trøst estuvo mirando medio vuelto a la oscuridad de atrás, donde solo había un par de faros tras el enorme Chevrolet con los cuatro del equipo.

—Tuerce a la izquierda —indicó tras cinco minutos de trayecto, y el técnico de sonido puso el intermitente de la izquierda, dejó la carretera principal y se adentró en la oscuridad de una carretera transversal.

Recibió otra orden.

—Aquí a la derecha.

Y volvió a describir una curva para introducirse en la oscuridad más profunda aún de la estrecha Damvej, que parecía un túnel bajo las copas de enormes hayas y castaños de Indias. Peter Trøst seguía mirando hacia atrás.

Un momento después apareció un par de faros en la curva, a algo menos de cien metros.

—Mierda —maldijo.



—¿Crees que nos siguen?

Era el cámara, tratando de mantener los ánimos; pero se calló cuando captó la expresión facial de Peter bajo la luz del salpicadero. Junto a él, la ayudante de producción hundió medio cuerpo en el asiento, como si temiera un disparo de precisión por el cristal trasero, como en las series norteamericanas.

—No creía...

Peter Trøst no dijo más, y nadie supo qué pensaba decir, pero todos callaron.

Se hizo el silencio en la oscuridad del camión. La gente de la televisión creía muchas veces que los seguían, les hacían escuchas y los vigilaban; era una especie de chiste en el gremio, pero siempre se decía con una pizca de presunción, que se supone que expresaba un deseo mortal por realizar un último producto importante en su carrera. Tal vez Peter no fuera el único que pensaba en el misterioso accidente en el que un miembro de la Banda de Blekingegade se salió de

la carretera en un tramo desierto en medio del bosque, cuando llevaba tiempo bajo el control de la Comisaría Central de Información. Los más conspiranoicos sostenían que fueron los perseguidores quienes sacaron el coche de la carretera.

Cuando el par de faros se fundió con cientos de otros faros y se convirtió en una corriente dorada en la autopista E-4 en dirección sur, se notó que la tensión se aliviaba y el oxígeno volvía a la cabina del camión en cantidad abundante. La ayudante de producción se enderezó. Debían de estar avergonzados por su exagerada reacción.

Al sudeste de Roskilde, cuando la silueta de la torre ovalada del palacete de la televisión surgió de la niebla, el cámara dijo en su habitual tono despreocupado:

—Había otra casa en lo alto de la colina, ¿no?

—Sí —respondió Peter Trøst—. Pero lleva muchos años vacía y está en ruinas. Parece ser que el dueño vive en Estados Unidos.

—Pero parecía que... había alguien corriendo allá arriba.

El periodista estuvo un buen rato callado. Luego contestó:

—Debe de haber sido una alucinación, Jesper.

—Una niña con un vestido blanco...

—Pues has debido de ver un fantasma. Antes vivía una niña en aquella casa, hace muchos años, dice la gente de la zona, pero ni mucho menos corría: ¡era espástica y se desplazaba en silla de ruedas!

Todos rieron, y en la risa se adivinó un débil tono de alivio.

Allí, bajo el resplandor del fantástico Cigarro de la cadena de televisión, nadie tenía suficiente fantasía para imaginarse qué otra cosa podrían haber visto. Y, claro, nadie había percibido los silenciosos mensajes que se arremolinaban en torno a los oscuros desvanes, ya que tenías que haber pasado toda tu vida en Kongslund para percibirlos bien.

Volvió a su piso de Østerbro después de, una vez más, recorrer al azar el paisaje de Selandia, atravesando los pueblecitos de nombres extraños que veía desde su ventana panorámica.

Aparcó su BMW azul entre un Jaguar negro y un Renault blanco, y entró en el portal. En el edificio vivían también un redactor de periódico, dos conocidos tertulianos y un abogado, colocado en las alturas de la Administración estatal, cuya mayor ambición era entablar una amistad privada con el famoso presentador de televisión. Pero Peter Trøst nunca había tenido ganas de mantener largas discusiones sobre la influencia del Partido Popular en el debate sobre inmigración, las irresponsables peticiones de subidas salariales de los electores de izquierda, o, peor aún: las guerras de Irak y Afganistán, en las que participaba Dinamarca después del ataque terrorista a las

torres de Nueva York.

Recordaba el consejo básico del Catedrático a los ambiciosos reporteros de la cadena durante su primer año: «Para nosotros, la vida se compone de sentimientos descritos en imágenes, y en el mundo televisivo la fórmula mágica de los sentimientos comprende siete: bienestar, malicia, sensiblería, susto, indignación, repugnancia y rabia. Ni uno más».

Quería seguir punto por punto la receta del Catedrático y hablar de la difícil infancia de Magna y del papel heroico que desempeñó durante la ocupación, y de su lucha contra la burguesía esnob, que finalmente tuvo como resultado la victoria y la fama de Kongslund en todos los rincones del país. Después iba a sembrar en medio de aquel triunfo la atormentadora duda; iba a describir los persistentes rumores acerca de que la clientela más fina de Strandvejen había encontrado una posibilidad de empleo para el hogar con la que nadie había soñado; incluso había recibido

ayuda del partido.

Era el oscuro relato que el anónimo había resucitado en una época en la que el mínimo escándalo en los medios podía derribar a un cargo electo.

Por eso, siguiendo la estela del escándalo, las noticias de la televisión y los periódicos sensacionalistas iban a formular las preguntas inevitable: «¿Kongslund se mantuvo vivo solo porque hombres poderosos lo protegieron por motivos inmorales y egoístas? ¿Se sacrificaron miles de niños huérfanos en el altar del silencio, incluso con ayuda del partido que siempre proclamaba su solidaridad y su protección de los débiles?».

Oyó voces provenientes del patio y describió la cortina; era un sábado por la noche, y había una joven en el césped, hablando con los chicos del piso de estudiantes del segundo. Era pelirroja como Susanne Ingemann, y llevaba tres aros de oro relucientes en la oreja que daba hacia la sala de

Peter. Este abrió la ventana sin hacer ruido, pero no oía lo que decían. La chica era clavada a Susanne tal como apareció en la fotografía del *Fri Weekend*. La siguió con la mirada.

La idea de sentarse en el césped junto a ella y disfrutar la tibia noche veraniega era impensable. Ella lo miraría y diría: «¿Qué haces...?», y los chicos, que se parecían a él de joven, reirían en voz alta: «Ah, sí, ya sé... —Y la sonrisa desaparecería—: Tú eres ese que hace las noticias que nadie quiere ver»; y la chica examinaría sus arrugas y ojeras: «Te llamas Peder Trøsk o algo así, ¿no?». Y los jóvenes echarían a reír con toda su fuerza juvenil y no harían caso de la sincera pena que sentía. Y él respondería: «Sí, soy el del programa que apagáis todas las noches».

«No, tu programa ni lo encendemos». La chica se reiría como las imágenes de la sala de edición, sin sonido.

Cerró de nuevo la ventana, se recostó y miró el viejo póster de la revolución cubana colgado

sobre la cabecera de su cama, en el que aparecía un guerrillero arrodillado. Una de las rodillas estaba clavada en la tierra oscura, y el brazo izquierdo, tan atrás como podía. La granada de mano estaba pegada a la mano izquierda, de donde iba a arrojarla con toda la fuerza contenida en la fe en una causa imperecedera y justa.

Peter Trøst tenía el póster desde joven. Nunca antes había pensado sobre lo que había fuera de la foto. Jamás se había preocupado por quién era el enemigo.



## EL ÁNGEL CUSTODIO

*11 de mayo de 2008*

*Creo que tanto el caso del chico tamil como el asunto Kongslund provocaban visiones que ni el asesor más listo podía controlar en aquellos tiempos. Al fin y al cabo, somos un país y una gente que hemos crecido escuchando cuentos sobre pobres niños rechazados: desde el de la cerillera moribunda y la niña solitaria bajo la hoja de romaza, hasta el de la beldad del corral de patos y la sirenita que tuvo que dejar el palacio donde el príncipe la había encontrado cuando era una niña abandonada.*

*La materialización de tales visiones podría*

*generar conmoción, sentimentalismo e indignación, y al final quizá también rabia, y eso era para lo que periodistas como Knud Tåsing y Peter Trøst estaban, de forma consciente o inconsciente, preparados.*

*Defender a los niños simbolizaba desde antiguo que la Bondad de Corazón seguía alojada en algún lugar profundo del subconsciente nacional.*

El primer ministro tosió, una vez más. Su rostro aparecía tan nítido contra la ventana y el cielo azul colgado sobre Slotsholmen que el ministro nacional estaba seguro de que su perfil desnudo podía cortar el cristal. Ole Almind-Enevold sonrió, pero enseguida se tapó la sonrisa con la mano y tosió junto con su jefe, solidario como en los viejos tiempos, cuando el partido era joven y rojo.

El único hombre del reino con más poder que el Rey Absoluto apartó el pañuelo blanco y lo dejó sobre el escritorio. Había en él unas vagas rayas rojas, donde sus labios habían tocado el paño, y el contacto —ambos hombres lo sabían sin asomo de duda— era el precursor del abrazo del que el por lo demás tímido jefe de Gobierno no iba a poder privarse ni liberarse. Sería cuestión de semanas que las rayas se convirtieran en manchas y la tos, aquel ladrido agudo, perdiera fuelle poco a poco. Así era como iba a terminar. El moribundo nunca pronunciaba el nombre de la dolencia que sufría, pero a sus subordinados inmediatos les parecía que había en ella algo infinitamente anticuado, desde la sangre que aflucía a los labios hasta la debilitada cavidad pectoral; aquella lenta languidez le venía de perlas a la visión del mundo del jefe de Gobierno, que tras las bellas consignas sociales y democráticas componía el sueño del patriarca de reinar para siempre.

—Antes de seguir, háblame de ese... caso...,

el del anónimo y el jaleo del hogar infantil. ¿Cómo se llama...?

—Kongslund.

Era el ministro nacional quien había solicitado el encuentro, y Kongslund no estaba en el orden del día. Era domingo de Pentecostés.

—Eso es —confirmó el primer ministro—. Pero ¿qué interés puede tener eso para la prensa?

—Es uno de nuestros mejores hogares infantiles... Y la acusación no es muy agradable que se diga: haber llevado a cabo una actividad secreta de la que nadie sabía nada —explicó el Rey Absoluto.

—¿Es verdad?

—No. Pero aun así tratamos de encontrar al remitente, y a otra gente de aquella época. Hay que tener en cuenta que subvencionamos Kongslund mediante los presupuestos... Y también hay un fondo especial.

—Bien.

El primer ministro volvió a toser en el pañuelo

blanco con el anagrama del partido, y dejó una raya mortal más en el paño.

—Tú has sido una especie de protector de esa institución durante años, ¿verdad?

Ole Almind-Enevold se irguió. La indirecta era tan débil y la amenaza tan sutil que solo podía captarlas quien llevaba décadas siendo el segundo del partido.

—He pedido a Carl Malle, que ya nos ha ayudado antes, que encuentre al autor. Está a punto de hacer un descubrimiento. No cabe duda de que se trata de alguien que ha pasado por Kongslund, como empleado o como niño.

—Bien —repitió el jefe de Gobierno, dejando el pañuelo con manchas rojas sobre la carpeta del escritorio.

Ole Almind-Enevold se quedó un rato mirándolo. Luego dijo:

—Me gustaría informarte acerca del caso del tamil.

—¿El caso del tamil? —El primer ministro

tosió aún con más fuerza que antes. Eran palabras que asustaban a cualquier líder político.

—Sí. Me refiero al caso del chico tamil de once años del que la prensa lleva días hablando. Hay que hacer que desaparezca de los periódicos. Ya. Según mis fuentes, detrás del revuelo hay una red malvada, y no podemos darle permiso de residencia como piden los medios.

—No voy a mezclarme en eso, es una cuestión que te atañe solo a ti, como ministro nacional.

Aun moribundo, ningún jefe de Gobierno desearía verse mezclado en el delicado problema de los refugiados; todavía menos tratándose de un niño.

—Enviaron al chico a Dinamarca como punta de lanza de una maniobra a gran escala, en la que montones de niños tamilyes no acompañados van a venir a pedir asilo, porque son menores de edad, y después pedirán la reunión familiar con sus padres de Sri Lanka. He podido saber que una gente que conoce el problema piensa ponerse en contacto

con el Gobierno danés con el objeto de detener ese ataque a la práctica danesa del derecho de asilo — aseguró el Rey Absoluto.

—Perfecto.

El padre de la patria tosió otra vez. Luego de pronto cambió de tema.

—En cualquier momento puedo estar demasiado débil para continuar, así que debes estar preparado.

Almind-Enevold agachó la cabeza como el hijo del rey junto al trono.

—Por supuesto. Pero soy mayor que tú, y en ese caso llegaría al puesto como el jefe de Gobierno más viejo de la historia del país.

El primer ministro cacareó entre dos toses. Le gustaban las valoraciones sinceras.

—Sí —concedió—. Pero debemos asegurarnos un traspaso sin fricciones a la siguiente generación, y en una situación crítica... —Saboreó un instante la palabra y la cambió por algo con más fuerza todavía—. En una situación de

fuerza mayor, no se nos puede reprochar haber nombrado para el puesto durante un período transitorio a nuestro hombre más experimentado.

—Puede que tengas razón.

—Mira alrededor, Ole. El mundo quiere líderes fuertes, entrados en años. ¿Quién ha sido más popular que Reagan y que el presidente Deng Xiao Ping? Comparado con ellos, eres un chaval. Todavía pareces joven, y nunca has tenido hijos que te robaran energía y te hicieran envejecer antes de tiempo con preocupaciones; considéralo una circunstancia feliz. Te queda tu fuerza. Mírame a mí...

La petición se vio ahogada por otro fuerte acceso de tos. No le quedaban fuerzas ni para tomar el pañuelo.

Esta vez su sucesor no tosió con él.

El primer ministro, con la cara roja por el esfuerzo, hizo un gesto con la cabeza a su ministro más cercano, además de consejero.

—Puedes irte, Ole. La próxima vez que



estemos frente a frente, tendremos asuntos más importantes en el orden del día.

Tosió otra vez. Las comisuras de sus labios estaban manchadas de sangre. Hablaba de su propia muerte.

**P**eter Trøst había bebido demasiado vino después de repasar la visita a Kongslund.

Salió de su piso de Østerbro temprano por la mañana, tras dormir unas pocas horas, y estaba vestido con el primer traje del día en el sexto piso del Gran Cigarro, pensando en Magna, que tiempo atrás estuvo en el sendero de entrada y lo sonrió y abrazó como si nunca se hubiera ido. Ahora no se atrevía a responder a sus ruegos por ser quien era.

El teléfono sonó justo cuando iba a descolgar el receptor.

—Soy Asger Christoffersen —dijo una voz muy profunda—. De Aarhus. Has dejado un

mensaje.

Se quedó un rato sin decir nada. El nombre le sonaba familiar.

—Comunicación transoceánica... ¿Aló...? ¿Eres Peter Trøst? —Tras las palabras se adivinaba una sonrisa.

—Sí...

Era una señal de estrés. Su cerebro estaba quieto y se negaba a funcionar.

—Has dejado un mensaje. Soy uno de los pequeños elefantes azules... —La voz profunda emitió una risa breve—. Al igual que tú.

La conciencia le volvió en aquel segundo. Aunque lo que aquel hombre sabía de él lo había dejado una vez más sin palabras.

—Marie me lo dijo hace tiempo —dijo la voz con ánimo tranquilizador—. Marie Ladegaard, de Kongslund.

—¿Has hablado con ella? —Vaya pregunta estúpida.

—No desde mi adolescencia. Pero si no

quieres que se sepa nada en público, no diré nada.

Peter no reaccionó ante la oferta.

—Quiero reunirme contigo, Christoffersen; lo antes posible.

Sonó rígido sin pretenderlo.

—Creo que no sé nada de ese caso, pero por mí no hay problema.

—Vamos a emitir un reportaje sobre el aniversario de Martha Ladegaard, mañana. Es posible que quiera..., más adelante..., hacer un seguimiento. —Dudó un momento. Sonaba vago—. Es importante.

—Serás bienvenido. Vivo en el observatorio Ole Rømer de Højbjerg. No tiene pérdida, está en el centro de la Vía Láctea.

El astrónomo emitió su risa corta, que sonaba como cuatro pequeños gruñidos. Luego añadió:

—Por cierto, el hombre del ministerio no es el único que recibe cartas; pero tampoco yo se lo he contado a nadie. Y también a mí me pareció desagradable...

Por tercera vez, la estrella de la televisión perdió el uso del habla. No estaba preparado para aquella información, y se asustó. Por alguna razón, había creído que un desconocido de provincias no estaría al alcance del autor del anónimo. Y, claro, se había equivocado; pero aquello hizo que el enigma creciera. ¿Quién podía tener un conocimiento tan detallado que pudiera encontrar a un puñado de niños que solo tenían en común que casi cincuenta años antes estuvieron en una sala concreta de un hogar infantil concreto al norte de Copenhague?

¿Cómo era posible?

Asger Christoffersen debió de notar la sorpresa de la estrella de la televisión, pero no dijo nada.

—Dentro de poco va a venir de visita un grupo de estudiantes. Vamos a estudiar la galaxia Andrómeda.

Volvió a adivinarse una sonrisa en la voz.

—Está muy lejos, así que debo darme prisa.

Pero llama un par de días antes de venir; si es que vienes.

Colgó.

Peter tecleó una vez más el número de Magna. Seguía sin responder. Volvió a intentarlo mientras esperaba el ascensor, y una tercera vez justo antes de entrar donde estaban los leones conceptuales, que, como siempre, se sentaban encorvados y medio ceñudos detrás de sus gigantescas coca-colas.

El jefe de conceptos estaba presentando en voz alta los planes de lanzamiento del nuevo «genio danés» de la cadena, un filósofo que sostenía haber encontrado la solución al enigma del tiempo, y que en las tomas de prueba se inclinó hacia la cámara y dijo: «¡El tiempo no existe!», mientras mezclaba con habilidad un montón de conceptos de la física, la filosofía y la cosmología, añadiendo al resultado unas gotas de lenguas extrañas. Aquello lo convertía en alguien muy indicado para los medios, en opinión del jefe de conceptos.

—¿Puede convertirse en un movimiento popular!

—¿Solo existe la distancia! —exclamó el genio en la pantalla que colgaba sobre la mesa de reuniones, tras una barba colosal que cubría un labio leporino grande como un cráter; allí estaba, rodeado de un grupo de fieles discípulos que permanecían sumisos detrás; tres de ellos llevaban barba, y cuatro tenían labio leporino, como su maestro, y todos, a excepción de uno, eran bajos y corpulentos como él. Solo había un hombre alto en el grupo, que quedaba descolocado, y por eso los bajos y corpulentos lo trataban de mala manera. El hombre alto se llamaba Aksel, y los bajos se comportaban con él como si fuera un idiota ambulante. Peter se dio cuenta de que eso les hacía bien, y comprobó una vez más que la televisión, la política y la religión poseían un rasgo común del todo necesario: la constancia en la conformidad. Lo único que exigía era un flujo constante de disidentes que se podían mostrar a los discípulos

para provocar su miedo, terror... y furia. La condenación, y solo ella, era el aglutinante del concepto común.

El Catedrático saltó desde su sitio en la cabecera de la mesa y gritó:

—Los jóvenes del sesenta y ocho se rebelaron contra todo y todos, incluso contra sus padres, pero ahora encuentran la mayor satisfacción atreviéndose a decir cosas que nunca habían dicho: «¡Bombardear afganos, devolver refugiados, encerrar a delincuentes, suspender la ayuda exterior, invadir Irak!». ¡Es una enorme satisfacción que les da un regalo fantástico de propina!

Calló un momento, y todo el grupo de cuellos estirados pareció gritar la respuesta a coro, y el Catedrático no los defraudó:

—¡¡Vuelven a sentirse jóvenes!!

Peter vio que los labios apergaminados se movían, y fue como si las palabras llegasen un cuarto de segundo después del movimiento, debía

de ser una ilusión sonora. Luego el Catedrático agitó la mano, y la reunión terminó. Hubo ruido de sillas y el pequeño ejército abandonó el local.

El Catedrático hizo señas a Peter. Volvieron a sentarse.

—¿Has pensado sobre lo que te dije?

—¿Sobre Kongslund? —Una simple constatación.

—Sí. No es cuestión de ocultar nada, Trøst. No es cuestión de mi relación con el ministro, y Kongslund me importa un bledo. El problema es airear historias que la gente no entiende, ¡y que son de hace más de cuarenta años!

El Catedrático alargó su cuello torcido hacia Peter, y una extraña expresión astuta apareció en su mirada.

—Es muy bonito que creas en el mito del flujo libre de información, todos esos remolinos impetuosos de imágenes y mensajes; pero todo eso es mentira, y deberías saberlo. En realidad, el flujo de información nos ha ahogado, es el nuevo



diluvio universal, y todos nosotros chapoteamos en él flotando boca abajo como buceadores muertos.

El Catedrático sonrió, satisfecho de su curiosa metáfora.

—Todos somos buceadores muertos llevados por la corriente; puede que parezca que nos movemos, pero no es más que una ilusión.

Peter sintió náuseas, como si estuviera a punto de vomitar; o tal vez estuviera ahogándose panza abajo en la grotesca caricatura del Catedrático.

—Deja el caso, Trøst. No va a llevar a ninguna parte.

El Catedrático se levantó y se marchó.

Quizá tuviera razón. No estaba actuando con racionalidad. Había días en que sentía añoranza por los años en que sus padres lo mantuvieron en la ignorancia y, al menos en apariencia, era igual a los demás niños. Un chico sin la información que ahora amenazaba con destruirlo.

En las semanas previas a cumplir trece años, Peter reparó en el extraño ambiente que reinaba en

su casa, y supo que se avecinaba algo espantoso; pero, en sentido estricto, ya había percibido la amenaza desde los primeros años. Los niños pequeños tienen intuiciones que los adultos desconocen. Perciben las traiciones antes de que ocurran, prevén una despedida mucho antes de producirse, y echan de menos antes incluso de la separación. En algún lugar de su mente infantil estaba el recuerdo de un mundo que sabía que existía, aunque no lo viera; muchas veces había sentido como si viviera en la casa otro niño, un niño invisible, que lo seguía al jardín y se sentaba junto a él en el banco blanco, debajo del olmo, y copiaba sus mínimos movimientos. Pero cuando dirigía a sus padres una mirada inquisitiva, no decían nada. Laust e Inge pensaron desde el principio que se mostraban cariñosos con él. No eran conscientes de la sensación de dolor que llevaban auestas. El dolor se pone las máscaras necesarias para esconderse; se viste de rabia y reproche, de amargura e indiferencia, y, en el caso

de Inge, incluso de desprecio hacia las familias con hijos biológicos que les habían llegado como un regalo del cielo. Había en lo más profundo de Inge un sentimiento que nunca reconocería ante nadie: una aversión hacia el niño que cuidaba, acariciaba y acostaba por la noche. Magdalene reconocía el sentimiento como la rabia del ser nonato hacia el niño adoptado; hacia el niño que recordaba a Inge que no había podido ser portadora de vida.

Esa rabia puede existir en la profundidad del alma durante años, y el niño percibe la vaga presencia de peligro. Muchos niños adoptivos tratan inconscientemente de suavizar la amenaza sonriendo, complaciendo a su entorno y mostrando agradecimiento. Muchos nunca llegan a saber que son adoptados, pero en lo más profundo saben que no son bienvenidos, y sonrían, sin saber por qué, al mundo que los rodea.

—Queremos decirte una cosa —le dijo su madre.

Él sonrió.

Había en la mesa trece banderitas. Le habían regalado una copia perfecta del tanque Tigre de la Segunda Guerra Mundial, cuya torreta podía girar trescientos sesenta grados cuando le ponías las pilas.

Tras ella estaba su padre, de pelo rizado y mejillas hundidas que parecían profundas zanjas en un suelo de oscura barba crecida. Todos los días caminaba en silencio por las habitaciones de la casa dando pasos que hacían vibrar las paredes, y a Peter se le antojaba parecido al general de blindados alemán de los tebeos de guerra que describían la campaña del Norte de África. Raras veces hablaba con su hijo.

Más allá, en la sombra, estaban sentados sus abuelos maternos y paternos, y notó en sus miradas un brillo expectante, a la luz de las trece velas de cumpleaños que su madre había clavado en la tarta de seis pisos con crema pastelera y nata batida con pedacitos de bombones de regaliz. Cerró los ojos

y oyó el ronroneo de la catástrofe con la misma nitidez que el conductor del tanque Tigre en las arenas del desierto en El Alamein.

—Peter, tú no recuerdas tus primeros años — comentó su madre.

Él escuchó el sonido que se acercaba.

—Queremos hablarte de aquellos años. Estabas en un hogar infantil que hay en Skodsborg, porque...

Inge se calló.

El profundo ronroneo fue subiendo de volumen, y vio a sus abuelos inclinarse hacia delante para no perderse ni una de las palabras decisivas, las palabras que formularon entre todos la víspera mientras comían berenjenas rellenas en la terraza.

—Vamos, que no somos... —empezó su madre. Luego se calló de nuevo y llenó de aire su pecho delicado.

En aquel momento el tanque Tigre apareció sobre la duna y apuntó el largo cañón negro hacia

su silla.

—Bueno, sí que somos tus verdaderos padres, pero no te hemos dado a luz...

Vio que el mensaje, como una pequeña nube de humo, abandonaba la boca de su madre, pero no tuvo tiempo de ponerse a cubierto.

—La verdad es que no.

Lo tomó de la mano, que estaba quieta sobre la servilleta, junto a un poco de crema amarilla de la tarta.

Peter esperó el impacto, y por un momento la miró sin verla; pero no sucedió nada.

«No te hemos dado a luz».

Tal vez fuera el momento más decisivo de su vida, pero la explosión no hizo ruido. Solo hubo un cartel que alguien debía de haber clavado en la oscuridad sobre la cabeza de su madre, y que llevaba para siempre el mensaje: «No te hemos dado a luz».

—Pero te queremos.

En aquel momento debió haber adivinado la

maniobra ejecutada a la perfección y debió oponerse a aquel intento de no dejarlo escapar. En aquel desesperado segundo debería haber introducido una cuña en el compacto frente de los adultos y haber desgarrado sus flancos sin piedad. Debería haberse echado a llorar entre cafeteras de plata y tazas de porcelana hasta que su corazón ilegítimo se partiera; pero en lugar de eso experimentó en aquel primer segundo de conmoción la existencia de un ser en su interior que ignoraba se encontrara allí: un ser que era mucho mayor que sus trece años, que dominaba el engaño frío, calculado, la representación que está en la base de la actuación de una auténtica estrella.

Se observó con calma a través de la fina malla que separa al sueño de la realidad, y contempló sin pasión su propia reacción ante aquella espantosa información. Presenció el momento de la transformación y comprendió su deber universal de satisfacer todas sus expectativas. Oyó su propia voz, que respondía en tono bajo y sosegado, era el

sonido más asombroso que había oído jamás.

—Ya me había parecido, así que no os preocupéis, no importa. Lo importante es que estoy con vosotros.

Deberían haberse extrañado por las educadas palabras que eligió; deberían haberse medio levantado de sus sillas y pedirle que retirase la frase. Aquellas palabras deberían haberles dado un susto de muerte, pero sin embargo su respuesta provocó un suspiro de alivio, y la pura liberación del aire contenido apagó tres velas de la tarta de cumpleaños, dejando los primeros treinta segundos de su nueva vida en un resplandor apagado, fascinante.

Corrieron las lágrimas, pero esta vez de puro alivio, hasta el comandante de la torreta del tanque parecía, a distancia, conmovido, y Peter demostró por primera vez en público su don para percibir lo que otros sentían, su talento para incorporar las esperanzas y expectativas de los demás y reaccionar en total concordancia con ellas.



Sin por ello sentir nada en absoluto.

Aquel talento fue la cualidad innata de su nueva vida, y a partir de ese día se convirtió en su álter ego. En aquel instante nació una estrella.

—Es el día más feliz de mi vida —dijo su madre, emocionada, atrayendo hacia sí a su hijo, que notó los latidos de su corazón—. Después del día en que te recogimos en el hogar infantil. Ay, qué bonito quedaba junto al mar.

Peter sonrió. De alguna manera, había sabido que lo diría. «Los mejores hogares están junto al mar».

Incluso su padre se animó, se acercó a la mesa y lo asió por los hombros con esa torpeza que solo los padres con mentalidad de general de división acorazada —que son los más— pueden mostrar. El resto del día desapareció en la gran simulación creada entre todos, y que ya entonces Peter sabía que lo acompañaría hasta el fin del mundo.

CUANDO TE RECOGIMOS, rezaba el cartel.

Después, en el cálido anochecer veraniego, los

adultos brindaron en la terraza por el éxito de la familia, y las voces, atravesando el aire de la noche, subieron hasta Peter, que estaba tumbado sobre el edredón, mirando al cielo por las ventanas Velux. En su rostro no podía leerse si captaba el mensaje de las voces alegres. No podía verse si estaba despierto o si solo estaba dormido encima del edredón con los ojos abiertos, como aprendió a hacer en las Tinieblas de la Sala de los Elefantes y practicó tantas noches que el ser extraño de su interior ya no podía contarlas.

PERO TE QUEREMOS, rezaba el cartel.

Al día siguiente fue en bici a casa de My, a quien había decidido dejar de llamar por su apodo. En adelante iba a llamarse Knud. Había pasado más de un año desde la muerte repentina del rector Nordal.

Knud Tåsing estaba medio enterrado en un gran puf verde, con la cabeza ladeada, sopesando la enorme confianza de su amigo durante casi un minuto.

Luego habló.

—Es curioso, porque he pensado a menudo si en realidad no me habrían adoptado, si mi madre se fue de verdad a España, como dice mi padre. He pensado si sería realmente mi madre... Y con mi padre, lo mismo. No me parezco nada a él.

Peter permaneció en silencio. Aparte de la estatura, My y su padre se parecían como dos gotas de agua: el mismo pelo rubio claro, las mismas pecas en la nariz y el mismo caminar algo inclinado hacia delante con las manos en el fondo de los bolsillos, pese a que Hjalmar había encogido y no era más que una sombra de sí mismo desde el escándalo del Colegio Privado.

—Probablemente somos los dos adoptados —aventuró su amigo, y esa era la máxima declaración de solidaridad.

Aún recordaba las palabras de su madre cuando lo despertó a la mañana siguiente y le dijo que había llamado la Policía. Knud había encontrado a su padre en el suelo de la sala,

delante del póster de Marx, temprano por la mañana, y despertó a un vecino. Pero Hjalmar estaba muerto sin remedio, y Knud estaba solo en la comisaría. No tenía familia con la que ponerse en contacto en esta encarnación.

—Ha sido un ataque al corazón —informó Laust.

Peter asintió en silencio. También su corazón casi se había detenido. Por supuesto que era el verdadero padre de Knud. En aquel momento sintió una rabia que lo asustó tanto que casi se quedó petrificado en el vestíbulo, frente a su padre.

«Te queremos». La frase continuaba dando vueltas en su cabeza como una canica que rebotase sin parar de pared en pared.

—¿Quieres venir a la comisaría?

Peter no respondió.

—Puede vivir con nosotros. Está solo en el mundo.

Fue un momento que no debe envidiarse a

nadie. La gran decisión vital a la que se enfrentan de pronto las personas, en la que no pueden correr a la izquierda ni a la derecha, retroceder ni continuar como si no hubieran oído nada.

No dijo nada.

Laust miró un rato largo a su hijo, y luego hizo un gesto afirmativo, como si hubiera recibido una respuesta.

—He llamado al trabajo y me han dado el día libre. Voy a la comisaría.

Pocas veces decía más de dos frases seguidas.

Peter se vistió y salió con la bicicleta. Cuando ya no podían verlo desde las ventanas, torció a la izquierda, pedaleó hacia el bosque y se sentó en uno de los tocones del claro fruto de su tala del otoño anterior. Llevaba meses sin pensar en el incidente, en la humillación del padre de My ni en el patio de la escuela vacío en la oscuridad; ni en la tormenta de nieve y la pesada motosierra, que no arrancó hasta el tercer intento.

Nunca contó a My —Knud Tåsing— lo que

hizo, y tampoco iba a decir a nadie lo que ocurrió entre él y su padre justo antes de que Laust fuera solo adonde estaba Knud. Apenas podía entenderlo él mismo. La traición había sido de dimensiones tan enormes que nada podía excusarla. Tuvo que esconder el secreto más hondo aún que el secreto del tilo. Knud Tåsing tenía un tío en la isla de Ærø, y de momento iba a vivir allí. La noche que partió, Peter soñó que el rector Nordal se le acercaba respirando con pesadez en la oscuridad; en sueños, el rector se alzaba sobre su cama con largas ramas sobresaliendo de sus mangas vacías, y su aliento olía a mantillo, a lluvia y a hojas podridas (no había mejorado mucho tras varios meses muerto). A la mañana siguiente, Peter escondió la camiseta del pijama en lo profundo del armario para que su madre no percibiera el hedor.

Fue por aquella época cuando se hizo adulto de una vez por todas y siguió el rumbo que lo condujo a la sexta planta del palacio televisivo de

las afueras de Roskilde.

Se quedó frente a la ventana panorámica con los ojos cerrados, y se imaginó al hombre adulto llamado, como los hombres que desafiaron la noche polar y sucumbieron en el intento, Knud Mylius Tåsing. Extraños motivos hicieron que los dos chicos se reencontrasen más de treinta años después para desentrañar el enigma representado por un nombre que ninguno de ellos había oído nunca.

Resumió el caso para sí una vez más. Habían recibido el anónimo por lo menos él, Orla Berntsen y Asger Christoffersen, y probablemente también los otros dos chicos que, según el pie de foto de la vieja revista, estaban en la Sala de Recién Nacidos en las Navidades de 1961. El autor del anónimo, que de alguna manera los había encontrado de adultos, debía de pensar que uno de los chicos era John Bjergstrand. El contenido de la carta era una simple petición para investigar el pasado: el receptor que no pudiera encontrar a sus

padres biológicos tendría que ser el misterioso chico que tanto interesaba al autor del anónimo.

Peter Trøst no era un hombre valiente y, de no haber estado Knud Tåsing, no habría dado un paso más. Abrió los ojos y fijó su mirada en el oeste. La clave debía de ser Magna. Aquella Magna que de manera tan evidente llevaba días sin querer hablar con nadie. Debía de haber testigos de entonces, enfermeras, puericultoras, comadronas, asistentes sociales... Y Knud Tåsing iba a encontrarlos uno a uno. Había heredado la obstinación de su padre.

Pensar en la enorme villa marrón le producía escalofríos, como si un batallón invisible de demonios del pasado hubiera caminado con él. O tal vez fuera solo el viento que llegaba del fiordo y aullaba a su miedo mientras rodeaba el Gran Cigarro. La noche en que vomitó en los matorrales sin saber por qué, también él, como los demás miembros del equipo, vislumbró una figura entre los troncos de los árboles, un ser encogido que pareció observarlo antes de desaparecer.



«El Ángel Custodio de Kongslund», susurró una voz en su sueño. Era absurdo.

Miró hacia los pueblecitos con nombres extraños allá a lo lejos. Por supuesto que estaba traumatizado. Recordó las noches en que yacía con las manos ocultas en la oscuridad bajo el edredón, para que nadie viera lo que habían cometido aquella noche en el Privado. El olor a mantillo. La certeza de la podredumbre y, recortada contra la luz de luna de la ventana del techo, la silueta nudosa del rector Nordal.

El hombre al que había matado.

## EL ENIGMA

*12 de mayo de 2008*

*M*agna siempre simbolizó la inmutabilidad, la calma y la fachada exterior. Era algo que sus amigas de la Asistencia a la Maternidad de Copenhague suscribirían hasta el día de su muerte.

*Cuando esperábamos invitados, yo solía estar, también de mayor, a su lado, disponiendo las flores puestas en agua en baldes y cubos por todas partes, y le pasaba los largos tallos verdes y delgados de las flores, que Magna rápidamente colocaba en fila y golpeaba sobre la mesa de la cocina antes de meterlas en los floreros. Después*

*yo los distribuía en el anexo, en la sala de juegos, en la habitación de la torre y en la Sala de Recién Nacidos, donde en sus cuarenta años de directora jamás se vio una flor marchita o abatida.*

*Era algo que quienes conocieron a mi madre de acogida podían confirmar: bajo sus cuidados ni las plantas ni las personas sucumbían. Punto.*

—Niños de cajón.

La afirmación llegó de una voz seca de anciana, y con un tono que no admitía discusión.

¿Y por qué habrían de discutirlo los dos reporteros? Ninguno de los dos sabía el significado de la expresión.

—Los llamábamos «niños de cajón», y es lo que eran.

Las dos señoritas de edad avanzada estaban hundidas en sus sillones. Dos pequeños cuerpos

fuertes descansando en un tapizado de flores grandes, de colores tan chillones que casi herían la vista. Debían de andar por los setenta y tantos, y tenían un relato fantástico que contar, porque ambas habían vivido los tiempos de grandeza de las adopciones en el país.

—En los años sesenta se puso un poco de orden —dijo la mayor—. Pero en los cincuenta teníamos aquellos «niños de cajón», cuando las jóvenes madres entraban en el Hospital Central al amparo de la oscuridad y dejaban a sus bebés recién nacidos, pero no deseados, en un mueble grande que teníamos.

—Una cómoda —aclaró la más joven—. Con unos cajones grandes.

Sonó extrañamente satisfecha.

—Sí —dijo la mayor—. Nacían y eran entregados y puestos en un cajón. Bueno, hasta que se suprimió el sistema.

Sonaba de lo más absurdo. Pero Knud Tåsing y Nils Jensen tenían que creerlas. Ambas habían

sido asistentes sociales en Asistencia a la Maternidad durante las décadas en que la asociación acogió a decenas de miles de madres danesas golpeadas por el destino y a sus hijos no deseados, cuando auténticas legiones de médicos y abogados llevaron a cabo con la mayor escrupulosidad posible gran cantidad de adopciones.

En 1961, las dos mujeres se ocupaban de las jóvenes que daban a luz en la sección B de Maternidad del Hospital Central.

—Entregamos en adopción a miles. Les encontrábamos los mejores hogares que podíamos.

—Y cuando se cerraba aquella puerta, la madre biológica no podía ponerse en contacto con su niño nunca más —dijo la mayor, como si estuviera pronunciando una sentencia de muerte, pero de nuevo con un tono extrañamente satisfecho.

—En aquella época no había pastillas anticonceptivas ni dispositivos intrauterinos, y si

una joven quería un diafragma, necesitaba permiso de sus padres. Las madres que decidían entregar a su bebé en adopción..., creo que no cabe duda de que nunca lo olvidaron, aunque tal vez trataran de alejarlo de su mente.

—Sí —corroboró la otra, mirando primero a Knud y luego a Nils—. Les dábamos por lo menos tres meses para que se lo pensarán antes de continuar con el proceso, y de hecho la mitad de ellas solía arrepentirse. A las demás las poníamos en el diario, como se decía en aquella época, y después planteábamos casos de paternidad para poder financiar el pago del hogar infantil.

De pronto, las dos se echaron a reír.

—¡Si es que encontrábamos al tipo!

—¿Muchos de los padres desaparecían? —preguntó Knud.

—No le quepa la menor duda... Pero entonces conseguíamos información por otros canales, y todo se escribía en un formulario verde: desde la estatura, peso y color de ojos de los padres hasta

antecedentes penales e informes de sus años escolares. Y, si habían estado en la cárcel o presentaban otros problemas sociales graves, tratábamos de encontrar una familia adoptiva muy tolerante para el niño.

La lógica de tal proceder les pareció clarísima a ambas.

Knud alzó la vista de sus apuntes.

—¿Quién venía a por el niño para llevarlo a Kongslund?

—Pues la señorita Ladegaard o la señorita Jensen. Llegaban con un capazo y tomaban un taxi para volver —dijo la mayor de las señoras, que tenía derecho a responder la primera.

—¿Recuerdan algo de un chico cuyo padre o madre se apellidaba Bjergstrand? Ya sé que ha pasado mucho tiempo.

Ambas asistentes sociales sonrieron, condescendientes.

—No, claro que no. Entregamos en adopción a cientos de ellos; qué digo, miles. Pero pueden

probar en los registros eclesiales del Hospital Central.

—Ya he pedido a un conocido que los consulte. No aparece nada. No hay nadie con ese nombre.

—O su amigo no lo ha visto; porque no tiene una fecha exacta.

—No tendrán, por casualidad, algún papel guardado de aquella época, ¿verdad?

Otra mirada condescendiente.

—Si todavía existen, estarán guardados en la Dirección General de Derechos Civiles. Ahora se llama Dirección Familiar.

—Pero si los papeles y las anotaciones de los registros eclesiales tampoco están ahí, ¿hay algún modo de encontrar a un niño de aquella época?

Ambas se quedaron pensativas, con la cabeza algo inclinada.

—Bueno, están los certificados de buena conducta, claro —indicó la mayor, y la más joven asintió en silencio—. Porque los padres adoptivos



debían presentar a dos personas conocidas que afirmasen que estaban capacitados para adoptar y educar a un niño.

De pronto, las dos volvieron a reír, como si supieran a la vez lo que venía a continuación.

—Recuerdo que hubo un pastor que se puso hecho una furia ¡porque él era bueno por definición, y solo Dios podía juzgarlo! Puede que encuentren una copia en alguna parte.

Rieron de nuevo.

—¿Hay algún otro modo...? —Knud Tåsing hizo un último intento desesperado.

—Después solíamos ir a ver cómo les iba en sus nuevas familias, y escribíamos un informe. Pero claro, para entonces el niño ya había cambiado de nombre.

—¿Saben dónde vive el chico? —preguntó la más joven.

Knud sacudió la cabeza.

—Las familias que se quedaban satisfechas solían enviarnos tarjetas de Navidad. Las

colgábamos del tablón de anuncios en Adopciones. Pero hace un montón de tiempo que desaparecieron, por supuesto.

—Además, muchos padres adoptivos nunca dijeron a sus hijos que eran adoptados. Preferían esperar hasta que los niños pudieran comprenderlo. Y la espera se eternizaba. Siempre les decíamos que era demasiado tarde. Incluso después de tres o cuatro años es ya demasiado tarde. En sus mentes y almas se afianza esa impresión de que hay algo que no marcha, y les queda una sensación instintiva de no pertenencia y de que les han mentado. Es algo muy, muy peligroso. Les decíamos que es algo que casi se adquiere con la leche materna.

Las dos ancianas sonrieron. La última frase la habían pronunciado casi a coro. Luego se callaron.

—Pero pocos lo hacían, ¿no?

Era Nils, que intervenía por primera vez.

—Pues sí. Era por la vergüenza de no haber sido capaz de traer un niño al mundo.

La más joven continuó.

—Pero cuando no había problemas con la autorización de adopción, sacábamos los formularios verdes y hablábamos un poco con la familia adoptiva sobre los padres biológicos. Los niños con defectos visibles eran los más difíciles de colocar; entonces les encontraban familias de acogida.

—¿Como Marie, la hija de Magna..., de la señorita Ladegaard?

Las dos ancianas se quedaron paralizadas por alguna razón, y dirigieron a Knud una mirada algo reprobadora, como si acabara de entrar en territorio prohibido.

—¿Conocieron a Marie Ladegaard? — preguntó Knud, mirándolas a los ojos por encima del borde de sus gafas.

—Por supuesto —dijo otra vez la mayor con cautela.

—Exactamente, ¿cuándo llegó a Kongslund? Se dice que era un bebé abandonado.

Una vez más, se comunicaron sin girar la cabeza. Flotaba en el aire la precaución que pareció suscitar el mero sonido del nombre de Marie Ladegaard. Las mujeres, que antes se quitaban la palabra una a otra, se quedaron mudas.

—La leyenda dice que apareció en las escaleras de una entrada lateral de la villa.

Una débil sonrisa. De nuevo la mayor:

—Sí, era un bebé abandonado. Y mañana hará cuarenta y siete años de ello.

—¿Sucedió en un aniversario de Kongslund...?

—Sí, fue el veinticinco aniversario de la fundación del hogar infantil, el 13 de mayo de 1961. Estábamos allí.

Ambas hicieron un gesto afirmativo a la vez, como si se les reavivara el recuerdo.

—Nunca encontraron a sus padres, ¿verdad?

No dijeron nada. Como si la propia pregunta fuera una muestra de estupidez.

Knud Tåsing puso el bolígrafo encima del

bloc.

—Así que ¿no desean hablar de Marie Ladegaard? —preguntó.

Las ancianas estuvieron un buen rato sin moverse. Después se inclinaron un poco hacia delante, con un movimiento simultáneo casi encantador.

—No —dijeron a coro, como una sola voz.

Me daba cuenta de que Knud Tåsing iba a encontrar a gente de aquella época, como las dos asistentes sociales, pero no me preocupaba demasiado.

Se lo contarían a Magna, y aquello la tendría preocupada justo antes del aniversario.

En los días posteriores a la visita de los periodistas, había oído a Susanne deambular inquieta por los pasillos, pero ni una vez se acercaba a mi puerta. Tal vez el misterio que nos

rodeaba le daba más miedo del que estaba dispuesta a reconocer. Percibíamos que la sombra del ministerio caía sobre Kongslund, y ella debía de saber que aquello iba despertar mi ira más que impulsarme a buscar cobijo. Todos los días, la directora gestionaba adopciones en la planta baja, mientras yo me escondía bajo el caballete, en la Habitación del Rey, y solo aparecía cuando tenía ganas de compañía. Podían pasar días sin que nos viéramos, y no hablamos del caso.

Aquellos días Magdalene me visitaba pocas veces, casi siempre para hablarme de la conquista que había hecho en el Más Allá, y que, como todos los amantes, esperaba durase eternamente: «Estamos sentados bajo las hayas, en un sofá de nogal italiano. Su Majestad me habla de cuando se batió por la patria en la batalla de Isted y perdió un brazo», susurraba, basculando entusiasmada casi noventa grados hacia el suelo, así que por instinto yo alargaba el brazo para asirla. Aunque también mi cuerpo estaba construido como una

anormalidad asimétrica, entendía bien la naturaleza de la simetría y su poder sobre las personas. Entendía la diferencia entre el distinto paso por la vida de las personas guapas y feas. Cuando estaba sentada en el jardín con Susanne mirando al estrecho, la veía envuelta en un fulgor rojizo, como si tanto el sol naciente como el poniente se hubieran puesto de acuerdo para cortejarla e invitarla a acompañarlos tras el horizonte, mientras que yo era angulosa y oscura, retorcida de nacimiento, clavada en la tierra como un palo roto, y había vivido en dos mundos diferentes hasta donde me alcanzaba la memoria: uno armónico y otro grotesco, uno para los que quedaban y otro para los desaparecidos, uno con los ojos abiertos y observándolo todo, mientras en el otro los tenía medio cerrados y no soportaba la luz. Adquirí la costumbre de, cuando alguien, muy de vez en cuando, llamaba a mi puerta, volver el lado menos favorable antes de mirar; no quería defraudar a un invitado, menos aún al hombre que

Magdalene me prometió que llegaría un buen día. Con doce o trece años encontré un viejo vestido verde en el desván, casi del mismo color que el que llevaba puesto la mujer guapa del cuadro; cuando el hogar infantil estaba en completo silencio y todos dormían, lo sacaba y bailaba conmigo misma frente al espejo, sin hacer caso a las manchas de moho y al tejido reblandecido y lleno de agujeros. «Eres fea», murmuraba el espejo, gruñón; pero no me afectaba, porque me imaginaba que el vestido había pertenecido a una princesa, tal vez a la mismísima condesa Danner.

Durante los años en que crecí en Kongslund, Ole Almind-Enevold, el protector del hogar, era ya una estrella en ascenso dentro del partido, que, con su insistencia en los inalienables derechos sociales y democráticos, se convirtió en el centro natural para el danés medio durante el florecimiento del Estado de bienestar. Cada vez que nos visitaba el ministro, Magdalene giraba resuelta la silla de ruedas y desaparecía en



dirección a la casa blanca en lo alto de la colina, como si lo temiera o lo despreciara, o tal vez ambas cosas. Recurrir a un hombre como Ole era un acto instintivo por parte de Magna, mi madre de acogida; me daba cuenta de ello cuando sus visitas se repetían una y otra vez, y percibía, incluso a aquella edad, que estaba en juego la supervivencia del hogar infantil.

Él no tenía tanto poder como ahora, pero era lo bastante poderoso para influir en los conservadores vecinos de Kongslund, que no sentían la menor simpatía por aquel refugio para hijos ilegítimos famoso en todo el país. El joven político cambió poco a poco el estado de opinión y, tanto en el *Søllerød Posten* como en el *Berlingske Aftenavis*, convirtió las acciones de Magna en un empeño auténticamente danés, heroico, comparable al suyo propio. Convirtió al «bebé abandonado» en símbolo de aquello por lo que luchaba y con lo que soñaba su partido: la propia lucha a favor de los más débiles. Y aquella

campana me hizo famosa en todo el país durante muchos años. Estaba bien pensada, y probablemente me encerró en Kongslund para el resto de mi vida.

Durante mi adolescencia, los doce diarios de Magdalene fueron mi consuelo. Había uno en el que me detenía una y otra vez. Por la fecha, lo había empezado en febrero de 1966, y comenzaba con una observación tan enigmática que nunca me vi capaz de desentrañar su verdadero significado.

«Han robado a otro más —escribió, y continuaba—: Solo han pasado veinticinco días desde lo de la niña, que después volvieron a encontrar. Lo han dado por desaparecido en las noticias de la radio. Es un chico. ¿Será esa la explicación que he estado buscando? ¿Fue así como llegó Marie aquí?».

No entendía aquello, y me irritaba lo increíble. Me sentaba en la cama e imaginaba a Magdalene ante mí, inclinada sobre el papel y con la cabeza abatida sobre el pecho, poniendo toda su

concentración en cada letra. Pero no entendía el contenido. ¿Quiénes eran los dos niños misteriosos robados de los que hablaba?

Cinco años después de mi llegada como bebé abandonado, Magdalene vinculaba por alguna razón el secuestro de un chico en una calle de Copenhague con mi llegada como bebé abandonado. Y estaba claro que le preocupaba:

«Pienso a menudo en la mañana en que llegó Marie a Kongslund, cuando vi a la mujer en la cuesta. ¿Por qué lo hizo de aquella manera, cuando puede entregarse en adopción a cualquier niño dentro del anonimato? Volví a pensar en ello ayer, cuando oí hablar del incidente del chico robado; aunque parezca extraño, me inquieta igual oír hablar de niños que desaparecen sin razón que oír hablar de niños que aparecen sin razón».

Fue lo que escribió, así de incompleto e incomprensible, y no me dejó leer el texto hasta después de su muerte. Cuando pedí una respuesta, no recibí ninguna.

Orla Berntsen estaba de pie junto a la ventana en el momento en el que Carl Malle cerró la puerta tras de sí. Abajo, en el patio, la serpiente alzaba su cuerpo arqueado y escupía sus entrañas a tal altura que rozaban un rayo de sol antes de pulverizarse entre destellos lila y verde. En el patio casi nunca había gente del ministerio, aunque en los ocho bancos cortos se podía almorzar a diario cerca de la serpiente.

—El mundo no penetra hasta tus dominios.

Carl Malle hizo la observación con un ligero aire burlón.

El protector de Orla Berntsen de los tiempos del barrio de casas adosadas de Søborg había envejecido, su rostro estaba más arrugado, y el pelo rizado canoso, pero su aura era la misma. No quería que le llevaran la contraria, no quería cambiar los planes por razones diferentes a las que

él conocía y aceptaba. Y, naturalmente, debía tener un plan. Para eso le pagaban.

—¿Cómo van las cosas con el chico tamil? — preguntó el expolicía.

—¿Te refieres al que está detenido en el asilo Norte, del que hablan los periódicos?

—Sí, ese chaval de once años que habéis encarcelado.

Carl Malle sonrió, burlón.

—Es lo que quiere la gente. La gente no quiere refugiados ilegales en Dinamarca, tengan la edad que tengan.

—¡La gente! Tú también has sido un chico de once años, e incluso casi podríamos decir que ilegal. Desde luego, nada deseado, ¿verdad?

Orla Berntsen entornó los ojos. No podía decir a su protector de la niñez que el tratamiento brutal para con el chico tamil se debía también al intento de desviar la atención de los medios del caso Kongslund. Sintió el conocido temblor en las falanges y en las yemas de los dedos; no terminaba

de acostumbrarse a la presencia del jefe de seguridad en el ministerio los últimos días, ya que aquel policía entrado en años iba por sistema de despacho en despacho interrogando a todos, desde el más joven de los funcionarios, que se ponía hecho un flan, hasta el Hombre de Grauballe y el Curandero; y también a él.

Todos los días a última hora Carl Malle mantenía con el ministro conversaciones de horas al otro lado de la puerta insonorizada, lo que aumentaba al máximo el nerviosismo en los pasillos y despachos del ministerio. Orla Berntsen era de los pocos que conocía la relación entre el ministro y el anterior subdirector de la Policía. La primera vez que los vio juntos no estaba preparado, y se asustó. No sabía que existiera un vínculo entre aquellos dos hombres poderosos que se turnaron como benefactores de la por lo demás insignificante familia Berntsen, en el barrio de adosados de Søborg.

Los dos hombres se encontraban en aquella

ocasión en la estancia del ministerio llamada el Palacio; era una mañana temprano de la primavera de 2001, y parecían estar en medio de una discusión de estrategias para las elecciones que todos pensaban que el partido iba a perder, pero que los estrategas electorales, con el Rey Absoluto al frente, convirtieron en triunfo al anunciar la creación de un nuevo Ministerio Nacional.

Los dos hombres estaban repasando una campaña de diez puntos acerca del predominio de musulmanes en las cuatro ciudades mayores del país, que debía llevarse a cabo en colaboración con la recién establecida Channel DK; Orla consiguió retirarse con tal discreción que solo Carl Malle lo vio.

Su violenta reacción fue inesperada, y no tenía nada que ver con la estrategia política a seguir. Tuvo que tumbarse en el sofá de su despacho y cerrar los ojos, mientras hacía cábalas sobre la relación entre los dos hombres; no la veía y no podía explicarla. O tal vez la explicación

estuviera tan cerca que no la veía.

El policía jubilado apareció en su despacho poco después, como si nada hubiera pasado, y respondió gustoso las preguntas que el futuro jefe de Gabinete ni siquiera había llegado a formular.

—¿Que cómo es que nos conocemos Ole y yo? Pues nos conocemos de tiempos de la resistencia. ¿Cómo crees, si no, que ese gnomo habría sobrevivido a los horrores de la guerra?

Carl Malle soltó una carcajada.

—Pero ¿cómo es que vivías en el mismo barrio que yo? —La voz de Orla tembló de forma casi incontrolable.

Carl Malle volvió a reír.

—Bueno, Dinamarca es un país pequeño, Orla, muy pequeño.

Se sentó despreocupado en el borde del escritorio de Orla Berntsen.

—Que yo recuerde, Magna aconsejó a tu madre un barrio apacible en consideración hacia ti, y después sugirió uno que ya conocía de antes,



porque yo vivía allí. También a ella la conocía de la resistencia. Pero a mí no me dijo nada. Ya conoces a Magna. No pide consejo a nadie, ¡y a un hombre, menos!

Rio por tercera vez.

Sonaba aceptable, y Orla tenía por aquella época otras cosas en que pensar. Aquellas semanas su madre estaba moribunda en la casa adosada de Søborg. El tumor del estómago crecía sin parar, como si todo el dolor retenido quisiera salir y terminar de una vez. Cuando lo llamaba por teléfono, los silencios podían durar varios minutos, y después Orla se quedaba con la boca tan seca que no podía hablar con nadie; ni siquiera con la Mosca, que podía pasar media hora revoloteando en torno a él, casi invisible.

Al final se mudó a Søborg para cuidar a su madre, que estaba envuelta en mantas en el sillón de orejas azul ajado, mirando al frente. Sus manos eran blancas, con manchas rosas y lilas, y sus dedos temblaban, pero ya no les quedaban fuerzas

para llevar a cabo su viaje por el terciopelo desgastado hasta el Centro de la Ira. Ya percibió la muda reprobación de su madre cuando decidió irse a vivir con otra mujer; no dijo nada, pero se quedó sentada en su trono azul con los labios apretados. Tal vez por eso, Orla no quiso casarse con Lucilla mientras viviera su madre, y tampoco se interesó por que las dos mujeres se conocieran. Lucilla, que era cubana y había crecido en la Habana Vieja, junto al puerto de La Habana, percibió el peligro por instinto; se calló y dejó que su pareja y sustento viviera aquellos meses en casa de su madre enferma.

Orla ayudaba a Gurli a acostarse, y luego se retiraba a su viejo cuarto, bajo la imagen del hombre y el chico en la playa con la pelota anaranjada colgando inmóvil entre ellos. Despertaba con la mano derecha encorvada sobre la sábana, como la garra de un pájaro grande. Crujía los dedos y escuchaba el ruido tranquilizador que hacía desaparecer las violentas

visiones de sus sueños.

Una tarde le llegó un mensaje después de una reunión: la señora Berntsen había llamado. Era el 23 de marzo de 2001, y cuando llamó su madre no respondió.

Orla salió del ministerio enseguida, no usó la bicicleta, y en el puente de la Bolsa abordó un taxi que lo llevó rápido a Søborg. Era la última hora de la tarde.

Su madre yacía boca abajo en la terraza, a pleno sol, como si durmiera. Si los vecinos se hubieran medio levantado de sus sillas de jardín y mirado al otro lado del seto bajo el tibio sol primaveral, la habrían visto; pero llevaban años sin preocuparse por lo que pasaba al otro lado del seto. Tampoco ahora por la muerte. El hombre del piano, por una vez, se había saltado su sonata vespertina, y por tanto reinaba el silencio en el barrio.

La llevó en brazos hasta la sala y la tumbó en el sofá con el rostro vuelto hacia el sur. Era la

dirección en que le gustaba mirar siempre. Algo se movía en el interior de Orla, y se llevó la mano a la tripa. Salió a la terraza donde había encontrado a su madre. Había un mirlo en el portillo del jardín. Entró de nuevo. Pensó en la noche del pantano, cuando murió el Lerdo, en el ojo sobre la hoja de romaza que lo miraba como si quisiera arrastrarlo a las profundidades, en los remolinos azules de la corriente con hilachas de rojo donde la Muerte dejó su huella.

Se sentó en el sillón de reposabrazos gastados de su madre. No recordaba haberse sentado nunca allí. Gurli Berntsen, oficinista jubilada, tolerada e ignorada durante cuatro décadas en el barrio de Frydens Vænge, golpeada por una enfermedad incurable, desplomada en su terraza y muerta.

La Mosca y Lucilla le organizaron el funeral. Orla estuvo sentado en la primera bancada de una iglesia casi vacía. Atravesó la lluvia con las gotas rodando por el paraguas, sonándose la nariz taponada con una desesperación que lo hacía

enrojecer de furia. Lucilla lo entendió, por instinto, pero nadie podía ayudar a Orla Pil Berntsen, hijo ilegítimo de Gurli Berntsen.

Se quedó callada.

Orla pasó días en la casa de Søborg. Subió al primer piso y observó las paredes blancas. Se sentó en la cama que había estado recién hecha desde que se fue de casa; miró la foto del chico que lanzaba al aire la pelota anaranjada y el hombre que levantaba los brazos al cielo estirando las manos hacia arriba en un intento eterno de asirla, y las pecas de su nariz se separaron y volaron como cuerpos celestes en el universo en expansión. Estornudó. Cerró los ojos.

Una semana después del funeral, su mundo seguía invadido por las visiones centelleantes que había dejado ella. Durmió en cama de su madre en el primer piso, mientras Lucilla cuidaba en Gentofte de la hija que tenían.

A la mañana siguiente fue al cementerio de Bispebjerg y torció a la izquierda junto a la

capilla. Se puso en cuclillas en el pequeño montículo donde yacía su madre. Caían gotas de los álamos. Al anochecer Lucilla, que había crecido en un mundo mucho más extraño que el danés, lo encontró tumbado bajo un pequeño seto detrás de la tumba. Lo salvó con una simple información sobre el secreto más íntimo de la vida. «Estoy embarazada», dijo con el vientre tenso bajo los álamos. Aquella noche se acostaron en la cama de su madre, y el tiempo corrió hacia atrás hasta donde pudo. Lucilla se puso a gritar en la oscuridad del cuarto, como si hubiera visto un fantasma. Se sentó en la cama y miró el espejo ovalado de Gurli Berntsen, con su marco de palosanto pulido y brillante, como si mirase el inframundo. Orla encendió la luz enseguida, pero su madre había desaparecido para siempre. Lucilla lo sacó de la oscuridad y lo cubrió con su cuerpo, completando así el trato que su ángel custodio cerró con el de él años atrás, cuando los barcos ululaban en el puerto de La Habana y dos extraños

se besaron.

Por la mañana, cuando Lucilla despertó, él estaba en el sillón de reposabrazos azules. Una vez más, supo instintivamente lo peligroso que era aquello y lo cerca que estaba la perdición.

Al día siguiente le propuso matrimonio.

Se casaron el 7 de abril, solo dos semanas después del funeral, y el futuro ministro nacional, Ole Almind-Enevold, fue su padrino. Un solo periodista supo del acontecimiento y sacó una única foto bien enfocada cuando salían de la iglesia; fue una historia de lo más llamativa: el ministro encargado de los extranjeros y de las expulsiones iba medio paso por detrás de su jefe de Gabinete, que acompañaba a su exótica novia morena al altar cristiano.

La foto apareció en la página nueve de un solo diario de difusión nacional al día siguiente, el domingo de Ramos; pero, aparte de esa filtración, el partido consiguió cerrar ese episodio que, de lo contrario, podría haber sembrado confusión en las

filas de futuros votantes.

Es esa ironía a veces absurda del destino que justo aquella imagen fuera, a su manera, la que echara todo a rodar, y se convirtiera en el principio del caso Kongslund y en motivo de la muerte de tantas personas.

Había dejado la casa adosada intacta, e intacta estaba cuando Lucilla dio a luz una hija tardía, y desde entonces había estado deshabitada, aparte de la visita mensual de una empresa de limpiezas.

Pero las últimas semanas el tiempo ha regresado, casi como si los años hubieran decidido retenerlo. Ya no puede abandonar la casa de Søborg, adonde se ha mudado, dejando a su familia.

Después del trabajo va a su antiguo barrio y se sienta en la sala, que no ha cambiado desde entonces. Se sienta en el sillón azul, con las manos extendidas sobre la pelusa blanda. Tiene los ojos cerrados, y a lo lejos el pianista se pone a tocar su sonata de Brahms. Entre los violentos compases



oye las palabras que compartió con Severin: «Pereza. Ansia de poder. Mentira. Avaricia. Deslealtad. Arrogancia. Insensibilidad...».

«Indecisión».

Oye su propia voz como un susurro en la estancia.

—¡La indecisión no sirve para nada! —Carl Malle ha irrumpido en su cadena de pensamientos.

Su alma vuela de vuelta al ministerio y aterriza en la silla del despacho antes de que Malle llegue a ver que ha hecho un largo viaje siete años atrás en el tiempo.

—Si tus viejos amigos se ponen en contacto contigo, sobre todo Severin, ¡tengo que saberlo!

Orla Berntsen abrió los ojos y alzó la vista. El viejo policía había sin duda controlado sus idas y venidas, y sabía que había vuelto a mudarse a la casa adosada de su difunta madre —parecía haberse vuelto loco—, y que deseaba separarse de su esposa, como si la separación formal fuera la única respuesta sincera a la separación de hecho.

Su trabajo consistía en saber ese tipo de cosas.

Solo un mes después de su boda con Lucilla, Orla visitó a Magna y le hizo la pregunta que Carl Malle antes había respondido con tal inocencia: «¿Por qué fui a vivir al mismo barrio que Carl Malle?».

Para su horror, la respuesta que le dio fue muy diferente a la del policía.

—Sí, también me sorprendió a mí —reconoció Magna—. Pero le entendí a Gurli..., a tu madre..., que un buen amigo le había recomendado el barrio. Y por lo visto también recibió alguna ayuda.

—¿No fuiste tú quien le encontró la casa?

—¡Qué va!

Magna emitió una carcajada profunda desde el fondo de su garganta.

—Solo nos ocupábamos de los pequeños, querido Orla, no podíamos cuidar también de los mayores. ¡De sí mismos debían ocuparse ellos!

Orla nunca desentrañó el juego del que formaba parte. Pero el miedo siguió en su interior

en forma de vaga inquietud que podía percibirse por turnos en sus dedos, hombros y músculos faciales. Se daba cuenta de que sus sorbidos de narices iban a más, y temía los apodos que pudiera ganarse en el ministerio.

Trató de telefonar a Magna desde la sala de estar de la casa de su madre, pero ya no respondía a las llamadas. Luego tecleó el número de Kongslund, donde Susanne Ingemann recalcó que Marie Ladegaard no quería que la molestaran, y dijo que no entendía lo que estaba ocurriendo.

—¿Qué voy a saber yo de vuestro pasado? Llegué aquí en 1984 —explicó, y su voz tembló un poco al decirlo. También ella estaba asustada.

Orla se dio cuenta de que la directora mentía.

—He intentado quedar con Marie Ladegaard —aseguró Carl Malle, como si le hubiera leído el pensamiento—. Parece que no está muy ansiosa, así que tendré que aparecer sin anunciarme. Claro que tampoco saldrá mucho de casa.

Orla dejó las gafas en el escritorio ante sí, y el

explicía quedó reducido a una silueta algo nebulosa, vaga. Temía que su viejo aliado de la infancia, con su instinto policial que nunca se jubiló, se diera cuenta de la traición que había cometido unas pocas horas antes. Había abusado de su confianza y traspasado todo límite. Orla Berntsen nunca había creído poseer la necesaria valentía. Pero quizá fuera la locura momentánea el aliado más importante a la hora de la verdad.

Temía que se le notara la traición en la voz, que aún quedara un eco de la locura que lo había impulsado a telefonar a Severin y contárselo todo.

Y apalabrar un encuentro.

**N**otó el temor en la voz del abogado el mismo segundo en el que se presentó. No era una llamada que inspirase lo que se dice confianza en Søren Severin Nielsen.

Pero al menos respondido al teléfono, por fin. Y, por alguna razón, a pesar de su enemistad de años, accedió a reunirse con él.

Como es natural, no podían quedar en el despacho del abogado, el rostro de Orla Berntsen era demasiado conocido por la serie de reportajes sobre peticiones de asilo rechazadas emitida por Channel DK, donde los periodistas del Catedrático casi lo habían convertido en héroe popular. Si alguien veía al funcionario que con sus propias manos había construido la firme política gubernamental para extranjeros en uno de los pocos lugares de encuentro que había en la capital para refugiados en dificultades, no iba a haber ninguna explicación lógica que ofrecer, y Søren Severin Nielsen quedaría comprometido para siempre.

El piso que tenía Severin en los Lagos también quedaba descartado, porque allí aparecían refugiados y amigos de refugiados sin anunciar su llegada, y de vez en cuando también periodistas a

quienes hacía falta un caso humanitario rápido para el aburrido periódico del lunes. Por eso, Orla eligió el barrio que ambos conocían tan bien, y como los padres adoptivos de Severin seguían vivos, decidieron encontrarse en la casa adosada roja de Orla.

Severin llegó con media hora de retraso, claro, colorado por el estrés, con el cabello ralo y un vago olor a las cervezas de perdedor que, como de costumbre, había bebido al salir del trabajo. Dos o tres, según el número de casos de asilo que hubiera perdido durante el día. Orla estiró la mano, pero su antiguo amigo hizo como que no la veía, y murmuró un «hola» en voz baja. Ambos eran hombres desmañados; casi entraron de lado en la casa, sin mirarse directamente. Se sentaron en el sofá donde Orla había depositado a su madre muerta siete años antes, y se removieron inquietos sobre los cojines. Era el atardecer, y el sol producía pequeñas bolas de fuego reflejadas en las persianas medio inclinadas; en el alféizar interior

de la ventana había unas figuras blancas de porcelana representando a ángeles alados y campesinas con caperuzas blancas.

Al final, Orla se decidió.

—¿También a ti te ha llegado un anónimo...?

Severin asintió y puso su carta sobre la mesa baja de azulejos.

Se arrimaron, con titubeos, para examinarla, y fue curioso que Orla no sintiera el mismo desagrado por la cercanía corporal de la que siempre huía, ayudado por brillantes y amplias mesas de reuniones. No había tocado a otra persona, aparte de estrechar formalmente algunas manos, desde que dejó embarazada a Lucilla en el dormitorio de su madre, en la cama de Gurli, poco después del funeral.

—El contenido es exactamente el mismo — aseguró Severin, cuyos ojos estaban tan surcados de venillas como su rostro, debido a su certeza de que no iba a llegar ningún equipo de salvamento que asegurase a él y a sus clientes un mundo mejor

—: el formulario, los calcetines..., la foto de Kongslund.

Orla Berntsen fue a la cocina a descorchar una botella de vino blanco.

Colocó ante sí las copas en la mesa de mármol y dijo:

—No entiendo qué quiere decir, Severin. O qué cree *Fri Weekend* que ha ocurrido.

El abogado seguía sentado, mirando el sobre y la carta.

—No creo que el periódico tenga pruebas de que haya ocurrido nada especial.

Como siempre, el juicio de Severin era jurídicamente sensato y sólido, cosa que solo unos pocos relacionaban con un abogado de refugiados con ramalazos idealistas.

—No es seguro que Kongslund entregara jamás en adopción a hijos de gente conocida o tratara de esconder su pasado en un saco profundo para que nunca pudieran volver a encontrarlo.

Severin miró una vez más la singular carta de



la mesa.

—En realidad, no es más que una afirmación de Knud Tåsing; antes también ha afirmado otras cosas, como sabes.

Orla iba a hacer crujir los dedos, pero volvió a ponerlos rápido sobre las rodillas, por miedo a que un crujido distractor interrumpiera la conversación.

—Un caso es suficiente —sentenció, aludiendo al formulario con la escasa información sobre el niño apellidado Bjergstrand—. Una entrega secreta en adopción sería más que suficiente. Y tampoco me gusta tener...

Se calló.

—Te refieres a que también tú tienes un pasado que desconoces. —Aquello fue una constatación.

Orla se quedó paralizado, casi sin darse cuenta, pero no dijo nada.

—Temes que tu madre no fuera en absoluto quien decía ser, o que tal vez no fuera tu madre...

Orla Berntsen se levantó del sofá dando una

breve sorbida de nariz, sin intentar escondérsela a Severin.

—Yo no digo eso —se defendió—. Ahora está muerta. Pero siempre ha sido mi madre.

Se dio cuenta de lo disparatado que sonaba.

Severin bebió del vino, como hizo en la residencia antes de que simularan confesarse unos a otros, antes de que Orla vendiera su amistad por su acceso a una carrera de alto funcionario con Almind-Enevold.

Orla, sin saber por qué, se había sentado en el sillón azul.

—¿Has intentado alguna vez llamar al número que tenías, el de tu madre biológica?

Las palabras abandonaron la boca de Orla sin que este se diera cuenta.

Severin puso la copa en la mesa. El enigma de la madre de Orla había pasado al olvido.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo contaste una vez. En Regensen.

—No, nunca he llamado.

Orla no dijo nada.

—Era demasiado tarde. Además, tuve a mi propia hija.

—Me dijiste que el número te lo había dado Marie. ¿De dónde lo sacó?

—No tengo ni idea.

—Vamos, que tampoco tú sabes nada. Sobre tu pasado.

Severin cambió abruptamente de tema.

—¿Recuerdas que te hablé de Kjeld?

—Sí.

—Aparte de a ti, solo se lo he... confesado... a mi exmujer. Y jamás me he atrevido a contárselo a mi hija.

Sonrió, como para recalcar el trasfondo irónico, algo disparatado. Se casó en 1988, tuvo una hija y su propio despacho durante los años en que las cifras de inmigrantes no cesaban de subir. Podría decirse que nunca estaba en casa.

—Puede que en realidad fuera Hasse, mi hermano mayor muerto, al que maté en la pradera.

Por segunda vez.

Aquello parecía el comienzo de una maniobra defensiva especialmente complicada.

En aquel instante, Orla sintió un deseo inmenso de contar a Severin el incidente que cambió su vida, aquella noche junto al cauce del arroyo, con Poul y Karsten, y el gigante herido bramando de miedo y revolcándose desesperado en el agua cenagosa.

Por supuesto, Severin había presentido todo lo que iba a decir, incluso antes de que terminara el extraordinario relato. Tardó menos de diez minutos en contarlo, pero se dio cuenta de que había conmovido incluso a un experimentado abogado de refugiados que había oído las mayores atrocidades.

—Cuando volvimos, estaba muerto —terminó—. Y el ojo estaba... en una hoja de romaza.

—¿Cómo sabes que fue tu mano la que... — Severin buscó las palabras—, ...la que cometió el crimen?

Observó que los dedos de Orla se deslizaban por los brazos del sillón describiendo unos círculos nerviosos, y al abogado no le recordó nada que hubiera visto en su casa, donde su padre reaccionaba ante los problemas caminando inquieto de una pared a otra, de una habitación a otra, mientras su madre estaba sentada en el balcón, soñando la vida de otro niño. O simplemente soñando con Suecia.

—Porque lo tenía en mi interior —dijo Orla, sin saber bien qué quería decir.

—Pudo ser la mano de Poul. Decías que era malo —insistió el abogado.

Los dedos de Orla se detuvieron en los pliegues del terciopelo.

—No. Oí un ruido, y venía de mi interior.

—¿Un ruido?

—Como una cascada... que te atraviesa.

Calló.

Severin frunció el ceño y dijo:

—¿Piensas alguna vez en la gente a la que

machacas como funcionario, a día de hoy, sin que sepan el porqué?

Había en su voz una rabia repentina.

El jefe de Gabinete del Ministerio Nacional se levantó del sillón azul y se sorbió la nariz, enfadado.

—¿Qué pregunta es esa?

—Desde que nos separamos, y desde que los primeros refugiados iraníes despertaron en la población exigencias de asilo y permiso de residencia en 1985, no hemos estado de acuerdo en nada, a pesar de que venimos del mismo lugar. Han pasado más de veinte años, Orla. Al principio era mi mundo el que tenía la razón; pero ahora es tu mundo el que manda.

Orla Berntsen se sorbió la nariz.

—Eres tú la mano que surge de la oscuridad. —Se vislumbraba el fulgor de los ojos del abogado en la penumbra de la sala de la casa adosada—. Y no, nadie logra verte la cara ni comprender por qué ocurre. Pero eres el golpe que

mata a un chico tamil de once años con la misma seguridad absoluta. ¿Por qué?

Orla Berntsen dio un paso atrás, furioso. Percibió en el abogado fallido el olor dulzón de la derrota.

—Qué melodramático te pones. Porque es lo que desea la gente. Lo sabes tan bien como yo. La gente ha elegido el Gobierno que mejor se lo asegura... y que asegura el futuro protegiéndonos de los extranjeros que amenazan la integridad, con los medios que la propia gente ha señalado. Lo que pasa es que tú trabajas contra eso. Es lo que llamamos democracia.

—Mentira. Uno a uno, todos los daneses defenderían a un chico así. Porque deseamos socorrer a gente necesitada. Ocurrió lo mismo con los judíos durante la Segunda Guerra Mundial. Los ayudamos.

—Los judíos... —Orla percibía el furor incontrolable de su voz y respiraba hondo para evitar las sorbidas de nariz que no deseaba que

oyera Severin—. Lo único que quitamos a esa gente son sus raíces y su país. ¿Te gustó acaso haber sido entregado en adopción?

Se daba cuenta de lo extrema que sonaba la comparación, pero no podía detenerse.

—Se marchitan, Severin. Mueren; ¡con la misma seguridad con que murió Kjeld!

El abogado se levantó también del fino sofá de abedul, y por un momento su rostro brilló como una luna roja en la penumbra. Luego dio un par de zancadas y se detuvo en la puerta del vestíbulo.

—Guarda mi carta, Orla Pil Berntsen. Por lo visto, te preocupa más que a mí. No puedo ayudarte. Eres tan cabezota en esta cuestión como en todas las demás. Para mí es un enigma cómo hemos vivido en el mismo lugar, y más aún que hayamos sido amigos. El porqué se me escapa. Pero todo eso pasó hace tiempo. Mañana te llegará mi petición de asilo humanitario para el chico tamil. Piensa en tu propio pasado cuando levantes la mano.



—**E**stá ahí, sorbiéndose la nariz, y se niega a participar en nada que sea constructivo...

No era una palabra que emplease a menudo Carl Malle, pero había abandonado con visible irritación el despacho de Orla Berntsen, y llevaba un buen cabreo cuando entró en el del ministro nacional.

—Estoy convencido de que los cinco chicos de entonces han recibido el maldito anónimo. Hemos interceptado una conversación entre Asger Christoffersen, de Aarhus, y Peter Trøst, de la que se deduce que ambos han recibido el saludo anónimo.

—¿Haces escuchas a una cadena de televisión?  
—La voz del ministro adquirió un inusual eco de incredulidad.

—Sí, y a un observatorio, que siempre tiene las antenas extendidas, incluso hacia el Universo.

A veces es práctico poder recurrir a antiguos contactos, estarás de acuerdo en eso.

Había en su tono un evidente sarcasmo provocador.

—¿Qué le habéis dicho a Susanne Ingemann?

—El ministro nacional estaba junto a la ventana observando el jardín del patio.

—Que consideramos el anónimo como el acto de un psicópata, que puede ser el anticipo de algo mucho más drástico. Tal vez un atentado. Terror. Que hay que andar con mucho cuidado en estos tiempos de terror, cuando hasta el Ministerio Nacional recibe amenazas... Y que también Kongslund puede estar amenazado. Bebés saltando por los aires debido a unos musulmanes locos; daría la vuelta al mundo.

—Sí —corroboró el ministro, indignado de pronto—. Vivimos en un mundo espantoso.

Se había olvidado por completo del viejo.

Carl Malle asintió en silencio.

—Estamos investigando el origen del sobre y

las letras recortadas, y voy a conseguir los nombres de todas las familias que recibieron en adopción a un niño de Kongslund en aquel período, en los años 1961, 1962. Nos ayuda Susanne Ingemann, aunque no le hace mucha gracia que miremos en los viejos registros...

—¿Y cuando tengas los nombres de esas familias...?

—Entonces encontraremos las direcciones actuales de los niños. Lo más probable es que hayan abandonado el nido hace tiempo, pero en cuanto identifiquemos la zona geográfica del remitente podremos compararla con la lista.

El ministro nacional apretó los puños y ocultó sus uñas manicuradas.

—Carl, tienes que poner patas arriba la antigua Asistencia a la Maternidad. Debes ir a la Dirección Familiar y ver qué puedes encontrar. Ya me encargaré de que no pongan pegas. Sí, ya sé que lo hemos intentado antes, sin fortuna, pero ahora la influencia de Magna ya no es tan grande.

Quiero que se investiguen todas y cada una de esas malditas cajas, cada circular, cartera y archivador donde pueden haber guardado algo. Quiero que remuevas todas las piedras, tanto aquí como en el extranjero, en las que alguien puede haber escrito ese puto nombre, John Bjergstrand..., así como cualquier nombre que se le parezca o que sea derivado de él. Debes buscar las familias que adoptaron niños en aquella época, y preguntarles si se han puesto en contacto con ellas personas ajenas que mostraban un interés fuera de lo normal por el niño que recibieron de Kongslund.

Carl Malle sonrió débilmente.

—Vale. Pero en este momento el gran problema es Severin.

El Rey Absoluto cruzó lentamente las manos delante del mentón, y aquel simple gesto pareció en sí reprobatorio.

—Severin —afirmó—. Un chico no querido que ha echado a perder todas sus posibilidades. Un abogado para los perdidos y desesperados,

para todos los estafadores y defraudadores que llegan a Dinamarca. ¿Cuál es el problema?

—Se reunieron ayer por la noche, Ole. No estuvieron juntos mucho tiempo, pero se reunieron.

El ministro parpadeó un momento. Tampoco era normal.

—Tengo a un hombre siguiendo a Severin; se fue directo desde su despacho hasta donde vive ahora Orla, que le abrió la puerta. De pronto... — Carl Malle chasqueó dos dedos gruesos— se reconciliaron.

—¿Sabemos de qué hablaron?

—No, pero nos lo podemos imaginar, ¿no?

—Debes ponerte en contacto con él...

El Rey Absoluto se calló. El abogado de refugiados y el halcón del Gobierno en el mismo barco. Podría ser una catástrofe. Carl Malle se puso hecho un basilisco la vez que supo que Ole Almind-Enevold se había ido de la lengua con Orla en la universidad, al contarle que Severin había estado en el mismo hogar infantil que él. Le

dijo que había corrido un riesgo enorme.

El expolicía aspiró hondo y dijo:

—Puedo ponerme en contacto tanto con Orla como con Søren Severin Nielsen y ocuparme de que la relación cese. También puedo hablar con Susanne Ingemann en Kongslund, y con Marie Ladegaard, y después iré a Aarhus, ya que Asger Christoffersen está involucrado también. Lo de Trøst podemos dejarlo en manos del Catedrático.

El ministro se recostó en la silla de anticuario. Por un momento, su rostro femenino bien delineado recuperó el sosiego. Ole no era más que un chico larguirucho cuando se conocieron, un chico al que apenas hacían caso los adultos de la resistencia, aparte del hecho de que podían emplearlo para hacer recados y transportar mensajes fulminantes de un extremo al otro de la ciudad. Pensaban que los alemanes jamás sospecharían de un chico tan joven. Ole nunca hizo preguntas, y una vez que se puso en marcha no miró atrás.

Carl Malle jamás pensó que se convertiría en otra cosa que chico de los recados.

La primera vez que lo nombraron ministro, en 1979, el poderoso policía puso en marcha una investigación discreta sobre su pasado, porque corrían rumores de una madre comunista, y en aquellos años no se bromeaba con el comunismo. Los sandinistas habían vencido en Nicaragua, la Unión Soviética sujetaba Europa Oriental con puño de hierro, y el Primero de Mayo se celebraba en toda Europa como día de fiesta nacional, con las calles tomadas por grandes masas de gente. Malle se alió con un viejo amigo de la Comisaría Central de Información, y los dos policías hicieron el trabajo con rapidez y discreción, con un resultado tranquilizador. Sí que era cierto que el recién nombrado ministro creció en una pequeña granja al sur de la ciudad de Vejle, que su padre azotaba a su único hijo con lo primero que encontraba —era antes de la época, algo más indulgente, de las perchas—, y que su madre era

comunista ya desde la revolución rusa de 1917, pero nada indicaba que hubiera habido contagio directo. Fue ella quien empujó a su hijo a la resistencia, porque pensaba que los alemanes eran menos peligrosos para él que su imprevisible marido; así que, de manera indirecta, condujo a su hijo hasta Malle.

Carl y sus camaradas cercanos fueron enviados a Copenhague en septiembre de 1943, Ole marchó con ellos, y en Skodsborg conoció a Magna cuando empezó el traslado de judíos a Suecia. Después, estudiando Derecho, conoció a Lykke, y se casaron el día que Ole cumplía veintiún años. En 1957, de Instituciones Penitenciarias le pidieron realizar un proyecto sobre la población reclusa femenina del país y cómo llevaban la vida de la cárcel y, ya desde el principio del estudio, el abogado recién licenciado y con un pasado de brutalidad a sus espaldas desarrolló una tesis muy interesante —y asombrosamente cargada de teoría de género— de que cualquier estancia en prisión dañaba mucho



más a las presas que a los presos. Sostenía que ello se debía a la limitación de su posibilidad de seguir el instinto primigenio más antiguo y más fuerte del mundo: la experiencia de la maternidad.

Aquella parte de los apuntes sobre la vida de Almind-Enevold la escribió Carl Malle solo —y luego la escondió—, porque no veía razón para hacer partícipes a otros de hechos que podrían ser su seguro de vida si Ole se enemistaba alguna vez con él. El ambicioso joven abogado y aspirante a una gran carrera política tenía un problema matrimonial cada vez mayor: Lykke y él trataron de tener hijos durante tres años, en vano. Lykke no se quedó embarazada a pesar de sus sueños y esfuerzos.

El joven abogado se ponía furioso por la falta de apoyo de su esposa en aquel ámbito decisivo de la existencia, sin duda porque había soñado tanto con tener un hijo que no podía imaginar una vida sin él, después de una infancia en la que vivió una pesadilla que duró años con un padre taciturno y

violento en una casa pobre del medio rural.

Lykke le arrebató la posibilidad de mostrar que todo podía mejorarse. Que los patrones de conducta podían modificarse.

Y precisamente en aquella situación crítica, el Destino se alzó, tan perezoso como siempre, para ocultar sus propósitos, y levantó su mano escuálida, que pareció saludar a los mortales y descreídos allí abajo en el infierno terrenal. Fue en abril de 1960. Una sola zancadilla, brutal e inesperada, bastó. Y hay quien dice que, aunque tanto Dios como el Diablo parecen creados a imagen del hombre, el Destino, con su imprevisibilidad en apariencia caprichosa, es el correspondiente femenino de esos dos hombres rudos.

El Rey Absoluto interrumpió sus pensamientos.

—Carl..., ¿por qué ahora? ¿Por qué justo ahora...?

Carl Malle no respondió.

—Es importante, decisivo que lo sepamos.

El ex alto cargo de la Policía vaciló un momento. Luego dijo:

—Hay una última cosa que no sé muy bien cómo tratar.

Aquello era una confesión de lo más inusual en un hombre de la reputación de Carl Malle.

El jefe de seguridad se inclinó hacia delante.

—Anda por ahí un comisario de policía, bueno, en realidad está jubilado, que se ha dirigido al actual inspector jefe de Homicidios y le ha dado una información que por lo visto tiene que ver con el caso Kongslund.

Ole Almind-Enevold arqueó las cejas. En unos segundos se puso todavía más pálido.

—Por lo que me han informado, ha propuesto a su antiguo colega estudiar con detenimiento un antiguo caso sin resolver acerca de una mujer muerta, una muerte misteriosa en una playa cercana a Kongslund. No sé más. No me lo ha dicho el jefe de Homicidios, sino uno de sus subordinados... que me pasa información.

—Estoy seguro.

—Pero tengo que investigarlo más.

—No te quepa la menor duda.

Fue la última orden explícita del ministro nacional a su antiguo compañero de lucha, antes de que el Destino golpease con una violencia que nadie podía haber previsto.

Carl Malle se levantó sin más comentarios y abandonó el despacho.

# TERCERA PARTE

## EVA

## SKODSBORG Y EL REY

*12 de mayo de 2008*

*Kongslund se construyó durante los meses en que se redactó la Constitución, y no habría sido posible sin la inspiración del rey que era querido por todos. Era lo que decía el mito.*

*¿Y qué mejor sitio que la parcela preferida del Rey Bueno cuando las huestes de decididas señoras de Asistencia a la Maternidad de Copenhague buscaron un edificio adecuado para la descendencia no deseada de los daneses? ¡Ninguno! El propio rey era hijo de una madre de vida alegre, de la que lo separaron ya de niño, y siendo adulto tomó a una mujer del pueblo por*

*ilegítima esposa y disfrutó las distracciones corrientes de la vida diaria; luego decidió subir a los cielos sin dejar heredero, de forma que su rama del linaje real se extinguió, como las carpas del estanque de Dyrehaven, al que le encantaba ir a pescar.*

*Ah, sí. Kongslund había sido su amor. La Constitución la firmó casi distraído, entre dos excursiones de pesca.*

Debía de haber algo que había pasado por alto. Fue lo que pensé durante los días en que el ministerio intensificó la búsqueda del autor del anónimo.

Debía de haber ocurrido algo decisivo antes de que fuera lo bastante mayor para entenderlo, y debió de suceder con tal discreción que no dejó ni una pista que yo pudiera seguir.

Releí los documentos que pudieran arrojar

algo de luz sobre el enigma, e investigué hasta los mínimos detalles, esperando encontrar alguna pista.

En los meses siguientes a mi aparición, había en la Sala de Recién Nacidos ocho camitas de madera pintadas de blanco, cuatro mirando al norte y cuatro mirando al sur; eso ya lo sabía. Cuando la sala estaba ocupada al máximo, había ocho pequeños biberones en una estructura colgada del techo, de manera que la encargada de la guardia nocturna podía, mediante un ingenioso sistema a base de cuerdas, hacer bajar uno u otro biberón a un niño agitado, que así podía saciar la sed sin que el biberón cayera en la cama. He oído a Magna negar ante periodistas curiosos el empleo de la estructura de biberones, y más tarde sostuvo que mi preocupación por la soledad de los niños me había emborronado la conciencia, haciéndome ver visiones. «Mi pequeña Inger Marie, ¿has visto cuerdas donde había trompas!», decía, riendo; pero su voz dejaba ver más de lo que ella era



capaz de ocultar, y los niños de la Sala de Recién Nacidos compartían secretos mucho antes de que los adultos pensasen que eso fuera posible.

Retrocedí hasta los primeros años de la vieja villa, en busca de alguna señal que estaba segura de que deberían haber dejado en el camino.

El abuelo paterno de Magdalene acababa de terminar los cimientos cuando se produjo el acontecimiento más decisivo de su vida. En lo alto de la colina, encima del solar, estaba el punto de observación favorito del último rey absolutista cuando visitaba su residencia de verano en el cercano palacio de Skodsborg. A mediados del mes de marzo de 1847, tropezó con una raíz y patinó sobre el trasero por la resbaladiza colina hasta chocar con un golpe seco contra el último tocón que quedaba en el solar.

Quiso la casualidad que el temeroso constructor estuviera a los pies de la colina y presenciara la caída del rey. Se acercó asustado e hizo una reverencia. Pero el monarca abrió los

ojos y miró los cimientos construidos de una villa grande; así fue como, por una casualidad afortunada, quedó sellada la suerte de la colina. Villa Kongslund terminó de construirse durante los meses en que se redactó la Constitución del Reino de Dinamarca. La casa estaba casi terminada el verano en el que la democracia relevó al rey absolutista en Dinamarca, y el rey participó, siguiendo la tradición, con bastante más entusiasmo en la construcción de la hermosa villa junto al estrecho de Øresund que en la prolija redacción del texto constitucional. Llegaba trotando, algo jadeante, por la arboleda, huyendo de la vida cortesana de palacio y de las aburridas reuniones del Consejo de Ministros, que casi siempre pasaba dormitando; y solía saludar a gritos a los diligentes trabajadores. «¡Qué parcela más preciosa, qué hayas más robustas!», le oía gritar el abuelo de Magdalene, a la vez que tiraba de la pipa y se le quemaban las puntas de los pelos del largo bigote majestuoso. Cuando no tenía

tabaco, a veces metía en la pipa hojas y diversas ramitas y fumaba envuelto en una humareda negro-azulada.

—Ya veo que has hecho lo que decías, y has construido al próximo propietario una pequeña habitación entre las torres, con vistas al estrecho y a la costa sueca —resopló el rey desde lo más profundo de la humareda.

—Pero si fue una propuesta de Su Majestad —protestó el arquitecto con la humildad propia de todo súbdito.

—Sí, bueno... —concedió el rey, colocándose bajo las doce hayas de la colina y aspirando embelesado de su pipa favorita—. Hay que ver cómo me gusta este bosquecillo.

En sus diarios, Magdalene reproducía las descripciones hechas por su abuelo de Su Majestad, sentado bajo las hayas, muchas veces con su largo catalejo real dirigido hacia el estrecho y la isla de Hven; al terminar la construcción, el rey regaló su catalejo al arquitecto

de Villa Kongslund, en agradecimiento por su esfuerzo. Uno de los últimos días antes de finalizar la obra, apareció Su Alteza Real de entre las gruesas hayas con el gran amor de su vida asida del brazo.

—Este es el palacio del que te he hablado, Louise —anunció, y las ramitas que sobresalían de su pipa refulgieron alegres, haciendo casi imposible divisar su boca tras la perilla y las nubes de humo azul.

—Cuando esta casa esté terminada, entregaré el poder al pueblo —añadió el rey, casi con respeto, como si fuera un niño pequeño lo que presentaba a la ciudadana Louise Rasmussen, quien sonrió a su rollizo y campechano marido.

—Si es así, me parece que las fatigas han valido la pena —dijo ella con cierto aire críptico, como acostumbraba.

Para entonces —y esto lo considero la prueba de que son las mujeres quienes han convertido siempre los actos caóticos de los hombres en algo

comprensible, pese a todo— ya había entregado en adopción clandestinamente a un niño, tras una aventura con un chambelán apellidado Berling.

El Rey Bueno murió a finales de 1863 sin dejar heredero al trono; de hecho, hacía tiempo que sabía que era imposible, incluso con la apasionada señorita Rasmussen en la cama, y con él se extinguió, por tanto, el último heredero de la vieja casa real, tras lo cual la nación debió encontrar otra. Casi podría decirse que el país adoptó un nuevo linaje real, a falta de uno natural, biológico.

—¡Marie! —llamaron a la puerta.

Me estremecí. Como muchas veces antes, había entretejido la historia de Kongslund con la solución a mi enigma, sin saber por qué. Y había tenido unas fantasías absurdas.

—¡Sal enseguida! —gritó Susanne desde el pasillo.

Me levanté algo rígida del lugar donde había estado sentada con la mano descansando en el

viejo catalejo de Kongslund, y abrí la puerta.

No era habitual ver a Susanne Ingemann en aquel estado.

Su bonito rostro brillaba, como si hubiera subido por una escalinata el triple de larga que la de Kongslund antes de llamar a mi puerta.

Había capeado las visitas, tanto del periódico como de la cadena de televisión, con la tranquilidad que advirtió en ella Magna, y no dio a los periodistas el menor indicio del antiquísimo universo fatídico que había tras los muros de Kongslund. Si habían percibido algún ruido tras las gruesas puertas, Susanne Ingemann las había cerrado con esmero, y si, a pesar de todo, abrigaban sospechas de que la antigua villa guardaba profundos secretos, en los días transcurridos no habían avanzado nada.

Con Carl Malle era diferente, y Susanne no me

dio ninguna elección.

—Vas a tener que bajar —explicó, ahora en susurros, como si se hubiera arrepentido de sus gritos.

Malle estaba en la sala que daba al jardín asiendo una taza de té Oolonger, el favorito de Magna y ahora también de Susanne; la porcelana fina quedaba casi oculta en su manaza. Apenas había cambiado desde los años en que era invitado fijo en Kongslund por Navidades y fiestas de aniversario, durante la época de grandeza de Magna. La sonrisa de su rostro bronceado conservaba la franqueza que a través de los años había convencido a la mayoría de que era su sincero y buen corazón de policía el que les ofrecía protección y ayuda, y de que no conocía la traición.

Susanne y yo ya sabíamos que no era cierto.

Se medio levantó de la silla e hizo una pequeña reverencia.

—Marie Ladegaard. Gracias por darme al fin

la oportunidad de hacerte un par de preguntas.

No supe distinguir si estaba ya en plan irónico desde el principio de la conversación.

Susanne se sentó en el sofá, de espaldas al jardín y al estrecho, y yo elegí una silla justo frente al jefe de seguridad. A distancia, pero con contacto visual directo.

—Marie —indicó Susanne—, Carl quiere hacerte un par de preguntas en relación con los anónimos.

—No creo que pueda ayudar gran cosa.

Mi tono de voz era de rechazo, pero, para estar segura, emití la frase formal con un ligero ceceo en la punta de la lengua.

Carl Malle me observó un buen rato con el ceño fruncido. Luego dijo:

—Marie, Susanne me ha ofrecido su ayuda para buscar a los niños que de mayores han podido tener relación con..., con este caso. El ministro desea que se investigue todo. La prensa está pasada de rosca. Un ministerio no puede hacer la



vista gorda ante algo así. En este momento, los periodistas ven conspiraciones por todas partes.

Abrió la mano y depositó la taza. El último centímetro cayó en el platillo con un sonoro tintineo.

—El autor del anónimo ha tenido la habilidad de enviar sus desatinos a diversas personas que han tenido relación con este lugar. Supongo que también vosotras habréis recibido el anónimo.

El último comentario lo hizo como si se le acabara de ocurrir.

Sacudí la cabeza por las dos.

—No —dijo él.

—Pero ¿cómo puede la Policía recibir ayuda de Kongslund? —pregunté—. ¿Vais a tener acceso a los archivos confidenciales? ¿Registrar la casa?

Mis indignadas objeciones parecían lógicas.

Carl Malle sonrió ante mi enfado; tenía los dientes blancos, fuertes como los de un joven.

—Registrarla no, Marie. Susanne es buena amiga del ministro, y este caso es motivo de

incomodidad para los niños a los que Kongslund ha ayudado y protegido durante décadas. Un poco de contacto informal y un poco de ayuda mutua solo puede ser beneficioso; además, ya no soy policía.

Susanne estaba callada, de espaldas al mar, y su semblante pálido quedaba enmarcado en el halo rojizo que la hacía tan atractiva a los ojos de los hombres.

—Unos registros tan confidenciales nunca pueden ser una cuestión de interés común —observé.

—El problema es que aquí no hay ningún registro: han desaparecido.

Yo no dije nada, y traté de concentrarme en ocultar mi satisfacción por la frustración de Malle. Claro, estaban seguros de Susanne y de sus ganas de colaborar. Pero, al fin y al cabo, su aparición como directora de Kongslund en 1989 fue tan poco casual como los nombres de los receptores de los anónimos en mayo de 2008.

—No podemos encontrar nombres ni direcciones de ninguno de los padres biológicos de los niños que estaban en la Sala de los Elefantes en las Navidades de 1961, que venían reproducidos en una foto de la que el autor del anónimo tenía una copia —expuso Carl Malle—. Tú eres la única de la que sabemos de dónde viene, es decir, de ninguna parte.

El expolicía hizo una breve pausa, como si hubiera dicho algo muy divertido.

—Pero ahora es como si todos vosotros fuerais niños abandonados, y eso es lo que nos extraña. ¿Dónde están los papeles?

Dirigió la mirada hacia Susanne, que por supuesto no tenía respuesta.

Y nunca se atrevería a formularle la pregunta de forma más directa en mi presencia. Los tres lo sabíamos.

Pensé en Magna y me permití una sonrisa.

—Némesis —comenté, ceceando claramente las dos eses.

Para mi sorpresa, la insolencia pasó desapercibida. Probablemente Carl Malle no quería arriesgarse a una riña en aquella fase de la conversación. En su lugar, dijo:

—Debería haber partidas de bautismo, copias de partidas de bautismo, o certificados de nacimiento.

Tenía razón. Los niños que no se bautizaban porque su madre biológica desaparecía después del alumbramiento debían llevar al menos una pequeña nota en la que constaba: «Niño sin bautizar, nacido de tal el día tal en el Hospital Central».

Debía poner claro la fecha y el nombre de la madre.

—¿Dónde están? —preguntó el hombretón. Por un momento, sonó como un niño triste que no encuentra nada en la búsqueda del tesoro de una fiesta de cumpleaños.

No respondí, porque no había nada que responder. Sabía mejor que nadie que ya no

existían. Que la única pista que quedaba estaba en un compartimento secreto del armario de limonero que había un par de metros encima de su cabeza.

—Y debería haber también otros documentos. Asistencia a la Maternidad redactaba minuciosos informes sobre los padres, tanto biológicos como adoptivos; para aquellas solteronas bondadosas era una cuestión de honor. Así que todo ha estado ahí..., desde la mañana de los tiempos.

Era asombroso lo que sabía de los procedimientos de aquella época. Y el ex alto cargo de la Policía acababa de desvelar una explicación posible para uno de los enigmas con que tropecé pronto, pero que nunca me atreví a mencionar a nadie: ¿cómo había encontrado Carl Malle a Orla y Severin cuando todavía corrían entre los setos de Søborg sin saber ellos mismos que habían pasado su primer año de vida en Kongslund? ¿Cómo había podido localizarlos cuando nadie, excepto sus padres adoptivos y la directora de Kongslund, debería saber nada de su

pasado y de su domicilio posterior? Hasta aquella visita siempre creí que, por una vía u otra, había tenido acceso a documentos que estaban en poder de las autoridades, pero su frustración mostraba a las claras que nunca había sido el caso.

Mi siguiente idea era desagradable a más no poder, porque la primera explicación lógica era que la fuente de su estrecho contacto con Orla, Severin y Peter en su infancia era el propio Kongslund... Magna.

Pero me resistía a creerlo.

No creía que mi madre de acogida compartiera de buena gana esa información con un hombre como Carl Malle, que todos aquellos años había sido el colaborador más cercano de Ole Almind-Enevold. Aquello solo dejaba la otra posibilidad, la última, que hasta entonces había descartado por fantasiosa, pero que ahora debía aceptar: habían vigilado de forma descarada a los niños de la Sala de Recién Nacidos; los siguieron cuando abandonaron Kongslund y los espionaron en sus

nuevos hogares.

Habría sido bastante fácil de hacer, pero me parecía también bastante drástico.

Por supuesto, fui una ingenua.

La voz de Malle interrumpió mis pensamientos.

—En la segunda mitad de 1961 y hasta la primavera de 1962 solo estuvisteis los siete en la sala, siete niños en total. Y son precisamente las siete parejas de padres biológicos que no logramos encontrar en las carpetas... ni en ninguna otra parte.

Su descripción del problema fue de lo más exacta.

—Como es natural, nos interesan los cinco chicos.

Alcé la mirada.

—¿Qué hubo de especial en la Sala de los Elefantes durante aquellos meses? —le pregunté.

Era una pregunta que llevaba tiempo deseando hacer a Magna; y ahora, por paradójico que

parezca, brotaba de mi boca teniendo delante al hombre que me inspiraba una enorme desconfianza, y a veces también miedo. Hasta el punto de que podía provocar el silencio del alto cargo de la Policía jubilado, cosa que ocurrió: y el silencio duró un buen rato.

—¿Qué hay realmente detrás de todo esto? — insistí.

El expolicía recuperó el habla.

—Tú has tenido acceso a los registros...

Me puse rígida.

—No, claro que no.

La respuesta fue tan anodina que podía significar cualquier cosa, y el jefe de seguridad reaccionó enseguida a la provocación.

—Marie Ladegaard: husmear con documentos confidenciales es algo punible.

—¿Por qué habría de husmear con esos papeles? Un niño adoptivo que desea encontrar sus raíces, vale, es posible, puede que hasta probable; pero soy la única de la Sala de los Elefantes que



con toda seguridad no tenía ningún papel encima cuando llegó, y, por tanto, tampoco raíces que buscar.

Por un momento se quedó perplejo por lo espontáneo de mi lógica, y solté el aire poco a poco.

Susanne se inclinó hacia delante, envuelta en su halo cobrizo.

—No hay razón para molestar a Marie. No ha tenido el menor motivo para robar los documentos de nadie —indicó.

No podía estar más equivocada.

Pero Carl Malle estaba atrapado en nuestro fuego cruzado; puso la mano sobre su taza de té, que no se rompió de milagro.

—Te estoy muy agradecida por la ayuda que me prestaste aquella vez, Carl —dijo Susanne—. Y conoces mi historia mejor que nadie. Nadie en el mundo me habría hecho aceptar actividades perjudiciales para Kongslund si hubiera podido evitarlo de alguna manera.

Había formulado el final de la frase en un subjuntivo diabólicamente hipotético. Carl Malle estaba noqueado. Si percibía alguna cuestión ilógica, ya no podía expresarlo con claridad.

—Una vez entraron en Kongslund —continuó Susanne—, fue en tiempos de Magna, y registraron el despacho del primer piso y lo pusieron todo patas arriba. Tal vez desaparecieran entonces los papeles. Tal vez no seas el único interesado en ellos.

Carl Malle se quedó mirándola, y por un momento temí que Susanne diera un paso más y lo implicara de forma activa con la sugerencia: «Tal vez hayas registrado ese despacho antes».

Pero, por suerte, no ocurrió tal cosa.

—Esos nombres solo pueden estar en casa de Magna —aseguró, echando así el muerto a su antecesora. Estaba segura de que Magna sabría arreglárselas.

Podría haber mencionado otro lugar: el registro eclesial de la capilla del Hospital Central,

donde estaban apuntados muchos de los niños adoptivos de Kongslund. Eran los que llegaban bautizados enseguida, habían nacido delicados y podían morir, o aquellos cuyas madres, inseguras de su decisión, retrasaban la separación definitiva e insistían en bautizarlos antes de que se los llevaran. Pero lo más probable era que ya hubiera estado allí, en vano. Sin un nombre en un certificado de nacimiento —ni una fecha de nacimiento—, al anterior subdirector de la Policía no iba a serle fácil buscar en los registros eclesiales.

Carl Malle asintió en silencio. Debía de tener la sensación de que estábamos confabuladas, sin poder probar el porqué ni el cómo. Hizo un esfuerzo notable por concentrarse. La taza seguía pareciendo un pajarillo blanco bajo su manaza.

—Estoy haciendo un listado de todas las familias que adoptaron niños en aquel período —dijo con lentitud—. Para después buscar los domicilios actuales de los niños.

Hizo una pausa, que duró al menos cinco segundos, antes de proseguir.

—Los anónimos del ministerio y del periódico se enviaron desde la oficina de correos de Østerbro. He encontrado tres tiendas en toda Selandia que venden el tipo de sobres en que se enviaron el formulario y los calcetines. Una está en Østerbrogade...

Hizo otra pausa, igual de larga que la primera.

—En el Gran Copenhague hay muchos niños adoptivos de aquel período, claro, pero eso reduce algo el campo —explicó.

Dicho en otras palabras, que había absuelto a Asger Christoffersen como posible autor de los anónimos, porque vivía en Aarhus. El espigado astrónomo estaba de momento tachado en la lista de sospechosos de Carl Malle.

—Pero no veo que eso nos lleve a ninguna parte —objetó Susanne Ingemann, que había recuperado el color y lucía con orgullo su halo rojo oscuro, como acostumbraba—. Al menos, no

hasta que encuentres un motivo que marque la distancia entre los muchos inocentes y el pecador autor del anónimo.

Lo dijo sin sombra de sonrisa.

—No es que me parezca que haya nada malo en escribir una carta a algunas personas que en otra época estuvieron en el hogar infantil, tal vez para ayudarles...

Lo miró con sosiego al otro lado de la mesa, entre la tierra de nadie y las décadas transcurridas, y luego terminó la conversación con una brutalidad inusual:

—Pero estoy segura de que nunca has sentido nada así.

**A**ntes de irse y a pesar del susto, Carl Malle estuvo a punto de pedirme que le mostrara mi habitación. De registrarla. Mirar debajo de la cama, en el armario y en los cajones cerrados con

llave. Se lo vi en la mirada.

Pero lo guardó para sí.

Volví a sentir miedo. Malle pensaba tal vez en su próximo paso, y quería estar seguro de su decisión.

Por alguna razón, la absolución de Asger Christoffersen como autor del anónimo me inquietó. Carl Malle podía cambiar de parecer en cualquier momento cuando su pista de Copenhague terminara en un callejón sin salida. Yo había seguido a Asger a distancia; era fácil, porque salía con regularidad en los periódicos, donde escribía artículos divulgativos sobre los enigmas de la bóveda celeste. Yo, que había crecido con vistas a la isla de Hven, enamorada en secreto del viejo astrónomo Tycho Brahe, con su nariz de plata en su observatorio, había leído la mayoría. Estuvo de visita en Kongslund en verano de 1975, justo antes de empezar el instituto y unos años después de que sus padres, en un espectáculo singular, le desvelaran el secreto de su vida. «Eres adoptado».

Yo ya sabía que Susanne conocía la historia, porque en otro tiempo tuvo mucho más contacto con él que yo.

Llegaron a Kongslund hacia el mediodía. Asger y sus padres habían atravesado Dinamarca en medio de una ola de calor que aquel verano hizo que los daneses jadeasen mirando al sol y buscasen las costas por decenas de miles. Tenía catorce años y no recordaba nada de su pasado remoto: ni la casa, ni el mar, ni la mujerona de abrazos maternales, y tampoco el elefante con ruedas japonés o la niña que hacía unas reverencias tan graciosas y le dio la mano aquella tarde. En pocos años me había transformado, mi cabello se había aclarado, y mi madre de acogida, pretendiendo adularme, a veces me llamaba «guapa».

Lo cierto es que me preguntó:

—¿Hemos coincidido antes?

Eran palabras formales, incluso en boca de un chico de catorce años.

Sacudí la cabeza, y no volvió a preguntar. El padre de Asger estaba pálido y dijo que iba a dar un paseo por la playa. Algo después lo vi en cuclillas junto a la orilla, como afectado por el calor. Su madre estuvo tomando té verde con Magna en la sala que daba al jardín.

Lo llevé a la Sala de Recién Nacidos y dije:

—Era aquí.

Y dejé que observara el entorno un momento. Los elefantes azules caminaban por las paredes por doquier; pero fue directo a la puerta de la terraza y se quedó mirando el estrecho.

—Los elefantes han estado siempre aquí — dije para captar su atención.

—¿Eso de ahí es Hven? —preguntó, de espaldas a mí.

Seguí su mirada; pero en aquel momento no miraba a Hven para nada. Su padre seguía acurrucado junto a la orilla, de espaldas. Después Asger se movió de pronto, señaló un punto en el cielo y dijo:



—Tycho Brahe creía que el sol era el centro del universo. Los científicos de todos los tiempos han creído que lo sabían todo en aquel momento. Pero en todas las épocas se han dado cuenta de lo poco que sabían y los fallos que cometían; así que ¿por qué íbamos a saberlo todo ahora? Un día hasta la muerte va a percibirse como una oscura limitación medieval.

Era una afirmación arriesgada, hasta para un chico de catorce años tan listo como Asger. Asentí sin entender lo que quería decir; ya para entonces era la persona más enigmática que había conocido.

—Algunos investigadores opinan que el tiempo no existe —anunció—. Y si no hay tiempo, es posible que tampoco exista la distancia. Y si no hay distancias, el propio movimiento es también una ilusión.

Eran palabras extrañas, incluso en un lugar como aquel, pero las apunté con esmero en uno de mis diarios cuando volví a estar sola. En la playa, el padre de Asger se había inclinado sobre el

agua, como si examinara su propia imagen. Era un espectáculo extraño. Asger se alejó de la ventana, y recuerdo que sus ojos estaban llorosos, pero no entendí por qué.

—Me gustaría que fuera así —dijo como en sueños.

—¿Cómo? —pregunté, tonta de mí, y de pronto tuve la sensación de que hablaba de sus padres. Pero si era el caso, su respuesta fue todavía más remota y extraña que las precedentes.

—Que las ideas de uno fueran la única fuerza del mundo —afirmó.

Luego salió corriendo de la Sala de Recién Nacidos y me dejó sola, rodeada de elefantes azules que se balanceaban.

Dos mil novecientos setenta y tres en total.

## EL CATEDRÁTICO

*13 de mayo de 2008*

*«En esta casa nunca hemos tenido necesidad de Dios ni del Diablo», solía decir mi madre de acogida a los visitantes extranjeros que viajaban a Kongslund a estudiar la obra impresionante de Magna y el resto de señoritas. De Tokio llegó una delegación japonesa que trajo de regalo un elefante con ruedas, y nadie tuvo la menor duda de que los dos señores a los que se refería debían de ser hombres, incluso hombres de la peor calaña.*

*En el mundo de Magna todos los imprevistos y todo lo retorcido podían enderezarse y llegar a*

*funcionar, y su hija, la famosa niña abandonada, era prueba viviente de ello. Solo por eso pasaba por alto lo obvio, y no veía la sombra de lo Alto, lo que Magdalene en sus diarios llamaba el Amo Supremo, rey de todas las casualidades aparentes de la vida, siempre vigilando la insensatez humana, dando palmadas en la mejilla, insinuante, irresistible, despreocupado, imprevisible... y del todo desconsiderado.*

*Y, como es natural, el desastre iba a venir por allí.*

Todos se daban cuenta de que era una mañana especial. Se oía en los pasos del ministro, en los sorbidos de nariz del jefe de Gabinete, en los resoplidos del Hombre de Grauballe y en el nada habitual silencio del Curandero.

Era martes, 13 de mayo de 2008, y el sol brillaba en un cielo límpido, haciendo que todos

en el Ministerio Nacional pensarán en frondosas hayas y arboledas verdes, pese al miedo que se había extendido los últimos días.

Había ocho altos cargos en el despacho del subsecretario. La mayoría iban a acudir a las celebraciones de Skodsborg a lo largo de la mañana, ya que el ministerio deseaba tener una numerosa representación cuando a la legendaria directora de Kongslund la felicitaran por sus sesenta años al servicio de la Bondad de Corazón. La mitad de ellos hojeaban en silencio los diarios de la mañana con reseñas del indiscreto minidocumental de Channel DK sobre Kongslund emitido la víspera.

El coordinador de Channel DK, Peter Trøst, tal como repetían los periódicos de la mañana, había criticado al ministerio por su «cerrazón antidemocrática», y arrojaba un misterioso halo de sospecha sobre el asunto de los anónimos y el futuro del asilo: «¿El hogar infantil de Kongslund —a fin de llevarse bien con las autoridades en los

años cincuenta y sesenta— cumplía la función secreta de cubrir con un velo los deslices de hombres poderosos para que no se hicieran públicos? ¿Había establecido el hogar una alternativa oculta a los abortos peligrosos e ilegales de la época, por la que los hijos ilegítimos eran arrancados a sus madres nada más nacer e introducidos en un sistema de adopción particular que borraba toda traza de sus padres biológicos?».

Tanto la cadena de televisión como los periódicos habían solicitado información de gente entregada en adopción en el período 1950-1970 y que no hubiese podido encontrar a sus padres biológicos, y según ambos medios estaban recibiendo montones de información. Era asombrosa la cantidad de daneses que conocían historias increíbles acerca de su misterioso pasado, aunque la mayoría no podían contrastarse. Las redacciones se vieron inundadas de fabulosos relatos de daneses que creían ser descendientes

ocultos de padres ricos y famosos, posiblemente condes y barones, incluso de la realeza, que seguro que, generación tras generación, habían sucumbido a todas las tentaciones de la carne.

En la reunión informativa de la mañana el ministro prohibió categóricamente a sus hombres de confianza que hablasen del tema en público. Nada iba a impedir que acudiera contento al aniversario de Kongslund algo más tarde, y menos aún la prensa sensacionalista. Eso estaba claro. Por eso, el Hombre de Grauballe volvió al tema del niño tamil, que había acaparado la atención de la prensa a la vez que el asunto Kongslund saltó a titulares, porque también aquello representaba un peligro especial. El chico, de once años, había llegado al país como refugiado menor de edad sin acompañar, hasta que su demanda de asilo se declaró infundada. Decidido de forma rutinaria por un burócrata que no sabía gran cosa acerca de Sri Lanka, aparte de que estaba lejísimos.

Un funcionario algo entrado en años había

añadido al caso un par de recortes de periódico recientes con titulares como «Huérfano tamil expulsado» y «Política de mano dura: ya ni los niños consiguen asilo».

El Hombre de Grauballe sacudió la cabeza y pensó en sus dos hijos adultos que raras veces — en realidad, nunca— lo visitaban.

Orla Berntsen examinó el dorso de sus manos, pero dejó los dedos en paz.

—La Cruz Roja ha protestado... —Su semblante estaba pálido, con una sutil zona pecosa ocupando sus rollizas mejillas y la nariz chata—. Y Søren Severin *Nielsen* va a encargarse de la defensa del chico.

La simple mención del nombre provocó una serie de pequeños tics involuntarios en torno a la mesa, porque aquel abogado hacía llegar siempre sus casos a la prensa, por muy desesperados que fueran.

—¿Tiene algún familiar en Sri Lanka? —El Hombre de Grauballe miró a los reunidos por



encima de sus mejillas grises, y añadió algo que se salía de lo habitual—: Al fin y al cabo solo es un niño.

Varios se sobresaltaron. Orla Berntsen pareció aspirar hondo antes de contestar.

—Como es sabido, la edad para la concesión automática de asilo ha bajado los últimos años, y ahora tanto la Dirección como la Comisión han establecido una nueva práctica que sigue las claras directrices del Gobierno, tras lo que hemos empezado a expulsar a todos los niños de más de once años.

Golpeó con los nudillos el informe.

—Este caso es una prueba para la Dirección y, por tanto, también para el ministerio y para el Gobierno. La expulsión va a difundir el mensaje que deseamos.

—Que no los envíen a Dinamarca —murmuró un primer secretario.

Hubo un momento de silencio embarazoso, como si alguien hubiera dicho algo sorprendente, o

hablado demasiado alto.

El Hombre de Grauballe miró el reloj, que por cada año que pasaba colgaba más flojo de la pulsera de plata de su muñeca huesuda. Sus ojos estaban hundidos a más no poder en las mejillas. Puede que viera fugazmente a su hija la última vez que vino de Estados Unidos, sentada en el jardín con vistas al bosque, mientras su esposa estaba a cuatro patas junto a un rosal recortando las ramitas que sobresalían con una pequeñas tijeras de plata. Pero nadie lo sabía. Su rostro estaba de nuevo inexpresivo.

—Bien —dijo—. Entonces ¿hacemos ahora el debate principal, o...?

El Hombre de Grauballe miró a Orla Berntsen.

El jefe de Gabinete devolvió la mirada a su subordinado.

—Como nunca hemos desarrollado una práctica tan rígida, la consiguiente expulsión puede quizá parecer... desagradable. Por otra parte, sería muy desafortunado si cediéramos y eso

se usara como argumento en los siguientes casos. Y es lo que va a pasar. Dinamarca va a llenarse de niños extranjeros... —Dejó que la frase flotara ominosa un instante—. Y no es eso lo que el Parlamento, y la gente, desean.

Así era como hasta los más indecisos evitaban sentirse responsables directos de los destinos sobre los que decidían. Las decisiones se basaban en los deseos de la población y las tomaba el Parlamento, pero ni la población ni el Parlamento ni los funcionarios del Ministerio Nacional veían después de cerca el resultado de las decisiones tomadas. Es decir, que nadie estaba expuesto a espectáculos desagradables en ningún punto del sistema. Así era como funcionaba, y funcionaba a la perfección.

—Es decir... —El jefe de Gabinete examinó los rostros inexpresivos en torno a la mesa, uno a uno—. Si hacemos ahora el debate, tendremos la ventaja añadida de que desviará la atención del estúpido caso de los anónimos, con el que la

oposición confía en desacreditar al partido y, con ello, al Gobierno.

Aquella parte del plan podía desvelarla en un círculo tan reducido, y tampoco necesitaba ocultar un rápido destello de triunfo en los ojos.

Todos los reunidos captaron de inmediato la señal del jefe de Gabinete. Varios sonrieron.

—Bueno, pues ya está, ¿no? —dijo el Hombre de Grauballe, levantándose—. O sea, que seguimos los trámites como hasta ahora, también los del caso de Sri Lanka.

Los ocho funcionarios se levantaron.

El subsecretario se quedó de pie junto a la ventana, mirando al jardín, donde la serpiente finamente tallada alzaba su cuello y escupía agua hacia el cielo. El terrario, como la había bautizado un primer secretario especialmente gracioso del segundo despacho de extranjería. Quizá había bautizado mentalmente todo el ministerio que lo rodeaba.

Peter Trøst había leído tres de las reseñas de televisión que habían publicado los periódicos mientras se cepillaba los dientes en su camarote de la novena planta, vestido con el primer traje del día, y para cuando salió del ascensor en la sexta planta del Gran Cigarro ya había leído otras dos.

La línea interna de teléfono zumbó, y percibió la presencia del Catedrático en la estancia antes de oír la primera palabra.

—¿Trøst?

La voz de Bjørn Meliassen llegaba del receptor como el leve ronroneo de un hervidor eléctrico, nasal, casi susurrante:

—Trøst, jod... Trøst, responde. Tenemos que reunirnos. Ahora.

Cuatro pisos más arriba, el presidente del consejo de administración estaría inclinado sobre su enorme escritorio con las reseñas de los programas de la noche previa ante sí. Lo más

seguro es que el ministro nacional hubiera llamado ya. Furioso.

Miró al paisaje, que no era más que sombras entre la blanquecina niebla de la mañana. Gadstrup, Viby, Osted, Kirke Hvalsø... Aldeas insignificantes, gente insignificante..., la vida normal. Detestaba la expresión.

—¡Trøst, cojones!

La voz del Catedrático no dejaba lugar a dudas sobre su intención. Había que detener cualquier intento de seguimiento del asunto Kongslund, y cualquier redactor en su sano juicio obedecería la orden, porque era más fácil agacharse que aceptar la pelea, cosa que difundiría sin duda una fama de provocador con intenciones políticas encubiertas. Nadie se arriesgaba ya a que le colgaran el sambenito. Las luchas en que participaron Peter y sus compañeros en los años ochenta y noventa impulsados por el idealismo se habían vuelto absurdas con la explosión de cadenas de entretenimiento de la competencia, y todos habían

girado en redondo, como una armada que desiste de invadir una fortaleza inexpugnable. Con el paso de los años, la mayoría se volvieron críticos hacia todo lo que pudiera parecerse a las ideas que habían tenido en otros tiempos, despiadados en su ajuste de cuentas con cualquiera que no hubiera abandonado los mismos bastiones. Aquello convirtió a Channel DK en una cadena de éxito, y durante siete años de vacas gordas todo fue bien. Pero las cifras de audiencias estaban bajando mes a mes sin que nadie supiera el porqué.

—Trøst, responde... ¡Venga!

La voz de Bjørn Meliassen era tan nasal que la membrana del altavoz crepitaba con las consonantes.

Cortó la comunicación. Luego llamó por teléfono al Ministerio Nacional.

Pidió a la secretaria del ministro que lo pusiera con el jefe y, para su sorpresa, lo puso al momento. En aquel instante el sol de mayo atravesó la neblina, bañando los lejanos grupitos

de casas en una luz cegadora, y Peter Trøst plantó los pies sobre el borde del escritorio y pulsó con la mano derecha el botón rojo de grabar. La cinta se puso en marcha; la conversación iba a quedar grabada.

—Enevold.

Durante meses fue un chiste entre periodistas que el poderoso hombre prefería no usar la primera parte de su apellido, por considerarlo ordinario, y los más osados bromeaban diciendo que el próximo primer ministro, bastante entrado en años, iba a cambiar las reglas de nombramiento de candidatos y las electorales en beneficio del partido y de sí mismo, de forma que iba a poder ser el primer dictador democráticamente elegido del mundo, y vitalicio.

—Soy Trøst. Llamo por lo de Kongslund. Vamos a hacer una continuación. Sobre el hogar infantil. Con noticias de la fiesta de aniversario, donde vas a pronunciar un discurso... Y también sobre el caso en sí, claro.



—Ya me imagino.

—Me gustaría incluirte en el programa. No tiene por qué llevar mucho tiempo. Podemos hacer la entrevista en Skodsborg, hoy, cuando te venga bien.

—¿Has dispuesto todo eso... de acuerdo con el Catedrático?

Peter Trøst estuvo a punto de echarse a reír. La conversación transcurría en un lenguaje de tiempos del absolutismo.

—No, por supuesto. El Catedrático es presidente del consejo de administración, no redactor.

—¿Libertad editorial?

—Sí.

—Pues entonces me reservo la libertad personal de decir que no.

—¿No me concederás la entrevista?

—No, y ya has oído el motivo. Y no vuelvas a llamarme por esa cuestión. Es pura porquería.

A la última palabra siguió el corte de la línea y

una señal de que estaba comunicando en el auricular.

El enfrentamiento había sido corto y asombrosamente rudo.

Peter Trøst tomó el ascensor hasta el Noveno Cielo y se preparó para el segundo enfrentamiento inevitable del día. El Catedrático llevaba tiempo considerando el periodismo crítico como algo indeseable, porque ofrecía a los telespectadores una actividad intelectual que nadie pedía ya. «¡No se puede educar a la gente con la televisión! —gritó una vez a los leones conceptuales—. Es como pedir a un piano de cola que corte hierba: no es posible». Ellos asintieron en silencio.

Meliassen estaba sentado tras su escritorio, envuelto en el fulgor azul de numerosas pantallas. Había una sobre el escritorio, una en el techo, otra colgada en la puerta, y había otras dos en sendas mesas bajas de caoba con ruedas, en el extremo oeste del despacho. Más que verse, se percibían sus labios fruncidos, vigilantes; tenía el cuello

encorvado, y la mirada ceñuda hacía que el hombre entrado en años se pareciera más que nunca al buitre egipcio negro del documental de la infancia de Peter, *El desierto viviente*, encorvado sobre su presa con un pedazo de corazón en el pico.

—Bien, Trøst, ha vencido la libertad de prensa, así que podemos pasar a otra cosa, ¿no?

La pregunta provocó un siseo en el pecho del Catedrático.

—No —se oyó responder Peter. Solo una palabra. Allí a lo lejos vislumbró el pueblecito con el nombre extraño pero confortador de Vor Frue<sup>[5]</sup>.

El Catedrático luchó de forma ostensible contra el arrebató de violencia al que habría expuesto a cualquier otro subordinado. Después dijo en voz baja:

—No veo razón para seguir con esto, tanto tiempo después de que tal vez ocurriera algo... que no tenemos ni idea de lo que puede ser. Y por

tanto tampoco veo cuál es el atractivo... Atractivo para los telespectadores, Trøst. Todo este asunto parece de lo más irreal...

—Al contrario. Todo este asunto es de lo más *real*, y tiene que ver con la mentira. Y el Ministerio Nacional está involucrado. Su partido ha estado interesado en ocultar el escándalo durante décadas.

—No va a haber más programas.

La garganta del anciano volvió a emitir un sonido siniestro.

—Si ocurre algo importante, tenemos que hacer seguimiento del caso. Todos lo esperan. Si no lo hacemos, desvelamos que tenemos, que tú tienes, una relación demasiado buena con el ministro, y sabes tan bien como yo cuántos periódicos se prestarían gustosos a desprestigiar a la mayor cadena de televisión del país.

Aquello era una amenaza manifiesta, y la frente del Catedrático se iluminó con una especie de fosforescencia azul. Un escándalo así solo podía

escribirse si alguien del mundo cerrado del Cigarro lo confirmaba.

—Piénsalo bien, Trøst. Piénsatelo muy bien — repitió—. Nuestras cifras de audiencias van de puto culo, nuestro *share* es lamentable.

—Ese problema lo tienen todas las cadenas — zanjó Peter—. Es porque somos demasiados para repartir el pastel. Todos quieren hacer televisión, apenas queda nadie para verla.

Sonaba como un chiste, pero ninguno de los dos hombres estaba para bromas. Channel DK se hundía bajo la presión del trabajo y de la constante necesidad de nuevos conceptos y nuevas ideas para programas. Los síntomas de estrés habían hecho su aparición como una peste que se colaba por tabiques y suelos, dejando sin cesar nuevas secciones convertidas en zonas de cuarentena, cerradas a cal y canto.

Varios empleados estaban de baja, y otros habían llegado a pegarse después de la jornada laboral en bares de Roskilde y Tølløse; uno llegó

a apearse del tren y tumbarse en medio de la vía, mientras que otro trató de ahorcarse en el servicio de un bar de un pueblo con el singular nombre de Gøderup. Todavía ningún empleado había llegado a arrojarse desde el Paraíso Terrenal, en la planta superior de la sede de la cadena, pero aun así era un escenario cuyo simbolismo temía el Catedrático más que cualquier otra cosa. Iba a ser una sensación bienvenida si se filtraba a la competencia: «Trabajadores de la mayor cadena de televisión de Dinamarca saltan a la muerte».

Peter se levantó.

—Lo discutiré con la redacción y llevaré una unidad móvil a la fiesta de aniversario esta tarde. Si somos los únicos que no vamos, va a parecer bastante extraño.

Ya sabía que el Catedrático también estaba invitado, al igual que el resto de directivos de medios, probablemente a instancias del mismísimo ministro nacional.

Lo único que se oyó en la estancia fue un débil

sonido ronco. Pero el Catedrático no dijo nada.

Abandonó la estancia, después subió en ascensor a la sexta planta, cerró la puerta de su despacho y se quedó unos minutos mirando por la ventana el paisaje selandés, con el estrecho de Øresund y Suecia al este.

Luego se cambió y se dispuso a salir. Estaba citado con Knud Tåsing y Nils Jensen en la antigua zona portuaria. Iban a ir en el mismo coche al aniversario de la antigua directora.

## EL ANIVERSARIO

*13 de mayo de 2008*

*El Destino, por supuesto, había decidido que ninguno de los involucrados en el asunto Kongslund pudiera vivir en paz.*

*Había para ello demasiados cabos tentadores revoloteando, ofreciendo excesivas posibilidades.*

*Por esa razón, disculpé mi asistencia a la gran fiesta en la que Kongslund invitaba a toda la nación a festejar el sesenta aniversario de la legendaria Magna Ladegaard al servicio de niños abandonados. Usé la excusa de un fuerte catarro primaveral, porque todo el personal de Kongslund estaba estornudando mientras hacía*



*los preparativos para la fiesta entre el perfume de fresias recién cortadas.*

*Si hubiera sabido lo estúpido que era también aquel último dispositivo de seguridad, quizá habría actuado de otro modo. De todas formas, los acontecimientos posteriores me golpearon con la misma seguridad absoluta que si el Amo Supremo me hubiera visto, presumida y al descubierto, en el paisaje del césped, entre las mesas decoradas para Magna.*

El ministro nacional estaba sentado con las manos juntas al lado de su jefe de Gabinete en el asiento trasero del coche negro ministerial, y el chofer, que se llamaba Lars Laursen y era de la península jutlandesa de Helgenæs, condujo con lentitud, casi con parsimonia, el último tramo a Skodsborg.

Solo llevaba unos meses de chofer del segundo

ministro más importante del país, pero irradiaba la extraordinaria calma de las colinas de su patria chica y, claro, eso atrajo al ministro nacional. Inspiraba confianza tener a un hombre estable y jutlandés de pura cepa tras el lustroso volante de caoba del coche ministerial.

El jefe de Gabinete observó de soslayo al ministro, que miraba por la ventanilla tintada sin hacer ademán de hablar.

—Hay una cosa de la que tenemos que hablar... —dijo con un aire de vacilación nada característico en él.

El ministro, abstraído, hizo un gesto afirmativo.

—Es sobre el chico tamil al que hay que expulsar.

El ministro nacional no respondió enseguida. Hacía tiempo que nadie, a excepción del primer ministro, podía exigirle respuesta inmediata a una pregunta. Orla calló y se recostó en el asiento. Los rasgos de carácter más extraordinarios los había

abandonado como restos de un naufragio en su niñez —así lo tranquilizaba su subconsciente—, pero, claro, eso solo era cierto los días tranquilos en que los demonios de su infancia se tomaban un merecido descanso y dejaban de recordarle el barrio, el pantano y el ojo en el fango; por no hablar de su existencia fracasada, con una esposa y dos hijas a las que ni siquiera sabía por qué había abandonado.

Derecho hacia el norte, algo más allá de Bernstorffsvej, se alzaba la villa donde vivía Lucilla con sus dos hijas. Al poco tiempo de empezar a trabajar en el ministerio, Orla se fue de vacaciones por primera vez en su vida. Eligió Cuba porque la imagen del país, eterno rebelde expulsado de la buena sociedad, por alguna razón, lo fascinaba. Aquella noche de Año Nuevo los cubanos celebraban el vigésimo quinto aniversario de la revolución, y en medio del jolgorio del Malecón oyó una voz de mujer gritando «¡Happy New Year!». El saludo de la chica iba dirigido,

por supuesto, al Che en su cielo rojo, no al hombre torpe del muelle que había crecido en el barrio de casas adosadas de Søborg; pero sí que se dio cuenta de que lo había oído, y se echó a reír a la vez que él. Así fue como, en el fondo, debía a un héroe comunista, revolucionario, la primera y única mujer de su vida. Medio año más tarde, ella fue a Dinamarca y consiguió permiso de residencia casi al momento. Era justo antes de que empezaran en serio las oleadas de refugiados en 1985. Tuvieron una hija, que había cumplido veintitrés años, y, tras la muerte de la madre de Orla en 2001, otra hija, tardía. Se alegraba de no haber tenido un hijo.

—Supongo que, en colaboración con el departamento, sabes lo que haces.

La voz del ministro nacional interrumpió sus pensamientos.

Pasaron junto a la playa de Bellevue, donde solía pasear de niño con su madre en bici, mientras que los padres de los demás chicos iban

en coche a Hornbæk y Tisvilde con sus hijos bien peinados y vestidos.

—Claro —aseguró Orla—. La expulsión del chico tamil va a retirar de inmediato el foco de atención de Kongslund. Pero es que hay más...

El ministro calló, como señal de su reconocida cautela.

—Después vamos a desvelar que el asunto de la petición de asilo en realidad es una mentira — hizo saber Orla.

El ministro no reaccionó. *Mentira* era una palabra peligrosa, viniera de un amigo o de un enemigo.

—El método es sencillo. Hay grandes desavenencias entre el grupo grande y el pequeño de refugiados de Sri Lanka, tamiles y cingaleses, y el pequeño grupo de cingaleses que existe en Dinamarca quiere desvelar que el asunto del chico tamil es un gran montaje, y que los refugiados tamiles viven a lo grande a cuenta de una red criminal que los ayuda a engañar a las autoridades

danesas, falsificando documentación y presentando peticiones de asilo basadas en mentiras.

El ministro siguió sin reaccionar. *Tamiles* era una palabra igual de temible.

—La revelación va a llegar al ministerio de una fuente cingalesa fiable, un hombre con quien ya nos hemos puesto en contacto.

Entonces el ministro habló con aire prosaico.

—Pero con los cingaleses en guerra contra los rebeldes tamiles de Sri Lanka ¿un testigo así no será recibido con críticas?

—Sí..., si es que se da a conocer.

—Ajá.

—Pero en consideración a su seguridad, vamos a hacer pública su denuncia de forma anónima, por medio de una carta o quizá un telefax. Por supuesto, estamos obligados a proteger su identidad, y la prensa lo entenderá, incluso eso añadirá dramatismo al caso. Porque en realidad a la prensa no le importan los detalles si ha olfateado una buena historia.

El ministro asintió en silencio. Tuvo la palabra *termitas* en la punta de la lengua, pero no la pronunció.

—Nuestra fuente va a contar que los tameses de Dinamarca tienen una red secreta para traer de forma ilegal el mayor número posible de los suyos a Dinamarca. Con papeles falsos, contrabandistas ilegales y métodos fríos y calculados.

El ministro calló. Iban a envolver la mentira en la inocencia que expresa la sinceridad absoluta. Sonaba ya como un hecho.

—Va a decir que ese chico tamil por el que tantos lloran no es más que la punta de lanza de un plan secreto diseñado por esa red despiadada, en el que se emplea a los niños para lograr que sus padres entren al país por la reunificación familiar. No se puede ser más cínico. El objetivo es construir una gran sociedad tamil paralela dentro de estas fronteras, exactamente lo mismo que han hecho en el sur de India.

—Joder, ¡es demasiado! —comentó el

ministro, aspirando por la nariz.

—Cuando la prensa y la población se den cuenta de ese hecho, creo que habremos resuelto el problema tamil de una vez por todas —sentenció Orla. Era único resolviendo problemas.

El ministro siguió callado un rato. Después dijo:

—¿Y esa fuente...? Existe, ¿verdad?

—Sí. Tengo contacto con él. Llegará un fax.

Orla se volvió hacia su jefe.

—Pero hay otra cosa: creo que deberíamos dejar que el Cura..., que el jefe de relaciones públicas..., pase la idea a su colega de la Presidencia de Gobierno. Quedará mejor si la denuncia procede de allí. Ellos no tienen implicación directa en el caso del chico, y el Jefe no tiene nuestra fama de... no andarnos por las ramas con los extranjeros.

La mirada de Ole Almind-Enevold atravesó el cristal oscuro que separaba los asientos delanteros de los traseros, y se fijó en la nuca del chofer. El



Jefe. Se refería al primer ministro. Era terreno peligroso, muy peligroso.

Orla entendía lo que pensaba su ministro: su propio jefe de Gabinete, su funcionario preferido, y el mejor solucionador de problemas de Slotsholmen, le pedía en aquella excursión en coche a la fiesta de aniversario de Magna que colocara con discreción la cabeza ya moribunda del primer ministro en el campo de tiro. Si algo fallaba, iba a costarle el puesto al responsable supremo, es decir, al jefe de Gobierno. Si, por el contrario, triunfaba, el primer ministro lo felicitaría por su excelente plan, y el jefe y asesor de Almind-Enevold nunca descubriría que hasta la fase decisiva había estado con la cabeza y el tronco expuestos, y su vida política a merced de su mano derecha. De uno u otro modo, el plan aseguraría a Ole Almind-Enevold el acceso al puesto con el que había soñado durante todos aquellos años de segundo de a bordo. Si en el último instante el primer ministro hacía ademán de

dejarlo de lado —la gente enferma podía volverse loca, y era evidente que el asunto Kongslund lo preocupaba—, el Rey Absoluto podía emplear el secretísimo plan de los cingaleses como ariete, amenazando con una revelación demoledora: que hasta el primer ministro había pensado un plan que engañaría a la opinión pública y echaría la culpa a tamiles inocentes. Aquello mancharía su reputación.

Orla vio por el rabillo del ojo que su jefe aprobaba el plan. Le bastó un segundo.

No se dijeron nada más.

Era decisivo que el ministro nunca diera el visto bueno al plan formalmente, de palabra. Así, en el peor de los casos, podría negar su participación con auténtico enfado.

—¡Es un lugar precioso! —exclamó Orla, mirando al restaurante Strandmølle.

Con la soltura característica de muchos años de colaboración, abandonaron el mundo sombrío al que ninguno de los votantes del partido tenía

acceso.

Ante el viejo restaurante, que en tiempos del rey había sido la cantina de los trabajadores de la fábrica de papel, había sillas y mesas dispuestas para la temporada de verano, y en un banco con vistas al estrecho vieron a un hombre de pie, no más alto que un enano, poniéndose de puntillas y besando en la boca a una mujer alta y rubia. Ella estaba descalza en la hierba y sonreía, con su mano en el hombro de él. Ninguno de los hombres del coche dijo nada. Últimamente se veían cosas muy extrañas. Tanto fantásticas como grotescas.

El coche ministerial pasó la colina de Skodsborg y torció a la derecha por el amplio sendero que se abría entre los dos pilares chinos, tan altos como dos hombres.

Como una ballena en un mar verde, el Audi azul oscuro se sumergió en las sombras bajo las hayas y se detuvo frente a las ventanas que Orla conocía tan bien. Junto a él estaba uno de los pocos que sabía la razón.

El chofer jutlandés Lars Laursen salió del coche y les abrió la puerta.

Los periodistas habían ido detrás del coche ministerial durante un tiempo, y comentaron con escueta ironía al ver el extraño espectáculo junto al restaurante con las palabras: «¡Pulgarcita y el Gigante!».

Los dos habían cubierto el segundo centenario del nacimiento de Hans Christian Andersen unos años antes, y se rieron igual que cuando eran adolescentes.

Nils Jensen iba solo delante, como un chofer privado, para que los dos reporteros del asiento trasero pudieran concentrarse en intercambiar información y diseñar una estrategia común antes de llegar a Skodsborg. Se pegaron a la rueda del Audi azul del Rey Absoluto.

—Creo que no nos ha visto —observó el

fotógrafo, echando mano de su cámara, como si pensara sacar una foto al azar tras el parabrisas. Nadie habría creído que el chofer del enorme Mercedes hubiera crecido en un pisito del barrio de Nørrebro, detrás del cementerio Assistens, donde todos los domingos iba a visitar la tumba del Gran Escritor acompañado de su padre. Este le hablaba del cuento del niño arrogante que negó a sus padres pobres cuando pisó el fino pan de trigo para no mancharse los zapatos, tras lo cual terminó en lo más profundo, con la Dama del pantano, como un adorno del Infierno. Había sido el cuento favorito de Nils Jensen, y también su mayor terror.

Ya de adulto, la fotografía le abrió las puertas a un mundo que nunca antes había visitado, y supo salir a viajar y documentar las siete grandes, pero fotogénicas, plagas: inundaciones, terremotos, incendios forestales, hambrunas, genocidios, guerras y huracanes. Su padre había estado recientemente en la galería Glashuset, donde el vigilante nocturno guiñaba los ojos sin cesar,

observando el fotostato de una africana —una niña — moribunda, sin hacer ningún comentario a su hijo. Se había jubilado, y casi nunca salía a la luz del día, que se le antojaba más intensa por cada año que pasaba. Nils estaba tras él, vestido con la chaqueta de cuero comprada con los ingresos de la exposición, que le costó más que lo que habría bastado a diez familias africanas para comer durante un año. Su padre olfateó los caros materiales selectos y entornó los ojos grises casi ciegos bajo las cejas blancas.

—¿*Fri Weekend* piensa seguir cubriendo la noticia? —preguntó Peter Trøst desde el asiento trasero. Estaba pensando en la dirección del periódico y en sus antiguos lazos con el Gobierno.

—¿Y Channel DK?

Los dos periodistas se miraron con obstinación sin responder. Ninguno de los dos lo sabía.

Knud Tåsing fue el primero en ceder.

—He encontrado algo interesante en alguna de las fuentes que conocieron el hogar en aquellos

años. Por aquel entonces, la Sala de los Elefantes estaba reservada a niños especiales que recibían atención especial de la directora y sus dos ayudantes.

—¿No era una sala para los recién nacidos?

—Sí. Todos los niños pasaban sus primeras veinticuatro horas en la Sala de Recién Nacidos, donde la guardia nocturna se intensificaba, pero la mayoría pasaban enseguida a las otras dos salas, que se llamaban la Sala de las Jirafas y la Habitación de los Erizos, o a un pequeño dormitorio con literas tras la habitación de la torre. Solo unos pocos se quedaban allí, en aquel lugar privilegiado.

No necesitaba decir que Peter había sido otro de los elegidos. Ambos lo sabían.

—Cuando en la sala estaban todos aquellos niños privilegiados, eran siete en total, porque siempre había preparada una cama de urgencia, que las asistentes llamaban la octava cama, que se usaba para recibir adopciones de urgencia, para

que todos los bebés pudieran pasar sus primeras veinticuatro horas en la Sala de Recién Nacidos. Tengo una fuente que estuvo en el hogar los años que nos interesan, y se sabía de memoria todos los apodos de los niños, como si los hubiera recitado la víspera: el Mayorista, estaba segura, era Orla Berntsen, porque había visitado el hogar muchas veces con su madre, que estaba soltera y vivía en Søborg. Y Mechas, o Buster, era Søren Severin Nielsen, que también había estado de visita un par de veces. A Asger, tu amigo jutlandés, lo apodaban Viggo, que era el nombre del primer ministro de entonces, Viggo Kampmann, y había también una Clara, llamada así en honor a la actriz Clara Pontoppidan, y según mis cálculos se trata de la otra chica de la fotografía de 1961...

—Impresionante.

—Sí. Pero no nos acerca a la resolución del enigma.



—¡Orla!

El nombre se oyó con la misma intensidad que recordaba, pero aun así dio un respingo. Ninguna otra persona, a excepción de Almind-Enevold, se dirigía al jefe de Gabinete del Ministerio Nacional por su nombre de pila y en aquel tono.

El pasado se ha convertido en presente de inmediato. Ella está viva frente a él, como entonces, lleva una cámara fotográfica antigua en la mano y le saca una foto antes de que alguien llegue a responder.

El chofer abre la puerta al ministro, pero el Rey Absoluto se ha detenido en medio de un movimiento y se queda durante unos instantes paralizado, con el cuerpo medio salido del coche. No le gusta que lo fotografíen.

Magna extiende sus brazos de oso hacia Orla Berntsen, y le da un abrazo real, como le gusta

llamarlo. A Orla le parece que los ojos de la antigua directora están más brillantes de lo habitual, pero no es de extrañar, con la presión que están sufriendo ella y el hogar.

No obstante, la voz de Magna ha guardado la franqueza de sus orígenes del este de Jutlandia.

—Sois casi los últimos —dice, estrechándolo como si quisiera consolarlo, y él deja que la mujer apriete sus brazos y hombros, pero sin corresponder. Va vestida con un traje de paseo azul, y se ha empolvado las mejillas como protección frente a las horas agitadas que se avecinan.

La sucesora de la anciana directora está a su sombra. Es alta y delgada, y por una vez no va vestida de verde, sino que lleva puesto un vestido amarillo canario. Una débil sonrisa, medio formal, medio irónica, adorna sus labios. Susanne Ingemann tiende la mano al ministro, y después a Orla, y finalmente al chofer. Parece hacer una reverencia cada vez.

Las dos mujeres conducen a los invitados desde el recibidor, atravesando la sala con el pequeño pabellón para el té, y salen por una puerta trasera de la parte norte de la casa, donde el pequeño grupo gira a la derecha por el estrecho sendero del jardín cubierto de losas redondas.

Hay más de cien invitados en el césped frente a la villa, y otros tantos bajo las hayas, junto al anexo del sur. Todos sostienen delgadas copas en la mano, acariciados por la suave brisa del estrecho de Øresund, y un pequeño ejército de *paparazzi* revolotea alrededor y aprovecha que por una vez han podido entrar en el famoso hogar infantil. Entre los invitados no se cuentan niños, y a los periodistas se les prohíbe el acceso a la villa. En la playa, a un par de metros del antiguo embarcadero, hay una estructura metálica desde la que una grúa ha elevado en el aire una cámara con un gran objetivo negro dirigido a los invitados. «Channel DK», pone en cada una de las patas del trípode.

Un grupo de periodistas se mueve entre el gentío y llega a su presa natural, el orador principal del evento, Ole Almind-Enevold. La mayoría son de *Glas & Galla*, y a todos los reporteros se les ha exigido expresamente, como condición de entrada, que no perturben la alegría de la ceremonia con preguntas embarazosas. El Curandero ha acudido en taxi para vigilar la ceremonia, y sus ojos saltones encuentran sin cesar nuevos focos de interés entre el gentío; tal vez espere divisar al autor de los anónimos cerca del ministro. Algo más allá, la colosal figura de Carl Malle sobresale de entre un grupo de mujeres de edad y cabello canoso, sentadas en un banco largo pintado de blanco bajo las hayas, que sin duda representan a un grupo superviviente de la época de grandeza de Asistencia a la Maternidad.

El ministro ha subido a la terraza donde solían estar las tiasas señoritas en los viejos tiempos, y se detiene a la sombra del amplio alero, entre dos sólidas columnas blancas. Alza su copa de vino

espumoso portugués y brinda con Magna.

—¿Seguís cuidando bien a nuestros pequeños elefantes azules? —le pregunta el ministro nacional a la antigua directora.

—Por supuesto.

Orla Berntsen es el único que lo oye; los demás no captan las palabras por el ruido de voces del jardín.

Varios invitados se vuelven hacia la terraza, y la conversación se va apagando. Carl Malle se ha acercado, y pone la mano en el brazo de Almind-Enevold. El ministro entrado en años se pone rígido, no le gusta que lo toquen. Luego sonrío de pronto, como si le hubieran soplado una palabra para la siguiente frase, y saca un folio doblado del bolsillo. Lo pone frente a sí.

Así era como recordaría siempre Orla al Rey Absoluto: recuperando de un momento a otro su papel de ministro, como si nunca hubiera vivido entre personas mortales.

Una transformación fluida, instantánea y

perfecta en el símbolo admirado del reino.

Susanne Ingemann sonrió a los invitados.

—Gracias a todos por haber venido. Ahora nuestro invitado de honor, el ministro nacional Ole Almind-Enevold, va a dirigirse a Magna, la señorita Ladegaard, la homenajead.

El anuncio fue recibido con aplausos espontáneos.

Sin dudar, el ministro nacional se volvió hacia la antigua directora y le habló directamente. Su voz podía oírse hasta en Øresund, porque la terraza bajo la Habitación del Rey amplificaba cada palabra.

—El tiempo, Magna. El tiempo —empezó, levantando la vista en dirección a las doce copas de haya que se alzaban hacia el sur en lo alto de la cuesta, detrás de la cabeza de ella—. El tiempo es invisible, es irreal, y hay quien dice que no existe en absoluto. No obstante —volvió a mirarla—, lo decide todo en la vida de una persona. También en la tuya. El tiempo, y su compañera más fiel... —el

Rey Absoluto avanzó hasta la directora, hasta quedar a no más de metro y medio de ella—: la añoranza.

El aquel momento, la caída de una hoja habría hecho más ruido que los invitados de Kongslund. Tal fue el ambiente que creó el segundo hombre más poderoso del país con tan solo unos árboles y una terraza, el Cielo y Øresund.

Después echó un vistazo al folio manuscrito, extendió de pronto la mano derecha y dijo:

—Aquí, bajo las hayas, nació hace muchos años una niña espástica. Era la nieta del arquitecto que diseñó Kongslund, cuyas ideas, según el mito, fueron apoyadas por el fundador de nuestra democracia, el rey Frederico VII. El rey solía pasear al atardecer por esta colina, por esta misma colina, por esta playa.

El ministro calló un momento y se volvió hacia la casa vecina; la fachada blanca se divisaba entre la hojarasca verde, y el relato sobre el último rey absolutista estaba en su apogeo. Volvió a levantar

el brazo.

—Por esta colina caminaba... el rey bueno, el padre de la Constitución... Y esta casa —señaló con la mano Villa Kongslund— se edificó durante los años memorables en que los redactores de la Constitución dieron forma a la Carta Magna del reino de Dinamarca.

Todos aplaudieron con espontaneidad. Hasta un par de *paparazzi* soltaron la cámara para aplaudir.

Luego el ministro nacional volvió de nuevo la atención hacia los reunidos.

—En este mismo lugar nació la niña que hoy he elegido para traerle a Martha Louise Ladegaard un saludo del pasado. Espástica, paralítica de nacimiento, incapaz de caminar por los senderos y recorrer las colinas, el bosque y los prados, nacida para ser diferente: repudiada. Podían llamarla fea o desfigurada, incluso deforme, y podía decirse que su destino y su fisonomía eran una carga; pero uno podía fijarse también en su



temperamento alegre, en su dedicación y en sus ganas de vivir. Era una niña con una fuerza como la que nos gustaría a todos que aportasen a la vida nuestros hijos, hijos de los que este país no puede prescindir. Y voy a contaros por qué.

El ministro nacional se permitió una pequeña sonrisa. Luego continuó:

—En lugar de compadecerse de sí misma, aprendió a escribir, es la pura verdad. Entre otras muchas celebridades, también acudió a la casa de la colina un hombre llamado Hans Christian Andersen para visitar al abuelo de la niña, el arquitecto, y puede que eso explique su extraordinaria necesidad de contar la historia y expresarse. Puede que le haya ayudado y le haya inspirado, puede que incluso la tomara de la mano con cuidado cuando ella escribió sus primeras palabras...

Llegado a ese punto, el ministro nacional tuvo a bien ignorar que la muerte de Hans Christian Andersen se produjo muchos años antes de que

naciera Magdalene.

Luego sacó un pequeño cuaderno del bolsillo y lo sostuvo con la mano derecha para que todos pudieran verlo.

—Al morir en 1969 en este lugar, legó sus diarios a Marie, hija de Magna, la homenajead, que por desgracia está enferma hoy y por eso no está presente. Quería que leyera un pasaje concreto, pero tendré que hacerlo yo, y el público deberá abstraer el hecho de que mi voz dista mucho del tono suave de Marie, y mucho más del de la mujer espástica que lo escribió.

Unas risas indulgentes se elevaron hacia las copas de las hayas, y el Rey Absoluto hizo otra pausa teatral antes de continuar:

—Es un párrafo que escribió en su silla de ruedas, justo aquí, bajo las hayas, en el verano de 1945, nada más terminar la guerra. Pensemos, mientras escuchamos sus palabras, que tenía una minusvalía grave. Tardaba días en escribir una línea. Se llamaba Anne Marie Magdalene, pero

todos la llamaban Magdalene.

Miró un buen rato el papel, y cualquiera habría pensado que tenía un nudo en la garganta.

Empezó a leer:

—«Sin duda, la añoranza me ha acompañado toda la vida. Somos como hermanas, nunca nos hemos separado, y no creo que hubiese podido vivir de no ser por los niños de Kongslund. Corretean a mi alrededor, trepan a mi regazo, me consuelan, sin saberlo, todos los días. Pero también leo la añoranza en sus ojos, y me doy cuenta de que su añoranza es aún más profunda que la mía. Es algo que he aprendido: antes que vivir esa añoranza, prefiero quedarme en mi inmovilidad y conocer mis raíces».

Ole Almind-Enevold dejó de leer. Los invitados se quedaron inmóviles. Hasta el viento pareció quedarse un rato colgando sobre el estrecho, conteniendo el aliento. Una cámara de televisión al hombro estaba grabando, un fotógrafo se puso en cuclillas a la izquierda de la terraza —

seguro que deseaba tener las copas verdes de fondo—, y hasta los reporteros esperaban en silencio la continuación.

Se volvió lentamente hacia la homenajeadá:

—La añoranza, Martha, ese es el secreto de tu actividad aquí durante sesenta años. Nadie ha luchado contra la añoranza como tú, con toda tu plenitud y presencia.

El ministro nacional levantó una mano, gesto que pareció a la vez amenazante y generoso.

—En estas colinas, entre Øresund y los hayedos que han inspirado a tantos escritores daneses a lo largo de los siglos, vivieron de generación en generación toda una serie de linajes; aquí residían viejas familias distinguidas con apellidos como Kaufmann, Nebelong, Ottosen, Damm, Henriques, Holbek y Michelsen. —Arqueó las cejas como para expresar cierta reconvención—. Y aquí llegaste tú, Magna, con tu grupito de niños daneses corrientes: Jensen, Olsen, Nielsen y Larsen...

El ministro nacional frunció un poco el ceño, como para dar a entender la visión curtida de la vida que tenían aquellas gentes.

—Jørgensen, Hansen, Svendsen... y Pedersen. Tu labor resonó por todo Skodsborg e incluso en Copenhague, y al final por todo el país. Estuviste desde el principio en la asociación ANV, Acceso de los Niños a la Vida, que sigue existiendo y se hace más popular cada día que pasa, y que en estos años está en primera línea del renovado debate sobre el acceso de las mujeres al aborto llamado libre, y desenfrenado, en nuestro país. Pero ¿cuál era el secreto de Kongslund?

Volvió a meter el papel en el bolsillo de la chaqueta y miró a los ojos a Magna.

—Creo que era tu conocimiento sobre la añoranza, Martha. Nadie ha conocido como tú la naturaleza de la añoranza. No fue ninguna casualidad que mandarás pintar los sólidos elefantes azules en las pared de la Sala de Recién Nacidos, porque has protegido, en el mejor sentido

de la palabra, a quienes estaban indefensos con tu cuerpo, con el sosiego y la obstinación sólida y temible que caracterizan a una elefanta con su manada.

Un murmullo de risas atravesó el césped. El ministro había tocado un tema peligroso —su tema predilecto en política, con propuestas de limitación al aborto libre—, para luego abandonarlo. Magna —nacida Martha Magnolia Marie Ladegaard— estaba sentada con la cabeza gacha, una sombra roja se había desplegado en su cuello y parecía un gran pétalo de amapola desgarrado contra la piel. Lucía un collar de perlas verde oscuro, y un poco a la derecha del escote llevaba un broche azul. Una amatista.

—Así fue como te convertiste en nada menos que reina de la añoranza, y después en superadora de la añoranza. Y para miles de niños eso significaba que el tiempo podía volver a avanzar. Pero, porque siempre hay algún pero, y como ilustración de ese pero, voy a leer, para terminar,

uno de los últimos párrafos del diario de la espástica Magdalene. Está escrito poco antes de su muerte, más de sesenta años después de que escribiera sus primeras líneas.

Ole Almind-Enevold volvió a sacar su papel del bolsillo, lo abrió y se concentró en el texto:

—«No hay persona ni acción que pueda borrar del todo la añoranza. Esta permanece en la oscuridad que nos rodea. Se apacigua con la luz del sol, pero vuelve con la oscuridad. Los niños juegan a mi alrededor, y me muestran con claridad y sin vergüenza que moriré sola, olvidada por todos. Mis preguntas nunca obtendrán respuesta; de todas formas, no tengo a quién dirigir las al llegar la oscuridad».

Calló sin levantar la mirada, como si quisiera recalcar algo especial. Luego continuó:

—«Todos los años de mi vida he esperado un milagro. No en forma de movilidad física o de más palabras que las que ya me ha dado la Providencia. Tampoco en forma del Gran Amor, de

eso ya me han hablado otros. En su lugar, soñé durante muchos años con encontrar una señal de la Divinidad que, como dice la Biblia, todas las personas poseen. Una visión fugaz del altruismo que va más allá de alma y cuerpo. Durante muchos años creí que un milagro así solo podría darse en un lugar lejos de mí misma, o en un viaje que no podía emprender, o en libros que nunca llegaría a leer. Pero el milagro estaba aquí. Se encontraba justo delante de mis ojos, en el jardín, bajo las hayas. Encontré el milagro en la persona más solitaria que he conocido en mi vida».

El ministro calló. No corría la menor brisa. Después leyó las últimas líneas:

—«Eso es lo que he querido contarte siempre, Marie, pero me ha faltado valor en vida. Tú eras el amor que me regaló Dios. Tú eras un resquicio en mi inmovilidad. Eras mi luz. Hasta que no te haces vieja, no ves las cosas simples con mirada clara. Ahora sé la respuesta: cada vez que una persona está sola entre Tinieblas llorando por otra



persona, se produce el milagro. Y nos libera».

El poderoso ministro levantó el cuaderno en el aire y volvió las páginas escritas a mano hacia el público del césped, como para celebrar un triunfo nunca antes recordado.

—Una niña abandonada.

Aquel gesto produjo un efecto notable, y los invitados que estaban sobre el césped se quedaron inmóviles, hasta el más joven de los fotógrafos; algunos incluso con lágrimas en los ojos. La solemnidad era una de las claves de la popularidad del ministro nacional; solo el rostro arrebolado de Magna delataba otro sentimiento — tal vez su enfado porque habían descrito en público a su hija de acogida como la persona más sola del mundo—, pero si alguien lo pensó, enseguida se diría que no había sido la intención de Ole Almind-Enevold.

Volvió a hablar desde la terraza:

—¿Y tú, Magna? ¿Has dejado un rastro de añoranza? ¿Has dejado almas que albergan

añoranza? Seguro que respondes que sí, porque todas las personas dejan un rastro de añoranza. Y nadie es perfecto.

Retrocedió medio paso y la miró. La roja lengua de fuego parecía el espinazo de un dragón en el cuello de Magna. Sus labios estaban despegados, como si se ahogara. A distancia podía parecer una sonrisa tímida, pero no lo era.

—Creo que es la lección que puede sacarse de tu quehacer y de tu vida, Magna: que la añoranza existe y nunca puede borrarse del todo, pero que puede mitigarse. También yo albergo una añoranza, Magna, y es una añoranza que solo tú y yo sabemos de dónde procede, y que solo un milagro podrá mitigar algún día. El milagro de Magdalene se produjo, al final. Tal vez me ocurra lo mismo a mí. Ojalá.

Las palabras eran enigmáticas, pero las pronunció con un tono que pretendía ser desenfadado, hasta que elevó la voz:

—Y con ese deseo en la mente, pido a los

presentes que levanten sus copas y gritemos todos tres hurras por la homenajeadá, que lo merece. ¡Por Magna, que ha sido un ángel custodio durante sesenta años!

Una de las señoras sentadas en el banco bajo las hayas susurró:

—Le acaba de decir que la quiere, y que siempre ha vivido con esa añoranza... Qué bonito.

Las otras señoras asintieron en silencio como girasoles bajo la lluvia fina.

En la terraza Ole Almind-Enevold seguía frente a la directora jubilada de Kongslund. Susanne Ingemann se había colocado entre los dos, como si quisiera separarlos. Orla Berntsen se acercó al ministro con una copa en la mano, y en ese momento Nils subió a la terraza y levantó la cámara.

—Me gustaría hacer una foto de la homenajeadá con el ministro —dijo con la voz segura que daban cinco premios de fotografía y más exposiciones aún sobre la desdicha humana.

Magna se quedó mirando al fotógrafo tapándose la boca con la mano, como si acabara de atrapar una palabra que ya nunca saldría. Entonces se les acercó Orla Berntsen.

—Hay una llamada para el ministro, del despacho. Y es urgente.

Una mano bajo el codo del ministro, y lo alejó con suavidad del fotógrafo.

Tras ellos apareció el Curandero, como el susurro del viento, pero se detuvo a mitad de las escaleras, y por una vez dejó las cosas como estaban.

La antigua directora se quedó mirando a Susanne Ingemann, quien sacudió la cabeza de forma casi imperceptible y la hizo retroceder con la mirada hacia la puerta del jardín. Entonces se puso en marcha la catástrofe a cámara lenta entre los invitados y subió por las escaleras de la terraza hasta el epicentro del terremoto.

Nils notó la mano pesada en su hombro.

—¡Aparta ese aparato!

El ruido del obturador sonó como un tiro, y a la vez una mano le arrebató la cámara. Luego recibió un puñetazo en la sien, y la manaza tiró de la correa y de la cámara. Dos pasos vacilantes, otro tirón, y la pesada Nikon digital hizo añicos el cristal de la puerta del jardín con tal estrépito que los ciento cincuenta invitados los miraron asustados. Tres altos funcionarios del ministerio se arrojaron al suelo, creyendo que alguien estaba disparando; claro, estaban en plena era del terrorismo, y los tres habían hecho cursillos de supervivencia. Un puño enorme acertó en el diafragma de Nils y le vació el aire de los pulmones.

Knud Tåsing saltó delante del hombretón, que aún agarraba la correa del aparato.

—¿Qué diablos hace? —dijo el periodista con voz trémula.

—¡Puto fotógrafo! —gritó Carl Malle.

Entonces Susanne Ingemann se puso entre ellos, y no había ningún temblor en la voz de la

sucesora de Magna cuando dijo:

—¡Basta!

Orla Berntsen seguía asiendo el codo del ministro, esta vez con ambas manos, y era un espectáculo cómico y torpe. El ministro nacional estaba aislado en la terraza, con una expresión de asombro en el rostro. A un par de metros se encontraba Peter Trøst, desconcertado durante un segundo porque no veía a su cámara por ninguna parte y no entendía qué ocurría.

—¡Que se vayan ya!

Carl Malle dio la orden como si fuera un mando policial en una batalla callejera. Se oyeron lloros de niños desde la Sala de Recién Nacidos, y las cortinas blancas de la puerta de la terraza ondearon al viento.

La estrella de la televisión avanzó hasta Carl Malle.

—Esos niños pueden haber recibido un susto del que tardarán meses en recuperarse —se quejó, y la frase pareció fuera de lugar en aquella extraña

situación; pero el jefe de seguridad retrocedió un paso, y ambas mujeres y el ministro debieron de entender el gesto, porque un instante más tarde los cuatro habían desaparecido por la puerta rota que daba a la Sala de Recién Nacidos. Orla Berntsen no se movió, como si hubiera preferido ir con ellos, pero tuviera que obedecer una orden que nadie había oído.

Peter Trøst le puso la mano en el brazo.

—¿Qué pasa, Berntsen? ¿Por qué no podemos fotografiar a la homenajeadá con el ministro?

El jefe de Gabinete no respondió. El Curandero se acurrucó como una sombra tras su hombro izquierdo.

—¿Por qué no puede verlos juntos la opinión pública...?

El protegido del ministro se quedó mirando al presentador; en sus gafas enormes había pequeñas manchas de vaho o sudor.

—¿Qué pasa con el anónimo? ¿Lo habéis denunciado a la Policía?

Era Knud Tåsing, que se había acercado a Trøst.

Orla Berntsen miró con fijeza a su antiguo enemigo mortal y se sorbió la nariz.

—He grabado el discurso del ministro, pero la verdad es que no he entendido nada. ¿Sabes tú de qué iba? ¿Le has ayudado a escribirlo?

Orla Berntsen volvió a sorberse la nariz. Era difícil saber si el sonido expresaba miedo o desprecio, o ambas cosas. Se quedó quieto ante sus dos enemigos, como si quisiera fundirse con su entorno, y por un momento casi fue invisible.

—¿Qué están ocultando la homenajeadá y el ministro? —Era Knud Tåsing otra vez.

El jefe de Gabinete se sorbió la nariz por tercera vez.

—¿De qué iba todo eso de la añoranza...?

—¿Y yo qué coño sé?

Orla Berntsen se movió para dar un paso atrás. El arrebató hizo despertar de su prolongado trance al Curandero, que se colocó entre Orla y su



acosador, y se llevó al jefe de Gabinete hacia la entreabierta puerta doble de la Sala de Recién Nacidos.

—¡Alguien se trae algo entre manos en Kongslund! —gritó Knud, con un tono teatral—. ¡Y vamos a descubrir de qué se trata!

Por un momento se había salido de su papel objetivo, y a Peter Trøst le pareció que sonaba casi como un detective aficionado de un cómic. Nils Jensen seguía sentado en la escalera, más asustado que maltrecho por el golpe del expolicía. La estrella de la televisión pensó que todos los presentes se comportaban como niños.

—¿No podemos portarnos como adultos? —se oyó, casi como un eco, la voz aflautada del Curandero. Un segundo más tarde había llevado al jefe de Gabinete a un lugar seguro tras las cortinas ondeantes, y las puertas al jardín se cerraron.

En aquel momento, todas las cámaras estaban enfocadas hacia los participantes en la dramática batalla. Los tres eran periodistas.

Se dieron cuenta demasiado tarde del efecto de las imágenes que saldrían en la primera plana de todos los periódicos al día siguiente.

Se montó un buen escándalo, por supuesto. De hecho uno de considerables dimensiones.

Los medios de la competencia se regocijaron, con el misterio como acompañante sensacionalista del escándalo. Nadie podía decir con exactitud de qué trataba realmente la disputa de la terraza, ya que el ataque del expolicía llegó de manera inesperada, y después él desapareció.

Nadie lo había visto desde entonces.

En *Fri Weekend* el resultado de la batalla solo podía ser uno, expresado en pocas palabras: «Se acabó la historia», dijo el redactor-jefe de Knud Tåsing, y todos los periodistas sentados a la amplia mesa de reuniones asintieron en silencio como una sola cabeza y un solo cerebro, cosa que

sucedía cada vez con más frecuencia. Estaban completamente de acuerdo con su jefe.

Ni uno solo de los presentes, tampoco Nils Jensen, mencionó la posibilidad de interponer una denuncia contra el antiguo policía.

En el Gran Cigarro, el Catedrático movió las mandíbulas como si acabara de terminar una buena comida y sintiera un ronroneo familiar de satisfacción en el estómago lleno.

—Se acabó Kongslund... Se acabó Kongslund, querido Trøst. Una implicación tan personal no es periodísticamente aceptable, pero eso ya lo sabes.

Se oyó su risa retumbar por los espacios de techos altos, hasta arriba, allá por el Noveno Cielo y el Paraíso Terrenal, y hacia abajo, pasando por la Consulta Psicológica de la sexta planta. Todos debían saber que la amenaza contra Channel DK había remitido, y todos debían reconocer que aquella historia retorcida había llegado demasiado lejos. El reportaje sobre la fiesta de aniversario se redujo en las noticias de la noche a un breve

plano, con un audio horrible, del discurso del ministro nacional desde la terraza, frente al hogar infantil.

Al día siguiente, salió *Fri Weekend* con un artículo a dos columnas en la página siete de la sección segunda del periódico. Ni siquiera había una imagen. Todos comprendieron que la historia de las misteriosas adopciones ya no interesaba a nadie. Solo quedaba el escándalo, la pelea entre varios periodistas conocidos y un asesor ministerial.

Por la noche, los tres reporteros fracasados se reunieron en casa de Peter Trøst. Knud Tåsing observó el póster del soldado con la granada de mano sobre un fondo rojo y ladeó la cabeza, burlón, pero no dijo nada. Nils Jensen llevaba una pequeña Leica colgada del cuello y seguía dando la impresión de que le faltaba por lo menos la mitad del oxígeno que necesitaba. Los tres hombres permanecieron un rato largo en silencio.

—Por lo que a mí respecta, voy a seguir

investigando —anunció Knud Tåsing por fin, con un lenguaje propio de policía enteradillo. En el exterior oscurecía. Pues claro que iba a seguir. Si el caso se estancaba, iban a despedirlo en un santiamén. La dirección de *Fri Weekend* estaba ya sometida a una presión enorme—. Hagáis lo que hagáis, veréis el resultado de mis últimas investigaciones.

El periodista abrió la desvencijada maleta de escolar que seguía usando desde sus tiempos de grandeza.

Estaba repleta de revistas.

Peter Trøst encendió la lámpara colgada sobre la mesa, pero siguió callado.

—Mirad esto...

El periodista arrojó una revista sobre la mesa. Era un ejemplar sorprendentemente bien conservado de *Ude og Hjemme*, con la fecha 25 de mayo de 1961 escrita en una casilla rectangular roja en la parte superior de la portada. En la imagen de la portada aparecía una niña con un

vestido blanco de encaje y un gran ramo de fresias amarillas en el regazo. Tanto la niña como las flores estaban recortadas con cuidado y colocadas sobre un fondo azul, y la niña de pelo largo oscuro sonreía con picardía al lector. «Visitamos el mejor hogar infantil del mundo. 25 años», ponía debajo de la imagen.

Peter Trøst miró casi con irritación a su antiguo amigo.

—¿No hemos leído suficientes revistas?

Pero Nils Jensen pasó las primeras páginas de la revista y comprobó que el papel era sorprendentemente fino. En un anuncio ponía en grandes letras azules: «Sigue la lotería, con premios de cuarto de millón», y a continuación venía el reportaje sobre la fiesta de aniversario: «Niña abandonada, inesperada invitada a la festividad». Había una imagen de conjunto del jardín de Kongslund, y por un breve instante podría creerse que correspondía a la fiesta de aniversario de Magna de la víspera, pero luego

Peter Trøst cayó en la cuenta de que tanto los vestidos como los peinados de las mujeres de la fotografía eran de mucho antes.

—Esa foto se sacó durante el veinticinco aniversario de la fundación de Kongslund, es decir, en 1961 —explicó Knud—. Y como veis, también aquella vez hicieron la fiesta en el césped.

—Increíble. ¡Saqué una foto desde el mismo punto! —exclamó Nils.

—Sí. Hay cosas que no cambian nunca —replicó Knud Tåsing—. Pero lo interesante en este caso es el texto, la parte del texto que habla de la niña abandonada. Y otra cosa...

Hizo una pequeña pausa triunfal.

—Esta revista está, sin duda de ninguna clase, impresa con los mismos tipos de letra que los que empleó el autor del anónimo en la carta que nos envió.

Por un momento se hizo el silencio.

Luego los otros dos se inclinaron para leer las palabras que señalaba el periodista. Por si acaso,

las había subrayado en rojo.

«No obstante, tampoco fue un día de celebración normal para la señorita Ladegaard y el personal a su mando, porque ya desde la mañana temprano un invitado inesperado anunció su llegada. Cuando una de las puericultoras oyó ruido junto a la puerta del anexo del sur y miró, vio un capazo con el bebé más tierno que pudiera imaginarse. ¡Un niño abandonado! La puericultora, Agnes Olsen, señala a *Ude og Hjemme* que nadie vio cómo depositaban al niño. El bebé estaba muy animado, era sorprendente. Pero la Policía sigue sin saber quiénes son sus padres».

Peter Trøst dijo, extrañado:

—¿El niño?

Knud Tåsing apretó el puño como el guerrero del póster.

—Sí, ¿verdad? Siempre se ha dicho que llegó a Kongslund una niña abandonada, y en el resto de las revistas pone lo mismo: una niña..., es decir, Marie Ladegaard, que años después se convertiría



en hija acogida por la directora. Eso es lo que se ha dicho siempre.

—Debe de ser un error tipográfico —dijo el fotógrafo—. Los periodistas que escribían cometían fallos.

—No parece un error tipográfico —sentenció Knud Tåsing—. Pero claro, después de patear kilómetros y kilómetros, di con Agnes Olsen, que vive en Brønshøj ahora, cincuenta años después de aquello.

El periodista sonrió.

—Me puse en contacto con varios viejos conocidos de los sindicatos correspondientes, y ¡zas!, la encontré. Ahora disfruta de una pensión de invalidez, y no tiene hijos. Puede que tuviera bastante con los de Kongslund.

Nadie le rio la ironía.

—Y ahora llegamos a lo interesante. Porque Agnes Olsen recuerda a día de hoy que al principio le pareció que el bebé abandonado era un niño. Entonces le pregunté cómo era que el niño

se había convertido en niña en el resto de periódicos y revistas, pero dijo que no tenía la menor idea. Simplemente fue su primera impresión en los escalones exteriores, y aquel día tan ajetreado debió de decírselo al periodista de aquella revista.

Nils Jensen miró a su colega, luego a Peter Trøst, y luego de vuelta a Knud; después formuló la pregunta del millón:

—Entonces, ¿qué?

Knud Tåsing sacó un Prince mentolado de una pequeña pitillera de plata que solo usaba en verano, cuando los paquetes de cigarrillos podían arrugarse en el bolsillo del pantalón. Nils era el único que sabía que en la base tenía grabada la fecha de boda de Tåsing. 8.8.88. Se divorció un año después del escándalo que hundió su carrera.

El periodista encendió el cigarrillo y dijo:

—¿Cómo que entonces, qué?

Peter Trøst tomó la palabra.

—Nos reúnes aquí y dices que vas a continuar,

y que han surgido nuevos datos, y te basas en un minúsculo cambio en la información sobre si el bebé abandonado de hace más de cuarenta y cinco años era un niño o una niña...

Se quitó de encima una de las nubes de humo de Knud.

—¿Por qué diablos es tan importante?

—Porque olvidáis que John Bjergstrand era un niño.

## LA MUERTE

*15 de mayo de 2008*

*En el primer piso de la villa está mi madre de acogida, como siempre fiel cumplidora de sus obligaciones, inclinada sobre sus registros y libros de contabilidad; de vez en cuando abre el cajón superior del precioso secreter de palo de rosa con adornos en bronce, saca el Protocolo de Kongslund y escribe en él. El libro es tan grueso como el antebrazo de un luchador, y está encuadernado en cuero verde oscuro, y a la pregunta que, con curiosidad infantil, le hice una vez respondió sin vacilar: «Es mi cuaderno de bitácora, Marie. ¡Sin él no puedo mantener el*

*rumbo de mi nave!».*

*Y se echó a reír; fue como un tronar procedente del este.*

*El contenido del Protocolo era un secreto que iba a llevarse a la tumba. Los cimientos de la villa crujirían y se quejarían, pero lo llevaría consigo; ni siquiera la curiosidad insaciable de una niña abandonada abriría el cajón del secreter y desvelaría su contenido. El mueble era tan sólido y tenía una cerradura tan a prueba de paciencia, que todos mis esfuerzos fueron vanos.*

*Tal vez reparase en los finos arañazos, como de unos dedos pequeños, de los paneles del secreter de palo de rosa, y sacase sus propias conclusiones...*

*Pero, por supuesto, aquello no le provocó la menor inquietud.*

**M**artha Louise Magnolia Ladegaard murió a los

dos días de su —definitivamente última— fiesta de aniversario.

Como es natural, toda la nación quedó impresionada, porque había aparecido tan viva y magnífica, como su nombre indicaba, en todas las pantallas del país. Las celebraciones casi habían hecho olvidar a la gente las feroces acusaciones de la semana anterior, y hablaron una y otra vez de ella como la que había ayudado a miles de niños daneses a iniciar su vida, y a continuarla, junto a miles de padres agradecidos, en hogares daneses seguros.

Recuerdo que una vez Magdalene me dijo: «Envió a todos los demás a vivir su vida, pero a ti te quiso para sí». Y luego añadió, con un fuerte ceceo que recalcaba su advertencia: «La Rabia, Marie. La Rabia. ¡Debes tener cuidado con la Rabia!».

Antes de que pudiera pedirle que lo aclarase, se dio la vuelta y se fundió con las sombras, dejando en mi cuarto terrenal solo un débil olor a

mantillo y humo de pipa de espuma de mar (creo que últimamente pasaba la mayor parte de su tiempo en el Más Allá con su amigo del alma, el Rey Bueno).

La repentina y brutal muerte de Magna hizo que, para la Policía, el estatus del caso Kongslund pasara de ser algo misterioso y un poco ridículo a ser asunto serio.

Hasta entonces, los altos mandos policiales, ocultos tras las puertas de sus despachos, más bien se encogían de hombros ante la chapuza de los anónimos, mientras que, a su entender, el ministerio había reaccionado de forma exagerada, y se quedaron satisfechos con que un hombre como Carl Malle hubiera tomado la investigación en sus manos. A ninguno de ellos le había gustado nunca el tipo, así que ya podía ir a hacerse el harakiri por los suelos encerados de los pisos superiores.

Pero eso fue antes de que el personaje principal del caso apareciera muerto en su piso de Skodsborg. A partir de ese momento los

investigadores de Homicidios echaron el resto, y las últimas horas de la famosa directora jubilada se rastrearon e investigaron durante muchos interrogatorios. El caso Kongslund se había reabierto por sí solo.

Encontraron a mi madre de acogida tumbada en el suelo de la sala, justo debajo de la ventana que daba a la empresa funeraria. La encontraron varias horas después de que algún milagro o algún médico pudiera salvarle la vida. Yacía en el suelo en un charco de sangre, con la cabeza descansando en un cuaderno blanco que contenía cientos de recortes de periódico con imágenes de niños de muchas remesas de Kongslund.

Varios de los recortes estaban esparcidos por el suelo en torno al cadáver.

Durante el día siguiente, los policías trataron de elaborar una especie de retrato-robot del escenario del crimen en el piso de Magna en un momento en que la mayoría de los vecinos dormían y nadie esperaba visita, ni de la Muerte ni



de nadie parecido. Pero solo disponían de un testigo, porque solo un vecino estaba despierto cuando oyó voces en el piso superior. El de Magna. Era el dueño del pequeño supermercado Oceka, vivía justo debajo de Magna, y la víspera la vio, con un sentimiento de orgullo que por lo demás no relacionaba con su experiencia con mujeres, en la televisión festejando su aniversario y el de Kongslund, magnífica e invulnerable bajo la mirada vigilante de toda la nación.

Al parecer, Magna estaba leyendo sus cuadernos cuando tuvo una visita inesperada. El caso es que había más libros, blancos, rojos y marrones, con cartas, fotos y recortes, amontonados en la mesa baja cuando la Policía echó la puerta abajo. En la mesa había dos tazas de café sin usar, y la anciana directora yacía boca arriba al lado de la estantería. Junto a ella había un purito —un Bellman, su marca favorita—, apagado. El tendero se había acostado, pero en un momento dado oyó ruido en el piso superior. Era

un tipo miedoso, que había nacido —su madre, después del parto, lo envolvió en una manta y lo depositó en un cajón de cómoda acondicionado como cuna— en la misma habitación en la que dormía, y no tuvo ánimo para salir de la cama.

La Policía llegó a la conclusión de que Magna se levantó e iba a sacar el cuaderno de la biblioteca cuando cayó con tanta fuerza que su frente golpeó la segunda estantería superior, y después dio media vuelta y perdió el equilibrio. Dio un grito al caer, y fue el segundo de los ruidos que oyó el tendero, y el que lo hizo levantarse de la cama. Luego, al parecer, Magna cayó de lado contra una antigua silla Sheraton, lo que le ocasionó una herida abierta en la sien —una de las características distintivas de aquellas sillas era precisamente los bordes afilados de sus respaldos—, y el tendero se echó a temblar de miedo por tercera vez al oír el estruendo.

Magna se rompió la nuca nada más tocar la cabeza el suelo. Su mejilla derecha estaba

apoyada en un cuaderno con la inscripción «1961-1964» escrita a mano con esmero en el extremo superior derecho; era casi la única zona que no estaba cubierta de sangre.

Al final, el tendero encendió la luz y observó a su esposa; una vez más lo asaltó un tremendo temor a compartir la eternidad con una persona que en realidad nunca llegó a conocer, y que cada noche, y ahora también durante parte del día, ahogaba en ronquidos su vida compartida. Tal vez fuera aquel temor lo que, pese a todo, le dio valor para levantarse y avisar a la Policía. Poco después, el epicentro de su vida se llenó de destellos azules, sirenas y ruido de fuertes pisadas en la escalera.

Era evidente que habían revuelto en las cosas de la directora muerta. Varios cajones estaban sacados de sus cómodas, tanto en el pasillo como en el dormitorio, y su contenido esparcido por el suelo. Pero, en teoría, podía haber sucedido antes de la muerte de la antigua directora, y tal vez

estuviera haciendo limpieza, aunque los policías dudaban de ello. El problema era que no había ninguna prueba técnica de que se debiera a otra cosa que a un traspie involuntario de las piernas cansadas. No había marcas de violencia intencionada, golpes o patadas. Solo la declaración del tendero de que oyó ruido en el piso de arriba.

—¿Qué daban en la tele cuando oyó llegar al invitado? —preguntó uno de los investigadores.

El tendero lo miró un rato, y luego respondió poco a poco:

—No recuerdo nada. El aparato es un viejo Telefunken y siempre lo tengo a tope de volumen. Verá, es que mi mujer ronca.

El policía hizo un gesto afirmativo sin haber entendido ni jota. Estaba a punto de amanecer; por la ventana se veía la costa sueca como una raya delgada de pelusa gris en el horizonte, y el dueño de la funeraria, que vivía justo enfrente, estaba ante su puerta mirando absorto los coches de la

Policía. Tenía un brillo azul intermitente en los ojos, casi como si sonriera. Iba a tener clientes famosos.

De pronto, la mirada del viejo tendero se iluminó:

—La última vez que vi a la señorita Ladegaard estuvo comprando sellos en el supermercado, anteayer, justo después de la fiesta. Volvió al rato. Era... Bueno, puede que no lo crean, pero volvió con una carta, o, mejor dicho, un paquete, que tenía que enviar a Australia. Eso sí que recuerdo... A Australia...

Los ojos del tendero casi se salieron de sus cuencas en un destello de sincera añoranza.

Luego volvió a hundirse en la silla y se encogió de hombros, como si deseara volver al cajón de cómoda donde empezó su vida.

—¿A Australia...?

El policía miró confuso a su único testigo, como si quisiera saber qué tenía que ver con la historia, sin anotar la frase en su bloc.

Pero el silencio se abatió sobre la estancia, y el purito se apagó entre los dedos del anciano. El tendero miró a la oscuridad que se cernía sobre su cabeza, como si pudiera hacer que la anciana del piso de arriba volviera a caminar y nada de lo ocurrido hubiera ocurrido. Ni siquiera su nacimiento.

El policía lo dejó llorar en paz.

**L**a Policía recorrió los pocos centenares de metros que separaban Skodsborg de Kongslund, donde yo dormía en la Habitación del Rey a esa hora de la mañana.

Llamaron a la puerta de entrada. Susanne Ingemann les abrió.

La víspera habíamos estado ordenando el jardín y la casa después de la fiesta de aniversario, retiramos incontables fresias amarillas cabizbajas, ahogadas por el humo de

puritos y habanos de los distinguidos invitados. Las metimos en grandes bolsas de basura, y el dulce olor de la podredumbre se extendió por la sala del jardín.

El olor permanecía suspendido en el vestíbulo cuando llegó la Policía y Susanne llamó a mi puerta.

—Es la Policía. Tu madre ha... —empezó a decir, y por un momento pareció que iba a echarse a llorar.

—Mi madre de acogida —la corregí, antes de que pudiera terminar la frase. Enseguida me di cuenta de lo que me quería decir, y algo en mi interior debería haberse derrumbado, o al menos debería haberse abierto alguna grieta que dejara escapar mis emociones. Pero no sucedió nada.

A día de hoy no recuerdo ningún sentimiento.

Las escasas preguntas rutinarias —y mis breves respuestas— duraron apenas diez minutos. Yo no sabía nada. Había hablado un poco con Magna una hora antes de que llegaran los invitados

a la fiesta, y luego me metí en la cama con un tapón de color anaranjado en cada oído, dije, porque mi habitación daba a la explanada donde tenía lugar la ceremonia. Ni vi ni oí nada interesante.

El policía volvió a darme el pésame, y se marchó. Me dirigí a la Sala de Recién Nacidos y cerré la puerta. Las cortinas estaban corridas. Los gruesos pliegues impedían que entrara la menor luz. Los niños dormían. La canción había enmudecido.

—Hola —dijeron las tinieblas—, nunca has podido mantenerte lejos por mucho tiempo.

Y hay que haberlas conocido tanto tiempo como yo para comprender que sus saludos, a diferencia de los del espejo, no pretenden burlarse de nadie.

Me acerqué a la ventana y descorrí las cortinas, y los elefantes azules salieron de las sombras y arrojaron los dorados conos luminosos de la mañana por sus rechonchas trompas, como siempre habían hecho. Una vez le pregunté a Gerda



cuántos elefantes azules había pensado pintar en la estancia a la que llamábamos Sala de los Elefantes, y se limitó a responder: «Dejé de pintarlos cuando ya hubo bastantes».

Sospechaba que había una razón más profunda que explicase la manía de Gerda con los elefantes azules; varias de las puericultoras decían que había pintado uno por cada niño que pasó por la Sala de Recién Nacidos en todos aquellos años, hasta que se jubiló. Una vez se me quedó mirando un buen rato —yo tenía solo siete u ocho años— y dijo: «Marie, aquí hemos tenido todo tipo de niños: hemos tenido hijos de madres jovencísimas e hijos de padres más pobres que las ratas que no veían la manera de mantenerlos. Hemos tenido hijos de catedráticos, políticos y grandes empresarios, e incluso hemos tenido hijos de delincuentes y asesinos, y esos son lo más difícil, porque una herencia así puede perseguir a un niño toda la vida si nadie interviene».

Gerda nunca puso en duda la importancia de la

herencia biológica —era unos años antes de que todos los académicos empezaran a centrarse en las circunstancias sociales—, y más tarde me di cuenta de que Gerda la temía más que cualquier otra cosa.

—La mente de un criminal puede seguir viviendo en la del niño, a pesar de que no haya contacto físico entre ellos —me contó una vez—. Incluso si el hijo crece en las circunstancias más favorables que pueda haber, y con los padres adoptivos más cariñosos del mundo, el vínculo de la sangre nunca se rompe, Marie. Cada niño alberga la herencia de su verdadero padre y madre en lo más profundo de su ser.

Me quedé junto a la ventana y mi mirada se deslizó por el cono de luz hasta el elefante azul que colgaba en el aire encima de la cama en la que estuve de recién nacida. El cuerpo rechoncho del elefante estaba partido por la mitad donde el papel se había levantado, pero seguía flotando sobre mí, sujeto por unos hilos invisibles, y experimenté por

primera vez el miedo del que una vez hablara Gerda, pero sin saber con exactitud hacia dónde dirigir la atención. Estaba segura de que se refería a uno de los niños que estuvieron conmigo en la Sala de los Elefantes en las Navidades de 1961; si mi impresión era acertada, aquel niño tenía que ser el misterioso John Bjergstrand que todo el país veía como símbolo de una persona no deseada, desechada y rechazada. Uno de esos seres a los que las buenas voluntades de Kongslund siempre habían deseado salvar.

Subí al primer piso, me senté en la silla de ruedas que dejó Magdalene y dirigí la vista hacia la isla de Hven. Seguía sin llorar. Allí descollaba el imponente observatorio de Stjerneborg, donde Tycho Brahe cometió la torpeza de su vida al no posicionar correctamente la Tierra en el espacio celeste: «¡Jamás aceptaré que el sol sea el centro del universo! —gritó—. ¡Es una mentira infame, la Tierra no se mueve!».

Aquel error siempre me había gustado.

Y claro, cuando el espejo me vio en aquel estado de descuido, aprovechó para formular la pregunta posiblemente más malvada hasta el momento: «Querida Marie, pero ¿quién es tu madre?».

«Tú», le habría respondido, burlona. Pero me callé. Los espejos rococó de otros tiempos, procedentes de enormes villas de Strandvejen, no entienden esa clase de ironías. Y en aquel momento tenía cosas mucho más importantes en que pensar.

Los días que siguieron, los investigadores de Homicidios intentaron desentrañar el misterio de la muerte violenta de Magna, sin hacer ningún descubrimiento relevante. No veían un móvil, ningún patrón de conducta, ninguna salida al laberinto, y si era verdad que la empujaron —y si tenía que ver con los anónimos, como conjeturaba la prensa—, las posibilidades eran tantas que sembraban aún más confusión y desataban teorías aún más fantásticas. Cada nueva teoría llevaba a

un callejón sin salida, y cada callejón sin salida aumentaba la frustración.

Entonces, un joven policía recordó de pronto que el dueño del supermercado Oceka, vecino de Magna, había dicho algo de un paquete que esta había enviado a Australia. Pero hacía mucho que había salido del país, y el pobre tendero no recordaba el nombre del destinatario que Martha Magnolia Louise Ladegaard escribió en el paquete. Solo estuvo un momento en el mostrador de correos que había en el establecimiento. Le puso sellos por más de doscientas coronas, porque iba muy lejos, y Magna le dio las gracias. El tendero volvió a empezar a parlotear como un niño que pide agua, y los policías desistieron de seguir preguntando.

Pasada una semana, la investigación estaba estancada —eso se desprendía de su ausencia en los periódicos—, y la gente de Homicidios ponía los ojos en blanco cuando no miraba nadie.

Por lo que le entendí al policía que vino a

Kongslund un par de días más tarde y habló conmigo largo y tendido sobre Magna, su muerte había asustado más aún al primer ministro, al ministro nacional y a su asesor de seguridad, el antiguo policía Carl Malle. La Comisaría Central de Información ofreció ayuda a los investigadores, pero estos la rechazaron.

Si Magna sabía algo que había llevado al enfrentamiento en el piso de Skodsborg, podría haber otros en peligro, dijo el expolicía.

¿Se referiría a mí?

¿Podía Magna haber sabido algo peligroso?

No le respondí.

Si el visitante anduvo revolviendo en sus cajones, ¿qué es lo que andaba buscando?

Nadie sabía la respuesta. Pero observé que la Policía, con la mayor naturalidad, había metido al ministro nacional y al antiguo cargo policial en la categoría de no sospechosos. También aceptaron que en el hogar todas tenían una coartada común: la limpieza tras el festejo.

Un par de días después iban a tener los nombres de todos los niños que llegaron a Kongslund en los años 1961 y 1962, y que podrían estar relacionados con el misterioso John Bjergstrand de los anónimos. Yo solo di uno: el mío.

Después confiscaron todos los registros de Kongslund y se pusieron a leerlos. No podían saber algo que yo ya sabía: que toda huella de las acciones de Magna había sido borrada con esmero de los cuadernos de anillas verdes con información sobre niños daneses correspondientes al período que les interesaba. Volví a pensar en Magna. Pero seguía sin llorar.

En caso de que existieran respuestas a los enigmas de Kongslund, yo sabía dónde se encontraban, lo que pasa es que no transmití la información. Todo estaría en el libro que guardaba Magna en el secreter de palo de rosa, que yo recuerde; un libro que siempre me había fascinado, pero que solo vi por breves segundos unas pocas

veces. El Protocolo de Kongslund.

Su valioso registro secreto.

Yo no sabía si Ole Almind-Enevold y Carl Malle conocían su existencia. La Policía había puesto patas arriba los efectos personales de Magna, pero no se llevaron nada de importancia. El Protocolo había desaparecido, y no me extrañaba. Después de oír la descripción que hizo el tendero de la última acción de Magna, me hacía una buena idea de dónde estaría en aquel momento el valioso documento.

Pero era un secreto que no deseaba compartir con nadie por nada del mundo. El Protocolo era de mi propiedad tras la muerte de Magna; e iba a recuperarlo.

En un momento dado, Susanne perdió la paciencia con la investigación policial y exigió que se le devolvieran los restos mortales de Magna —habían pasado más de tres semanas—, para que la antigua directora pudiera ser enterrada con dignidad en la iglesia de Søllerød. Los



policías accedieron. Habían perdido. A Magna la podían haber empujado, pero también podía haberse caído, y el caso estaba listo para ser archivado como accidente.

Quizá alguien lo recordase —al menos lo recordaba una persona que estaba interesada en Kongslund—, pero había ocurrido exactamente lo mismo en el caso de la mujer asesinada en la playa, entre Kongslund y Bellevue, siete años antes. También ella, como Magna, murió tras una caída en circunstancias misteriosas, y también aquel caso se archivó a regañadientes como algo fortuito. El comisario retirado que investigó la defunción y después habló de sus sospechas a un periodista que nunca publicó la historia estaba en una casa de veraneo en la localidad costera de Rågeleje, leyendo una y otra vez artículos periodísticos sobre la directora muerta.

Al final dejó de lado los periódicos y se quedó un buen rato mirando por la ventana, extrañado una vez más.

La mujer muerta en la playa llevaba consigo una fotografía de Villa Kongslund. Y ahora la antigua directora de Kongslund había muerto de forma igualmente misteriosa. A pesar de su experiencia de décadas, no lograba ver la relación. Pero sintió la profunda inquietud de aquella vez.

Una vez más puso la mano sobre el teléfono y sopesó sus posibilidades. Su sentido del deber, tan importante para él, le decía que alguien tendría que señalar aquellas coincidencias inexplicables, pero temía volver a tropezar con Carl Malle; su instinto de policía le decía que no iba a poder avanzar, y un antiguo compañero le advirtió una vez que no corriera riesgos: Malle lo oye todo. Su nombre señala su característica más fundamental<sup>[6]</sup>.

Su esposa lo miró, premonitoria. Siempre se daba cuenta de cuándo lo atacaban sus ansias juveniles de meterse en situaciones inseguras y amenazantes.

Ya no era ningún joven.

La mirada asustada de su esposa resolvió la cuestión. El policía retirado dejó caer el teléfono.

## EL ENTIERRO

*5 de junio de 2008*

*Tal vez sea cierto lo que Magdalene me escribió desde el Más Allá la noche anterior a que enviásemos a mi madre de acogida a su último viaje a las Tinieblas: «Recuerda, Marie, que los adultos son solo niños que han aprendido a ocultar su verdadero yo tras su ropa bonita y su cara inocente; en realidad, la gente reacciona de forma cada vez más infantil con la edad, y por eso se convierte en más peligrosa con el paso de los años, y mucho más violenta e impredecible».*

*Desde la muerte de Magna solo se comunicaba conmigo por escrito.*

*Me quedé mirando las palabras, y después pasé la mayor parte de la noche despierta, con una sensación ominosa de que Magdalene no solo estaba exponiendo una observación filosófica general, sino que estaba pensando en una persona en particular.*

*Eso fue unas horas antes de que el periodista Knud Tåsing me visitara en Kongslund y abriera las puertas a lo que había permanecido oculto tanto tiempo.*

La iglesia de Søllerød, que se alzaba sobre una colina que dominaba el lago del mismo nombre, había envejecido con gracia, con sus paredes blancas y la torre y la parte del coro acabadas en ladrillo medieval rojizo. Los primeros ladrillos se colocaron en el siglo XII, y en el cementerio, que descendía hacia el lago, mi madre de acogida iba a tener un mirador que casi seguro podía satisfacer

su eterna necesidad de encontrar los mejores lugares para sí, para sus allegados y para todos los niños que había enviado al mundo.

Nos encontrábamos en el lugar que Magna había elegido con tal esmero. El último.

Alcé la vista hacia el techo de la iglesia, y casi esperé toparme con la mirada de mi madre de acogida u oír su voz, porque sin duda iba a estar presente en su propio funeral. En algún lugar sobre nuestras cabezas, estaría flotando y observando la ceremonia, no me cabía duda, y observaría que yo seguía sin llorar.

La última vez que estuve en una iglesia fue de niña, cuando enviaron a Magdalene, sin silla de ruedas ni catalejo, al Más Allá. Aquella vez estaba sentada en el regazo de Magna y lloré por la única amiga de mi vida, que era tan vieja que yo no creía que pudiera morirse. Ahora era la propia Magna quien yacía firme y ceremoniosa allá, en la oscuridad, bajo las coronas del ataúd, y sentada junto a mí estaba su fiel ayudante, Gerda Jensen,

que, pese a su corta estatura, era la tercera gran mujer de mi vida. La única todavía viva. Estaba sentada, con la mirada fija, entornada, como si estuviera haciendo la cuenta atrás para sí y aún no hubiera llegado a cero. El olor a fresias llenaba el lugar, originando cada par de minutos un estornudo medio ahogado en los bancos de atrás, y me llenaba de satisfacción infantil que la Eternidad no pudiera acoger a la Elegida con el respetuoso silencio que el invitado de honor a la ceremonia, Ole Almind-Enevold, habría preferido.

Detrás de mí había ministros y funcionarios, gente que estuvo en la resistencia, médicos jubilados y miembros de corporaciones locales, enfermeras, comadronas y antiguas nodrizas, y al fondo, un pequeño grupo de señoritas de edad de los años gloriosos de la Asistencia a la Maternidad de Copenhague. Coronas de flores blancas y amarillas adornaban el féretro, y los temerosos de Dios, que eran prácticamente todos, estaban sentados con la cabeza gacha, como si

oraran discretamente por el alma de la difunta. Pero yo sabía que no era cierto: que la mayoría pensaban en cosas completamente diferentes y albergaban ideas de un cariz que nadie se atreve a mencionar en voz alta en una iglesia. No tenían que ver con la muerte del ataúd, sino con su propia existencia y su afanoso bregar por el Campo de la Vida. Giraban en torno al temor a que Nuestro Señor Jesucristo no hubiera resucitado en realidad, y no fuera a estar preparado para recibirlos cuando un día los transportaran envueltos en profusión de flores a la Incertidumbre. Que el Señor hubiera olvidado tanto la hora como las promesas de eternidad, porque estaba demasiado ocupado en otros quehaceres. O la posibilidad indecible: que no existiera; que los átomos del cuerpo subieran directos a la estratosfera y se convirtieran en parte del Universo, pero no de la Eternidad.

Estoy segura de que Magna estaría emocionada por su encuentro con las Tinieblas Eternas, pues su



quehacer la había dotado de una naturaleza siempre curiosa que deseaba conocer todos los secretos de la vida. También el último. De todos modos, también estoy segura de que habría preferido permanecer otro par de años en la Tierra para cumplir su papel en el proyecto que el destino había dispuesto en su camino: la Gran Reparación..., la enorme, inconclusa reparación de las heridas que los adultos, en su inconsideración, causan a los seres más pequeños y valiosos. El trabajo de reparación lleva en marcha desde los tiempos del hombre de Cromagnon, y no hemos avanzado gran cosa. Tal vez se consiga localizar, y erradicar, un uno por cien del egoísmo humano por cada generación — es un cálculo optimista—, y tal vez aumente la capacidad de compasión un uno por mil por cada siglo, lo que es mucho decir; pero, a pesar de todo, ese era el tipo de esperanza que abrigaba Magna.

En el banco de atrás se sienta Susanne Ingemann, y junto a ella Carl Malle y la directora

tiempo atrás jubilada de la antigua Asistencia a la Maternidad, la señora Krantz. Tras ella está Orla Berntsen, y junto a él, Peter Trøst y Søren Severin Nielsen, flanqueados por sendos matrimonios de edad que no dejan de sorberse la nariz por el brutal olor de las flores. Sus padres. Los reconozco de las excursiones de todo el día que hice en mi infancia a Rungsted y Søborg.

El Rey Absoluto está de pie junto al féretro, y destaca sobre la magnífica cubierta de flores igual que un pequeño tulipán de color rosa con unos pétalos absurdos y genéticamente modificados de color blanco plateado. Mueve la cabeza arriba y abajo, ya que —una vez más— está preparado para ofrecer un discurso a mi madre de acogida, la mayor reparadora que haya conocido el país. Va vestido con un traje oscuro, tiene las manos juntas y se parece un poco al de la funeraria de Strandvejen, que en aquel momento sagrado está sentado en la sombra, triunfante, en el último banco de la iglesia.

—Magna fue una de las fundadoras de la asociación ANV, Acceso de los Niños a la Vida — está diciendo Ole Almind-Enevold, y no estoy segura de que a mi madre de acogida le gustara oírlo, porque aunque comprendía los involuntarios, o al menos no suficientemente pensados, efectos colaterales del aborto —que niños vivos que reían y cantaban frente a ti fueran aniquilados—, también comprendía la carga insoportable para las jovencísimas mujeres de las que había conocido a tantas en su labor. Y no necesitaba estar muerta para adivinar el gran potencial de las asociaciones antiabortistas para el ambicioso político que hablaba ahora sobre sus restos.

El ministro nacional juntó las manos ante sí y alzó la voz hacia el techo de la iglesia.

—Magna me contó una vez una historia que nunca he contado a nadie, quizá porque no sabía cómo interpretarla.

Hizo una breve pausa teatral, y hasta los

estornudos sueltos remitieron con el tiempo.

—Me contó la historia de un niño cuyo padre enfermó de tuberculosis, a quien dijeron que iba a morir. El desgraciado niño rogó a su Dios del Cielo que dejara vivir al padre, y este, que oyó los desesperados rezos, al final hizo a su hijo una promesa para la eternidad, que alcanzaba más allá de la Muerte: «Cuando ya no esté —le dijo—, solo tienes que esperar con paciencia, y volveré. Además, ya sabes que sigo estando contigo, y que Dios existe y vela por ti, y que llegará el día en que viviremos juntos la vida eterna». El enfermo murió, lo enterraron, y el niño se dispuso a esperar.

El ministro calló de nuevo, y me pareció ver una sombra de sonrisa en sus labios. Detrás de mí alguien sofocó un estornudo.

—Magna detuvo su narración justo ahí, y no reaccionó hasta que perdí la paciencia y pregunté: «Pero Magna, ¿cuándo apareció el padre del niño?». Ella respondió: «Pero Ole, esa es la

cuestión: nunca apareció». «Pero no es posible — le dije—, entonces la historia no tiene lógica». «Sí —dijo ella—, el chico esperó y esperó, año tras año, el niño se hizo mayor, pero no ocurría nada, y el niño que se hizo mayor al final envejeció, y nunca dejó de esperar, pero seguía sin ocurrir nada, y al final fue la Muerte la que llegó, y el padre no volvió nunca como había prometido».

Ya no había ninguna duda. Almind-Enevold sonrió. Percibí la vaga inquietud de los presentes en la iglesia, como si un pequeño diablo luminoso hubiera soltado chispas desde el techo sobre la piel desnuda de los fieles.

—Se trataba de *su* padre —explicó. Su mirada se dirigió a la tapa del ataúd—. Aquel niño era Magna.

La conmoción hizo que la respiración de los asistentes al funeral casi se detuviera.

—Como quizá sepan varios de los presentes, su padre era pastor de la iglesia de Gauerlund, junto a Børkop, y en opinión de Magna no rompió

su promesa, ni lo haría nunca, pues si la Eternidad existe, debemos poseer también la paciencia sin límite de la Eternidad. En su opinión, una promesa así no tiene límite, y tampoco final. Su padre hizo lo que debía. Consoló a su hija y probó que estaba en lo cierto, decía Magna. Y también ella vivió siguiendo ese principio el resto de sus días.

Calló un rato, y luego dijo:

—Paciencia sin límite.

Yo no recordaba la historia, porque mi madre de acogida nunca me la contó, y no me extrañaba, ya que debió de prever mi rabia. Yo comprendía mejor que nadie lo que aprendió Magna de aquella experiencia trágica: lo decisivo era la voluntad de hacer el bien, porque al final el propio bien se encargaría de probar que tenía razón. No era persona que reparase en las desilusiones que una filosofía así podía generar en otras personas, porque nunca vaciló en el crisol de su taller de reparación. Cuando reparaba, surgían chispas a su alrededor que caían sobre todo, nobles o plebeyos,

y mientras tanto ella se concentraba en su trabajo. Al fin y al cabo, aquel acto de voluntad fue lo más importante para ella, y creo que esa era la razón de que yo no llorase.

El Rey Absoluto baja la cabeza. El discurso ha terminado. Esta vez no nos ha nombrado ni a Magdalene ni a mí, y tampoco ha citado de los diarios de Magdalene, que yo ignoraba que conociese.

La iglesia se vacía poco a poco.

El féretro blanco de asas doradas es transportado por Carl Malle, Ole Almind-Enevold, Susanne Ingemann, Orla Berntsen, Søren Severin Nielsen y Peter Trøst. Un séquito de lo más extraño. Rechacé formar parte de él. Nadie iba a ver a la hija acogida por la anciana directora con la espalda deforme y los pies torcidos hacia dentro desvanecerse bajo el peso del cadáver de su madre.

Salen a pasos cortos, demasiado cortos, a la luz, y afuera está la prensa de todo tipo: revistas,

diarios de la mañana, de la tarde, periodistas enarbolando micrófonos, y hombres altos y grises con cámaras de televisión al hombro.

Knud Tåsing está junto a Nils Jensen, que por alguna razón no parece querer fotografiar la procesión. Ha pasado otro par de días con oleadas de especulaciones en la prensa: ¿la muerte de Martha Magnolia Louise Ladegaard tuvo algo que ver con el caso de los anónimos? ¿Quién la visitó la noche en que murió? ¿Quién era el destinatario del misterioso paquete que envió unas horas antes de su muerte?

Por lo visto, la Policía se había dirigido tres veces, sin éxito, a las autoridades australianas, y también había hecho indagaciones en clubes y asociaciones daneses de Sídney, Melbourne, Brisbane, Adelaida y Perth, sin ningún resultado. No parecía haber ninguna pista que relacionara a la anciana directora o al hogar infantil de Kongslund con alguien o algo que la Policía australiana pudiera señalar. Después de tres



semanas de cubrir apresuradamente cualquier relación que pudiera existir con el asunto Kongslund, todo se fue a pique, y vi el brillo satisfecho en la mirada de Ole Almind-Enevold allí, al borde de la tumba. También el caso del chico tamil había desaparecido por completo de las primeras planas, después de que Søren Severin Nielsen bloquease la expulsión con una lluvia de peticiones de permiso de residencia por razones humanitarias y quejas por violación de la Convención sobre los Derechos del Niño. Ningún medio tenía tanta paciencia.

Estábamos en la falda de la colina, mirando al lago de Søllerød y cantando el salmo *Qué preciosa es la tierra* como es debido, sin el sentimentalismo que se cuele en el eco de una iglesia de techos altos. Depositaron a Magna en la oscuridad y le quitaron la vista de su taller terrenal, tan ligera como si volviera a ser una niña. La gente de la prensa se había quedado junto a la pared sur de la iglesia, donde está el pequeño

relieve de arenisca que representa a la Virgen María y al Niño Jesús de pie sobre la media luna, con doce estrellas encima; no cantaron. Por lo general, los periodistas no lo pasan bien en los cementerios. Tal vez porque les recuerdan el pasado.

Los distinguidos invitados fueron en coche hasta Kongslund, donde había más ramos de flores, y una fragancia en todas partes que no habría sido tan intensa ni si la mismísima Magna se hubiera ocupado de llenar los floreros con sus manos generosas. La mayoría de los invitados salieron a la terraza o se quedaron en el jardín, donde el sol dibujaba motivos sobre el césped, se filtraba por las copas de los árboles e imprimía a todo un resplandor dorado. Pocas semanas antes, muchos de los presentes se habían reunido para el aniversario de Kongslund; ahora volvían para cerciorarse de que la gran directora realmente había muerto.

Ole Almind-Enevold está de pie en la puerta

de la sala que da al jardín, hablando con Susanne, y de pronto ella me llama:

—¡Marie, ven un momento!

Ole me recibe con su mirada insistente, arrogante costumbre del ministro nacional. Nunca he sido de su gusto, y tal vez crea que sé algo importante sobre los asaltos que ha habido en Kongslund las últimas semanas.

Pero no sabe cuál puede ser mi papel.

—Ole pregunta por un registro que tuvo que llevar Magna... —dice Susanne Ingemann, observándome con una mirada singular, y no creo que desea que responda. Pero también ella teme al poderoso hombre.

—¿Un registro?

Me balanceo sobre mis piernas torcidas, con los ojos secos, y veo en mi imaginación el interior de la tumba de Magna. No se lo ha llevado consigo. De eso estoy segura.

Susanne hace un gesto afirmativo.

—Sí, un registro con descripciones de todos

los niños del hogar, tal vez desde 1936.

—Están los expedientes del despacho —digo, alzando la mirada desde Las Tinieblas. Pero sin mirar a Ole.

—Probablemente lo llamaba su protocolo o su cuaderno de bitácora; tenía el tamaño de un diccionario, y estaba encuadernado en cuero verde.

Me encojo de hombros y miro solo a Susanne.

—Magna no me contaba ese tipo de cosas.

Ole se pone rígido, y siento su furia en mi hombro izquierdo como una brisa fría.

Susanne también se da cuenta.

—Debía de contener, entre otras cosas, anotaciones sobre Kongslund de los años cincuenta y sesenta, que tal vez prueben que no ha ocurrido nada de lo que escriben los periódicos.

El Rey Absoluto tiene razón, por supuesto. Magna nunca hizo nada sin pensarlo bien. Con el Protocolo puesto a buen recaudo, las personas poderosas a las que había ayudado seguirían

prestando su apoyo a Kongslund.

Pero había pasado por alto el auténtico peligro.

—¿A quién ha podido escribir en Australia?  
—pregunta el poderoso ministro en voz baja. Tengo la extraña sensación de que conoce la respuesta.

El semblante de Susanne está tan pálido que el halo brillante que rodea su cabello casi ha desaparecido. Oigo las voces del jardín como un crepitar lejano. La isla de Hven está envuelta en el oleaje, esperando mi llegada como siempre.

Doy la vuelta y me marcho. Salgo al recibidor, que está desierto. Nadie me sigue, y solo la dama de verde, desde su magnífico marco del rellano de la escalinata, me sonrío cuando paso junto a ella. Cierro la puerta de mi único refugio y giro rápido la llave en la cerradura. Magna me trajo aquí hace más de cuarenta años, justo aquí, delante de la ventana, para que pudiera observar el mundo y las costas que nunca pisaría en la realidad. Ya sabía

lo que hacía.

Y yo acababa de ofender a un rey por segunda vez.

En aquel instante llamaron a la puerta, a mi espalda. En todos los años en que Susanne había sido directora, era la única que me visitaba en la Habitación del Rey. Yo no recurría a nadie, y los demás tampoco recurrían a mí.

Volvieron a llamar. Y luego por tercera vez.

—¿Susanne...? —pregunté con un fuerte ceceo, como cuando Magdalene, en un ataque de risa, se medio resbalaba hasta el suelo.

—No. Soy Knud Tåsing, el periodista.

Mi primer pensamiento fue del todo ilógico; la prensa no estaba invitada a la parte privada del funeral, así que ¿cómo diablos había entrado? Pero era demasiado tarde para hacer como si nada, y de todas formas no podía detenerlo.

Tal vez tampoco yo lo deseaba, porque era necesario poner en marcha la fase decisiva del caso Kongslund, que de otra forma caería en el

olvido, como deseaba el gobierno. Por aquellos días me sentía en cierto modo como Jesucristo debió de sentirse la última vez que estuvo en la Tierra: sabía con exactitud lo que había que hacer según el manual, y también cuál sería el resultado, pero de todas formas, o quizá precisamente por ello, vacilaba ante cada nuevo paso decisivo.

Me levanté y abrí la puerta. El periodista estaba solo en el pasillo sombrío. Era delgado y sorprendentemente bajo y, con sus pantalones marrones de pana y su jersey verde, parecía una rana sobrecrecida en la penumbra.

Nunca había abierto la puerta de mi habitación a ningún hombre.

—Solo quiero hacerte una pregunta sencilla, y será rápida —hizo saber.

Estornudé. No existe nada que sea sencillo o rápido. Le señalé la silla junto a la ventana, y se sentó en ella con cuidado, como si temiera que fuera a desplomarse bajo su peso. Pero era una silla Chippendale, la más cara de todo Kongslund,

y tan fuerte y sólida como cuando el rey de los ebanistas la construyó dos siglos antes. Me daba cuenta de que el viejo espejo de caoba seguía toda la escena con desaprobación, pero de momento dejó que sus adornos dorados hablaran por sí mismos.

Ya no había vuelta atrás. Me senté frente a él en la silla de ruedas de Magdalene y coloqué mis pies torcidos en el estribo. Era mi postura favorita cuando sentía una gran inquietud y necesitaba inspiración de lo Alto, es decir, de mi vieja amiga espástica. Si le pareció extraño, ningún rasgo facial lo dejó entrever. Debía de tener los nervios bien templados.

—Te acompaño en el sentimiento, por supuesto. Magna Ladegaard era una mujer fantástica —fue lo primero que dijo.

No hice ningún comentario, pero dejé que contemplara el lado torcido de mi rostro mientras esperaba su primera pregunta. Al fin y al cabo, era yo quien lo había atraído con mis actos.



—Confíaba en poder discutir un par de cosas contigo. Tienen que ver con Kongslund.

No dije nada.

—Marie, creo que fuiste tú quien envió los anónimos.

La acusación expresa quedó flotando en el aire entre los dos.

Aunque lo había esperado, fue un susto, porque fue más directo de lo que jamás pensé que fuera a ser. Su mano descansaba en la pequeña maleta escolar que siempre llevaba consigo, y yo sabía que en cualquier momento podía abrirla y soltar sus demonios sobre quienes no respondieran sus preguntas.

Le mostré mi sonrisa torcida; la mueca habría asustado a alguien más inseguro que Knud Tåsing, pero él ni pestañeó.

—Enviaste los anónimos porque te diste cuenta de que en Kongslund había un secreto, un gran secreto, ¿verdad, Marie?

Seguí sin decir nada.

Abrió la maleta, tal como había previsto yo, y dijo:

—Mira.

Reconocí al instante el demonio que el periodista había llevado a Kongslund el mismo día del entierro de Magna, y era verdad: aquello iba a abrir todas las puertas.

—Este ejemplar lo he encontrado en la Biblioteca Real. Pero creo que tienes un ejemplar idéntico... y me gustaría verlo —anunció.

Tenía en la mano —como tantas veces antes— una vieja revista, y no necesité inclinarme hacia delante para saber el nombre y la fecha: *Ude og Hjemme*, 25 de mayo de 1961.

Se dio cuenta por mi reacción de que estaba atrapada.

—Verás. He visitado a la puericultora que encontró a la niña abandonada en los escalones de piedra. Había guardado todas las revistas sobre el mayor acontecimiento de su vida, excepto una. Esta.

Arrojó la revista de más de veinticinco años en mi regazo, y en el mismo movimiento —así pareció— otro demonio surgió de la maleta, y un sobrecito blanco aterrizó sobre la revista.

—Y aquí está el anónimo a *Fri Weekend*, al Ministerio Nacional y a Channel DK, y a saber a cuántos más que tuvieron relación con la Sala de los Elefantes en el período que te afecta. Lo interesante..., Marie Ladegaard..., es que las letras del sobre son las mismas que las del artículo sobre el aniversario de Kongslund y el singular bebé abandonado. Las rojas y las negras, pequeñas y grandes... Todas ellas están recortadas una a una de ese número de *Ude og Hjemme* del 25 de mayo de 1961. No hay ninguna duda.

Presentó con teatralidad su impresionante atajo a la verdad.

—¿Y sabes por qué la puericultora que te encontró no tenía precisamente esa revista en su colección? —preguntó.

No respondí.

—Porque se la había dado a la niña abandonada.

Su mirada se iluminó.

—Se fue de Kongslund al poco tiempo de producirse el episodio, y pidió a Gerda Jensen que le diera la revista a la niña que había encontrado en los escalones de entrada, como recuerdo. Fue la única revista que dio, y seguramente lo haría porque no contenía ninguna fotografía de ella.

Mis movimientos no eran tan ágiles como los suyos, pero lo cierto es que se sobresaltó cuando, sin decir palabra, giré con la silla de ruedas y me dirigí al viejo secreter que perteneció al capitán de Marina Olbers, fiel jefe de la Armada del Rey Bueno y primer propietario de Kongslund.

Abrí el cajón inferior del secreter, puse a un lado dos montones de viejas carpetas y recortes de periódico, y le tendí una copia exacta de la revista que había traído.

La abrió con un movimiento rápido y examinó las páginas en las que había estado el artículo

sobre Kongslund.

Todos los titulares y gran parte del resto del texto estaban cuidadosamente recortados. Faltaban letras por todas partes.

Rio en silencio, sin pestañear. Fue una hazaña formidable.

Volví a cerrar el cajón y ladeé la cabeza. Si reparó en la obscenidad asimétrica que tenía delante, lo escondió bien. Entonces dije, con el ceceo que había caracterizado a la mujer de la silla de ruedas y que siempre empleaba cuando el mundo exterior a Kongslund encontraba grietas en la existencia que yo había construido con esmero:

—Así es como todo encaja.

No había hablado de forma tan singular desde que el último de la multitud de psicólogos de Magna me visitó, tras pedirlo ella con insistencia, y salió a las pocas horas con la pipa rígida y fría entre sus labios blancos.

—Pero nunca lo reconoceré en público, así que ya puedes olvidarte de escribir un artículo

sobre mí —le avisé.

Se quedó sorprendido, como se habría quedado cualquiera (pero solo por poco tiempo) ante mi extraño acento, y por primera vez percibí inseguridad en su mirada.

—Pero ¿por qué no? —preguntó al fin—. Quieres que se aclare el caso, ¿no?

Mi ceceo era tan bajo que tuvo que inclinarse hasta la incomodidad en la obra maestra de Chippendale.

—Eso no es importante.

—En aquel artículo se decía que el bebé abandonado era un chico. ¿Cómo explicas eso?

No respondí.

—¿Puede tratarse de un error?

Seguí callada.

—¿Quién es John Bjergstrand?

Agaché la cabeza hasta mi torcido hombro izquierdo y lo miré desde mi colgante ojo izquierdo. Él ni pestañeó. El silencio se alzó entre nosotros como una gruesa puerta de cristal que

ninguno de los dos quería abrir, pero nos veíamos uno al otro sin dificultad. Al final dije:

—¿John Bjergstrand? ¿Quién es?

Fue como un eco; como un eco apagado, retorcido, ceceante. Aquella tarde, mis eses eran una auténtica catástrofe natural.

—No, no debes de saberlo, porque de lo contrario no habrías tenido que pedir ayuda al mundo exterior. No habrías enviado los anónimos a los demás de la Sala de los Elefantes. Pero ¿por qué te pusiste en contacto precisamente conmigo?

Se inclinó tanto hacia delante que una persona en una situación más real habría caído de bruces al suelo. Como todos los periodistas, era exageradamente vanidoso, y quería saberlo. Nunca debió preguntarlo.

Le conté la verdad.

Se quedó más conmocionado de lo que yo esperaba.

—¿Que no me lo enviaste a mí...?

Knud Tåsing estaba por una vez

desconcertado. Habría encendido un cigarrillo si no hubiera estado sentado frente a un ser tan especial en una estancia tan hermosa. Ví su tensa espalda encorvada como un monte verde en el espejo que había tras él.

Le conté quién habían sido mi verdadero destinatario y, claro, aquello lo afectó más todavía.

—¿Nils...? —preguntó. Increíble.

—Sí, en 1961 había cinco chicos en la Sala de los Elefantes. Estaba Orla, estaba Peter Trøst... y Severin y Asger... Y el quinto chico era Nils; al que más me costó encontrar.

Knud Tåsing estaba atónito frente a mí. El espejo nos miraba a los dos, burlón.

—Sí, es adoptado, aunque nunca se lo han dicho. Pero yo hace tiempo que lo sé.

—Pero ¿por qué...? —empezó.

No respondí.

—¿Escribiste a los cinco porque querías saber quién era John Bjergstrand, o qué había sido de él?



Magdalene lo miró desde el escondite que tenía en mi alma, pero también ella calló. Me daba la violenta sensación de estar sola en la estancia.

—Así que ¿no lo sabes aún?

Callé.

Se quedó un rato largo con los ojos medio cerrados, y después dijo:

—He encontrado a la madre del chico, o, mejor dicho, a la persona que lo trajo al mundo.

Esta vez fui yo quien se inclinó hacia delante, y las palabras casi saltaron de mi boca:

—¿Dónde está?

Formulé la pregunta repentina, algo absurda, en presente.

—Era una mujer muy interesante —explicó, y soltó el tercer demonio de su maleta, un bloc con páginas escritas con letra menuda que sostuvo frente a mí. Pero su letra era tan ilegible que no era capaz de descifrarla.

—Cuando tuve en mis manos tu carta... a Nils, solo tenía ese nombre, y fue el trabajo más difícil

de mi carrera: ¿quién era aquel chico? ¿Quién había enviado aquella información anónima?, y ¿por qué? Mi primer paso fue retroceder en el tiempo, y solo tenía el nombre de unas pocas personas, una familia que tal vez no existiera ya, de apellido Bjergstrand... Pero tuve suerte. Mucha suerte. El apellido era poco frecuente, y apareció en un viejo directorio de la compañía telefónica de mediados de los años cincuenta, y pertenecía a una mujer que vivía en Copenhague, en el barrio de Vesterbro. Se llamaba Ellen Bjergstrand.

Se quedó un rato callado.

La breve pausa fue casi insoportable. Tenía algunas de las piezas más importantes del rompecabezas con el que había estado yo luchando.

—Esa mujer podría ser familiar de ese misterioso John, pero ninguna de las consultas que hice en las parroquias de Vesterbro, en el Ejército de Salvación o entre los habitantes más viejos del barrio tuvo el menor resultado. Al final estaba tan

desesperado que fui a la Biblioteca Real y les pedí ver todos los periódicos locales de aquella época; como tantas otras veces, una simple y paciente lectura dio al final su fruto. De pronto apareció el nombre, y no era de extrañar, porque la mujer de apellido Bjergstrand, la única que pude encontrar, fue asesinada en su piso de Vesterbro en 1959.

De pronto se enderezó, como si estuviera viendo la reconstrucción del asesinato a un metro de distancia.

—Y no la asesinó cualquiera, sino su propia hija, y aquella hija... —me miró— se llamaba Eva Bjergstrand.

Bajé la mirada en silencio, y mi hombro izquierdo ocultó mi expresión facial. Entonces decidí hacer la única pregunta lógica —cosa que él esperaba—, y dije con cierto ceceo:

—¿Y qué pasó entonces con la pobre chica?  
¿Con Eva Bjergstrand?

—De eso no había nada. Al menos, en la prensa. Los periodistas dejaron muy pronto de

escribir sobre el caso. Era una tragedia familiar sobre la que en realidad nadie deseaba escribir.

Asintió en silencio, como para confirmar para sí la desaparición de la chica.

—Pero aun así la encontré. Por fin. En aquella época, a las mujeres jóvenes condenadas por crímenes graves las llevaban a la cárcel de Horserød, en Selandia, así que me puse a buscarla en la biblioteca de Instituciones Penitenciarias. Repasé todas sus antiguas memorias anuales y anotaciones carcelarias, y era cierto: llegó a Horserød en 1960. Entonces me dejaron mirar en sus archivos, y al final encontré otra pista, que era tan vaga que la habría pasado por alto si no fuera porque... —se quedó callado unos segundos mientras una sombra de satisfacción trepaba por las comisuras—, porque pertenecía a un apunte escrito tan al margen y tan breve que solo podías encontrarlo si sabías de verdad qué era lo que buscabas. Pero tenía un presentimiento.

Knud Tåsing alardeaba ya sin tapujos. Yo no

quería mostrar demasiada curiosidad en aquel momento, y me irritaba que no fuera capaz de ocultar el orgullo del cazador cuando ha seguido la pista hasta su presa.

—A una chica llamada Eva Bjergstrand la indultaron el mes de mayo de 1961, y salió de la cárcel con toda discreción, y posiblemente sin que la opinión pública fuera informada de ello jamás. Y luego desapareció.

Mi hombro se hundió tanto como pudo, y me quedé sentada en la silla de ruedas, más torcida aún de lo que recordaba haber visto nunca a Magdalene.

—Pero ¿por qué...? —empezó a decir—. ¿Por qué indultaron de pronto a la chica?

No respondí.

—Porque estaba embarazada. Sí. De hecho, el resultado de la prueba del embarazo seguía en los archivos. Hasta los más expertos cometen errores. Y la prueba estaba hecha en el Hospital Central. Eva Bjergstrand fue encarcelada por asesinato en

1959, con solo quince años, y dio a luz un bebé en secreto absoluto en la sección B de Maternidad del Hospital Central, al parecer, en la primavera de 1961, con solo diecisiete años.

Estaba impresionada. En unos pocos días, había llegado casi tan lejos como yo.

Volvió a mirarme, triunfante.

—Aquella información coincidía con otra pista, a saber, la estudiante de comadrona que encontré por medio de viejos archivos sindicales de Copenhague y que había estado como alumna en el Hospital Central a principios de los años sesenta. Me contó una historia de lo más extraordinaria, casi increíble.

Knud Tåsing sonrió, porque él la había creído, por supuesto.

—Una mujer jovencísima a la que llevaron a Maternidad y asistieron siguiendo un procedimiento muy especial y que dio a luz un niño que fue inmediatamente retirado por las autoridades hospitalarias, tras lo cual la chica

desapareció también. Era una locura. Esa comadrona, que hoy disfruta de jubilación anticipada, no ha olvidado jamás aquel día. Incluso ha tratado de encontrar a la chica para pedirle una explicación por los extraños acontecimientos; pero no lo ha conseguido, porque no sabía ni cómo se llamaba, y tanto el médico como dos colegas mayores que asistieron al parto han muerto hace tiempo. No hay ninguna anotación en ninguna parte, y ella ya no recuerda la fecha exacta. Solo que fue a finales de la primavera de 1961.

Hice un gesto afirmativo a mi visitante con admiración reticente. Me imaginaba a la antigua comadrona en los escalones de Kongslund pidiendo ayuda a Magna, y a Magna dejando caer apenas las manos, que habían acogido a miles de niños en un abrazo confiado, como para expresar que demasiados seres habían pasado a su lado sin dejar huella.

Por supuesto, era mentira. Los recordaba a

todos.

Knud Tåsing había llegado al final de su historia.

—Es decir, que las mismas semanas en que la asesina Eva Bjergstrand fue indultada, una joven da a luz en el mayor de los secretos a un niño en el Hospital Central. Es tan llamativo que no puede hacerse otra cosa que relacionar ambos sucesos, y creo que el resultado salta a la vista. La madre del niño que conocemos como John Bjergstrand es la joven que mató a su madre por razones que, por lo que contaban periódicos, se negaba a revelar. De alguna manera quedó embarazada mientras estaba encarcelada, y solo tenía diecisiete años. Tu madre de acogida y las señoritas de Kongslund le ayudaron a ella y al hombre implicado a salir del apuro. Y lo único que quedó fue el impreso que encontraste muchos años más tarde y que te ocupaste de enviarme a mí... o a Nils.

Knud Tåsing se quedó mirándome por encima de sus gafas. Me daba cuenta de que necesitaba un



cigarrillo y una copa de vino.

—¿No estoy en lo cierto?

Su voz sonó casi implorante.

No dije nada. Las piezas de su rompecabezas estaban sobre la mesa, junto a las mías, y se correspondían a la perfección. Solo había un problema: no le daban ni a él ni a mí una explicación del verdadero misterio.

No nos decían nada acerca de quién era el padre del niño y no desvelaban a qué se dedicaba ni dónde podríamos encontrarlo hoy en día. No nos permitía hacernos ninguna idea sobre lo que había sido de los dos personajes principales. La madre y el hijo.

Él lo sabía bien, claro.

—No nos dice quién la dejó... o por qué tu madre, Magna, murió... —Aspiró el humo de un cigarrillo imaginario—. O dónde está el chico hoy en día.

—¿Pudo decirte algo la comadrona sobre el bebé?

La pregunta lo pilló desprevenido, pero solo un momento. Luego dijo:

—Nada. Ella no participó en el parto. Su misión era ayudar a una enfermera a tranquilizar a Eva antes y después de que diera a luz. Había que vestirla y sacarla del paritorio. Cuanto antes, mejor. Era lo que se recomendaba entonces. Si piensas en rasgos distintivos, en lunares...

Se quedó callado.

—Los ojos —fue lo único que dije.

No hizo caso de la extraña ocurrencia. Tal vez no me oyera.

—Lo que me extraña es que Carl Malle y el ministerio no lo hayan sabido hace tiempo —indicó—. Cualquier detective medianamente hábil podía encontrarla. Al fin y al cabo, Bjergstrand es un apellido relativamente raro en Dinamarca.

Me miró, como si esperase respuesta.

—Piénsalo bien —dije—. Tal vez no sea necesario.

Mi ceceo había desaparecido.

Knud Tåsing pestañeó, desconcertado.

—Puede que Carl Malle ya sepa todo eso de antes, todo lo que acabas de contar. Puede que por eso mismo el nombre provocase el pánico en el ministerio.

Knud se inclinó tanto hacia delante que olí el mentol de su aliento.

—Ya entiendo a qué te refieres —comentó—. Pero ¿cómo encontraste tú el nombre... y el impreso?

Impulsé la silla de ruedas de Magdalene hasta el secreter. Si el periodista pensaba que estaba loca, los ojos grises que me siguieron no lo dieron a entender.

En el cajón superior había una carta que nadie había visto, aparte de mí y de la mujer que la envió. Hasta ahora me había esmerado en ocultarla, sin mezclarla con el caso Kongslund.

En un principio estaba dirigida a mi madre de acogida, pero nunca llegó hasta ella.

Tendí la carta a Knud Mylius Tåsing.

—Es de ella.

—¿De Eva Bjergstrand? —Estaba atónito.

—Sí.

La tomó con un gesto casi respetuoso y leyó el único folio escrito a mano con lentitud, a fondo, dos veces, antes de mirar la fecha y decir:

—Trece de abril de 2008.

Contuve el aliento.

Luego la leyó por tercera vez, como si quisiera memorizarla palabra por palabra, y dijo:

—Te llegó esta carta, encontraste un formulario con el mismo nombre... ¿y nos lo enviaste todo a nosotros?

—Sí.

Me miró casi con admiración.

No dije nada.

Consultó su reloj.

—Estamos a cinco de junio. La debieron de enviar después de Semana Santa, es decir, pasados unos días, durante la tercera semana de abril, y puede haber tardado una semana en llegar.

Nosotros recibimos tu anónimo el cinco de mayo. Has actuado con rapidez.

No dije nada. Pero mi corazón latía con fuerza. No me importaba que fuera hábil, pero sin pasarse.

—Cuéntame qué ocurrió, Marie Ladegaard.

Sonó como un cómplice de una vieja obra de teatro.

Sacudí la cabeza. Knud Tåsing solo iba a ver las piezas del rompecabezas que yo quisiera enseñarle.

—No hay mucho que decir. Me llegó la carta. Hice unas averiguaciones. Y luego transmití la información.

Era uno de los mayores eufemismos jamás formulados en Kongslund. Y mira que se decían eufemismos allí. Como siempre fue mentira, mi ceceo había vuelto con toda claridad.

Knud Tåsing abrió la boca como si fuera a decir algo, pero al final se arrepintió.

Le habría gustado ser un pequeño gusano que, sin impedimento ni obstáculo, pudiera abrirse

camino hasta mi corteza cerebral e investigar mis secretos.

Tal vez todo habría sido diferente si hubiera tenido esa facultad.

El despacho del ministro nacional, con sus paredes de color burdeos, era tan grande como una sala de baile.

En una de las paredes había un mueble-armario colosal de nogal italiano con multitud de puertas y cajones, cubierto de motivos y grabados exóticos. En la pared opuesta, un interiorista alemán había instalado una falsa chimenea, con sus goznes y tiradores de latón y una repisa de roble tintado de verde.

En medio de la estancia se encontraba el magnífico escritorio del ministro nacional, y Almind-Enevold estaba sentado en su trono frente a su asesor especial de seguridad, Carl Malle.

Parecían dos empresarios de funeraria cabreados que acabaran de recibir un mensaje de Vida Eterna en la Tierra y fueran a ir a la quiebra. Orla Berntsen estaba de pie junto a la ventana.

Diez minutos antes, el chofer del ministro, Lars Laursen, los había dejado en el ministerio tras el entierro de la mujer que cada uno de ellos había conocido en momentos decisivos de su vida.

—He estado en la Dirección Familiar, como convinimos, y ha ocurrido algo extraño —dijo Carl Malle, dirigiéndose al hombre del trono.

El ministro lo miró largo y tendido, y preguntó:

—¿Has encontrado alguna pista sobre el nombre?

—No —declaró el jefe de seguridad—. Pero estaba todo revuelto, me he dado cuenta. Las carpetas con papeles de Kongslund, entre otros los de la Sala de los Elefantes, habían sido revisados con lupa. O sea, que alguien ha estado allí antes que nosotros, y hace ya cierto tiempo de eso. Los cubría una gruesa capa de polvo. Tal vez de años.

Orla creyó las palabras del jefe de seguridad sin más. Carl Malle sabría apreciar esa clase de detalles.

El ministro nacional habló.

—Pero suena muy raro. ¿Quién coño ha sabido nada antes de que llegara el anónimo?

La pregunta quedó flotando en el aire, como si exigiera una explicación inmediata.

De pronto, Carl Malle se volvió hacia Orla.

—Sí..., ¿quién? ¿Quién diablos ha revuelto en los archivos de la antigua Asistencia a la Maternidad y luego los ha divulgado a los cuatro vientos, de modo que nadie puede sacar de ellos nada en limpio?

Orla Berntsen no respondió.

—Podría ser Severin; pero también podrías ser *tú*, en busca del pasado.

Carl dejó que la singular acusación flotase un rato en el aire.

—Nadie de la Dirección sabe nada. Pero todas las cajas están abiertas, y los papeles están



sacados de sus cuadernos de anillas. Todo está patas arriba.

Orla habló desde la ventana.

—No he sido yo.

—Entonces puede que haya sido Severin o Trøst. O Marie.

Se adivinaba la furia en la mirada de Carl Malle. Alguien había vencido al antiguo policía en la línea de llegada, llegando antes a la fuente que tal vez ofreciera una pista de aquel chico, John Bjergstrand. Carl Malle no estaba acostumbrado a que se le adelantaran.

—¿No está quedando claro que alguien acusa al partido de ser el culpable de todo esto? —dijo Orla Berntsen—. Así que ¿por qué no nos concentramos en eso? Eso es lo importante. ¿Que alguien ha estado revolviendo en unas cajas viejas? ¿Y qué...?

—¡No has entendido una mierda! —espetó Carl Malle, mirando desde la cima de su corpachón al hombre a quien ayudó a salir de una

infancia miserable en un barrio de casas adosadas de Søborg—. No has entendido que ese chico es la clave de todo lo que ha ocurrido.

—Y lo que dices es ridículo.

El ministro se levantó de su trono, hecho de brillante ébano y abedul. Su rostro había adquirido un vago tono rojo púrpura, parecido al brillo del arcoíris que se formaba en el surtidor cuando el sol estaba en lo más alto.

—Pero nuestro remitente anónimo tendría alguna intención al enviártelo a ti —continuó Carl Malle, todavía vuelto hacia Orla—. ¿Guardas cosas viejas, papeles de tu época en Kongslund?

—No. Mi madre las habría...

—Tu madre adoptiva está muerta.

La observación del ministro interrumpió a su hombre de confianza, el jefe de Gabinete, de forma tan brutal que dio un respingo. El ministro había dicho expresamente: «madre adoptiva».

—¿Mi madre adoptiva?

—Me refiero a tu madre.

—La casa es tuya ahora —intervino Carl Malle—. Tal vez haya algo entre sus cosas que nos ayude.

Orla Berntsen palideció y se sorbió la nariz dos veces antes de responder.

—No creo. Es una casa muy pequeña. Ya lo habría encontrado.

—Prueba a buscar otra vez.

El antiguo jefe de la Policía se daba perfecta cuenta de la posición de Orla en la casa vacía; de que aún no se había decidido a sacar nada del hogar de su niñez, y de que en aquel momento vivía allí mientras esperaba su divorcio y una señal que le dijera adónde ir.

—Sí, registra la casa cuanto antes —dijo el ministro, señalando la puerta—. Tal vez encuentres algo que habías pasado por alto.

La audiencia había terminado, y Orla dejó a los dos hombres, con una expresión de pura obstinación que un alto funcionario normalmente mantendría oculta.

Cuando el ministro se quedó a solas con su experto en seguridad, llegó la pregunta.

—Si solo supiera quién...

Carl Malle no dijo nada.

—¿Quién era..., quién es John Bjergstrand?

—Podemos hacer una cosa; podemos provocar a la persona que siempre ha estado más cerca de Magna, y que es la única que tal vez posea información que pueda servirnos.

—¿Marie?

El expolicía agachó la cabeza.

—Siempre me ha dado repelús. Esa loca de mierda con sus extrañas citas del diario de la vecina espástica.

—Pues bien que las usaste el día del aniversario.

—Creo que Marie no sabía que su madre de acogida había hecho una copia.

—Puede que Magna en realidad estuviera celosa de ella.

El jefe de seguridad se interrumpió, como si

hubiera estado a punto de expresar una teoría demasiado fantasiosa.

El ministro apenas le hizo caso. Bastante tenía con su asociación de ideas.

—¿Qué carajo puede haber habido en ese paquete? ¿Puede haber sido su Protocolo, sus anotaciones personales...?

—Sí. —El antiguo jefe de Policía estuvo de acuerdo—. De eso no cabe duda. Creo que Magna al final envió su librito con todas sus informaciones sobre nosotros y el niño a la madre del niño. Debía de saber con exactitud adónde enviar el paquete.

—¡Tenemos que encontrarlo!

—He enviado a dos hombres a Australia. Aún no la hemos encontrado, pero la encontraremos. Seremos los primeros.

—Tenemos que ser los primeros.

—Como es lógico, trabajarán con gran discreción; y si aún vive, seremos los primeros en encontrarla. Pero hay otra cosa...

—¿Sí...? —El ministro nacional quedó a la espera.

—El comisario jubilado del que te hablé, el que llamó al jefe de Homicidios.

—Sí. Querías hablar con él.

—No. Quería saber sobre qué había preguntado. Ese comisario es un hombre con quien no me llevaba bien, así que no hay que ponerse en contacto con él. Pero constituye un problema.

—¿Sí...? —dijo el ministro por tercera vez.

—Es un policía competente. Ya te he dicho que hace unos años llevó el caso de una mujer que apareció muerta en una playa muy cerca de Bellevue... y de Kongslund. Sigue dándole vueltas al asunto. Nunca supieron si se trataba de un accidente, de algo involuntario... o de algo mucho peor: asesinato.

—¿Involuntario?

—Tal vez se cayera, sin más. El caso es que no podía contar la historia. Estaba muerta. Pero hubo algunas circunstancias que hicieron de aquel un

caso algo... especial.

Carl Malle vaciló y esperó a que el ministro, impaciente, le pidiera que continuara, pero no lo hizo.

—No llevaba ninguna documentación encima —continuó—. Jamás supieron quién era.

—Bueno, eso no es tan extraño. Sería una turista en tránsito. O una suicida que no deseaba que la identificasen.

—Pero sí que encontraron ciertos objetos en la playa aquella mañana —dijo Carl Malle sin dejarse distraer, y prosiguió—: y eso fue lo que alarmó al comisario. Envío la lista de los objetos encontrados a la Policía Federal norteamericana en busca de ayuda, pero había ocurrido en los días posteriores al ataque terrorista a Estados Unidos en septiembre de 2001 y, claro, el FBI tampoco tenía ningún dato para descifrar las señales que les llegaron; es decir, si es que había algo que descifrar.

—No es propio de ti hablar en clave, Carl.

¿De qué estás hablando? ¿Señales...?

—Sí. Junto al cadáver había una vieja novela de ciencia ficción. También había una rama que habían cortado de un árbol y llevado hasta la playa. Además, había un trozo de cuerda con un nudo corredizo. Pero lo más extraño fue que había también un canario con el cuello roto. La mujer dio contra una piedra al caer, y era más o menos la única piedra de cierto tamaño que había en toda la playa. Le destrozó un ojo.

—¿Y...? —El ministro volvió a adoptar un tono arrogante.

—Bueno, solo pensaba... Es como si hubiera un significado que debiese entender, pero no logro encontrarlo.

Carl Malle se calló y alzó la vista al techo, como si la ayuda pudiera venir de allí.

El ministro se recostó en su silla de anticuario, realizada con extremada finura por los hermanos ebanistas Andreas y Severin Jensen.

—Creo que hay que tener un talento fuera de lo



normal para encontrar la lógica de eso, Carl. ¿Ha habido más casos...?

—No. Ya lo he investigado.

—¿Y qué relación tiene eso con Kongslund?

—La última señal estaba en el bolsillo de la muerta.

—¿Sí...? —El ministro sonó a la vez desconcertado e irritado.

—Era una fotografía. Una pequeña foto en blanco y negro... —Carl Malle se inclinó hacia delante—, de Villa Kongslund. Y era exactamente la misma foto que envió el autor del anónimo al Ministerio Nacional y a *Fri Weekend* hace un mes. Y fue justo esa foto la que vio el comisario en el periódico, y por eso reaccionó.

Estaba claro que la información había alterado al ministro nacional. Aun así, trató de restarle importancia.

—Pero montones de niños entregados en adopción pueden haber encontrado una copia de una foto de Villa Kongslund.

—¿Exactamente la misma?

—Pues claro.

—Pero... había otra cosa.

—¿Sí...?

—Creían que la mujer no era danesa.

Analizaron su ropa.

Carl Malle dejó que la información flotara en el aire.

El ministro nacional palideció de forma visible. Y ya no necesitó animar a su jefe de seguridad para que continuase.

Carl Malle asintió con la cabeza.

—Sí. En su opinión, la mujer podría ser de Nueva Zelanda o... —el ex alto cargo policial hizo una breve pausa teatral bien ensayada— Australia.

—¡No! —La exclamación de Ole Almind-Enevold era auténtica, de alarma.

—Y, claro, eso es lo que debe preocuparnos ahora.

## LA CARTA DEL PASADO

*24 de abril de 2001*

*Debí haber comprendido la aversión natural del Destino hacia la simetría, que es la defensa de los humanos contra la Incertidumbre y la idea de que no hay un orden universal superior. Debí ver las señales de que el Destino había despertado en su cama celeste para demostrar una vez más a vivos y muertos que no solo el enorme Azar sin fondo gobierna el mundo. Por supuesto que no.*

*Durante más de cuatro décadas, las palabras de Magdalene escritas a mano en sus pequeños diarios fueron el único eco del pasado*

*desconocido de Kongslund, y yo creí que seguiría siendo así. Pero entonces el Destino levantó la mano y, atravesando la capa de nubes, me señaló; supe al instante que era demasiado tarde para escapar.*

*Las últimas palabras de Eva Bjergstrand me llegaron una mañana de abril de 2001. Cuando menos lo esperaba. La carta estaba en la pequeña estera de fibra del vestíbulo, justo bajo el cuadro de la mujer de verde. Debí haberla dejado allí, pero en el momento más atolondrado de mi vida hice justo lo que el Destino había soñado, lo que anhelaba.*

**E**n uno de los sellos del sobre aparecía la Ópera de Sídney; en el otro, un canguro saltarín en un paisaje desértico de color gris amarillento; pero yo no conocía a nadie de Australia. Los sellos eran impresionantes, igual que el país que

representaban, pero yo ya sabía, por mi breve afición a la filatelia cuando tenía seis años, que los sellos australianos pocas veces eran valiosos. Cuanto mayor era su tamaño, menos valor tenían.

Aquella idea absurda me llegó mientras estaba sola en el vestíbulo.

Que yo recuerde, sentí un desagrado instintivo ante la carta, claro que puede tratarse de un intento de explicación *a posteriori* como consecuencia de los catastróficos sucesos que desató. La dirección estaba escrita con letra redonda, así que en ese sentido la carta había llegado a su destino correcto; pero el cartero, con las prisas, no se había fijado en la diferencia entre mi nombre — Marie Ladegaard— y el nombre escrito en el sobre: Martha Ladegaard. Mi madre de acogida se jubiló en 1989 y se mudó de Villa Kongslund a un piso de Skodsborg, y la carta era para ella, como es natural.

Estuve un buen rato indecisa, y examiné el sobre mientras especulaba sobre su contenido. El

matasellos que le pusieron en la otra punta del globo era del 17 de abril de 2001, una semana antes.

El remitente más probable sería alguien que estuvo en el hogar de niño, o una familia adoptiva agradecida que enviaba un alegre saludo de un continente nuevo; pero por alguna razón no creía que fuera así.

Subí el sobre azul a la Habitación del Rey y me senté en la cama. Mis dedos torcidos temblaban un poco, como pedacitos de confeti al viento, cuando al final lo desgarré. Tal vez sintiera ya el miedo entonces, o tal vez no llegara hasta que empecé a leer; es difícil saberlo hoy, porque parece que las palabras han estado siempre en mi interior.

En el sobre había un solo folio doblado, escrito por ambas caras. El folio estaba doblado sobre otro sobre, más pequeño que el primero y de color blanco. El remitente había escrito en el segundo sobre, con tosca letra redonda, solo dos

palabras: «Mi bebé».

Observé el folio, que, a diferencia del sobre, era de calidad normal, no especial para correo aéreo. Aquella pequeña falta de lógica se me quedó grabada en el hemisferio derecho de mi cerebro para posible uso posterior, porque yo soy así; tal vez me dijera algo sobre el remitente que pudiera serme útil.

La carta estaba fechada cuatro días antes de la fecha del matasellos, y al final el remitente había escrito su nombre: «Reciba un saludo afectuoso de Eva Bjergstrand», ponía.

En aquella época no me decía nada.

Debajo del nombre había dos líneas más: «P.D.: Espero que no se enfade porque me ponga en contacto con usted después de tantos años. Confío en que todo se arregle para bien de todos sin demasiadas complicaciones, y espero ilusionada su respuesta».

Podía haber doblado el folio y dejarlo sin leer encima de la mesa. Podría habérselo llevado a

Magna la próxima vez que fuera a la panadería de Skodsborg, pero yo estaba hecha de otra pasta.

Ahora que es demasiado tarde, cuando el tiempo no puede recuperarse, deseo con toda mi alma no haber visto nunca la carta. No haberla leído. Ojalá se la hubiera entregado a mi madre de acogida, porque así nadie la habría encontrado, y posiblemente habría evitado todas las cosas espantosas que ocurrieron a continuación.

Por otra parte, la carta me ofreció información sobre un mundo que no conocía, pero por el cual sentía una inmensa curiosidad. Fue como observar por el largo catalejo real de Magdalene una época que todos pensaban superada y olvidada, y que por eso nadie deseaba contarme.

Lo que vi fue mi hogar cuatro décadas antes, y lo que oí fue una voz que llevaba enmudecida casi otro tanto.

No habría podido detenerme ni aunque el mismísimo guardián del Santo Grial de la Bondad de Corazón hubiera trepado a mi hombro torcido y



con voz de trueno me hubiera gritado su aviso al oído: «¡Detente! ¡Vas a entrar en un mundo que no es el tuyo! ¡Detente! ¡Por Dios!».

No pude resistir la tentación de avanzar por aquella puerta abierta.

Querida srta. Martha Magnolia Ladegaard (Magna):

Esperando que esta carta le llegue y que usted la lea con el mismo espíritu con que ha sido escrita, me animo a escribir las palabras que he guardado tanto tiempo sin decir.

Kongslund lleva cuarenta años en mi mente. No como una sombra o un eco del pasado sino presente y con la misma claridad que en los días de 1961 cuando hablamos sobre lo que iba a suceder. Sobre el indulto y la entrega en adopción y que tendría que irme lejos para empezar otra vida. Tengo delante su felicitación de Navidad con la imagen de «los siete enanitos». Cómo les envidio la inocencia y la mirada alegre que lucían bajo sus gorros. Si uno de ellos es mío, y estoy convencida de eso, usted no lo mencionó y ya sé la razón, por supuesto. Serían entregados todos en adopción

los meses siguientes.

Tal vez haya sido una decisión equivocada escribirle. Tal vez debería dejar la pluma. No escribo para «cambiar algo» o para acusarla de ningún «error», al contrario. Creo que hizo usted lo que le dictó la conciencia en la esperanza de darnos una oportunidad para continuar en la vida. A mi hijo y a los nuevos padres adoptivos. Y a mí misma.

Como ve estoy escribiendo estas líneas un Viernes Santo. Y como bien sabe usted es un día señalado para mí. ¿Recuerda cómo nos reíamos por la extraña coincidencia de que yo hubiera nacido el día que representa la muerte en el mundo cristiano? De niña muchos de mis cumpleaños caían en Semana Santa aunque todavía helaba y siempre reinaba un silencio de muerte incluso en la calle bulliciosa donde crecí.

No pasa un día en que no piense en mi hijo. Usted dijo que había que olvidarlo todo. Era lo que debíamos prometernos la una a la otra por el bien de mi hijo. Hasta ahora he cumplido mi palabra. He hecho lo que he podido por olvidarlo y hay veces que casi lo consigo. Me he preguntado a menudo si teníamos otra

opción, pero nunca he encontrado respuesta.

Aunque el tiempo no cura todas las heridas, también el dolor se hace llevadero. Pero como siempre, no hace falta gran cosa para que este vuelva y por eso le escribo esta carta. Justo antes de Semana Santa, cuando el pasado es siempre más cercano, caminaba por Adelaida. Muchas veces hay turistas daneses delante del viejo hotel leyendo periódicos que los pilotos y azafatas han traído de Dinamarca. Uno de ellos había dejado su periódico en el banco y me dejé tentar por la necesidad de tener noticias de mi país natal. No tengo costumbre de hacerlo.

El periódico que abrí traía un artículo largo sobre una boda en la iglesia de Holmen de Copenhague y en una foto de los invitados reconocí al padre de mi único hijo. Estaba tomada en Slotsholmen el sábado 7 de abril. Me quedé sin habla. Todavía veía frente a mí su rostro en la sala de visitas y oía su voz hablándome hasta que ya no pude resistirme.

Que Dios me perdone, señorita Ladegaard, pero en este día preciso en que Jesucristo colgaba de la cruz le pregunto: ¿qué derecho tiene él a la felicidad que ha alcanzado? ¿Qué

derecho tiene a lo que yo nunca tuve?

¿Se imagina la soledad que siento en la sala donde estoy?

Toda una vida echada a perder por culpa de una única y terrible visita y una única decisión que no podía ser otra. Temo que ahora él conozca y vea a mi hijo mientras yo estoy aquí sola. ¿Cree que suena espantosamente autocompasivo? Es que no puedo reaccionar de otra manera.

Por eso me he decidido a escribirle esta carta. No para romper la promesa de silencio que hice sino para pedirle un último favor: ¿quiere entregar a mi hijo el saludo que adjunto y mi nombre y confirmarle que existo? ¿Quiere decir a mi hijo que no ha habido día que no haya pensado en él y deseado que todo hubiera sido diferente para poder enderezar el colosal pecado que se ha cometido?

¿Intercederá por mí ahora que el tiempo apremia?

No sé si he recibido suficiente castigo por mis terribles acciones. Pronto sabré la respuesta. Puede que aún exista para nosotros la esperanza del consuelo. Tal vez incluso de perdón.

Reciba un saludo afectuoso de Eva Bjergstrand.

P.D.: Espero que no se enfade por ponerme en contacto con usted después de tantos años. Confío en que todo se arregle para bien de todos sin demasiadas complicaciones y espero ilusionada su respuesta.

**P**ero en el sobre no ponía remitente, así que Magna debía de conocer la dirección.

Al día siguiente telefoneé a la embajada australiana de Copenhague, pero me di cuenta de que no entendían mis preguntas.

La funcionaria me propuso que llamara a la embajada danesa en Sídney, pero yo no quería involucrar a las autoridades danesas.

Puede que ya para entonces tuviera una sensación de lo que luego se hizo cada vez más

claro: mi investigación sobre la misteriosa remitente, Eva Bjergstrand, y su enigmático hijo iba a entrañar un enorme riesgo del que no era consciente al principio.

Así que por una vez salí de Kongslund y tomé el autobús hasta Østerbro. La sede de la embajada australiana era una villa sorprendentemente pequeña, habida cuenta del tamaño del país al que representaba.

Cuando estuve cara a cara con la funcionaria, repetí mi solicitud; ella anotó los pocos datos que había, y una vez más me propuso que me pusiera en contacto con la representación danesa en su país. Pero al final me prometió investigar el caso.

Seguí hasta la biblioteca de Krystalgade y hojeé los tres periódicos más importantes de Dinamarca que podía imaginar que terminaran en un banco en Australia. Pero no encontré la imagen de la que hablaba Eva Bjergstrand. Quizá se equivocara de fecha.

Ya para el día siguiente, la funcionaria de la

embajada telefoneó a Kongslund, preguntando por mí. Susanne Ingemann llamó a mi puerta; su curiosidad saltaba a la vista. Para empezar, casi nunca había llamadas para mí; además, la mujer hablaba inglés y, en tercer lugar, había mencionado una embajada extranjera. La australiana.

Pero sabía que no le convenía preguntar.

Me permití cerrar la puerta del despacho, para que Susanne no pudiera seguir la conversación, y durante los minutos siguientes recibí en pocas palabras el mensaje que había esperado: no, no había ninguna danesa que se llamara Eva Bjergstrand en la zona de Adelaida. Tampoco en toda Australia. Una de dos: o hacía tiempo que se había marchado, o el nombre no era el correcto. Claro que había una tercera posibilidad, me dijo mi ayudante australiana: la mujer que buscaba podría haber cambiado de nombre y llamarse de otra forma, un nombre desconocido en Dinamarca. De hecho, muchos lo hacían. Se produjo una pausa elocuente. Australia era un país enorme que, al

igual que Estados Unidos en siglos pasados, había absorbido muchas almas descarriadas que de otro modo se habrían derrumbado. Muchos habían cambiado su antigua identidad por otra.

Y esta era un alma descarriada.

Pasé varios días con la carta de Australia ante mí; miraba el sobre azul de correo aéreo y la carta de la mujer que firmaba Eva Bjergstrand. Me la aprendí de memoria.

Usted dijo que había que olvidarlo todo. Era lo que debíamos prometernos la una a la otra por el bien de mi hijo. Hasta ahora he cumplido mi palabra.

Pero entonces llega lo imprevisto.

El periódico que abrí traía un artículo largo sobre una boda en la iglesia de Slotsholmen de Copenhague y en una foto de los invitados reconocí... al padre del niño.

La habían hecho en Slotsholmen el sábado 7 de abril. Me quedé conmocionada.



La idea de venganza.

«¿Qué derecho tiene a lo que yo nunca tuve?».

Aquellas palabras me golpearon con una fuerza para la que no estaba preparada. Tal vez porque había conocido a tantos niños cuyos padres habían abandonado todo lo que los demás creían que amaban, muchos de ellos por la mañana temprano y sin dejar la menor huella, para asegurarse de que no iban a encontrarlos; tras lo cual las mujeres se dejaban enredar en la Gran Desaprobación que todos por aquella época habían conseguido transmitir a los pobres niños abandonados, tanto si lo querían como si no.

Magna era el único acceso al niño que la mujer nunca conoció, y por eso adjuntó a la carta un sobrecito blanco donde ponía: «Mi bebé».

Pero yo estaba segura de que mi madre de acogida nunca iba a satisfacer su deseo. Nunca iba a abrir la puerta a un pasado del que ninguna otra persona sabía nada. Allí radicaba su poder. Y comprendí que precisamente por eso el Destino,

bajo la forma de un simple cartero, había optado por arrojar la carta de Eva a mis pies, y yo pasaba las horas en la Habitación del Rey con el pequeño sobre en mis manos. «Mi bebé». Qué banal.

Dentro estaban las últimas palabras de Eva a su hijo; una vez más, sonaron todas mis alarmas al mismo volumen que la canción de Magna sobre los elefantes azules balanceándose sin cesar. Y pasé varios días sin abrir el sobre, mientras analizaba mis posibilidades de satisfacer el deseo de la mujer sin cometer mi último pecado. Noche tras noche trataba de invocar a Magdalene, ya que era mi única cómplice de verdad en las situaciones difíciles de la vida, pero últimamente le costaba dejar a su real Amigo del Alma del Más Allá, y razoné que tendrían cosas más importantes de que ocuparse. Su falta de respuesta reforzó mi hipótesis.

La tercera mañana temprano me colé en la Sala de Recién Nacidos, y cuando el primer cono de luz surgió de un resquicio de la cortina y se proyectó

sobre la pared con los elefantes, recibí la respuesta que llevaba esperando tres días sin dormir. «Siete elefantes se balanceaban», cantó una voz lejana por encima de mi cabeza, y me dio la impresión de que los pequeños rostros de las camas sonreían hacia lo desconocido, para lo que aún no tenían palabras. El mensaje nunca había sonado con tal claridad, y su resonancia era casi tan fuerte como en los tiempos de grandeza de Magna, cuando el balanceo de los elefantes sobre la tela de araña sonaba como el crujido de la madera.

Volví a la Habitación del Rey y tomé el sobre de encima de la carpeta del escritorio del capitán.

El sobre blanco no tenía ni un milímetro de grosor, y era tan ligero que podía dudarse que contuviera nada en su interior. Lancé una última mirada al estrecho de Øresund y a la isla de Hven, donde el viejo astrónomo, por supuesto, nunca había prestado atención a problemas tan terrenales como aquel, cerré los ojos y desgarré el sobre.

Me quedé un rato en la silla de ruedas de Magdalene, desde donde nuestros ojos jóvenes y viejos habían observado el mundo durante cinco décadas, con la carta en la mano. Otra carta más que nunca debí haber leído, ni siquiera pensado en ella, pese a que en principio no parecía contener más que un pacto entre una madre y su hijo desconocido.

El mensaje de Eva quedaba tan frágil en un papel tan fino que cualquiera diría que estaba tejido de tela de araña y había estado guardado en las Tinieblas durante siglos.

Pero aún despedía un vago olor a la presencia de una persona.

«Hijito mío».

Era el encabezamiento, algo sentimental.

Pero tampoco esa señal de peligro me disuadió de seguir leyendo, claro.

Hijito mío:

Alguien ha querido que no nos conozcamos.

Hace tiempo que me di cuenta de eso y creo que es lo mejor para los dos. Pero has de saber que no pasa un día o una hora sin que piense en ti y te desee toda la felicidad que puede alcanzar un ser humano.

¿Cuánto sabes? ¿Cuánto te han contado? Es lo que me he preguntado todos los años que no te he tenido conmigo. Te arrancaron de mí mientras aún estaba en la cama en que te di a luz y nunca te vi. Mis ojos nunca se han depositado en tu rostro y ahora me parece el peor castigo al que puede someterse a una persona. La señorita Ladegaard deseaba mantener tanto tu nombre como el de la familia adoptiva en secreto. Era por consideración hacia nosotros dos. No sé si después te habrá hablado de tu madre y de su destino, pero en esta carta le pido que te lo cuente todo y que responda a las preguntas que puedas hacerle: sobre mis actos y mi crimen y sobre la huida que terminé aceptando porque no podía vivir contigo después de lo que había hecho a mi propia madre.

Tenía diecisiete años cuando naciste en el Hospital Central. Nadie debía saber que estaba embarazada. Mi única exigencia fue que te

pusieran mi apellido y así lo hicieron en la capilla del Hospital Central la mañana siguiente al parto para que hubiese un papel donde constara que éramos familia. Has sido un consuelo para mí todos estos años. Has estado en mi mente desde entonces y hoy estás tan cerca como aquella noche antes de que te apartaran de mí.

Pero en las últimas horas me faltó el ánimo. Exigí reunirme con la señorita Ladegaard para que encontrara otra solución menos dura, pero dijo que no había otra. Debían entregarte en adopción en el mayor de los secretos. Le supliqué que me diera el nombre de tu nueva familia para que al menos pudiera tranquilizarme respecto a tu seguridad. Saber que todo te iba a ir bien adonde fueras a ir. Se negó. Solo cuando la amenacé con cancelar mi viaje y contar mi historia me enseñó el formulario de adopción con el nombre de la mujer que iba a ser tu madre adoptiva. Y hoy me alegro por ello. Esa información es mi única prueba de que nunca he tratado de romper mi promesa o hacer algo que pudiera causarte dolor. Tu madre adoptiva se llama Dorah Laursen y en otra época vivía en Østerbro.

Nunca me he puesto en contacto con ella y nunca he dado señales de vida. Ha sido lo más difícil de mi vida, pero he mantenido mi promesa.

La vida no puede vivirse otra vez. Pero has de saber que mi amor perdura pese a la distancia aunque nunca vayamos a conocernos. En mi decisión actual no hay ningún dramatismo. Solo la certidumbre de que ya no soporto más la añoranza. Nací un Viernes Santo y cometí mi crimen irreparable un Viernes Santo. Escribo mi última carta un Viernes Santo. Me encuentro en un mundo en el que no pinto nada. Para mí solo tu vida tiene significado. Rezo para que puedas transmitir la bondad de mi interior. Sobre todo porque has crecido muy lejos de mis aspectos perniciosos y mi espantosa influencia. Rezo para que me tengas en la mente y así pueda vivir en ti con el amor que transmitirás a tus hijos. Es todo lo que puedo permitirme soñar.

La señorita Ladegaard puede contarte el resto con todas mis bendiciones.

Mi amor por ti será eterno.

Eva, tu madre

MI primera reacción no fue de compasión hacia la mujer desconocida que había perdido cuanto amaba —su hijo, su país natal y su familia, si es que la había tenido—, sino una sensación bastante más egoísta que no comprendí enseguida: una furia violenta y una profunda irritación.

Unas ganas de deshacerme de la carta al instante y olvidarlo todo, la caligrafía frágil y la manera tosca de expresarse. ¿Era un aviso de suicidio lo que se sugería al final? Aquella posibilidad era lo que más me irritaba.

Me centré en el aspecto práctico del asunto, el nombre de la madre adoptiva, pero nunca había oído hablar de una Dorah Laursen que viviese en Østerbro. Nunca había visto ninguna señal de que Magna, mi madre de acogida, hubiera tenido contacto con una mujer de ese nombre, ni hacía cuarenta años ni recientemente.



En el compartimento secreto del armario de limonero estaban los apuntes de mis muchos años de vigilancia de los niños cuyos padres adoptivos había ido encontrando. Mi investigación estuvo desde el principio organizada de forma metódica con ayuda de Magdalene, y las anotaciones de Kongslund eran todo lo precisas que podía haberse esperado de una directora de la talla de Magna. Lo único que nos extrañó —también entonces—, pero que en aquel momento no era tan importante, fue la ausencia total de información sobre los padres biológicos. Normalmente, los datos familiares se registraban al detalle en los documentos de Asistencia a la Maternidad y del hogar infantil, pero en todos aquellos casos las casillas para escribir los nombres del «padre biológico» y de la «madre biológica» estaban vacías. Lo que pasa es que en aquel momento no me importaba quiénes fueran los padres biológicos, porque solo quería saber dónde estaban los niños en aquel momento. Y encontraba sin problema las direcciones de los

padres adoptivos.

Al principio me contenté con encontrar a las familias que vivían más cerca y que, con mi curiosidad hacia la vida fuera del hogar, observé a distancia los años siguientes: al principio, Peter Trøst y Orla Berntsen, y después también Severin y Asger.

Pero el quinto chico de la fotografía navideña de 1961 no aparecía por ninguna parte. No estaba en los papeles de Magna y, por mucho que buscaba, no acertaba a saber qué había sido de él. O por qué no aparecía.

Por lo demás, el día de llegada estaba anotado con claridad en el calendario de 1961 de la Sala de los Elefantes: el 3 de mayo llegó un bebé a Kongslund, ponía, y lo acomodaron en la cama de los recién llegados.

No se citaba ningún nombre, lo más seguro es que no lo bautizaran en el Hospital Central, y era de lo más normal. En Kongslund, a los niños les ponían los nombres Magna y sus ayudantes.

Aquella vez Magdalene y yo desistimos, con reticencias, y dejamos el enigma sin resolver. Solo Magna podía contarme la verdad, pero se negaría a hacerlo basándose en lo que siempre había sido una regla de oro en su trabajo: que los niños de Kongslund estaban bajo su tutela, y que por eso no debían temer que nadie pudiera localizarlos, sobre todo los padres biológicos, que habían decidido abandonarlos. Además, no me atrevía a desvelar lo que me había traído entre manos.

Con varios años de retraso, la carta de Australia volvió a traer a la actualidad el misterio de aquel chico. Allí estaba el rastro que me faltó los años anteriores, estaba convencida de eso.

Volví a leer el nombre de la mujer que, según Eva, había adoptado a su bebé: «Dorah Laursen», que vivía entonces en Østerbro.

Me extrañó que mi madre de acogida hubiera corrido aquel riesgo. Magna, pese a su estilo vivaz, era una mujer de lo más cuidadosa.

Por otra parte, la alternativa habría sido un

escándalo de proporciones inmensas, y lo debió de considerar su último recurso. La jovencísima madre había amenazado con desvelar lo que había ocurrido en realidad: que un ciudadano respetable había dejado embarazada a una peligrosa criminal menor de edad, tal vez incluso en una celda, menudo sitio, no podía haber nada peor. Seguramente, el padre del niño sería un policía o el director de la cárcel; un hombre que después trepó en la sociedad hasta el punto de aparecer en los periódicos, o al menos en el periódico que estuvo leyendo Eva en un banco de Adelaida, solo porque había estado invitado a una boda en Copenhague la semana anterior.

Ya en 1961 y 1962, las consecuencias de tal revelación les habrían parecido enormes tanto al hombre como a las señoritas de Kongslund.

Encontré un listín de teléfonos en el despacho de Susanne Ingemann, al final del pasillo, y busqué el apellido Laursen. No había en Copenhague nadie que se llamara Dorah.

Entonces llamé a información, con un resultado igual de negativo. Sabiendo solo el nombre y apellido no podían hacer nada, y el número podía estar registrado a nombre de su marido, si estaba casada, o de su pareja.

Estaba segura de que se casó en 1961, porque era una de las condiciones imprescindibles para adoptar en aquellos tiempos. Relaciones familiares decentes. Pero claro, podía haberse divorciado y vuelto a casar, y vuelto a divorciarse varias veces desde entonces.

Mi siguiente idea fue buscar confirmación de que existió una persona o una familia con ese apellido en Østerbro durante el año que me interesaba, 1961. Necesité varios días y una visita a la compañía telefónica TDC, que antes, en la zona de Copenhague, se llamaba TCSA: Telefónica de Copenhague, Sociedad Anónima. Allí me dejaron un ejemplar del Directorio Telefónico de 1961, y en él encontré, como por arte de magia, el número de teléfono de la familia

Laursen, que, por extraño que parezca, estaba a nombre de Dorah, y justo en el barrio que la mujer de Australia recordaba:

«Svanemøllevej, 31, Østerbro».

Combinando listines de aquella época con los actuales, encontré a tres personas que todavía vivían en el mismo edificio; una de ellas, incluso, en el mismo portal.

Al día siguiente fui en autobús a Østerbro y llamé primero a la puerta de la casa donde había vivido Dorah. Hablé con una madre joven que no sabía nada de la mujer que había vivido antes en el piso. Ya me lo esperaba. Entonces bajé un piso y llamé a la puerta de la única familia que llevaba viviendo allí desde los años sesenta. Un señor mayor abrió la puerta y me miró sin comprender. Un pequeño terrier de largos bigotes grises gruñía tras sus largas piernas flacas.

—Busco a una tal Dorah Laursen, que vivió en este portal hace cuarenta años, en el tercero — anuncié con cierta solemnidad. No estaba

acostumbrada a hablar con extraños.

—¿La señorita Laursen? Pero se mudó hace muchos años.

Fue curioso, la recordó al momento.

Me pareció increíble la suerte que estaba teniendo.

—¿Estaba casada? —pregunté, porque a su marido sería más fácil seguirle el rastro.

—¿Casada? No, no creo. Vivía sola.

Estaba perpleja por la información.

—¿Sola?

Iría contra las reglas fundamentales de Asistencia a la Maternidad, en el sentido de que los niños adoptados debían crecer en familias sanas y completas, es decir, con un padre y una madre.

—Pero tenía un hijo, ¿no? —dije, algo confusa, y ahora con temores.

—Sí... —El anciano vaciló un momento—. Tuvo un niño justo antes de marcharse.

—¿Justo antes de marcharse...?

—Sí; fue el año en que murió mi mujer... —El anciano vaciló—. En 1966.

—¿En 1966?

Estaba más desconcertada que nunca. Era como atravesar un pasillo oscuro y darte cuenta de que todas las puertas que abrías conducían a nuevas estancias sin iluminar que nadie sabía que existían.

—Sí. Tuvo un chico aquel año. —Sonrió de pronto—. Solía llevarlo en el cochecito a la tienda de comestibles. Por cierto, creo que era adoptado. El niño.

—¿Adoptado?

—Sí.

—¿No puede haber sido antes? —Traté, angustiada, de hacerlo retroceder en el tiempo, hasta los años que buscaba—. ¿En 1961 o 62?

—No —insistió. Con tono decidido—. Mi mujer murió en 1966.

—Pero ¿sabe adónde se mudó con el chico?

—Sí. A Jutlandia. Estaba cansada de la gran



ciudad. Recibí una carta suya después de que mi mujer falleciera.

Percibió enseguida mi curiosidad.

A los pocos minutos volvió con un pequeño sobre en la mano. La dirección de la remitente venía escrita con buena letra en la parte posterior: «Dorah Laursen, Sletterhagevej, 18, Stødov, Helgenæs».

El perro me miraba burlón entre las piernas del anciano, como si supiera lo que vendría.

**I**ba a tener que viajar, aunque no me gustaba. No había ido tan lejos desde que emprendí la investigación de Asger Christoffersen y sus padres en Jutlandia, cuando todavía éramos niños.

Aquellas nuevas fechas eran un auténtico enigma. No lograba comprender cómo la mujer que habían elegido para adoptar al bebé de Eva en 1961 fue declarada «sin hijos», hasta que, según el

anciano, adoptó a un chico en 1966. Cinco años más tarde. Tal vez desistieran en Kongslund y buscaran a otro niño.

Pasé muchas horas meditando sobre mis opciones, pero no quedaba ninguna. Tres días más tarde, me apeé del autobús 361 en Stødv, un pueblecito de la península de Helgenæs, y llamé a la puerta baja y estrecha de una casa encalada con tejado de paja. Abrió una mujer corpulenta, de cuello ancho y corto y piernas también cortas, que me hizo meditar sobre si su figura algo achatada guardaría relación con la reducida superficie de la casa; sobre si sería posible que una permanencia prolongada en una vivienda de techos tan bajos no terminara aplastando el aspecto físico de una persona hasta hacerla plana.

—Buenos días —dije.

Tendría unos setenta años, y su sala de bajas paredes parecía algo desordenada, llena de cachivaches y finísimas telas de araña, que mis ojos entrenados detectaron enseguida en las franjas

de luz procedentes de las estrechas ventanas.

En el preciso instante en que pronuncié la palabra *Kongslund*, me interrumpió con mirada asustada.

—¿Viene de Kongslund? ¿Del hogar infantil?

Mantuve el lado torcido de mi rostro en la sombra de la sala, para no aumentar la inquietud de la anciana, y dije con cautela:

—Sí. He vivido allí toda mi vida.

Se quedó un rato callada. Luego dijo:

—Pero ¿qué ha ocurrido en Kongslund, después de tantos años, que tenga que ver conmigo?

La pregunta era de lo más sencilla, pero aun así extraña; su voz tembló al hacerla.

—¿Hace cuánto tiempo que no oye nada de nadie de Kongslund? —quise saber.

Por alguna razón, enrojeció de pronto.

—¿Se refiere a la vez que entregué a mi niño?  
¿O más tarde?

Su miedo flotaba como una sombra oscura

entre el polvo bajo el techo.

—Hábleme de la primera vez —la animé, tratando de ocultar mi extrañeza por lo singular de su pregunta.

—No es fácil, al fin y al cabo ha pasado mucho tiempo —dijo con la enorme lentitud propia de la región de las colinas—. Solo recuerdo que me puse en contacto con ellas... la vez que me quedé embarazada.

Cerró los ojos y miró hacia su interior.

—Les pedí ayuda porque no tenía ni idea de quién era el padre.

—¿En qué año se quedó embarazada? —Me alejé de ella un poco, confiando en que así pudiera volver a desplegar su cuerpo abatido.

—Fue en 1961. Mi hijo tiene hoy...

Se interrumpió, abrió los ojos y se quedó mirándome con fijeza. Luego dijo:

—Es que se lo dieron a otra.

—Pero hoy tiene un hijo, ¿no, Dorah?

Le hablé como a una de las niñas de dos años

de la Sala de las Jirafas, pero no hizo caso.

—Sí, Lars. A él lo tuve la segunda vez. Cuando me enfadé.

—¿La segunda vez?

—Sí. Primero vinieron en busca... de mi hijo. Una mañana temprano. Era una mujer a la que no conocía.

Se sorbió la nariz, una sorbida profunda y corta que llenó la sala. Después continuó:

—Me habían prometido que nunca oiría más de aquello ni tendría más problemas. Se llevó al niño..., a mi hijito... Porque no era una adopción legal, y eso fue todo.

Alzó la vista, algo temerosa, como si acabara de ocurrir.

—Eran las cuatro de la mañana.

—¿Quién se lo llevó?

Desde su postura encorvada, Dorah dijo en voz baja, pero clara, dispuesta para defenderse:

—¿Cómo iba yo a saberlo? Primero hablé con Asistencia a la Maternidad, y luego con una señora

de Kongslund, que dijo que todo iba a arreglarse, y que era lo mejor para mí. Solo tenía que recibir a su mensajera cuando llegara. Y después debía olvidar todo el asunto.

Mensajera. Reparé con un escalofrío en la palabra que había empleado. Sin saberlo, era la misma palabra que aparecía en el diario de Magdalene: «Era una mensajera, no una madre, me di cuenta enseguida. Dejó sin más al bebé en los escalones; no hubo ninguna despedida, ninguna pena».

—¿Tenía que olvidarlo todo?

—Sí. No debíamos hablar de ello nunca más.

—Pero ¿luego se quedó embarazada?

Me miró, sorprendida.

—No. Ese era el problema. Fue como si mi acto hubiera...

Buscó las palabras un momento, pero luego desistió y continuó en voz baja, como si me estuviera confiando un secreto íntimo:

—Al cabo de un tiempo me arrepentí... de

haber entregado a mi hijo. Así que llamé a Kongslund y exigí que me lo devolvieran. Entonces volvió a visitarme la señora de Kongslund.

—¿La misma señora?

—Sí. No recuerdo el nombre, pero era menuda y delgada. Fue en el invierno de 1965. Me dijo que no podía recuperar a mi hijo... porque hacía tiempo que lo habían entregado en adopción.

Dorah se sorbió la nariz y se la secó con su rollizo antebrazo, como lo habría hecho un niño.

—Y entonces me enfadé de verdad, porque era yo quien se había quedado sola, y ellos quienes dijeron que era lo mejor para mí. Pero se equivocaron de cabo a rabo. Debí haberme quedado con mi niño.

Volvió a sorberse la nariz.

—Entonces le dije que, ya que estaba claro que vivían en un mundo donde se podían dar y quitar bebés, tendrían que darme otro niño en lugar del que me habían quitado.

Me sobresalté, y mi reacción debió de ser evidente, porque se calló, inquieta, y fue como si desapareciera de la superficie de la Tierra, hundida entre los cojines del sofá.

Pasado un buen rato, se movió otra vez.

—Al principio no querían. Decían que no podían comprometerse. Pero yo hablaba en serio. Y entonces se asustaron.

Salió a la superficie desde las profundidades del sofá, fue casi un renacer. Ahora sonreía y, por alguna razón, su sonrisa me pareció macabra.

—¿Se asustaron?

Rio y se sorbió la nariz a la vez.

—Ya lo creo, si por ellas fuera me habrían entregado a alguien para que me encerrara; pero no se atrevieron, y al final cedieron, y dijeron que tendría que esperar.

—¿Esperar?

—Sí, a la entrega. —Los ojos de Dorah resplandecieron.

La entrega. Sentí que mis hombros torcidos se



helaban.

—Fue a principios de febrero. —Volvió a mirarme, con obstinación, como si yo fuera una de ellas—. En 1966.

Esperé la estremecedora continuación.

—Pues eso, que vino..., fue un sábado por la noche..., con mi niño. Con mi nuevo hijo. Y los papeles y todo eso estaban en regla, claro, incluso lo habían bautizado, se llamaba Lars, y dijeron que no se podía cambiar. Pero a mí no me importaba.

Sonrió mirando el reloj de la pared, completamente envuelta en el pasado.

El triunfo de su vida.

Era grotesco.

—No me importaba que se llamara Lars.

Una cascada de preguntas atravesaba mi mente, y no sabía cuál formular primero. Lo que me estaba contando no tenía pies ni cabeza. ¿Cómo podía haber tenido un hijo, otra vez, cinco años más tarde?

¿Y qué había sido del primer hijo?

¿Y quién era la mujer que daba y se llevaba niños, la mismísima mensajera de la Bondad de Corazón?

—No lo entiendo —avancé, con voz lenta, sin esperar una explicación.

—Tampoco yo lo he entendido nunca —reconoció, levantándose de pronto—. No quiero hablar más de ello. Ya no importa. Me dieron a Lars, y eso es lo que cuenta. Nunca ha habido problemas con él. Y son muchos años.

—¿Dónde está...? ¿Su hijo?

—No vive aquí. Es chofer. Conduce para la Compañía de Limusinas de Aarhus. Hace de chofer en fiestas y bodas de la gente rica. Va a venir esta tarde a visitarme.

—¿No le ha contado nunca...? ¿Lo de...?

—No, ¿qué iba a decirle? Porque tampoco he sabido nunca de dónde venía... Y prometí no decir ni palabra a nadie.

Empecé a sentir la rabia en mis huesos torcidos. La sentía subiendo por el diafragma, los

pulmones y la garganta, preparándose para saltar, al rojo vivo, en medio de la sala, donde no había sitio para un arrebató tan violento.

Aspiré y frené el acceso de rabia. Y me levanté.

—Pues óigame bien, señorita Laursen. No hay que dejar que sus niños ignoren algo tan importante. No hay que hacerlo nunca —casi susurré la última palabra—. Porque pese a todo lo notan, y eso los destruye para siempre. Destruye sus vidas, porque saben que pasa algo raro, aunque nadie hable de ello en voz alta. Lo saben... Al igual que todas las personas saben esas cosas. La mentira es una ilusión. En lo más profundo de nuestro ser, siempre sabemos la verdad.

Se quedó mirándome, asustada.

—Alguien le ha jugado una mala pasada, Dorah, y tanto usted como yo debemos aclararlo. Lo único que sabemos es que tiene que ver con Kongslund, y si no se lo dice usted a Lars, lo haré yo, y hablo en serio. Debe..., debes... decirle la

verdad. Enseguida.

Se hundió en el sofá gris y se echó a llorar.

No volví a ver a Dorah. La dejé a última hora de la tarde, antes de que llegara el hijo; aunque, a la luz de lo que sucedió después, no hay duda de que debí quedarme a explicárselo todo. A ambos.

Debí haber estado presente cuando su hijo, llamado Lars, recibió la terrible noticia. Debí haber estado allí para registrar cómo reaccionaba el hijo ante la espantosa historia; es imposible saber cuándo y en qué situaciones reaccionan las personas de forma incontrolable, pero en mi confusión ante el llanto de la mujer, me imaginé que su hijo sería una versión masculina, algo más joven, de Dorah, lo que fue un error garrafal, por supuesto, ya que no había entre ellos el menor vínculo familiar.

Debí haberlo sabido mejor que nadie.

Cuando él apareció en Copenhague, era demasiado tarde. Y nunca supe cómo logró acceso al círculo más cercano de amistades de Magna.

Aquel día, en el paisaje salpicado de colinas, pasé por alto lo más evidente.

Volví a Kongslund con una idea fija: iba a repasar los archivos que había con el apellido Bjergstrand y las escasas informaciones recogidas a duras penas. Podía resultar ser una larga búsqueda, y tendría que contar mis planes a Susanne Ingemann. Y también lo de la carta de Eva Bjergstrand.

Esa parte de la cuestión no me preocupaba demasiado. Susanne sería discreta. A fin de cuentas, tenía más en común con ella que con ninguna otra persona que conocía, y muchísimo más de lo que pudiera sospechar nadie que no fuera de Kongslund.

Fue ella quien propuso que ampliara la búsqueda a los archivos de Asistencia a la Maternidad, que con el paso de los años se había

incluido en la Dirección de Derechos Civiles. Allí estaban, metidos en cajas y transportados a un desván, donde seguramente seguirían estando, dijo, a menos que alguien los hubiera tirado a la basura. Siendo como era la directora de Kongslund, consiguió en pocos días facilitarme el acceso a los archivos.

En efecto, las cajas estaban apiladas bajo los techos abuhardillados del desván, y exigirían un trabajo inmenso que solo una tenacidad rayana en el fanatismo podía confiar en realizar. Yo lo vi claro al instante. De no haber sido porque Magdalene me enseñó todo lo que valía la pena saber sobre la paciencia y la inmovilidad, y de no haber sido porque mis años de infancia en Kongslund me enseñaron a pulir esos talentos, habría dejado las cajas en paz después de las tres o cuatro primeras, que no contenían más que interminables carpetas de expedientes, montones de papeles y colecciones de documentos complicados, incomprensibles, que yo, buscando

la aguja en el pajar, hojeaba de todas formas, folio a folio, leyendo línea a línea.

Día tras día iba adonde estaban mis cofres del tesoro, subía las escaleras al desván y abría y cerraba expedientes y carpetas de los grandes años de adopciones, en las décadas de los cincuenta y sesenta. Lo más pasmoso eran las extensas valoraciones psicológicas sobre los denominados «niños dañados» y sus padres, a menudo tan dañados como ellos, que llenaban una carpeta tras otra. Menuda exhibición de material averiado y reparaciones inútiles, menudo desfile andrajoso de seres enfermizos, cojeantes, fracasados, que avanzaban serpenteando sin cesar hasta la siguiente derrota, y hasta la siguiente, y otra más, pero que justo antes del abismo encontraban a una señora que olía a humo de purito y fresias recién cortadas, que ofrecía a sus esfuerzos fracasados una recompensa, olvido, perdón. Toda una nueva existencia.

Mi madre de acogida creía de verdad que los

hijos e hijas de los humillados podían emprender una nueva vida en casa de los limpios e irreprochables, y se esforzaba mucho en imitar los procesos que tienen lugar en el taller donde Dios y el Diablo, de sublime común acuerdo, modelan a golpes las vidas de las personas con la esperanza de evitar que intervenga el Destino y manipule el resultado. En la gran historia de la Reparación Universal, Magna era la reparadora más obstinada que haya existido nunca; lo vi con total nitidez.

A medida que pasaban los días, el aire de la buhardilla baja de la Dirección se hacía cada vez más seco, como si yo le quitara hasta la última gota de humedad con mi rabia concentrada. Tosía mucho, y a punto estaba de abandonar, cuando mi larga búsqueda dio al fin resultado.

Fue la tarde del sexto día. Abrí una de las últimas cajas de mudanza con las palabras «Asistencia a la Maternidad» escritas en la tapa, y retiré el plástico negro que cubría el contenido. En una carpeta donde ponía «Casos comenzados -



1961» encontré un sobre de plástico titulado «Casos sin cerrar», y en su interior había doce formularios con nombres de niños que estaba claro que no habían seguido un procedimiento de adopción regular.

En uno de los formularios estaba el nombre que llevaba tanto tiempo buscando: «Bjergstrand».

Estaba escrito a mano en letras mayúsculas, con unas líneas tan claras como si acabasen de escribirlas, y delante había escrito un nombre de chico: «John».

John Bjergstrand.

Mi mano se estremeció un poco.

En el extremo superior izquierdo del formulario ponía «1961», escrito con caracteres pequeños, y algo más abajo había una serie de campos a rellenar con nombre, fecha de nacimiento, lugar de nacimiento y residencia. Solo dos de los campos estaban rellenos cuando por alguna razón el caso no se cerró y desapareció en los espaciosos archivos de Asistencia a la

Maternidad. Alguien, hacía mucho tiempo, escribió a lápiz o bolígrafo el nombre, que aparecía tan claro que podía leerse ahora sin dificultad en la buhardilla de la Dirección de Derechos Civiles: John Bjergstrand.

Volví a leerlo una y otra vez. Con mirada atónita. Justo después del nombre, la misma mano había añadido cuatro palabras: «Sala de Recién Nacidos».

Lo lógico habría sido devolver el formulario a Magna, pero no podía hacerlo. En su lugar, a la mañana siguiente me dirigí a casa de su antigua ayudante, Gerda Jensen, que vivía en uno de los pisos caros, recién construidos en Skodsborg, con vistas al estrecho. No tenía ni idea de cómo pudo permitirse aquel lujo; pero las señoritas llevarían una vida muy sobria durante los años en que trabajaron en Asistencia a la Maternidad, y así habían llegado a amasar pequeñas fortunas.

—Gerda, tienes que hablarme del último niño de la Sala de los Elefantes —le dije sin tapujos,

dejando la famosa fotografía de «los siete enanitos» en la mesa, ante ella. La foto navideña de 1961.

El resto de las pistas, el formulario, los calcetines y la carta de Australia, me las guardé, de momento.

Ni pestañeó. Siempre había sido muy fuerte. Solo confiaba en una persona en el mundo: Magna Louise Ladegaard. Pero desde siempre sintió debilidad por mí —al fin y al cabo, yo era la única familiar, aunque no directa, de Magna—, y aproveché la ocasión.

—¿Para qué revolver en el pasado? —exclamó la mujer espigada que pintó los elefantes azules de la Sala de los Elefantes—. El pasado ya no tiene importancia.

Estábamos sentadas en el sofá.

—Para mí sí la tiene —repuse.

Me arreglo bien con las personas de edad, cosa que, por una u otra razón, le sucede a todos los niños adoptivos.

—¿Dónde está el séptimo niño?

Señalé otra vez la fotografía, en la que los gorros de gnomos hacían difícil distinguir a los chicos de las chicas.

—¿Quién de ellos es?

Gerda se quedó mirando al frente, como si no quisiera admitir que hubiera oído mi pregunta. Luego tomó un sorbo de té de su elegante taza azul cielo de porcelana real. Frunció los labios. Era la mujer que una vez obligó a toda una patrulla de la Gestapo a marcharse por donde habían venido.

—¿Cómo lo llamabais?

Era la pregunta más lógica que podía hacerse. A todos los niños de la Sala de los Elefantes les ponían un nombre.

Vaciló. De pronto soltó la taza y me tomó la mano.

—Marie, no tiene ninguna importancia...

A pesar de lo que decía, yo la calé. Gerda tenía una debilidad que muy pocas personas tienen en el mundo: no sabía mentir. En su juventud lo

había intentado un par de veces, me dijo Magna una vez, pero a las pocas palabras sus labios se tornaron blancos, sus pupilas doblaron el tamaño y su voz agradable le falló y se quedó en medio de la negación que era la mentira, tras lo cual se puso a hiperventilar, como si le faltara el aire, se tambaleó, y habría caído desmayada allí mismo de no haber intervenido alguien. Fue un fenómeno bello, pero inquietante, opinaba Magna, que nunca tuvo dificultad para soltar una mentira, piadosa o no, cuando el fin lo justificaba.

Aquella mañana, lo que sabía sobre Gerda iba a ser mi arma más potente: si Gerda quería evitar mentir, tendría que estar muda desde el principio, apretar aún más sus labios de por sí delgados y azulados y quedarse mirando un punto fuera de todo engaño terrenal. Pero era demasiado tarde.

—Gerda, es importante para mí —repetí.

Su rostro alargado, casi triangular, que estaba prácticamente blanco, con aquellos grandes ojos oscuros sobre la delgada nariz puntiaguda, se

volvió hacia mí, y la boca, cuyos labios nunca habían visto el carmín, ni transmitido ninguna información engañosa, pronunció una sola palabra:

—John.

Solo un nombre, sin apenas entonación. John.

—¿John? —dije, con el corazón latiendo deprisa—. ¿Estás segura?

—Sí. Las puericultoras lo llamaban Pequeño John porque era más pequeño que... —De pronto sonrió y dejó que el triángulo se abriera como una anémona de mar ante un rayo de luz solar—. Más pequeño que ni sé.

—Pequeño John —repetí. Así que ¿se llamaba John?

—Lo llamábamos John.

—Pero... —La interrumpí con una pregunta—. ¿Llegamos en la misma época?

—Hace mucho de eso, Marie.

—Pero ¿de dónde venía? ¿Quiénes eran sus padres?

—Se llamaba John. Fue entregado en

adopción.

Me daba cuenta de que Gerda no quería soltar ningún detalle más. Había cumplido ya los ochenta, y a veces le costaba concentrarse. Pero estaba segura de que sabía más, y de que solo esquivaba mis preguntas por lealtad hacia Magna.

—¿Es el mismo John de este formulario?

Empujé con brusquedad el papel con el nombre John Bjergstrand hasta dejarlo a la altura de sus ojos.

Se puso rígida. Por un momento sus dedos delgados se doblaron sobre el papel como patas de araña, y luego dijo:

—No lo sé. No lo sé, Marie. Ha pasado mucho tiempo.

—¿Quién era, Gerda?

Se hundió en el sofá como un globo que ha perdido aire. Luego se enderezó de pronto y empezó a aspirar dando bocanadas cortas, y al mismo tiempo la sangre abandonó su rostro, que se puso más blanco de lo que había podido parecer

posible.

—No sé... de dónde... —susurró—. Lo... adoptó una...

La agarré del brazo, del brazo que me acunó de niña y pintó los elefantes azules de las paredes. Era preciso que terminara la frase antes de desmayarse.

Pero era demasiado tarde. El cuerpo de Gerda giró a medias y se deslizó de lado contra el sofá.

Extendí los brazos al instante para detener la caída, y así estuvo, inerte, en mis brazos, que eran fuertes, a pesar de la malformación, moviendo sus labios lívidos en un intento por hablar. Era incapaz de mentir.

—¿Sí...? —casi le grité.

—La familia... de un vigilante... de Nørrebro...

—¿Cómo se llamaba la familia?

Pero Gerda se puso rígida como un palo, y dentro de un segundo iba a desvanecerse.

—¿Cómo se llamaban? —repetí. Aquello



podía matarla.

—Se llamaba... Anker... Jensen —susurró.

—¿Era el padre de John Bjergstrand? —  
continué, tratando de volver a poner a Gerda en  
una postura normal.

Puso los ojos en blanco. Era un espectáculo  
pavoroso.

—No tiene... importancia...

Un espumarajo de saliva asomó por la  
comisura. Recordé cómo salvó a Kongslund y a  
cientos de judíos durante la Segunda Guerra  
Mundial a base de callar, pero si el comandante  
alemán hubiera hecho una sola pregunta adecuada  
y exigido una respuesta, ella lo habría contado  
todo.

—Sí que la tiene; ¡para mí! —grité, pero casi  
me había dado por vencida.

De repente alzó la voz, como si hubiera  
tomado una determinación y ya no pudiera echarse  
atrás.

—Marie... ¡No existe ningún John

Bjergstrand!

La solté. Se desplomó al suelo.

Magna había conseguido una relación tan estrecha con aquella mujer que, en esa cuestión delicada, decidió dejar de lado todo en lo que había creído siempre. Ella, que no mentía nunca, me había mentado.

Solté un suspiro y dije por última vez:

—Es importante, Gerda...

Pero ella ya no oía.

Luego me marché, y no volví a verla hasta el día en que enterramos a quien había sido nuestro norte común en la vida.

De todos los errores que cometí, aquel fue el mayor: hacer oídos sordos a la última advertencia de Gerda Jensen.

**D**espués de visitar a Gerda, me di cuenta de que no podía seguir adelante.

Ni con mi mejor voluntad llegaba a ver relación alguna entre el bebé que trajo al mundo Eva Bjergstrand en el Hospital Central bajo el mayor de los secretos y el hijo que consiguió Dorah varios años más tarde.

Cuando le conté a Susanne mi visita a Gerda, se quedó mirándome, asombrada. Luego leímos de nuevo la carta de Australia. Con minuciosidad y gran lentitud.

—Es extraño, Marie... Eva ni siquiera sabe que es un chico.

—Así solía ser en aquellos tiempos. Las madres no debían saber nada de quienes eran carne de su carne.

Sonó casi como si estuviera defendiendo la postura de los médicos de entonces.

Estábamos en la sala que da al jardín analizando la situación. De todos modos, otras gentes, aparte de Magna y Gerda, debían saberlo. Los médicos y el resto del personal deben de haber estado implicados, pero no iban a ser fáciles

de localizar y, en caso de encontrarlos, tendrían poderosas razones para no contar nada, si era cierto que había sucedido algo encubierto.

—Pero Magna podría haberle dicho al menos el sexo del bebé —reflexionó Susanne con una extraña amargura en la voz.

—Ya, pero Magna debía ocuparse de que desapareciera el chico. Y después Eva.

—La familia del vigilante de la que hablaba Gerda debe de ser la auténtica. La que adoptó a John...

—Aun así, es raro que no le cambiaran el nombre. Que Magna... No tiene ninguna lógica.

Susanne comprendió la duda que me roía, y el miedo. Si nos poníamos en contacto con la familia del vigilante, los padres adoptivos, con una probabilidad del cien por cien, desconocerían el pasado del chico. Y no íbamos a poder probar de ninguna manera que el John que habían adoptado era realmente el chico que la condenada por asesinato Eva Bjergstrand dio a luz e hizo bautizar

en el Hospital Central en 1961. Si sugeríamos eso sin ningún soporte documental, nos arriesgábamos a causar un daño terrible a la familia. Si le daba al vigilante la carta que escribió Eva a su bebé, podría ser un error fatal.

Al fin y al cabo, no teníamos ni idea de si seguíamos una pista falsa, pues Magna había protegido su rebaño con todos los medios a su alcance. Y Gerda había mostrado que era una maestra de la mentira, cuando hacía falta.

El único paso lógico era hacer un esfuerzo más por encontrar a Eva Bjergstrand. Tal vez habría una manera de reconocer al niño de la que solo ella supiera. Una danesa que llegaba a Australia, en una fecha que podíamos fijar con entre seis y nueve meses de error, debía de haber dejado alguna pista en alguna parte.

Volví a llamar a mi contacto de la embajada australiana, y a base de insistir logré que lo intentara otra vez. Y sucedió el milagro. Con la ayuda de mi información sobre el año de partida,

la edad y el lugar donde se estableció, tras varios días de búsqueda encontró a una mujer danesa que había logrado la nacionalidad australiana en 1975, tras haber viajado al enorme país catorce años antes. No se llamaba Bjergstrand, pero aquello no era ninguna sorpresa. Sus influyentes amigos podrían haberle proporcionado otra identidad sin problemas.

Pero la edad coincidía, y su nombre de pila era Eva. Y entonces llegó la conmoción.

La señora de la embajada estuvo un buen rato delante de la pantalla, y casi se ruborizó cuando me contó lo que yo había considerado imposible. La mujer que acababa de encontrar había llegado a Dinamarca solo dos días antes de que yo volviera a preguntar. No era una información que debiera haberme llegado, pero mi amiga australiana estaba tan asombrada como yo.

Susanne y yo nos pusimos casi histéricas por nuestro éxito. El misterio iba a poder aclararse en pocos días. Una suerte con la que no contábamos

nos había sonreído, poniéndonos ante lo que parecía una coincidencia absurda.

Hoy, por supuesto, habría preferido que no hubiéramos seguido adelante.

El siguiente paso era, a su manera, fácil: una búsqueda paciente de hotel en hotel por el centro de Copenhague, tarea que emprendimos aquel mismo día. Me había inventado una historia conmovedora, pero falsa de arriba abajo, sobre una colaboradora comercial australiana cuya dirección de hotel había olvidado.

¿Tenían registrada alguna mujer con ese nombre?

Nuestro paseo por la ciudad no dio ningún resultado aquel día, pero ya a la mañana siguiente pude contar a Susanne la historia de mi milagroso descubrimiento: en el quinto hotel del día, el recepcionista hizo un gesto afirmativo y me dijo que habían tenido a una mujer que les entregó un pasaporte australiano cuando llegó, unos días antes, pero por desgracia se había marchado la

víspera, sin dejar rastro.

—Ya no está aquí —le confirmé a Susanne—. Ha debido de volver.

Susanne estuvo de acuerdo, pero aun así le parecía que deberíamos ir a la biblioteca de Krystalgade a buscar en los periódicos a una mujer cuya desaparición se hubiera denunciado, o que hubiera sufrido algún accidente. Parece como si hubiera tenido un presentimiento terrible que debería haber sido inconcebible en un mundo racional, y pese a que yo había expresado que era un plan poco realista.

Al día siguiente estábamos en la sala de lecturas de la biblioteca central y, tras buscar durante media hora, Susanne encontró la noticia en un periódico de Copenhague.

Se dice que una conmoción repentina puede paralizarte el aparato motor y gran parte de los hemisferios cerebrales izquierdo y derecho a la vez.

Eso le sucedió a Susanne Ingemann.



Todavía recuerdo cómo estaba inclinada sobre el periódico, con el semblante pálido, expresando en palabras la horrible información. Fue como abrir una puerta de golpe y encontrar tras ella algo que superase tus más locas fantasías.

Nuestra búsqueda terminó cuando encontramos la información escasa, pero inquietante, del artículo.

Los días siguientes solo hablábamos del caso en susurros, y sentíamos siempre la amenaza del pánico.

Me daba cuenta de que Magna debía de tener la misma información sobre Eva Bjergstrand que yo; no había venido a Dinamarca con otro objetivo que buscar a su antigua aliada, que entregó a su bebé en adopción y le dijo que era lo mejor para ella.

Por instinto, me daba cuenta de qué había

convencido a Eva para volver a su país natal, rompiendo la promesa que había hecho. Envió una carta, pero nunca recibió respuesta. No tenía posibilidad de saber que su insistente ruego de ponerse en contacto con su hijo no había llegado a manos de Magna porque intercepté la carta y, en un arranque de imprudencia, decidí convertirme en dueña y señora del proceso posterior.

Visto así, yo era más responsable que nadie de que las cosas se desarrollaran como lo hicieron; establecí las condiciones para un encuentro entre las dos mujeres, y estoy segura de que Magna se dio cuenta al poco tiempo de que la mujer que la visitó en septiembre de 2001 había desaparecido.

No era de extrañar que mi madre de acogida hubiera reaccionado, contra su costumbre, con temor cuando el contenido del primer anónimo se hizo público en *Fri Weekend* siete años más tarde. Era una de las pocas personas que sabía de los demonios que podía despertar un viaje de vuelta al pasado. Ver en el periódico aquella información

oculta y hace tiempo olvidada sobre el misterioso niño debió de pillarla desprevenida. Eva había desaparecido para siempre, era lo que dejaba entrever la noticia del periódico que Susanne encontró en la hemeroteca de la biblioteca de Krystalgade, no cabía duda; a pesar de eso, su pasado se abría paso entre las sombras y amenazaba a los vivos que trataban de olvidar.

Cuando los periodistas se pusieron en contacto con Magna para que respondiera sus preguntas indiscretas, al final decidió deshacerse del Protocolo de Kongslund, que contenía todos los apuntes privados de su vida en el hogar de recién nacidos durante medio siglo.

Era la única explicación posible de su paquete a Australia.

Aquella noche en Kongslund, después del entierro de mi madre de acogida, solo le conté a Knud Tåsing lo imprescindible de la historia, y le hice creer que la carta de Eva había llegado a Kongslund en abril de 2008, solo unas semanas

antes.

Leyó la carta tres veces sin fijarse en la evidente falta de lógica, que podría haberlo reenviado al camino correcto respecto a Eva Bjergstrand y a mi papel en todo el asunto. Examinó la fecha, pero no sospechó nada, y se adentró por el camino equivocado. Si no hubiera sido tan hipermetrope —pero muchos viejos periodistas lo son—, se habría dado cuenta del problema de la fecha; bastaba con que se inclinara para notar mi torpe conversión del 1 de 2001 en 8 de 2008. Por supuesto que había cambiado la fecha. Nadie debía darse cuenta de que Eva Bjergstrand ya no existía.

Le dirigí una sonrisa, pero no le abrí el menor resquicio a mi oscuro interior. Era un arte que todos los pequeños elefantes azules de Magna habían aprendido a dominar mucho antes de que familias esperanzadas se los llevaran a sus nuevos hogares.

—¿Qué hay de la carta al niño de la que habla?

—preguntó Tåsing pasado un tiempo.

—No había ninguna carta adjunta —respondí—. Debió de arrepentirse en el último momento.

Mi mentira salió con tal facilidad que el periodista más escéptico del país se la creyó a pies juntillas. Claro que también yo había tenido tiempo para entrenarme. Cerré la posibilidad de que siguiera las pistas que había seguido yo, porque no le hablé de Dorah ni de la península de Helgenæs, ni de mi contacto con la embajada y la llegada a Dinamarca de la mujer australiana, y desde luego que no del tétrico descubrimiento de la hemeroteca de la biblioteca de Krystalgade aquella tarde, siete años antes.

Entonces soltó la obviedad que yo había estado esperando:

—El paquete era para Eva. El paquete que Magna envió antes de morir... era para Eva Bjergstrand, ¿verdad?

No respondí.

La siguiente idea encajó con toda lógica en su

cabeza.

—Puede que Magna le haya contado a Eva en su carta todo lo que desconocemos. La Policía debería poder encontrarla en Australia, si saben el nombre.

Esa era la cuestión que me temía al tomar la arriesgada decisión de contarle algunas cosas. Pero, una vez más, no supo ver lo que tenía delante, e interpretó mi silencio como que aprobaba su teoría.

—Sí, debería poder —concedí—. Pero puede ser peligroso informar de nada a las autoridades mientras Carl Malle siga al frente de la investigación.

Me di cuenta de que había dado en la diana, y volví a sentir un profundo alivio.

Tras la muerte de Magna, solo Susanne y yo conocíamos la peligrosa información sobre Eva Bjergstrand. Que llevaba siete años muerta y la encontraron en circunstancias misteriosas en la playa de Bellevue en 2001. En los años

transcurridos, las dos guardamos el secreto, y nos daba miedo seguir ahondando en el enigma sobre el niño desaparecido. Existía solo para nosotras, como un terrible recuerdo mudo.

Pero en mi mente, por supuesto que no había olvidado a Eva. Nunca pude olvidar su veredicto sobre el padre desconocido del niño. Yo lo recordaba todo con una rabia que ya no sabía si era de ella o mía. La rabia permaneció acallada durante siete años, hasta que ya no pude aguantar más el silencio.

Tomé la decisión al acercarse las fechas de la gran fiesta de aniversario el 13 de mayo de 2008, y por mi cuenta —y de la única manera que tenía sentido para mí— envié la escueta información que había recogido a los niños que estaban implicados. De forma anónima.

No dije nada de mi decisión a Susanne Ingemann, porque sin duda me habría quitado la idea de la cabeza. Me daba cuenta del pánico que nunca la había abandonado. Por supuesto que

debía de saber que yo era la autora más probable de los anónimos, y no hice nada por desviar sus sospechas.

Pero no dijo nada.

—Esta carta... —Knud Tåsing volvió a poner la mano sobre el folio manuscrito de Eva— puede hacer que se reabra el caso. Hay una cosa en común entre la muerte de Magna y el misterioso John Bjergstrand: Australia.

—Donde la Policía sigue sin haber encontrado nada —añadí.

—Por lo que sabemos. Pero debería ser fácil encontrar a una mujer de nombre tan danés en Australia; más aún reduciendo el campo a Adelaida, como menciona ella.

Knud Tåsing se alzó de hombros.

—Yo la encontraría.

Volvía a estar seguro de sí, como siempre.

Semana y media más tarde, supo que había fanfarroneado demasiado aquel día en la Habitación del Rey. No existía ninguna Eva



Bjergstrand en ninguna parte de Australia. Knud me llamó un domingo por la tarde para decírmelo. Si alguna vez se había establecido en aquel país colosal una Eva Bjergstrand, se había desvanecido, y el periodista sonaba, contra su costumbre, deprimido. No aparecía en los directorios australianos, ni en correos de Australia, y tampoco en Internet. Tal vez se escondía tras un nombre que solo Magna conocía, dijo, y me di cuenta de lo desorientado que lo había dejado el fiasco.

Le dije que lo sentía. Por suerte, no podía ver mi expresión.

Aunque su talento podía venirme muy bien, no pude evitar sentirme aliviada una vez más. Desde mi punto de vista, y desde el de Kongslund, Eva Bjergstrand era un capítulo pasado. Había muchas cosas, y mucho más importantes, en que podían centrarse los vivos. Para empezar, el padre, que para mí era símbolo de la arrogancia de los hombres, y a quien por cada día que pasaba estaba

más decidida a poner un nombre y a desenmascarar. Un hombre que había continuado una existencia despreocupada después de su «pequeño desliz», y nunca más pensó en Eva ni en el bebé abandonado. Nunca iba a poder buscar mi propio pasado —aquella puerta estaba cerrada para siempre—, pero me juré rebuscar en el de John Bjergstrand. Y encontrar a su padre.

Por eso decidí jugar la última carta con Knud Tåsing.

—El niño a quien llamaban John, según una de las antiguas ayudantes, podría ser... Nils Jensen. Recordaba que su padre es vigilante en Nørrebro —le conté.

Casi oía sus pensamientos girando en torno a la nueva información, como si no le gustara ni pizca adónde lo conducía.

—Pero ¿no estás segura? —dijo al final. Con un extraño tono esperanzado en la voz.

—No. No estoy segura. No sé si Nils es de verdad el niño que dio a luz Eva Bjergstrand.

Tanto Magna como cualquier otra persona relacionada con Asistencia a la Maternidad puede haberlo complicado todo más de lo que podemos imaginar, para despistar a los perseguidores.

Vaya palabra extraña.

Un par de días después, el periodista volvió a Kongslund y estuvo un rato largo sentado en la silla Chippendale que el propio Rey Bueno regaló para amueblar la Habitación del Rey.

Al final dijo:

—Pero en realidad no es él lo importante, ¿no? Para ti no es John lo importante, ¿verdad? A quien buscas con tanto ahínco es al padre del chico, ¿no? Al hombre que abandonó a su hijo y dejó que la madre desapareciera para siempre, ¿no es así?

Me quedé recostada en la silla de ruedas y no respondí.

—Solo Magna sabía con exactitud quién es el padre, y ahora está muerta; puede que la mataran precisamente por eso.

No hice un gesto afirmativo ni negativo.

Entonces él dijo las palabras que yo llevaba todos aquellos años esperando:

—Quizá debería volver a reunir a los niños de la Sala de los Elefantes.

Habría jurado que al decirlo enrojeció, a pesar de su experiencia de años en proyectos extraños. Lo repitió:

—Me refiero a reunir a los siete niños de la Sala de los Elefantes y ver si entre todos podemos resolver el misterio.

Era la oportunidad que yo llevaba tanto tiempo esperando. Tuve que concentrarme mucho para ocultar lo emocionada que estaba.

—No lograremos que asista Orla —dije con un sosiego que me costó conseguir, y sin cecear para nada, pero sin entender por qué había dicho eso.

—Tal vez. Pero Peter Trøst va a Aarhus el viernes, y puedo hacer que traiga consigo a Asger Christoffersen de vuelta a Copenhague.

No mencionó a Nils Jensen, y comprendí el porqué. En el universo de Knud Tåsing, el

fotógrafo nunca debía llegar a conocer la verdad, y me pareció una doble moral típica de un periodista que, por lo demás, exigía que todo se hiciera público, sobre todo lo relativo a personas que nunca conoció.

Debió de pensar que yo era de la misma opinión.

Cuando se fue, me quedé una hora sola, observando la isla de Hven bajo un cielo estrellado, llena de confianza. En la oficina de correos de Søllerød me aseguraron aquella misma tarde que todas las cartas y paquetes para Magna me serían remitidos, a mi nombre, a Kongslund, y era todo lo que necesitaba saber.

Como Eva llevaba tiempo muerta, yo sabía que, con el tiempo, el paquete de Magna sería devuelto al remitente. Al final me llegaría a mí.

La voz del pasado iba a decirme dentro de pocos días lo que todos deseaban comprender. Y que era del todo necesario que escuchara yo antes que nadie.

Esperaba un envío de lo más importante.

## EL PROTOCOLO DE KONGSLUND

*20 de junio de 2008*

*Siempre me ha parecido que el miedo era hermano gemelo de la rabia. En mi caso, muy pocas veces se produce una cosa sin ir acompañada de la otra.*

*Pero ninguna otra sensación podía superar el miedo que nos paralizó tras el descubrimiento de Eva Bjergstrand, que a nuestro entender era la mujer muerta en la playa.*

*Susanne Ingemann nunca más volvería a intentar acercarse al caso.*

*Y también yo tuve mis razones para dejar que pasaran los años.*

El cielo de junio estaba oscureciendo cuando el Bedford Caravan verdemar con el logotipo azul real de Channel DK pintado en las puertas atravesó Aarhus y bajó al puerto, donde fue el último vehículo en subir a bordo del transbordador rápido a Sjællands Odde.

Los dos hombres habían escuchado las noticias de las diez en el camión, y no había nada nuevo sobre el caso Kongslund, lo que tampoco habían esperado. Lo que sí hubo fue una noticia algo más larga sobre la expulsión del chico tamil de once años por el que los medios, por otra parte, habían perdido el interés cuando Søren Severin Nielsen retrasó la expulsión con una lluvia de sutilezas jurídicas. Sin embargo, su último recurso había sido desestimado, y el ministerio reaccionó al instante: iban a llevar al chico tan pronto como fuera posible al aeropuerto de Kastrup, y meterlo



en un avión a Calcuta, desde donde tomaría un vuelo regular a Colombo, la capital de Sri Lanka, escoltado por cuatro corpulentos policías daneses.

El ministro nacional había vuelto a conseguirlo, resumía la conclusión favorable de un comentarista político. El Rey Absoluto volvía a demostrar su patriotismo, basado en poner a salvo a los judíos daneses durante la guerra, atreviéndose a expulsar a un extranjero que no tenía ningún derecho a quedarse en Dinamarca, sin tener en cuenta la edad, y que una fuente ministerial de confianza sostenía que era parte de una red muy amplia que se dedicaba a introducir tamiles en el país. Por miles.

Pero en las noticias de Channel DK el destino del chico no iba a ocupar mucho espacio entre los dos programas itinerantes del fin de semana en las dos mayores ciudades de Dinamarca. No había concentraciones multitudinarias para recuperar la primera posición en el cambiante cielo programático de las audiencias; lo que empezó con

un *show* gigante en la sala Stakladen de Aarhus iba a tener continuación el domingo en un *show* televisivo mayor aún en el Forum de Copenhague.

En Aarhus, el jefe de informativos y entretenimiento, Peter Trøst, dio a los miles de asistentes pequeños adelantos de los próximos conceptos programáticos, y los siete leones conceptuales presentes estuvieron hombro con hombro en la última fila, observando la reacción popular. El concepto más controvertido de la noche se lanzó cuando el ambiente estaba en su apogeo, y los leones de la última fila tenían las comisuras brillantes mientras el tráiler de un *show* propagandístico a favor de la reintroducción de la pena de muerte en Dinamarca ocupaba las pantallas gigantes. El adelanto iba adornado con ejemplos ilustrativos de violaciones de niños, terror y asesinatos en masa como argumentos irrefutables a favor de la pena capital; fuera, en el crepúsculo, estaban aparcadas una tras otra las unidades móviles, ocupadas en cubrir cuanto allí

se decía. Cuando el programa se estrenara, el público podría emitir su veredicto sobre una selección de auténticos criminales, y todos esperaban que aquellas sentencias fueran mucho más severas y consecuentes que las sentencias blandengues dictadas por los tribunales daneses. En las pantallas gigantes centelleaban imágenes dramáticas de los ataques con bombas incendiarias contra las embajadas danesas de Siria y Arabia Saudí tras la publicación de las caricaturas del profeta Mahoma, y Peter Trøst gritó:

—¡El futuro no es gratis! ¡Debemos luchar por el futuro! ¡Todos juntos!

Igual que la achacosa cadena debía luchar por sus cifras de audiencia.

Después, en los camerinos, brindaron con vino de reserva, aunque Peter sintió un desagrado momentáneo por lo que había ocurrido y por su papel en ello.

El mal humor no se le fue hasta que encontró a Asger Christoffersen en el aparcamiento, como

habían convenido. Alto y espigado, algo confuso, con mechones de cabello erizados y gafas redondas, lo esperaba entre dos camiones. Se dieron la mano, y Peter metió la desvencijada maleta roja del astrónomo en la Bedford de la cadena antes de partir al puerto.

Un silencio algo embarazoso se abatió sobre ellos. Luego, como haría un académico distraído en una situación parecida, el hombre espigado se ajustó las gafas.

—Por mí, podemos ir y volver a la luna.

—¿A la luna? —Peter estaba perplejo por la extraña declaración.

—Sí. ¿No ves la simbología?

Peter sacudió la cabeza.

—Tú eres Tintín, y yo... —el singular astrónomo sofocó una risa, dichoso de pronto—, yo soy el profesor Tornasol.

De hecho, se parecía al distraído personaje de historieta, aunque era más alto, y Peter sintió en medio de su perplejidad un alivio repentino; como

si el encuentro con Asger Christoffersen hubiera estado decidido desde muchos años antes.

Una vez en el transbordador, los dos se quedaron en el coche, en cubierta, tras los cristales tintados, mientras el resto del equipo iba a la cafetería a por cerveza y algo de cenar.

El distraído profesor de cómic había renacido en la figura de Asger Christoffersen: su expresión algo confusa, desde luego, quedó impresa en el rostro alargado del astrónomo. Llevaba unas gafas de cristales gruesos y montura negra y delgada sobre su nariz afilada, y de aquella apariencia algo indómita surgió una voz sorprendentemente profunda. Se recostó en el cuero blando y dijo:

—De pequeño era esmirriado, pero luego crecí, como si quisiera llegar... arriba y arriba..., hasta las estrellas... ¡Y antes que nadie!

Peter sonrió, pero no dijo nada.

—El año que empecé en la Universidad de Aarhus fue el año en que el físico norteamericano Alan Guth descubrió la mecánica de formación del universo, la época inflacionaria, en la que toda la materia de la que estamos hechos salió disparada al espacio con una fuerza inimaginable; luego escribiría en su bloc de notas: «¡Sensacional descubrimiento!».

El astrónomo rio tan alto y tan de repente que Peter Trøst dio un respingo. Luego cambió de tema.

—¿No es extraño que hayamos dormido en la misma habitación cuando..., cuando éramos bebés?

Asger Christoffersen pronunció la última palabra con evidente regocijo. Después realizó otro pequeño salto cuántico en su universo interior, fuera cual fuese, y dijo:

—He estado casado como tú, Peter, y divorciado, y he abandonado a una hija, igual que a mí me abandonaron. Incluso nosotros, que

vinimos al mundo en Kongslund, cometemos los mismos errores cuyas consecuencias sufrimos hace tiempo. ¿No es extraño?

El estruendo de los motores del *ferry* fue a más, y el camión se balanceó rítmicamente sobre su lujoso sistema de amortiguación. Peter Trøst no tenía ganas de hablar de niños —ni de sí mismo— con nadie.

—Mi hija tiene quince años —continuó Asger—. Es curioso. Yo creía que una añoranza de ese tipo, la añoranza que siente un padre por su único hijo, se mantendría inalterable toda la vida; no se debería poder anular o limitar. Pero aun así ha ocurrido. Después de cierto tiempo disminuyó, como si el amor exigiera más que la mera presencia. Y un buen día lo entendí: la añoranza, al igual que las partículas más pequeñas de la Tierra, es influida por otras partículas con otras cargas y, claro, esa influencia depende de los tres pilares básicos de la vida: distancia, movimiento y tiempo. Si esperamos lo bastante sin darnos a

conocer, y nos alejamos lo suficiente unos de otros, esas fuerzas actúan. Entonces la añoranza desaparece, y el amor se convierte en nada. Fue lo que me ocurrió a mí. Cuanto menos la veía, menos la echaba en falta. ¿No crees que a nuestros padres biológicos les habrá sucedido lo mismo?

Peter Trøst sintió algo de vértigo, como si los cabeceos del barco fueran a provocar un ataque de mareo.

—Estuve en el parto —dijo el astrónomo, sacudiendo la cabeza como asombrado—. Era lo que había que hacer en los años noventa. Me metí mucho en mi papel, casi como si estuviera buscando un nuevo planeta. Sentía todos los dolores que tenía mi mujer, las mismas cuchilladas, punzadas y pinchazos que sentía ella en su tripa y bajo vientre: era como una telepatía del dolor. Y al final tuvieron que darme epidural y acostarme en un puf en un rincón del paritorio para que me tranquilizara. Pensaban que estaba loco.

Peter no sabía si el astrónomo le tomaba el



pelo.

—Algo más tarde, cuando nació mi hija, tuve un ataque de hipo y dolor de estómago, y cuando ella tenía espasmos intestinales a mí me dolía el diafragma. Pensé que me iba a morir.

Asger se inclinó un poco hacia la izquierda y tocó el hombro derecho de Peter.

—Si hubiera sido en la novela de Steinbeck que termina cuando todo se inunda y buscan refugio en un granero, le habría dado el pecho... Pero claro, no había leche.

Peter miró de reojo al espigado astrónomo, pero su sonrisa no era ni irónica ni provocativa. Al igual que Asger, también él había abandonado a sus hijas casi de un día para otro.

Fueron por el sur de Roskilde y se sumergieron en el océano de luz de la capital. Asger retomó su monólogo.

—¿Sabías que la luz de esos millones y millones de televisores encendidos se emite al espacio celeste y nos impide ver el cielo nocturno,

dejándonos ciegos para ver planetas, estrellas y galaxias? Es casi simbólico, ¿verdad?

Peter Trøst volvió a mirar de reojo al hombre con quien compartió habitación en un famoso hogar infantil para ver si hablaba en broma, pero seguía sin parecerlo. Al contrario, irradiaba clemencia.

La inocencia de Peter había desaparecido para siempre cuando ya en su primer año de carrera sedujo a la secretaria de un ministro porque buscaba una información decisiva sobre el empleo excesivo de fondos públicos por parte del ministro —para viajes, estancias de hotel, restaurantes, incluso amantes—, y el contundente método empleado se convirtió en parte del mito de Peter Trøst. La conoció, al parecer por casualidad, en la piscina municipal de Gentofte, y tres semanas de sexo después, ella le contó lo que quería saber. Después no volvió a verlo hasta que empezó a aparecer en todas las pantallas del país dando a conocer sus revelaciones. Era su inicio en el

estrellato, y solo tenía veinte años. No había pensado más en ello; las expectativas de los redactores eran lo único que tenía importancia. La chica, por el contrario, dejó el trabajo, a los compañeros y a todos sus amigos, avergonzada, y cinco meses más tarde la encontraron ahogada, no en la gran piscina de agua caliente del polideportivo de Gentofte, sino en una bañera con agua helada; por si acaso, había tomado tres frascos de pastillas para dormir y se había abierto las venas de ambas muñecas.

El mítico episodio continuaba desatando la admiración entre periodistas jóvenes, que pensaban que aquel tipo de métodos eran parte del juego; aquel tipo de episodios desafortunados no debería afectar a un auténtico reportero. Él había reprimido la experiencia en estado de vigilia, pero últimamente se le aparecía en sueños, lo miraba con fijeza desde el cielo nocturno con el pelo mojado goteando sobre su edredón. Para el caso, podía haber ido de la mano del rector Nordal. Y él

despertaba, con las sábanas arrugadas y mojadas, por el sonido del agua, que sonaba como si saliera a chorros de un agujero abierto en un dique, en algún lugar de la oscuridad.

Aparcaron delante del hotel de Scandinavian Airlines, donde Peter había buscado alojamiento para el espigado astrónomo en una habitación pequeña pero lujosa del último piso, lejos de perturbaciones terrenas y con vistas al estrecho de Øresund y a la costa sueca.

Asger Christoffersen se quedó un largo rato junto a la ventana, intentando vislumbrar la isla de Hven allá a lo lejos; pero la isla de su famoso antecesor estaba oculta por la oscuridad.

**E**ra el tercer viernes de junio, y habíamos seguido la transmisión del enorme *show* desde el Stakladen de Aarhus durante toda la tarde-noche. La emisión finalizaba a los compases del himno

nacional cuando un sexto sentido me hizo levantarme y mirar por la ventana al vestíbulo. Un Audi azul oscuro avanzaba por el sendero de gravilla, y lo reconocí de inmediato.

Carl Malle iba al volante.

No habíamos esperado otra visita del jefe de seguridad en tan poco tiempo, lo que ponía en evidencia la desesperación que debía de reinar en el ministerio que lo había contratado. No podía pensar en serio que fuéramos a decirle más de lo que ya le habíamos contado.

Nos sentamos, como la primera vez, junto a la pequeña mesa de cristal de la sala que da al jardín, desde donde había vistas a la playa. Se divisaba vagamente la silueta de la central nuclear de Barsebäck a lo lejos, y el policía jubilado se quedó un rato como disfrutando el anochecer sobre el estrecho en un ambiente relajado, cosa que cualquiera que lo hubiera seguido a lo largo de los años sabía que era impensable. Carl Malle nunca se perdía en imágenes idílicas, fueran del cielo o

del mar. Solo había venido en busca de la verdad que, en su opinión, encerraba Kongslund. Reaccionaba con lógica y determinación a las señales que, efectivamente, procedían de aquel lugar, y el miedo se erguía junto a él en el sofá, y nos miraba sin cesar.

El policía jubilado frunció el ceño y dijo:

—He hablado con el ministro nacional. Sigue creyendo que tienes información que puede sernos útil.

Me miró a los ojos y dijo:

—Por tu madre de acogida...

Aquella manera de hablar sentimentaloides era poco característica de él.

—Por ella debo facilitar una información que no poseo —completé su frase con tono de desprecio, mientras la rabia me hacía olvidar por un instante el miedo.

Él apretó fuerte la taza de té con su manaza. Podía romperse en cualquier momento.

—¿Qué sabía Magna de ese chico del que se

habla? —preguntó.

—Nunca habló de John Bjergstrand —  
respondí. Era verdad.

—¿Quién ha enviado el anónimo?

—¿Cuál de ellos?

Se quedó un rato mirándome.

—La carta enviada a los chicos de la Sala de  
los Elefantes. A Orla Berntsen y a la prensa.

—¿Cómo voy a saberlo?

—Llevas mucho tiempo viviendo aquí.

Adelantó la mano con la taza.

—Bueno, tú te interesas por...

—¿Por el pasado? —terminé la frase.

Susanne no se había molestado en sacar pastas  
o alguna otra cosa de comer al jefe de seguridad.  
Quizá como muestra de su reprobación.

—Sí —respondió.

—¿Qué pintáis tú y el ministro en todo esto?

Era una contrapregunta repentina y muy  
directa.

Su mano con la taza cayó de pronto sobre la

mesa, y se quedó un momento quieto.

—Hemos conocido a Magna casi desde el principio de Kongslund.

—Sí, te vi en Søborg.

El policía retirado entornó los ojos. Era un gesto de gran nerviosismo para un hombre como Carl Malle.

—Sí. Te vi con Orla y Severin. Cuando eran niños.

—Vivía allí —respondió en voz baja.

—También vigilabas a los demás, ¿verdad?

Malle giró la cabeza y miró a Susanne, que como siempre se había acomodado de espaldas al estrecho y a la luz en el pequeño sofá de caoba oscura, tapizado con seda gris azulada. Me pareció que estaba pálido.

—¿Qué era tan interesante de los siete niños de la Sala de los Elefantes..., de quienes estuvimos allí en 1961?

Oí su respiración a través de la mesa.

—Marie, llevo más de cincuenta años



interesado en este lugar. He conocido durante el mismo tiempo a tu madre —declaró.

—Mi madre de acogida —lo corregí sin vacilar.

—¿Qué te ha contado Magna? Es lo único que necesitamos saber.

—No has respondido a mi pregunta.

Ahora era yo la que sonaba como un policía.

—Eres lista. Siempre lo has sido —concedió, con un tono especial de admiración en su voz que no había esperado—. Pero tus disparatadas preguntas no tienen nada que ver con la cuestión. Sabía por Magna que dos de sus niños vivían en mi barrio, era de lo más natural. Me pidió que me pusiera también en contacto con otros niños, tanto por curiosidad como por amor.

La palabra sonaba fuera de lugar en sus labios.

—O por si estaban en dificultades. Es natural.

Aquello sonaba más auténtico.

—Ten en cuenta que yo era una especie de ángel custodio de Magna.

Trató de sonreír, no lo consiguió, y casi susurró la última palabra. Me di cuenta de que estaba irritado por tener que dar explicaciones, como si fuera él el interrogado.

—¿Conoces a Asger Christoffersen? — pregunté, aprovechando que llevaba la voz cantante.

—¿De dónde habría de conocerlo?

—Tengo la impresión de que lo conoces.

—Sí, lo conozco.

La confesión llegó más de repente de lo que yo esperaba y acompañada de una mirada desafiante de sus ojos grises.

—Sí, porque sus padres estuvieron a punto de echarlo todo a perder, ¿verdad?

Su mirada vaciló, fue un espectáculo raro de ver. Durante todos los años que lo espí en Søborg no había visto nada parecido.

—Cuando hicieron que Susanne y Asger se conocieran, ¿verdad?

Me di cuenta de que Susanne se sobresaltó.

Pero Carl Malle siguió callado.

—No debíamos hablar entre nosotros, ¿verdad? No debíamos darnos cuenta de que ninguno de los niños de la Sala de los Elefantes sabía nada de sus padres biológicos, o que habían estado a la vez en el mismo sitio y tenían la misma extraña laguna mental sobre su pasado, ¿verdad? De hecho, Magna, en contra del espíritu imperante en Kongslund, recomendó a los padres adoptivos de los niños que no desvelaran nada a sus hijos acerca de su pasado. ¿Verdad? No debían saber ni que eran adoptados ni que procedían de un hogar infantil. Porque así ella podía..., vosotros podíais... tapar el escándalo que de otro modo habría destruido Kongslund y a todos los implicados. ¿Verdad? ¿Estoy en lo cierto?

El hombre se quedó un rato en silencio; solo sacudió la cabeza.

—¿En qué consistía el escándalo?

Estaba extrañada por mi arrebató y por las palabras escogidas.

—¿Quién es John Bjergstrand?

Volvió a respirar con pesadez antes de recuperar el habla y dijo:

—Escucha, Marie. Ayúdanos a encontrar a ese chico, ya que Magna no puede hacerlo; porque tal vez la mataran a causa de esas cartas... y, sobre todo, por ese nombre. Por Dios, era tu madre.

—Mi madre de acogida.

—Sí. Y puede que alguien matara a tu madre de acogida para que no llegáramos hasta el niño.

—O para encontrarlo.

La acusación quedó flotando en el aire. No me atrevía ni a mirar de reojo a Susanne Ingemann.

—Nunca ha sido fácil hablar contigo, Marie.

—Nunca has expresado ningún interés en ello.

Quedó callado una vez más mientras controlaba su furia. Sus manazas rodeaban inmóviles la taza, de la que apenas tomó un sorbo. Luego dijo:

—Buscamos también su diario personal. El Protocolo de Kongslund.

No hice caso de la sorprendente información que parecía poseer.

—¿Qué pasa con nosotros, Carl? ¿Qué pasa con los niños de la Sala de los Elefantes que os inquieta tanto? ¿Qué nos hace tan interesantes?

Se levantó de pronto y soltó la taza. Había perdido la paciencia.

—Marie, creemos que Magna entregó el Protocolo a alguien antes de morir. Y tú eres la posibilidad más cercana.

Arrojó una pequeña tarjeta sobre la mesa.

—Llámame por teléfono si quieres hablar conmigo. Estoy seguro de que te haces una idea de lo que quiero saber. Llámame.

En el último instante recuperó la presencia de ánimo.

—Ah, claro. El interés de Marie por los asesinatos... —observé, y oí que sonaba como un gruñido, pero no pude contener la rabia.

—Sí, ¿verdad? Como en una novela de suspense, ¿no?

Era lo más cerca que se permitía Carl Malle de llegar a algo tan poco creador de realidad como el sarcasmo.

Luego abandonó la sala, y oímos que se cerraba la puerta principal del vestíbulo. Su taza quedó sobre la mesa, intacta.

Susanne Ingemann, directora de Kongslund y una hoja en blanco para la mayoría —fuera de Kongslund—, no había dicho ni palabra durante la confrontación.

Por supuesto, iba a tener que desvelar el secreto que muy pocas personas conocían, y que Carl Malle y yo acabábamos de compartir en la sala.

Otra de las pocas personas que lo sabía había sido Magna, claro.

La posición de Susanne como directora del conocido hogar infantil tenía tan poco de casualidad como cualquiera de los demás sucesos

que relacionaban entre sí a los niños de la Sala de los Elefantes.

Magna la nombró su asistente de confianza en 1984, y cinco años más tarde Susanne relevó a su jefa en la dirección. Mientras tomábamos té en la sala que da al jardín un par de semanas después del nombramiento, me llamó la atención lo guapa que se había puesto con los años, y me pareció extraño, como a todos los demás, que nunca se hubiera casado y formado una familia. Debió de tener literalmente cientos de pretendientes, pero, como es natural, no me atrevía a preguntarle por algo tan íntimo.

Para mi gran sorpresa, me visitó varios días después en mi habitación, adonde por lo demás casi nunca venía nadie. Aquello me cohibió al instante, ya que no solía recibir visitas, a excepción de Gerda o mi madre de acogida (y, claro está, Magdalene, antes de que empezara a cortejarla un rey en el Más Allá).

Algo insegura, le ofrecí la silla Chippendale, y

me senté en la cama, callada, incapaz de hablar. Hasta el espejo calló aquel día, y fue como si se fundiera con la pared, cosa que nunca había hecho antes. Creo que estaba tan abrumado como yo por el resplandor de Susanne.

Durante las primeras visitas me preguntaba por los niños, y por las rutinas del hogar durante los años que yo había vivido allí, y era de lo más natural. Yo respondía como podía, y tal vez entraba en más detalles de los necesarios, hablándole de los métodos pedagógicos de Magna, que nadie había puesto nunca en entredicho, de su relación con Gerda y de su lucha contra todos los poderosos hombres sabihondos que, en el transcurso de los años, trataron de inmiscuirse en los asuntos de Kongslund, y eso pese a que debían de saber que se trataba del territorio ilimitado de Magna, que iba a devolver el golpe con tanta energía como cuando aplanaba a martillazos los tallos de las flores en la mesa de la cocina. Las explicaciones me dejaron algo jadeante, porque no



estaba acostumbrada a hablar más alto de lo que Magdalene podía justo oír, pero fui relajándome, ya que Susanne escuchaba con enorme atención, y nunca me preguntaba nada personal.

Pero todo cambió.

—Eres una mujer muy guapa, Marie —dijo de pronto un sábado al atardecer, justo después de que le hubiera descrito la conocida escena de Gerda con el comandante alemán de la Gestapo en la guerra, sin duda con evidente admiración y voz entusiasmada.

Luego añadió lo impensable:

—¿Por qué no te has casado?

La sangre subió al momento por mi cuello, hasta llegar a mis mejillas torcidas, e hizo que mi colgante hombro izquierdo me abrasara como el fuego. Me hizo un daño horrible. Nunca había compartido mi fealdad con nadie, excepto el enorme espejo de caoba que había colgado de la pared toda mi vida. Ya de niña me acostumbré a sus modos algo malvados y a las preguntas

impertinentes (que sabía se debían a la naturaleza insistente del espejo mágico) y a nuestras conversaciones nocturnas, que siempre giraban en torno a mis defectos innatos. Durante mi niñez, Magna se esforzó por suavizar mi extraña apariencia a los ojos de otras personas, contándoles —acompañada de sus cordiales risotadas, interminables— la historia del asombroso físico de la Niña Abandonada, que había embelesado a un montón de cirujanos ortopédicos y especialistas.

Pero Susanne no sonrió. Lo que hizo fue acercar la silla a la cama, donde estaba yo sentada junto a la cabecera.

—Tú no lo sabes, Marie, porque solo te contemplas en un viejo espejo cochambroso que no te abarca entera. Solo ves lo torcido y diferente. Pero no ves la imagen total.

Sus labios estaban entreabiertos, y la luz del sol bajando sobre el estrecho acariciaba sus hombros y su cuello. No puedo describirla de otro

modo hoy. Ni siquiera Magdalene había llegado hasta mi alma así, sin la menor timidez, y me sentía muy abrumada. Tras ella colgaba el espejo, oscuro y reservado, envuelto en grandes sombras, y sentí que los celos que ni un espejo mágico puede ocultar habían quedado arrinconados sin remedio; se calló por primera vez en su dominio centenario.

Pese a todo, no me atreví a contestarle en aquel instante mágico, porque temía que el ceceo que compartía con mi vieja amiga espástica tras su muerte fuera a regresar e hiciera mis palabras incomprensibles para Susanne. Pero no tenía nada de qué preocuparme.

En aquel momento, se inclinó hacia delante entre el brillo de las siete velas encendidas dispuestas en el candelabro dorado que me regaló Gerda Jensen por mi confirmación, y me besó. Me quedé tan conmovida que no pude apartar mi cuerpo ni un centímetro del de ella. Nos envolvía su aura roja al sol del estrecho, y de repente desaparecí en ella y, por primera vez en mi vida,

abracé para mi asombro a otra persona de mi edad, y sentí que me ahogaba de una manera que nunca había conocido.

Varias horas más tarde, tumbada en la cama después de que Susanne se fuera, reí con tal fuerza que seguro que lo oyeron en la isla de Hven, y el viejo investigador celeste de nariz de plata debió de alzar la vista hacia el Carro y la Osa Mayor y preguntarse qué demonios había liberado el cielo nocturno.

«¡Todos, querido Tycho! ¡Todos ellos!».

Y una voz que debía de ser la mía gritó: «¡Ahora entiendo!».

Susanne volvió noche tras noche, y todo aquel invierno pasamos las noches juntas en la Habitación del Rey, mientras los niños dormían y las ayudantes velaban en la planta baja. Y una noche en que el viento silbaba helado entre las siete enormes chimeneas de Villa Kongslund, me contó quién era en realidad.

Cerró los ojos, desapareció de la realidad

física y me habló de la península en la que había una granja rodeada de un pequeño jardín con espinos y zarzales; su historia era más funesta e incomprensible que cualquier relato que hubiera escuchado antes, fuera el de Orla, el de Peter o el de Severin, que ya había estudiado con un cuidado rayano en el miedo. Fue una declaración de confianza que nunca había mostrado a nadie, y a su espalda el espejo seguía negro e invisible; creo que aquella noche su magia se deshizo para siempre.

Nadie podía haber escondido su pasado mejor que Susanne Ingemann, pero ella no sabía que yo conocía su secreto más íntimo. Llegó a Kongslund en 1961 y la acostaron en la Sala de los Elefantes, donde pasó las Navidades conmigo —la otra chica de la sala— y con cinco chicos. Era el último de los siete niños de aquella fotografía de revista vieja, «los siete enanitos»: la única chica, aparte de mí.

Nunca me habría atrevido a contarle la verdad

acerca de lo que sabía de su vida y de su pasado, aunque desconocía la razón. Tal vez me avergonzaba de mi añoranza de niña por conocer a los niños que se habían marchado, y mi extraordinario talento para seguir sus huellas y vigilarlos sin que nunca percibieran mi presencia —era una habilidad inusual, pero no una habilidad de la que se habla a otros con orgullo—. Y no era lo único que me contenía. Su vida era sin duda la más extraña de las cinco que recopilé a duras penas, y aquello se debía, claro está, a la decisión fatal de sus padres adoptivos de no hacer caso a la diferencia entre hijos adoptados y biológicos desde el principio. Los niños adoptados nacen en un extraño mundo al revés en el que la madre biológica ha rechazado su amor por ellos y, a cambio, una mujer desconocida les ha dado el suyo; ese equilibrio frágil, singular, puede desbaratarlo el menor acontecimiento imprevisto.

Pero la razón más importante, por supuesto, era la que podía costarle todo, y la que en el fondo

la convertía en lo que era, pese a su llamativa belleza. Una copia de las antiguas señoritas.

Susanne había matado de una manera que nadie podía justificar.

## SUSANNE

*1961-1978*

*Llegó a Kongslund por segunda vez cuando ya era mayor. Entró en la villa con esa mezcla especial de cautela y obstinación que parecen albergar en el mismo cuerpo los niños de Kongslund.*

*Creo que cedió ante su curiosidad; creo que dejó que Magna la convenciera para ocupar el puesto de asistente de confianza y, después, el de sucesora. Y, claro, nadie podía haber sido más apropiada que ella.*

*Para mí siempre había sido la encarnación de la niña que se instaló en la hoja de nenúfar para*



*remar por las vías fluviales hacia el Reino del Topo. La amé desde el primer día que la vi, cuando, agazapada tras saúcos y espinos, la miraba a escondidas y me imaginaba cómo debía de ser su vida allá lejos, en La Franja.*

Llegó como una extraña y se fue como una extraña.

Así de fácil puede describirse el principio y el final de la infancia de Susanne Ingemann.

Habían pasado cinco años de la muerte de la anciana Magdalene cuando volví mi atención hacia aquella chica que nos dejó en marzo de 1962. Mi quehacer no dejaba de ser complicado, ya que sus padres adoptivos vivían en una zona a la que yo no podía acceder tan fácilmente.

La primera vez que tomé el tren de la Estación Central de Copenhague a la ciudad de Kalundborg tenía trece años. Fue un fin de semana en que

Magna tenía un congreso con sus aliadas de la Bondad de Corazón en una pensión veraniega de la costa. Recuerdo que Gerda me observó con aquella mirada que había asustado a la patrulla de soldados en el exterior de Villa Kongslund, pero al final me dejó partir, e incluso me prometió no decir nada de mi ausencia. Creo que recordaba sus propias ansias de viajar, las que, con el paso de los años, fueron sustituidas por su amor hacia Magna, y puede que incluso comprendiera a nivel inconsciente que yo saliera a ver a uno de aquellos niños que una vez conocí: Susanne.

Pasé todo un día en la luminosa franja de tierra donde ella vivía a la sombra de un gran arce. No me vio, y tampoco yo me mostré. Tal vez debería haberlo hecho, a la luz de lo que ocurrió después, pero entonces ni se me pasó por la cabeza, claro. Era el ser más guapo e inocente de los que marcharon de la Sala de los Elefantes, y nadie que la viera podía creer que ningún mal fuera a afectarla. Era una equivocación que muchas veces

me reprochaba a mí misma. Susanne Ingemann llegó a un hogar habitado por unos demonios más poderosos que los que nunca había conocido, y que por tanto no reconocí durante los primeros meses que la seguí a distancia, oculta tras las varas de avellano y la maleza de La Franja. Al igual que un montón de niños antes de ella, fue víctima de una fuerza que albergan muchos adultos —sobre todo mujeres— y que Magdalene me describió una vez como «el sueño de todo lo que podrían haber sido, el amor que podrían haber encontrado y los lugares que podrían haber visitado», pero les faltó valentía. ¿Y quién podía saberlo mejor que Magdalene?

Susanne llegó a la pequeña propiedad de La Franja en la fría primavera de 1962. La granja estaba bien cuidada, el edificio era sólido y había sido propiedad de los Ingemann durante cuatro generaciones. Desde la carretera, el edificio principal parecía una caja de bombones plana que un niño creativo había adornado con ventanas,

puertas y un tejado inclinado, y después había dejado caer entre dos colinas, donde se alzaba al abrigo de las miradas curiosas y de las violentas ráfagas de viento procedentes del fiordo. Junto al edificio principal había un pequeño granero, y al final del prado, un pequeño pantano y un estanque en el que los niños del pueblo patinaban en invierno y nadaban en verano; el estanque lucía gris azulado por san Juan y verde oscuro en noviembre, cuando llegaban las tormentas invernales. Lo primero que Susanne recordaba de su vida era un día de otoño en el que bajó al estanque y se metió un poco en el agua y se quedó mirando el fondo, y de repente vio otro rostro que se mecía arriba y abajo, desaparecía y volvía a aparecer entre ramas, nenúfares y hojas de romaza. Así me lo describió una vez.

Desde la oscuridad bajo la superficie, una niña la miraba, desesperada, y Susanne sintió unas ganas enormes de dejarse hundir bajo los nenúfares y compartir con ella el frío y el silencio.

Creo que mucho después comprendió a quién veía allí abajo, pero nunca lo desveló, quizá tampoco a sí misma. El grito de su padre desde la orilla la salvó, y nunca ha querido contar más.

Cuatro generaciones antes siempre había más chicos que chicas en la granja, pero los abuelos de Susanne tuvieron tres hijas, tres mujeres, y no tuvieron más descendencia. Así que cuando la hija mayor, Josefina, decidió casarse con el capataz de la granja vecina, quitó a todos un gran peso de encima; ahora la granja familiar podría continuar otra generación.

Creo que el Destino debió de oír su común suspiro de alivio, para después, como siempre, tomar sus precauciones. Bastó un único mal paso, un sueño ingenuo, un amor que de todas formas nunca podría materializarse. Y Josefina Ingemann avanzó hacia el abismo. Unos meses antes de decidir que iba a dar el sí al capataz, anduvo flirteando con un veraneante de Copenhague llamado Ulrik, que impresionó a la joven

campesina con su exótico estilo de hombre de mundo. Conoció al esbelto joven en la ciudad un día de mercado, captó su mirada y participó de su sueño acerca de lo que podía dar de sí el futuro. Primero quería viajar por el mundo y recoger material para su gran libro de viajes, al año siguiente iba a volver a casa a publicarlo y cosechar gran fama y éxito, y luego iba a casarse con ella y convertirla en reina del castillo que habían soñado.

Era lo que decía.

Y de hecho un día se marchó, pero aunque ella le envió en los meses siguientes tantas cartas que ya no podía ni contarlas, a las listas de correos de todo el globo, nunca le llegó una sola respuesta.

Al final, envió su última carta y se resignó; se casó con el capataz de la granja vecina, que siempre la había querido, ingresando así en la larga hilera de mujeres que se han casado con un hombre afectuoso mientras sueñan con otro al que, al fin y al cabo, no se atrevieron a seguir.

Me di cuenta de que aquella granja era un hogar del gusto de Magna, porque estaba junto al fiordo, entre dos colinas, y hacia el sur y el oeste hasta donde alcanzaba la vista no se veía otra cosa que mar.

Los más antiguos moradores de La Franja podían contar a quien quisiera escucharlos que el paisaje azotado por los vientos ocultaba secretos y tragedias desde el principio del Reino. Fue allí donde el hijo de Valdemar el Conquistador murió cuando una lanza perdida le atravesó el corazón, tras lo cual el rey, abrumado por el dolor e impotente, encendió una hoguera tan grande que consumió cada tronco, cada rama y cada hoja de toda La Franja, y delante de las llamas echó la maldición de que sus habitantes fueran eternamente azotados por tormentas y vientos cada día durante mil años y nunca jamás encontraran abrigo.

Pero resulta que los árboles volvieron a prender en el barro húmedo y se alzaron hacia el cielo y por colinas, valles y prados, y mariposas blancas, amarillas y anaranjadas volaban rodeadas de auténticas escuadrillas de insectos zumbones.

Y en medio de aquel colorido vergel vivía Anton Jørgensen, el marido de Josefine Ingemann, que era tan modesto que, de ser por él, probablemente nunca habría venido al mundo. Y quizá fuera también la causa de que su simiente no lograra dar a Josefine un heredero, como si una fuerza le negara la fertilidad e impidiera que se materializara el sueño mayor de la familia.

La idea de adoptar surgió cuando la hermana pequeña de Josefine leyó en una revista un artículo de ocho páginas, con bellas fotografías en blanco y negro, de un hogar infantil en Skodsborg, al norte de Copenhague. La directora aparecía en un enorme césped, con los brazos abiertos haciendo un gesto inmenso bajo el titular: «Dejad que los niños se acerquen a mí».



Esperaron casi dos años hasta que les dieron el visto bueno para adoptar, y recibieron el mensaje la misma semana que Susanne nació y cubrió en taxi los pocos kilómetros que separaban el Hospital Central del hogar infantil Kongslund, donde las señoritas acomodaron su cuerpecito en una de las camas de la Sala de los Elefantes. Aquellos meses los pasó en la cama contigua a la mía —tal como supe más tarde—, y me fascinaba pensar en ello, mientras la contemplaba en la granja desde mi escondite entre la maleza y me daba cuenta de las adversidades, que no habían hecho más que empezar.

Nadie supo nunca si fue la sobria humildad de Anton frente a las mujeres fuertes de Kongslund lo que impidió que la familia recibiera el tan deseado chico; tal vez les prometieran otro niño más, como ocurría de vez en cuando; cuando Susanne, muchos años más tarde, preguntó a su padre por ese detalle concreto, la miró un rato, extrañado, y luego se metió las manos en los bolsillos e hizo como si no

estuviera presente. Cuando a Anton le hacían alguna de las pocas, pero difíciles, preguntas de la vida, esa era su reacción: desaparecía sin previo aviso de su cuerpo, que en su aspecto físico seguía erguido sobre el suelo, adonde regresaba cuando el problema o el inquisidor había desaparecido. Susanne se dio cuenta de que nunca iba a responder, y lo dejó allí, en el patio de la granja. Unos minutos después Anton se puso en movimiento y se marchó, y todo pareció irreal.

Pero, tal como estaban las cosas, y cumplidas ya todas las formalidades, Anton y Josefina llegaron a Skodsborg el 9 de marzo de 1962 en su reluciente Volvo nuevo de color crema de vainilla, y Josefina se enamoró de inmediato de la pequeña belleza sentada en el suelo. Muchos años más tarde me di cuenta de que ese mismo día Magna habló a Josefina y Anton de los antecedentes de la niña, y era una historia que podía ser verdadera o inventada, pero que probablemente costó una vida humana: la madre biológica de Susanne fue

directamente desde la cama donde dio a luz hasta la Estación Central, donde estuvo con una serie de hombres, e hizo lo necesario, y a continuación compró un billete de ida en primera clase a Hamburgo, y allí desapareció su pista. Tras esa descripción, la pareja de La Franja accedió con sumo gusto a la propuesta de la directora de destruir los pocos papeles que había sobre la turbia maternidad, en contra de los principios normales de Asistencia a la Maternidad.

Cubrieron los ciento veinte kilómetros de vuelta a La Franja por carreteras heladas sin parar una sola vez, deseando acostar a su recién encontrado bebé en su nuevo hogar y verlo despertar a una nueva existencia cuando el sol se alzara sobre el fiordo a la mañana siguiente.

Por la noche, tarde, hicieron el amor, como si quisieran simbolizar en un abrazo la concepción de una nueva vida, y Josefina gritó en voz alta bajo el musculoso cuerpo de Anton, liberándose de las preocupaciones de los muchos años malditos en La

Franja. Se durmieron justo después, abrazados, ajenos al sonido del ser que aquella noche cantó a la vida en el fértil cuerpo de Josefina; su sueño era demasiado profundo para oírlo.

Al amanecer, la tempestad de nieve había continuado hacia el norte, y brillaba el sol sobre la granja y se filtraba por entre las ramas de los árboles a los que el viejo rey arrojara su maldición. En una franja de luz de la ventana estaba la niña, tan guapa e irreal como Pulgarcita en su hoja de nenúfar, en su cuna blanca, escuchando la llamada que solo ella podía oír.

Fue por aquellos días cuando el trotamundos de Ulrik —entre dos de sus numerosos viajes por el ancho mundo— reapareció en la vida de Josefina. Con discreción y cortesía, tal como ella lo recordaba.

Lo vio en la calle mayor de la ciudad, donde

estaba haciendo las compras del viernes, y no hubo salvación posible, claro. Si oyó de lo Alto alguna advertencia, no le hizo caso. Ninguna mujer ha dejado nunca que un aviso tan vago la impidiera dar su corazón y algo más al elegido.

La invitó a almorzar en el hotel del Marino. Después ella lo acompañó a su habitación y escuchó sus aventuras por todos los oscuros continentes que había cruzado —sin pensar en ella para nada—, y fue como si el Viajero nunca se hubiera marchado; fue como si el cuerpo de ella nunca hubiera deseado otra cosa.

Tal como era Anton, no le extrañó que su mujer volviera más tarde aquel día, y Josefina tenía el recuerdo de la aventura tan grabado en la mente que ni su mejor amiga fue capaz de percibir la menor señal. En su biblioteca hubo desde aquel día una estantería con cuadernos de anillas que coleccionaba año tras año, con todos los artículos escritos por él en *Hjemmet*, *Alt for Damerne* y *Familie Journalen*.

Durante los años siguientes, Josefina envió cartas no atendidas a todas partes del globo y Ulrik publicó libros cada vez más gruesos con aventuras cada vez más grandiosas de rincones del mundo cada vez más lejanos de Dinamarca, y no digamos de La Franja, donde estaba decidido que viviera Josefina Ingemann desde el nacimiento hasta la muerte. Ella los compró todos, pero a él no volvió a verlo.

Cuando en verano de 1962, cuatro meses después de la llegada de Susanne, recibió la sorprendente noticia de su milagroso embarazo, estuvo seis días sin decírselo a nadie.

Al séptimo día hizo un aparte con Anton, una tarde que acababa de apearse del tractor, y le comunicó el hecho asombroso: la noche que volvieron de Kongslund hicieron el amor, dijo, y así fue como sucedió el milagro y se quedó embarazada. Esa era su historia, preparada con cuidado, cuyos detalles temporales bien podían encajar con un poco de buena voluntad.

Pero un hombre del calibre de Anton carecía de fantasía para imaginarse una traición de tales dimensiones. Así que se quedó en el patio de la granja, con su camisa roja a cuadros ondeando al viento, tratando de encontrar palabras para expresar su alegría. En el mismo instante, ella dejó escapar su siguiente observación, sin pensar en las consecuencias:

—Pero ¿cómo vamos a devolver a Susanne?

Anton se quedó inmóvil, casi sin respiración.

—¿A qué te refieres con... devolverla?

Los ojos verdiazules de Josefine tenían el mismo color de la superficie del estanque en los helados y luminosos meses de invierno, y ella le habló como a un niño:

—Anton, así es como debería haber sido, desde el principio, ¿no? Debíamos haber tenido nuestro propio niño. Ahora que estoy embarazada de nuestro hijo, seguro que hay en alguna parte unos padres sin familia que se alegren con Susanne. No necesitamos dos.

La lógica era de las que normalmente hacían que Anton callara al instante y abandonara su cuerpo, elevándose en el aire con gracia, sobre todo cuando estaba en compañía de mujeres; pero aquella vez, no. Josefina debería haber sospechado algo.

Anton se balanceó atrás y adelante durante unos segundos, mientras buscaba las palabras, y al final dijo:

—¿Dices que debemos entregarla... a gente..., a completos des...?

Josefina asintió y su boca se entreabrió con una sonrisa:

—También nosotros éramos completos desconocidos —arguyó—. Antes de que nos conociéramos.

Anton Jørgensen se quedó con los brazos colgando a los lados; se parecía al espantapájaros de la huerta, que su suegra vestía, invierno tras invierno, con sus camisas de campesino ajadas. Luchó en busca de palabras en los pocos segundos



antes de que se lo llevara el viento.

—Escucha —susurró Josefina, acunando ya en sus brazos con suavidad al bebé recién nacido, que era sangre de su sangre—, llamamos a Asistencia a la Maternidad de Copenhague y les explicamos el problema. Así podrán encontrar otra familia para Susanne; una familia que pueda darle todo lo que nosotros ya no podemos.

De mayor, Susanne meditó muchas veces sobre aquel momento fundamental en el que Anton se quedó callado ante su mujer, comprendió de pronto su intención y abandonó su cuerpo para subir al cielo, desde donde observaba lo que nunca creyó posible. De un segundo a otro, su recto amor incondicional se convirtió en negra y contrahecha desesperación. En el antiguo mundo, su figura trabajadora estaba junto al tractor sin sospechar nada, esperando a la madre y al bebé; en el nuevo, miraba los ojos verdiazules de Josefina y la veía por última vez, antes de que su imagen se esfumara.

¿Cómo puede una persona protegerse de una catástrofe así? ¿Debería haberse tragado el miedo y la furia? Anton, como persona, era incapaz de responder a ese tipo de preguntas complicadas, pero su alma ya había encontrado la respuesta. Estoy segura de que Josefina lo vio desaparecer en aquel instante, y creo que los dos supieron que Susanne debía quedarse en la granja, pero que ellos nunca volverían a encontrarse como marido y mujer.

Como es natural, no se separaron físicamente, tal como me explicó después Susanne, porque ninguno de los dos tenía adónde ir. Fueron sus almas las que, en el crepúsculo nocturno, volaron cada una por su lado, casi como un par de hojas arrancadas, para no volver nunca más.

Josefina dio la vuelta y volvió a la casa, algo inclinada hacia delante, como si aún llevara al invisible bebé en brazos. Anton se quedó como un tronco de árbol, en medio del patio, y no se movió de allí hasta que empezó a oscurecer.

Aquel invierno Josefina dio a luz a una niña, a la que puso el nombre de una amiga de la escuela que se casó con un norteamericano y viajó por todo el mundo. Su amiga se llamaba Amanda, y lo cambiaron un poquito, así que la hermana de Susanne se llamó Samanta, porque Josefina, desde antes del nacimiento, había decidido que los nombres de las niñas empezasen por la misma letra. Tal vez deseaba de forma inconsciente ocultar el hecho de que los orígenes de las dos chicas eran radicalmente diferentes: que Samanta era sangre de su sangre, mientras que Susanne era una extraña, traída al mundo por una mujer que Magna les dijo que había sido puta en Hamburgo.

Era un hecho que, tras el nacimiento de Samanta, había que ocultar por todos los medios.

Los primeros años, las dos niñas crecieron en aparente armonía, pero en realidad estaban rodeadas del curioso silencio de sus padres y del lugar. La mayoría de la gente guarda vivas las lejanas impresiones infantiles, bien envueltas y

apartadas en la sección inferior de la conciencia, pero de vez en cuando se caen de una estantería y aterrizan en el presente con estrépito, salta una bisagra y fluyen extraordinarias visiones y frases. Así era como Susanne recordaba mucho después la sensación de inseguridad cuando estaba en la cocina con su madre y le parecía estar en compañía de una desconocida. Oía el pan recién horneado, oía parlotear a Samanda, veía a su madre tomar a Samanda, sentarla en la mesa de la cocina y mirarla a los ojos mientras le acariciaba el pelo. Y en aquel momento Susanne percibía la diferencia que no había tenido la menor posibilidad de entender.

Percibía el amor de su padre cuando la levantaba en el aire y cuando la llevaba al campo y le hablaba de las maravillas que se escondían por encima y por debajo de la tierra, pero oía también un tono compasivo que Anton no podía ocultar, porque no se daba cuenta de su existencia. Cuando se hiciera mayor, sus padres podrían

haberle contado toda la historia, pero en la casa-  
caja de bombones blanca hacía tiempo que habían  
decidido ocultar la verdad. En aquellos años  
Josefine estrechó cada vez más su relación con  
Samantha, mientras hacía cada vez menos caso a  
Susanne. Sus estanterías estaban llenas de libros  
altos y delgados con el nombre de Ulrik el  
Conquistador escrito en oro en el lomo, y relatos  
del amplio mundo exótico que ella no vería con  
sus propios ojos: cumbres nevadas del Tíbet,  
profundas grietas en el Himalaya, estrechos  
senderos incas de piedra en los Andes, que  
serpenteaban sin fin, cada vez más arriba. Por  
medio de las palabras de Ulrik, los conquistadores  
se colaban sin que los vieran Anton y las niñas  
hasta la habitación de Josefine, que siempre estaba  
dispuesta. Oía sus cuchicheos en medio de  
triviales conversaciones telefónicas para hacer el  
pedido en la tienda, veladas de cartas, consulta  
con el dentista y organización del bazar navideño,  
y cuando estaba sola y oteaba el fiordo.

Nunca intentó escapar. ¿Adónde iba a ir? Había leído sobre el nuevo movimiento de liberación a sus compañeras más jóvenes, en Copenhague, sería en 1970; pero comprendió por instinto que no habría sitio para ella. Ni siquiera sabían que existiera.

Entonces, desapareció en su interior, zozobró y se hundió hasta el fondo, y se tumbó a descansar en las profundidades de la existencia que le había tocado vivir y que no podía soportar. Todas las noches se sentaba en el banco rodeada del mar de sombras bajo las varas del avellano, donde yo me escondía, con la mirada hacia el sur. Saludaba a sus visitantes invisibles con un gesto con la cabeza, como si negara en silencio un mensaje que solo ella oía. Yo veía cómo se hundían sus hombros hacia la tierra, donde al final iban a desaparecer, y su boca entreabierta como protestando contra un hambre enorme, crónica, que nadie podía saciar.

Nunca había visto una añoranza tan grande. Ni

tan siquiera a Magdalene, que era experta en todo tipo de añoranzas del cuerpo y del alma. La reconocí con cierta violencia, tal vez porque estaba haciéndome mujer, y porque temía que el mensaje preferido de Magna a los niños de Kongslund hubiera sido siempre falso. «Los mejores hogares están junto al mar». Pero no era verdad. Fue lo que aprendí en La Franja.

Junto al mar están los hogares de los que nadie puede escapar.

Ojalá Josefine hubiera respondido a aquellas llamadas, dijo una vez Susanne. Pero su voz no sonaba muy convencida.

Ojalá su madre hubiera seguido sus susurros hasta el final del arcoíris, en vez de dejar que las palabras de los conquistadores se convirtieran en mensajes susurrados sobre un mundo que estaba a una distancia infinita del jardín y las varas de

avellano de La Franja.

Vista desde fuera, solo era una madre feliz con dos hijas que, bien es verdad, eran muy diferentes y no se parecían —y casi nunca jugaban juntas—, pero así suele pasar entre hermanos. Nadie ajeno a la granja habría imaginado que Josefina albergara los mismos sentimientos maternales hacia una que hacia la otra.

Nadie reparaba en la tensión subyacente cuando Josefina encontraba restos vagos de una persona ajena en la forma de ser de Susanne. Para la mayoría de los padres, la diferencia innata entre sus hijos no es ningún problema, porque el amor es tan ilimitado que comprende singularidades, errores y diferencias incomprensibles. No tienen por qué temer que el amor pueda pesarse y abarcar demasiado o demasiado poco, porque al fin y al cabo se encuentra por todas partes. Pero con Josefina no era así. Cuando estaba con sus hijas antes de acostarlas, aparecía la fina diferenciación, que no debería haberse producido,



y ocupaba su lugar en el espacio. Había en su voz un matiz tan débil que nadie pensaría que un oído humano pudiera captarlo, pero la hija adoptiva lo captaba, y se daba cuenta al instante de que era una invitada, una extraña. Que había unos vínculos que no se habían establecido.

Buscaba por instinto la compañía de su padre, que no parecía compartir la diferenciación, pero tampoco lograba expresar sus sentimientos con palabras, ni con amor, pena o rabia. En hombres como él, esa clase de fenómenos debía encontrar otras vías.

Un día estaba sentado en un tocón de un claro del bosque y tendió una rana delgada a su hija. Cerró con cuidado la mano en torno a ella y dijo:

—Este es uno de los mayores milagros de la vida.

Luego apretó el cuello del bicho con dos dedos hasta que las uñas se pusieron blancas.

—Esta es la puerta entre la vida y la muerte.

Y la mató y la dejó caer inánime sobre la

hierba.

Susanne no entendió sus palabras entonces, pero se dio cuenta de que había ahogado a la frágil ranita mientras hablaba, y de que en su mirada había una expresión que hizo que sintiera quemazón en los ojos. Los frotó y sintió la humedad en sus dedos.

Al igual que la historia de Susanne sobre Anton ahogando a la rana, creo que la brutalidad siempre es la primera señal de que algo se cuece, y la brutalidad tiene muchas facetas. Cuando estaba en quinto de primaria, Susanne sufrió unas extrañas reacciones físicas, más propias de un adulto atacado por el estrés, o atormentado por la mala conciencia, que se pone a meditar sobre los disgustos. Primero apareció como un gorgoteo en el diafragma, y después una especie de punzadas en el estómago, como si se hubiera tragado una avispa que una vez por minuto agujoneara sus costillas. Justo cuando el director y el maestro le restaban importancia pensando que serían

retortijones, porque un día de lluvia anduvo con los zapatos mojados, empezó a presentar síntomas regulares de úlcera gástrica, y la pusieron a una dieta compuesta de sopa de avena y lenguas de gato. La compasión salía a su encuentro, y a intervalos adecuados se acordaba de apretar los dientes, como si superase con valentía un pinchazo de dolor. Luego daba un suspiro profundo, pero no exageraba demasiado, porque muy pronto se dio cuenta de que la auténtica compasión debe llenar de bienestar también a quien la muestra, y por eso no tolera la desesperación total ni la ausencia de esperanza.

Por aquella época, cuando cumplió doce años, a Susanne le regalaron una bicicleta azul de guardabarros brillantes, pero dos semanas después uno de los maestros la encontró tirada en la gravilla bajo el tejadillo de la escuela, medio doblada y pisoteada. Por la ferocidad empleada, parecía que alguien muy enfadado la hubiera arrojado al suelo y después hubiera saltado sobre

el guardabarros y las ruedas y los hubiera pisoteado, así como los pedales y el manillar.

Susanne se quedó mirando el destrozo en silencio, pero no lloró, y tampoco dijo nada. Cuando el indignado director, acompañado del bedel, quiso poner en marcha una gran investigación para encontrar al responsable del acto vandálico, ella siguió sin decir nada, y se alejó de ellos; quizá los dos hombres sintieran preocupación ante aquel silencio singular, porque al parecer desistieron de someter a interrogatorio a todos los alumnos de la escuela, y el caso se cerró con asombrosa rapidez; nadie habló de lo ocurrido, y también los maestros de la sala de profesores callaron, como si hubiera algo innombrable, invisible, tras el inexplicable suceso.

En aquellos meses la energía pareció abandonar el cuerpo de su madre, Josefina. Sus ojos se retiraron a sus cuencas y casi desaparecieron, y su figura emitía un débil brillo luminoso, como si transitara por un mundo de

fantasmas u otra dimensión diferente a la conocida. Las alfombras crujían un poco a su paso, y hasta las pesadas cortinas de la sala de estar ondeaban, como agitadas por una débil brisa, cuando pasaba al lado, también durante los largos períodos en los que las ventanas de la casa se mantenían cerradas, por orden expresa de Josefina. El silencio imperaba en todas las habitaciones en las que ella entraba.

Volvieron a producirse destrozos, violentos e imprevisibles, y Susanne era una vez más la única víctima: su ropa, su mochila, su plumier, incluso un par de cuadernos de ejercicios de cálculo, desaparecían, y luego los encontraban entre los matorrales o en un charco, desgarrados o rotos. Ocurría por lo menos dos veces por semana, y nada parecía poder detenerlo, pero, de alguna manera extraña, aquellos singulares sucesos parecían no hacer sino reforzar la sosegada paciencia de la niña —nunca lloraba ni reprochaba nada a nadie—, y por eso mismo

creció la admiración de todos hacia ella.

Poco antes de las vacaciones de verano, de repente cesaron los episodios. Era como si el mal hubiera desaparecido de por sí y se hubiera alejado del municipio, dejando que las agresiones se filtraran a la tierra, de donde procedían. Nadie podía explicar el motivo, pero la mayoría sintieron un alivio que resultó estar fuera de lugar.

Aquel año la fiesta de la cosecha se celebró apenas cuatro meses después de cumplir Susanne doce años. Era una noche relativamente templada, y cuando Anton, en una de las pocas borracheras de su vida, se tambaleó y se desplomó en la cama con la ropa puesta, Josefina se coló atravesando las estancias de cortinas ondeantes y se sentó en el suelo con la espalda apoyada en la alta estantería donde estaban todos los libros de viajes. Tomó uno de la estantería y leyó uno de los capítulos que su conquistador perdido le había enviado, y así la encontró Samanda a las cinco y cuarto de la mañana. Sin darse la vuelta, la madre le susurró:

—Mira, es el hombre al que tu madre conoció una vez.

Josefine señaló la cubierta del libro y la pequeña fotografía del autor, con camisa de safari y tocado con un sombrero de ala ancha. Los rectos dientes blancos sonreían bajo un bigote rubio recortado.

—¿Madre...? —la llamó Samanda.

Josefine miraba al fondo de los ojos azules de él.

—¿Madre...? —repitió Samanda.

Josefine recordó que se llevó un dedo a los labios y le envió un beso de despedida desde la puerta entreabierta del taxi antes de desaparecer en el ancho mundo.

—¡Madre! —imploró Samanda—. ¡Cuéntame la aventura!

Y Josefine sujetó el libro en sus manos y leyó el capítulo de la Armada Invencible, que llevó de vuelta a España barcos y más barcos cargados del oro vivo que los conquistadores habían encontrado

en las Islas Canarias: aquellos pajaritos dorados que tenían un canto mucho más hermoso que el que ningún príncipe ni rey de Europa hubiera podido oír en sus profundos bosques negros.

—¡Compremos uno de esos! —dijo, alborozada, Samanda, y nadie podía saber que un deseo tan inocente no era más que la prolongación de lo que el Destino había planeado años atrás, y que, de hecho, iba a suponer su perdición, tal como contó después Susanne.

Para cuando Josefine y su hija se fueron a la ciudad el lunes por la mañana, el sueño había aumentado a dos pájaros, y cuando estaban en la tienda dobló una vez más, convirtiéndose en cuatro, y hasta la jaula más grande de la tienda era demasiado pequeña, así que le dieron una caja de cartón grande con agujeros, para que los pequeños picos pudieran respirar, y se apresuraron de vuelta a casa. Allí interrumpió a Anton en su trabajo en el campo y le contagió el reciente entusiasmo hacia los cuatro nuevos inquilinos. A petición insistente



de su esposa y de su hija menor, construyó en un día y una noche una enorme pajarera con rejilla para visones sobre una base de tablas de abedul y aglomerado, que era como debía hacerse.

Por indicación de Josefina, colocó la imponente jaula en la cocina, justo delante de la ventana que daba al sur. Pasado un mes, los cuatro inquilinos recibieron a otros dos, y pronto se vio en aquella estructura bien cortada de roble, haya, abedul, olmo y fresno a ocho canarios amarillo fosforito, llenos de vida y cantando a todo cantar con sus ocho picos afanosos apuntando al cielo. Piaban tan alto que Susanne sentía a veces la necesidad de taparse los oídos, pero no se atrevía, porque se daba cuenta del extraño embeleso que sentía su madre por sus nuevos aliados. Antes de terminar el año, los ocho se habían convertido en doce, pues esa era la cifra con que había soñado siempre Josefina, y llamaba a cada uno de los pájaros por el nombre de algún dios o filósofo griego que había encontrado en un libro sobre el

Olimpo que Ulrik escribió el año en que ella dio a luz a Samanda: *Hera, Afrodita, Anfítrite, Eolo, Atenea, Hermes, Dionisos, Prometeo, Poseidón, Zeus, Sócrates y Platón*. Las diez hembras eran dioses o diosas, y los dos machos, filósofos.

Pasaba muchas horas en la cocina, frente a la pajarera. Se sentaba en un taburete y miraba por la red metálica hasta que los ojos se le enrojecían por la concentración continuada, como si esperase un suceso que aún no estaba a la vista. Una mañana Josefine fue a la ciudad; al atardecer volvió y vació en el sofá la bolsa de la compra: una jaulita de madera cubierta de un tapiz verde. La jaula estuvo junto a su cama toda la noche, y por la mañana la casa despertó a un cántico de trinos aflautados, y Susanne oyó la risa histérica de su madre.

—Este va a ser mi máspreciado tesoro —dijo, riendo, en su dormitorio.

Al funesto décimo tercer pájaro lo llamó *Afrodita*, ya que era el nombre que más le gustaba,

y a la anterior *Afrodita* de la pajarera le cambió el nombre a *Aristóteles*; no era nombre de dios ni de diosa, pero no tenía tiempo de ocuparse de eso en su exaltado estado mental.

La nueva *Afrodita* había nacido con una mutación del color bastante inusual: tenía el pecho blanco, y unas pocas rayas delgadas amarillas en las frágiles alas, que lucían como si fueran de oro. Pasó dos días en la pajarera, nerviosa, mirando de reojo a sus doce congéneres. Al tercer día se oyó en la base de la colosal jaula una extraña tos seca, y los otros doce canarios ladearon la cabeza y dejaron de trinar. Josefina dio un grito. La nueva *Afrodita*, la de los finos dibujos dorados en el plumaje, estaba encogida en medio de la pajarera y respiraba con dificultad, como si su bien torneado pecho fuera a estallar de un momento a otro. Aquel era el foco del interés de los demás pájaros. Pasaron otros dos días, en los que la desgraciada *Afrodita* perdió todo su esplendor y gran parte de sus plumas, de modo que recordaba

más a un anciano Sócrates a altas horas de la noche que a la exuberante diosa del amor; estaba desaliñada, hinchada, casi calva.

A la mañana siguiente puso el huevo. Era un huevo enorme, verdoso con motas marrones, y Josefine, por una vez, asió con fuerza la mano de Anton mientras observaba el proceso.

Al principio, la cáscara verdusca dejó entrever un tamaño que parecía imposible, mayor que las ciruelas mirabel que solían recoger en verano en la punta de La Franja, y Josefine emitió un sollozo desesperado, como si fuera ella quien estaba dando a luz. La cáscara arqueada salió otro poco más; los ojos del pájaro estaban salidos de sus cuencas, mientras el pecho subía y bajaba con angustia e impotencia, y Josefine soltó un gran gemido ante el espectáculo. A continuación salió el resto del huevo, y Susanne, que había estado detrás de su madre, salió corriendo al baño, donde vomitó a chorros, y las cascadas de vómito y saliva terminaron con un estertor que casi ahogó la

consumación del grotesco parto de la pajarera. Los otros doce pájaros estaban paralizados por el terror, y Samanda lloraba con los ojos muy abiertos.

Vieron al ave preferida de Josefina caer al suelo junto al temible huevo. Su pecho subía y bajaba. Luego el pájaro intentó trepar sobre el huevo para incubarlo, pero resbaló al otro lado. El numerito se repitió un par de veces sin que nadie interviniera, y Susanne no sintió ya ninguna compasión, ni por *Afrodita* ni por Josefina. Al final Anton metió la mano, tomó el huevo y lo examinó con detenimiento. Parecía agrietado y muerto.

—Está clueca —observó—. Va a seguir poniendo huevos hasta que la matemos.

Josefina lo miró con ojos llorosos, se levantó, le quitó el huevo y lo metió en un *tupper* azul que llevó con cuidado a su habitación. Al día siguiente reparó la cáscara agrietada con esparadrapo y cera, cosa absurda, pero seguía pareciendo tan

inerte como antes.

Dos días más tarde, el huevo seguía cubierto de cera en el recipiente azul. Josefina cambiaba el esparadrapo cada mañana, y la cáscara adquirió un color más verde, como si un ser vivo en su interior se hubiera hinchado más y más y apretara con todas sus fuerzas contra las paredes de su cárcel.

Al sexto día Josefina cedió, y a la mañana siguiente Anton llevó a la extenuada *Afrodita* y el recipiente al bosque. Susanne se quedó vacilante en la puerta de la cocina.

Se acordó de la rana que su padre mató una vez sin avisarla.

—¡Ven conmigo! —gritó su padre, y al final Susanne accedió y salió corriendo con él.

Padre e hija atravesaron los matorrales hasta encontrar un lugar adecuado tras un arbusto de enebro con desnudas ramas en punta. Allí colocaron a *Afrodita* en el suelo, y el pájaro se quedó temblando en la jaulita de madera en la que había llegado, mirándolos, como si supiera bien lo

que iba a suceder. Susanne observó las manos recias de su padre y, para su sorpresa, notó una expectación surgiendo de sus propios dedos; eran como pequeñas agujas afiladas; se le puso la carne de gallina, y no sabía por qué.

Su padre se puso en cuclillas con el pájaro aterrorizado dentro de su gran puño, y se miraron el uno al otro un buen rato. Poco a poco acercó su mano a Susanne, y ella tomó el pájaro e hizo como le había enseñado él la vez que mató a la rana ante la puerta entre la vida y la muerte. Un momento después *Afrodita* yacía en el envase, con el bello cuello roto con limpieza, y la cabeza colgando en un ángulo imposible. El pico que tan bien debía haber trinado estaba entreabierto, y los ojos, ya vidriosos. Cavaron un agujero en el suelo del bosque y metieron dentro el *tupper* con el cuerpecito amarillo. Después pisotearon la tierra y borraron todo indicio de la tumba, para que nadie pudiera encontrarla nunca. Para terminar, Anton pisó con fuerza los restos del huevo hasta que no

quedó ni rastro de la cáscara verdusca. Luego pateó la tierra, y los últimos fragmentos se los llevó el viento.

Fue un invierno horrible; era como si Josefina hubiera interpretado la muerte de su pájaro dorado como un mal augurio y nunca más fuera a descender a la superficie de la vida cotidiana normal. Deambulaba por las habitaciones como un fantasma emitiendo una débil luz, su boca era una raya delgada bajo los ojos ojerosos que no enfocaban nada terrenal. Las habitaciones de la granja nunca habían estado tan atestadas de invisibles masas pesadas que tiraban de cortinas y paredes, tratando de absorberlas en su vacío; hasta las amigas la evitaban, y el débil piar del resto de pájaros del jaulón de la cocina apenas rompían el enorme silencio reinante.

Entonces, una noche, mientras dormían, el Destino se coló por las habitaciones y completó la catástrofe, tal como Susanne había sabido que ocurriría desde la llegada y la muerte de *Afrodita*.



Yo era la primera persona a la que le contaba la historia, que era la más extraña que había oído nunca.

Una mañana temprano, todos los sonidos desaparecieron de pronto; los golpecitos contra los barrotes, el conocido tintineo, el rozar y piar de la cocina, todo había enmudecido, y la puerta de la pajarera estaba abierta. La puerta que daba al patio de la granja estaba también abierta de par en par, y todos los pájaros habían escapado. Una voz de mujer rompió el silencio, que casi había durado dos meses desde la muerte de *Afrodita*, con un sonido que no era de este mundo. Era un domingo por la mañana, y el grito viajó por encima de las colinas e hizo que gente a varios kilómetros de allí mirase al cielo, extrañada. ¿Qué ser vivo podía emitir un sonido así?

Cuando llegó Anton, Josefine estaba sentada a la mesa de la cocina, acunando su rostro oval aún bello entre dos puños cerrados. Tenía la boca entreabierta, y de su garganta surgía un extraño



respectivamente primero y segundo de bachiller dos meses más tarde. La conmoción inicial parecía haber remitido, y todos debieron de pensar que el funesto destino que asoló a la granja ya había tenido bastante, al menos por aquel año. Susanne pensaba en la puerta que se había abierto mientras la casa dormía, y en el sol que se alzó sobre el fiordo y brilló como el oro de los conquistadores, tentando más de lo necesario a los pajaritos. Pensaba en la rana y en *Afrodita*, que yacían en la tierra fría.

Durante los meses siguientes, la piel de Josefine adquirió una cualidad más apergaminada que antes. Casi crujía bajo el resplandor grisáceo que la rodeaba. Su caminar se hizo vacilante, sus articulaciones parecían rígidas y tensas, como si solo girasen en sus bisagras cuando el cerebro se lo ordenaba. Susanne la vio un par de veces quieta, en medio de la sala, como si hubiera olvidado dónde estaba o cómo debía mover sus miembros. A la casa no llegaron más pájaros; la

pajarera quedó desierta, y solo vibraba débilmente cuando Susanne o su padre iban del frigorífico a la mesa. Cenaban en silencio. La jaula metálica vacía estaba a la derecha, dentro del campo visual de Susanne, y no le gustaba, porque le recordaba a un enorme mausoleo, y le extrañaba que aún conservara su rejilla brillante, sin rastro de óxido, como si Josefina continuara pasando la bayeta húmeda cuando nadie la veía.

Entonces aspiró hondo y dijo:

—Me marcho de casa cuando empiece tercero de bachiller.

Josefina alzó la vista por primera vez en mucho tiempo. Anton tomó con parsimonia un bocado de *gulasch* y se lo llevó a la boca. Parecía casi como si no la hubiera oído. Tal vez había volado ya al desván para distanciarse de la escena.

Samanda estaba extrañamente rígida.

—Van a dejarme un piso en la ciudad.

Se refería a Kalundborg.

Josefine no se movió.

Susanne la miró a los ojos.

—Si tengo que quedarme en casa, voy a dejar el instituto y trabajar de cajera en un supermercado.

No sabía por qué lo había dicho.

Anton miraba al fondo del plato. Josefine tenía la boca entreabierta. Samantha estaba rígida y extrañamente pálida, sin exhibir la sonrisa que Susanne había esperado.

—En esta casa hay algo enfermizo —declaró.

En aquel momento, el pecho de Josefine pareció de pronto hincharse, como si fuera a reventar, y su cuerpo, llenarse de energía, como si toda la presión acumulada, que durante meses había hecho que su piel resplandeciera y sus miembros vibraran, se liberase de pronto.

Samanda extendió el brazo hacia ella, pero era demasiado tarde.

—¡Tú!

Josefine apuntó con su índice derecho hacia el

rostro de Susanne.

—¡Esta nunca ha sido tu casa!

Susanne advirtió por el rabillo del ojo el movimiento defensivo de la mano de Samanda y sus ojos como platos, y en un segundo plano oyó tintinear la pajarera, como si en aquel momento todo el interior se sacudiera y se abalanzara contra la rejilla, o como si los pájaros hubieran vuelto milagrosamente y ocupado sus lugares para el gran duelo final.

—¡Ni se te ocurra volver! ¡No vuelvas a poner los pies en esta casa!

Entonces Anton despertó como por arte de magia y trató de extender su brazo hacia el brazo alzado de su esposa, pero del cuerpo inclinado hacia delante de Josefine salía en oleadas todo el aire comprimido del arrebató y lo empujaba a un lado, como si fuera una bola de pelusa al viento en la punta de La Franja.

La oleada de rabia golpeó a Susanne e hizo que se levantara de la silla.

—¿Sabes lo que eres? ¿Tienes alguna idea de lo que eres? ¿Sabes de dónde vienes? ¿Sabes de dónde? De Hamburgo... De Hamburgo... Naciste de una putilla... ¡Eres hija de una puta de Hamburgo!

Josefine alargó la última vocal hasta el infinito antes de estallar en un sollozo que provenía de abajo, del diafragma, y Susanne dio un salto y salió corriendo de la cocina con Anton detrás. Llegó a su bicicleta, que seguía rayada por el maltrato de cuando los destrozos, y se fue pedaleando antes de que Anton pudiera detenerla. Así fue como terminó la vida de Susanne en la casa-caja de bombones.

Tan repentinamente como había comenzado.

Dieciséis años antes llegó a la granja en un Volvo de color crema, como una extraña, y seguía siendo una extraña. La maleta del hogar infantil con los pequeños elefantes por fuera seguía en su armario, como un recuerdo de los pocos días en que fue la ilusión de Anton y Josefine; la niña de

Kongslund con su halo dorado y la felicidad que parecía brillar en cuanto la rodeaba.

—¿En serio que te gritó eso? Una putilla de Hamburgo...

Es lo que pregunté, sorprendida, la noche que Susanne me contó la historia por primera vez, y se llevó un dedo a sus hermosos labios.

—Marie, ni se te ocurra...

Se interrumpió. Tras ella colgaba el espejo, negro y mudo de terror por la escena que se había desarrollado, y que de hecho puede ocurrir en la realidad, incluso a una persona que nada sabe de fealdad.

—Si no tengo a quién contárselo —respondí.

—Pero sí..., así fue como terminó.

—¿De un momento a otro?

—Sí. Pero siempre supe que iba a ocurrir.

Estaba en el aire. Cuando compró los pájaros.



Se calló otra vez.

—¿Los pájaros?

—Sí, cuando murió *Afrodita*.

Volvió a callar.

Pero yo estaba demasiado impaciente para especular sobre su extraño tono de voz, un error del que no me di cuenta hasta mucho más tarde. Por eso hice la pregunta más lógica y natural:

—¿Qué pasó entonces?

—Me fui a vivir a Kalundborg, a casa de los padres de una amiga; claro, le di muchas vueltas al asunto de la adopción, de mi origen. Pero lo que más me aterrorizaba era que ya no era la niña de mi padre. No podía quitármelo de la cabeza. Mi madre y Samantha me importaban un bledo. Las odiaba.

Pero observé que seguía diciendo: «Mi madre».

—Mi padre lo silenciaba, y yo lo dejaba para otra ocasión. Al fin y al cabo, fue él quien me enseñó a despegar y a volar por el cielo hasta que

la situación se normalizaba.

Hizo su grotesca alusión a la angustia vital de Anton con una pequeña sonrisa.

—Luego conseguí una habitación en el quinto piso de un edificio de Kalundborg.

—¿No volvisteis a hablar de ello?

Sacudió la cabeza.

—Ni en el entierro.

—¿El entierro...?

Me enderecé, y en aquel momento vi su espalda erguida como una sombra oscura en el espejo mágico tras ella.

Hizo un gesto afirmativo sin cambiar de expresión.

—Sí. El entierro de Samanda. Se murió. Sucedió al poco tiempo.

—¿Se murió?

Era una noticia tan extraordinaria que no podía creer lo que estaba oyendo.

—Sí. Murió solo un año más tarde. En el estanque. Donde cazábamos ranas.

Me miró con su luminosa mirada verde, y había un sosiego singular en sus rasgos. Yo estaba conmovida.

—Cuando me marché, empezó a languidecer de una forma... que nadie podía explicar. Nunca llegó a marcharse de casa. Nadie sabía qué le pasaba.

Sentí un escalofrío en la espalda. Me maldije a mí misma por no haber visto el peligro que había acechado a Samanda; cuando vigilé a las dos hermanastras de la granja solo tenía ojos para Susanne.

—Le costaba respirar, ¡y al final apenas podía caminar! —exclamó Susanne Ingemann, rezumando todavía aquella pasmosa tranquilidad; después se inclinó hacia delante, así que ya no pude ver su silueta en el viejo espejo, que hacía tiempo que se había retirado al mundo de los cuentos, en el que tanto los espejos como las personas tienen cierto control sobre las monstruosidades—. Sus piernas se volvieron flacas y vacilantes, como si no

quisieran caminar más.

Abrí la boca para hacer la siguiente pregunta, pero ella respondió antes de oírla:

—Los médicos no sacaban nada en claro. Todo se debilitaba en ella. Y una mañana la encontraron en el estanque. Lo más seguro es que fuera a bañarse, porque solía hacerlo de vez en cuando por la mañana, cuando hacía calor; pero debieron de faltarle fuerzas para volver a la orilla.

Describió el final en frases cortas, sin entonación, y en aquel momento deseé, como hacía mucho tiempo que no deseaba, haber tenido a Magdalene junto a mí; pero nunca me visitaba cuando Susanne estaba presente.

—¿Se ahogó...? —pregunté con lentitud.

—Sí.

«Los mejores hogares están junto al mar».

—La enterramos la primera vez que volví a la granja.

—Pero ¿tuvo algo que ver con...?

No sabía cómo formular mi grotesca pregunta,

y Susanne respondió antes de que la terminara.

—No. Ella solía estar casi siempre con mi madre —explicó—. Con su madre, quiero decir. Es algo confuso, ¿verdad?

Se levantó y miró a la oscuridad, que a aquella hora de la noche se había tragado tanto la costa sueca como la isla de Hven, con el fantástico castillo del viejo astrónomo.

—La verdad es que no sé cómo imaginaba mi madre que era una vida familiar feliz, si consideraba que solo consistía en ver que sus hijas abandonaban el hogar cuando se casaran un buen día, como hizo ella; pero entonces me fui de pronto. Y todo cambió. La vida que había vivido ella... De pronto había un extraño en la casa.

Asentí en silencio de forma casi mecánica, sin comprender las extrañas e incoherentes reflexiones. Pensé en Samanda.

—¿No crees que es así? Las madres desean que sus hijos salgan a ellas; desean que nos parezcamos a ellas como dos gotas de agua,

aunque deberían ayudarnos a hacerlo todo mejor... y a evitar los errores que ellas cometieron. Josefina deseaba que me pareciera a ella. No quería reconocer que había tenido que llevar a casa a una extraña.

Yo no estaba de acuerdo, y de todas formas existía otra explicación que, a mi entender, era mucho más natural.

—También puede que estuviera muy enfadada porque soltaste sus canarios —le dije—. Podría ser la causa de que perdiera el control. Aquellos pájaros lo eran todo para ella.

Susanne se llevó dos dedos a los finos labios. Era una mujer muy guapa, incluso en la penumbra y a distancia, sentada en la silla de anticuario. No era de extrañar que casi todos los hombres se comportaran como chicos apocados en su compañía, y que yo misma la hubiera amado.

—Pero Marie —dijo por fin, en voz baja, y había en su mirada una alegría repentina que me extrañó. Ladeó la cabeza, como para imitar a uno

de los doce pájaros dorados huidos—. No has entendido nada, Marie. No fui yo. ¿Creías que había sido yo?

De pronto echó a reír, e iluminó cuanto la rodeaba, hasta el espejo estuvo un rato cegado y reflejó aquel resplandor como si fuera un cristal normal.

Me hundí en la cama, más torcida y sombría que nunca, inmóvil.

—Marie... Escucha, ¿no fui yo quien soltó los pájaros! —Volvió a reír, en voz más alta, y de pronto se puso seria—. Y seguro que ella lo sabía.

No supe qué decir.

—Pero es lo que pensabas, ¿no? Como los destrozos de mis cosas, ¿verdad? Todos creían que fue cosa de Samanda. Pero no fue ella.

De repente comprendí la rabia que había colmado a una de las hijas de La Franja, lo comprendí de repente; la revelación hizo que casi me cayera al suelo.

—La odiaba de todo corazón, Marie, tengo que

reconocerlo. No tienes ni idea de cuánto se puede odiar a alguien cuando te sientes así..., como una intrusa. Como alguien que no tiene derecho a estar en ninguna parte.

Luego de pronto se alzó de hombros y dijo con un tono ligero que sonó extraño:

—Claro que no debería haberme marchado de casa; al fin y al cabo, la culpa no era de Samanda. Pero en aquel entonces eso me daba igual. Me daba igual su añoranza, odiándola como la odiaba. O quizá sabía bien lo que me hacía.

Se encogió de hombros otra vez.

—Además, ella murió.

En aquel segundo tuve una espantosa sensación de que en mi cuarto había otra persona más. Siempre he tenido cierto talento para el melodrama. Pero solo estaba Susanne, sentada inmóvil frente a mí, casi invisible. Tal vez estuviera a punto de elevarse en el aire, como Anton. Recordé su descripción del rostro que vio una vez en la profundidad del estanque de la



granja. ¿Había sido realmente una ilusión? Me sentí helada.

Entonces oí su voz que me hablaba.

—Marie, siempre has vivido en un lugar donde todo estaba organizado para estar en armonía, siempre. En la casa más bonita aquí, junto al mar, bajo las doce hayas, en el hogar infantil famoso en todo el país. No tienes ni idea de cuánto se puede odiar..., de la rabia... Eres capaz de matar y sucede que, a veces, acabas haciéndolo.

Miré de nuevo el espejo, para establecer contacto con aquel ser que estaba convencida vivía en su interior. Pero el cristal estaba negro, y en aquel momento me di cuenta de que nunca volveríamos a charlar a solas.

—¿Quién crees que abrió la puerta de la jaula? —preguntó Susanne ladeando, burlona, la cabeza y con una leve sonrisa en los labios—. ¿Quién crees que lo hizo? Hasta que no sepas eso, no sabrás nada.

Para entonces llevaba tanto tiempo sentada

frente a ella que tenía la boca seca y me sentía mareada, así que no respondí. Tal vez haya acciones humanas que en lo más profundo no deseamos entender.

—Tienes que resolverlo tú sola, Marie.

No dije nada.

Se alzó de hombros por tercera vez aquella noche.

—Pero cuando entiendas eso, lo entenderás todo.

Más tarde aquella noche, cuando apagamos la luz y me tranquilicé, oí su voz en la oscuridad, y no creo que me oyera llorar. Comprendí que aquella noche se había levantado una barrera entre las dos, pero entonces no entendí el porqué.

—Mientras estábamos en la iglesia en el extremo de La Franja cantando salmos y el pastor hablaba de la Vida Eterna y la madre de Samantha

no paraba de llorar, decidí encontrar a mis verdaderos padres —dijo.

Sentí un momento de pánico, y mantuve los ojos cerrados.

—Pero ¿no los encontraste? —susurré. Conocía la respuesta mejor que nadie.

—No.

—¿No había ninguna...?

Era una pregunta estúpida. Mi voz tembló, pero ella no se dio cuenta.

—No —repitió—. No había ninguna pista que seguir. Ningún permiso de adopción, ninguna dramática «licencia real», como se llamaba entonces, ningún documento, tampoco en Asistencia a la Maternidad. Tampoco en Kongslund había ninguna anotación, todo había desaparecido..., o se había extraviado, como decía Magna. Puede que sea por eso por lo que después me nombró subdirectora. Le daría lástima.

No hice caso de su escandalosa ingenuidad. Más de treinta años después de que se marchara de

Kongslund, volvió como mano derecha de Magna, y unos años después de que la nombrasen directora hizo algo asombroso, que recordé aquella noche, pero nunca me atreví a preguntarle por la razón. Instaló una bonita jaula de pájaros con cuatro canarios de color amarillo intenso que cantaban a pleno pulmón y regocijaban a los niños que eran lo bastante mayores para subir al primer piso. Subió por la escalinata hasta el piso de las señoritas y el antiguo despacho de Magna, y depositó la jaula en el extremo del pasillo, junto a la ventana que daba al oeste, para que pudieran pasar el día sobre las perchas brillantes observando las doce hayas a las que no podían llegar. Una especie de repetición de su propio pasado.

Tres de los pájaros vivieron casi quince años —lo que es una edad inaudita en la especie—, y cuando murió el último no compró otro, sino que dejó la jaula vacía en el alféizar de la ventana, intacta. Como la habitación de un difunto cuando sus familiares no han tenido el coraje de vaciarla.

El cuarto canario había desaparecido —de pronto— unos años antes, y fue un suceso en cierto modo tan misterioso como el que Susanne vivió de niña. Una mañana el pájaro desapareció.

Susanne se quedó, bañada por un rayo de sol, tratando de comprender el hecho simple pero irrefutable que nadie le podía explicar: la puerta de la jaula estaba cerrada.

La ventana estaba abierta, pero la puerta estaba como debía estar, al parecer inamovible en su bisagra. Todo indicaba que la abrieron durante la noche y después volvieron a cerrarla.

Y como Gerda, que estaba en la puerta, dijo en voz alta, más asustada de lo que nadie la había oído en muchos años:

—Ningún canario abre su puerta, y después vuelve a cerrarla...

No necesitaba decir el resto.

—... antes de echar a volar.

Nadie dijo nada.

## NILS

*21 de junio de 2008*

*Naturalmente, Magna tiró de los hilos y envió de antemano a su fiel mensajero Carl Malle para que hablara con Susanne Ingemann ya mientras estudiaba Magisterio.*

*Así era cómo la mujer más formidable de mi vida pensaba y planeaba las cosas, porque nunca se fiaba de Dios ni del Diablo.*

*Susanne recibió una oferta para trabajar en el hogar y, de propina, la promesa de convertirse en la sucesora de Magna. ¿Quién podía ser más adecuada que ella? Y ¿cómo iba a decir que no la chica de La Franja, una vez comprendido su*

*deber universal de ser la próxima reparadora en el taller que Magna había perfeccionado hasta hacerlo famoso y que nunca iba a dejar de serlo?*

*Todo encajaba, justo como mi madre de acogida había deseado.*

**T**ras una noche sin sueños, me levanté temprano, pese a que no esperábamos la llegada de los invitados hasta el mediodía.

Habían pasado casi seis semanas desde la muerte de mi madre de acogida.

Era el momento que había soñado toda mi vida, que me había prometido la anciana Magdalene desde el día que nos conocimos.

—Paciencia —me susurró con su voz ceceante—. La paciencia es el único aliado de los repudiados y deformes.

Después emitió una de sus acostumbradas risitas sofocadas, como hizo durante los años en

los que fue la única amiga de mi vida. Era el día que iba a volver a reunirme con tres de los cinco chicos de la Sala de los Elefantes.

Miré hacia el estrecho y la isla de Hven, pero por una vez dejé el catalejo en su trípode. Era el día más largo del año según el calendario de Kongslund, y lo interpreté como un gesto especial de los poderes que por fin habían vuelto a unirnos.

Poco antes de las doce oí dos coches detenerse al otro lado de la casa. Esperé casi cinco minutos para levantarme con lentitud de la silla de ruedas, echar un vistazo al espejo, que me devolvió la mirada, mudo, y bajar la escalera sin hacer ruido, junto al gran cuadro de la mujer de verde, pintado por J. V. Dorph.

Recuerdo que por un instante mi mirada se cruzó con la suya, vacilante, en medio de un escalón, como si ella tuviera que ver con la ceremonia inminente o pudiera contarme algo al respecto, pero su respuesta fue también el silencio. Luego atravesé el vestíbulo y abrí la puerta de la



Sala de los Elefantes, donde los elefantes azules de Gerda me rodearon al momento con sus cientos de trompas alzadas. Los niños más pequeños los habían llevado al pabellón exterior a dormir la siesta, y en la estancia no había nadie más. Estuve un buen rato escondida tras la cortina, observando a los cuatro invitados que había en la terraza. Mi corazón latía tan rápido y con tanta fuerza que apreté los dientes por miedo a que lo oyeran.

—Este es el momento, Marie —cuchicheó la aliada de mi vida—. Ahora.

Magdalene tenía tendencia a la grandiosidad, y creo que la compartía con su distinguido pretendiente del Más Allá.

Los cuatro hombres hablaban con Susanne Ingemann. No oía lo que decían, pero a juzgar por sus expresiones, estaban ocupados en darse los primeros torpes saludos de bienvenida. Asger Christoffersen sonreía tras sus gafas gruesas como las lentes de un telescopio; les sacaba casi una cabeza a los demás, como si su búsqueda de

estrellas hubiera estirado nervios y huesos en la misma dirección. Nils Jensen estaba a su izquierda, bien pegado a la tierra por su colección de cámaras sujetas al cuello por gruesas bandoleras: una Nikon réflex, una pequeña Leica y un gran *flash*; estaba igual que en la fotografía que reprodujeron los periódicos cuando ganó el primer premio de la Foto de Prensa del Año por la imagen de un niño iraquí sangriento, muerto; Peter Trøst estaba algo retirado, con las manos en los bolsillos y la mirada fija en el estrecho. Tal vez había leído sobre la historia real del lugar y sabía que el pequeño embarcadero de madera a los pies de la villa tenía su propio pasado glorioso: era allí adonde el navío real *Falken* arribaba a la costa de Skodsborg en los meses previos a la firma de la Constitución, cuando el Rey Bueno y la condesa Danner tenían que hablar con el arquitecto de Villa Kongslund sobre la inclinación del tejado y la colocación del muro exterior como marco de la simetría perfecta.

Peter Trøst se volvió hacia los reunidos en la terraza, pero poco a poco, como si en realidad hubiera preferido escapar. Knud Tåsing estaba callado, cosa rara, y con el ceño fruncido. Dos puericultoras habían dispuesto fresias amarillas en cuatro floreros azules bajo una sombrilla azul, y habían colocado una mesa de jardín blanca con vasos de cristal y cubertería de plata brillante, y Susanne Ingemann estaba inclinada hacia delante, empujando uno de los floreros al centro de la mesa, como si estuviera desplazado un centímetro invisible.

Me di cuenta de que Susanne se había percatado de mi presencia, y de pronto se volvió hacia las cortinas ondeantes de la puerta entreabierta de la terraza y dijo algo a los demás. Todos miraron hacia la puerta de la Sala de Recién Nacidos.

Salí a la luz del sol y avancé hacia ellos.

Se pusieron rígidos, casi como si hubieran visto un fantasma o a una persona a quien creían

muerta años atrás. Cosa que, en cierto modo, era verdad. Me había puesto para la ocasión un vestido negro abotonado hasta el cuello, como habría hecho la anciana Magdalene. Me pareció un gesto adecuado, pero me daba sin duda un aspecto bastante anticuado. Entraba en su mundo como si viniera de un tiempo pasado.

—Os presento a Marie.

Susanne me alcanzó con un gesto rápido un vaso de agua de flor de saúco, sin duda para ocultar mi timidez y la suya propia.

La mano no me tembló, cosa extraña, pero percibía su curiosidad como pajaritos en el aire revoloteando en torno a mí. Había sido un misterio durante todo el asunto de Kongslund, al igual que durante los años previos, y allí estaba, de repente, vivita y coleando, la niña torcida que en otros tiempos jugaba en la habitación bajo la buhardilla, la famosa hija acogida por la directora, extraña, invisible.

Susanne me los fue presentando uno a uno,

pero ninguno de los cuatro hombres hizo ademán de darme la mano. El contacto no se nos hacía fácil a ninguno, tampoco a Knud Tåsing, que ni siquiera había nacido de padres desconocidos. Yo ya sabía que había contado a los demás lo de la carta de Eva, lo que me convirtió en la autora del anónimo, pero en sus rostros no había enemistad alguna. Supuse que, al igual que el periodista, pensarían que la carta era reciente, y no quise quitarles la ilusión, claro. Igual que ellos tenían que creerme cuando les aseguraba que nunca había habido ninguna carta adjunta para el hijo de Eva.

Susanne me contó, y yo la comprendí, que tanto Tåsing como Peter Trøst habían tratado de ponerse en contacto con Søren Severin Nielsen, pero que el abogado no les había devuelto la llamada. Nadie se había puesto en contacto con Orla. La estrella de la televisión brindó con una leve reverencia, el gesto de amabilidad hizo que mi ojo izquierdo bizco se llenara de agua, y sequé la estúpida lágrima. Él atribuiría sin duda la reacción algo

extraña a su fama y belleza, de la que todavía quedaba algo en su rostro. Él no sabía que yo había examinado de cerca cada uno de aquellos rasgos durante más años que la mayoría, y por eso los recordaba con mayor nitidez que nadie hoy en día, cuando casi se habían borrado.

—Gracias por recibirnos.

Asger hizo una reverencia educada y algo rígida. A pesar del calor veraniego, llevaba puesto un jersey de lana de cuello redondo, y en aquel momento había ladeado la cabeza, como si reconociera a algún ser lejano en mi torcida apariencia; o tal vez recordase la ayuda que le presté cuando quiso encontrar a sus padres biológicos. Aquella vez tuve que moverme rápido y darle la respuesta más lógica que pude encontrar.

Y él no se dio cuenta.

Pero, curiosamente, nuestra conversación empezó justo allí.

—Asger dice que una vez le ayudaste a encontrar el nombre de su madre biológica —dijo

Peter Trøst con tono agradable.

Desvié la mirada, asustada. Debíó de pensar que yo era más rara que un perro verde, pero mi corazón martilleaba mientras sopesaba la respuesta a la inesperada pregunta. De niña había amado a Peter, a distancia, ¿qué otra cosa podía hacer cualquier persona?

—¿Cómo encontraste su nombre? —Extendió la mano hacia Asger, como si la pregunta la hubiera hecho el astrónomo.

Knud Tåsing se mantenía algo apartado, observándome con mirada insondable; el periodista no había mencionado en la redacción mi responsabilidad en los anónimos, y aunque yo entendía el problema que suponía demostrar la teoría si yo lo negaba todo y lo rechazaba por ser un disparate, pero de todas formas me extrañaba su reserva. Puede que confiara en acceder a más fragmentos de la respuesta al enigma del bebé entregado en adopción, o puede que temiera, sin más, que la siguiente revelación implicara al único

amigo que le quedaba, Nils Jensen. Yo entendía que Knud, por amistad, hubiera decidido mantener al fotógrafo en la ignorancia. Por eso estaba Nils a unos pocos metros del lugar donde pasó su primer año al cuidado de Magna, sin tener ni idea de ello.

Fue un error que el periodista ya no podía corregir.

—En los registros —dije al fin, aspirando hondo para que no se me notase el desagrado en la voz—. Encontré el nombre en los registros oficiales del despacho de Magna.

Acentué un poco la palabra *oficiales*, y mantuve a propósito mi ceceo a un nivel tal que Magdalene no se sintiera excluida de la conversación, pero de forma que mis palabras fueran comprensibles para los invitados que llevaban tanto tiempo esperando.

Susanne era la única de los presentes que sabía que la respuesta era una mentira de cabo a rabo. Y debió de estar pensando, algo asustada, qué pude decirle al chico, que entonces tenía quince años,



que lo dejara satisfecho. Pero escondió su inseguridad tan bien como siempre. Vi que los cuatro hombres —también Peter y Knud, a pesar de lo diferentes que eran— estaban impresionados por su belleza, al igual que lo estuve yo; creo que sentían ya que conocían los hitos principales de su vida, tal como venían descritos en los artículos sobre Kongslund.

Knud Tåsing se volvió hacia el astrónomo larguirucho.

—Entonces, ¿quién era tu madre biológica, Asger? —preguntó con un tono algo escéptico.

—Desde luego, no se apellidaba Bjergstrand —respondió Asger con tono aún jovial.

—¿La visitaste alguna vez?

—Sí; o, mejor dicho, no. La vi.

Era una frase incoherente, singular, y la jovialidad había desaparecido.

Susanne acudió en su ayuda.

—Haré que traigan el almuerzo.

Se volvió hacia la puerta de la Sala de Recién

Nacidos y dio unas palmadas con autoridad.

—¿Hay otros que hayan buscado a sus padres?

—Knud Tåsing sostuvo la mirada de su amigo de la infancia, pero Peter Trøst no respondió.

—¿Dónde están ahora esos registros? —preguntó Tåsing, volviéndose hacia Susanne.

—Subiré a buscarlos al desván en cuanto pueda —anunció Susanne.

—Igual encuentras hasta tu formulario, de aquellos tiempos.

Todo movimiento cesó en la terraza.

El vaso de mi mano tembló. Knud no debería haber sabido eso.

En la puerta a la Sala de Recién Nacidos había una puericultora con un cuenco de arenque marinado al curry en cada mano, paralizada como una bailarina sobre hielo en medio de una pirueta. En Øresund las velas blancas se deslizaban hacia la costa y el puerto deportivo de Tuborg.

Susanne no consiguió ocultar la violenta expresión de extrañeza que deslució por un

momento su hermoso semblante.

—¿Es que no debemos saberlo?

Knud Tåsing estaba justo frente a ella. Llevaba un jersey verde y pantalones de pana marrones, y parecía un antiguo maestro de escuela, con la vara de azotar oculta tras la espalda.

—He estado tan cegado investigando a los cinco chicos que nunca hasta ahora me había interesado por la última chica de la Sala de los Elefantes: la última de los niños de la foto.

Susanne se dejó caer en la silla de la cabecera de la mesa con la cubertería y los vasos de cristal. Como movidos por un impulso común, todos nos sentamos, a excepción de Asger. La puericultora puso con manos temblorosas los dos cuencos de arenque a la izquierda de Susanne. Knud seguía mirándola fijamente.

Entonces Asger se aclaró la voz desde las alturas.

—De hecho, fui yo quien lo descubrió —explicó—. Hace mucho de eso.

Sus gafas se habían deslizado hasta la punta de la nariz afilada, donde se movían como si pensarán en despegar, agitar las patillas negras y alejarse volando hacia el estrecho.

—Esta mañana se lo he contado a Peter y Knud, y a Nils, después de oír que era Marie quien había enviado los anónimos. No me parecía que fuera necesario antes, ya que todo gira en torno a un chico; pero ahora creo que necesitamos saberlo todo, si queremos tener alguna posibilidad de averiguar qué ha ocurrido.

Parecía, más que nunca, un investigador de enormes nubes galácticas que trataba de ver, atravesando años luz, el otro lado del universo, pero que por alguna causa desconocida temía lo que iba a ver.

Y, por supuesto, temía la reacción de Susanne.

Susanne hizo señas a la puericultora para que se marchara, ya había recuperado su energía. Fue impresionante.

—¿Dónde lo has sabido? —preguntó.

Asger puso la mano en el hombro de Susanne Ingemann. Era un gesto que normalmente solo se ve en matrimonios tras una larga vida en común.

—Mis padres conocieron a tu madre en 1962, en Kongslund, mientras esperaban la adopción, y volvieron a coincidir con ella diez años más tarde, en Kalundborg, cuando a mí me ingresaron en el Sanatorio de la Costa. A tu madre se le ocurrió que debías visitar al pobre chico enfermo. Le daba la sensación de que me conocía, y deseaba ocuparse de otros, como sabes. Pero no teníamos ni idea de que viniéramos del mismo sitio, porque, claro, en aquella época todavía no nos lo habían contado.

Asger asintió en silencio, como desafiando a Knud Tåsing, que estaba sentado de espaldas al estrecho y el embarcadero, y luego se volvió hacia Susanne.

—Cuando llevaba un tiempo en el sanatorio, mis padres decidieron que tenía que saberlo, y me dijeron que era adoptado. Como mi enfermedad era hereditaria, tuvieron que contar a los médicos

que no era hijo suyo de verdad... Por eso. Unos años más tarde me hablaron de ti.

Susanne tenía la cabeza agachada hacia el mantel, sin mirar a nadie.

—No tengo ni idea de por qué dejaste de venir.

—Esta vez Asger se dirigía solo a ella.

—Mi madre me lo prohibió... —dijo Susanne, y se quedó estancada.

—¿Te lo prohibió?

—Sí.

—¿Por eso desapareciste? ¿Tu madre no quería arriesgarse a que yo contara mi historia y su hija empezara a sospechar? ¿No debías saberlo?

—No.

Pareció que el astrónomo iba a hacer otra pregunta, pero de pronto se hundió, se sentó en la última silla libre y casi desapareció del grupo, como un reflejo del sol centelleando en una pared.

—Pero ¿cómo terminaste aquí?

Fue Nils Jensen quien formuló la pregunta, y parecía cada vez más desconcertado.

Y la cosa iba a empeorar.

—Conocí a Carl Malle.

Susanne se encogió de hombros, como si justificase la asombrosa realidad, o como si solo quisiera enviar una señal de que todos los presentes deberían haber supuesto mucho antes esa parte de su singular historia.

—Fue a visitarme a la Escuela de Magisterio y me habló de Magna. Eran viejos amigos de los tiempos de la guerra. Me ofreció un puesto en Kongslund. Lo pensé durante algún tiempo, y luego acepté. Quería ver el lugar que mis padres me habían ocultado durante tantos años.

Enrojeció, y fue un espectáculo inusual.

—Así que volví. Sí.

—Sí —corroboró Knud—. Todos habéis estado bajo vigilancia. La de un poderoso ángel custodio de pelo oscuro y rizado.

Si fue un intento de relajar el ambiente, fracasó, porque nadie rio.

Peter dijo:

—Yo nunca había visto a Malle, hasta ahora.

—A lo mejor lo que pasa es que no te dabas cuenta.

Todos me miraron. Era mi primera intervención por iniciativa propia. Las palabras brotaron de mis labios antes de que pudiera detenerlas. No podían saber lo bien informada que estaba, y Peter había pasado por alto lo rápido que se silenció el suceso del rector muerto cuando vengó las humillaciones de su amigo, al igual que Orla nunca entendió la rapidez con que lo enviaron al internado tras el homicidio del Lerdo en el pantano. Pero yo sí. La Policía dio carpetazo al caso del tilo talado, a pesar del barullo que montó un periódico con la teoría de que la tala había sido un intento premeditado de causar daño al odiado rector.

—No querían que comparásemos nuestros pasados —observó Asger—. Nos tenían bajo vigilancia, y no era para que un día nos reuniéramos.



Miró alrededor.

—Ni Susanne, ni Marie, ni Peter, ni...

Se detuvo de pronto, como si un cuerpo celeste desconocido hubiera caído entre nosotros.

—Nils —concluí, sin piedad.

Yo tenía esa habilidad.

Todos menos uno entendieron a qué me refería.

Pero se quedaron como estatuas, clavados a sus sillas.

El fotógrafo fue el primero en reaccionar, y se quedó mirándome.

—¿Qué...?

Aspiró hondo.

—¿Por qué estoy aquí?

Las palabras cayeron sobre las baldosas como una nidada de crías de pájaro empujadas fuera del nido antes de tiempo. Apenas se oyeron. Luego giró la cabeza hacia Knud, y después hacia Peter, luego hacia Asger y, para terminar, hacia Susanne. Había miedo en la mirada, y las cámaras negras colgaban inmóviles de su flaco cuello.

No me atrevía a mirar a Knud, tampoco a Peter, y a Asger, no digamos. Ellos no sabían lo que yo sabía de la pérdida. Solo verían la crueldad y el sacrificio personal que yo había decidido que hiciera Nils.

—¿Yo he vivido aquí...?

Esta vez sostuvo, desesperado, la mirada de Susanne. Si quería que las cosas siguieran como hasta entonces, debería responder que no.

—Sí —respondió.

—Pero... yo tengo a mis padres. No es posible.

Estaba cadavérico.

—Sí.

—No. Mis padres me lo habrían contado.

Estaba negando en redondo la realidad.

Susanne no le respondió.

Estuvimos callados un buen rato, como hace la gente cuando el dolor o la muerte se ha instalado entre ellos y nadie se atreve a romper el silencio. Nils Jensen tenía los ojos brillantes, y vi crecer en

él una rabia feroz a medida que el eterno silencio le decía que no estaba en medio de un sueño.

Ví que la rabia levantaba la cabeza y salía de las Tinieblas en que la habían abandonado.

Se levantó.

—Tengo que irme a casa.

Nadie lo detuvo. Oímos su Mercedes arrancar y dirigirse hacia la salida.

Nadie dijo nada, y hubo un largo silencio.

—¿Ibais a dejar que viviera en la ignorancia el resto de su vida? —pregunté al fin, y sentí la misma rabia que había proyectado hacia su madre adoptiva cuando fui a visitarla.

—¿Habría tenido alguna importancia? —intervino Knud Tåsing—. Al fin y al cabo, siempre haces lo que quieres.

—¿La verdad acaso no tiene importancia?

Asger se aclaró la garganta.

—Debo reconocer que cuando mis padres..., cuando Ingolf y Kristine me dijeron que me habían adoptado, habría preferido que no lo hubieran

hecho.

Susanne le dirigió una mirada que le habría gustado, si no fuera porque Asger tenía la vista clavada en el mantel, como si cielo y tierra hubieran cambiado de sitio. Durante los años que lo seguí a distancia, admiré la sabiduría de Asger. Su añoranza de las estrellas, que recordaba a mi propia añoranza cuando levantaba el catalejo del rey y lo dirigía hacia la isla de Hven, donde percibía un refugio que podía alcanzar sin salir de mi habitación, bajo las siete chimeneas blancas.

—No conocéis mi historia, es lógico —dijo con un aire más bien formal, y todos sacudieron la cabeza, casi aliviados, como si necesitaran un pretexto para borrar a Nils de su mirada interior—. Si no fuera porque Marie me ayudó a encontrar a mi verdadera madre, habría...

El astrónomo se calló.

No me atreví a mirarlo.

—Yo no debía haber sabido nada —aseveró—. Mis padres me lo dijeron cuando no les quedó

otro remedio.

Juntó las manos como si fuera a rezar una oración al Dios que ocupaba el lugar más sagrado en lo Alto, hombro con hombro con todos los seres y fenómenos que admiraba Asger. Yo conocía toda su historia terrible en todos sus detalles. Conocía el preludio, el principio y la continuación, de memoria. Él, no.

Pero por primera vez tomé la palabra sin cecear.

—Viviste en el hogar infantil de Kongslund exactamente un año y nueve semanas, antes de que te adoptaran.

Alzó la vista, sorprendido.

—Vinieron a buscarte en un Volkswagen azul, y te llevaron directamente a Aarhus.

Las miradas intensas de todos estaban dirigidas hacia mí.

—Llegaste a casa de tus padres adoptivos en el verano del sesenta y dos.

Asger parecía haber visto un fantasma. Y, en

cierto modo, lo había visto. Lo que pasa es que el fantasma pertenecía al mundo real, era de los que registran todas las observaciones que han hecho en el mayor de los secretos, y después se aprenden los apuntes de memoria.

—Llegaste a casa de unos maestros, y de joven fuiste la razón de que tu mejor amigo se suicidara.

Todos se quedaron petrificados. Si la luna hubiera caído en medio del jardín, nadie le habría prestado atención.

—¡Cuéntanos qué ocurrió! —exclamé. Agaché la cabeza y me callé.

Mi fiesta de reunificación se había agitado dos veces en pocos minutos, y no me extrañaba. La gente que ha vivido sola en una estancia cerrada tanto tiempo como yo no puede esperar que todo se arregle en un par de horas, ni siquiera en una terraza bañada por el sol y con vistas al centelleante estrecho.

Ni siquiera si Magna hubiera tenido razón cuando me juraba que nadie había crecido en un

hogar mejor que yo habría habido ninguna otra manera de resolver el enigma de Kongslund.

## ASGER

*1961-1972*

*Si algunos de mis viejos compañeros de la Sala de los Elefantes estaban destinados a sufrir los pequeños empujones burlones del Destino desde lo Alto —y por supuesto que lo estaban—, hay que decir que el golpecito que derribó a Asger por segunda vez en su vida era tan malvado que ningún poder terrenal podía haberlo planeado.*

*Aún lo veo ante mí, tanto en Kongslund como en la estancia con vistas al mar donde lo encontré mucho más tarde, en el sanatorio donde conoció a Susanne. Su desgracia era uno de los sucesos que le encantan al Amo, porque parecen*



*enteramente casualidades dispuestas en un orden casual.*

*Hasta que Asger, con su terquedad y una buena dosis de cinismo que yo, por lo demás, no asociaba con él, fue culpable de la muerte de su amigo de la infancia, no comprendí lo que también él encerraba en su interior. Y lo inmenso que había sido siempre su amor hacia las estrellas y galaxias.*

Lo separaron de su madre en la sección B de Maternidad una mañana temprano de 1961.

Tres días más tarde, unos brazos fuertes lo levantaron de su lecho, y Magna abandonó el hospital con el pequeño en sus brazos protectores.

Asger miró sin duda por encima del hombro de ella cuando lo llevaba al taxi, y me imagino cómo debieron de brillar sus ojos de investigador, redondos como canicas, como si ya en aquel inicio

de la vida estuviera fascinado por el espacio celeste y todo el azul que rodeaba el planeta que tenían en perspectiva.

Nadie podía haber nacido en una época más maravillosa que Asger. Telescopios potentísimos estaban investigando cada vez más lejos nubes de estrellas, y ojos vigilantes descubrieron los cuántares intermitentes que se encontraban a miles de millones de años luz. Ya con cinco años, Asger encontró su vocación en revistas ilustradas con historias de platillos volantes y civilizaciones desconocidas, y nutría su fantasía con informaciones que eran mucho más imponentes que el taconazo raso de Ole Madsen que entró en la portería sueca en junio de 1965, mucho más espectaculares que el encontronazo del delantero centro contra el enorme sueco a quien los periodistas deportivos llamaban «Chimenea de Hierro», y a quien hasta el amable comentarista Gunnar Nu Hansen deseaba lo peor. Cuando tenía siete años, dos investigadores estadounidenses

encontraron ni más ni menos que el rastro del origen del mundo; oyeron una ligera crepitación en un radiotelescopio de Nueva Jersey, al principio pensaron que eran excrementos de paloma en el aparato, tras lo cual intentaron limpiar la creación del mundo de sus instalaciones con agua y jabón. Como es sabido, no lo consiguieron, porque lo que habían oído era el ruido del *big bang* —el nacimiento del universo—, y fue una historia maravillosa que de una vez por todas hizo que Asger dirigiera la mirada hacia arriba, por encima del tedio más físico de la vida terrena.

Con ocho años estaba tan obsesionado por la necesidad de dirigir la mirada hacia el cielo, con todos sus fenómenos luminosos, intermitentes, llameantes y volantes, que sus padres lo encontraban noche tras noche despierto, acurrucado en el alféizar de la ventana, absorto en la franja plateada brillante de la Vía Láctea, que dejaba caer pequeños fragmentos de infinitud en su cuarto. Ingolf y Kristine despertaban una y otra vez

por su trajinar, y encontraban a su hijo sentado a la luz de la luna, encorvado, pero con la mirada clara y concentrado.

Kristine, su madre, era infeliz. Al igual que otras mujeres con los pies en el suelo, por una parte tenía la arraigada opinión de que el cielo nocturno era algo bien conocido —y, por eso, en el fondo, indiferente—, pero por otra percibía que representaba una enigmática profundidad a la que en condiciones normales ninguna persona debía acercarse. Además, un poder superior más chistoso de lo habitual había hecho las cosas de forma que la pareja de maestros compró su casa en un barrio en el que todas las calles tenían el nombre de algún cuerpo celeste iluminado del cielo nocturno: Neptuno, Atlas, Júpiter, y las bellas y sinuosas calles entre villas se encontraban en la parte nordeste de la colina donde se construyó el famoso observatorio, de nombre Ole Rømer, con sus dos cúpulas enormes.

Pero los jóvenes maestros no estaban nada

entrenados para tales rupturas imprevistas de su existencia armónica. Ambos trabajaban en una escuela, a pocos minutos de la nueva villa blanca de una planta; en todas sus acciones había una imagen de sosegada solicitud —la escrupulosa vanguardia de la nueva Dinamarca de las casas unifamiliares—, y para completar la imagen hablaban todas las noches, cuando su hijo se había acostado, de las provocadoras visiones de libertad y rebelión de los años sesenta: la guerra de Vietnam y las pruebas atómicas, la dictadura de Franco, el muro de Berlín y los derechos civiles en Estados Unidos.

Pero en un momento dado las estimulantes discusiones llevaron al silencio en torno a un tema que ya no podían ignorar. Ingolf tiraba de la pipa, preocupado, mientras la voz de Kristine casi chilló:

—Lo he vuelto a pillar... ¡en el alféizar de la ventana!

Su marido cruzó las piernas y miró de reojo,

nervioso, hacia la puerta del dormitorio de Asger. Estuvieron un buen rato así. Ambos eran conscientes de que el chico que dormía no era suyo, y de que por eso había en su interior huellas de gente que nunca habían conocido.

—¿Será culpa nuestra? —susurró Kristine, mirando por la ventana hacia las cúpulas.

No entendía que ni más ni menos que el Universo hubiera encontrado una grieta para entrar en su vida. Al final ella misma dio con una respuesta a la pregunta de la culpa:

—Fuiste tú —dijo con voz categórica una noche que el miedo volvía a acecharlos—. Fuiste tú quien dijo a nuestros amigos que había nacido el mismo día que enviaron a aquel hombre al espacio.

Pronunció con claro tono de reproche la palabra *hombre*.

Ingolf se estremeció un poco, porque era verdad que había coqueteado con la idea de que el primer gran triunfo de la investigación espacial

hubiese coincidido con el nacimiento de su hijo. En el momento en que limpiaban, pesaban y medían en el Hospital Central de Copenhague el pequeño cuerpo estirado de Asger, el mundo se enteraba de que el cosmonauta soviético Yuri Gagarin había alcanzado exactamente trescientos kilómetros en la nada, a bordo de la nave espacial *Vostok*.

—Un hombre valiente subió al cielo, y un chico valiente bajó a la Tierra.

Así de enigmático se expresó delante de sus amigos y un par de vecinos. Pero lo hizo solo para darles la engañosa impresión de que tanto Kristine como él habían asistido al parto, y que por eso era Asger sangre de su sangre.

¿Iba a arrepentirse ahora?

Aquel día de abril Gagarin necesitó ciento ocho minutos para llegar a su lejano destino celeste, solo unos minutos más de lo que necesitó la mujer del Hospital Central —la madre biológica de Asger— para expulsar a su hijo en

perfectas condiciones. Los dos intrépidos viajeros, el hombre y el chico, tomaron después una sustanciosa cena líquida, y el bebé se durmió, mientras que el cosmonauta escribió un texto de un par de líneas —en ruso— en estado ingrávido, en lo alto de la atmósfera sobre el planeta azul. Lo que Ingolf no contó a nadie fue el hecho terrible de que, en los momentos en que el hombre de la cápsula volvía al abrazo soviético de la Tierra —era en plena Guerra Fría—, la mujer se levantó de su lecho, salió por la puerta hasta un taxi que la estaba esperando y desapareció de la vida de su hijo. Así fue como lo describió Magna. La madre biológica de Asger era «una puta»; tal fue su sentencia.

—Pero él no tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo —adujo Ingolf, irritado, como siempre que Kristine insinuaba la influencia perniciosa del relato espacial en el recién nacido en el Hospital Central.

Pero Kristine se limitaba a mirarlo con ojos



brillantes. Era de Middelfart, y desgranaba las cadenas de argumentos con el irresistible deje cantarín de su tierra natal, la isla de Fionia:

—¡Hay más de lo que crees entre el cielo y la tierra, Ingolf!

Luego se echaba a llorar de nuevo. Espoleada por su propio saber.

Independientemente del motivo, crecía la necesidad irresistible del chico de observar e investigar cuanto se movía en el cielo: estrellas, cometas, planetas, galaxias, supernovas, aviones a reacción, gaviotas, pájaros cantores, mariquitas, avispa, abejas y mariposas. Con seis años le pusieron unas gafas de cristales tan gruesos como las lentes de un telescopio, y a mitad del primer curso de primaria parecía ya un ensimismado catedrático de física teórica. Su cabeza era bastante mayor que la media de las cabezas de los chicos de la zona.

Cuando Asger tenía nueve años, los astronautas norteamericanos Neil Armstrong y

Edwin Aldrin alunizaron en el mar de la Tranquilidad, y Armstrong se paseó entre el polvo lunar durante dos horas y cuarto y pronunció las doce palabras que Asger clavó a la pared, encima de la cama: *That is one small step for man, one giant leap for mankind.*

Al día siguiente, Asger empezó a cojear de la pierna derecha; es una notable coincidencia que, durante los meses siguientes al paso de gigante que supuso el célebre alunizaje, sus pasos se hicieran cada vez más pequeños, hasta que apenas pudo caminar con normalidad. Su extraño defecto duraba ya más de un año, y al final se puso de espaldas al cielo y miró hacia abajo, y aquello fue una muy mala señal. Se quitó las gafas, observó su pierna derecha, y al final cerró los ojos y lloró. Entonces Ingolf y Kristine lo llevaron por fin al hospital, donde los médicos lo tuvieron mucho tiempo en reconocimiento, porque aquella pierna enferma era un caso muy raro, y sus padres apenas pudieron pronunciar el nombre de la enfermedad

cuando les dijeron el diagnóstico: síndrome de Calvé-Legg-Perthes. La enfermedad llevaba el nombre de los médicos que habían hecho pública la descripción de su avance paralizante al microscopio: la cabeza de su fémur derecho se había desmoronado por una carencia de calcio — en la imagen parecía una bola de barro rota que arañaba y arañaba el hueso de la cadera—, y aquella avería mecánica se debía a un defecto congénito que los médicos decían que existía desde la mañana de los tiempos. El fallo estaba en la «masa genética» del chico, decían, es decir, en la piedra angular del organismo humano, tema al que por aquellos años se dedicaban todos los investigadores que no estudiaban el espacio celeste.

Ya la semana siguiente lo llevaron a un hospital que había en La Franja de Kalundborg, donde iban a tener su pierna inmovilizada para que pudiera luchar contra la enfermedad junto con cientos de niños con el mismo defecto congénito.

Iba a tener que guardar cama; no una semana o un mes, sino por lo menos año y medio, decían los médicos. Y todos los niños del Sanatorio de la Costa, por seguridad, llevaban un arnés atado a la espalda con tres gruesas correas de lona a cada lado. Al chico, que siempre había soñado con volar al espacio, lo ataron a su lecho terrenal con tanta solidez como pudieron. Así de banal puede ser el Destino cuando está de talante sombrío. A mí no me extrañó. Hice tres largos viajes al Sanatorio de la Costa durante los años en que Asger estuvo tumbado en su cama. Ya nada podía sorprenderme. Eso creía al principio.

El primer día de hospital, Kristine se derrumbó de la lástima que sentía por sí misma. Lloraba inconsolable, y Asger la oía llorar desde el extremo opuesto del corredor hasta que la pesada puerta de hospital se cerraba tras ella. Su padre se quedó inmóvil, blanco, en el vano de la puerta, sin decir palabra, antes de seguir a su esposa. Por primera vez, Asger agachó la cabeza y

se centró de verdad en sus padres; se quedó horrorizado. En aquel momento vio con claridad que estaba solo en el mundo. Cualquier ilusión de salvación quedó ahogada por la magnitud de la catástrofe. Estaba tan solo en su mundo como un astronauta en órbita que había salido de su nave directo a la negra nada. Sí que veía otros puntos luminosos a su alrededor en la bóveda celeste, pero jamás en la vida podría alcanzarlos. Entonces Asger no sabía que en esa cuestión ya era un niño experimentado, mucho más preparado para la oscuridad y la soledad que ninguno de los otros niños del enorme sanatorio.

La primera noche se despertó con un grito: era como si la habitación estuviera llena de gente que no veía, y en un momento dado oyó una voz, y le pareció que había oído aquellas palabras antes, pero no las entendía.

—¿De quién es el niño? —preguntaba la voz.

En su casa, Kristine despertó de pronto en la cama y gritó:

—¡Es mío!

Le extrañó haber respondido una pregunta que no había oído formular. Pensó en Asger, que estaba entre tinieblas con la pierna enferma y el defecto genético que los había traicionado a todos. Aquello fue el golpe más duro para Kristine, la pequeña información que le dieron los médicos cuando establecieron el diagnóstico: el defecto solo podía pasar a la siguiente generación por parte de la madre, estaba firmemente unido al cromosoma femenino. La madre biológica que abandonó a su hijo dejó en su interior una enfermedad.

Por eso, delante de los médicos tuvo que admitir que Asger no era hijo biológico suyo.

Cuando la presionaron para incorporar aquel interesante aspecto a su investigación, ella dio el nombre y dirección de la directora de Kongslund, pero después se sintió como una esposa repudiada que daba de forma voluntaria la dirección de su esposo a su rival, y la sensación se mezclaba con

un temor, sombrío y profundo, a perder a su chico para entregarlo a una rival desconocida.

Ingolf le acarició el cabello en la oscuridad y dijo:

—Nadie nos lo va a arrebatarse, Kristine, y tampoco hay nadie que desee hacerlo. Pero vamos a tener que decirle la verdad, ahora que todos los médicos la conocen.

Ella calló, se sentía como un animal en una trampa.

A fin de no perderlo, iba a tener que decirle algo que supondría que iba a perderlo. Así era como lo veía ella.

**E**n las primeras Navidades en el hospital, sus padres le regalaron un pequeño telescopio de lentes tan potentes que, incluso de noche, podía seguir a las tripulaciones subiendo y bajando por las escalas de los petroleros que fondeaban en la

entrada del fiordo, junto a la ciudad de Kalundborg.

En su habitación del hospital había niños de todos los rincones del país; incluso de Thorshavn, en las islas Faroe, llegaron dos mellizos con nombres típicos de allí —Høgni y Regni—, y de una ciudad de Groenlandia de nombre exótico llegó Daniel, que nunca recibía visitas y después de nueve meses había olvidado el rostro de su padre, de su madre y de sus hermanas. Por cada mes que pasaba, su semblante adquiría una expresión más pálida y rígida, y sus ojos negros, entre dos pliegues de piel, se ocupaban de sus asuntos, así que nadie podía saber qué pensaba; solo se veían sus manos morenas sobre el edredón, apretando un pedazo de piel de foca de pelo tieso que traía consigo cuando llegó.

Una mañana temprano, antes de que el sol terminara de salir en el fiordo, Daniel reencontró el alma de sus antepasados; encorvó sus dedos como garras y tiró con todas sus fuerzas de correas



y arneses, se puso a patalear con tanta fuerza, mientras gritaba y jadeaba soltando espumarajos por la boca, que al final correas y contrapesos volaron por la sala. Tuvieron que acudir cuatro enfermeras, y después llamaron a un celador para agarrarlo por las extremidades, que parecían querer escapar de su cuerpo preso. Lo redujeron con pastillas y unas correas aún más gruesas, y ya no lo dejaron estar con la piel de foca que desencadenó la revuelta. No volvió a hablar con nadie.

Unos días más tarde, Benny, el chico ancho de espaldas de Copenhague, hijo de obrero, logró continuar la insurrección: aflojó sus arneses, se quitó las vendas de las piernas y, con una extraña risa burlona que surgía de su estómago como un gruñido, abatió la defensa lateral de la cama y se plantó en el suelo con aire triunfador. Estuvo así unos segundos, inseguro, y se agarró a una silla antes de soltarla y tratar de caminar con sus piernas sin músculos. Sorprendido por su escasez

de fuerzas, la primera vez cayó de bruces y se quedó tumbado un rato, gimiendo. En las camas circundantes, sus compañeros yacían con los ojos muy abiertos, paralizados por el presentimiento de la insoportable catástrofe. Como en todos los movimientos rebeldes recién creados, la mayoría se contenían, temerosos, dejando que el líder avanzara los primeros (y muchas veces últimos) pasos en solitario. Pero entonces Benny se levantó de pronto, entró en contacto con una desconocida fuerza interior y dio el paseo de su vida de una pared hasta la otra —sin músculos en las piernas—, y de allí directo al Infierno, porque en el camino de vuelta —apenas cuatro metros lo separaban de la cama— la cabeza de fémur tan laboriosamente reconstruida se rompió en el hueso de la cadera, e hizo que cayera de lado en la oscuridad. Aquello le costó estar dos años más tumbado.

Había más historias terroríficas sobre el sanatorio; lo peor fue lo del hijo de un camionero,

Karsten, que había hecho recados para Asger el verano anterior, antes de que le dieran el alta. Volvió a casa con su padre, que enseguida lo puso de ayudante en el camión y le hizo levantar cajas y mover sacos un día sí y otro también, hasta que su cadera, todavía endeble, cedió a la presión y Karsten se desplomó. No llegó a volver al Sanatorio de la Costa. Pocos días antes de que lo ingresaran de nuevo, abandonó su cama, cojeó en la oscuridad hasta un bosque cercano y se colgó de una gran rama, que ni siquiera se rompió por el peso de su cuerpo delgado. Tenía doce años y dos días, y la historia de terror circuló como un susurro entre las enfermeras, y los niños se llevaron un susto de muerte; nadie volvió a rebelarse. Asger, tumbado en su cama con vistas al fiordo, comprendió que el Destino no perdona a los que ya ha golpeado, al contrario, y que no está dispuesto a dejar que nadie deje su puesto antes de tiempo. Comprendió que el Destino tenía especial animadversión por chicos como Daniel, Benny y

Karsten, de familias que no comprendían nada y no habían aprendido nada, y que por pura estupidez se resistían a lo inevitable. Parecía encontrar especial satisfacción en dar codazos a las familias más pobres y en peor situación, y en aplastar a hijos y a padres antes de que consiguieran escapar. Asger captó bien el mensaje, aguantó la respiración y no realizó ningún movimiento impulsivo aquellos días. Sabía mejor que nadie con qué nitidez puede verse el menor movimiento desde el espacio.

Le quitaron las correas y vendajes en julio de 1972, justo cuando el científico norteamericano Carl Sagan hizo publicidad del envío del primer mensaje humano a civilizaciones extrañas en la sonda espacial Pioneer 10. En él, la humanidad colocó sobre una placa de aluminio una imagen de un hombre y una mujer, e indicaciones para llegar a nuestro hogar en la Vía Láctea. Por si pasaba alguien por allí.

Para el alma de Asger fue como un mensaje de

la libertad que lo esperaba en el exterior. De pronto podía doblar las piernas e incorporarse en la cama, y lo dejaron soltar un par de horas al día las seis correas que lo sujetaban al colchón.

La primera vez que se sentó en la cama apareció de pronto en el vano de la puerta una niña de pelo largo castaño cobrizo que le colgaba suelto sobre los hombros, como un halo. Casi se le había olvidado cómo sonaba una voz de chica.

—¿Puedo entrar?

Asger sintió el martilleo de su corazón.

—Vivo aquí cerca —se presentó—. Me llamo Susanne.

Su voz se acomodó en el pecho de Asger como una cabecita de pájaro.

—Venía a ver qué tal estás —continuó—. Me ha dicho mi madre que estabas aquí.

No quería espantarla por nada del mundo, y no hizo preguntas sobre la extraña frase.

—Entonces, ¿qué tal estás? —preguntó la chica.

—¿Has oído que han lanzado una nave espacial en busca de vida en el universo? —dijo Asger. Y entonces ocurrió el milagro; ella no se rio de él, solo preguntó:

—¿Han encontrado a alguien?

La chispa del amor saltó al instante. Fue así de simple. Y puede que Asger no haya amado a otras mujeres desde entonces. Los dos niños no sabían que se habían conocido de recién nacidos, pero creo que el inconsciente identificaba algunas señales inconfundibles: un olor, un color, una manera de moverse, tal vez la resonancia de una voz... Todo lo que habían compartido en la Sala de los Elefantes, pero de lo que en aquel momento ninguno de ellos era consciente.

En agosto de 1972, Susanne apareció un jueves por la tarde, cuando el sol brillaba en un cielo azul oscuro y el mayor petrolero hasta la fecha había fondeado en el fiordo, justo delante de la ventana de Asger; allí estaba, como una gran ballena en medio del agua, en un jueves magnífico, y Asger

sonreía a todo el mundo.

—¿Ya sabes que nuestros padres se conocen desde hace muchos años? —preguntó Susanne.

Él se quedó pensativo.

—No —respondió—. Nunca me lo habían dicho. ¿Desde cuándo?

Pero la idea lo hacía feliz, porque le otorgaba una posición especial que ninguno de los chicos de su sección podía superar.

—Desde que nacimos. Se conocieron cuando nacimos en Copenhague —explicó, contenta.

La idea era prometedora. Habían estado de alguna forma juntos desde el principio.

—Nunca he oído hablar de eso —dijo Asger, no obstante, con franqueza.

—Fue en el Hospital Central.

—Lo único que sé es que nací el día que Gagarin voló al espacio, que fue el primero en hacerlo.

—Los padres no siempre cuentan todo —observó Susanne, con madura sensatez, y Asger

tuvo ganas de extender el brazo y acariciarle el cabello.

En la sala de estar de su casa, Kristine se puso derecha en la silla y se llevó la mano a la frente, como queriendo quitarse un repentino dolor de cabeza, y dijo:

—Me preocupa que la señora Ingemann haya pedido a su hija que visite a Asger.

—Bueno, ya hemos hablado de eso. Ninguno de ellos conoce su pasado.

—Tendremos que decírselo pronto. Todos los médicos lo saben.

—Pero es que prometimos a la señora Ingemann guardarlo en secreto.

—Es posible que en realidad ella desee que se sepa la verdad.

—¿Por qué habría de desearlo?

—Debemos decírselo. —Kristine meneó la cabeza—. Si no, se lo dirán los médicos. Y entonces...

En su mirada había espanto.



En la mente de Ingolf se movía una sombra que adquiriría la forma del hijo que amaba, antes de desaparecer otra vez.

—Pues entonces se lo diré yo —sentenció, levantándose.

Aquella noche hicieron el amor con una violencia que no recordaban desde los primeros días de la escuela de magisterio. Fue casi como una felicidad reencontrada, que, a diferencia de la antigua, no se dejaba echar a perder por su imposible sueño de juventud de hacer que Kristine quedara embarazada. Fue como si de pronto algo negativo en su relación hubiera dejado de existir, haciéndolos más retozones y ligeros de lo que habían sido nunca.

**S**e hizo un silencio absoluto en la terraza de Kongslund. Vi que para Asger aquella parte de la historia era problemática.

Yo había juntado con dificultad partes del relato —Susanne sabía de algunas piezas importantes, pero no de todas—, pero era sin duda la primera vez que él contaba su historia de un tirón y en circunstancias tan especiales.

Debía de darse cuenta de que el pasado podía desvelar una relación con el enigma para el cual nos habíamos reunido, y aquello debía de inquietarlo, por supuesto. Los adultos que nos rodeaban habían sellado un pacto de silencio, para el que tanto el hogar infantil como los jóvenes padres adoptivos tenían profundos motivos.

—Mi padre..., es decir, mi padre adoptivo —añadió con un destello tras los cristales de sus gafas— tomó el transbordador a Kalundborg igual que muchas veces antes. Pero esta vez, solo.

Todos los sentados a la mesa de la terraza escucharon. Todos se daban cuenta de que aquel instante era decisivo.

Sí, Ingolf lo hizo solo. Estaba ansioso por terminar la misión que le había encomendado su

esposa. El viaje en taxi de la ciudad al sanatorio duró un cuarto de hora. Una auxiliar llevó la cama de Asger hasta la sala de visitas, para que pudieran hablar a solas.

—Tal vez te preguntes por qué he venido —comenzó Ingolf.

—Pues sí —reconoció Asger. Había estado terminando una lista de los acontecimientos más importantes en la investigación de las galaxias más cercanas desde 1890, y su mente estaba volviendo poco a poco al planeta Tierra, pero todavía no se había adaptado a la realidad.

—Mamá y yo hemos estado pensando. Y hay una cosa que nos gustaría decirte, algo que sí..., quizá debiéramos haberte contado... algo antes.

Los ojos azules de Asger estaban abiertos. El miedo aún no había enviado el primer pequeño púlsar a su conciencia.

—Mamá y yo no podíamos tener hijos —confesó Ingolf.

La mirada de Asger no pareció reaccionar,

pero en su cerebro surgió un diminuto rayo de luz entre los lóbulos cerebrales, que golpeó el hueso frontal con un chasquido sordo. Durante los segundos que siguieron a la extraña frase de su padre, se podría haber ubicado sin problemas todo el desarrollo de la Vía Láctea, desde polvo cósmico hasta galaxias espirales de tamaño medio, en un período de miles de millones de años. Para él seguía siendo como un instante eterno.

—Por eso, tu madre y yo decidimos adoptar un niño.

Sonaba extraño, y lo dijo con voz demasiado alta y decidida.

—Fue la mejor decisión de nuestra vida —añadió Ingolf, sonriendo.

«Tu madre y yo». Su padre decía «tu madre y yo», no «mamá, tú y yo», la única seguridad que había conocido.

Quiso devolver la sonrisa. Pero su garganta emitió un sonido, como si algo se hubiera agrietado en el fondo de su pecho, y sintió mareo.

Durante un segundo, la profundidad de su vientre cedió y el agua se coló entre el colchón y el fondo de la cama, y continuó por el suelo y bajó hasta el sótano del hospital. Se le escapaba por todas partes, por todas las grietas, y salía de él como de un recipiente que se hubiera rajado de arriba abajo.

La sonrisa de su padre desapareció.

—Pero Asger, somos tus padres... Tu madre y yo siempre estaremos junto a ti...

«Tu madre y yo».

En aquel momento apareció la jefa de enfermeras, la señorita Müller, junto a su cabecera; lo tomó de la mano y pidió a Ingolf que esperase fuera mientras le cambiaban las sábanas. Su padre volvió más tarde.

Sonrió para disculparse, pero en su rostro seguía dibujaba la conmoción. Después de estar un rato en silencio, sin cruzar una sola palabra, Ingolf empezó a moverse. Debía irse. Era tarde, y trabajaba al día siguiente. No podía pasar la noche

fuera, y debía volver para contar cómo había ido todo; Kristine estaba consumida por el nerviosismo.

—Tengo que marcharme. Mañana he de ir a la escuela —fue lo que dijo.

No había fallado un solo día en su larga e ininterrumpida vida de maestro.

—Muchos recuerdos de tu madre. Quería que los dos habláramos de esto, de hombre a hombre, y ya lo hemos hecho. Has reaccionado muy bien. Muy bien.

Asger no había dicho ni palabra.

Ingolf sacudió la cabeza con cierta impaciencia.

—Tu madre te ha escrito una larga carta que recibirás mañana, y te llamaremos por teléfono el martes o el miércoles.

Por supuesto, Asger no debía estar varios días sin noticias, pensando en la nueva realidad, dijo, dirigiéndose a la señorita Müller.

—Vendremos a visitarte el domingo, como

siempre. Con los últimos tebeos: *Akim, Kaptajn Mickey, Fart og Tempo, Battler Briton...*

Se despidió dándole un beso en la frente, donde los padres suelen colocar sus besos.

Muchos años más tarde, Asger entendió lo que su padre había pensado en el *ferry* tras la visita a su hijo deshecho, de vuelta a casa con su esposa y a la nueva ternura que habían reencontrado.

«No es ningún pecado contar la verdad. Fue la decisión correcta. Tal vez deberían haberla tomado antes, pero, por otra parte, había muchas cosas en que pensar; no había nada de malo en ello, teniendo en cuenta las circunstancias».

Nunca recibió ninguna carta de su madre, pero lo llamó por teléfono tres días más tarde. Lo llevaron en silla de ruedas hasta el teléfono, y dijo que estaba bien.

—Desde luego, papá llegó cansado a casa. — Puso cierto énfasis en la palabra *papá*.

Asger no dijo nada.

—Te llevaremos tebeos —dijo Kristine a guisa

de despedida, y colgó.

Pasó la noche siguiente medio dormido, medio despierto, hasta la visita médica de las diez, en la que el jefe de servicio Bohr, que era hijo del famoso físico atómico Niels Bohr (a quien por supuesto Asger admiraba por su enorme contribución a la teoría cuántica), entró en la sala, como siempre, flanqueado por la señorita Müller y una pequeña comitiva de enfermeras.

—¿Qué tal estamos hoy? —preguntó el jefe de servicio, que por una vez parecía concentrado en el mundo exterior.

El agua volvió a abandonar a Asger, con la misma violencia que antes, y todos los de alrededor se quedaron estupefactos. Después recordó el olor de la señorita Müller, a delantal recién planchado y a polvos. Ella lo miró y dijo:

—Voy a llamar a tus padres. Vendrán a visitarte. Pueden pasar la noche en la habitación de invitados del jefe de servicio.

Asger se dio cuenta de que la promesa iba a



cumplirse.

Una hora más tarde, apareció Susanne. Además, no solía venir los sábados. Era como si hubiera percibido que pasaba algo. En la cama, debajo del enorme edredón azul, el cuerpecito de Asger se contraía de desesperación, y de forma inesperada ella lo rodeó con sus brazos y lloró. Él le contó todo, y ella reaccionó con un furor frío:

—Deberían haberse quedado contigo. Voy a contárselo a mis padres. Los conocen. Pueden hablar con ellos. Volveré luego.

Nunca debió dejarla marchar. Fue el mayor error de su vida. Nunca volvió. No apareció ni a las tres, ni a las cuatro, ni a las cinco. No sabía su dirección ni su número de teléfono, y cuando hizo acopio de valor y preguntó a la señorita Müller si sabía dónde vivía, la espigada jefa de enfermeras lo miró un buen rato y dijo al final:

—Creo que debemos dejar que ella decida cuándo quiere volver.

Se sentó en el borde de la cama.

—Tal vez sus padres hayan decidido que esta noche querían estar con ella.

Sus ojos al decirlo tenían el mismo color gris luminoso que el agua del fiordo.

Cuando Asger despertó, su madre estaba sentada en la cama y su padre estaba de pie tras ella, y al fondo estaba la señorita Müller con su cofia blanca encima del pelo gris plateado.

Aquella noche, y la noche siguiente, y la siguiente y miles de noches después, trató de comprender los acontecimientos que en unos minutos transformaron su vida, pero no se dejaban aprehender en fases lógicas, medibles, a las que estaba acostumbrado por estudiar la formación de las estrellas y los planetas. No había ninguna fórmula que pudiera explicar las fuerzas desatadas por un poder desconocido para él.

En menos de un segundo se quedó aislado de las personas que habían sido sus padres.

Y, pocos días después, también de Susanne.

Llegó octubre, noviembre, diciembre, y al final

dejó de esperar. Para él no había duda de que la chica que había amado —como solo puede amar un chico de once años— había desaparecido para siempre. Había sido un cuento, una fábula, un sueño que guardaba relación con su añoranza. El sueño más extraño que había tenido en su vida.

Susanne Ingemann había vuelto al presente, junto a la mesa de la terraza, y tenía lágrimas en los ojos, un espectáculo inusual, porque en su vida el sentimentalismo había resultado ser fatal, en el sentido literal de la palabra.

Asger le puso la mano sobre el brazo y, de forma absurda, imaginé que habrían tenido esa misma postura de niños. Él volvió a acariciarla, y ella sintió el peso del «Perdón», es mi única palabra, banal, para describir lo que ocurrió.

Knud Tåsing, que en su profesión había desarrollado un talento para distanciarse de los

sentimientos cuando estos se colaban demasiado cerca, dijo:

—Pero eso no nos dice nada nuevo sobre Eva... o el hijo de Eva. Ya os he hablado del papel de Marie como autora de los anónimos, y no sabe más que nosotros...

Aquello era una pregunta sin signos de interrogación.

Peter Trøst estaba quieto en su lado de la mesa, con los ojos brillantes como después de haber dormido mucho. No dijo nada.

—He tratado de encontrar a Eva Bjergstrand —dijo Knud Tåsing—. Es imposible.

Agaché la cabeza y traté de ocultar mi alivio. El ojo izquierdo me lagrimeaba otra vez.

Asger habló con su voz profunda, en un tono casi consolador.

—Si otros la han buscado, tampoco la han encontrado.

—Claro. Porque buscan un fantasma. —Era Knud Tåsing de nuevo, descarnado.

Contuve el aliento. No entendía dónde había conseguido aquella información, que no debería estar en posesión de nadie, aparte de mí. Volví a mirar a la mesa, desesperada, y entorné los ojos.

Entonces, sin piedad, soltó la bomba.

—Porque, al parecer, la persona que escribió la carta de la que se apropió Marie murió... —por el tono, deduje que lucía una débil sonrisa— siete años antes de escribirla.

Luego se dirigió a mí.

—¿Me enseñas otra vez la carta, Marie?

Mis ojos rezumaban. No me atrevía a levantar la cabeza.

—¿Por qué quieres ver la carta? —Era la voz de Susanne.

—Porque una de dos: o los muertos han empezado a escribir cartas... o la carta se escribió mientras la persona vivía, y me inclino por la segunda explicación.

El sarcasmo de su voz sonó demoledor y del todo malvado.

—La carta que me enseñó Marie, estaba, por la fecha, escrita unos días antes de que ella enviara los anónimos, en abril de 2008, pero era imposible, claro...

Me levanté —todavía con los ojos cerrados— y abandoné el grupo. Era una curiosa retirada, pero nadie se movió.

Un momento después, me encontraba junto al secreter de roble de la Habitación del Rey, secándome las lágrimas de la cara. Después tomé la decisión. Esta vez dejé el folio con el ruego de Eva a Magna en el sobre azul de correo aéreo que no enseñé a Knud Tåsing la primera vez.

Cuando volví, estaban sentados, por lo que podía ver, en la misma postura, y al parecer llevaban minutos sin intercambiar palabra.

La mano de Asger seguía firme sobre el brazo de Susanne.

Sin decir palabra, arrojé la carta sobre la mesa de jardín, delante del sagaz periodista.

—¡El sobre desaparecido! —exclamó con tono

algo más ligero, y sonrió—. Pues sí, efectivamente, el matasellos es de Adelaida, donde la misteriosa mujer vivió y murió. Y mirad la fecha... Lleva matasellos de abril de 2001. De hace siete años.

Todos lo miraron, estupefactos.

Tomó el primer folio y lo puso al trasluz.

—Y la fecha que escribió Eva... con esta iluminación queda bastante claro... —Se volvió hacia mí, y entonces percibí también la mirada constante de Peter y Asger—. La fecha está cambiada de forma imperceptible. Cambiaste el uno de 2001 por el ocho de 2008, simplemente escribiendo dos arcos a los lados del palo. No estaba muy bien hecho, pero mordí el anzuelo. Así que la carta de Eva, de hacía siete años, estaba vuelta a fechar como si fuera de este año. Pero ¿por qué?

Me pareció que Susanne se quitaba de encima la mano del astrónomo. No le había confiado aquella faceta de mi espíritu emprendedor, y no

iba a comprender el motivo.

—Es verdad, sí... La carta llegó... Traté de encontrar a Eva, pero fue imposible.

Dejé al margen a Susanne. Estaba sentada inmóvil, y me di cuenta de su perplejidad. Pero también sabía que no iba a corregirme mientras siguiera sin saber qué estaba pasando.

—Eso sí —continué—, encontré una pista del bebé en los viejos archivos de Asistencia a la Maternidad, que estaban en el desván de la Dirección General de Derechos Civiles. Allí encontré el formulario de John Bjergstrand.

Levanté la cabeza, sin hacer caso de mi hombro izquierdo torcido, que se había hundido casi hasta la altura de la mesa, ni de que mi mejilla izquierda estaba roja, surcada por mi agua salada. Si se extrañaron por mi pronunciado ceceo, no lo dijeron; nadie trató de interrumpirme.

—Pero no sabía cómo seguir desde allí. Han pasado siete años.

Me detuve.



Ví que Asger fruncía el ceño, como si hubiera atrapado una enigmática supernova en su ocular celestial, pero no creyera del todo en la existencia del fenómeno. Lo comprendí. Porque yo debía seguir dejando las piezas más importantes en la sombra. En aquel momento estaba haciendo equilibrios sobre un abismo, igual que los elefantes de la canción de Magna, y solo podía esperar cierta suerte, y la fuerza del consejo de Magdalene desde el Más Allá: «La telaraña más fina, el balanceo más cauteloso».

Se hizo un prolongado silencio en torno a la mesa. Luego habló Knud Tåsing.

—Esperaste siete años. Pero al final decidiste enviar los anónimos a las personas que sabías que lo entenderían y tratarían de hacerlo público, ¿con la esperanza de que surgiera algo?

Asentí en silencio. Cayó algo de agua a mi plato, pero no lo vieron.

—Pero ¿por qué cambiaste la fecha de 2001 a 2008?

—Porque quería que pareciera actual.

Había preparado mi respuesta con todo esmero.

Peter y Knud asintieron con la cabeza, pensativos. Solo las cejas de Asger apuntaban más arriba, hacia la bóveda celeste. No distinguía la expresión facial de Susanne, pero tampoco era importante, siempre que no me interrumpiera.

—Pero ¿por qué esperaste?

Desde luego, no había nadie más insistente que aquel periodista con su peste a mentol.

—No estaba segura. Había pasado siete años buscando un modo... de seguir adelante, y no quería arriesgarme a que se quitara importancia al asunto diciendo que era una carta antigua — expuse. Era artificial, pero verosímil, y del todo falso.

Aun así, los periodistas volvieron a hacer un gesto afirmativo; su ingenuidad me asombró, a pesar de que de alguna manera la había previsto. En su mundo todo debía transcurrir en el ahora y el

ser actual para poder vincularlo con la realidad; solo por eso se tragarón mi evidente mentira.

Asger tomó la palabra.

—Pero al principio no enseñaste la carta a nadie, ¿verdad? Solo el formulario.

—Puse otra fecha a la carta por si alguien llegaba a verla algún día. Al fin y al cabo, tampoco era tan complicado averiguar quién había enviado los anónimos.

Miré a Asger a los ojos tras sus gafas redondas y traté de encontrar un apoyo que no merecía para mi disparatada historia.

Al final también él asintió con la cabeza, y me di cuenta de que me encontraba interesante y, por primera vez, no solo por mi singularidad mental y mis huesos retorcidos. La gente como Asger tiene problemas con las mentiras; las percibe como si fueran misteriosos agujeros negros en lo más profundo de la Vía Láctea, percibe su presencia — incluso cuando son casi invisibles y están tan bien camufladas como las mías— y después trata de

acercarse a ellas sin que su fuerza lo absorba.

—Pero ¡fue una tontería! —exclamó—. Que en un documento importante se cambiara la fecha podría haber puesto en peligro la credibilidad del caso. Si Knud le hubiera dado publicidad...

No necesitaba decir más.

Knud Tåsing observó la cesta del pan, como si estuviera pensando empezar el almuerzo para el que nadie tenía hambre. Luego dijo:

—Debí darme cuenta del engaño de Marie de inmediato. Porque Eva Bjergstrand decía expresamente que había escrito su carta un Viernes Santo, y que acababa de leer sobre una boda en un periódico danés el 7 de abril. Pero en 2008 Semana Santa cayó en marzo, casi tres semanas antes de que hubiera podido leer el mencionado periódico. Debí haberlo visto, pero es que yo siempre he pasado de la Semana Santa.

Sonrió con ironía.

—Además, en la primera línea escribe que había llegado de Dinamarca cuarenta años antes,

pero en 2008 habrían sido cuarenta y siete años, y una falta de exactitud así no era probable.

Agachó la cabeza, como para expresar una débil vergüenza.

—Las señales estaban allí, pero no supe verlas. Me puse en contacto con la embajada australiana en Copenhague, pensando que la carta era reciente, pero tuve suerte: hablé con una secretaria que unos años antes había atendido una consulta parecida. Y aquello la dejó perpleja.

Una vez más, se produjo un silencio, largo y tenso.

El periodista tomó un pedazo de pan y lo partió por la mitad.

—Es decir, que otra persona había preguntado por Eva Bjergstrand, y la pregunta no era reciente como la mía, sino que se la hicieron varios años antes. La consulta se la había hecho una mujer, y me dio su descripción...

Se volvió hacia mí.

—Entonces lo comprendí: ¿aquella carta podía

ser mucho más antigua de lo que yo creía? ¿Me habían engañado? Bastó mirar un calendario. En 2001, Viernes Santo cayó en abril, concretamente el 13 de abril.

El corazón martilleaba en mi pecho, esperando las próximas, decisivas, palabras.

Se llevó el pan a la boca, pero lo mantuvo en el aire.

—La secretaria de la embajada recordaba también que no existía ninguna Eva Bjergstrand, probablemente porque había cambiado de apellido. Pero, tras repasar todas las mujeres danesas que habían sacado la ciudadanía australiana en la zona de Adelaida, sí que encontró una cuya edad y fecha de nacimiento coincidían, pero justo en aquel momento, y a principios de septiembre de 2001, aquella mujer había salido de Australia... —dijo y entonces comió del pan hacia Dinamarca.

No me atrevía a mirar a los demás. Era la información que la señora de la embajada me

había dado cuando me dirigí a ella por segunda vez. Pero al parecer no le había contado a Knud Tåsing que yo había recibido la misma información, o tal vez no le diera importancia.

De todas formas, le di mentalmente las gracias.

—Por supuesto, la señora de la embajada lo había olvidado, pero le pedí que investigara dónde estaba ahora la mujer danesa. Y la respuesta fue de lo más sorprendente. Porque por lo visto no había vuelto a Australia. Al menos, la habían borrado de todos los registros de ciudadanía. Al parecer, se quedó en Dinamarca y nunca volvió a salir. Pero entonces, ¿dónde estaba?

—¿En Dinamarca? —Fue Asger quien expresó el asombro de los reunidos.

—Sí. Pero luego llegó la siguiente conmoción, porque cuando la encontré... —Tåsing vaciló.

—¿Qué...? —preguntó Asger.

—Estaba muerta.

—¿Muerta?

—Sí. Aquí, en Copenhague. Bastante cerca

de...

El ardor de Asger perdió fuerza, como si estuviera ante un fantasma. Y lo estaba, de alguna forma.

—Pero ¿cómo...?

—Me puse a leer los principales periódicos del otoño de 2001, de cabo a rabo. Tal vez hubiera ocurrido en Dinamarca algo que pudiera relacionar con ella. Una reunión anual de hermandad australiano-danesa, un congreso... O tal vez hubiera sufrido un accidente. Sus idas y venidas quizá estuvieran registradas de alguna manera. Era una posibilidad remota, claro, pero Dinamarca es un país pequeño. Cuando disparas en un estanque de patos, incluso un disparo al azar da muchas veces en el blanco.

Knud Tåsing parecía inmensamente satisfecho. Entonces apartó el pan empezado y dio a conocer su última inquietante información:

—Encontraron a una mujer desconocida, justo aquí, en la playa entre Kongslund y Bellevue el 11



de septiembre por la mañana; muerta, tal vez asesinada. Quizá viviera en Australia, al menos a juzgar por su ropa.

Se hizo un silencio total a su alrededor. La palabra era muy anticuada.

Knud se levantó de la mesa.

—¿Os dice algo la fecha?

Nadie dijo nada. Era una pregunta innecesaria.

—Sí, ¿verdad? Dos horas más tarde, dos aviones de pasajeros se estrellaron contra las Torres Gemelas de Nueva York, y todo el mundo se convulsionó. Solo encontré unas pocas líneas sobre la mujer y su muerte en los periódicos. Tenían otras cosas sobre las que escribir. Pero fue suficiente. Porque ahora yo ya sabía qué había sido de Eva Bjergstrand. Ahora ya sabía por qué no volvió a salir de Dinamarca.

Aunque angustiada, me irritaban sus maneras dramáticas y las palabras empleadas. Pero el hombre había dado en el clavo. Había encontrado el último descanso de Eva Bjergstrand en el

entorno arenoso del estrecho de Øresund y la fecha de su muerte repentina, que era una fecha famosa. No me atrevía a mirar a Susanne. Al menos dos pares de ojos podrían haber desvelado falta de sorpresa; claro que tuvimos bastante tiempo para darnos cuenta de lo que venía.

—Pero ¿por qué pensaban que tal vez fuera un asesinato?

—Yacía junto a la orilla. Tenía lesiones en la cabeza, producidas por una piedra afilada. Pero no había pruebas, y tampoco pistas técnicas. También podía haberse caído. No llevaba documentación encima, pero su ropa mostraba que no era danesa. Uno de los países que el periódico mencionaba como posibilidad era Australia, pero nadie se interesó. Dieron carpetazo al asunto. En los periódicos solo se publicaron un par de noticias breves.

Y así llegó por segunda vez a Kongslund la información que yo había ocultado durante siete años, y solo me había atrevido a compartir con

Susanne Ingemann. Y llegó de la mano de Knud Tåsing.

Los tres hombres que quedaban en la mesa no tenían ni idea de lo que había ocurrido desde entonces, pero todos se dieron cuenta de las fuerzas que mis anónimos habían desatado. Alguien había visto la relación con la mujer muerta de Bellevue, y alguien había sabido quién era ella, y de dónde había llegado.

Incluso Magna, a quien nada atemorizaba, trató de evitar el peligro que percibió durante los días en que llegaron los anónimos, y se había deshecho de su protocolo secreto justo antes de que la encontrasen muerta.

—Tiene que haber alguna relación con el ministerio.

Era Peter quien hablaba.

—Tiene que estar relacionado con Enevold o con Carl Malle, por eso están tan ansiosos por encontrar al chico.

—O con Orla Berntsen —añadió Susanne

Ingemann. Y luego se ruborizó de nuevo, como si hubiera traspasado una frontera invisible que los demás desconocíamos.

—Si Orla es sospechoso, también lo somos nosotros.

Las gafas de Asger habían vuelto a resbalar hasta la punta de la nariz, y por una vez el larguirucho astrónomo había olvidado el cielo y ni siquiera prestaba atención a los aviones que sobrevolaban Kastrup a lo lejos.

—Eva solo puede haber vuelto a Dinamarca en busca de su hijo. De hecho, sería su única razón para venir aquí: su hijo.

Su mirada suplicante recorrió la mesa.

Nadie lo contradijo.

—Eva quería desvelarle las extrañas circunstancias en las que nació, y quería decirle lo del escándalo..., y que era hijo de una asesina —continuó Asger—. Quizá eso provocara un gran ataque de furia. Al menos, yo habría reaccionado así. Me habría repugnado que me dieran esa

información. Y el hijo de la asesina podría ser también un asesino; eso nos hace sospechosos a todos, a todos los que estábamos en esa fotografía de la Sala de los Elefantes en las Navidades de 1961. Yo, tú, Peter; tú, Susanne; Severin, Marie, Orla, Nils... Eva pudo ponerse en contacto con cualquiera de nosotros, y puede que la reacción fuera muy violenta.

—¿La herencia biológica? —repuso Susanne —. ¿La mente asesina?

Había sorna en su voz.

Asger se volvió hacia su amor nunca consumado de la infancia y le devolvió la mirada desde la profundidad de los gruesos cristales de sus gafas.

—Sí, Susanne, sí; la mente asesina. Es posible.

—¿Y qué pasó después... con Magna? ¿Crees que también la asesinaron?

—Tal vez. El asesino trataría de ocultar sus huellas. Y Magna era un obstáculo. Con todo lo que sabía. Los anónimos provocaron una reacción

en cadena.

—Si es que la mataron; no se ha podido demostrar —matizó Peter.

Cerré los ojos.

—Pues entonces Marie, desde luego, está fuera de sospecha —sentenció Knud Tåsing, a mi izquierda—. Su motivo siempre ha sido hurgar en la herida.

—Sí... tal vez —dijo Asger, algo ausente.

Habría preferido una respuesta más firme. Quizá me sintiera un poco ofendida.

De pronto, el periodista cambió de tono.

—No me habéis preguntado qué ponía en el periódico del que os he hablado, el periódico que Eva Bjergstrand mencionaba en su carta, el que encontró en un banco en Adelaida, que la puso tan furiosa que escribió una carta a Magna.

Abrí de nuevo los ojos.

Knud estaba disfrutando la situación, como un cazador que está en un claro del bosque con la presa recién cobrada, frente al resto de cazadores

con las manos vacías. También yo intenté encontrar el artículo al que se refería Eva, repasando los grandes periódicos que podían llegar hasta Adelaida, pero en vano.

Todos esperaron en silencio.

—Solo un periódico trajo una noticia que de alguna manera pudo interesarle —continuó—. Y, mira tú por dónde, fue mi propio periódico, órgano del Gobierno en aquellos tiempos, cosa que no era de extrañar, ya que se trataba, a su manera, de un asunto de Gobierno...

Sus labios casi chasquearon de satisfacción por su descubrimiento.

—¿Cómo pudo un periódico tan modesto aterrizar en un banco de Adelaida? No tengo ni idea, pero a veces ocurren milagros.

Chasqueó los labios una vez más.

Nadie dijo palabra.

—El 7 de abril de 2001 se celebró una boda discreta en Copenhague, concretamente en la iglesia de Holmen. Allí se casó el funcionario más

poderoso del entonces Ministerio de Interior, el que poco después pasó a llamarse Ministerio Nacional, con su compañera sentimental durante muchos años.

Knud Tåsing hizo otra pausa, y no continuó hasta que casi se hizo insoportable.

—El jefe de Gabinete Orla Pil Berntsen se casó con Lucilla Morales, nacida en La Habana, Cuba... —Sonrió, como si se diera cuenta de lo grotesco de aquel matrimonio—. Y presente en la ceremonia estaba nada más y nada menos que el entonces ministro de Interior, amigo y benefactor de todos nosotros y protector de Kongslund desde siempre: Ole Almind-Enevold.

Tåsing calló unos segundos, tosió una vez y mostró su carta oculta:

—Allí estaban los tres, hombro con hombro, en una foto de color enorme, en aquel ejemplar atrasado. No había nadie más en la fotografía.

Noté que la onda expansiva daba la vuelta a la mesa.



Todos los presentes sabían lo que aquello significaba. Si se tomaba en sentido literal el contenido de la furiosa carta de Eva Bjergstrand, no había otras posibilidades de interpretación que la que tenían delante, basada en el magnífico trabajo detectivesco de Knud Tåsing: la sombra en la vida de la joven, el hombre que era padre de su hijo y después —literalmente— la hizo desaparecer y desmoronarse, no era ninguna antigua celebridad de vida ligera, de los que salen por docenas en las revistas y podían ofrecer exuberantes chismes durante unas semanas; no, se trataba de un ciudadano que en cualquier circunstancia defendía la moral y el amor al prójimo y, sobre todo, los derechos inalienables de los niños tanto antes como después de nacer.

El ministro nacional del reino: Ole Almind-Enevold.

Si hemos de creer las palabras —del pasado— de la joven, el político más popular del país, al principio de su carrera, dejó embarazada a una

chica muy joven en una cárcel, ni más ni menos, y después tiró de todos los hilos posibles para ocultar el escándalo. Cuando dio a luz a un chico, se lo quitaron justo después del parto, tras lo cual la joven fue desterrada en secreto y se borraron todas las huellas. De todo el asunto solo quedó, por un error, una huella mínima, dentro de una caja de la antigua Asistencia a la Maternidad, durante años: el nombre.

John Bjergstrand.

Pasamos unos minutos sin hablar, mientras el mensaje volvía a hacer la ronda de la mesa. No era de extrañar que Almind-Enevold, si la historia era cierta, hiciera tantos movimientos desesperados aquellos días en su enorme ministerio. Sin testigos del pasado y, sobre todo, sin el chico, la historia parecería pura fábula, manifestación de una enfermiza campaña difamatoria de la prensa y de una oposición sedienta de sangre. Pero, si aparecía el chico, una simple prueba de ADN, algo que un hombre de su

posición, moralidad y ubicación política nunca podría rechazar, revelaría la verdad en menos tiempo del que necesitaba el Catedrático para decir entre dientes: «Sin comentarios». Todo parecía indicarlo. Uno de los niños de Magna tenía un historial que era tan singular que muchos tendrían dificultades en explicarlo: una madre encarcelada por asesinato y un padre que en aquel momento empezaba su largo viaje hacia el más alto cargo de la nación. Si una historia así se desenterraba del pasado, si un periodista como Knud Tåsing o cualquier otro conseguía confirmarla, iba a costarle al ministro nacional todo su reino y el definitivo encumbramiento a la posición del líder de la nación. Iba a saber lo que era la deshonra en un grado desconocido hasta entonces por ningún político danés, e incluso tendría suerte si bastaba con que dimitiera. Podría ponerse en marcha una investigación criminal, sobre todo debido a la muerte de Magna, en el caso de que apareciera una mínima pista nueva que

indicara un posible móvil para asesinar.

No era extraño que Knud Tåsing dejara aquella parte de la historia para el final. En aquel momento no era más que una teoría destructiva que golpearía a cualquiera que la conociera y la empleara de modo inadecuado. Quedaban todavía muchos cabos sueltos, y el periodista, que ya una vez en su carrera cometió un error irreparable, lo sabía mejor que nadie. Sentí que el temor daba otra vuelta a mi alrededor. Había más en juego de lo que ninguno habría soñado tan solo unos minutos antes. Sobre la mesa, ante nosotros, estaba el ligero almuerzo que nos habían servido las puericultoras, intacto. Nadie iba a comerlo.

—Qué putada que no tengamos la carta que Eva iba a enviar a su hijo, pero que al final no incluyó —comentó Asger.

Bajé la cabeza y callé.

Susanne Ingemann trató de formular en voz baja lo que casi todos pensábamos, aunque no teníamos palabras para expresarlo.

—Si Ole es realmente el padre, también él tendría un motivo para...

Se detuvo un momento, como si la idea contuviera demonios que no se atrevía a dejar salir.

—Me refiero a... la mujer de la playa.

Volvió a callar y su rostro se puso extrañamente pálido. Pareció que en cualquier momento fuera a ceder a una violenta náusea.

—Almind-Enevold y Carl Malle...

Knud Tåsing sacudió lentamente la cabeza.

—Puede que sí, puede que no. En la embajada descubrí otra cosa. Dos hombres de la empresa de seguridad de Carl Malle consiguieron un visado para viajar a Australia unos días después de la muerte de Magna. La señora de la embajada no debería habérmelo dicho, claro, pero el caso es que lo hizo. Al día siguiente llamé al despacho de Malle, me presenté como primer secretario del Ministerio Nacional y pregunté a la secretaria si los dos hombres de Adelaida habían vuelto a casa.

Dirigió la mirada al estrecho, como queriendo encontrar la respuesta en las olas de la costa sueca.

—Me dijo que no.

Ni siquiera se preocupaba por lo fraudulento de su método.

—Pero si Ole o Carl supieran..., o estuvieran detrás... —Peter Trøst dejó la parte evidente de la frase sin decir, flotando en el aire—, entonces sabrían también que Eva Bjergstrand estaba muerta.

El astrónomo asintió en silencio.

—Te refieres a que si sabían que en 2001 vino a Dinamarca y nunca más salió de aquí, ¿por qué habrían de interesarse por Australia en 2008? ¿Por qué iba a enviar Carl Malle a dos de sus hombres allá? Es una buena pregunta. Con una respuesta evidente.

—Sí —dijo Peter, asintiendo con la cabeza—. No lo sabían.

—Pero es posible que solo busquen el paquete

enviado por Magna —sugirió Knud Tåsing—. Podría ser razón suficiente, así que no importa.

Asger Christoffersen no dijo nada. Posó la mirada en Susanne, como tantas otras veces.

Estaba sentada, inmóvil. Se habían conocido de niños, y seguro que entonces era igual de guapa. Creo que seguía queriéndola.

—Claro que —dijo Asger con lentitud interminable— hay más cosas de las que imaginamos entre el cielo y la tierra. Una cosa sí que es segura. Todos debemos conseguir información sobre nuestras madres biológicas, quiénes eran y de dónde venían, para ver si una de ellas puede haber sido Eva Bjergstrand.

Dejó de hablar un momento.

—Eso va también por Orla, Severin y Nils, por supuesto. Debemos hacer esa pregunta a nuestros padres adoptivos. ¿Cuánto sabían en realidad de nuestros orígenes? ¿Qué les contó Magna? Debemos exigir ver los documentos que se les entregaron al adoptar, si es que aún existen.

Me di cuenta de lo que pensaban Peter y Susanne mientras Asger hablaba. Para él sería una cuestión fácil, porque ya sabía dónde buscar. Era fácil animar iniciativas desagradables y arriesgadas cuando no te jugabas nada.

Aquella noche soñé con Nils Jensen.

Estaba a la luz de la luna junto a su padre, el vigilante, en el cementerio, escuchando la singular y fantástica fábula del Gran Autor de Cuentos sobre la niña que tuvo que vivir en las Tinieblas, bajo tierra, después de haber pisado el pan de sus padres para poder atravesar el lodazal y llegar a casa con los zapatos secos. Aquella niña perdió, por su arrogancia, el derecho a la luz, a la vida y a los pájaros del cielo, y lo aprendieron todos los niños que vinieron detrás.

El anciano vigilante no había desvelado ni palabra sobre el pasado de su hijo ni sobre el



milagro que hizo posible que una familia necesitada accediera a una de las codiciadas adopciones que solían estar reservadas a familias mucho más pudientes; aquella parte de la historia se había mantenido oculta hasta hoy. Nils Jensen nunca abrigó sospechas. Ningún demonio le había soplado verdades al oído, y su padre, que también en su trabajo renunciaba a la luz, prefirió callar. Nunca creyó que pudiera encontrarse la verdad.

En mi sueño, su mirada vagaba por la sala junto al cementerio de Assistens.

Nils Jensen repetía su pregunta en sueños: «¿Quién es mi madre?».

La verdad iluminaba la mirada del anciano vigilante, y después toda la sala. Su esposa se deslizaba sin ruido junto al papel pintado, detrás de los dos hombres, y cerraba la puerta tras de sí.

El vigilante y su hijo estaban solos en mi sueño. Pasaron un buen rato sin decir nada.

—¿Quiénes son mis padres? —preguntaba Nils por tercera vez.

Apenas oía responder al anciano.

—He guardado los papeles de tu bautismo durante todos estos años. Me dijeron que los quemara, pero los guardé.

Sonaba a la vez con aire de disculpa y obstinado, y extendía la mano hacia su chico.

Durante un momento, no había ningún movimiento en la sala, y durante un segundo estremecedor creí, en sueños, que siempre iba a ser así.

Pero entonces Nils tomaba la mano de su padre, y yo lloré, porque sabía que eso significaba que la niña de las Tinieblas no tenía por qué estar perdida para siempre. Tal vez el Autor de Cuentos cambiara el final.

Por una vez, dejé que el Destino colgase disgustado del borde de su parte del cielo, desde donde nos miró furioso a nosotros —vivos y muertos, recién llegados, rechazados, reparados de mala manera, torcidos, miserables y casi inmóviles—, en vez de volver arriba de un salto y

pedir permiso para ponerse a cubierto. Fue un momento inusual de mi vida. Y por supuesto que fue también una provocación que —incluso en sueños— corría peligro de recibir castigo.

Aquella noche, más tarde, me despierto y estoy entre Tinieblas, escuchando los pequeños ruidos de los niños de la casa, y no puedo dejar de pensar en todos los niños que han dormido en estas estancias durante más de setenta años. De vez en cuando imagino que recuerdo todos esos rostros que se han vuelto hacia mí y distingo unos rasgos faciales entre miles, pero sé bien que solo Magna tenía esa habilidad.

Asger se ha retirado a la antigua habitación de Gerda Jensen, en la torre del sur, y algo más allá en el pasillo del primer piso duerme Susanne. Y su presencia común despierta en mí una vaga sensación de triunfo.

Desde que Magna me instaló en la Habitación del Rey, como recuerdo eterno de lo incompleto y defectuoso que era su hogar perfectamente simétrico, he estado esperando este momento.

Pienso en los que han vuelto y sonrío, yo, que nunca sonrío.

Me pongo a pensar si Asger, en su versión adulta, también alberga toda esa inocencia celestial que tan pocas personas tienen en la realidad. No la tienen Orla ni Susanne ni Nils ni Peter, ni siquiera Severin, que eligió todas las adversidades de la Bondad de Corazón y ayudó a tantos, y tampoco yo. Jamás hemos poseído esa inocencia.

Pero ¿Asger?

—¿Acaso se puede confiar en alguien? — pregunté a Susanne cuando hicimos la cama de Asger en la habitación de la torre, dimos las buenas noches y nos quedamos solas.

—Nunca he pensado en ello —respondió.

—Pero tú lo conociste, ¿no? Antes.

—De niños, Marie. Pero en realidad ¿quién conoce a quién de niño?

—¿Crees que sospecha de nosotras? ¿O de alguien en concreto?

Susanne se había detenido junto a la Habitación del Rey.

—¿Cómo encontraste a sus padres aquella vez? —preguntó. También ella dominaba el arte de dejar que las palabras cambien de sentido y se deslicen por sus propios pasillos sombríos.

Caminé hacia atrás desde el vano de la puerta, hasta que apenas pudimos vernos en la oscuridad. Solo la lámpara de las escaleras emitía algo de luz, y debíamos de parecer sendos espectros de una novela de fantasmas en casas mayores que aquella. Hacía mucho tiempo que no entraba conmigo a la Habitación del Rey.

—Creía que todos los padres biológicos habían desaparecido de las carpetas..., de los registros correspondientes a los niños de la Sala de los Elefantes —continuó.

No dije nada.

—Pero ¿todavía existen? —preguntó.

Retrocedí hasta el interior de la habitación y empujé la puerta. Y mis engañosas palabras quedaron flotando en la oscuridad a mis espaldas como pequeños planetas iluminados:

—Ya no me acuerdo.

Rodaron como un pequeño eco por el pasillo y desaparecieron.

En aquel momento yo solo sabía una cosa que siempre había sido cierta en Kongslund. Siempre. Yo la había querido siempre. Susanne Ingemann estaba hecha de ese material que aman tanto los hombres como las mujeres. Inalcanzable.

## LA CHICA CIEGA

*22 de junio de 2008*

*Hay muchos modos de matar a una persona. Y puede hacerse de maneras que parezcan casualidades, claro que sí, de forma casi imperceptible. Son los pequeños empujones, que prácticamente solo pueden ser obra de un destino malvado, los que siempre me han interesado.*

*Pero para un chico como Asger, creo que la mano que ejecutó la acción no era más que una sombra de su alma. Y por eso no la vio mientras ocurría.*

La mirada del primer ministro había adquirido ese brillo de desconcierto que aparece en las personas cuando la Muerte interfiere y les corta el camino, pese a ser ese encuentro lo único seguro en la Vida.

Todas las señales de partida estaban presentes. No podían quedarle muchos días de Gobierno, y Ole Almind-Enevold ya no hacía nada por ocultar esa verdad.

—Todo está preparado, y se harán las cosas como tú deseas —dijo al jefe de Gobierno moribundo, con cierta solemnidad.

Hablaba a la vez de la llegada de la Muerte y de su propio ascenso al cargo más alto de la nación.

—Bien.

El primer ministro, ante la cercanía de la Muerte, había apartado el pañuelo para proyectarle las últimas toses —sin protección— en plena cara. Fue una provocación sin par,



extraordinaria, que el ministro nacional no podía sino admirar, aunque la visión de las hilachas sanguinolentas de saliva de las comisuras no era lo más apetecible en una mañana de domingo soleada en que la Presidencia del Gobierno estaba en paz y casi sin gente.

Le habría gustado presionar para hacer un traspaso de poder rápido, pero no se atrevía a provocar a un hombre que mostraba tan a las claras su obstinación incluso a la Muerte.

—¿Tenemos controlado el... caso del tamil?

El simple hecho de emplear la palabra prohibida mostraba lo cerca del borde del abismo que se encontraba el Jefe.

Se refería al caso del chico de once años de Sri Lanka.

—Sí —lo tranquilizó el ministro nacional. Pero era el asunto Kongslund el que ocupaba sus pensamientos.

Carl Malle había visitado a los padres adoptivos de Asger, y pasó una larga noche

preguntándoles por el pasado de su hijo y sus contactos con Magna. ¿La directora había desvelado alguna vez algo sobre el chico que pudiera dejar entrever sus orígenes o algo de sus padres biológicos? ¿Habían recibido algún documento al adoptarlo que pudieran conservar aún? ¿Se había puesto en contacto con ellos alguien con fines extraños?

Todas las respuestas fueron negativas.

Tal como esperaba, se trataba —una vez más— de un niño sin pasado; o, mejor dicho, su pasado parecía haberse borrado con esmero. Magna aconsejó a los padres de Asger que educaran al chico como si fuera su hijo biológico. No había razón para poseer información sobre unos orígenes a los que ya no había acceso, fue lo que les dijo.

Carl habló al ministro y a Orla Berntsen de su falta de resultados, mientras la serpiente del patio vomitaba cristales amarillos y verdes tan alto que hasta la Mosca, que entró y sirvió café, se distrajo

un momento y dirigió dos ojos como cúpulas negras brillantes hacia el mundo exterior, cosa rara en ella.

—¿Qué hay de los médicos del Sanatorio de la Costa? ¿Podemos encontrar algo ahí? Deben de haber analizado las huellas biológicas que sea científicamente posible analizar, ¿no?

La pregunta del ministro nacional sonó bastante lógica.

Carl Malle esperó a que la Mosca girase en redondo y se escurriera pegada a los paneles de la pared antes de responder al ministro.

—No hay nada —respondió—. Ya he estado allí. Nunca encontraron a la madre biológica. Pero, por otra parte, había otra cosa...

Carl Malle se removió, inquieto.

—Su padre me contó que Asger desapareció una vez de casa durante cuatro días. Dijo que iba a un festival de música a Selandia, pero uno de sus amigos desveló más tarde, sin darse cuenta, que no había estado con ellos. Y poco antes Asger había

hablado por teléfono con Marie...

Carl Malle sacudió la cabeza, como para recalcar una revelación casi asombrosa.

—Su padre oyó la conversación.

Hizo una pequeña pausa teatral, y el ministro se inclinó hacia delante.

—Cree que Asger estuvo buscando a sus padres biológicos durante aquellos días, sin decir nada a nadie.

«Los mejores hogares están junto al mar», habría dicho Magna. Y creo que puede decirse lo mismo de los mejores hospitales. Casi todos están alejados de la costa o en medio de ciudades grandes, pero el Sanatorio de la Costa estaba junto al mar y tenía vistas al fiordo.

En diciembre de 1972, Susanne estuvo desaparecida para Asger durante tres meses, tiempo en el que los redactores llenaron páginas

de sus periódicos con bombardeos norteamericanos de Vietnam, mientras llegaban con regularidad insistentes declaraciones sobre la paz y promesas de esperanza en boca del nuevo primer ministro, que antes había sido un obrero normal, pero ahora iba a meter a Dinamarca en la Comunidad Europea. Mientras el mundo ardía, Europa debía unirse en una existencia común duradera.

—¿Qué se nos ha perdido allí? —decían entre dientes las auxiliares, que se cubrían el pelo con unas gorras blancas, como símbolo de su desinteresado trabajo con aquellos niños infelices. Como todas las personas abnegadas, creían sobre todo en su propia voluntad, y muchas veces temían la de otros.

Unos días antes de Navidades, Asger oyó pasos en el pasillo, fuera de la sala, y de mala gana desvió la mirada del cielo y del fiordo hacia la puerta. Conocía la mayoría de los ruidos, y tenía nombres para cada tipo de pisada que resonaba en

el suelo. Llevaba meses esperando oír el sonido que podía traer a Susanne de vuelta, pero claro, nunca llegaba; estaba seguro de que no eran sus pasos lo que oyó, a menos que se hubiera quedado inválida y tuviera que caminar con bastón.

Toc, toc, toc, sonaba. Como si alguien golpeará los paneles del pasillo con un palo.

Se incorporó a medias en la cama y miró a la puerta.

Una niña de su misma edad avanzó decidida por la habitación donde estaba Asger —toc, toc, toc—, tanteó ante sí con el bastón, y siguió hasta la silla de al lado de su cama. Fue una proeza. Estuvo sentada inmóvil un momento, mirando al frente. Tenía el pelo cortado a lo paje y rasgos algo exóticos, uno de sus hombros colgaba un poco torcido —tal vez se debía a que tenía que agarrar el bastón—, y su rostro estaba algo desenfocado, como si la viese a través de dos objetivos desplazados unos milímetros.

Pero Asger se quedó tan asombrado por el

avance de la ciega casi hasta sus brazos, que contuvo la respiración cinco largos segundos antes de preguntar:

—¿Quién eres?

Ella respondió antes de que terminara la pregunta, como si la supiera de antemano y hubiera preparado la respuesta.

—Voy a la escuela para ciegos de La Franja, y vivo allí.

Y su boquita se cerró como una flor perfecta que chupaba la savia de las palabras y esperaba más. Lo miró directamente, pero sin verlo, y él tuvo la impresión de que lo observaban, aunque era imposible.

Seguramente, alguna de las asistentes se habría apiadado de ella y la habría invitado a entrar.

—¿Eres ciega de verdad? —quiso saber Asger.

Ella no respondió.

—¿Cómo te llamas? —preguntó, mirando con curiosidad los ojos ciegos.

—Inger —respondió la chica. Sonó como «Ing-gir», porque ceceaba un poco.

—¿Quieres oír una historia? —preguntó Asger.

De pronto la mano izquierda de la chica cobró vida, y estuvo tanteando en busca de un punto de agarre. Luego Asger sintió cinco dedos rodeándole el antebrazo, y la chica se acurrucó como una bolita oscura en la silla de Susanne.

Asger leyó el primer capítulo del libro de Carl Sagan sobre investigación de la vida en el espacio, y cuando terminó ella se levantó y se marchó marcando el compás con el bastón.

Unas semanas más tarde volvió, y Asger aventuró teorías más avanzadas aún:

—Científicos como Niels Bohr han demostrado que nunca pueden preverse las órbitas de los electrones dentro del minúsculo átomo. Cada vez que te acercas, se mueven de forma arbitraria y de lo más fortuita, lo que significa que nada del mundo será o llegará a ser, como se cree...



Ella escuchaba sentada, con el pequeño bastón entre sus piernas enfundadas en leotardos, y le llamó la atención que todo casaba: el bastón, la pierna, el cuerpo, porque los tres eran igual de flacos, como las ramas de un sauce.

En enero lo dejaron empezar a entrenar con su pierna sana y caminar con muletas una hora al día. De cuando en cuando daban un paseo juntos, y después él leía para ella en voz alta, mientras la chica escuchaba, siempre en silencio.

—¿Dónde está tu casa de verdad? —le preguntó una vez.

—Junto al mar —dijo ella pasado un rato.

—¿Es un buen sitio? ¿Junto al mar?

—Sí —dijo—. Los mejores hogares están junto al mar.

A él le pareció que era una respuesta extraña, y las palabras lo atemorizaron un poco. Ni con la mejor voluntad podía decirse que su casa estuviera junto al agua.

—Pronto iré a casa —informó Asger.

La chica no dijo nada.

Tres días antes de que le dieran el alta en el sanatorio, oyó su sonido característico —toc, toc, toc— algo antes de lo habitual, y en la mano que no sujetaba el bastón llevaba un paquetito, que le dio después de sentarse.

Asger abrió el paquete y se quedó un buen rato mirando el contenido. En el pequeño estuche blanco había una rana disecada, con los ojos saltones y un cuerpo relleno de paja y hojas secas. Al parecer, se había partido el cuello. Por un momento sintió un hormigueo en la piel de su pierna mala, y notó que en los brazos se le ponía la carne de gallina. Pero, por suerte, ella no lo vio.

—Una rana... —dijo—. ¡Muchas gracias!

Pensó en lo que debería de haberle costado a una chica ciega atrapar una rana en la maleza, y en cómo la habría matado después con un giro brutal en el cuello. Estaba muy bien hecho. Miró de reojo los delgados dedos morenos de la chica.

Ella ni habló ni se movió.

—¿Has oído alguna vez hablar de la galaxia Andrómeda?

Ella no pareció oír su pregunta.

Pero Asger continuó, porque le encantaba la galaxia Andrómeda. El sonido de la palabra.

—Andrómeda es la galaxia más cercana a la Vía Láctea, y de noche puede verse con toda claridad —explicó, y la tomó impulsivamente de la mano. Aquella mano estaba tan fría y seca como la de la rana, pero no la soltó—. De noche veo Andrómeda por mi telescopio. Es un espectáculo fascinante.

La mano de ella siguió inmóvil bajo la suya.

—Vivo al lado de un observatorio; te lo puedo enseñar, si quieres.

Ella retiró la mano hacia sí poco a poco, y se puso derecha. Su mano estaba como antes, en el mango del bastón, y los nudillos aparecían blancos en la penumbra. Luego se levantó y se dirigió a la puerta. Nunca se había marchado de esa manera antes. Casi con prisas.

En el último momento se volvió y lo miró, y él se quedó esperando su despedida; estaba seguro de que no volverían a verse.

—He visto Venus encima de la isla de Hven — informó la chica. Y se marchó.

Tal vez ocurriera como con el sol y la luna, pensó Asger los días siguientes. Le encantaba el calor que irradiaba Susanne, pero la luna aparecía y desaparecía entre las nubes y contaba historias que eran más sombrías, más antiguas y más enigmáticas que ningún otro relato del universo. Asger lloró tres noches seguidas mientras los demás niños dormían, y no sabía por qué. Los seres que atraía eran, si cabe, aún más extraños y solitarios que él. Era uno de los números preferidos del Destino. Muchas veces le daba la sensación de vivir en un sinfín de mundos paralelos, tal como describió después el excéntrico físico David Deutsch: no había ninguna realidad aislada y fija. Pensó que si aprendiera el arte de dar un paso a un lado y desaparecer en un

nuevo universo cuando le conviniera, entonces ni el golpe más malvado podría afectarlo.

Pero, claro, era un sueño, tan inalcanzable como el amor que acababa de encontrar —y dejar pasar—, como suelen hacer las personas.

En diciembre de 1973, la sonda espacial norteamericana Pioneer 10 fue más allá del mayor planeta del sistema solar, Júpiter, y la nave espacial con el mensaje de la humanidad a otros planetas siguió el rumbo que la sacaría del sistema solar y la llevaría más allá, hacia el universo.

—Fue Carl Sagan quien lo descubrió —dijo Asger mientras cenaban en la casa unifamiliar.

Sus padres asintieron, evitando mirarse.

Por lo visto, la larga estancia en el sanatorio no había cambiado nada fundamental, pero Asger ya no estaba solo en su interés por el universo. Había trabado amistad con un chico que vivía en

el observatorio Ole Rømer, que se alzaba en una pequeña colina que había en el extremo de la calle de Asger. La madre de Ejnar había muerto durante el parto, y su padre, el director del observatorio, se casó, en atención a la ciencia, con una de sus alumnas, que podía observar a su hijo mientras él observaba las estrellas. La parte oeste del terreno estaba dominada por dos cúpulas imponentes que contenían dos enormes telescopios Cassegrain, y de día las cúpulas parecían un par de relucientes cascos plateados que un gigante hubiera abandonado bajo el cielo azul; algo mítico y grandioso rodeaba la zona.

El nuevo amigo de Asger descendía en línea indirecta, aunque eso daba igual, del astrónomo Peder Horrebow, que tuvo de profesor al mismísimo Ole Rømer, y que, según Ejnar, que era bastante precoz, se enredó en una seria controversia en torno a una deuda nada más y nada menos que con el padre de la literatura danesa Ludvig Holberg. Este, por pura irritación, llenó su

pieza teatral *Erasmus Montanus* de pequeñas alusiones astronómicas, para regocijo de Horrebow, sobre el sistema copernicano, que en la versión de Holberg se convirtió en la cuestión de en qué medida la Tierra es redonda o plana. Ejnar se sorbió la nariz con displicencia ante aquella prueba de banalidades artísticas.

No obstante, como le gusta al Destino, fue el error científico fundamental de su padre lo que tuvo una influencia tan estremecedora en su corta vida. El padre de Ejnar, al igual que tantos otros investigadores astrales, era un decidido admirador del astrónomo estadounidense Fred Hoyle, quien consideraba que el universo estaba en un equilibrio sublime y estático, y sin mayores aspavientos estableció que el universo era eternamente inalterable, y que por tanto no tenía ni principio ni final. Aquello llevó a Hoyle y a sus discípulos a la inevitable conclusión de que el gran *big bang* —según los investigadores de la competencia, el comienzo de todos los tiempos—

no era más que una bengala magnífica. Pero luego llegaron los años que marcaron época, en los que dos investigadores estadounidenses descubrieron el ruido del comienzo del universo y, por tanto, la prueba de que este no era estático ni nunca lo había sido. Y aquello fue el principio de la catástrofe, tanto para Ejnar como para su padre — y, por tanto, también para Asger—, al menos en mi opinión.

En los años que siguieron, el padre de Ejnar continuó obcecado bajo las cúpulas, mirando ceñudo a la oscuridad superior, como si esperase que de la nada surgieran respuestas trascendentales que salvaran tanto a Hoyle como a él, convirtiendo de nuevo la creación del mundo en una cuestión de eterna inmutabilidad. Durante aquellos años, Ejnar se convirtió en el discípulo más fiel de su padre, y en realidad fue aquello lo que juntó a los dos chicos: su constante órbita sobre el mismo tema sobre el que no estaban de acuerdo para nada: ¿el Mundo tuvo un principio, o



no lo tuvo?

—¡El mundo empezó con el *big bang*! —exclamaba Asger, entusiasmado.

—No —se obstinaba Ejnar—. El universo siempre ha existido, y su tamaño es invariable.

Incluso en un barrio de calles con solo nombres de astros, fue una extraordinaria discusión entre dos chicos de trece años; el desacuerdo se hizo mayor cada mes que pasaba.

—¿Tú crees que los ovnis existen? —le preguntó Asger un día, confiando en encontrar un tema que tal vez pudiera detener el alejamiento entre ellos.

—Si están aquí, es que siempre han estado. Pero entonces, ¿dónde están? —respondió Ejnar, con la pedantería astronómica heredada durante generaciones a sus espaldas, mientras miraba alrededor con cautela.

—Puede que solo salgan de noche —propuso Asger.

El descendiente de Horrebow miró a su amigo

con escepticismo. No era lógico: Asger defendía primero un punto de vista científico complicado que reducía el universo a un punto en una serie de acontecimientos pasajeros, y justo después fantaseaba con marcianos y platillos volantes. Pero Ejnar encerraba en su interior una añoranza y un amor que Asger no descubrió hasta que fue demasiado tarde, y que, como el universo de Hoyle, era ilimitado, sin principio ni final.

Al igual que el astrónomo Craig Watson, que cien años antes cavó un profundo agujero en la tierra para, en total oscuridad, poder observar los acontecimientos del cielo con mayor nitidez, los dos chicos cavaron un agujero profundo, negro como el carbón, en el suelo del bosque, bajo los árboles, cerca de la playa, al sur de la ciudad. Cuando lo terminaron, se miraron y se metieron en él con una escalera casera, sin darse cuenta de que con ellos había bajado el Destino.

La primera noche en el agujero, bajo las estrellas, Asger le dijo sin pensar a Ejnar:

—La ciencia siempre ha creído que todo conocimiento ha sido más o menos analizado, igual que tu padre y Hoyle creyeron con la teoría del *steady state*; en eso no hay ninguna novedad.

Ejnar se movió en la oscuridad.

—¿Estás llamando ignorante a mi padre?

—No, pero cree en la ignorancia. Y tú no tienes por qué hacerlo.

El amor que sentía Ejnar por su padre era incondicional, y Asger sintió una extraña furia en su pecho.

—Pero ¿y si tiene razón? —se oyó la voz de Ejnar en la oscuridad.

—Es que no la tiene. Está equivocado. El universo se expande a causa del *big bang*. Es algo que todo el mundo sabe ya.

La voz de Asger sonó otra vez implacable.

En aquel momento, una expresión de eterna tristeza cubrió el pequeño rostro ovalado de Ejnar, pero en la oscuridad del agujero Asger no pudo verlo, claro, y por eso no entrevió el peligro, y

continuó:

—Tu padre solo sueña con retroceder en el tiempo hasta...

Se calló, y las palabras se pronunciaron incluso en el silencio que surgió entre ellos. «Hasta el tiempo anterior a tu nacimiento».

Las palabras flotaron en la oscuridad, burlándose de los dos. Antes del nacimiento de Ejnar, el estado del universo era de equilibrio absoluto, mirase adonde mirase el catedrático: la teoría de su vida estaba viva, su mujer, que murió al dar a luz, estaba con él, y él sentía una libertad y una audacia de las que la aparición de Ejnar, junto con la nueva imagen del universo, parecían haberlo despojado.

Asger oyó el furioso susurro, invisible en la oscuridad:

—Estoy hasta los huevos de estar en este agujero contigo.

Las disparidades científicas pueden expresarse así de simples en una cueva con forma de embudo,

a cuatro metros bajo tierra.

Un segundo después, Ejnar trepó agujero arriba y desapareció, y desde aquel día no volvieron a verse. Es un hecho extraño que hasta los lazos más fuertes puedan romperse por algo parecido a puras casualidades. El agujero del bosque quedó abandonado, y las naves espaciales del exterior —si alguna vez estuvieron allí— encendieron sus turbinas cósmicas y abandonaron la zona con las manos vacías. Los chicos no podían comprender la energía que una y otra vez dirige a las personas a unos puntos de su existencia de donde no hay retorno posible.

Tras la ruptura, Asger anduvo solo varios meses, y se lo veía cada vez más inquieto, como si su mente estuviera ocupada en algo que era mucho mayor y más misterioso que los movimientos galácticos en la bóveda celeste. Fue entonces cuando sus padres lo llevaron al hogar infantil de Selandia, para que conociera su origen, aunque al parecer la visita no le causó la menor impresión.

Pero un sábado por la mañana en que la sala de su casa estaba desierta, fue directo al teléfono, en el alféizar interior de la ventana, y marcó el número que llevaba tiempo escrito en un pedazo de papel que tenía en el bolsillo.

—Inger Marie Ladegaard al aparato —dijo en voz baja, pero clara, casi como si lo estuviera esperando—. ¿Diga...?

—Soy Asger Dan Christoffersen —dijo él.

—Sí, estuviste aquí con tus padres. Con tus padres adoptivos.

—Sí. Era yo.

Estuvo un rato callado. La suave voz de Marie lo cohibía.

—Pensaba que...

Calló de nuevo.

Ella respiraba sosegada hacia el receptor. Pero no dijo nada.

Asger carraspeó y aspiró hondo.

—No se lo digas a nadie..., a nadie en absoluto..., pero quiero ponerme en contacto con

mis padres de verdad. Quiero saber dónde viven y qué hacen.

—Es muy pronto.

—¿Pronto?

—Sí. La mayoría no llama hasta haber cumplido veinte o treinta años...

Asger oyó la voz sobria de ella emitiendo su extraño mensaje, y no supo qué decir.

—Muchos adultos sienten esa necesidad —fue lo que dijo Marie.

Él siguió callado.

—Veré qué puedo hacer —añadió Marie.

Asger oyó en un segundo plano que la llamaban por su nombre.

—Dame los nombres de tus padres y tu número de teléfono. Ya te llamaré yo.

Él estaba preparado para esperar varios días, pero el teléfono sonó una hora más tarde.

—Hola. Es porque prefería estar a solas —se disculpó. Es que no eres el primero.

Asger oyó su corazón palpitar.

—¿Tienes algo para escribir?

Marie habló con voz tranquila, como si transmitiera mensajes de ese tipo todas las semanas. A Asger le pareció advertir un ligero ceceo.

Dejó el receptor sobre la mesa. Vio por la ventana a sus padres atareados en el jardín. Su padre estaba clavando unos clavos largos en el gran comedero para pájaros que Kristine llenaba de migas de pan y pepitas de girasol todas las mañanas. Él tenía la respiración agitada y la camisa desabrochada, como si hubiera subido en bici toda la cuesta a ritmo demasiado vivo. Lo vio ante sí cuando se sentó en el borde de la cama en la Sala 11 del Sanatorio de la Costa, y oyó el sonido de la voz que transmitió el mensaje decisivo...: «Tu madre y yo». Lo vio fuera, en el jardín, clavando el último clavo en la travesera del pequeño tejadillo que protegía la plataforma de la lluvia y el aguanieve, y lo vio sonreír, satisfecho.



Qué esmero.

—Sí, ya estoy aquí —comunicó al auricular.

—Tu madre..., tu madre de verdad..., es el único nombre que tenemos. Se llama Else Margrethe Jensen. Cuando naciste, vivía en el barrio de Nørrebro, en Copenhague..., en el número cinco de Fiskergade. El resto tendrás que averiguarlo tú.

—¿Averiguar el resto?

—Claro. Ve al Registro Civil. La pueden encontrar en un segundo; es decir, si es que sigue viva.

—Gracias.

Asger cerró los ojos y se imaginó, como en una larga visión onírica, a la joven y bella mujer llamada Else Margrethe Jensen.

—¿Hablas con alguien?

Su padre estaba tras su hombro derecho.

—No.

Se estremeció y alcanzó el bloc con el nombre de su madre biológica.

—Vaya, ahora te molestan a ti. —La voz de Marie sonó como si estuviera sonriendo—. Di a tus padres que se ocupen más de ti y menos del jardín.

Después colgó.

Asger estaba demasiado alterado por la presencia de Ingolf como para reaccionar ante el hecho de que ella supiera que sus padres pasaban mucho tiempo en el jardín. Después le extrañó, pero desechó la idea. Tenía otras cosas en que pensar.

—¿Else Margrethe? ¿Quién es?

Su padre seguía tras él con el martillo en la mano, leyendo sin dificultad el nombre del bloc. Luego se separó de pronto y dijo:

—Vamos al jardín. Puedes ayudarme a reparar la manguera, que tiene más agujeros que una regadera. He arreglado el comedero para los pájaros, para que tu madre pueda volver a mimar a sus amiguitos con alas.

Rio en voz alta y atravesó la sala con paso

pesado.

Asger lo siguió. Sintió una alegría repentina y desenfrenada porque el hombre del jardín no era su verdadero padre.

**L**es hizo creer que iba con dos amigos al festival de Roskilde, y Kristine e Ingolf se alegraron por su repentino interés por las cosas mundanas.

Tomó el *ferry* a Kalundborg, y desde allí fue en tren hasta Tølløse. Iba solo.

De la estación echó a andar hacia el oeste por la carretera, atravesando pueblos como Gammel Tølløse y Tjørnede, y trató de no hacer autostop, porque deseaba llegar a su destino con total discreción. Curiosamente, pasó por los mismos pueblos, por el mismo paisaje que, muchos años más tarde, Peter Trøst observaría desde su despacho durante los meses en que su existencia como estrella de la televisión se hundió; pero en

tiempos de Asger ni se pensaba en palacios televisivos o en un mundo lleno de señales de televisión.

Según el Registro Civil, su madre se mudó a un pueblo en el centro de Selandia, donde vivió en una granja, a menos de cinco kilómetros del conocido observatorio del mismo nombre. Aquello puso por fin todas las piezas en su sitio para el quinceañero: si sus padres trabajaban en el observatorio, eso explicaría su pasión de toda la vida por el firmamento; todo estaría determinado por la biología. Ni se le pasó por la cabeza que la idea era bastante poco científica.

Observó la granja oculto entre el follaje. Sacó su telescopio de la mochila. A cada lado de la zanja se extendían los trigales hacia el este y el oeste, y a simple vista distinguió pequeños detalles del patio: un antiguo pozo cegado con un árbol en medio, una carretilla roja volcada, un pequeño banco azul a la derecha de la puerta de entrada, pintada de verde. Retiró la tapa de su

brillante ojo de gran alcance y enfocó con cuidado.

Al poco tiempo, una mujer salió a la escalinata de entrada, y su rostro ocupó casi todo el objetivo, un rostro moreno, ovalado, entre sombras, que podría haber sido de cualquiera; pero Asger no tuvo duda. Era su madre. Su madre de verdad. Fue uno de los momentos más especiales e íntimos que había vivido jamás, y en su fuero interno dio las gracias a Marie. Observó la figura, que seguía de pie, inmóvil, en el patio de la granja. Miró la esfera luminosa del reloj y apretó un botón para anotar la hora, y poco a poco fue tranquilizándose. Ella seguía inmóvil en el centro de la imagen. Solo existía ella en el mundo. ¿Advertiría su presencia? Asger pestañeó varias veces, y le pareció que el objetivo estaba empañado.

A lo lejos, la sombra se movió. Se cerró la puerta, y el ruido le llegó con un retraso de medio segundo.

El telescopio se le cayó de las manos.

Lo dejó en el suelo.

Al poco tiempo cayó dormido, como acostumbran los niños, con el cielo formando un arco perfecto sobre su rostro; era casi como si se apoyara en sus globos oculares, y la humedad de su interior se deslizó por sus sienes hasta secarse junto al cuero cabelludo.

Cuando despertó, la mujer del patio de la granja había desaparecido. Limpió los cristales del catalejo, les pasó cuidadosamente una gamuza por encima mientras pensaba en su madre; entonces lo golpeó la certeza —y, si fuera por él, podría haber tardado miles de millones de años— como un puñetazo en el pecho, que dejó sin aire su cuerpo quinceañero: seguía siendo un extraño.

Su madre de verdad ya ni se acordaba de él. Y sus padres actuales habían soñado con otro hijo. Era como si estuviera muerto. Estaba muerto, de alguna manera.

Sintió vértigo. Sensacional descubrimiento... Lo envolvió la oscuridad, y cayó, cayó y cayó. Una eternidad más tarde, la NASA se puso en contacto

con él mediante la voz sosegada que tan bien conocía: «*Do you copy?*». Estaba en el agua, oía el silbido de la botella de oxígeno y sentía la gran bocanada de aire fluir a su pecho. Unos minutos más tarde regresó el horizonte, y se alzó entre el chaparrón de puntos centelleantes, para ocupar su lugar en la línea azul que mantenía su mundo en equilibrio. Escupió un par de guijarros y retiró una pequeña astilla de la punta de la lengua.

Era tan blanca como la porcelana.

Unos días más tarde estaba en la borda del *Prinsesse Elizabeth* y observaba el Sanatorio de la Costa deslizándose a estribor. Seguía sintiéndose extrañamente solo en el mundo, pero, en el crepúsculo rojo de La Franja, la soledad le daba al mismo tiempo una sensación de libertad que nunca había conocido. Había estado tres días vigilando la casita donde la mujer que era su madre iba y venía, y al final la NASA hizo que su cápsula atravesara la atmósfera sin problemas y cayera al mar, en cuya superficie flotaba. Clavó la

mirada en las sombras oscuras al este del hospital, allí en La Franja, en las arboledas que tan bien conocía, y trató de lograr una última visión fugaz de su rostro... Susanne... Pero no fue ella quien salió de las sombras. Fue la chica ciega cuyo nombre había olvidado tiempo atrás. En medio del viento del fiordo, sonó como si ella le gritara una advertencia; pero ya sabía que era una idea estúpida. Tenía alucinaciones visuales y auditivas por su cansancio.

De pronto se puso a pensar en Ejnar, a quien había abandonado; fue la primera vez que lo hacía en los dos años transcurridos desde que se separaron en la oscuridad de la sima del bosque.

Dio la vuelta y entró en la cafetería del transbordador.

**A**l día siguiente estaba sentado junto a la ventana en su casa, observando a las dos personas que



habían sido sus padres durante quince años. Estaban, como siempre, hablando del comedero para pájaros, y parecían satisfechos con las nuevas reparaciones. La ventana estaba entreabierta, y oyó que Kristine le decía a Ingolf:

—¡Asger ni se acuerda de quiénes tocaron en el festival!

Asger sabía que su madre sabía que él no había asistido, y no tenía ni idea del porqué.

Estornudó y miró al cielo.

U nos días más tarde, un grupo de jóvenes daneses irrumpió en las fiestas de la independencia de Estados Unidos que se celebraban en las colinas de Rebild, y las singulares imágenes televisivas de pieles rojas a caballo devolvieron por un momento su atención al globo en el que había nacido.

Al día siguiente, el chico —a quien sus

compañeros llamaban Ejnar-ovni, porque había empezado a hablar de ovnis a todas horas, sin que nadie supiera la razón— trató de llamar a Asger. Lo repitió al día siguiente, pero a Asger no le quedaban fuerzas para retomar las dilatadas discusiones sobre la naturaleza del universo, ahora que la vida terrena se había entrometido en tal grado en su actividad mental. Tenía que pensar en su relación con su madre biológica, no quedaba lugar para Ejnar. Lo apartó de su mente.

Cuando empezó los estudios de astronomía en 1980, Ejnar estaba en el mismo grupo, pero Asger lo atribuyó a la casualidad; de todas formas, su fascinación de juventud por los ovnis había quedado atrás. También en la universidad lo evitó.

—¿Vamos a ver si los ovnis siguen allí? — propuso un día Ejnar, mirándolo cohibido en la cafetería de la universidad. Su rostro estaba rubicundo, como la vez que discutieron sobre la naturaleza del universo.

Asger sacudió la cabeza.

Ejnar trató de jugar su última carta.

—¡Puede que el agujero todavía esté!

No funcionó.

Era difícil de creer que el Destino pudiera tejer sus hilos de forma tan invisible como magistral, siendo como eran sus características la pereza y la improvisación; pero es un hecho que las insensatas negativas de Asger durante el primer cuatrimestre de otoño le enseñaron mucho sobre la vida, porque semana tras semana fueron minando las ganas de vivir de su antiguo amigo. Ejnar estaba hecho de una pasta especial, que normalmente desaparece cuando un chico pasa de la infancia a la juventud. Había en su interior un conservante que no permitía que sus penurias y preocupaciones se descompusieran en los huecos donde los guardaba celosamente, y ese era el problema. Con el año nuevo, desapareció de repente sin dejar rastro, y corrió el rumor de que se había marchado con una chica a Copenhague; pero, por otra parte, nadie lo había visto nunca con

una chica, y bien pudiera ocurrir que nunca encontrase una, dada el aura de soledad que lo rodeaba. Algunos de los antiguos compañeros de escuela seguían llamándolo Ejnar-ovni, pero ahora a causa de su vagar inquieto por los pasillos de la facultad a cualquier hora del día.

Lo encontraron a principios de marzo, en el interior del bosque, en la época en que la luz empieza a perturbar las observaciones de las primeras horas de la mañana, cuando los auténticos observadores aficionados maldicen la llegada de la primavera.

Alguien que hacía jogging había dejado la playa y el quiosco de los helados para describir un gran arco por los pequeños senderos del bosque hasta la carretera, cuando de pronto divisó una vieja estructura de madera que cerraba el paso. Parecía una torre que surgía de la tierra, apoyada en un tronco grueso, pero era una escalera, vieja y desvencijada. El deportista se puso en cuclillas y tomó aliento, mientras observaba la construcción

en la penumbra matutina. Entonces le pareció ver un sombrero negro bajo la escalera, pero no era un sombrero, sino un agujero medio tapado. Se puso en pie y se acercó, picado por la curiosidad.

Fue el hedor lo que lo hizo detenerse y retroceder varios pasos. Asustado, dio la alarma.

Un par de horas más tarde, sacaron el cadáver del agujero. Estaba medio podrido, con huesos blancos sobresaliendo por lo que una vez fue piel y carne. En la facultad todas las conversaciones se interrumpieron, y las estrellas de las altas bóvedas del planetario se apagaron cuando se suspendieron las clases. Nadie sabía qué decir. Asger era quien más lo conocía, pero Asger no habló con nadie, ni aquel día ni después.

Según la Policía, Ejnar se metió en el profundo agujero del suelo del bosque, donde estuvo mirando las estrellas, como hacen los niños, mientras de aquella manera extraña suya mostraba su extraordinaria paciencia por última vez. No volvió a subir. Había junto a él un libro de un

hombre llamado Fred Hoyle, que tenía un título muy significativo, en opinión de los investigadores policiales, aunque desconocido para ellos: *La niebla negra*.

La Policía lo confiscó, sin saber si tenía importancia para la investigación de la muerte. Puede que algún comisario, por guardar las formas, leyera entre bostezos las doscientas treinta y ocho páginas, tras lo cual el caso se cerró.

En la iglesia, Ejnar-ovni yacía en un ataúd, rodeado de coronas de flores blancas, amarillas y rojas, y Asger, que estaba presente junto con toda la facultad, se imaginó espantado el vacío sin nombre de su interior. Vio ante sí cómo los saltones globos oculares tocaban la parte baja de la tapa del ataúd, igual que habían tocado la bóveda celeste, pero esta vez sin ver. Vio al padre de Ejnar, el catedrático, sentado en la primera fila, llorando por su único hijo, y Asger no se atrevió a cruzar su mirada enrojecida, por miedo de la sensación de triunfo que, para su horror, había

llevado consigo a la Casa del Señor. En aquel momento, el anciano debió de enterarse de una vez por todas de que el universo no era inmutable, y de que nunca lo había sido; y en lo más profundo de su ser, Asger oyó su propia voz hablando en tono magistral a los discípulos de Hoyle, al catedrático y a su hijo, a quien en realidad siempre envidió y casi odió por su convicción y su fidelidad.

«Queríais que el universo fuera estático — decía la voz—, para que el mundo durase eternamente, sin principio ni fin. Pero no es así como funciona el mundo. Intenté explicárselo a Ejnar, pero no llegué a hacerlo porque se escapó del agujero. No tenía la paciencia necesaria».

Insensible, dejó que su amigo muerto cargara con parte de su culpabilidad; en la primera fila de la iglesia, el padre de Ejnar-ovni levantó la cabeza, como si hubiera oído un levísimo sonido y no consiguiera localizarlo.

La Policía encontró allí abajo, en la oscuridad, un pedazo de papel, que iba encabezado por el

nombre de Asger. Solo un par de agentes, el comisario y el propio Asger lo habían leído.

«Tenías razón. Desde esta posición se ve con nitidez la nube galáctica de Andrómeda. Sin telescopio. Siempre ha sido tuya. Ilumina con más claridad que nunca».

Fuera de la iglesia, Asger pasó de largo junto a la larga cola que serpenteaba hacia el padre de Ejnar.

No se atrevía a mirar aquellos ojos que lo habían perdido todo, y aun así miraban obstinados el ataúd blanco. Como si, incluso en aquel momento, quisieran seguir manteniendo que la inmovilidad era un misterio, no una sepultura científica.

Asger no debió ir a la granja de Selandia aquel verano. Aunque no comprendía la razón, sabía que era cierto, porque todo está relacionado. Es ese saber que los astrónomos comparten con los ancianos, pero al que nadie concede importancia. Ejnar lo había amado con todo el amor que



encierra el universo; así de sencillo.

Creo que el Destino estuvo aquel día más que satisfecho, porque los vivos deben cumplir las exigencias mínimas de perspicacia y prudencia si tienen alguna esperanza de circular por la vida sin que les pongan demasiadas zancadillas.

«La telaraña más fina, el balanceo más cauteloso», como habría tarareado Magna.

— **T**ienes que volver a buscarla.

Knud Tåsing pronunció las palabras con aire categórico.

El periodista había llegado solo, sin Nils Jensen, y Peter Trøst llamó para decir que no podía ir, después de haber estado a la cabeza del segundo programa itinerante de Channel DK en solo tres días, esta vez en el Forum de Frederiksberg.

El desayuno tardío, como había ocurrido la

víspera, se quedó intacto en la mesa. Las enormes revelaciones de los secretos de Magna y de Kongslund eran como un tapón en la digestión de todos los presentes. Al final, dos puericultoras llevaron las bandejas de vuelta a la cocina.

Si el relato de Asger sobre la granja de Selandia, la Muerte y la Traición había impresionado a Knud Tåsing, no lo mostró. Se volvió hacia el astrónomo.

—Tienes que preguntarle si en 1961 entregó en adopción a un niño. O sea, a ti.

Habían desaparecido los signos de interrogación que el periodista solía colocar al final de sus largas intervenciones con voz nasal a la conversación; también había desaparecido su estratégico vagar de un lado a otro.

—De verdad que me extraña que hayas sido el único que ha podido encontrar sin problemas a su madre biológica —declaró.

Contuve el aliento, y esperé que Asger hubiera olvidado los detalles más importantes después de

tantos años. Estábamos en la sala del jardín. Fuera llovía, y Susanne había encendido las tres lámparas que había en el aparador.

—Tal como os dije ayer, fue Marie quien encontró el nombre —aseguró Asger—. De eso no hay duda.

Me puse rígida otra vez ante las palabras reveladoras, pero por suerte Knud tenía toda la atención puesta en Asger, y no lo vio. El astrónomo no parecía muy dispuesto a volver a Selandia y a sus recuerdos sombríos.

—Para mí es suficiente saber quién era —dijo, categórico—. Y no era Eva Bjergstrand.

—Pero aquí ha sucedido algo que tanto Kongslund como el Ministerio Nacional han tratado de ocultar durante medio siglo —insistió Knud Tåsing. El color de la piel de su rostro flaco era como el de un humo algo amarillento. Asger no dijo nada.

Susanne se había colocado, como siempre, de espaldas a la ventana que daba al estrecho, en el

oscuro sofá de caoba. Había recogido las piernas por debajo de ella, como lo haría una adolescente; se volvió hacia Knud.

—Puede que las muertes de Eva y Magna no fueran más que casos fortuitos —sugirió.

—Llama la atención lo fácil que muere la gente en cuanto se enreda en el caso Kongslund —dijo escuetamente el periodista.

—Sí, y tú tienes fama de no equivocarte nunca.

La sarcástica alusión a la catastrófica metedura de pata de Knud Tåsing aterrizó sobre nosotros con una rabia que no me parecía propia de Susanne. También era injusta, porque, por lo que yo veía, el periodista había puesto en el caso toda la energía que pudo movilizar. El asunto Kongslund era su última oportunidad de levantar cabeza. Durante la primera hora repasó sus indagaciones en Instituciones Penitenciarias, y sus avances —aunque en general no nos hacían avanzar— fueron impresionantes. Confirmó que Eva Bjergstrand había estado en la cárcel, y

encontró a un guardia de prisiones jubilado que lo llevó a otro, y a otro, y así hasta cinco guardias con quienes habló mediante sus contactos. Por desgracia, sus respuestas se componían de material inconsistente y no llevaban mucho más allá. Al fin y al cabo, habían pasado cuarenta y siete años.

No obstante, el quinto recordaba a la chica, porque era muy joven, y porque la indultaron de repente. En cambio, no recordaba que estuviera embarazada, y tampoco recordaba a ninguna visita que hubiera mostrado un interés especial en la condenada por homicidio. Knud Tåsing buscó más información en los archivos de Instituciones Penitenciarias, volvió a peinar todos los documentos que tuvieran relación con la cárcel de Horserød, leyó todas las palabras hasta la última letra, pero seguía sin encontrar nada útil. Si había información de interés, las personas que desearon con tanto tesón mantener el embarazo y el parto secretos la habían perdido o borrado.

Asger levantó un dedo largo y delgado.

—¿Ha habido en Kongslund otros sucesos así...?

—¿De misteriosos? —completó la frase Susanne, asintiendo.

La víspera, durante el relato de Asger, la directora no me quitó el ojo de encima, de manera discreta, pero continua. Probablemente yo era lo más misterioso que había sucedido a los pies de la colina —desde la caída del rey—, y su evidente nerviosismo me dejó inquieta. Y es que llevaba muchísimo tiempo sin estar en compañía de extraños, desde los años en que hice mis viajes secretos al barrio de adosados de Orla, a la casa de Peter, en Rungsted, y a La Franja —y un par de veces a Aarhus— y, por supuesto, al Sanatorio de la Costa.

—Una vez entraron a robar al despacho de Magna —continuó Susanne—. Lo pusieron todo patas arriba, y nadie supo a por qué habían entrado los ladrones. Porque no robaron nada. Gerda lo

mencionó entonces como ejemplo de una de las poquísimas cosas que podían alterar el humor de Magna. Un robo.

—Si alguien estuvo buscando algo en Kongslund, debemos investigar de qué se trataba —sentenció Knud Tåsing.

Pestañeeé, y unas gotas de agua cayeron sobre mis manos, pero por suerte nadie lo vio. Por supuesto que habían investigado; Gerda, al parecer, solo había desvelado uno de entre la docena de intentos de robo que tuvimos en Kongslund. Todos sabían que el deseo expreso de Magna era hacer como si nada y tratar de no hacer caso de las misteriosas visitas.

El procedimiento era el mismo todas las veces: ni rastro de ventanas rotas, ni rastro de cerraduras forzadas; por lo visto, los intrusos entraban sin problemas. Venían siempre cuando estábamos de colonias o de excursión dominical a Copenhague, donde, en los grandes tiempos de Magna, paseábamos por Strøget desde Nyhavn

hasta Rådhusplads y vuelta<sup>[7]</sup>, porque mi madre de acogida quería mostrar a todos que ninguna de nosotras tenía nada de que avergonzarse. Cuando los visitantes se marchaban, los expedientes y las carpetas de informes, sacados de sus estanterías, quedaban desperdigados por el suelo, y había algo de provocador en la repetición continuada del mismo procedimiento enigmático. Magna solía quedarse igual de conmocionada cada vez, pero nunca lo denunciaba. Tenía miedo de la actitud de las autoridades ante la seguridad del hogar infantil si los repetidos intentos de robo salían a la luz, decía. Y todo terminó de repente el verano de 1985.

—De todas formas, hace falta más para derribar a Magna —aseguró Asger, como si ella viviera aún.

Me hice un ovillo en la silla y me fundí con la pared. El último intento de robo tuvo lugar durante el primer gran Carnaval de Pentecostés de Copenhague y, como de costumbre, la misteriosa



visita dejó Kongslund en un estado de muda inquietud, casi como durante la guerra, y Gerda no exageró para nada su descripción de la reacción de Magna ante los misteriosos sucesos. Durante los días siguientes martilleó los tallos de las flores e hizo tintinear los floreros con una furia callada, y creo que las puericultoras lo interpretaban como expresión de puro miedo. Pero yo, que era su hija de acogida y había estado en sus brazos, también veía otra cosa en los violentos movimientos junto a las mesas con flores; algo que, para mí, era por lo menos tan evidente como lo que veían las puericultoras.

Puro triunfo.

Comprendí, por instinto, el porqué. Los incansables ladrones nunca encontraban lo que buscaban. Y Magna golpeaba los tallos de las flores con una energía que mostraba su enfado y su obstinación. Y su alegría por el mal ajeno.

No lograban encontrarlo.

—¿Qué podían andar buscando?

Asger formuló la pregunta banal en un tono tan serio como si estuviera preguntando por la formación del universo. Como siempre, contuve la respiración y callé, pero por suerte nadie reparó en mis pequeños tics. Al fin y al cabo, siempre los tenía.

—Papeles..., documentos... —respondió Susanne con vaguedad—. Si buscaban al niño, si ya entonces alguien tenía una pista, buscaría en registros y formularios de Asistencia a la Maternidad, como nosotros ahora.

—¿Gerda tenía alguna idea sobre quién podría ser? —preguntó Asger, mirando a Susanne.

—No —respondió ella.

Qué confianza más ciega en la mujer que anduvo mangoneando con comandantes alemanes y expulsó a una patrulla de la Gestapo del hogar para recién nacidos.

El astrónomo estuvo un largo rato contemplando sus dedos, largos como catalejos, que nunca deberían haber tocado otra cosa que

lentes pulidas y los delicados mecanismos de los telescopios espaciales de gran alcance.

—Pero Magna debió de imaginarse algo — dijo con terquedad.

—No. Ni lo denunció a la Policía.

Susanne cortó con decisión el acceso a los pensamientos y motivos de Magna.

—Pero ¿por qué no han vuelto... durante tantos años?

—Se darían por vencidos.

Todos me miraron. Había terciado en sus reflexiones tras varias horas de mutismo, y mi arranque los pilló por sorpresa, también a mí.

—¿No es evidente? —continué, tratando de ocultar mi estúpida metedura de pata con un añadido ingenuo de cabo a rabo—. Si dejaron de venir, sería porque se habían dado por vencidos.

Por supuesto, sonó como una auténtica imbecilidad. Como describir ovnis que nunca volvieron, porque nunca habían existido.

No dije más. Mi error había cortado la

conversación.

CUARTA PARTE

LAS TINIEBLAS

## LOS NIÑOS DE KONGSLUND

*24 de junio de 2008*

*Por aquellos días el hundimiento se aceleró. Se extendió desde el ministerio hasta la Casa de la Prensa y la cadena de televisión y, por supuesto, hasta Kongslund. No había vuelta de hoja para ninguno de nosotros.*

*Magdalene dijo una vez que los niños de la Sala de los Elefantes, ya desde recién nacidos, hablaban un lenguaje que ningún adulto podía oír, porque existía en un espacio en el que las ideas y las palabras no se habían formado aún. Me dijo que era un talento que estaba condicionado por la oscuridad absoluta: «El*

*abandono fue la primera sensación que compartisteis, y la información sobre ese estado pasaba sin obstáculo entre vosotros, de cama en cama. Después hablabais del miedo y de luchar contra ese miedo, y puede ser que un buen día dejarais pasar también la rabia entre las Tinieblas, aunque, claro, podría ser peligroso en una estancia tan pequeña...».*

*Después se reía de mi extrañeza y decía: «Marie, recuerda que los niños pequeños tienen en su interior todo lo que van a perder cuando sean adultos: la aceptación total de las Tinieblas y de todos los seres que habitan en ellas».*

—**L**os vivos se aferran a la vida. A los no nacidos no los dejan vivir.

El ministro se refería a la vez a su primer ministro y al proyecto por el que había luchado durante toda su vida adulta.

La observación podría haberse considerado cínica, si no fuera porque los dos únicos presentes conocían tan bien el estilo.

Era esa forma directa la que había fascinado a la población danesa, y la que por esa misma razón fue la característica del Rey Absoluto del Ministerio Nacional desde la legendaria victoria electoral de 2001.

Aquel día de San Juan de 2008, el ministro nacional se enfrentaba a la materialización de la única verdadera ambición de su existencia adulta: el poder de la nación. En su cajón estaba la agenda que había elaborado para su primer período de Gobierno, y en primer lugar se encontraba la proposición de ley que iba a marcar el Nuevo Comienzo: «Proposición de ley para precisar la posibilidad de aborto libre para mujeres danesas».

Las líneas fundamentales de la ley estaban marcadas tiempo atrás, y se encontraban en los estatutos de la asociación ANV —Acceso de los Niños a la Vida—, fundada por el ministro



nacional y una larga lista de los principales luchadores de primera línea por la Bondad de Corazón, a fin de establecer unos principios humanitarios inalienables: todos los niños daneses debían empezar la vida de la mejor manera posible; a ningún niño danés se le debía impedir la mayor felicidad posible. Ese principio, claro está, debería extenderse y aplicarse a todos los niños por nacer, porque la protección de la Vida debería, en un país cristiano como Dinamarca, aplicarse a los fetos mudos, y todos los luchadores por los derechos humanos debían por fin manifestarse de acuerdo.

La barbarie iba a terminar de una vez por todas.

Magna entró en la asociación debido a la relación de Kongslund con el poderoso político, e incluso aceptó que la incluyeran en la junta directiva de ANV. Pero creo que ella ya sabía cómo odiaba Almind-Enevold la infertilidad de su mujer, que fue sin discusión la tragedia de su vida.

Era la causa de que elevara la falta de familia a la categoría de tragedia en la vida de todos.

Por consideración hacia los movimientos de base y las mujeres más rebeldes del partido, a lo largo de los años, Ole formuló sus objetivos con expresiones convenientemente vagas, y en su quehacer político fue endureciendo el tono de manera gradual, al mismo ritmo en que aumentaba su poder. Primero recomendó rebajar el límite para abortar desde las doce semanas hasta diez semanas, después, de diez a ocho, y en la propuesta secreta del cajón, había dado el paso de la octava semana a la sexta; pero, cuando el pañuelo del primer ministro quedó manchado de rojo de forma crónica, borró el seis y escribió un cuatro en su lugar, y volvería a corregirlo otra vez, hasta la prohibición total, que debería aplicarse a todas, excepto las pocas que pudieran demostrar un peligro claro e innegable. Y, al igual que en los casos de asilo, la mayoría de alegaciones de temor justificado serían rechazadas por falta de pruebas

tangibles.

Aquella mañana, el ministro nacional había leído un artículo sobre unas nuevas píldoras del día después para chicas adolescentes de vida ligera, y la lectura lo puso furioso.

—Cuando llegue la hora, devolveremos a todos los niños daneses el derecho a la vida, sin excepción —afirmó—. Y prohibiremos todos esos preparados que matan a fetos.

Estaba de pie junto a la ventana, de espaldas a sus dos visitantes, como tenía por costumbre, y observó a dos asistentes sentadas en el banco de granito del patio del ministerio, mientras almorzaban.

—¿Vamos a prohibir también los condones?

La pregunta procedía de Carl Malle.

Por un momento, la rabia del ministro perdió el rumbo. Se volvió hacia sus visitantes.

—Si vale de algo.

—¿Si vale de algo...? —Era Carl Malle otra vez.

—Sí, si aumenta la natalidad. Sí..., la natalidad, que va de la mano con nuestro proyecto de bienestar. Cuando las danesas den a luz más niños, prometemos a cambio que no volverán a vivir en la degradante humillación de las mujeres que debieron entregar a sus hijos en adopción a...

Se detuvo.

—A Kongslund.

Fue Orla Berntsen quien pronunció el nombre en voz alta. Estaba sentado en el sofá del ministro y, por alguna razón, había dejado sus caras gafas de moda en un cenicero vacío que tenía delante. Quizá aquella mañana no quisiera percibir el mundo más de lo necesario.

Carl Malle se encogió de hombros y cambió de tema.

—Como sabes, envié a un par de hombres a Australia, para seguir la pista del paquete y de Eva. Y ha sido muy difícil. De hecho, imposible —concluyó.

El ministro nacional dio la vuelta al escritorio

de abedul y se sentó sin prisa.

—¿Sí...?

—No está allí. Al menos, no con ninguno de los nombres con que la conocemos. O, si no, es que... ya no está. Todas las pistas que han encontrado apuntan a que salió del país, hace mucho tiempo.

No necesitaba decir más. El significado de la inquietante información era algo que los dos hombres querían por encima de todo ocultar a Orla Berntsen. No sabía nada de un comisario de policía metodoso que hacía mucho tiempo encontró una mujer misteriosa, que no podía olvidar, muerta en la playa junto a Kongslund.

Ole Almind-Enevold agachó la cabeza. Podría haber sido un gesto de humildad. Pero el Rey nunca pecaba de humilde. Era una pregunta casi desesperada, no formulada.

Carl Malle dijo:

—Bien... Entonces, puede que esté muerta, como decíamos.

Carl Malle hizo un débil gesto de advertencia hacia Orla, y el ministro lo entendió. Se levantó y se dirigió al sofá tapizado con el terciopelo ministerial, gris a rayas finas, que el Hombre de Grauballe había elegido para su propio despacho y para el del ministro.

—Enhorabuena —felicité a su jefe de Gabinete.

—¿Enhorabuena...?

—Sí. Por el chico tamil que has devuelto a Sri Lanka. Lo han denigrado a base de bien. En la prensa estamos ya *home free*...

Era una expresión norteamericana de las que el Curandero había propagado en el ministerio.

Orla no dijo nada.

—Según Channel DK, el chaval era el centro de una red tamil mafiosa que lo utilizaba para engañar a la opinión pública, sosteniendo que su vida corría peligro.

El ministro se regodeó con las últimas palabras.

—En la opinión pública debería surgir una exigencia de piedad. En adelante los demandantes de asilo iban a ser tan compadecidos que las puertas se abrirían... Pero se ha desbaratado. La prensa ha recibido información de un fax anónimo, enviado al primer ministro por un refugiado de Sri Lanka, que lo describe todo. Y sí, es un escándalo.

El Rey Absoluto alzó el tono de voz:

—Es ese tipo concreto de fraude lo que debemos detener, porque incluso este Gobierno ha sido demasiado blando. Es justo eso lo que otorga legitimidad a este ministerio.

Ninguno de los otros dos hombres dijo nada. Había sido un plan pensado por Orla de arriba abajo, y no correspondía a la realidad; pero era un matiz que el ministro nacional casi había borrado de su memoria.

—Nos basta un par de ejemplos así cada año, entonces...

El Rey Absoluto buscó palabras para terminar la frase, pero lo interrumpieron antes de que

pudiera continuar.

—¡Pero si todo es mentira! —exclamó Orla Berntsen. La frase llegó tan de pronto y sonó tan infantil e ingenua que todos se quedaron un rato paralizados. También Orla.

—Es que hablé con él —explicó el jefe de Gabinete, ahora con un tono más contenido, aunque, claro, era demasiado tarde, y alargó la mano hacia sus gafas, que estaban en el cenicero.

Los otros dos hombres se quedaron mirándolo. Ninguno dijo nada.

—Estuve con él, y no había nada extraño en el chaval, nunca ha sido parte de una red.

Se puso las gafas de nuevo.

—No, deberías ser el primero en saberlo.

El ministro nacional salió por un momento de su papel, y de pronto pareció que fuera a echarse a reír como un histérico.

—Había que echarlo, ¿no? No era más que una carta trivial en nuestro juego. Había que echarlo.

—¿Echarlo?



—Sí. Esa es nuestra filosofía, ¿no? Tu filosofía.

Orla Berntsen sacudió la cabeza.

—Pero no hay ninguna diferencia; en realidad, no.

Se levantó.

—¿Ninguna diferencia... en qué? —El ministro estaba estupefacto.

—Entre ellos: entre el chico de Sri Lanka... y el niño adoptivo John Bjergstrand.

El ministro sacudió la cabeza. Carl Malle sonrió, como si hubiera entendido a su manera la imprecisa frase del alto funcionario.

—Porque tú eres su padre, ¿verdad?

El Rey Absoluto miró incrédulo al chico que nunca había tenido un padre. Abrió la boca para hablar. Pero no emitió ningún sonido.

—Bajad la voz. —Carl Malle se había levantado—. ¡Siéntate, Orla!

Sonó como si estuviera hablando a un perro.

Pero Orla Berntsen, por primera vez en su

vida, no hizo caso al enorme policía.

—Eres su padre, y eso significa algo especial para ti, pero todos los demás pueden irse al carajo, que es lo que hacen..., lo que han hecho toda tu vida.

Se dirigió a la puerta y la abrió.

Carl Malle seguía de pie, pero no hizo ademán de detenerlo. Volvió a parecer que el expolicía se divertía.

—Me voy —anunció Orla, con un último resto de etiqueta formal, del todo superflua.

El jefe de Gabinete del Ministerio Nacional apenas levantó una brisa en la estancia cuando la puerta se cerró tras él. Fue una maniobra por la que la Mosca lo habría felicitado, si alguna vez hubiera tenido la oportunidad. Pero no la tuvo. Orla Berntsen abandonó el despacho, su ministerio y toda su cómoda vida por última vez.

—Desde luego, es preocupante.

La frente del Catedrático, desproporcionadamente ancha y brillante como una pantalla de plasma justo antes de que irrumpa la imagen, estaba iluminada de azul.

—Es como si todo se hundiera, como si todos pusieran todo en entredicho. Pero ¿para qué sirve?

Respondió él mismo, para asegurarse de que no hubiera ninguna respuesta estúpida:

—Para nada.

—Pero él ha decidido desvelar un complot en el órgano supremo del Estado —explicó Peter Trøst. Saboreó la palabra *desvelar*. Valía para abatir buitres; el Catedrático debió de oír pasar el proyectil cerca de su frente azul, porque se hundió de nuevo, rígido, casi paralizado, en la silla.

—Orla Berntsen recibió la orden de manipularnos, y fue lo que hizo; pero ahora se ha

arrepentido —comentó la estrella de la televisión.

—Eres tonto, Trøst. Nos está manipulando..., en este momento.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué había de hacerlo?

—Si ha mentido una vez, puede volver a hacerlo; entonces ¿cuál de las dos veces decía la verdad?

La lógica de esta frase hizo que la silueta del buitre estirase, triunfal, el cuello en la silla del presidente, en el noveno piso del Cigarro.

—Por supuesto que tiene derecho a llamarnos. Y me parece bien que lo escuches, aunque creo que deberías haber preguntado enseguida al ministro si el hombre es responsable de sus actos. Pero no va a aparecer en pantalla con ese chisme cuando hay pruebas de que es un mentiroso de tomo y lomo. Porque una de las dos historias es mentira, está claro, luego no puedes fiarte de ninguna de ellas. Con tu historial, deberías entenderlo mejor que nadie.

Peter Trøst sintió calor en el plexo solar, como

si lo acariciarán unos dedos suaves. Observó extrañado que lo invadía una sensación de bienestar durante los segundos en que se dio cuenta de que sus puertas para una existencia futura en el Gran Cigarro estaban cerradas. Se encontraba indefenso ante el anciano que le había dado toda su carrera televisiva y le había quitado todo lo demás. Debería haberse marchado hacía tiempo. Pero ya no sabía lo que pensaba nadie, ni cómo se vivía la vida fuera del palacio televisivo; no sabía ni cómo hablaba la gente fuera de un estudio de televisión; no sabía ni cómo hablaba él sin un apuntador óptico que limitase sus mensajes a las palabras escritas de antemano en una pantalla. Tras su tercer divorcio, no quiso ir a casa, y anduvo al volante por las carreteras secundarias de Selandia, mirando las casas de todos aquellos pueblecitos que normalmente lo aterrizaban en la vida cotidiana tanto a él como a sus compañeros. Gøderup, Osted, Borup... Fue la conciencia de esos enclaves de vida en salas de

estar y cocinas, la que al final sacudió los cimientos de su autoconfianza. ¿Qué hacía la gente cuando no veía la televisión?

Peter Trøst no tenía ni idea.

Aquella mañana terminaron la reunión en el Espacio Conceptual del sótano cantando el salmo «Siempre confiado al caminar», y los cinco impetuosos leones conceptuales tararearon los versos junto a sus monstruosas botellas de coca-cola sin protestar, como tampoco protestaban ante las ideas más extrañas. El Catedrático había presentado el concepto marco para una nueva serie de programas que argumentaban a favor de la revocación del derecho a voto para todos los miembros improductivos de la sociedad: desempleados, clientes de programas de bienestar social y receptores de prestaciones para la integración.

—Pero el derecho a voto ¿no es uno de los pilares de la democracia? —objetó el más joven, en un arranque de valor.

—¿No es acaso más antidemocrático suprimir el debate y mantener un tabú? —fue lo que dijo el Catedrático entre dientes. Y el joven león se encogió, asustado.

—No va a haber ningún desmentido en la historia del tamil, Trøst —aseguró el Catedrático—. Y Orla Berntsen es un hombre acabado.

—Ya. Ya lo he entendido.

Peter Trøst Jørgensen dio la vuelta y salió del despacho del presidente.

El presidente del consejo de administración de Channel DK se quedó solo ante la ventana panorámica que daba al suroeste, y escrutó lo que se había reflejado en la mirada de su estrella. No veía qué era. Solo unos grupos grises de casas en el aburrido hasta el infinito paisaje selandés y, en primerísimo plano, su propio reflejo.

Al final sacudió la cabeza, dándose por vencido, y el brillo fulgurante de su frente pareció llenar toda la estancia.

Asger Christoffersen durmió también la cuarta noche en la antigua habitación de Gerda Jensen, en el primer piso de la villa.

La estancia estaba amueblada con sobriedad, porque Gerda se había llevado casi todos sus enseres al jubilarse.

Quedaron un par de sillas, un pequeño sofá y una cama, y al principio Asger miró alrededor con un nerviosismo que no era típico de unos ojos que a diario medían y pesaban el cosmos sin encontrar nada anormal en él. Tal vez, tumbado de espaldas bajo las vigas del techo, sintiera que el inmenso tejado con dos torres y siete chimeneas apretaba con fuerza su frente con la fuerza de su simetría; o tal vez la casa le provocara claustrofobia, como les ocurre a los astrónomos cuando no tienen a la vista cientos de millones de galaxias en cuanto levantan la cabeza.

Di las buenas noches a Susanne en la



habitación que había sido de Magna durante casi sesenta años, frente al despacho con todos los expedientes y cuadernos de anillas que exploré de niña.

El antiguo sofá-cama de palosanto de Magna estaba recién hecho, como si lo hubiera usado la noche anterior y siguiera en él, mirándome con fijeza. El grueso libro de cuero verde solía estar muchas noches sobre el edredón, y de niña me quedaba unos segundos más en la puerta, fascinada por sus valiosos secretos. Pero durante todos los años que vivió mi madre de acogida, y ahora, tras su muerte, también, mantuvo el Protocolo de Kongslund lejos del alcance de los demás, incluida yo. Nunca imaginé que el objetivo de los intentos de robo que sufrió Kongslund durante un tiempo fuera otro que aquel libro. Y en mi mente tampoco había duda alguna sobre la razón de que los ladrones al final se dieran por vencidos y se marcharan de Kongslund con las manos vacías. Magna era demasiado lista y demasiado paciente

para ellos. Nunca anduvieron cerca de encontrar lo que buscaban.

Aquella noche estaba sentada junto a la ventana en la Habitación del Rey, mirando al estrecho, que aparecía brillante y sin el menor oleaje bajo las estrellas, mientras pensaba en el niño que no lográbamos encontrar.

«Marie, no existe ningún John Bjerstrand», me había dicho Gerda. Pero me mintió. Estaba segura.

La luna arrojó sus dardos plateados sobre la isla de Hven, y sentí una súbita necesidad de llorar; pero, en el preciso instante en que me levanté para acostarme, llamaron a la puerta de la Habitación del Rey; la puerta que me protegió de visitas durante décadas, pero ahora ya no.

De todas las personas del mundo, Asger era el único al que habría abierto. Y el que menos esperaba.

Se quedó un rato junto a la puerta, mirando la silla de ruedas vacía junto al secreter, pero no dijo

nada. Se sentó con cuidado en mi silla Chippendale. Sus piernas se doblaron sobre la elegante estructura y desaparecieron como dos palos largos bajo el asiento.

Yo seguía de pie; en aquella postura era solo un poco más alta que él, y cruzamos las miradas, él por encima de su nariz afilada que siempre pugnaba por elevarse hacia otros cuerpos que no fueran terrenales.

—Nunca debiste enviar los anónimos — empezó.

—No. —Lo reconocí de plano.

—Echaste a rodar algo que debía haberse dejado en manos del Destino.

También Asger hablaba del Destino. Le había costado darse cuenta de que existían fuerzas más potentes que Nuestro Señor y la Ciencia.

—Sí —admití, obediente. La última vez que estuve tan cerca de Asger fue en el Sanatorio de la Costa, cuando sus padres lo abandonaron y me vio, pero de todas formas no me vio, porque estaba

enamorado de Susanne. Vio lo que creyó que era una chica ciega, pero era él el que estaba ciego. Era una verdad de la que aún no se hacía cargo.

—Debemos mirar adelante —dijo. Estuvo a punto de decir: «Hacia arriba».

—¿Por qué te hiciste astrónomo?

Yo siempre había tenido la habilidad de hacer preguntas que estaban a años luz del tema, y de hablar sin escuchar a la gente.

Pero al parecer no le molestaba. Tampoco a él se le hacía extraña esa habilidad.

—¡Tú también tienes un telescopio! — exclamó, señalando el catalejo del rey que, como siempre, se apoyaba, oblicuo, en el brazo de la silla de ruedas—. Y veo que estás estudiando la interpretación que hace Stephen Hawking del horizonte de sucesos de los agujeros negros.

Dirigió la mirada hacia los escasos objetos de mi estantería.

—¿Buscas tal vez la Teoría del Todo? —No lo dijo con ironía.

Me habría gustado responderle, pero las palabras se me quedaron trabadas en la garganta.

Me levanté y bloqueé sus vistas a la estantería. Allí, encima de mis biblias astronómicas y los libros sobre la isla de Hven y el astrónomo Tycho Brahe, había un par de las novelas más famosas de Agatha Christie —*Maldad bajo el sol* y *El asesinato de Roger Ackroyd*—, que siempre me fascinaron, y no tenía ninguna gana de que Asger se diera cuenta.

—¿Verdad que sería fascinante que Bohr y Einstein pudieran unirse al fin? ¡Me refiero a sus teorías! —exclamó Severin.

Planteó la pregunta como si yo tuviera un conocimiento especial sobre las relaciones entre científicos muertos.

—Ya sabes que Einstein aseguraba que Dios no juega a los dados; creía en un destino racional, establecido para todos los seres vivos de la Tierra. Pero era una tremenda paradoja, porque si todo está establecido, ¿para qué queremos un

dios? Entonces Dios se moriría de aburrimiento.

Busqué una sonrisa, pero no la había. ¿Me estaba comunicando algo simbólico?

—Según la teoría de Niels Bohr sobre la mecánica cuántica, todos los acontecimientos futuros son imprevisibles, y ni siquiera sabemos dónde están los dados. La persona no tiene acceso a un mundo racional en el que todo puede dirigirse y planificarse, aunque lo creamos. Niels Bohr abrió nuestra puerta a la libertad. Nos dio la posibilidad de elegir, y no solo eso: nos dio la posibilidad de escoger entre una interminable serie de opciones, lo que nos distingue para siempre de máquinas, ordenadores y robots. Es el concepto más importante de la historia de la humanidad.

Asger me confió esa valiosa información en un tono de voz tan exaltado que los cristales de sus gafas empezaban a empañarse. Yo me había sentado en la silla de ruedas sin decir nada, pero él no prestó atención.

—Si la visión del mundo de Einstein fuera cierta, el libre albedrío sería una ilusión, porque entonces todo estaría decidido de antemano, y en consecuencia el destino de todas las personas estaría vinculado a un orden de acontecimientos concreto, que en última instancia sería impasible e inmutable.

Hablaba casi como un libro de texto, y a mí no me apetecía hablar del Destino con nadie, aparte de conmigo misma.

—Pero si la visión del mundo de Bohr es la cierta, entonces existe una energía que nadie puede explicar, y que está fuera del alcance humano, para siempre.

—Amén —terminé, como para volver a poner a Dios sobre el tapete, y para que Asger pusiera los pies en el suelo. ¿El astrónomo larguirucho había venido para darme una lección sobre la Eternidad?

De pronto se puso en pie y levantó la silla de anticuario hasta ponerla a mi altura, y sus ojos se

iluminaron con tal claridad que debí cerrar los míos. No había estado tan cerca de un hombre desde que el psicólogo de la pipa sin encender se sobresaltó, asustado, y salió de mi cuarto tan rápido como pudo.

Pero todavía olía la mezcla especial de lana y jabón perfumado que siempre asocié con hombres de gran inteligencia; porque así olía toda la guardia de académicos y psicólogos de Kongslund.

—Vamos, que la imprevisibilidad del mundo no es solo una alucinación de una máquina que aún no comprendemos —concluyó mi invitado, y yo pensé en la elección que efectué en su nombre cuando le di la dirección del matrimonio de la granja de Selandia, y de repente sentí vergüenza. Sin tener ni idea de la verdad, Asger había seguido el rumbo que yo le marqué, de un observatorio a otro, y al final hasta Kongslund, donde yo lo esperaba. Aquí, al final del camino, seguía creyendo que todo aquel viajar era solo resultado de una casualidad de mecánica cuántica que nadie



había podido prever.

—Pero nunca vamos a descubrir esa teoría — le dije, como para castigarlo por mis actos turbios.

Se quedó un momento con la cabeza gacha, y luego cambió de tema una vez más.

—Imagina que fuéramos las últimas personas que pudieran apreciar un hermoso cuadro o un bello relato, mientras que todos los demás no veían más que un pedazo de papel con garabatos, sin tener ni idea de su significado. Ese ha sido siempre mi gran temor: que nuestro bienestar un buen día llegue a ahogarnos, que un día soloelijamos a políticos que nos prometan más y más riqueza, y al final olvidemos el espacio del que formamos parte.

Asger sonó de pronto tristísimo, pero me pareció también algo fantasioso. Debió de darse cuenta, porque no dijo más.

Al día siguiente paseamos por el jardín de Kongslund. Subimos la cuesta, bajo las doce hayas, y nos sentamos en el mismo banco donde el

Rey Bueno solía descansar sus pies, y también su alma.

A través de la maleza señalé la villa blanca cuya fachada sur parecía fluir hacia nosotros por el mar de hayas.

—Ahí vivía mi amiga de cuando yo era pequeña —informé, y en aquel momento sentí una añoranza que no me había molestado durante años—. Se llamaba Magdalene.

—Magdalene.

Asger repitió el nombre con el mismo tono soñador con que habría dicho Andrómeda o El Cúmulo de Virgo. Y me alegré.

—Sí. Era espástica. Estaba atada a su silla de ruedas. No obstante, aprendió a escribir. Escribió doce diarios. Escribía una línea al día.

El astrónomo contempló las velas desplegadas por el estrecho.

—En sus diarios se lee cómo se construyó Kongslund. Ella conocía la historia por su abuelo paterno. Sus primeros habitantes fueron un famoso

capitán de Marina y su mujer. Se apellidaban Olbers y no tenían familia —expliqué.

Asger escudriñó la zona de la isla de Hven, como hacíamos a menudo Magdalene y yo cuando hacía buen tiempo.

—Transmitían alegría y felicidad adondequiera que fuesen. Magdalene los describía como la pareja más amable de toda la zona.

Él seguía sin reaccionar. Quizá se había olvidado de mi presencia.

—Olbers descubría todo el tiempo nuevos métodos para mejorar el crecimiento de las plantas. Una vez Magdalene los encontró en la playa, ocupados en recoger algas, que empleaban como abono.

Se me escapó la risa y puse la mano en su brazo mientras repetía las palabras que Magdalene había escrito en su primer cuaderno, que me sabía de memoria:

—«Una mañana vi al capitán de Marina cavando afanoso agujeros en la cuesta. “¿Mucho

trabajo, señor Olbers?”. “Sí —me respondió—, Planto verbenas, de la variedad Queen Victoria”. “Pero dígame, ¿qué son esas cosas extrañas que hay al lado?”. “Es mantequilla”, aseguró. “¿Mantequilla?”. “Sí; la tierra aquí es tan magra que meto un pedazo de mantequilla junto a las raíces”».

Volví a reír, pero Asger seguía sin apartar la mirada del cielo sobre Hven.

—Creo que Magdalene los quería tanto precisamente porque no tenían hijos, pero nunca mostraban el menor pesar o enfado por su destino —dije.

La amiga de mi vida nunca tuvo esperanzas de reproducirse en forma de algún hijo. Incluso si su cuerpo encogido hubiera podido engendrar un ser vigoroso y con aspecto de persona, ningún caballero se habría aventurado por el sendero de entrada para conocerla. Entonces me callé. Era como si el astrónomo no quisiera saber de la presencia de Magdalene.

De pronto, rodeó con su largo brazo mi hombro torcido, que se hundió tanto hacia el suelo que a punto estuvimos de perder el equilibrio y caer colina abajo, como el Rey Bueno aquel día de verano tan memorable de 1847.

—Magdalene ya no está —declaró Asger.

Me quedé tan cohibida que podrían haberme confundido con uno de los erizos enroscados en la maleza.

—Por eso estamos sentados aquí —continuó—. Ambos buscamos cosas que ya no existen, o que están demasiado lejos para que nadie las recuerde. Y me recuerdas a alguien que conocí.

Sin querer, me alejé un par de centímetros.

—Todos los niños de la Sala de los Elefantes estamos solos hoy, como lo estuvimos entonces, al principio. Tal vez haya en nosotros un miedo a atarnos a nadie. Creo que les pasa a muchos hijos adoptivos.

No dije nada. Yo no era hija adoptiva.

—He estado casado. Peter ha estado casado.

Orla y Severin han estado casados. Tenemos hijos. Pero aun así todo se ha venido abajo.

—No es porque seáis adoptados, sino porque sois hombres —repliqué, sin tener la más remota idea del tema.

Sonrió.

—Todas las relaciones se rompen —continué.

—No todas.

—Todos los padres son egoístas. Al final desaparecen. Aunque deberían quedarse.

—Yo, al menos, ya sé dónde está mi madre de verdad —dijo—. Gracias a ti.

Me alejé más aún. Para que no oyera los latidos de mi corazón.

—A lo mejor es verdad que Orla no es adoptado —aventuró—. De hecho, vivía solo con su madre.

—Hay tantas historias...

—¿Historias?

—Orla Berntsen es un hombre extraño.

Fijé la mirada en Øresund para no encontrar la

suya.

—Cualquiera diría que le tienes miedo, Marie.  
Callé.

—Por Dios... No puedes tener miedo a un funcionario de carrera que es más seco que la mojama. Un abogado trepa que lleva una existencia gris en la que los días se suceden, idénticos.

Dirigió su mirada a lo lejos, hacia el estrecho azul, y soltó una risa breve.

—Orla Berntsen solo es peligroso para quienes considera elementos extraños. Y ahí puede decirse también que lleva mucha carga de casa. Porque él mismo es un extraño.

Volvió a reír.

Pero yo notaba que la inquietud aumentaba en el largo cuerpo que tenía al lado, y su risa me recordó a la de Magna cuando, de niña, le contaba las visiones que atormentaban mis sueños, de las que no sabían ni los psicólogos.

Por eso me daba cuenta de que Asger solo reía

por mí. Ya no miraba hacia Øresund, y tampoco al cielo, sino dentro de su alma, y lo supe antes que él. Asger estaba tan aterrorizado como yo. Sabía como yo que había algo desconocido e inexplicable en el pasado que estábamos desenterrando, sin saber lo que pudiera deparar.

Al igual que yo, Asger maldecía la fuerza que nos atraía más y más al Ministerio Nacional y a los hombres que mandaban allí.

**H**a pedaleado desde el ministerio a Bispebjerg, y de allí ha ido a Grønnemose Allé, que atraviesa el pantano de este a oeste.

Al llegar al gran prado, se ha metido entre los árboles y ha seguido el sendero a lo largo del arroyo, hasta el lugar donde un atardecer de verano los patos alzaron el vuelo por entre las copas de los árboles y marcaron el final de su infancia. Es como si el chillido del Lerdo siguiera



flotando en el aire, mezclado con la risa que pertenece al mismo Demonio. El gigante herido entra chapoteando al arroyo, y el ojo, que ha salido de su cuenca, está en medio de una papilla de nenúfares medio podridos y de hojas, en la orilla. El gigante gira y gira en torno a sí, chapotea en el agua y brama hacia la orilla, como si una última protesta ante la Muerte pudiera sanar su herida mortal. Da unos traspíés, cegado, hacia la orilla, pero a medio camino se desploma y extiende un brazo hacia el mundo que ha abandonado, y ya no emite ningún sonido. El agujero de su rostro mira al cielo, el otro ojo está cerrado, y Orla siente el miedo que desde entonces nunca lo ha abandonado. Ve una y otra vez la mano saliendo disparada hacia el rostro risueño del Lerdo y la mancha blanca que voltea describiendo un amplio arco a la luz del crepúsculo, pero no ha visto ni fugazmente el rostro que hay tras la mano, ni en sueños ni en estados de trance a los que se abandona cada vez más. El segundo decisivo es el

chillido en la oscuridad.

Al igual que entonces, sale corriendo entre los árboles y encuentra el puente sobre el cauce del arroyo, desde donde recorre en bicicleta los últimos ciento cincuenta metros hasta el barrio. Con la llave que lleva encima desde su niñez entra en el vestíbulo, y percibe de inmediato el olor de su madre, como si aún lo esperara sentada en la sala. Aunque pone las cosas en orden con regularidad, no ha tenido necesidad de hacer limpieza de la casa desde que ella murió. Por eso hay telarañas bajo el techo y a lo largo de las paredes, y las finas hilachas cuelgan en guirnaldas blanco-grisáceas, vibrando en la corriente de la puerta del jardín, que no cierra bien. Nunca lo ha hecho. Hay una capa de polvo de un milímetro sobre el alféizar interior, y una fina capa de polvo sobre la mesa del comedor, a la que lleva años sin sentarse. Come de pie en la cocina y luego se sienta en el sofá, desde donde puede observar a su madre a escondidas, de un lateral, sin que ella

pueda ver su mirada y adivinar lo que piensa. Ella no puede verlo en el mundo real, claro, porque lleva siete años muerta y enterrada, pero de todas formas sigue pareciéndole más seguro sentarse en el rincón, a sus espaldas, donde siempre se ha sentado. Hunde la cabeza, pliega sus miembros en el cuerpo y desaparece, tal como le enseñó su madre a hacer en el barrio de casas adosadas, hace muchos años.

—¿Me has ocultado algo, como dice el señor Malle del número 16? —le pregunta a su madre.

El sonido de una voz, aunque sea la suya propia, es tranquilizador, tras la huida del pantano, pese a que la pregunta es una estupidez. Ella nunca ha deseado hablar del pasado.

—He prometido dar con la verdad —afirma, inclinándose hacia delante. Habla en voz algo más alta y con mayor obstinación.

Pero la sombra del sillón azul no reacciona.

—Entonces, voy a registrar la casa —hace saber. Nunca ha hablado tan enfadado a su madre,

ni muerta ni cuando vivía. Luego se levanta y sube decidido las escaleras a su cuarto y se sienta en su cama. La cortina está ajada, con manchas claras de moho y vejez. Sobre la cabecera de la cama cuelga la imagen de una revista, del chico que lanza a su padre una pelota de playa color naranja, como siempre ha hecho. La pelota cuelga en el aire entre los dos y congela el momento, que nunca cambia. Orla el Feliz se recuesta en la cama bajo la fotografía, con los ojos cerrados, y piensa en los años en que añoró a un padre que nunca se mostró en carne y hueso. Hasta el día en que encontró la piedra enorme en el pantano no comprendió lo que debió de ocurrir, y fue una solución que no reconoció hasta su vida adulta que solo existía en los cuentos.

—No me parezco a ti —comentó una vez a su madre. Ella se quedó sentada, en silencio, como si Orla no hubiera dicho nada.

Orla el Adulto abre la puerta de la habitación de su madre, y el olor de su piel y de su camisón,

que sigue en una silla, casi lo hace arrepentirse de su decisión. No ha estado en la habitación desde la noche en que Lucilla lo encontró y lo rescató de la oscuridad.

Está en la habitación y oye el viento en las copas de los árboles sobre su cabeza. Escucha atento, pero el sonido de la respiración de su madre ha desaparecido para siempre.

Poco después apaga de nuevo la luz y baja a la sala. Ella sigue aún sentada, como si nunca se hubiera marchado, entre los dos brazos azules del sillón, que encierran el mundo de los dos.

—Me persigues, Orla. También después de muerta —le reprocha.

Él la mira por detrás.

—Carl me ha pedido que busque pruebas.

Los pulgares de ella rozan con cuidado el brazo del sillón.

—Dile que ya no estoy aquí.

Y sus manos vuelven a ser jóvenes, como si nunca hubieran acariciado o pecado, y la náusea

hace que Orla respire con rapidez mediante sonoras sorbidas de nariz. Los pulgares de ella se deslizan de lado a lado, describiendo pequeños círculos en el terciopelo, antes de detenerse y transformarse. Algo se abre en el interior de Orla; cae de rodillas, como si quisiera rezar una oración allí mismo, en el suelo, ante su madre, y el capullo azul de su interior debe de haberse roto en ese segundo, porque el chaparrón de palabras atraviesa su pecho y sale por su boca con un sonido como no ha oído nunca.

Formula la pregunta que Carl Malle le ha exigido hacer, unos días antes: «¿Eres realmente mi madre?!».

Ella se vuelve hacia él en el trono azul.

Entonces él grita, para ensordecer la respuesta de su madre, y algo cálido se desliza por su lengua y cae mentón abajo, mientras está arrodillado junto al sillón azul. Asombrado, oye una voz más en su cabeza, y piensa que se parece a la de Poul, llamándolo tras el asesinato del Lerdo en el

pantano. Orla alza la vista, pero no es Poul.

En el sillón de su madre hay sentado un chico de once o doce años, con los brazos apoyados en los brazos azules del sillón, y en la piel de los brazos hay un largo rasguño rojo que va desde la muñeca hasta el codo. «Sabía perfectamente cómo hacer el corte, lo aprenden unos de otros». El vigilante del centro de asilo sacudió la cabeza. «No hay que compadecerse de ellos por nada del mundo. ¡Si no, todos empiezan a hacerlo!». El vigilante dirigió al jefe de Gabinete una mirada de advertencia. Habían encontrado con vida el exhausto cuerpo del chico gracias a que un psicólogo de la Cruz Roja decidió visitar la enfermería en el momento en que la vida iba consumiéndose. El resto de demandantes de asilo estaban aterrorizados y encogidos, como si dieran por bueno el método de huida elegido por el chico tamil, pero todavía no hubieran hecho acopio del suficiente valor para tomar la misma decisión. Orla miró con fijeza los cortes sangrientos de los

antebrazos del chico, como si nunca hubiera visto ese tipo de cosas. «¡Es su manera de echarnos la culpa!». El vigilante se alzó de hombros. Pero aquí, en el salón de Orla, los ojos del chico ya no son castaños como los de sus antecesores, sino azules como los de Poul el día que mataron al hombre en el pantano, y parece algo absurdo sobre el fondo de la piel oscura, casi negra, con la que ha nacido el chico tamil. Orla está a punto de reír en voz alta. «Hala, así se estará callado». El vigilante puso un par de bridas de plástico en las muñecas dañadas, y luego lo llevaron al aeropuerto y lo metieron en un avión para Sri Lanka. «Ahora ya no puede causar más daño, ni a sí mismo ni a otros. El vigilante chasqueó la lengua, y otra voz dijo: “Solo cumplimos con nuestro deber”». Era su propia voz. Y, en circunstancias normales, esa conclusión habría parecido en el fondo tranquilizadora, pero en aquella ocasión algún ser invisible se había quedado en su interior para rasgarlo todo y



destrozarlo.

Salta con un reflejo que es tan viejo como la propia humanidad, y huye al sótano de la casa adosada. Pasa muchas horas encogido en la oscuridad, y no divisa la pesada cómoda de roble donde su madre ha conservado viejos pañuelos, medias de nailon, broches y pendientes hasta que, hacia la medianoche, se atreve a encender la luz del techo. Abre el cajón superior, y bajo dos paquetes de medias encuentra un joyero marrón con cerradura dorada, para la que no tiene llave. Nunca lo había visto.

Lo baja a la cocina, donde encuentra un cuchillo para el pan, con el que fuerza la cerradura. Debajo de un par de pendientes azules y un collar de perlas con piedras también azules brillantes hay una fotografía amarillenta de un hombre que sonríe hacia la cámara. La foto no es mayor que un sello.

Orla la examina tras los gruesos cristales de sus gafas. La huele, y es el olor de su madre el que

flota en el cartón rígido. El hombre se le hace vagamente familiar, con su cabello oscuro rizado, pero no recuerda con exactitud dónde lo ha visto. Que él supiera, nunca venían hombres a casa de su madre. Siente la conocida picazón en los dedos y tras los ojos, mientras se hunde poco a poco en el centro de las Tinieblas, pliega sus miembros y desaparece del mundo visible. Es muy importante que nadie lo toque y nadie lo vea.

Las manos de Orla se apoyan en los brazos azules del sillón. Están blandas y transparentes, sin la menor señal de las articulaciones de los dedos, que desde niño ha aprendido a estirar y hacer crujir. Sus dedos se deslizan silenciosos atrás y adelante sobre el terciopelo, pero algo lo molesta y hace que gire la cabeza. Hay un pájaro muerto en la terraza. Ve su silueta oscura sobre las baldosas, junto a la puerta de la terraza, y tiene aspecto de llevar bastante tiempo muerto. El pico está abierto y apunta al cielo, como si mantuviera una conversación seria con los poderes superiores

responsables. Ha golpeado el cristal. Oye sus alas golpear contra el cristal en los últimos segundos.

Se oye otro golpe, y la luz vuelve en el mismo segundo.

Es Severin, que golpea la ventana grande. Orla mira alrededor, confuso. El joyero plano está volcado boca abajo sobre la alfombra, entre sillas rotas y cojines despanzurrados; en el interior de la estancia hay cortinas rasgadas y lámparas derribadas, y los cuadros de su madre con motivos de fiordos, bosques y molinos de viento en la marisma están fuera de sus marcos, desgarrados y echados por las esquinas. Un viento furioso parece haber azotado la vieja sala de su madre.

Un momento después, Severin está en la estancia, observando los destrozos. Orla no ve en ninguna parte la pequeña fotografía del hombre desconocido. Severin abre y cierra la boca, como si fuera él quien hubiera volado contra el cristal y yaciera, paralizado, sobre el embaldosado de la terraza.

—Vaya... Debo de haberme enfadado de verdad.

Orla oye su propia voz susurrar, pero no puede creer que esté diciendo algo tan absurdo.

El abogado lo mira sorprendido, y de pronto echa a reír. La risa le recuerda a Orla al joven Severin de Regensen, hace tanto tiempo, y los dos hombres están un buen rato en la sala destrozada, riendo en voz alta, como locos, hasta que se les acaba el aire de los pulmones.

Más tarde, Orla está sentado, rodeado de manchas húmedas de sangre y bilis que ha derramado durante la noche. El agua lo reúne todo en una corriente densa que discurre como una rayita oscura hacia la puerta del jardín y la terraza, y los dos abogados están sentados cerca uno del otro, rodeados de islas del terciopelo azul destrozada con el cuchillo del pan. Severin abraza con torpeza a su amigo, como pueden hacer los hombres alguna rara vez, cuando se ven sorprendidos por algo abrumador e imprevisible.

Es el primero en hablar.

—Acabo de decir a mis padres que dejo la abogacía. Ya me he cansado de ganar dinero de las desgracias de los demás, así que voy a viajar.

Vuelve a reír.

—Si pudiera hacerme misionero, sería feliz. Porque es verdad lo que siempre han dicho. Está en mi naturaleza. Menudo santurrón de los huevos estoy hecho. Pero hasta entonces voy a vivir con ellos. Va a ser exactamente igual que al principio.

—Pero ¿qué hay de Hasse?

La pregunta sale de la boca de Orla antes de que pueda pararla. Porque Hasse siempre ha vivido allí, antes, durante y después de la llegada de Severin, y mucho más tiempo que el propio Severin. Los dos lo saben.

Severin no deja que la indiscreta pregunta lo afecte.

—Les he dicho que voy a vivir en el cuarto de Hasse, así que van a tener que sacar sus cosas. Tampoco es una exigencia disparatada después de

cuarenta y siete años.

El abogado vuelve a parecer a punto de romper en carcajadas.

Orla ve ante sí la bolsa de la compra rojo oscuro, destrozada, con las compras de la tienda, las últimas compras de Hasse.

—Y después les he hablado de Kjeld, porque me parecía que ya no había que ocultar nada. Les he contado que Hasse no desapareció de mi vida hasta que murió Kjeld. Probablemente porque me tenía miedo, pese a estar ya muerto. Se acordaban del día que Kjeld cabalgó por el pantano, aunque preferían no recordarlo.

Orla contempló al hombre que había sido su enemigo en el ámbito de los refugiados durante tres décadas. Para su gran asombro, rodeó con un brazo rígido el hombro de Severin. Si la Mosca hubiera visto a su jefe de Gabinete en aquel momento, sus saltones ojos negros se le habrían caído al suelo, y sin duda habría experimentado un ataque de pura perplejidad. Porque Orla Berntsen

carecía de sentimientos, todo el país lo sabía. El alto funcionario y el abogado de refugiados, juntos y abrazados.

—Al final, mi madre me ha dicho que parecía cansado, y que como nadie iba a usar el cuarto de Hasse, podía ocuparlo y amueblarlo si quería. Por cierto, ¿qué había de malo en acordarse de él? Por supuesto que Hasse llevaba muchos años muerto, pero seguían queriéndolo, siempre lo habían querido, y estaría con ellos, con o sin cuarto. No tenía nada que reprocharme a mí mismo en relación con Kjeld, ha dicho mi madre; que se cayó de un caballo porque no sabía montar, y eso podría ocurrirle a cualquiera. Que mi padre estaba de acuerdo. Que aquel idiota de Kjeld se había caído, sin más. Y así se allanó el camino. Como ha sucedido siempre.

Sí, así son las madres, habría dicho Orla, pero en realidad no sabía cómo eran. Su madre nunca le dijo nada que tuviera verdadera importancia. Todas sus frases tenían que ver con la vida

cotidiana y con los quehaceres prácticos corrientes. Ella nunca le habló de sus pensamientos ni de nada que tuviera relación con ellos.

O quizá lo había olvidado.

Severin giró la cabeza.

—Así son las madres —sentenció, sin saber lo que pensaba su amigo, y el dios de la Amistad y la Camaradería entró revoloteando en la estancia y volvió a hacer que echaran a reír, con las caras tan cerca que cualquiera habría dicho que eran amantes.

El jefe de Gabinete del Ministerio Nacional, que había sido el centro de un misterio irresoluble, que había destrozado su casa y quemado el último puente de su carrera, estaba sentado en el suelo, en casa de su madre, junto al peor enemigo de su ministerio, ambos riendo como descosidos. A veces las existencias están hechas de un material singular, frágil: de lejos parecen fortalezas inexpugnables, pero de pronto cae una mano de lo



Alto y barre con todo, con los parapetos, con la sensatez y con la falsedad. Paf, todo cae. Y todos los buenos ríen, por una vez.

Søren Severin Nielsen estaba sentado en un montón de leña con pedazos de terciopelo azul intercalados.

—He preguntado a Erling y a Britt a ver si tenían la menor idea de quién era yo. Y ¿sabes qué han respondido? Que no, que nunca habían visto ni un documento extendido a mi nombre, o al de mi madre biológica. Que la directora les dijo que ya no tenía importancia. Así que, si un buen día quería saber de verdad quién soy..., o era, antes de ellos... nadie podría ayudarme. Así es. No sabemos quiénes somos, y casi seguro que lo preferimos así.

—Yo sí lo sé —cortó Orla—. Yo no soy adoptado.

Severin no le hizo caso, como si no hubiera abierto la boca, y dijo:

—Tenemos las mejores intenciones, y lo

planificamos bien todo, pero olvidamos hacer lo único correcto cuando llega el momento. Así hemos sido, también como padres. Tú estás divorciado, yo estoy divorciado, Peter está divorciado, Asger está divorciado...

—Yo no estoy divorciado —se defendió Orla, con una determinación en la voz que no sabía explicar.

—... y todo lo que deberíamos haber aprendido de nuestra infancia, ya que teníamos mayor posibilidad de aprender que los demás, no lo aprendimos. En absoluto. Es una venganza.

Severin se sorbió la nariz.

—Britt y Erling me adoptaron; pero solo lo hicieron porque Hasse murió. En realidad, yo era Hasse, recién reparado.

Orla le dio una palmada en el hombro. Era posible que Severin siguiera creyendo que su sonrisa no existía, pero las lágrimas de sus ojos no podía ocultarlas. Orla Berntsen nunca había visto llorar a una persona tan de cerca. Su madre jamás

derramó una sola lágrima, pese a tener más razones para ello que cualquiera, y Lucilla, de La Habana, se encargaba siempre de las hijas.

Severin sacudió la cabeza y se alzó de entre las ruinas. Estaba descalzo. Orla observó que las puntas de sus calcetines estaban agujereadas, como si sus numerosos casos perdidos le hubieran impedido durante años comprar ropa nueva.

—Vámonos. —Severin sorbió la nariz entre las lágrimas que había derramado por sí mismo.

Salieron de la casa de Orla y primero fueron al cementerio donde Orla Berntsen había quedado con Peter Trøst y un equipo de televisión. Los tres chicos de la Sala de los Elefantes estaban juntos bajo los álamos.

Se había hecho tarde, y había empezado a llover otra vez. Mi carta acerca del pasado había reunido por fin los destinos que nadie pensaba que pudieran unirse después de tanto tiempo.

Peter grabó un reportaje con la historia de Orla, con la lápida de su madre en forma de

rectángulo nebuloso al fondo de la imagen.

—No hay más hogar que este —dijo Inge Troest Jochumsen con la determinación característica de la esposa de un médico, que en su tiempo también soñó con hacerse médico.

Su hijo, que en un ataque de rebeldía revolucionaria había renegado en los años setenta del distinguido doble apellido, convirtiéndolo en el más popular de Trøst Jørgensen, contempló a las dos personas con quienes había compartido su hogar.

Estaban sentados bajo los radiadores eléctricos de la terraza a la luz del crepúsculo, y no abordó el tema hasta que llegó el postre, y el silencio se abatió sobre el gran jardín de la casa, el olmo parecía una sombra oscura contra el cielo y las nubes que cubrían el estrecho de Øresund adquirieron el rosa perfecto de los últimos rayos

de sol.

Laust movía las piernas, nervioso, bajo la señorial mesa de roble, que estaba hecha para reuniones familiares mucho más concurridas, y donde dos parejas de abuelos decidieron, casi treinta y cinco años antes, la fecha para desvelar los verdaderos orígenes del niño adoptado. Después celebraron el logrado décimo tercer cumpleaños de su hijo, en el que todo lo que había estado oculto hasta entonces se reveló de la forma más perfecta posible.

Peter recordaba los detalles de la catástrofe, que no habían perdido nitidez. El tanque *Tigre*, que apareció de pronto en una duna, y su padre, sentado en la torreta tras el blindaje cuya pavorosa invulnerabilidad protege a padres y comandantes de tanque.

Su madre dijo las palabras salvadoras con la alegría que el consejo familiar había considerado adecuada: «¡No somos tus padres de verdad...!».

—Entonces, ¿quiénes son mis verdaderos

padres? —preguntó, con treinta y cuatro años de retraso.

Su madre pareció haber recibido un golpe duro e injusto en el rostro. Tras ella florecían los cipreses y los cerezos japoneses, junto con chopos negros, sauces, espino blanco, serbales y saúcos. Todo estaba como había estado siempre.

Acababa de filmar a Orla ante la tumba de su madre, leyendo la declaración que iba a poner fin a la carrera del alto funcionario y a provocar una crisis de Gobierno. En la lápida ponía «Gurli», y el nombre estaba escrito con letras doradas. Severin, fuera de campo, parecía un crío sentado con las piernas cruzadas, bajo un álamo bastante grande, sonriendo y asintiendo como si todo aquello no fuera más que una gran comedia. Tanto la cámara como la grabación estaban en una bolsa en el garaje, al lado de la motosierra que una vez taló el tilo del Colegio Privado y cambió la vida de Peter Trøst. Quería editarlo para que se convirtiera en el reportaje más sensacional de la

historia de Channel DK al llegar la mañana.

—La verdad es que nunca supimos de dónde venías —declaró Laust Troest con cautela—. Porque Magna dijo que era mejor olvidarlo.

La pista se había ocultado terriblemente bien.

—Pero nos dejó entrever que tu madre podría haber sido... una mujer ligera de cascos.

Laust sonrió con aire de disculpa. Y se ruborizó.

Y ya no quisieron oír más. Por Dios.

—Nos pareció que no importaba —añadió Laust; su esposa estaba sentada encorvada, como las pescadoras vestidas de negro que fotografió Peter en la costa portuguesa en sus primeras vacaciones con InterRail, cuando tenía diecinueve años. Petrificada en el tiempo y el viento del mar. Luego terminó—: Creo que alguien mató a Magna por esa información.

La anciana, que era su madre, levantó la cabeza de un tirón, y Laust, por si acaso, como tantas otras veces, trepó al guardabarros delantero

de su tanque y abrió la escotilla.

—Pero ¿por qué habrían de matarla? —se preguntó desde su elevada posición. Habían vuelto a El Alamein, como si el tiempo no se hubiera movido desde que cumplió trece años, y, cuando el enemigo se acercase, Laust volvería a meterse en su blindaje de acero y sería una vez más invulnerable.

—Por haberlo ocultado —explicó Peter—. Y por no querer desvelarlo a la persona que la mató.

—Pero ni siquiera saben si la mataron, o si fue un accidente.

—Todos estamos bajo sospecha. Sobre todo los que ya hemos matado antes.

La escotilla colgaba sobre la cabeza de su padre.

—No entiendo a qué te refieres. ¿Matado antes...?

—Sí, nosotros.

—Tonterías.

Laust bajó al agujero negro y se dispuso a



cerrar la escotilla.

—Sí, papá. Yo maté al rector Nordal.

Su padre se paralizó en medio del movimiento, y durante un breve y centelleante segundo se olvidó de su carro blindado y de su vía de escape.

—Talé el maldito tilo con nuestra motosierra, y murió por eso. Y yo me alegré después, durante meses; qué digo, años; porque era justo lo que había esperado.

—Pero si estuvimos en su funeral... —La absurda objeción de Laust centelleó y desapareció en el silencio que siguió.

A su izquierda, Inge estaba boquiabierta, callada.

—Le arruinó la vida al padre de Knud —aclaró Peter—. Lo mató, aunque él fue el primero en morir.

—Pero ¿a ti qué demonios te importaba?

El argumento sonó como un inciso cortés en un debate televisivo de un lunes por la noche.

—Nada —repuso Peter. Vio la mano de su

padre apoyada en la cubierta—. A nadie le importaba nada.

En la mirada de Laust había miedo.

Inge, a su izquierda, reaccionó al fin.

—No nos creemos lo que dices.

Extendió el brazo y posó su mano blanda en el brazo de su hijo.

—Siempre has tenido una fantasía muy viva, Peter.

Una madre no necesita la presencia de toda una división acorazada para evitar la verdad sobre su hijo.

—Puedo daros los detalles de cómo lo hice.

—Por supuesto que puedes. —Los ojos de Inge brillaron, como si reaccionara ante una broma sutil.

Laust dijo:

—Hace tantos años de eso que ya nadie recuerda nada. ¿Qué es fantasía y qué realidad...?

Hizo unos vehementes gestos afirmativos para sí, y el tono cortés lo mantuvo en lo alto del tanque

un momento más.

—Yo ya sé lo que es la realidad. Os escuchaba dentro de casa y en la terraza; oía todo lo que decíais de mí. Y lo recuerdo todo —dijo con voz temblorosa.

La escotilla se cerró con estrépito. Inge se quedó sola con su hijo adoptivo. Había soltado su brazo.

—¿Te acuerdas del magnetofón que me regalasteis por mi cumpleaños, mamá? El viejo magnetofón B&O de mi habitación. Había un cable que subía, desde un micrófono instalado en la sala, hasta el magnetofón. A velocidad baja, podía escucharos durante ocho horas por cada una de las cuatro pistas; es decir, treinta y dos horas por cada bobina. Tenía cientos de horas grabadas. Tengo todo lo que decíais cuando creíais que estabais solos.

El desierto centelleó en torno a las dos personas restantes, y se hizo un silencio de muerte.

—Siempre hablabais de mí, y también de

vosotros como padres, de lo buenos que habíais sido. De lo bien que hicisteis cuando me hablasteis de mi pasado y me dijisteis que era adoptado. De mi reacción adulta ante la información, y de la madurez que mostré. Mi abuelo materno dijo: «Esa madurez puede llevarlo lejos; tal vez al premio Nobel de Medicina». ¿Te acuerdas?

La conversación cesó, y empezó a oscurecer. Peter Trøst estaba borracho, y había atrapado a sus padres en una maniobra de tenaza cuyo objetivo ni él mismo conocía. No tenía más que decir.

Su madre se levantó y recogió las copas vacías en la fina bandeja de plata oval con la que se habían sacado y metido copas durante cincuenta años.

—¿Por qué no hiciste una carrera? —preguntó Peter.

Ella no respondió.

—¿Por qué andabas sin más por el jardín, plantando cipreses y flores y escribiendo cartas que firmabas como médico, aunque no lo eras?

Su madre se escurrió junto a él con la bandeja, y las copas tintinearón. Peter tuvo ganas de derribar la bandeja, pero no lo hizo.

—¿Por qué me dejabas en el jardín, rodeado de tus arbustos y árboles, sin decirme nada? ¿Durante tantos años?

Inge había llegado a la puerta del jardín.

—¿A qué esperabas?

La puerta se deslizó tras ella.

Peter se levantó y subió al desván, a su habitación. La cama estaba recién hecha, como siempre, y su madre había dejado una selección de periódicos y revistas en la mesilla de noche. En un rincón de la habitación estaba el magnetofón B&O sobre una pequeña tarima, y las dos bobinas de dieciocho pulgadas emitían un brillo suave en la oscuridad, como si bastara una sola orden para ponerse a funcionar y girar, girar y girar, como entonces.

Tal vez lo hiciera en sueños. Por otra parte, era extraño que un sonámbulo pudiera buscar en el garaje y bajar la pesada motosierra de su estantería, afilar los dientes oxidados y llenar los depósitos de aceite y gasolina con una mano que no derramaba una gota.

Sus padres se despertaron cuando puso en marcha la motosierra, y se agarraron uno al otro en la oscuridad, como si supieran lo que iba a suceder. Pero ninguno de los dos se levantó.

A la mañana siguiente salieron de casa sin hacer ruido y vieron que su hijo había estado sentado sobre un cojín en el banco pintado de blanco bajo el olmo, donde solía sentarse siempre de niño.

La motosierra estaba en la hierba, junto al banco, y no había cortado ni una ramita del viejo olmo. El árbol seguía allí. Los dos ancianos casi

lloraron de alivio.

Luego se dieron la vuelta.

Inge gritó como si hubiera tropezado en el borde de un abismo y fuera a perder el equilibrio para siempre. Tal vez pensara que los palos negros dirigidos hacia ella eran los brazos esqueléticos de seres vivos de verdad, o, si no, vio enseguida lo que había hecho su chico antes de partir por la mañana temprano. Los pequeños cipreses de los pantanos, los cerezos japoneses que había cuidado para admiración de numerosos invitados, y protegido contra violentos juegos de chicos durante la infancia de Peter, yacían en el césped, todos ellos descuartizados, como si un demonio furioso hubiera atravesado el jardín.

Laust estaba inmóvil tras ella, y fue una suerte para Inge no volverse en aquel momento a mirar a su marido. En sus ojos no había enfado, pero tampoco empatía.

Aquella mañana, en el jardín, recibieron las respuestas a todas sus preguntas.

Por un instante todos enmudecieron.

—No os lo volveré a preguntar —fue el ultimátum de la estrella de la televisión.

El viento trasladó la voz de Peter Trøst por encima de la terraza del tejado y más allá, en ráfagas que en pocos segundos llegarían a los pueblecitos que se encontraban en su camino hacia el estrecho de Øresund.

Por el noroeste se acercaba la tormenta.

—¿Me apoyáis a mí... o apoyáis al presidente del consejo de administración?

La pregunta era corta e imposible de malinterpretar. El Catedrático estaba algo apartado, apoyado en la barandilla que daba al oeste, desde donde se veían los rastros de hormiga de trabajadores siempre atareados a los pies del Gran Cigarro. No se había hecho una reunión en El Paraíso Terrenal desde la tarde de San Juan, en



que un imprudente enlace sindical gritó, exaltado: «¡Tal vez deberíamos enterrar a nuestros muertos aquí arriba!», tras lo cual terminó pasando el resto de sus días como investigador cultural, enterrado en un despacho del Sótano.

La mayoría de los trabajadores del Cigarro estaban, de pie o sentados, en el parque, rodeados de pequeñas cascadas y árboles exóticos, y el ambiente estaba claramente en contra del Catedrático. Si el entorno no hubiera sido tan idílico, podría haberse pensado en un motín. Peter Trøst llegó temprano por la mañana, y unas horas más tarde envió un mensaje electrónico que describía la propuesta del reportaje cuya edición acababa de finalizar. En el reportaje, el jefe de Gabinete del Ministerio Nacional, Orla Pil Berntsen, desvelaba cómo su propio ministro y el primer ministro, de forma conjunta, habían embaucado al país para volver a la opinión pública en contra de un chico tamil de once años que habían expulsado a Sri Lanka. Si no emitían el

reportaje, Peter Trøst iba a abandonar la cadena y aceptar trabajar para otra de la competencia que quisiera emitir el reportaje. Lo había grabado él. Y tenía una copia.

El mensaje provocó una enorme onda expansiva en el palacio televisivo que al fin y al cabo se había construido para garantizar a los empleados del mundo bien engrasado de la televisión que sus días se coronasen con un sueldo considerable y una buena pensión. Nadie había conocido nada igual. En los ojos brillantes de los amotinados la sentencia era inequívoca: el resultado era irreversible, y la historia de Trøst, la mejor del año; debería emitirse con las noticias del mediodía.

Un instante después, se alzó un bosque de brazos, y nadie tuvo que hacer un recuento para comprobar que el Catedrático, por primera vez en su carrera, había encontrado la horma de su zapato en Peter. Incluso en sus colaboradores.

—Aunque durante años no hemos tenido

tiempo para pensar en ello, ¡ya somos capaces de pensar hasta ese punto! —gritó el enlace sindical, que había salido a la luz desde el sótano para la ocasión. Sin duda, olía venganza—. En nombre de mis compañeros, voy a plantear la pregunta de si el simple hecho de pensar en otra decisión no exige la intervención inmediata de la Consulta Psicológica. ¿Qué confianza podemos tener en un líder que hace una valoración tan extraña de un producto periodístico en un medio de comunicación?

Todas las miradas se dirigieron a la barandilla.

—¡Solo os he pedido que valoréis los motivos del hombre y su actual estado mental! —respondió el Catedrático a gritos hacia el rumor provocado por la intervención del enlace sindical; aunque los amotinados se alzaban amenazantes contra el viento, su carismática figura de buitre seguía siendo tan temible que la mayoría retrocedió unos pasos sin querer. Nadie sabía si hablaba del hombre del reportaje, del jefe de Gabinete del

Ministerio Nacional, Orla Pil Berntsen, o de su compañero y estrella Peter Trøst.

El Catedrático aprovechó el silencio con el talento adquirido para captar los cambios más imperceptibles en los estados de opinión.

—Pero esta manipulación es de lo más burda. Tenemos a un hombre que apunta a un chico indefenso de once años y dice: «Este chico no ha hecho lo que creíamos que hacía. Nos ha mentado; sus padres nos han mentado, su familia y sus amigos nos han mentado». Entonces, ¿qué nos queda?

El Catedrático extendió los brazos, suplicante, y Peter Trøst comprobó, aterrado, que las absurdas frases, que no tenían sentido ni lógica, volvían a encarrilar a sus compañeros en los bancos de niebla de la duda. Estaban tan acostumbrados a oír palabras sin contenido, que solo reaccionaban al tono, al ritmo y a la entonación.

—¡Si vaciláis ahora, ya podemos saltar todos por la borda! —gritó para ensordecer los

disparates del Catedrático.

Dio un paso hacia la barandilla, y había algo en su actitud que hizo que un escalofrío recorriera a todos los presentes en el Paraíso Terrenal. Incluso el Catedrático pareció ser presa del miedo que hizo que la dirección de Channel DK creara la Consulta Psicológica en la sexta planta. La idea del escándalo —y la inmensa alegría de la competencia por el mal ajeno— en caso de que los trabajadores trastornados saltaran como lémures a la Muerte desde lo alto del Paraíso, y además por una decisión de todo punto dictatorial, era estremecedora. Tal vez el poderoso presidente incluso se viera asido por manos dispuestas y llevado hasta su última y vertiginosa plataforma mediática antes del sensacional empujón a la Eternidad.

—¡Ese reportaje va a ser nuestra ruina, va a echar por tierra todo lo que hemos creado! — exclamó el Catedrático, jugando su última baza, porque, claro, era difícil traicionar una casa que

durante tantos años había ofrecido tal cantidad de alabanzas, autoalabanzas y solidaridad, y tantos bienes de lujo, y todo ello gratis. Esas cosas solían funcionar.

Pero las audiencias menguantes de los últimos meses y la cantidad creciente de depresiones habían vaciado de contenido el último argumento posible del Catedrático. Por primera vez en su vida miró alrededor, impotente, y su adversario aprovechó aquella indefensión al instante.

—¿A quién preferís? ¿Quién tiene que saltar al Infierno, nosotros o él? —gritó Trøst.

El Catedrático ya sabía la respuesta. Giró sobre sus talones y huyó del Paraíso y del Abismo.

**E**l Curandero apagó el televisor y se volvió hacia los reunidos con los músculos de la espalda tensos. Era como si fuera él quien había montado una pequeña representación para los invitados en

el salón de prensa del ministerio, donde se veían por satélite gran parte de las cadenas de televisión del mundo.

«Nos inventamos una historia sobre una red, y después hicimos que un ciudadano de Sri Lanka que reside aquí la hiciera llegar a Presidencia del Gobierno, para que la prensa se echara atrás en su defensa del chico tamil de once años», había dicho Orla Berntsen, mirando directo a la cámara, sin pestañear. Nadie podía tener la menor duda de que era verdad. Ni siquiera se había sorbido la nariz.

«Sí, el primer ministro también lo sabía, pero la idea se le ocurrió al Ministerio Nacional», fue lo que dijo.

—Se le ocurrió... Si fue su... —dijo entre dientes el ministro nacional, cabreado, y se hundió con pesadez en una silla blanca de plástico dispuesta para los periodistas visitantes—. Primero había que expulsar al chico para desviar la atención del asunto Kongslund, y luego había que justificarlo con una mentira. Fue todo idea

suya.

El Hombre de Grauballe se volvió hacia la ventana con un rostro que parecía haber recibido un mazazo. Los ojos enrojecidos se posaron en las rutilantes gotas del surtidor y buscaron la parte del arcoíris en la que vislumbraba el pequeño jardín que tenía tantas ganas de cuidar. Con una buena jubilación. Veía sin duda que todo se desvanecía de un segundo a otro.

—¡Aquel puñetero anónimo lo ha trastornado todo! —exclamó Ole Almind-Enevold—. También a Orla Berntsen; la puta carta lo volvió contra mí. Me puso una trampa.

Pareció que el ministro fuera a llorar por primera vez en su vida.

Carl Malle dijo:

—Por lo que veo yo, todo recae en el primer ministro, que como quien dice está ya muerto.

El comentario cínico, hecho en voz baja, provocó un quejido de espanto en el fondo de la garganta del Hombre de Grauballe.



—Ole solo tiene que negar haber tenido conocimiento de ese episodio —continuó el antiguo policía—. Cualquiera puede ver que Berntsen debe de estar enfermo cuando se expone de esa manera. Y en el caso de que se haya cometido algún delito, es la Presidencia del Gobierno la que ha engañado a la ciudadanía. De aquí no se ha filtrado nada.

El Curandero bajó un poco los hombros y susurró:

—Carl tiene razón. De aquí no se ha filtrado nada.

El ministro nacional asintió con la cabeza, como si su mente estuviera muy lejos. Pero no lo estaba. Se encontraban en el despacho por cuya conquista tanto se había esforzado, y donde el primer ministro debía de saber ya que su apoyo más cercano y sucesor designado lo había engañado de manera imperdonable. Pero no podía probar nada. Fue lo que acababan de comprobar Malle y el Curandero.

—¿Dónde está Orla? —preguntó Ole Almind-Enevold, sin hacer ademán de desocupar la silla blanca de plástico duro.

—Vengo de Søborg —respondió Carl Malle—. Ya no está allí.

Había llamado a la puerta de casa de su madre, igual que aquella otra vez, hacía tantos años, y después entró en la casita adosada. Ninguna cerradura le cerró el paso, y ya en la entrada tuvo la impresión de que habían vaciado la casa de manera definitiva. Luego entró en la sala y se detuvo, asombrado, pese a que por su larga vida de policía había visto de todo un poco: muebles y cuadros esparcidos por el suelo; cortinas, cojines, floreros, vasos y cajones de secreter tirados de cualquier manera; todo estaba roto como en un ataque de furia desenfrenada. Si era cosa de Orla, el policía jubilado había encontrado una prueba inmejorable de que el alto funcionario estaba loco de remate.

—Había arrasado la sala de estar. Todo lo que

había en el rincón donde solía sentarse su madre estaba destrozado —comunicó el expolicía a los otros tres, y el Curandero, cuya infancia había sido perfecta de cabo a rabo, desprovista de cualquier tipo de patético melodrama, sonrió, espontáneo.

Carl Malle había encontrado bajo los restos de un sillón azul una pequeña foto de tamaño pasaporte, y recordó el día en que se hizo. La madre de Orla insistió en guardar la foto de recuerdo cuando comprendió que él no iba a abandonar a su esposa ni a su hija. Nunca desveló que se hubieran conocido como otra cosa más que vecinos lejanos. Carl Malle la rompió en mil pedazos. Después se quedó en el jardín trasero y observó el mirlo muerto sobre las baldosas de la terraza. El pájaro yacía con el pico abierto hacia el cielo. Al otro lado del seto bajo se oían, como siempre, los sones del piano de cola del vecino del 14, que entraban y salían por las puertas abiertas del jardín, anunciando que nada había cambiado, a pesar del ruido que alguien debería

de haber oído procedente de la sala de estar de la familia Berntsen.

—Sonaba como si estuviera rompiendo algo a golpes —dijo un vecino que alargó el cuello por encima del seto al ver a Carl Malle—. ¿Estás aquí como policía?

Había en su voz un deje de esperanza, un eco de añoranza por estar por fin cerca de una de las raras catástrofes de la vida. Luego su voz se vio ensordecida, como siempre, cuando el pianista golpeó las teclas con sus recios dedos y dejó que los bajos retumbaran a la luz del sol veraniego durante más tiempo del que habría parecido posible. Pero el vecino hizo como si nada; al fin y al cabo, el pianista tocaba en la radio al menos una vez por semana, entre las noticias de Irak y Afganistán y las luchas callejeras de Copenhague y París, y los habitantes del barrio apreciaban su contribución a la hora de alejar de ese vecindario de cincuentones la semilla del mal. Habían oído innumerables sonatas de Brahms.

—Gritó algo incomprensible, y luego sonó como si estuviera rompiendo cosas a golpes.

La voz del vecino vibró al compás de los sonos del piano.

—Bueno, pero ya no está —explicó Carl Malle, y la información sonó como un mensaje de un tiempo pasado.

—¿Ya no está?

—No. Se ha marchado. Ya no hay nadie dentro.

—Pues no lo he visto marcharse...

Había desencanto en la voz, como si el hombre se hubiera perdido un milagro.

—El caso es que no está —dijo el jefe de seguridad.

—¡Pero entonces le falta un tornillo! —gritó el Curandero, de pie en medio del despacho ministerial, con las piernas abiertas como un gladiador en un circo romano—. ¡Lo hemos pillado!

Carl Malle observó al pequeño brujo que tejía sus hilos en torno a todo y todos.

—Ya he pedido una orden de busca y captura, pero estoy seguro de que no vamos a encontrarlo.

La afirmación hizo que el ministro nacional se removiera inquieto en la silla de plástico, pero no hizo ningún comentario.

—No obstante, puedes utilizarlo para desacreditar su verdadera descripción de vuestro absurdo tratamiento del caso del chico tamil —observó el antiguo policía.

El Curandero no hizo caso del sarcasmo.

—Es lo menos que puede decirse —comentó—. Estamos hablando de un hombre imprevisible y bastante peligroso que se ha descontrolado, además, en una casa adosada de un barrio decente, y ha perdido la razón. No debemos tratar de encontrarlo nosotros, hay que avisar a la Policía. En menudo berenjenal nos ha metido.

Nadie respondió al hombrecillo. La dilatada risa sofocada del Curandero flotó un rato en el espacio. Luego también él calló.

Al final, Carl Malle volvió a tomar la palabra.

—Debo tener acceso a todos los implicados: escuchas, control postal, vigilancia de Internet... La legislación antiterrorista nos permite todo eso, y yo lo quiero todo.

El ministro nacional asintió con la cabeza de modo casi imperceptible. No hacía falta más.

En aquella fase, Carl Malle iba a obtener cuanto pidiera.

## LA HUIDA

*27 de junio de 2008*

*Creo que ni el Catedrático ni el ministro nacional habían pensado que un suceso tan casual —un anónimo que solo contenía un nombre en un formulario antiquísimo— pudiera sacudir sus cimientos de modo tan funesto en tan poco tiempo.*

*Recuerdo que Magdalene describió una vez la alegría del Rey Bueno porque Kongslund iba a estar terminado al mismo tiempo en que firmara la Constitución del Reino de Dinamarca: «Esa imponente villa va a quedar como símbolo de todo lo que yo era», dijo. Pero el pronóstico del*



*monarca no se cumplió, porque, tres días antes de la firma, el viento roló al este, y una violenta tormenta azotó la costa. Primero derribó una de las siete chimeneas, la que estaba más al norte, luego los obreros se pusieron a reparar los daños, y entonces ocurrió algo extraño: la noche siguiente, que no hubo el menor viento, la chimenea más al sur también se rompió y aterrizó en el sendero de entrada, en el mismo lugar que la primera.*

*En consecuencia, debieron volver a edificar las siete chimeneas.*

*Así lo quiso el Destino, y eso no lo podía cambiar ni siquiera un rey.*

**O**rla llegó a Villa Kongslund a última hora.

Había tomado un taxi con Severin, y estuvo sentado con el rostro en la penumbra, como un fugitivo, cosa que también era, en realidad.

El Ministerio Nacional había pedido discretamente a todas las patrullas de Policía del Gran Copenhague que buscaran al desaparecido jefe de Gabinete, sin dar más indicaciones. Oficialmente, no estaba en busca y captura, pero la gente de las patrullas percibía que su captura iba a ser recompensada.

Oí que Susanne recibía a los dos hombres, pero solo dejé la puerta entreabierta. Los acomodó en las habitaciones que pertenecieron a las primeras asistentes de Magna, las señoritas Jensen y Nielsen.

A la mañana siguiente me levanté temprano y, por primera vez en mucho tiempo, ayudé a dar de desayunar a los niños, e incluso cambié a un par de bebés, antes de recibir con Susanne a nuestros huéspedes en la sala de estar.

Aquella fue sin duda la mesa de desayuno más extraña de la historia de Kongslund. Frente a nosotras estaban sentados el jefe de Gabinete del Ministerio Nacional, causa del escándalo, y el

abogado de refugiados más famoso del país, su adversario directo.

Orla aún parecía asustado por sus acciones — en la televisión, la víspera—, y no dijo ninguna palabra de bienvenida. A Severin, al contrario, se lo veía extrañamente eufórico, como si por fin se hubiera escapado de una cárcel donde hubiera pasado los últimos cien años, lo que en cierto modo era el caso. El asunto Kongslund de alguna manera había liberado su alma del despiadado idealismo que nunca le había otorgado otro honor que el reservado consentimiento de la moralidad, aunque algunos de los destinos fracasados por los que velaba alguna vez se libraron y consiguieron el asilo; pero incluso aquellos pocos afortunados solían abandonar a su salvador terrenal sin dejar nada más que un salario miserable. Algunos incluso reaccionaban con odio, porque con su acto de salvación les había quitado lo último de valor que poseían: su orgullo.

Asger fue el quinto en entrar en la sala, y se

detuvo un rato en la puerta, con sus grandes gafas de catedrático en la punta de su larga nariz, observando el singular grupo. Se sentó a la cabecera de la mesa y dijo:

—¿Hay alguna novedad en el caso?

Severin sacudió la cabeza. Orla ni reaccionó.

Mientras Asger untaba de mantequilla un bollo, repasó las revelaciones de los últimos días, y sobre todo mi responsabilidad en los anónimos. Les habló de la relación de Susanne con Kongslund y de la carta de Eva Bjergstrand a Magna —que yo robé— y que Knud Tåsing y yo habíamos investigado, mientras Carl Malle buscaba al autor del anónimo.

Durante el monólogo, Orla estuvo con los hombros hundidos hacia delante y dos rebanadas de pan medio comidas en su plato; en la expresión de su rostro no pude ver más que el asombro que se apoderó de él cuando abandonó su antigua vida de aquel modo que la víspera por la noche había conmocionado a todo el país. Estuve esperando

una sorbida de nariz, pero no llegó.

Severin, sentado a su lado, movía la cabeza arriba y abajo, casi eufórico, mientras Asger daba sus explicaciones.

—Lástima que no tengamos la carta que envió Eva a su hijo —se quejó.

—Que había pensado enviar, pero nunca envió —lo corregí. Para mí era fundamental mantener ese detalle respecto a la cuestión.

—Sí. Debió de arrepentirse en el último instante —aventuró Asger.

Susanne agachó la cabeza. Yo no veía en qué pensaba, pero sin duda Susanne sospechaba algo. Y, por desgracia, yo ocupaba el centro de sus sospechas.

De pronto, Asger sonrió y exclamó:

—¡Somos un grupo extraño, ¿no?!

Aquello sobresaltó a Orla, como si hubiera llegado a una conclusión parecida en el mismo instante. Y entonces, por fin, se oyó su característica sorbida de nariz.

—Estamos cinco aquí, en la mesa. —Asger miró de reojo hacia la pared opuesta, tras la que estaba la Sala de Recién Nacidos—. Y los cinco hemos pasado los primeros meses de nuestra vida en este lugar. Ahora nos hemos reunido, cosa que nadie había creído que fuera a ocurrir.

Una vez más, pareció que observara una constelación desconocida que no debería estar allí, con entusiasmo infantil y escepticismo científico a partes iguales.

Advertí un rubor intenso en las mejillas de Severin al oír las palabras de Asger. Por un momento, pareció un hombre que asumía una responsabilidad personal y penosa de un suceso del todo inesperado; así que su alma de salvador quizá estuviera preparada ya para que la llenasen de nuevos sentimientos de culpabilidad, incluso después de un descanso tan breve.

Susanne sirvió café al astrónomo larguirucho. Me miró por encima de la cafetera, como si me estuviera haciendo una pregunta inaudible, y casi

esperé que de repente me pidiera que explicara la idea del reencuentro que ninguno de los presentes había deseado.

Por suerte, entonces Asger volvió a tomar la palabra.

—Según la fuente de Knud Tåsing, de la embajada australiana, a la mujer danesa le concedieron permiso oficial para establecerse en su nueva patria en diciembre de 1961. Pero bien pudo ocurrir que llegara antes, y creo que es lo que ocurrió. Eva Bjergstrand da a luz a su misterioso bebé en la primavera o a principios del verano de 1961, y luego personas con posibilidades de mover hilos en las altas esferas le dan un nuevo pasaporte, con otro nombre, y al final otra identidad. Y, para poner la guinda, también una flamante nueva patria. Así fue como se retiró del camino un enorme y embarazoso problema.

—Embarazoso ¿para quién? —pregunté, aunque por supuesto ya sabía la respuesta.

—Para ellos. —Era Orla, quien nos sorprendió al hablar por primera vez—. Para Almind-Enevold y sus ayudantes. Carl Malle y Magna.

No había pensado que fuera a hablar.

—Eso no lo sabemos, aún no —objetó Asger—. Primero hay que demostrar la teoría.

Orla calló.

Después de desayunar, Asger fue a su habitación a por su bolsa de viaje, y Susanne pidió un taxi. Su maleta azul estaba en el vestíbulo, bajo el gran cuadro de la mujer de verde a quien Magna solía llamar el ángel custodio de Kongslund.

La noche anterior estuve en la sala que da al jardín con Asger, quien me desveló el plan que tenían Susanne y él.

—Voy a acompañar a Susanne a Kalundborg. Ella va a buscar a sus padres en La Franja mientras yo voy a Aarhus a reunirme con los míos.

Después se levantó sin mirarme.

—Vamos a ver si saben algo, aparte de lo que



me has contado. En la vida de todas las personas hay zonas oscuras, pero tal vez se pueda encontrar la verdad.

En cuanto a mí, ya no me quedaba nadie vivo a quien enfrentarme. Todavía no había desvelado nada acerca de la vigilancia exhaustiva a la que sometí en mi infancia a mis compañeros de sala. Iban a ponerse muy nerviosos, y yo no estaba preparada aún para esa reacción. Pero se me hacía insoportable la idea de perderme el final de mi aventura y su esclarecimiento definitivo. Anhelaba una vez más vivir la emoción de acurrucarme tras el comedero para los pájaros del jardín de Asger y reptar sin ser vista por la maleza junto a la casa-caja de bombones y oír, ver y escribir todas las palabras de su confrontación final. Por mí y por Magna. Pero sobre todo por Magdalene.

Sin embargo, Asger rechazó mi cautelosa sugerencia e insistió en que me quedara con Orla y Severin, que no tenían otro lugar adonde ir. De momento debían estar escondidos en Kongslund.

Susanne y Asger llevaron el equipaje hasta el taxi, y yo bajé al embarcadero, que fue siempre mi refugio. Me quedé de espaldas al viento y oí cómo partían, desde el mismo lugar donde conocí a la amiga de mi vida antes de que abandonase la vida terrena mientras observaba la luna que por primera vez se había dejado conquistar por los humanos.

Hacía calor, e instalé en el césped tumbonas para los tres que íbamos a quedarnos.

Al poco tiempo, Orla y Severin, cada uno por su lado, echaban un sueñecito al sol, con sus rostros vueltos hacia el estrecho. Llevé a la sombra una silla de jardín y cerré los ojos, como ellos.

**E**l teléfono sonó al mediodía. Acababa de dormirme.

Desde la puerta del jardín, la puericultora más joven me hizo señas llevándose la mano al oído.

Era Knud Tåsing. Hablaba en voz alta, nasal.

—Voy con Susanne y Asger camino de Kalundborg —informó—. De allí Asger va a seguir a Aarhus, donde va a ver a sus padres. Yo voy a ir a Helgenæs.

No dije nada. No debía oír mi voz alterada.

El periodista interpretó mal mi silencio.

—¿Ha estado ahí la Policía...?

Por un momento sonó preocupado, pero tal vez más por la historia que debía salvar su carrera que por los dos abogados y la extraña mujer a la que nunca tuvo oportunidad de comprender.

—No ha venido nadie —dije. Sí que había habido un helicóptero sobrevolando la zona hacia el mediodía, pero no creía que hubieran reconocido a mis huéspedes dormidos en la postura que tenían en la hierba; los dos hombres estaban sentados, inmóviles, con el mentón caído hasta el pecho, parecían dos bañistas después de haber estado nadando un buen rato y a continuación haber tomado un bien regado

almuerzo.

—¿Habéis oído las noticias del mediodía en la radio? —preguntó Knud—. Nuestro amiguito tamil es la noticia del día, por delante de Irak y Afganistán. Mi periódico ha enviado a Sri Lanka a dos reporteros para encontrarlo.

Tåsing sonaba de lo más entusiasmado, aunque su propio viaje iba en la dirección opuesta, y miré de reojo al hombre que al parecer había devuelto al joven buscador de asilo a una vida en la cárcel, o algo peor. En tal caso, su arrepentimiento llegaba demasiado tarde. Junto a Orla, Severin gruñía como mostrando su acuerdo subconsciente, pero sin despertar. Su cansancio debía de ser enorme tras los veinticinco años de trabajo al servicio despiadado de los extranjeros.

—Y ha llegado otro anónimo —comunicó Knud Tåsing en voz más alta, y estuve a punto de dejar caer el receptor al suelo.

Se dio cuenta de mi reacción.

—Tranquila, Marie... —sonó como si

estuviera sonriendo—. Ya sé que no has sido tú la que ha enviado este; es un folio impreso sin más. Pero sí que es especial.

Esperé su siguiente frase.

—El autor me invita a visitar a una mujer en la península de Helgenæs, por eso salgo con esta precipitación. Parece que va en serio, pese a ser un anónimo.

—¿Una mujer en Helgenæs?

Formulé la pregunta con la mayor inocencia posible. Pero ya sabía su nombre, y podría haberlo dicho a coro con él.

—Se llama Dorah. Dorah Laursen. Según el anónimo, debería saber algo sobre el asunto Kongslund y sobre nuestro enigma.

La palabra *enigma* tenía un deje algo ingenuo en su boca, como si fuéramos niños en busca de distracción. Lo habría prevenido, pero no pude encontrar las palabras adecuadas. Y tampoco yo era capaz de pensar con claridad. No conseguía ubicar a Dorah en los acontecimientos que

habíamos puesto al descubierto, y no tenía ni idea de quién había enviado el anónimo. Pero no interpreté mal el temor que atravesó la sala de estar de aquella mujer el día que la amenacé con contar a su hijo la verdad sobre él y sobre Kongslund.

Y, con mayor claridad que nunca, comprendí que debería haber estado presente cuando ocurrió.

Debería haber tratado de poner al descubierto la trama que hacía que los mundos de tres mujeres singulares estuvieran relacionados: Eva Bjergstrand, Dorah Laursen y mi madre de acogida.

Sencillamente, no veía la relación.

—**M**ira que se lo advertí...

La anciana estaba sentada encorvada, con las temblorosas manos juntas en el regazo, como si en su interior siguiera implorando a un Dios vacilante

y caprichoso que rehiciera todo lo hecho en la Tierra. Sobre todo, su última acción.

—Se lo advertí..., pero ahora... —Se quedó callada—. Ahora está...

El joven agente de la Policía reaccionó ante la última palabra no dicha. No por un sentimentalismo fuera de lugar, porque en la Academia de Policía te enseñaban a evitar esas cosas, sino porque el muerto era quien era. Un antiguo compañero.

—Bueno, no es seguro... —empezó, indeciso, y dejó sin terminar la frase. No se refería a la irrevocable muerte, sino a la afirmación de la viuda de que una mano humana había dado al muerto un malvado empujón definitivo en el borde del muelle.

El coche patrulla fue a la dirección justo después de realizarse la identificación, que se produjo en el momento en que sacaron al comisario jubilado del agua y lo tumbaron de espaldas. El muerto, cuando era jefe del

Departamento de Homicidios, había trapicheado con varios de los hombres silenciosos que estaban junto al malecón, mirando algo conmocionados a su antiguo compañero.

Lo habían encontrado en las aguas negras del Muelle de las Brumas y la Casa de la Prensa, que albergaba, entre otros, el achacoso diario *Fri Weekend*.

—No quería abandonar ese caso —lloraba la viuda—. Y ahora está muerto.

Esta vez dijo la palabra en voz alta.

El agente arqueó las cejas.

—¿Qué caso?

La esposa del comisario jubilado habría explicado todo con gusto al joven policía, pero el llanto no la dejaba. Y tampoco se atrevía.

No quería hablarle del caso del que seguían escribiendo los periódicos y que su marido había decidido resolver, pese a que ella le dijo que era demasiado peligroso. De las señales que había visto: una piedra, un cabo de cuerda con un nudo



corredizo, un pájaro, una rama de tilo... Su última acción fue llamar a una persona desconocida y apalabrar una cita.

—¿Con quién has quedado? —le preguntó su esposa con voz angustiada.

—Sé cuidar de mí mismo —gruñó él con condescendencia. Se habían querido durante una larga vida. Pero las dos últimas frases que cruzaron fueron una especie de diálogo de besugos.

El joven policía se encogió de hombros. Temía las lágrimas de los demás casi tanto como las suyas propias, y tampoco había mucho que añadir. A la anciana había que ahorrarle los detalles. Habían encontrado una brecha en la nuca del comisario jubilado, pero lo más seguro es que se la hiciera cuando se tambaleaba aturdido por el borde del muelle. En el agua negra chapoteaba una botella vacía de aguardiente, y los policías olfatearon con cuidado el cadáver goteante de su antiguo compañero. Detrás del olor a agua salada,

percibieron con claridad el tufo a alcohol, como si su antiguo superior hubiera pasado la jubilación dándole a la botella de aguardiente.

Muchos lo hacían.

Y ningún agente de patrulla en su primer año de policía deseaba explicárselo a una viuda llorosa que, con una confusión evidente, no paraba de hablar de viejos casos sin resolver.

Si los días desagradables pudieran cambiarse y devolverse a su Creador, el viernes 27 de junio se habría borrado de la memoria del ministro nacional y estaría descansando en el cementerio de días no deseados antes de que nadie tuviera ocasión de decir: «Vaya mierda de día», pero, tal como estaba la situación, solo podía quejarse ante sus dos invitados, que no parecían los más adecuados para ahuyentar las visiones desagradables de otros.

Los tres hombres estaban sentados en la amplia terraza que rodeaba la lujosa finca que Ole Almind-Enevold poseía en Gilbjerg Hoved, en el norte de Selandia, y en un día mejor habrían disfrutado de la espléndida vista del estrecho de Kattegat como se merecía. Pero no aquel maldito día. Dejaron que la única mujer del grupo sirviera bebidas, y Lykke Almind-Enevold no tuvo que preguntar a los dos invitados de su marido por su marca favorita, ya que ambos habían visitado su residencia veraniega por lo menos veinte veces desde la creación del Ministerio Nacional en 2001.

Como siempre, representó a la perfección el papel de sonriente esposa del ministro, y dispuso un ambiente acogedor para las importantes conversaciones que mantenían los dos invitados con su marido. En el momento adecuado se retiró en silencio, sin que nadie lo notase, y si los seres invisibles hubieran tenido un reino, ella habría sido su reina indiscutible. Llevaba cincuenta y

cuatro años en aquel trono, en un matrimonio compuesto solo de rutinas, y hacía décadas que había aprendido a considerar su nombre<sup>[8]</sup> una burla grotesca de la galería de vidas no deseadas por el Destino; si la felicidad de su nombre había estado alguna vez al alcance de su mano, nunca la había percibido, y tampoco la había merecido. Porque Lykke Almind-Enevold cometió el pecado de negar a su marido el hijo con que siempre había soñado, y asumió para sí la responsabilidad de aquella traición, aunque nadie sabía si la causa de su desgracia se debía a él o a ella. Ella consideraba su infertilidad la vergüenza más imperdonable de su sexo, y se quedó con él porque él se quedó con ella a pesar de aquel pecado.

Los tres hombres llevaban varios minutos callados, y su silencio recalcaba el carácter funesto del encuentro. Nadie habló hasta que Lykke terminó de servir y desapareció de la vista. Entonces, el ministro nacional alzó su vaso y dijo:  
—¡Brindemos por un día nefasto de verdad!

Habló con voz vehemente y vació el vaso de un trago.

El Catedrático, Bjørn Meliassen, siguió su ejemplo, y su cabeza casi desapareció en el halo azul que siempre rodeaba su coronilla. La obra de su vida seguía afectada por una caída catastrófica de la audiencia, que algunos comentaristas de la prensa, alegrándose por el mal ajeno, decían que iba a ser el final de Channel DK, y no tenía ni idea de cómo financiar la supervivencia del Gran Cigarro. Ninguna de sus curas milagrosas en forma de nuevos conceptos sensoriales funcionaba ya. La gente se había vuelto más bien apática.

El ministro nacional llenó los vasos con el ambarino whisky de malta de las orillas de Loch Lomond. De no haber sido por aquel día maldito, habría disfrutado del sol del atardecer y hecho algún comentario sobre la bella imagen de velas blancas sobre la superficie brillante del Kattegat. El ministro nacional hizo construir su casa justo después de la mítica victoria electoral de 2001, y

no reparó en gastos. Consiguió que el Ministerio de Medio Ambiente levantase parte de la molesta protección que se estaba aplicando desde 1950, y gracias a aquel pequeño ardid pudo edificar la villa en el lugar con mejores vistas, en lo alto del acantilado de treinta y tres metros de altura.

Abajo estaba la playa, que era de piedras, pero no importaba tanto, ya que a ninguno de los influyentes huéspedes de aquel hombre poderoso se le ocurriría interrumpir conversaciones y comidas importantes para bajar por las empinadas escaleras y darse un refrescante baño de agua de mar. Al oeste de la escalera privada del ministro con el cartel de «PROHIBIDA LA ENTRADA», había una piedra conmemorativa del filósofo Søren Kierkegaard, de quien el ministro no había leído un solo libro, pero que citaba a menudo en sus discursos con la ayuda del Curandero. En la piedra ponía: «Qué es la verdad, sino la pasión por una idea», y el filósofo escribió el aforismo trece años antes de que el Rey Bueno, con su especial talento

para la oportunidad, resbalara cuesta abajo en Kongslund y encontrara una salida a su triste implicación en las discusiones sobre la democracia.

Pese a que, por lo general, en la prensa se hablaba con discreción de las residencias veraniegas de los ministros —no era cuestión de tentar a ningún desquiciado radical—, la villa de Almind-Enevold la conocía todo el país. Debajo de la casa del acantilado solía haber en los viejos tiempos un poblado de pescadores llamado Krogskilde, pero al final dejaron aquellas ocho casas debido a la escasez de capturas, tras lo cual a los habitantes, con ese indomable espíritu emprendedor tan típico danés, se les ocurrió buscarse el sustento a base de atraer a confiados buques hacia la costa en noches de tormenta y saquearlos. Allí estaba la eficiente y laboriosa gente de Krogskilde, hombro con hombro, agitando sus faroles —acercaos confiados—, tras lo que a las tripulaciones embarrancadas las llevaban con

cuerdas hasta la costa, donde las atacaban, robaban y asesinaban con brutalidad. Por esa razón, la gente llamó al lugar Infierno en los siglos posteriores; los numerosos enemigos políticos del ministro nacional siempre pensaron que era un nombre que se adaptaba a la perfección al refugio del poderoso político.

El día se había torcido incluso antes de que el ministro nacional lograra reaccionar. El primer ministro lo había llamado a las ocho de la mañana, y había en su orden un tono que no prometía nada bueno para nadie. El Rey Absoluto salió pitando, sin esperar al Curandero, y todo fue mal. Pudo leer la nueva realidad ya en los rostros de las secretarías del antedespacho. Sus miradas reflejaban tristeza e incredulidad, y la secretaria de más edad del primer ministro, la señora Mortensen, tenía los ojos enrojecidos y se sorbía las lágrimas sin cesar. Los altos funcionarios lo recibieron inexpresivos, con movimientos rígidos y torpes, porque no sabían cómo manejar el



embarazoso hecho que acababa de convertirse en el mayor problema del reino.

¿Y quién iba a explicárselo a las delegaciones extranjeras que tenían más tarde audiencia con el más alto cargo del país?

El ministro nacional entró en el despacho de su jefe, pero se detuvo en seco en el vano de la puerta y observó el escenario con un asombro que no pudo ocultar.

Durante la noche, el corazón de la nación se había transformado en una avanzada habitación de hospital plenamente equipada, con todo tipo de aparatos electrónicos e instrumentos. Había mesas con ruedas y bandejas tintineantes, pero por encima de todo dominaba una cama enorme que parecía una fortificación en medio de la estancia.

Ole Almind-Enevold observó la conversión del centro del Estado en habitación de enfermo, con sus correspondientes goteros, tubos, matraces y escáneres, con un desagrado físico rayano en el odio. Era su cargo el que pocos días antes del

traspaso de poderes quedaba tan denostado que iba a provocar una tormenta escandalosa en todos los medios. Era su futuro el que se arrastraba por el fango.

El más alto cargo del país estaba medio sentado en la cama con esa expresión obstinada que caracteriza a personas que han reducido los contratiempos de la vida a un solo deseo terco de que caiga el telón. En este caso, el paciente iba a dejar la obra de su existencia con toda la visibilidad posible, con transmisión televisiva en directo desde Slotsholm e imágenes de helicóptero del coche fúnebre atravesando el portón de entrada. Después ningún historiador podría sostener que a causa de su debilidad hubiera abandonado su puesto cuando más falta hacía. El primer ministro, al ver al Rey Absoluto, asió un pequeño mando a distancia negro con cuatro luces intermitentes y un botón que ponía en marcha el sistema hidráulico de su moderno lecho, tras lo que su cuerpo se elevó majestuoso, más y más,

hasta quedar sentado. El espectáculo era aterrador: el hombre reseco parecía un faraón muerto tiempo atrás que de pronto se levantaba de su sarcófago para dar a sus súbditos una última orden decisiva, y ni las secretarías ni el ministro nacional del umbral de la puerta supieron qué decir.

—Adelante —susurró el faraón con indulgencia.

En aquella postura sentada, el primer ministro podía mirar por las ventanas del oeste, y así mantener su control sobre el palacio de Christiansborg y los tejados y torres de la ciudad, y en aquel momento estaba erguido, con su camisa de seda color alabastro con amplias mangas cortas y el monograma de la Presidencia de Gobierno bordado en el bolsillo del pecho, y asintió en silencio a su mano derecha sin sonreír.

—Es un hermoso lugar para morir —hizo saber. Solo esas seis palabras, que sonaban como un resuello a punto de detenerse.

Ole Almind-Enevold no tuvo imaginación para responderle; el día no podía haber empezado peor.

—Ese anhelo se apoderará también de ti un día, y creo que es un rasgo distintivo del verdadero estadista.

En aquel momento el Rey Absoluto no supo si el Jefe estaba de broma, o si la Muerte había aparcado de una vez por todas su irrevocable sombra en el alma del primer ministro.

—Vi el reportaje de Channel DK sobre Orla Berntsen —continuó el moribundo, esta vez con un ronco susurro y con un repentino tono ominoso que no desvelaba la menor tristeza—. Decían que te habías sacado de la manga una historia falsa para que este ministerio cargara con la culpa, pero eso es pura invención, por supuesto.

El ministro nacional vio en el mismo instante la condena reflejada en los ojos del moribundo jefe de Gobierno. Y la rabia. Lo sabía todo.

—Por supuesto —replicó.

—Debes decir al Catedrático que ese tipo de

mentiras son inaceptables. Y encima en televisión...

Ole Almind-Enevold asintió con la cabeza. Su traición no podía justificarse, se dio cuenta al instante. Agachó la cabeza como rezando, pero estaba lleno de una furia que no se atrevía a mostrar.

Como para recalcar sus restos de terca vitalidad, el primer ministro dijo después:

—Pero ¿qué ocurre, entonces, con ese chico tamil? ¿Vas a cargar otra vez con el caso?

—No, no, no. Ese caso está muerto y enterrado —aseguró el ministro nacional, y se arrepintió al instante de las palabras escogidas.

—¿El caso del tamil y el asunto Kongslund... están relacionados de alguna manera...?

La pregunta era tan venenosa que podría ser la precursora de una última maniobra estratégica: «Por desgracia, el ministro nacional ha declinado ser mi sucesor en el puesto, aduciendo motivos personales...».

Ole Almind-Enevold notó su desesperación como si fuera una lengua de fuego en una garganta reseca.

—De ninguna manera —respondió, pero tuvo un acceso de tos antes de poder continuar—. No son más que dos crisis que han coincidido en el tiempo.

De pronto, el primer ministro le guiñó el ojo, casi como un gesto jocoso, pero su mirada era torva y siniestra. Luego apretó de nuevo la pequeña consola con cuatro lucecitas, y oyó el sistema hidráulico bajando su cabecera hasta la posición horizontal. Un delgado hilillo sanguinolento bajaba desde su comisura izquierda hacia la garganta, como si algo en su interior hubiera entrado en descomposición mientras hablaba, y la raya de sangre hacía que su boca pareciera sonreír un poco.

Después hubo reunión de urgencia en el Palacio.

El Hombre de Grauballe y el Curandero

estaban delante de su ministro —al principio en silencio, pero con todos los músculos tensos, como ante una huida inmediata—, mientras miraban la lluvia fina del exterior. El arcoíris nunca había lucido tan bello sobre la cabeza erguida de la serpiente, con sus matices verdes, amarillos y azules, y los dos asesores del ministro nunca habían estado tan desorientados. Primero llegaron noticias de Sri Lanka en el sentido de que dos periodistas daneses habían viajado a Colombo para buscar al chico tamil, que lo más seguro es que estuviese en alguna cámara de tortura estatal; luego el ministro volvió de su audiencia con el jefe de Gobierno, que se había atrincherado en el despacho que llevaban tanto tiempo esperando ocupar. Furioso.

El Curandero, que esperaba ascender a jefe de Gabinete tras la repentina caída desde las alturas de Orla Berntsen, trató de hacer un análisis breve y tranquilizador.

—No hay noticia que interese a la gente

durante más de dos días, a lo sumo tres... Enseguida las relevan otras noticias de interés.

Nadie supo si hablaba del asunto Kongslund o del chico tamil; o de ambas cosas a la vez.

Se oyó un débil murmullo ronco procedente del otro lado de la mesa. Era el Hombre de Grauballe, pensando en voz alta en el último instante de su carrera.

—Sí, claro, debimos tomar nuestras decisiones según las indicaciones políticas recibidas y el ambiente político que percibíamos.

Sonó como si se estuviera entrenando para su defensa ante el tribunal investigador que veía ante sí, mientras las visiones de su ocio futuro casi habían desaparecido tras el arcoíris. El subsecretario entrado en años estaba ante su acusador.

—No te preocupes —lo tranquilizó el Curandero en voz demasiado alta—. Nadie de aquí ha hecho nada malo, y el atractivo que pueda tener la historia para la gente es muy limitado. Un chico



que nadie conoce... —de pronto echó a reír—... y que nadie sabe de dónde viene... ¡Eso no tiene mucha chicha para los peces gordos mediáticos!

—¿Chicha...? —El subsecretario sopesó la palabra y palideció más. No entendía el lenguaje que los jóvenes pero poderosos asesores habían introducido en el ministerio.

A última hora de la tarde, el chofer preferido del ministro nacional, Lars Laursen, llevó al ministro al norte de Selandia en solo cuarenta minutos, y llevó su maletín al interior de la casa de veraneo, tras lo cual fue a pasar la noche en el hotel local. En aquel momento el ministro estaba en la terraza con sus dos invitados, observando la ruta roja del sol en el estrecho de Kattegat, y el espectáculo, por alguna razón, volvió a hacerlo pensar en el sistema hidráulico de la enorme cama del primer ministro. Los altos funcionarios ya habían empezado a chismorrear sobre la grotesca situación, cuyos ecos pronto trascenderían a la prensa; pero no iba a llevar a ninguna crisis,

porque los comentaristas políticos caerían sin duda en la tentación de elogiar la firmeza histórica del hombre: ¡el robusto padre de la nación que estuvo al pie del cañón hasta el último día! Los relatos nacionales perfectos se hacían con ese tipo de material. Lo que fuera a hacer en el puesto no significaba gran cosa en aquel contexto y en aquella perspectiva dramática. La política danesa, a la hora de la verdad, no estaba impulsada por una aburrida actividad intelectual. Al contrario, había acción y decisión en ráfagas ultracortas.

El ministro nacional resumió para sus invitados el absurdo espectáculo de la cama hidráulica, y se quedaron conmocionados por el país, pero sobre todo por ellos mismos. El triunvirato debía tomar nuevas decisiones. Aquel moribundo bien podría convertirse en una amenaza para ellos.

Pero su anfitrión insistió en que había otras señales de peligro ante las que debían definir su actitud.

—Acabo de leer lo del excomisario ahogado, en la web de *Fri Weekend* —informó Ole Almind-Enevold—. A mí me parece un poco...

Quería haber dicho «inquietante», pero Carl Malle lo interrumpió de inmediato.

—No hay razón para preocuparse, Ole. No hay nadie que pueda relacionarlo con nada... ni con nadie —explicó el policía jubilado—. Un vejestorio que se cae al agua y se ahoga. Paf. Se acabó.

Las últimas palabras sonaron con una considerable carga de cinismo.

—Pero fue él quien encontró las señales de las que hablabas... durante la investigación de la mujer muerta de la playa. ¿Es posible que no se lo haya contado a nadie?

La pregunta difícilmente podría haberse formulado de manera más vaga, y de inmediato atrajo el interés del otro invitado.

—¿Señales...? —preguntó el Catedrático—. ¿Qué mujer muerta?

Había estado picoteando el ciervo que la esposa del ministro nacional había servido con salsa de caza picante, arándonos rojos y gelatina de grosella. Lykke los acompañó comiendo en silencio durante cinco o seis minutos, y luego abandonó la mesa sin que los demás se dieran cuenta.

Carl Malle dirigió una mirada de advertencia al hombre que había hecho recados muy peligrosos durante la guerra para sus compañeros de la resistencia de más edad; pero el ministro no se dejó amilanar. Sin prestar la menor atención al Catedrático de la televisión, habló solo a su antiguo compañero de lucha.

—Hay algo en aquellas señales... en aquellos accesorios... que no me gusta, Carl. Simbolizaban algo. Algo nauseabundo.

Miró al frente en la penumbra y tomó un trago del borgoña que acompañaba a la carne, sin disfrutar ninguna de las dos cosas.

—Sí, Ole, esa es la palabra apropiada:

*nauseabundo* —dijo Carl Malle—. O tal vez solo sea una casualidad. Una vieja novela de ciencia ficción..., un pedazo de cuerda..., una mujer que se destroza el ojo...

Miró hacia el agua oscura, en la que los desgraciados marinos de los viejos tiempos ponían rumbo hacia la Costa del Infierno.

—Por mucho que lo intento, no consigo ver la relación.

—No olvides el canario —observó el ministro. Por un momento, pareció haberse tragado uno.

Luego se sacudió el desagrado con un marcado esfuerzo y se volvió hacia el Catedrático, que escuchaba boquiabierto la extraña conversación. Era un espectáculo fuera de lo normal. Todavía reinaba todopoderoso en su achacoso imperio televisivo, pero esa posición podría llegar a su fin muy rápido si los propietarios norteamericanos decidían sacrificar su experimento danés, bastante tocado del ala.

—¿Por qué no cortaste de cuajo hace mucho todas esas historias sobre Kongslund? ¿Peter Trøst y sus estúpidas revelaciones...? —preguntó el ministro.

—Porque Peter Trøst me amenazó con ir a una cadena de la competencia con Berntsen, y eso habría sido una catástrofe mayor aún para todos nosotros. Habría destrozado Channel DK, y ninguno de nosotros habría sacado beneficio alguno.

El Catedrático hablaba en voz baja, como si alguien hubiera bajado el volumen, y eso no era nada habitual en él.

—Este asunto está enfermado a la gente..., a toda la gente. Es como si todo el mundo hiciera lo que le da la gana.

—Sí. Brindo por eso.

Carl Malle alzó su copa vacía, sarcástico.

—¿No es con lo que sueña todo el mundo? ¿Y no es eso lo que predicáis que debemos hacer, en la mejor franja horaria?

El Catedrático lo miró ceñudo, y un débil sonido gutural fue su única respuesta.

—Libérate de prejuicios —dijo Carl Malle, en alusión al nombre del nuevo programa-gala de los sábados, que iba a liberar a la nación de los últimos restos de hipocresía; el que el Catedrático, al amparo de las gruesas paredes del Sótano Conceptual, llamaba «la desgarradora melancolía humanística» de los daneses.

Había que dar salida a los prejuicios de la población, con la fuerza que reside de por sí en los prejuicios, y dirigirlos sin ninguna vergüenza a las zonas y grupos que antes había que tratar bien, a pesar de interferir en el progreso: los improductivos, los inadaptados, los diferentes, los vanguardistas, los provocadores... y, por supuesto, los transeúntes, además de todos aquellos a quienes la gente, por muy buenas razones, tiene controlados. Deberían enfrentarse en un paisaje abierto, en el estudio de televisión, cara a cara. «¡Va a ser un liberarse de la tolerancia! —había

gritado el Catedrático a sus leones antes de partir a casa del ministro nacional, añadiendo—: Vamos a presenciar un nuevo modo de comprender el mundo, un nuevo orden mundial, ¡una nueva persona!». El más joven de los Leones fue el único que no rugió de expectación, y dijo: «Pero ¿la tolerancia no es uno de los pilares de la democracia?», y el Catedrático dijo entre dientes: «¿No es acaso más antidemocrático reprimir el debate y mantener un tabú porque nadie se atreve a hablar de lo que realmente se mueve?», y el joven no tuvo respuesta para ello.

El ministro nacional sirvió vino en las copas de los tres hombres. Durante las guerras populares (lejos de las fronteras del país) y los grandes debates sobre terrorismo, islamismo y globalización, el Catedrático de la televisión y el Gobierno tuvieron un control pleno de la opinión pública, lo que trajo consigo votos en el parlamento y cifras de audiencias astronómicas. Pero aquello cambió poco a poco; era verdad que



la gente seguía exigiendo ofertas rápidas, extremas, tanto en la televisión como en la política, pero al mismo tiempo estaba inquieta, como golpeada en la frente por el gran bate de béisbol del Aburrimiento, y muchos zapeaban sin descanso entre una cantidad cada vez mayor de productos de descuento hechos en un visto y no visto, tanto en la televisión como en la política, lo que estaba llevando a la locura a los Leones Conceptuales y también a los asesores. Al final recurrieron a la ambición, que debía ser la fuerza motriz del país en un mundo globalizado, y para miles de antiguos rebeldes juveniles y socialistas descafeinados fue un alivio colosal ajustar las cuentas con las aberraciones de tiempos pasados acerca de la igualdad y con el desagrado natural de barrer para casa. Channel DK les dio ánimos para liberar sus impulsos ocultos.

Y pese a todo, las audiencias seguían bajando.

En lo alto de la residencia veraniega del ministro nacional, el Catedrático dijo:

—Ole, eres el único en este país que puede asumir el cargo de primer ministro.

El futuro de Channel DK dependía de favores que después había que pagar.

—Me ocuparé de que mis periodistas pongan toda su energía crítica en contra de esa vergüenza...

Se refería al padre de la patria en la cama hidráulica.

Carl Malle se inclinó sobre la mesa. Nunca le había gustado aquel engréido de la televisión.

—Es extraño, Bjørn. Tu cadena de televisión no hace más que rendir homenaje a la juventud eterna y la belleza eterna, pero cuando se trata del más alto cargo del país, prefieres a un...

Se detuvo antes de decir «anciano», pero la palabra quedó flotando en el aire, y la impertinencia demostró lo importante que era Malle aquellos días para la supervivencia del ministro nacional.

El Catedrático hundió la cabeza más aún entre

los hombros.

—Es distinto, Carl. Los jóvenes adoran los sueños... y los jóvenes modernos tratan de comprarlos. Sin ellos, no venderíamos anuncios. Pero el poder nunca es joven. Los soñadores nunca pueden conquistarlo. —El Catedrático alzó la vista, ceñudo—. El poder es tan viejo como queramos que sea, y a la gente le da lo mismo, siempre que mantengamos a distancia el aburrimiento y el miedo al futuro. Mis herramientas son la seducción y la inspiración; las vuestras, la vigilancia y el control. Pero nuestro objetivo último es el mismo.

El Catedrático se levantó. Las alusiones a la bajada de audiencia hacían mella en él. El ministro nacional llamó a su chofer al hotel; y aunque se había hecho tarde, casi medianoche, apareció con el coche ministerial de color azul real para llevar al Catedrático de vuelta al palacio televisivo.

Cuando se marchó, Almind-Enevold dio rienda suelta a su inquietud.

—Tenemos que hablar con más padres adoptivos, Carl.

El antiguo policía estaba sentado como una sombra inmóvil a la luz de la lámpara de aceite que Lykke había colocado en la mesa de la terraza en completo silencio. Sacudió la cabeza.

—Como sabes, no le saqué nada a Christoffersen, nada de nada. No tienen ni puta idea de hasta dónde llegó Asger. Creo que ninguno de ellos lo sabe, y también eso puede ser peligroso: llamamos la atención. También tenemos otro problema...

Carl Malle calló, como si buscara las palabras de un mensaje tétrico.

A pesar de la débil luz de las estrellas sobre el estrecho de Kattegat, fue evidente que el ministro nacional se puso algo más pálido.

El expolicía volvió a inclinarse sobre la amplia mesa.

—Hay una mujer en Jutlandia que sostiene que sabe algo del hogar infantil; de Kongslund. Parece

ser que adoptó a un hijo en unas circunstancias muy extrañas, un chico que le entregaron con la mayor discreción gracias a Kongslund, pero fuera de los canales normales.

—¿Un chico?

—Sí, pero cinco años más tarde que el año que nos interesa —respondió Carl Malle, quien por la misma razón no creyó necesario mencionar el nombre de la mujer ni del hijo adoptivo. El desarrollo de los acontecimientos le parecía extraño, pero aquella noche, en la Costa del Infierno, no veía la relación que pudiera tener aquello con el ministro nacional.

Cuando se piensa en la inmensa fama del antiguo subdirector de la Policía como el mejor solucionador de problemas del país, tanto como alto cargo de la Policía como en la rama discreta a la que pertenecía ahora, el Destino debe de haberse inclinado sobre la barandilla de la hermosa terraza y depositado su dedo en los labios de quien hablaba. Él debería haber reaccionado

ante el contacto, debería haberse oído una traición y percibido el peligro. Fue un error decisivo, y en el asunto Kongslund ese tipo de ocultación había resultado hasta el momento ser letal.

El político experimentado, desde el otro lado de la mesa, no deseaba saber más detalles sobre otro misterio que tal vez fuera a ser una carga para él en el futuro, así que saltó sin más a la pregunta central:

—¿Es peligrosa para nosotros? —preguntó.

—Se ha puesto en contacto con Knud Tåsing.

—¡Ah...! —La exclamación del ministro fue en voz baja. Por lo visto, la confrontación era inevitable. Una vez más.

—¿Cómo lo sabes?

Carl Malle se encogió de hombros.

—Escuchas —resumió.

El tono de la respuesta significaba: «Me has dado carta blanca».

## LOS CABOS SUELTOS

*27 de junio de 2008*

*Debieron de saber lo peligrosa que era su posición, y lo cerca del abismo que se estaban balanceando, pese a que las semanas posteriores al fatal aniversario habían transcurrido sin revelaciones importantes.*

*Con un primer ministro moribundo que no estaba en sus cabales, no podían arriesgarse a la menor inquietud o duda en la población. El Rey Absoluto nunca había estado más cerca del objeto de sus sueños; solo se interponía un perturbado tumbado boca arriba en la Presidencia del Gobierno con el mando a*

*distancia en la mano.*

*Ni a él ni a Carl Malle se les pasaría por la cabeza sentir miedo por los enfrentamientos entre los niños de la Sala de los Elefantes y sus padres adoptivos. Debían de creer que ese camino estaba cerrado hacía mucho.*

La madre de Asger estaba en su lugar habitual, junto a la ventana panorámica, señalando el comedero de los pájaros, que no se había movido un centímetro desde que se mudaron allí cincuenta años antes. Lo reparaban y barnizaban todos los veranos.

—Mira, un aguzanieves —le comentó a su hijo.

Señaló al pájaro con el deje fionés de Karteminde, algo ensoñador, que nunca había abandonado del todo, y que contribuía a dar a los cada vez más escasos invitados de la casa la



impresión de que el tiempo se había detenido en los años sesenta, cuando todo era todavía ilusión e inocencia.

Todos los muebles eran de aquel período; todo estaba igual que el domingo de verano en que Asger llegó al barrio de casas unifamiliares con nombres de planetas en junio de 1962.

En un rincón de la sala había dos sillones rojos, en los que los padres de Asger habían pasado 18 250 veladas en mutua compañía (Asger calculó la cifra multiplicando trescientos sesenta y cinco días por los cincuenta años que llevaban casados), y donde se habían producido por lo menos 36 500 horas de profunda discusión (multiplicó por dos el número de veladas) sobre la decadencia moral generalizada y el egoísmo humano, que solo podía enderezar la labor de un magisterio concienzudo. Habían cambiado el teléfono por un aparato más nuevo, pero estaba en el mismo lugar en el que había estado siempre, en el alféizar interior de la ventana. Fue allí donde

recibió la llamada de Marie Ladegaard la vez que le dio el nombre de su madre biológica.

Aquella tarde su padre estaba en el comedero para los pájaros, clavando clavos en el tejado triangular, y después Kristine llenó la plataforma bajo el tejado de migas de pan y semillas de girasol, con un aspecto más sosegado que nunca; qué esmero. Luego su padre apareció de pronto tras él, y quizá oyera las últimas palabras de la conversación de Asger con Marie. Llevaba el martillo en la mano, y leyó sin problemas el nombre que su hijo había escrito en el bloc.

Asger recordaba el tono algo inquieto de la voz al preguntar:

—¿Quién es?

Pero antes de que a Asger se le ocurriera una mentira piadosa, de pronto su padre cambió de tema.

Su risa retumbó en la sala al irse, y Asger lo siguió con la mirada y sintió una extraña alegría por que ya no fuera su padre de verdad.

Habían pasado treinta años desde entonces.

Fuera, en el jardín, el aguzanieves echó a volar del comedero, y Kristine lo siguió con la mirada. Asger, que había llegado por la tarde sin avisar, cosa que no solía hacer, notó lo nerviosa que estaba.

Le preguntaron algo inquietos cómo le iba, y él les respondió con evasivas. Debía de parecer un hombre que ensayaba un discurso sin lograr dar con la primera frase decisiva, y así era como se sentía. Estaban cenando, y tanto Kristine como Ingolf comían sus berenjenas al horno con la cabeza algo inclinada, como si quisieran protegerse de una ráfaga de viento repentina, o para, desde aquella postura baja, poder apreciar mejor el singular sentido del humor de su hijo. En el jardín, el comedero de los pájaros estaba por una vez vacío, todos los pájaros se habían dispersado por las copas de los árboles, y Kristine no dejaba de mirar hacia allí de reojo, nerviosa, y luego a su hijo.

Flotaba en la casa un desasosiego que no comprendía.

—Habréis leído sobre el escándalo de Kongslund —dijo Asger de pronto, cuando habían dado apenas dos bocados al plato principal, y las dos personas que lo habían recibido en adopción de aquel mismo sitio se sobresaltaron.

Ingolf se enderezó y asintió en silencio.

Kristine tenía los ojos bastante abiertos; llevaba semanas temiendo que el caso Kongslund encontrara una puerta que no hubieran cerrado, o una ventana que hubiera quedado abierta, y accediera a las estancias que durante tantos años había mantenido alejadas del barullo mundano.

—Ese caso tiene especial significado para mí —continuó Asger, dejando cuchillo y tenedor en el plato—. Porque..., porque soy uno de los que han recibido uno de los anónimos sobre los que escribe la prensa.

Ingolf puso la mano en el brazo de Kristine.

Llevaba puesto su vestido dominical de

verano, con flores amarillas y rojas, y su mirada no podía ya ocultar el miedo.

Asger colocó con cuidado los cubiertos algo inclinados, paralelos entre sí, como le habían enseñado desde muy pequeño.

—Ese chico que están buscando podría ser yo —anunció.

La mirada de Kristine se cruzó con la suya, pero no expresaba el pavor ilimitado que él había esperado, y enseguida dio con la razón: ella ya lo sabía.

—¿Quién...? —empezó a decir; pero no necesitó terminar la pregunta.

—Hubo un detective aquí... un experto en seguridad —explicó Ingolf, y se puso al instante rojo como un tomate, porque él y su esposa se habían prometido ocultar a su hijo aquella visita.

—¿Carl Malle?

Ingolf tosió y bebió dos tragos de agua de un vaso alto y delgado que le regalaron por su treinta cumpleaños, cuando Asger solo era un crío.

—Sí..., creo que sí. Nos ha hablado del caso. Trabaja para el ministerio, y quería saber si sabíamos algo de..., de la mujer que fue tu..., la biológica... O sea, tu... Dijo que era muy importante.

Había evitado con gran esfuerzo la palabra *madre*.

—Pero es que no sabíamos nada —susurró Kristine, interrumpiendo por una vez a su marido—. Nunca nos dijeron nada...

Alargó el brazo hacia la mano de su hijo, pero Asger se recostó en la silla para evitar el contacto.

—Si hubiéramos sabido algo, te lo habríamos dicho.

—¿Qué me habrías dicho?

Ninguno de los dos respondió.

—Pero el problema no es ese —continuó—. Ya sé quién es mi madre biológica y dónde vive.

La conmoción de sus padres fue auténtica esta vez, y de pronto las lágrimas asomaron a los ojos de su madre.

—Vive en una granja en el norte de Selandia, a no ser que haya muerto. Llevo veinte años sin comprobarlo.

Se volvió hacia su padre.

—Pero tú ya lo sabías, ¿verdad? Sabías que la había encontrado.

Una vez más, Ingolf hundió la cabeza. Habló al medio minuto, y sin mirar a su esposa.

—Sí, creo que lo sabía. El día que llamaste por teléfono... en tu papel había un nombre de mujer, y fue algo después de haberte dicho que eras adoptado. Oí la conversación. Llamaste a Kongslund.

—¿Por qué me contasteis lo de la adopción?

Ingolf pareció sorprendido, porque la pregunta surgió de pronto.

—Ya lo sabes. Era lo correcto. Tenías que conocer la historia de tu vida.

—Pero ¿por qué me lo contaste en el Sanatorio de la Costa? ¿Por qué viajaste hasta allí y me lo contaste precisamente allí...?

Ingolf calló, mientras miraba con desesperación su vaso alto y delgado.

Kristine intervino otra vez.

—Los médicos dijeron que... Bueno, es que ellos lo sabían..., que tu enfermedad era hereditaria. No podíamos... Vamos, que tu padre y yo quisimos...

Se quedó parada.

—Me enviasteis a un hombre que pensaba que era mi padre, pero que me dijo que no lo era. Y luego volvió a casa, y en adelante fui un extraño. Y tú te quedaste en casa, escondida.

Para su asombro, Asger notó que brotaban lágrimas de sus ojos que por lo demás nunca lo traicionaban, y ni siquiera se humedecían en las noches de vigilia más largas, bajo las cúpulas del observatorio Ole Rømer. Se quitó las gafas y las puso paralelas a los cubiertos encima del plato, con uno de los cristales empañados apoyado en una berenjena a medio comer.

Sus padres adoptivos estaban inmóviles al otro



lado de la mesa, y a través de la neblina vio el rostro de Kristine como un pequeño sol amarillento, mientras el torso flaco de Ingolf se convertía en un vago contorno que casi se fundía con el respaldo de la silla.

—«Tu madre y yo no podíamos tener hijos...».

La voz de Asger repitió las palabras de Ingolf, aquella vez en el Sanatorio de la Costa, en voz baja, pero nítida.

Ninguno de los dos reaccionó. Parecían dos personas que habían visto un fantasma, y tal vez lo hubieran visto.

—Eso fue lo que dijiste: «Decidimos adoptar un niño. Es la mejor decisión de nuestra vida...».

El contorno borroso se levantó de la silla y avanzó hacia su campo visual.

—«Tu madre y yo siempre estaremos junto a ti...».

Divisó una mano que recogía sus gafas del plato.

—«Tenemos que hablar de ello. De hombre a

hombre. Te llamaremos por teléfono. El martes o miércoles».

La sombra volvió a colocar las gafas en su nariz; fue un movimiento extraño, íntimo, y la estancia recuperó los contornos nítidos dentro de las burbujas que eran sus lágrimas. El rostro de su madre voló sobre las berenjenas sin comer, soltando cuatro gotas cristalinas, y los cráteres negros que debían contener sus ojos y boca aparecieron en el ocular con bordes nítidos. Asger se dio cuenta de su terror.

Kristine atrajo a su marido hacia su lado de la mesa y lo estrechó con fuerza mientras poco a poco cerraba la boca para encerrar las palabras y dar a entender que no tenían respuesta. El momento más importante de su hijo nunca iba a ser explicado en aquella mesa.

Asger estuvo un buen rato callado, mientras digería la verdad.

—Creo que fue aquella rabia la que me hizo matar a Ejnar —dijo después—. Mi anhelo de...

Sabía que vosotros lo odiabais porque me ayudaba a investigar el firmamento y porque vivía en el observatorio. Lo odiabais, ¿verdad?

Sus padres estaban apretados, todavía abatidos, pero no respondieron.

—Él me quería. Y yo sabía qué iba a ocurrir, y dejé que ocurriera.

—Murió en el agujero —dijo de pronto Ingolf, dando un tono brutal a la última palabra.

La objeción era tan prosaica y singular que a Asger le entraron ganas de lanzarse al otro lado de la mesa y golpear una y otra vez aquel rostro difuso, hasta que algún punto débil cediera y se rompiera.

—No —aseguró—. Murió de añoranza.

Tanto Ingolf como Kristine debían de saber que la acusación más importante de su hijo iba dirigida a ellos, y al espacio donde habían vivido su vida en común.

—No queríais que lo frecuentara. No queríais que viajase con él. No queríais que me hiciera

como él.

Las últimas cinco palabras sonaron extrañas incluso para sus propios oídos, como si otro ser, lejano, hubiera hablado por su boca, y el sol amarillo de su campo visual se disolvió en un color más oscuro.

Kristine soltó la mano de su marido y gritó:

—¡No! Pero fuiste a juntarte con el único..., con el más..., con un chico que... con toda su..., ¡que tenía la cabeza llena de platillos volantes y todos los malditos planetas! ¡No iba a..., no iba a...!

El último tartamudeo se cortó por un violento ataque de tos, Ingolf asió el vaso alto y delgado y se lo alcanzó, pero ella lo derribó, así que cayó al suelo, donde milagrosamente rodó sin romperse.

Luego se echó de pronto a un lado y cayó junto al vaso, medio metida bajo la mesa, donde se puso a soltar largos sollozos, casi sin tiempo para respirar.

Un segundo más tarde Ingolf estaba arrodillado

junto a ella y le acariciaba el cabello. Una de las berenjenas sobrantes, aderezada con tomillo y chalotas, de alguna manera había aterrizado junto a ellos.

—Mira, mira lo que has conseguido —susurró Ingolf entre jadeos, y el reproche iba dirigido al chico que había traído tantos problemas a su hogar, en el corazón de aquel barrio cuyas calles se llamaban como los inmutables cuerpos celestes del cielo nocturno.

Asger se levantó de la silla. Los dejó tumbados en el suelo de la sala y metió sus escasos efectos en la bolsa de viaje.

Oía el susurro consolador de Ingolf y el sollozo continuado de Kristine cuando abrió la puerta de la calle y abandonó el lugar donde había crecido.

**E**l periodista observó a la mujer menuda de la

sala de techo bajo. Había llegado a Aarhus al mediodía, y luego tomó el autobús a Rønde.

A primera hora de la tarde siguió traqueteando por las colinas hasta los pueblecitos de Stødov y Helgenæs, y los últimos cientos de metros, a indicación del chofer, los hizo a pie.

Cuando llegó era casi hora de cenar.

Tuvo que golpear con fuerza la puerta baja, y después una ventana de la cocina cercana, para percibir movimiento en la casa.

Una mujer diminuta le abrió la puerta a desgana y lo hizo pasar. En la sala había figuras y objetos decorativos en todos los alféizares, y los muebles estaban cubiertos por una delgada capa de polvo que hasta alguien que vive solo como Knud Tåsing advirtió, y aquello le dio la sensación de haber penetrado en un mundo en el que nada se había movido durante décadas. El desagrado de Dorah Laursen por la visita era tan evidente que al principio Knud Tåsing no supo cómo empezar ni qué decir acerca del asunto que lo llevaba allí. No

acostumbraba a tener ese problema. La mujer se sentó en un gran sillón verde, en el que parecía una bola de polvo y pelusa de la descuidada sala. A la vez, daba la impresión de que lo hubiera estado esperando, y temido, y por eso estaba deseando que llegase el momento de que se marchara.

Sin duda, era verdad.

El periodista le dio una breve explicación de la carta anónima que lo había impulsado a buscarla, y se la enseñó.

—Por eso he venido.

Ella siguió sentada frente a él. Inmóvil. La carta no llevaba firma, y su único objetivo era dirigir la atención de Knud Tåsing hacia Dorah Laursen.

—¿Quién puede habérmelo enviado, señora Laursen?

Ella se limitó a menear la cabeza, pero Tåsing intuyó que escondía algo más bajo su temor.

—Pero ¿sabía usted... que iban a enviarla?

—No, hombre. —Su voz apenas era audible.

Tåsing se inclinó hacia ella.

—Pero ¿sabía usted... que yo iba a venir?

Ella siguió un momento inmóvil. Luego, de pronto, asintió en silencio y, para asombro del periodista, una gran lágrima brotó de su ojo derecho; rodó por la redonda mejilla y se detuvo en su comisura, donde se quedó extrañamente quieta, como una pequeña burbuja cristalina.

—Pero ¿cómo...?

Knud Tåsing dejó que la pregunta flotase en el aire. Ella no era una persona a la que fuera difícil sonsacar nada para un periodista con experiencia, pero la lágrima, por alguna razón, lo distrajo.

—Es que... él me llamó... —se excusó.

Knud Tåsing asintió con la cabeza, animándola, y la mujer aspiró hondo y dejó que una lágrima brillante como el cristal siguiera a la primera. Luego dijo:

—Llamó un hombre que dijo que podía ser muy peligroso que hablara con alguien sobre algo secr... Sobre...



—¿Algo secreto?

—Sí, porque era un asunto del Gob...

Se quedó estancada.

—¿Un asunto del Gobierno?

Ella hizo un gesto afirmativo.

—Peligroso ¿para quién?

—Para mí... o...

—Pero ¿qué es lo que sabe usted? —La pregunta era más directa de lo que era su intención.

—... mi hijo —añadió.

—¿Su hijo...?

Una tercera lágrima brotó del ojo derecho y siguió el camino de las anteriores.

—Porque él es también... de allí...

Se sorbió las lágrimas.

—¿De Kongslund?

—Sí. —Esta vez brotó también una lágrima del ojo izquierdo. Ella no le hizo caso—. Sí. Antes también me habían ayudado.

A continuación describió los acontecimientos

que solo había compartido con dos personas: primero con la visitante que dijo que se llamaba Marie Ladegaard, y después con su hijo, porque Marie Ladegaard insistió en que lo hiciera.

Relató a Knud Tåsing la singular historia de un niño pequeño que fue a buscar una mañana temprano de la primavera de 1961 una enviada desconocida del famoso hogar infantil de Kongslund, tras lo cual Dorah se arrepintió de su trato y amenazó a la directora para conseguir otro niño, que recibió en febrero de 1966, cinco años después de haber entregado el suyo en adopción.

Parecía un cuento, o una fábula de una mujer desquiciada, pero Dorah asentía con la cabeza todo el tiempo mientras hablaba, como para recalcar que lo que decía era cierto.

—Pero no tiene ninguna lógica.

El periodista estaba tan estupefacto como la anciana, lo mismo que le ocurrió a su primera visitante.

—¿Fue ella la que..., fue ella la que lo

desveló, aunque me prometió no decirlo nunca? — quiso saber Dorah—. Me prometió guardar el secreto si le contaba a mi hijo lo que había ocurrido. Y lo hice. Y a pesar de todo ella...

De pronto brotaron las lágrimas de ambos ojos, de una en una, deslizándose poco a poco por las mejillas como pequeñas canicas de cristal.

Knud Tåsing estuvo un rato observando las gotas brillantes que había provocado su presencia. Luego preguntó:

—¿Quién es ella...?

La señora mayor sacó un pañuelo, bastante pequeño y con rositas rojas bordadas en las esquinas.

—Marie Ladegaard. La hija de la directora.

—¿Ha estado aquí?

—Sí, vino aquí. Fue la primera a la que hablé de Lars..., de mi hijo. —Se sorbió la nariz con el pañuelito bordado delante—. Fue en...

—¿En 2001?

—Sí.

Lo miró a través del llanto y se sonó.

—Fue hace siete años, pero dijo que mantendría su promesa. Siempre.

Ahora dos torrentes de lágrimas brotaban de ambos ojos seniles, y terminaron creando un charco brillante en cada comisura.

—Pero entonces ¿dónde está su hijo hoy..., el hijo que entregó en adopción..., el hijo que dice que vinieron a buscar por la mañana?

—Eso nunca me lo dijeron. Claro que también me dieron otro.

Dejó el pañuelo en el regazo.

—Decían que solo tenía que olvidarlo todo.

—¿Porque le dieron a Lars?

—Sí. Solo tenía que esperar hasta la entrega.

Se sorbió las lágrimas.

—¿La entrega?

—Sí.

—Pero ¿dónde está Lars ahora?

Knud Tåsing planteó la pregunta sin verdadero interés. No veía cómo podía el hijo adoptivo de

Dorah tener algo que ver con el misterio de Kongslund. Lo más probable era que Dorah hubiera olvidado los detalles de una adopción que, por lo demás, fue normal.

—Es chofer.

—Pero no recordará nada, ¿no? De entonces...

Por primera vez, pareció algo aliviada.

—No, era muy pequeño.

Y así cometió el periodista más crítico del país el mismo error que el investigador experimentado y asesor de seguridad Carl Malle. No le hizo más preguntas sobre el tema.

No veía que en las respuestas pudiera ocultarse nada interesante.

Knud Tåsing preguntó por última vez:

—¿Y está usted segura de que fue Marie Ladegaard quien... la vino a visitar aquella vez..., en 2001?

Ella volvió a hacer un gesto afirmativo. Sí, eso sí lo recordaba.

Knud Tåsing se levantó y trató de no dejar

traslucir su enfado ante la anciana. Marie había vuelto a exponerlos a una ocultación más; una inexactitud pequeña, pero digna de atención.

Ese fue el problema que ocupó su mente en el trayecto de vuelta a Copenhague.

**Y**o ya estaba preparada para su cabreo y para las preguntas que iba a hacer.

Knud había tenido todo el viaje de vuelta para reflexionar sobre mis actos. Y yo había preparado cada respuesta, cada maniobra evasiva durante la noche; ahora o nunca. Una de dos: o daba por buenas mis respuestas, o si no quedaría al descubierto el verdadero motivo de que hubiera decidido mantener secreta la existencia de Dorah. Fue aquella idea la que hizo que pasara la mayor parte del tiempo de espera en la vieja silla de ruedas de Magdalene, sentada inclinada hacia delante, con los ojos cerrados, como solía estar

ella muchas veces. Tenía más necesidad de ella que nunca.

Knud llegó a Kongslund hacia la medianoche, y preguntó por mí en el momento en que se encontró en el vestíbulo, bajo la mirada de la mujer de verde. Una puericultora asustada subió a buscarme de inmediato a la Habitación del Rey.

Orla y Severin habían elegido una vez más la armonía del jardín, y yacían cada uno en una tumbona, como dos hombres recuperando el aliento tras una larga reunión llena de demasiados mensajes incomprensibles. Apenas hablaban entre ellos, y ni siquiera me habían preguntado por las últimas novedades del caso. Por la mañana me limité a decirles que no había nada nuevo. Se ocultaban del mundo, y yo los comprendía.

El periodista se quedó junto a la ventana de la sala que da al jardín y observó a los dos hombres dormidos en el césped. Al acercarme yo, se sentó sin decir palabra en el oscuro sofá de caoba tapizado de seda gris azulada y fue directo a la

pregunta central, sin andarse por las ramas.

—¿Qué está pasando, Marie? ¿Por qué diablos tenías que mantener en secreto tu visita a Dorah de hace siete años?

Estaba tan enfadado que su habitual discreto tono policial se evaporó ya desde los primeros segundos. Si Magdalene estaba cerca, o si me contemplaba desde su sillón del paraíso en lo Alto, yo no la sentía; aquel ajuste de cuentas iba a tener que hacerlo sola.

—¿Por qué lo mantuviste oculto? —repitió.

Me senté con cuidado en una de las sillas de anticuario de Kongslund y dejé caer el hombro casi hasta el brazo de la silla antes de soltar la primera de mis respuestas preparadas al detalle:

—Si te lo hubiera dicho desde el principio, habrías ido adonde Dorah. Y yo le había prometido protegerla.

Era una objeción verosímil, y me esmeré en mantener mi ceceo moderado, no tan violento como para irritarlo, pero esperaba que suficiente



para perturbar su famosa concentración.

—Pero nos lo podías haber contado sin darnos acceso a la fuente —arguyó—. Eso lo habría respetado.

Su objeción era tan lógica como había esperado yo.

—Sí —dije tras una breve vacilación, cuya falsedad esperé que no captara—. Pero entonces tú creías que el caso era actual, y yo no habría podido buscar a Dorah en tan poco tiempo. Era demasiado arriesgado.

Estaba enganchando la vieja mentira a la nueva.

Quedaba una explicación lógica, cuidadosamente preparada.

—Pero ¿después...? ¿Cuando reconociste ante nosotros que la carta de Eva no era reciente? —preguntó, y se calló.

Tomé el relevo.

—Entonces no pensaba ya en Dorah. No veo por qué debería seguir teniendo importancia.

Había acentuado mi ceceo, porque era justo entonces cuando iba a poner a prueba mi absurda explicación.

Por un breve instante, pensé que lo había conseguido. Entonces llegó la pregunta que había temido:

—Pero ¿cómo conseguiste el nombre de Dorah?

El periodista había estado esperando aquel momento.

Al principio no dije nada.

Se inclinó hacia delante y se concentró, listo para luchar, mientras observaba por encima del borde de las gafas a un ser extraño, pero interesante.

—Había otra carta, ¿verdad?

De mala gana tuve que admirar su sagacidad e intuición.

—Nos has mentado en todo, Marie, y lo has hecho con maestría. Pero de camino aquí de pronto me he dado cuenta de que... —vaciló un momento

— casi nada de lo que dices es verdad. Has vivido aquí demasiado tiempo.

Miró alrededor.

—No es de extrañar que hayas empezado a perderte entre la ficción y la realidad.

Sacudió la cabeza.

—Vives en un libro de cuentos, o tal vez en una fábula antiquísima.

No reaccioné.

—Nos dijiste que Eva no había incluido la carta a su hijo, la que le pidió a Magna que le entregara. Dijiste que se habría arrepentido. Pero no era cierto, ¿verdad?

Busqué bajo mi chal y puse una hoja de papel sobre la mesa. Era una acción inesperada, y tuve la satisfacción de ver la expresión petrificada de su rostro.

Era la tercera vez que me desenmascaraban, pero esta vez ya lo había previsto.

Levantó poco a poco el papel de la mesa y le dio la vuelta. Estaba escrito con letra menuda, por

ambas caras, y el material era tan fino que la tinta de las letras en algunas zonas había pasado al otro lado. Había estado siete años en el imponente secreter africano sin que nadie la encontrara, porque la guardé en el cajón superior, el del doble fondo. No tenía ni una mota de polvo.

Y, de alguna manera extraña, fue bonito oír la voz ronca por el tabaco del periodista leyendo las palabras de introducción, que yo había leído innumerables veces:

—«Hijito mío: Alguien ha querido que no nos conozcamos. Hace tiempo que me di cuenta de eso...».

Ví que el periodista necesitaba con urgencia un vaso de vino, y probablemente aún más uno de sus cigarrillos mentolados que Susanne jamás toleraría en Kongslund, a pesar de que Magna, en sus días de grandeza, solía llenar la sala del jardín con nubes de humo de sus puritos Bellman.

—«La señorita Ladegaard deseaba mantener tanto tu nombre como el de la familia adoptiva en

secreto. Era por consideración hacia nosotros dos...».

Y entonces encontró la explicación de la mujer menuda, Dorah Laursen, que me había exigido.

—«Solo cuando la amenacé con cancelar mi viaje y contar mi historia me enseñó el formulario de adopción con el nombre de una mujer que iba a ser tu madre adoptiva...».

Knud alzó la vista.

—Dorah Laursen.

Asentí en silencio.

—Por eso mantuviste oculta la carta de Eva a su hijo. Para que yo no viera el nombre de Dorah.

Leyó todo una vez más. Luego dijo:

—Pero eso no demuestra nada sobre el niño. Se lo quitaron antes de que pudiera verlo. Y Dorah no adoptó a su hijo Lars hasta cinco años después. No creo que mienta, no es de esa clase de personas. No entiendo la relación.

Tomé de sus manos el delgado folio con el importantísimo mensaje. Al fin y al cabo, era mío.

No se opuso.

—Creo que Magna nos ha llevado, también a Eva, por una pista del todo falsa —expliqué—. Dorah no tiene nada que ver con esto. Por eso no te conté nada. Porque no tiene ninguna importancia.

—Por supuesto que la tiene.

Empujó las gafas hasta la altura de los ojos y sacudió la cabeza:

—Entregó a Kongslund un niño por la misma época en que Eva dio a luz, en circunstancias muy extrañas. Podría ser incluso la misma...

—¿Podría Eva ser Dorah...? —apunté con voz sarcástica.

—No, claro que no —respondió, sin dejarse provocar—. Pero el chico... podría ser John Bjergstrand, ¿no?

—Sí —repliqué—. Pero ¿cómo iba a aparecer el hijo de Eva en un piso junto a la estación de Svanemøllen, con una madre que, además, estaba convencida de que lo había dado a luz?

El sarcasmo hizo que mi ceceo se acentuara.

Se levantó, se dirigió a la ventana y volvió a observar a los dos abogados durmiendo en el césped. Me daba cuenta de la frustración del cazador por sus hombros rígidos, pero no dije nada para sosegarlo.

Había dado mi última respuesta.

—No lo comprendo...

Los dos hombros se hundieron de forma visible. Ya había terminado.

—Nadie lo comprende —le ayudé. Mi ceceo era otra vez el habitual. Y respiraba con normalidad.

—Necesitaré la carta para hacer una fotocopia. Debe de haber alguna pista.

Le alcancé por segunda vez la delgada carta de despedida de Eva.

—Dorah —empezó vacilante— sabía que yo iba a ir. Le había telefoneado un hombre que la amenazó.

Se volvió hacia mí.

—¿Has dicho algo a alguien?

Sacudí la cabeza.

—Ni siquiera a Orla y Severin.

Se sentó en el sofá frente a mí.

—Pero Marie, llamé aquí cuando recibí el anónimo sobre Dorah e iba a ir a visitarla.

Palmeó la mesa con ambas manos.

—Estamos intervenidos. Kongslund tiene los teléfonos pinchados —aseguró, con un deje curiosamente nervioso en la voz.

Nunca había visto a Knud Tåsing tan lejos de su aspecto por lo general tranquilo y calculador.

De pronto se puso en pie.

—Hay que avisar a los demás.

Asió su maleta marrón de escolar y salió de la sala medio corriendo. Lo hizo de forma tan melodramática como cuando se enteró de la historia de los anónimos.



**T**elefoneé a Dorah. Era la única persona a la que sentía necesidad de avisar.

Pasado casi un minuto, respondió.

No había duda de que temía otra voz amenazante desde lo desconocido. Pero debía de pensar también en su hijo, que estaba mezclado en un asunto que ella, en su casa aplastada, no tenía posibilidad de desentrañar.

Cuando me presenté, la decepción fue tan evidente como el miedo.

—Sí. —No dijo más.

Fui directa al grano.

—Dorah, ve adonde tu hijo y habla con él. También él ha visto los programas sobre Kongslund. Es lo mejor que puedes hacer.

Ella oyó la mentira en mi voz. Yo hablaba de su seguridad, y el mensaje era: lárgate mientras puedas.

—¿Dorah...?

Pero no respondió. Seguro que en aquel momento estaba agazapada en la oscuridad gris, debajo de las hilachas de polvo.

—Ve adonde tu hijo, Dorah.

—Nunca debí decirlo.

Su voz sonó como un susurro en el receptor. Yo no sabía qué decir.

—Nunca debí decírselo a nadie.

—Pero alguien lo sabe, Dorah... ¡y lo ha sabido siempre!

La anciana no se daba cuenta del carácter de los secretos de que se había enterado. Me entró miedo de verdad.

—¡Ve adonde tu hijo!

—Pero...

—¿Qué?

—Es que se ha mudado a Copenhague.

Abrí la boca para formular mi última petición insistente, pero no me dio tiempo.

Cortó la comunicación.

Me quedé un minuto con el receptor en la mano antes de colgar.

Tal vez esperase alguna aportación del Más Allá, pero no llegó. Claro que no. Magdalene había dejado la escena a su sucesora. Y los juegos a los que juega la gente acaban casi siempre descontrolándose. En aquel momento me daba cuenta de ello mejor que nadie.

**E**stábamos sentados en la terraza, ante la puerta de la Sala de Recién Nacidos, y una de las puericultoras servía té con rosco de vainilla, el postre preferido de Magna.

Peter Trøst había llegado justo después de la alarmante advertencia de Knud Tåsing, y los dos periodistas estuvieron un rato largo a los pies de la colina, bajo las doce hayas, muy juntos.

Yo los había observado desde la ventana de la Sala de las Jirafas, donde estaban los niños

mayores, y su frustración era evidente. No podían hacer nada, e incluso a distancia sus rostros reflejaban impotencia cuando volvieron sin prisa hacia la casa.

Dejé que mis invitados bebieran el té, y aunque lucía el sol en un cielo completamente azul, la sensación de ser anfitriona, que nunca había experimentado antes, me puso la carne de gallina en ambos brazos, y oí un extraño zumbido en los oídos. Me sentía igual que la vez que tiraba de la cadena oxidada de mi elefante con ruedas japonés por los pasillos del hogar infantil, y la puericultora que me encontró en los escalones de entrada gritó: «¡Vaya, aquí está Marie viajando por el mundo con su mejor amigo, el Elefante!». No lo dijo con mala intención, pero fue una frase sin pensar e infinitamente estúpida. «¡No olvides volver a casa para cenar!», gritó.

Tiré de un chal de lana color verde bosque, que Gerda Jensen me regaló cuando cumplí dieciocho años, para cubrir mi hombro torcido, y

esperé la primera palabra. De aquella mesa no iba a levantarme ni a desaparecer, y era una sensación extraña, enervante, que casi paralizaba mi capacidad de pensar. Sentía una añoranza desesperada por Susanne o Asger, para que intervinieran y pusieran fin al silencio; no mejoró el ambiente de la terraza que Orla Berntsen, por primera vez, estuviera sentado frente a los dos periodistas que durante años lo habían incordiado cuando era el principal solucionador de problemas del Ministerio Nacional.

Su balbuceante saludo de bienvenida terminó con un sorbido de nariz, y luego un silencio total. Tomaba el té nerviosamente, y algunas de las valiosas gotas se derramaron por su mentón.

—¿Es verdad que el ministerio hace escuchas a la gente?

Fue Knud quien tomó la palabra al fin. Hizo la pregunta directamente a Orla, en tono acusador.

Severin acudió al instante en ayuda de su amigo recuperado.

—Por supuesto que no. Al menos no con el consentimiento de Orla o de otros altos funcionarios. Eso te lo garantizo. Deben de ser los métodos de Carl Malle; trabaja con independencia del ministerio, y en este momento están desesperados buscando a Orla.

Severin había recuperado algo de su viejo espíritu combativo durante los dos días de descanso casi ininterrumpido en el césped ante la entrada de Villa Kongslund. Había incluso hablado amablemente con un par de chicos de dos años que, montados en sus triciclos, hicieron ochos en torno a él y a Orla durante una eternidad.

Peter habló.

—Por lo que me han dicho en el ministerio y en la Policía, no buscan a Orla. No de manera oficial.

Había en su voz cierta jovialidad.

—Pero por otra parte dicen también que si alguien sabe algo, debe decirlo. Con discreción.

Sonrió, como para recalcar lo absurdo de la

petición.

—Si me están buscando, me entregaré a las autoridades, por supuesto; no tengo nada que ocultar —dijo en voz baja Orla. Pero después se sorbió la nariz, y el sonido del miedo que lo había perseguido siempre desmintió la última parte de la frase.

—Resumamos esta representación en la que hemos aterrizado, sobre todo gracias a Marie —propuso Knud, y sacó un bloc naranja de espiral de la maleta marrón de escolar que estaba junto a él sobre las baldosas de la terraza.

Las tres o cuatro hojas cuadriculadas estaban escritas con anotaciones ilegibles, y las ojeó un momento, como si las palabras hubieran salido de entre las páginas y hubieran desaparecido. Las gafas se balanceaban en la punta de la nariz. Luego encontró al parecer lo que buscaba, y dijo con cierta solemnidad:

—En pocas palabras, el asunto Kongslund se compone en este momento de los siguientes

hechos: en 2001 Marie recibió por error la carta que debía haber recibido Magna. La había escrito una mujer llamada Eva Bjergstrand, que poco después viajó a Dinamarca, donde murió de repente. A Eva la encontraron en una pequeña playa al norte de Bellevue, es decir, bastante cerca de Kongslund. Su muerte coincidió con el atentado terrorista contra las Torres Gemelas de Nueva York, y por eso no había mucha gente que hubiera oído hablar del caso. Con anterioridad, Marie había investigado parte de la historia de la vida de Eva y sobre todo de su hijo John, que fue entregado en adopción en circunstancias muy extrañas y después desapareció.

Pasó a la siguiente página del bloc. Ni él ni Peter habían tocado sus tés; no era un brebaje que se viera en grandes cantidades en las redacciones con respeto hacia sí mismas, y la brisa del estrecho trajo a la mesa un vago olor a vino de tetrabrik.

—Luego Marie retrasó la continuación de la



investigación —añadió, e hizo una pausa de reproche de un segundo—. Nada menos que siete años.

Chasqueó la lengua, irritado.

—Al acercarse el sesenta aniversario de Magna, Marie volvió a sacar la vieja carta y reanudó la investigación del enigma. Tal vez creyeras que debías a Eva un esfuerzo renovado, puesto que al fin y al cabo fue culpa tuya que la carta nunca llegara a Magna. Ni a nadie.

Volvió a observarme con aire de reproche por encima del borde de sus gafas.

—Solo quería estar al tanto —me disculpé, y oí lo estúpido que sonó en aquel momento. Pero nadie reaccionó.

—Como ya conocías los nombres de los siete niños de la Sala de Recién Nacidos en 1961, puesto que eras una de ellos, enviaste a los cinco chicos un anónimo días antes del gran aniversario, ya que sabías que el mejor asilo del país para niños necesitados durante medio siglo iba a ser el

centro de atención. Adjuntaste los cuatro efectos que tenías disponibles: una fotografía de Kongslund, una fotografía de los siete bebés en las Navidades de 1961, una copia del formulario de adopción con el nombre de John Bjergstrand, y finalmente un par de calcetines de bebé que encontraste aquí, en el desván de Kongslund.

Knud Tåsing hizo un movimiento con la cabeza para señalar el erguido caballete del tejado de la villa.

—Lo hiciste todo tan dramático y llamativo como pudiste, incluso escribiste sus nombres y direcciones tras recortar cientos de letras de una revista que hablaba de tu llegada a Kongslund y pegarlas en los sobres, de modo que todo tenía un aire de novela de Agatha Christie. Igual de melodramático.

Knud Tåsing estaba llevando a cabo una venganza verbal.

—No tenía ni ordenador ni máquina de escribir —me defendí—. Y no me atrevía a

escribir a mano.

Noté que la rabia imponía a mis labios un ceceo violento. Knud quería dejarme como una aficionada, para poder hacer él de Hércules Poirot.

Severin, quien, al contrario que el periodista, estaba especializado en existencias extrañas, se quedó mirándome con atención, como si yo fuera uno más de los seres perdidos sin salvación de una de sus largas columnas de misiones fracasadas. Percibí su escepticismo.

Knud sacudió la cabeza y reanudó su monólogo.

—Marie, sabías que al menos dos periodistas iban a ver tu singular mensaje melodramático y, por si acaso, en la carta a *Fri Weekend*, informabas de que Orla Berntsen tenía una copia en el Ministerio Nacional. Sabías sin ninguna duda que iba a reaccionar en cuanto lo viera, porque conocías mi historia, mi duro conflicto con Almind-Enevold y Orla Berntsen.

Incliné la cabeza y deposité mi sombría mirada impenetrable en el fondo del líquido verde oscuro que tenía ante mí. Orla alzó un momento la mirada de su taza, pero luego volvió a sumirse en el silencio.

—Y entonces empezó a ir todo mal, o bien, según el temperamento. Porque fue sorprendente el pánico con que reaccionó el Ministerio Nacional. Debemos suponer que fue el propio apellido, Bjergstrand, lo que hizo que alguien del ministerio convocara de inmediato una reunión de urgencia e incluso llamara al mayor apagafuegos de todos, Carl Malle. Tu tiro al azar dio en el blanco, Marie. Y en aquel momento Peter y yo supimos que había algo que investigar.

Enrojecí sin querer como una niña de diez años, noté que la sangre me subía por el cuello y se transmitía desde mis hombros torcidos hasta mi frente. Me asustó que después de todos mis años en compañía de dos mujeres extraordinarias, que nunca elogiaban ni condenaban a nadie, pudiera

reaccionar de forma tan incontrolable.

Pero Knud no le prestó atención.

—Y de alguna manera, Marie, aquel miedo tuvo consecuencias desastrosas. Lo cierto es que ahora nos encontramos con la muerte de tu madre de acogida, tras haber recibido la visita de un desconocido, y acaba de añadirse el enigma de Dorah Laursen, que no debería tener nada que ver con el caso, pero que por alguna razón sí guarda relación. Así que ahora, por fin, creo que Marie se ha desahogado. Sobre todo con el último documento, que ninguno de vosotros ha visto antes. Solo hace una hora que lo tengo.

Se inclinó otra vez a la derecha y, con gesto exageradamente lento, sacó una carpeta amarilla de la desvencijada maleta escolar. Dominaba a la perfección las maniobras dramáticas de su gremio.

La carpeta amarilla contenía cuatro fotocopias de la carta de Eva al hijo que nunca había visto. Con gesto solemne, depositó en la mesa tres ejemplares frente a Peter, Orla y Severin, se

guardó otro para sí y me devolvió el original.

—¡Gracias! —exclamé, como una tonta.

Puso la suya sin ninguna solemnidad sobre su taza de té, que no había tocado.

—En este papel está la clave. Es el epicentro del caso; son estas palabras que nunca llegaron a su destino, y que hicieron que Eva volviera a Dinamarca, al país que llevaba cuarenta años sin ver, cosa que está claro que no debería haber hecho.

Acercó los dos folios a las gafas delgadas.

—Esta carta está sin duda escrita a uno de vosotros, de los niños de Kongslund que estáis en la mesa, o a alguno de los tres que no están presentes, pero llegarán esta noche o mañana por la mañana. Susanne y Asger están con sus padres, en La Franja y en Jutlandia; en cuanto a Nils, llevo varios días tratando de ponerme en contacto con él, pero no responde al teléfono. Bueno, seguiré intentándolo. Seguro que está hablando con sus padres; razones no le faltan.

Acentuó un poco la palabra *razones*, como para protestar una vez más por mi manera brutal de desvelar la adopción.

—¿Y por qué mencionas a Susanne?

Era Peter Trøst quien preguntaba.

—Al fin y al cabo, tenemos el formulario, donde consta que el niño entregado en adopción era un chico. John Bjergstrand es nombre de chico —continuó en tono algo ingenuo.

—Es verdad —aceptó Knud Tåsing—. Pero en este momento no quiero excluir a nadie de la Sala de los Elefantes, de este lugar tan misterioso y extraño.

Knud Tåsing se medio volvió hacia las puertas del jardín, a unos metros de nosotros.

—Magna tenía un control total sobre la información que acompañaba a los niños que llegaban del Hospital Central: sus motes, sus fechas de llegada, sus períodos de permanencia, y puede que incluso más cosas. Y no voy a descartar que pudiera...

Se calló y nos dejó fantasear sobre las hipotéticas acciones turbias de Magna, más turbias de lo que habríamos podido imaginar. Orla Berntsen puso una mano sobre la otra, y pareció que trataba con todas sus fuerzas de clavar los dedos a la mesa, mientras se concentraba en la información de Knud Tåsing.

—No hay razón para creer que mi madre no es mi verdadera madre —argumentó. Su voz sonó como la de un niño, terca y triste a la vez, y vi que sus muñecas temblaban, mientras un pulgar estaba doblado hacia atrás en un ángulo casi imposible. Cualquiera diría que el jefe de Gabinete tenía un calambre en la articulación.

—¡No tienes ni puta idea, tampoco sobre tu madre! —cortó con brutalidad Knud Tåsing, y la vieja agresividad saltó hacia su antiguo enemigo, que palideció al momento. Orla tenía la mano izquierda medio oculta bajo una servilleta azul con el monograma de Kongslund, pero vislumbré que sus dedos estaban allá en lo oscuro y se ponían



rígidos por la furia.

Severin, que había sido un parachoques viviente entre innumerables solicitantes de asilo y las autoridades danesas de inmigración, se levantó para defender al hombre que sentó las bases de la mayoría de sus incontables derrotas; fue un espectáculo curioso. Un gesto asombroso que era a la vez de orgullo y autohumillación. Estoy segura de que ninguno de los psicólogos entrados en años y fumadores de pipa de mi infancia habría conseguido jamás explicarlo.

Pero el abogado de refugiados no llegó a decir nada, pues fue el alto funcionario de extranjería cesado quien habló.

—Muchas veces sucedía que madres solas en circunstancias difíciles llevaban a sus hijos a Kongslund para una temporada.

Lo dijo con tono sosegado, y casi podían oírse en sus palabras las formulaciones mil veces repetidas por su madre.

—Sí, tal vez —concedió Knud—. Y perdona.

Perdona mi salida de tono, Berntsen. Es lo que pasa, que no podemos estar seguros de nada.

—Yo estoy seguro.

Orla se recostó y se llevó la servilleta hasta el regazo. Desde las profundidades se oyó una serie de crujidos de huesos.

Si los demás lo oyeron, hicieron como si nada.

Knud abandonó la zona peligrosa y cambió de tema.

—De todos modos, la reacción del ministerio ante la carta de Marie demostró que el ministro nacional estaba metido en algo, cosa que la carta de Eva confirmaba. El otro día me tomé la molestia de ir a la Universidad de Copenhague en busca de información sobre aquellos tiempos, y escuchad: Ole Almind-Enevold estudió Derecho, como sabemos, pero era extraño lo poco que había en los archivos sobre aquel período. No obstante, encontré una anotación de su Facultad, con fecha de 1959, acerca de un proyecto de colaboración entre la Universidad de Copenhague e Instituciones

Penitenciarias bajo la dirección de un abogado recién licenciado. Tendría unos veinticinco años. Iba a escribir una tesis sobre los problemas que representaba para la población reclusa femenina el derecho a la maternidad, y en aquella época debió de ser un tema relativamente extraño, muy anterior a que la condición femenina entrara con fuerza en las agendas políticas. El hecho de que la iniciativa fraguara dice algo sobre la obstinación y buenos contactos del Rey Absoluto. Según una nota que no encontré bajo el nombre de Ole, sino en un anuario editado por el jefe de departamento, el joven abogado había desarrollado la atrevida teoría de que la prisión prolongada dañaba a las mujeres mucho más que a los hombres, a pesar de que las mujeres en aquellos tiempos no recibían penas tan largas como los hombres por los mismos delitos. Enevold sostenía que ello se debía a que las reclusas no tenían posibilidad de seguir el instinto femenino primigenio más profundo: la experiencia de la maternidad. En su opinión, aquello era

demoledor, y por eso, en el fondo, asocial y discriminatorio. Recordad que para entonces ya era miembro del gran partido social, y por lo visto reparó en la coincidencia entre su teoría, algo maniática, que sin duda se debía a su propio matrimonio sin descendencia, y un tema políticamente contundente que lo haría atractivo para al menos la mitad del censo: a saber, las mujeres.

Se produjo un largo silencio en torno a la mesa. Probablemente todos pensábamos en el poderoso hombre que dominó desde joven una mezcla de lo más moderna de cinismo y compromiso social en la que los ideales también servían a su propia carrera.

Tras un minuto en el que nadie dijo nada, Knud Tåsing retomó el hilo:

—Así que creo entender lo que sucedió. Ole nunca tuvo hijos, es un hecho mencionado en numerosas semblanzas periodísticas, y está claro que no era porque lo quisiera así. Al contrario. Es

protector del hogar infantil más famoso del país, y sí, se trasluce que el compromiso se debió a la infertilidad de su mujer. Por aquella época, 1960, es un joven con éxito, que avanza tanto en el campo jurídico como en la política, casado con una mujer guapa y muy admirada. Pero... no puede darle la única cosa que desea él de todo corazón: descendencia. Un hijo. El joven licenciado frustrado se centra después, como un fanático, en la maternidad, y diseña su proyecto de investigación con ese espíritu, y en la cárcel conoce a la joven Eva, la mujer inocente pero culpable, que en aquel momento no es más que una niña, probablemente virgen, debemos suponer.

Knud Tåsing hizo una pausa, como si aquella fuera una cuestión importante, y dijo:

—Solo tiene diecisiete años cuando conciben a su hijo común.

Vi que el relato hechizaba a todos los presentes en la estancia; incluso a Orla, que ahora estaba recostado en su silla con las manos juntas

tras la nuca y había conocido al acusado durante media vida. Ya no se sorbía la nariz.

—La deja embarazada, cosa que es tanto una catástrofe como una bendición para el joven abogado. Por supuesto que quiere tener el hijo. Y creo que es lo primero que pensó. Recordad que llevaba años soñando con tener un hijo, y que incluso hoy en día es presidente de la asociación Acceso de los Niños a la Vida, que lucha por la mayor limitación del aborto libre. Aquella desgracia es, de alguna manera extraña, una gran oportunidad para él. Ahora puede tener el hijo que siempre ha deseado, por un canal discreto y oculto, siempre que Magna quiera ayudarlo. Eso es decisivo, claro. Y así es como Eva termina en la sección B de Maternidad del Hospital Central, donde una noche da a luz a su bebé. Los únicos testigos presentes, los que de hecho vieron al niño llegar al mundo, ya están muertos. La estudiante para comadrona con la que he hablado no estuvo en el paritorio y apenas sabe nada. El bebé

desaparece de la vida de Eva en brazos de Magna, eso lo sabemos por la estudiante, y luego Ole organiza el indulto de la chica y financia su viaje al lugar más lejano del planeta que podía imaginarse entonces, es decir, Australia. Como en los cuentos más crueles, la condenan a cien años de destierro.

Knud Tåsing calló un momento.

Y pese al talento del periodista para el melodrama, no hubo nadie que pestañease.

Todos creímos su relato.

—¿Y el chico...?

Al final, Orla no pudo evitar plantear a su antiguo enemigo la pregunta difícil, pero de vital importancia.

—Sí. ¿Qué creemos? ¿Qué creéis vosotros? Yo ya sé lo que creo.

Todos se inclinaron hacia el periodista, tan seguro, cuya fatídica metedura de pata en uno de los mayores casos criminales del país estaba en aquel momento olvidada por completo.

—Creo que el Rey Absoluto se subió al coche, fue a Kongslund y trató de adoptar a su propio hijo —aseguró Knud—. Quería al chico. Eva estaba lejos. Había vía libre.

Algo parecido a un suspiro colectivo se elevó en la suave brisa veraniega y se trasladó hacia el estrecho.

Luego se oyó la seca voz de abogado de Severin.

—Pero hay un problema. Porque a día de hoy no tiene hijos.

—En efecto. Porque algo salió mal. Algo debió de salir mal.

—Así que... Magna le ayuda al principio, y el bebé desaparece con discreción del Hospital Central y es llevado a Kongslund sin que nadie haya hecho nada ilegal. —Peter Trøst puso ambas manos sobre la última carta de Eva, casi como si fuera una reliquia que se debía proteger contra nuestro impulso de descubrir sus secretos—. Lo único anormal es que esa madre no es una chica



relativamente inocente y anodina, sino algo muy diferente. ¿Es a eso a lo que te refieres? Es una joven asesina. Pero los ayudantes de Ole tiran de los hilos y hacen un trato. Le quitan el bebé y a ella la envían tan lejos como pueda imaginarse. Pero ¿por qué diablos no terminan la maniobra para que Ole pueda adoptar a su hijo?

Fue una vez más Knud quien acudió con la primera propuesta.

—Una de dos: o porque estamos equivocados y no quería al chico, o si no, y es lo que me parece a mí, fue su esposa quien no quiso el niño. No quiso adoptar. Para eso hacen falta dos. Y no es difícil imaginar lo que ocurrió; porque entonces Magna se habría quedado aterrorizada de pensar que la menor señal de su modo ilegal y escandaloso de obrar pudiera filtrarse al exterior. Por eso separa a Ole del niño, borra todas las pistas del niño y lo esconde con eficacia entre el resto de niños de la misma edad de Kongslund. Y finalmente lo entrega en adopción a una familia

desconocida de algún lugar de Dinamarca.

Knud Tåsing miró a los tres hombres, uno a uno.

—Søborg..., Rungsted... o tal vez Aarhus, ¿quién sabe?

—¿Y pasa por alto el formulario que Marie encontró en Asistencia a la Maternidad?

Era otra vez Severin. Procediendo.

—Sí. Es el único fallo. Todo el mundo los comete. Pero, por lo demás, Ole no puede desvelar nada ni encontrar a su hijo; esa explicación se corresponde punto por punto con lo que presenciamos en la fiesta de aniversario. Su extraño discurso melodramático sobre la añoranza...

Knud Tåsing asintió en silencio, casi ceremonioso, en dirección a Severin.

—Habló de Magna como «la reina de la añoranza», y justo antes de brindar, dijo algo así como: «También yo albergo una añoranza, Magna, y es una añoranza que solo tú sabes de dónde

procede, y que solo tú puedes mitigar». Todos creímos que era una declaración de amor, y que habían estado enamorados de jóvenes; pero tal vez estuviéramos equivocados. Podría resultar que lo que expresó, de hecho, fuera pura rabia.

Severin carraspeó, como habría hecho ante la Comisión de Refugiados antes de exponer su argumentación decisiva que facilitara a su cliente el acceso a la tierra prometida, algo ceremonioso y con la distancia que incontables derrotas habían impreso a su voz.

—Pero... ¿quién fue a visitar a Magna poco después del aniversario... el día que murió? ¿Sería Enevold?

Lo dijo en tono burlón, como si una acusación así contra la segunda autoridad del país fuera algo disparatado.

—Tal vez. O tal vez otra persona...

Knud Tåsing sacudió la cabeza y cambió de tema.

—Yo esperaba reducir las opciones cuando os

pedí que vinierais con los nombres de vuestras madres biológicas. Confiaba en que alguno de vuestros padres adoptivos hubiera guardado la información recibida en el momento de adoptar. Pero ahora creo que Magna lo destruyó todo. Porque sabía que Ole iba a intentar buscar a los siete niños de la Sala de los Elefantes. Y siete niños, todos ellos indocumentados, eran un camuflaje que iba a ocultar todo. Por supuesto, podemos confiar en que Susanne y Asger encuentren algo; o Nils...

De pronto se volvió hacia mí.

—Porque ese es tu candidato, ¿no?

Me sobresalté, consciente de mi culpa. No había dicho nada durante el largo relato del periodista.

—Lo único que sé... —empecé a decir, pero callé al instante.

—Cuéntanos lo que te dijo Gerda... sobre Nils —me animó.

Mis hombros se hundieron más que nunca.

Pero tenía que continuar la historia que puse en marcha hacía tanto tiempo.

—Visité a Gerda en 2001 —comencé, sin mirar a ninguno de los presentes—. Fue después de recibir la carta de Eva.

Estaba extrañada de lo claro que estaba hablando.

—Me dijo que hubo en la Sala de los Elefantes un chico, a quien las puericultoras llamaban Pequeño John... —sonreí de pronto, y a los demás debió de parecerles fuera de lugar—... porque era muy pequeño. Fue el único niño al que no pude vigilar durante los años que anduve...

Mi voz desapareció en el fondo de la garganta, y me callé, a un pelo de desvelar la singular manía que tuve en mi niñez de vigilar y espiar a los únicos compañeros de mi infancia. Pensé en las minuciosas anotaciones sobre su vida que estaban guardadas en mi armario de limonero: descripciones de los padres adoptivos, de sus amigos, de su nueva vida, y todo tipo de recortes

de sus carreras de adulto. Asger, nombrado director del observatorio Rømer; Peter, la estrella de la nueva cadena; Orla, el temido jefe de Gabinete del Ministerio Nacional; Severin, en uno de sus momentos de derrota cubiertos por la prensa; Nils, el fotógrafo de guerra... Y Susanne, la sucesora de Magna.

Me ruboricé por segunda vez en pocos minutos.

—¿Los años que anduviste...?

Fue Peter Trøst quien hizo la pregunta lógica. Con curiosidad, pero con una mirada sorprendentemente amable. Era el hombre más guapo que había visto en mi vida.

—Cuando quise encontrar a John Bjergstrand —respondí con vaguedad.

Mi evasiva sonó casi como un ceceo, pero, aunque parezca extraño, tuvo en ellos un efecto tranquilizador. Reconocieron sin duda mi tendencia al ceceo.

—Presioné mucho a Gerda —continué—. Es

una mujer a la que le cuesta una enormidad mentir, y aquel día me dijo al final que el niño al que llamaban Pequeño John por las aventuras de Robin Hood lo había adoptado la familia de un vigilante, que vivía en una casa pobre del barrio de Nørrebro, en Copenhague. Era algo fuera de lo habitual. Normalmente, una familia así nunca, pero nunca, habría sido reconocida por el sistema de Asistencia a la Maternidad. Se habría considerado demasiado pobre y su casa de mala calidad, por lo que una vida así habría sido demasiado peligrosa para el niño.

Subí el tono de voz para recalcar la cuestión más importante.

—El nuevo padre de Nils se llamaba Anker Jensen —terminé.

Knud Tåsing se inclinó hacia delante, y su torpe movimiento hizo volcar una taza. Pero no se dio cuenta.

Solo necesitó siete palabras para apuntalar su argumento.

—O sea, el padre de Nils Jensen.

Y luego susurró la continuación, de forma que todos pudieron oírlo.

—El vigilante nocturno de Nørrebro.

—Sí —confirmé.

En la terraza de lo alto de la Costa del Infierno, el ministro nacional giró la cabeza poco a poco y miró a Carl Malle, que había dormido en el anexo de los invitados y en aquel momento estaba dando cuenta de un grandioso desayuno tardío servido por su silenciosa anfitriona. Fue Carl Malle quien diseñó los planes que habían naufragado de forma tan catastrófica que los amenazaban a los dos.

Llevaba casado cinco años con Lykke cuando se dieron cuenta de que nunca iba a quedarse embarazada. Entonces la chica presa se quedó embarazada, y él propuso a su mujer que podían adoptar a un niño de Kongslund, con un solo plan



en mente: si Lykke estaba de acuerdo, iban a poder adoptar al hijo de Eva sin que su esposa supiera que el padre era él.

Era diabólico y también diabólicamente lógico.

Pero Lykke titubeó, pues la intuición le decía que los hombres engañan, y recibió sus repetidas propuestas en silencio, y aquel fue el período más terrible de la vida de Ole, porque el niño ya había nacido. El famoso hogar para recién nacidos solo esperaba la decisión de los dos. El hijo de la condenada por asesinato nació en secreto en el Hospital Central, y Magna lo trasladó a Kongslund, y el plan de Carl Malle de convencer a Lykke para que adoptara les pareció a los tres confabulados muy sencillo. E incluso lo correcto para el niño, puestos a razonar desde la moralidad.

La Nochebuena de 1961 volvió a preguntárselo, insistente, a los postres, y en aquel momento Lykke tuvo un ataque de furia de una virulencia como no le había visto nunca. A

continuación Lykke le comunicó su decisión sin levantar la cabeza, con la vista clavada en los motivos navideños del mantel que ella misma había bordado, y dejó claro que no quería volver a oír la palabra *adopción*. Si la presionaba más, iba a abandonarlo y a contar a los que preguntasen que el hombre que todos los daneses admiraban como el luchador por la libertad más joven de la resistencia y el político más prometedor de su generación había sacrificado a su esposa porque no había sido capaz de darle un hijo de un año para otro.

Ole se dio cuenta enseguida de que había perdido la partida, porque así era la moral en aquellos tiempos.

Aquello sería un golpe terrible para su carrera, y ni siquiera podía presentar pruebas de que era ella la culpable de su desgracia común.

Más tarde, mientras cantaban salmos de forma rutinaria —Lykke, como siempre, con voz cristalina—, Ole estuvo a punto de soltar la

sentencia irrevocable: «¡Eres tú la que llevas la infertilidad en tus entrañas!». Lo sabía desde año y medio antes, desde que Eva se quedó embarazada. Pero la sentencia iría acompañada de la revelación que él temía más que cualquier otra cosa y, claro, no podía contarle el resto de la historia. No podía hablarle ni de la chica de la cárcel ni del niño que estaba ahora al cuidado de Magna. Aquel relato iba a desencadenar un escándalo de enorme alcance, y lo más seguro era que lo detuvieran.

—Si solo hubiéramos... —empezó, pero no terminó la frase, allá en la terraza del norte de Selandia.

—Sí. Si solo hubieras... hecho entrar en razón a Magna —explicó Carl Malle, que se daba cuenta de lo que pasaba por la mente de su compañero de lucha—. Pero eso es algo que nadie ha hecho nunca. Incluso Dios debe de estar cansado de su... habilidad organizativa... Si es que ha sido lo bastante necio para dejarla entrar.

El ministro nacional no respondió a la impertinencia. Había contado a Magna la decisión irrevocable de Lykke tres días después de la fatal cena de Nochebuena; estaban en el despacho del primer piso, a puerta cerrada, y él se dio cuenta del terror de la ambiciosa directora al pensar en el peligro en que los había puesto la decisión de su mujer. Magna se quedó mirando al estrecho con una mirada que no dejaba lugar a dudas acerca de su propia decisión. Iba a borrar las huellas de su atrevida maniobra lo mejor que pudiera; el niño debía abandonar Kongslund con el mismo sigilo con el que había llegado, y cualquier resto de su identidad iba a borrarse con la eficacia que caracterizaba a la admirada directora del famoso hogar infantil. Revelar lo que había ocurrido iba a costar a Magna la obra de su vida, y miles de destinos naufragados no iban a ser reparados con el entusiasmo al que tenían derecho. Por supuesto, ella no podía dejar que ocurriera tal cosa.

El ministro nacional se daba cuenta de que

Magna había previsto lo peor, y que tenía un plan de urgencia preparado desde que el niño nació en el Hospital Central. No cedió ni una sola vez a los ruegos de Ole para ver al niño que la chica había dado a luz en secreto en la sección B de Maternidad. Se negó a ceder hasta que la adopción estuviera completada, y fue tan implacable como cuando cualquier madre o padre biológico le imploraba piedad en los casos en que después se arrepentían de su decisión de entregar al niño en adopción. La consideración hacia el niño era lo más importante, y Magna había percibido desde el principio la resistencia de Lykke, aunque Ole tratara de banalizarla.

—Si no consigues convencerla de que adopte, hay que proteger al niño —fue lo que dijo—. Es el principio inalterable de este hogar. Ningún niño entregado en adopción debe llegar nunca a la situación en que sus padres biológicos lo busquen, a menos que así lo desee. Y esa decisión no pueden tomarla hasta ser adultos.

Sonó como una voz del prólogo de la memoria anual sobre la obra de Asistencia a la Maternidad. Pero nunca permitió a Ole ver al niño. Y en el momento en que se produjo el rechazo, se obstinó más aún.

Ole no tenía medios para convencerla. No podía engatusarla ni amenazarla, porque cualquier fleco del escándalo del que formaban parte ambos iba a hundirlo hasta el fondo. Y entonces nunca podría ver a su hijo.

Aquella noche en Kongslund, se levantó y bajó las escaleras, y ella lo dejó hacer. Ole, en medio de su pesar, había comprendido que su propósito debía de estar condenado a muerte; de lo contrario, ella lo habría detenido. Así pues, continuó escalera abajo y pasó junto a la mujer de verde que cien años antes se enamoró de otro hijo ilegítimo, el rey Federico VII, a quien siguió hasta la tumba.

Ole abrió la puerta de la Sala de Recién Nacidos con tanto cuidado como pudo, para no

despertar a los niños dormidos —los «niños elefante», como los llamaba con un deje de sentimentalismo—, y entró. Una lámpara de noche de color verde iluminaba la estancia, y estuvo un rato acostumbrando su vista a la débil luz. Miró alrededor; había cuatro camitas junto a la pared del norte, y otras cuatro en la del sur, mientras su corazón latía a un ritmo que habría inquietado a un hombre de más edad. Sabía tan poco de bebés que no podía ni distinguirlos por su sexo mientras observaba sus rasgos faciales. Por eso se agachó sobre ellos, uno a uno, y buscó los pequeños rasgos que tal vez fueran un reflejo de los suyos: la forma de un ojo, la curvatura de una nariz... Pero no encontró nada que lo convenciera. Uno de los niños tenía el pelo negro y largo, posiblemente sería una chica, y pasó a la cama siguiente, donde otro elefante azul dejaba caer la trompa hacia el rostro dormido, como si fuera a proteger al niño del hombre que se inclinaba sobre la cama. Aquella noche había siete niños en la sala, y la

última cama, la octava, estaba junto a la ventana, vacía, tal como la recordaba muchos años más tarde. Los siete niños le parecieron casi iguales, aparte de pequeñas diferencias en el color y la longitud del pelo, y sintió una furia violenta hacia la mujer que decidía sobre sus vidas, y cuya decisión no podía hacer cambiar.

Magna llevaba un tiempo en la puerta cuando él se dio cuenta de su presencia.

—Vamos, márchate —dijo Magna, como si fuera un conjuro de los tiempos en los que la superstición reinaba en la Tierra.

Era una sentencia de muerte, formulada en voz baja, contra la esperanza que pudo abrigar, y en aquel momento, de hecho, Ole sintió ganas de matarla. Lo más probable es que solo lo refrenara la idea de que entonces iba a perder la última oportunidad de ver alguna vez a su hijo.

Aquella noche creyó que el análisis y la planificación le darían al final lo que deseaba. Pero Magna, por razones que él no comprendía,



nunca quiso ceder a sus presiones.

Estaba sentado a la mesa, sobre la niebla matutina de la pequeña bahía de su propio Infierno, dándole vueltas a un plan que ni Carl Malle conocía. Cuando fuera primer ministro, iba a ordenar que se hiciera la prueba del ADN a todos los chicos sobre los que se inclinó aquella noche: Asger, Severin, Orla, Peter y Nils. En 1961 aquella técnica aún no existía, aunque hubiera podido convencer a Magna, y la primera vez que pidió a Carl Malle —que todavía estaba en la Policía— que mandara hacer las pruebas lo mejor que pudiera, no se llegó a ningún resultado. La técnica era demasiado reciente y estaba sin probar, fue lo que le dijeron los técnicos. Después Carl se negó en redondo a hacer otro intento; pensaba que era demasiado peligroso. Ya no estaba en la Policía, y tendría que implicar a muchos más, que se extrañarían de la petición y de la investigación, y el riesgo de vincular al político más popular del país con el mayor secreto que pudiera imaginarse

era demasiado grande.

Pero nadie podría rechazar una orden del jefe de Gobierno. Y aquello sí que podía hacerse en secreto, como un asunto de Estado del que solo sabrían la primera autoridad del país y el médico que hiciera las pruebas. Estaría en terreno seguro.

Y de ese modo, por fin, encontraría al niño que había perdido. A su hijo.

Así fue como la propia vida, la continuación de su estirpe, concurreó en una furiosa carrera con la muerte; es decir, la del primer ministro.

Era de la máxima importancia que el hombre sentado en el trono más poderoso del reino muriera antes de poder dar la orden fatídica de cesar a su ministro nacional por la deshonra producida por el estúpido asunto del chico tamil. Si el Destino no ayudaba cuando se necesitaba su esfuerzo atento y oportuno, era difícil de comprender su legitimidad en asuntos terrenales.

U nos minutos después de la medianoche llamaron a la puerta del anexo sur. Era la misma puerta de la cocina que la puericultora Agnes abrió la mañana en que encontraron al bebé abandonado y se creó todo aquel revuelo.

El vigilante nocturno abrió la puerta; era Asger, que había tomado un taxi desde la Estación Central hasta Kongslund. No tenía aspecto de haber tenido un viaje tranquilo tras un día armonioso. Probablemente había pensado en la escena de la sala del barrio de los astros desde que tomó el tren después de pasar veinticuatro horas casi sin moverse de una habitación de hotel con vistas a la torre de la catedral.

Los demás se habían acostado, así que preparé un té, que llevé a la sala del jardín, donde estaba sentado con los ojos cerrados y las manos juntas, como si estuviera rezando.

Me habló de su visita a la casa donde había crecido. Del abandono que pidió a sus padres que reconocieran, y de su reacción. Sonaba como si estuviera pidiendo perdón.

Me quedé atónita.

—Has guardado en tu interior esa rabia durante todos esos años, y de pronto la superas en unos segundos, tras lo que te vas sin más, e incluso sientes mala conciencia para con quienes son los culpables de todo. Habrá pasado algo más, ¿no? Las cosas no pueden terminar como una estúpida discusión durante una cena... con *berenjenas*.

No sabía por qué utilicé la palabra como una acusación.

—No sé por qué salió así, Marie. Pero ahora ya lo he dicho, y tal vez ellos piensen también en eso. Mi padre era un maestro fantástico, sobre todo para los alumnos más flojos.

Asger me miraba casi con obstinación. Era absurdo.

—Era capaz de identificarse con todos los

problemas. Daba cursillos a otros maestros sobre cómo tratar a los niños más difíciles, a los que nadie quería. Era la bondad personificada.

Asger calló.

—Perdona —se excusó—. Igual estoy diciendo tonterías.

Después salimos de la sala y me siguió a la Habitación del Rey, donde por lo demás solía estar sola.

Se quedó vacilante en la puerta. Lo esperé de pie, junto a la ventana, hasta que decidió entrar en el cuarto. Nos quedamos un rato en la oscuridad, sin tocarnos, mirando el cielo sobre la isla de Hven. Me sacaba casi dos cabezas.

Tal vez fuera su pesar por la visita a sus padres adoptivos, que había abandonado en el suelo, debajo de la mesa, en el barrio de los astros; o tal vez fuera tan solo su cercanía física la que me inquietaba. Le ofrecí que se sentara en mi silla de ruedas y empleara mi catalejo, que estaba fijado al brazo de la silla y perteneció al viejo

monarca antes de que lo heredase Magdalene.

Sus largas piernas se plegaron sobre el estribo, y tuvo que agacharse mucho para ponerse al nivel del ocular. Miró fijamente a la oscuridad.

—Es muy bonito, Marie —dijo.

Sonó como si hubiera dicho: «Eres muy bonita, Marie». Pero, por supuesto, aquello era una fantasía, como habría dicho Magdalene, de la peor especie.

Luego desvió el catalejo un poco hacia arriba.

—Veo la Osa Mayor y su nube...

Nunca había estado tan cerca de mí.

—Siempre..., siempre he suspirado por...

Me puse rígida.

—Andrómeda —terminó.

Fui soltando aire poco a poco.

—Creo que las personas no deberíamos acercarnos demasiado a las últimas verdades —dijo Asger—. La ciencia siempre ha creído que en cada momento sabía todo lo que había que saber aquí en la Tierra, pero nunca ha sido cierto,

¿verdad? Tal vez hasta la muerte va a resultar algún día ser la puerta a la vida eterna, como sostienen los creyentes; lo que pasa es que no somos capaces de registrarlo con nuestros instrumentos científicos. Tal vez un buen día se demuestre que al final eran los sacerdotes y los creyentes en Dios quienes tenían razón, y no los científicos.

Asger sonrió.

—Pero de todas formas te agradezco que me guiaras hasta mi madre biológica aquella vez. ¿Tenías el expediente?

El cambio de tema fue tan brusco que en aquel segundo decidí decir la verdad, y aquello iba a ser de lo más insólito.

Asger sintió al instante el fantasma que atravesó la Habitación del Rey, y se volvió hacia mí. Tenía una intuición impresionante.

Aspiré hondo, una sola vez, mientras esperaba la frase que no tenía ni idea de dónde buscar. Luego hablé.

—Retiré todos los expedientes del despacho de Magna ya cuando tenía diez u once años. Están en un lugar secreto, pero da igual, porque en los expedientes no había nada en absoluto sobre los padres biológicos... o sobre tus padres biológicos. Nada de nada. Toda la información había desaparecido.

Estaba saltando hacia territorio desconocido.

Él se levantó de la silla de ruedas, que rodó un par de centímetros hacia atrás sobre las viejas ruedas.

—¿No ponía nada?

—No.

—Pero mi madre... —Se detuvo ante la palabra, y vi que el pánico asomaba en el borde de su mirada.

—No —repetí, implacable—. No era tu madre. Sencillamente, encontré a una mujer que por aquella época había dado en adopción a un niño por medio de Kongslund, un chico, pero no eras tú.



La súbita confesión me hizo cecear con tal fuerza que Magdalene debió de oírlo desde allí arriba, en su Espacio Celeste entre las nubes. Pero no se apresuró a ayudarme, como en los viejos tiempos.

—También di una vez a Severin un número de teléfono, cuando llamó a Kongslund para buscar a sus padres. También era falso.

—Pero durante todos estos años he...

Volvió a estancarse.

—Sí. Me ocupé de que viviera en aquella granja, cerca del viejo observatorio, para que entendieras todo. Porque sabía que lo apreciarías.

Los ojos de Asger todavía no revelaban ninguna rabia tras los gruesos cristales; solo un profundo asombro.

—Me ofrecías todo cuando te visitaba, sin reservas. No es de extrañar que deseara darte una madre biológica que fuera mejor que ninguna otra, y que además era vecina del observatorio más famoso de Dinamarca.

—¿Cuando me visitabas?

—Sí —respondí. Ya no había vuelta atrás—.

En el Sanatorio de la Costa. Me ofrecías toda la galaxia, y la galaxia vecina, y todas las historias que contabas, poder ir a visitarte a tu casa alguna vez. Pero nunca fui, claro.

Asger se quitó lentamente las gafas, de todas formas no valían para nada en los segundos en los que la comprensión de mis palabras salió zumbando de la oscuridad. Creo que en el último instante buscó refugio en una nube tan prieta como la Vía Láctea o tan lejana como su querida Andrómeda; pero, por supuesto, era demasiado tarde.

—¿La chica ciega... eras tú...?

Por alguna razón, formuló la frase en presente.

—Sí. Es decir... Por supuesto que no estaba ciega, solo era un disfraz. Era mi excusa delante de las enfermeras, para que me dejaran entrar. Santo cielo, venía del Instituto para Ciegos, era una pobre ciega solitaria.

Agaché la cabeza, y volvió el ceceo, en tal medida que ni yo misma entendía casi las palabras.

—Seguramente estaba ya algo loca entonces; tal vez loca de añoranza por estar con alguien..., con algunos de los que había conocido. Los únicos.

—Pero ¿cómo supiste dónde estaba? ¿Cómo pudiste encontrarme allí?

Asger volvía a parecer casi atónito. Lo más probable es que lo entendiera ya, pero se resistía a la verdad más que nunca.

No respondí. De todas formas, mi ceceo habría vuelto incomprensibles incluso palabras sin esos.

—Dios mío —dijo al final—. ¿Nos has seguido a todos? ¿Nos has...?

En aquel momento era incapaz de encontrar las palabras adecuadas para describir mis extraños actos.

—¿Espiado?

—Susanne te visitó también —contraataqué.

Hablaba sin escucharlo. Era una de mis artes.

—¿Qué pasa con ella? —Estaba ya muy desorientado.

—¿No habrías hecho cualquier cosa por ella?

Vi que para entonces Asger había perdido el hilo, porque claro, pensar en Susanne producía aquel efecto en él.

—Porque ella te abandonó, pero yo estuve allí cuando me necesitaste. Eras un chico que estaba triste. No eras un científico que lo controlase todo. Mirabas el mar y el cielo, y al final vino alguien a consolarte. ¿No es eso lo que importa?

—Dios mío —repitió, él, que de hecho solo creía en cosas medibles y visibles.

—Lo que hizo fue muy peligroso —expliqué.

—¿Lo que hizo...?

—Sí. Susanne. La mañana que soltó los pájaros. Nunca debió hacerlo. Sostiene que no fue ella, pero sí que fue. No hay otra explicación lógica.

Asger no dijo nada.

—Anteayer, antes de marcharse para visitar a sus padres adoptivos en La Franja, me habló de su madre. Me dijo: «Aunque no era más que mi madre adoptiva, nos parecíamos en algunas cuestiones decisivas: el mal genio, la rabia. A Samanda debía defenderla de mí alguien que fuera tan fuerte como yo. Por eso se aferraba a mi madre. Mi padre era demasiado débil. Creo que los tres temían lo que ocurría en mi interior, y solo esperaban la catástrofe. Y luego se escaparon los pájaros». Esas fueron sus palabras.

Susanne estaba de pie junto a mí en los escalones de piedra, mientras esperaba al taxi. Me habló en susurros, para que solo yo lo oyera, y con su rostro pegado al mío.

«Yo ya lo sabía —continuó Susanne—. Cuando me marché de allí, ya sabía para quién iba a ser más duro, aunque nadie llegara a formularlo. No para Josefina ni para Anton, sino para Samanda, por supuesto. Porque ya era culpable. Ella resultó ser la legítima, mientras que yo era la ilegítima, la

proscrita. Empléé toda mi infancia en hacer que se sintiera culpable, porque lo percibía de forma inconsciente, como hacen los hijos adoptivos. Cuando por fin se supo la verdad, no me perjudicó a mí, sino a ella. Y Josefina lo vio, pero demasiado tarde. El día que llamó a mi madre de verdad “una puta de Hamburgo” no me perjudicó a mí, ni a sí misma o a su marido, sino a su hija».

Me quedé casi paralizada en los escalones de Kongslund hasta que se marchó, porque no me cabía la menor duda de que tenía razón.

Y así llegó la cuestión final, pero no conseguía reunir valor para contar a Asger lo de Samanta, que se ahogó en el estanque.

«Yo le hablaba muchas veces del estanque cuando éramos pequeñas —explicó Susanne—; que sería nuestro último recurso si las cosas se ponían feas, y que fue allí donde una vez vi un rostro de una niña pequeña abajo, en la oscuridad, en la profundidad, en la paz y tranquilidad que solo existen ahí. Incluso describí que estábamos

juntas, bien adentro en el estanque, como dos pequeñas pulgarcitas que un día saldrían al mundo navegando en la misma hoja de nenúfar».

Susanne me dirigió una mirada extrañamente brillante.

«Pero en una hoja de nenúfar no entran dos, ¿verdad? Esa es la clave del cuento, ¿no? La falsa Pulgarcita irá al fondo, mientras que la verdadera flotará. Y es que yo ya sabía cómo terminaba, pero Samanda nunca había salido de allí. No tenía ni idea de las barbaridades que existen..., toda la maldad que impera en el mundo. Y se ahogó en el lago, como siempre supe que ocurriría».

**L**a casa-caja de bombones se alzaba entre las colinas como lo había hecho durante las cinco generaciones en que fue propiedad de los Ingemann, la familia que ahora se llamaba Ingemann Jørgensen, tras el matrimonio de Anton

con Josefina.

Los dos ancianos estaban sentados a la sólida mesa de madera tras el edificio principal, en su habitual silencio casi ininterrumpido. Era como si hubieran sellado un pacto para seguir viviendo juntos, por razones que solo ellos podían saber, empleando el mínimo de palabras. Sobre todo hablaban de quehaceres prácticos, y eran capaces de pasar una hora comiendo las cuatro rebanadas de pan de centeno con embutido y queso que componían su almuerzo, sin hablar para nada entre ellos.

Su hija Susanne llegó, sin avisar, en taxi desde el pueblo, y estuvieron dos noches cenando sin hablar, los tres, aunque tanto Anton como Josefina, cada uno en su espacio silencioso, tenían la sensación de que su hija quería decirles algo. Era como si el largo silencio fuera la antesala de un suceso sobre el que ninguno de los dos se atrevía a pensar. Si sabían algo de lo que contaban los periódicos y las televisiones sobre el asunto



Kongslund, no lo dejaron entrever.

Desde el entierro de Samanda, más de tres décadas antes, la hija que les quedaba los había visitado unas pocas veces. Como mucho, cada tres o cuatro años, y al parecer solo porque seguía queriendo a su padre, a quien no se parecía, pero con quien había, pese a todo, sentido la única forma de seguridad infantil durante los años en que Josefina y Samanda se unieron cada vez más una a la otra. Nunca se quedaba más de una noche.

Almorzaron el tercer día, y en lo alto de una colina verde oscuro que se veía desde la mesa de madera tras el edificio principal estaba la delgada cruz blanca que señalaba la última morada de Samanda.

Tendría como un metro de altura, no más, y, como siempre, fueron las hábiles manos de Anton las que amarraron las dos delgadas tablas de abedul pintadas de blanco con un pedazo de cable de acero pintado también de blanco, al igual que construyó en otra época la pajarera en la que

vivieron los doce canarios cantores de Josefina y Samanta. Y el décimo tercero.

Susanne recogió la servilleta de su regazo y la depositó ante sí en la mesa. Luego señaló la cruz y rompió el largo silencio.

—No fue ella quien rompió mis cosas — comunicó.

Anton dejó el tenedor, y después el cuchillo, pero no dijo nada. Josefina parecía petrificada en medio de un movimiento, aunque Susanne no la vio moverse desde que se sentaron a la mesa. Comía cada día dos rebanadas de pan de centeno con salchichón, otra con paté y una rebanada de pan de trigo con queso, cosa que llevaba haciendo desde que, en su temprana juventud, preparó por primera vez el almuerzo para sí y para su marido. En aquel momento las cuatro rebanadas estaban intactas ante ella.

—Todos creyeron que era ella, pero no lo fue.

—¿No fue... qué?

Fue Anton quien, vacilante, formuló la

pregunta a su hija.

—Fui yo quien hizo los destrozos aquella vez... en la escuela. Fui yo quien destrozó mi bici, y fui yo quien hizo que os compadecierais de mí. Fui yo quien cuidó de que Samantha cargara con la culpa, aunque nadie se atrevía a decirlo en voz alta, porque nadie podía probarlo. Incluso vosotros, que estabais cerca, creísteis que fue ella. Todos creyeron que fue ella.

Josefine había puesto ambas manos sobre la mesa, con las palmas hacia abajo, y desvió la mirada de quien hablaba, mientras meneaba un poco la cabeza, como para ahuyentar las palabras. Daba la impresión de que estaba sentada con la mirada dirigida hacia la cruz solitaria de lo alto de la colina, como si, cosa absurda, esperase que llegara de allí un desmentido a la estremecedora revelación de Susanne. Pero solo se oyó el sonido del viento del fiordo entre los robles que rodeaban el pequeño estanque donde desapareció Samantha.

—No sabemos de qué hablas —cortó Anton.

Muy pocas veces incluía a su esposa en sus observaciones personales, hablando en primera persona del plural, lo que revelaba la cantidad de energía que tuvo que emplear en la réplica.

—¿Quiénes son mis verdaderos padres? —preguntó Susanne.

—¿A qué te refieres? —intervino Josefina.

—¿Quién es mi madre, la de verdad, a la que llamaste «una putilla de Hamburgo»?

Susanne miró a los ojos a Josefina, que tenía la mirada clavada en el cielo sobre la colina y meneó la cabeza otra vez, muy poco, de modo que un extraño tal vez no lo hubiera advertido.

—Traté de buscar a mis padres de verdad cuando murió Samanta, pero no los encontré, porque toda la documentación ha desaparecido.

Susanne se volvió hacia su padre.

—¿Dónde están?

—Nunca hemos tenido ningún papel; solo sabemos lo que nos dijo la directora, que no fue casi nada.

Susanne lo creyó. Nunca le había mentido.

—Es por tu culpa.

Fue Josefina quien habló de pronto, todavía sin volver la cabeza, y por eso no podía saberse si la acusación estaba dirigida a Susanne o a quien había sido su marido durante medio siglo.

—¿Es por mi culpa? —respondió Susanne—.  
Mírame, madre. ¿Es por mi culpa?

—No me parece el momento adecuado... —  
empezó a decir Anton, pero era demasiado tarde.

Josefina se volvió hacia su hija, y las palabras surgieron con claridad de aquella boca que, por lo demás, hablaba tan pocas veces.

—Tú me la quitaste.

—¿Te refieres a Samanta... o a *Afrodita*, el estúpido pájaro? ¿Te acuerdas de la vez que cagó aquel huevo enorme? Estuve tres semanas tronchándome de risa. Ahí empezó todo.

Josefina emitió un quejido y cerró los ojos. Su marido estaba junto a ella, callado y con la boca abierta.

—Ahí empezó todo, madre, con los pájaros, y fuiste tú quien los trajo, y ya sé qué simbolizaban.

—De todas formas ¡no debiste soltarlos! —Era Anton quien habló de pronto, mientras a la vez ponía su manaza en el brazo de Susanne—. Pero no importa, hace mucho que te perdonamos.

—¿Que me perdonasteis? —Una expresión de asombro se deslizó por el rostro de Susanne—. ¿Perdonar, qué?

—Lo de los pájaros.

De pronto, el hombre vaciló.

—Porque fuiste tú, no pudo ser Samanda.

Se calló y pareció más desconcertado que nunca. A su derecha, Josefina seguía inmóvil frente a las cuatro rebanadas intactas.

Susanne se inclinó hacia ella.

—¿Vas a contarle la verdad, o lo hago yo?

Josefine no se movió.

—¿La verdad?

La voz de su padre sonó algo temblorosa. Hacía tiempo que debería haberse refugiado en el

aire fresco de la granja.

Con un movimiento súbito de su mano izquierda, Josefina empujó su plato, que cayó de la mesa, y una rebanada con una delgada capa de paté aterrizó en el regazo de Anton con la parte del pan hacia abajo. Este lo recogió con un singular movimiento mecánico y volvió a depositarlo sobre la mesa.

—¡Fuiste tú quien los soltó! —gritó Josefina—. Fuiste tú quien... ¡Si no hubieras odiado tanto a tu hermana, jamás habría ocurrido!

—En cierto modo es verdad, madre; los solté. Pero de todas formas fuiste tú. Bien lo sabes. Aquella mañana... te vi. Te oí bajar las escaleras y te seguí. Te vi abrir la puerta de la jaula y abrir la puerta de la cocina, y luego volver a la cama. Fuiste tú; todos estos años he estado pensando por qué.

—¿Fuiste tú quien soltó los pájaros?

En aquel momento Anton pareció tan desamparado como el día en que su mujer le

notificó en el patio de la granja que estaba embarazada y que lo mejor sería devolver a Susanne. Pero, en lugar de dejar que la conmoción lo llevara a hacer la característica maniobra de evasión que Susanne había visto tantas veces y abandonar su cuerpo hasta que quien hablaba desapareciera, llevándose consigo el desagradable mensaje, se quedó sentado y asió con fuerza a su mujer por las muñecas.

—¿Fuiste tú quien soltó los pájaros?

—Sí —dijo Susanne desde el otro lado de la mesa—. Cuando su favorito, *Afrodita*, murió, descargó su terrible venganza en todos nosotros, y al mismo tiempo se castigó a sí misma. Así es como cualquier psicólogo en su primer año de práctica en Kongslund habría presentado la cuestión.

Josefine miró el mantel y observó el lugar donde había estado su plato.

—Creo que Samanda se dio cuenta de que fuiste tú. Lo presintió. Y entonces se asustó de



verdad. Creo también que descubrió tu otro secreto, madre: el que yo siempre he sabido.

—¿Secreto? —Anton, una vez más.

—Que Samanda no es hija vuestra. Es solo tuya, ¿verdad, madre?

Por un momento se hizo un silencio absoluto, y se oyó el viento entre las copas de los robles en torno al estanque. Luego Josefina dio un chillido enorme y de un tirón soltó su brazo de la presa de Anton, y el repentino movimiento hizo que los vasos de la mesa volcaran.

Anton no reaccionó en aquel espantoso instante. Tal vez había abandonado ya a su esposa e hija y estaba ya algo más allá, encima del patio, observándolas. O tal vez se le adelantara su mujer.

—Sí —confirmó Josefina, con una voz más enérgica que la empleada durante años—. Sí. Adiviné que fui yo quien soltó los pájaros. Y entonces le conté todo. Cómo se alegraron su padre y su hermana de la terrible enfermedad de *Afrodita* y la llevaron al bosque para retorcerle el

cuello y echarla a un agujero donde nadie la encontraría jamás. Y tuve que tranquilizarla diciéndole que no tenía parentesco con vosotros.

—¿Le contaste a Samanda por qué la querías a ella y no a mí?

Josefine agachó un poco la cabeza al oír la repentina frase directa, algo así como si hiciera una reverencia permaneciendo sentada, pero su voz era firme y extrañamente clara.

—Me habría ido con él —confesó.

—Te habrías ido con quien amabas entonces, pero no lo hiciste.

—Conté todo a Samanda, que probablemente no..., que no era quien pensaba. Y que me habría ido con él si no fuera por... Si...

Se calló.

—Si hubieras tenido un mínimo valor —terminó Susanne.

Josefine rompió a llorar.

Anton no se movió. Su rostro permaneció en una inmovilidad total en aquellos segundos.

Susanne se levantó.

—Vaya vida. Primero das a luz a Samanda basada en una mentira, como un hijo natural secreto, luego yo la aterrorizo con mi vandalismo y mis historias de navegar por el estanque, y luego tiene una madre que le dice que no es..., que no es hija de su padre, sino de otro, de un charlatán trotamundos que hace tiempo que se fue y nunca va a volver. Y a quien no te atreviste a seguir ni hasta la puerta del jardín.

Josefine volvió a responder con un gemido, algo más alto que el primero.

—Y tenía un padre que nunca se enteraba de lo que pasaba.

Era Anton, que de forma milagrosa volvió a su cuerpo mortal y se volvió hacia su esposa con una frialdad que nadie habría atribuido al hombre tranquilo que fue el pilar inamovible de la quinta generación de aquella granja.

—Me habría ido con él —susurró Josefine.

Susanne se acercó otro paso y se inclinó hasta

quedar a la altura de la cabeza de su madre.

—¿Te quedaste embarazada queriendo, madre?

Antes de que nadie pudiera oír la respuesta, Anton se levantó de la mesa.

—No puedo quedarme aquí.

Las cuatro palabras surgieron lentas, con cierta vacilación entre las sílabas, pero con tal claridad que todos entendieron que era una decisión de la que nunca iba a echarse atrás. No iba a volver a sentarse frente a su esposa, ni siquiera en absoluto silencio ininterrumpido.

Susanne me dijo después que Josefina nunca respondió la última pregunta.

Se quedó sola sentada a la mesa, vuelta como siempre hacia el horizonte. Después de haber oído el relato, no creo que viera a su esposo e hija abandonarla, y en el fondo tampoco creo que le importara mucho. Estaba sentada exactamente igual que cuando la vi por primera vez, hundida en el mar de sombras, en el banco, bajo las varas de avellano, con la mirada vuelta al sur, escuchando

un mensaje que solo ella oía, y que recibía con un característico meneo de cabeza.

Y así seguía ahora, al oscurecer en la franja de tierra que fue una vez maldita por un rey.

## DERRUMBE

*29 de junio de 2008*

*De alguna manera, siempre pensé que Susanne sería la primera de los niños de la Sala de los Elefantes que se derrumbaría por la presión, tras lo que desvelaría todo lo que nadie más debería saber.*

*Debí haber sabido que su pasado la había endurecido para cargas mucho mayores. Y debí prever que el derrumbe vendría de otra parte, y antes de que nadie llegara a reaccionar.*

No había un solo rostro en la sala que no sonriera, y la mayoría de las sonrisas parecían más amplias que nunca, aunque por lógica deberían estar cuarteadas, convertidas en muecas nerviosas, o algo peor.

Más de mil personas, altos jefes, técnicos, periodistas y celebridades invitadas, estaban hombro con hombro en el enorme salón de actos de la planta baja del Gran Cigarro, y a media tarde, cuando el entusiasmo alcanzó su apogeo, apenas quedaba sitio para levantar las copas, a lo que obligaba cada una de las incontables peticiones de brindar, de lo cerca que estaban entre sí los participantes en la fiesta. Más de uno había derramado champaña en quien tenía al lado, sin que ello apagara las sonrisas, y el Catedrático inició el acto con la lectura de un telegrama que acababa de recibir de Presidencia del Gobierno

unos minutos antes.

«Deseo a Channel DK el mejor de los futuros», fue lo que escribió desde su lecho el jefe de Gobierno, moribundo pero indomable, y puede que las palabras fueran algo ordinarias y poco imaginativas, sin resonancias de una auténtica convicción, pero ni siquiera eso logró enfriar el acalorado ambiente. El Catedrático había insistido en celebrar a lo grande el éxito logrado por el programa itinerante de cobertura nacional, que unió a los daneses en torno a los nuevos conceptos visionarios de la cadena de televisión, para que todos pudieran ver con sus propios ojos lo bien que funcionaban.

Peter Trøst se colocó lo más atrás posible en la sala, y trató de no prestar atención a los gritos de júbilo que recibieron al hombre de la tribuna. Saludó con la cabeza, tan cortés como pudo, a los que lo rodeaban para felicitarlo. En un grupo de invitados célebres estaba su antigua esposa —la segunda—, que tras solo tres meses de matrimonio



fundó la asociación Esposas de Hombres Famosos. No sabía si seguiría existiendo.

Incluso viendo al Catedrático vestido de gala y de un humor festivo inmejorable, Peter Trøst no tenía duda de que su jefe había pensado despedirlo a causa del escándalo provocado por el caso Kongslund. Esperaría unos meses, por supuesto, después del éxito logrado por la serie de programas itinerantes, en los que Peter fue la indiscutida atracción principal; pero no cabía la menor duda de que iban a despedirlo. Primero irían marginando a la achacosa estrella de la televisión de las pantallas y de sus funciones de jefe y relaciones con la prensa; luego, el Catedrático lanzaría a otra estrella con alarde de medios, y, para cuando la gente empezara a protestar o a levantarse de los sillones, la antigua estrella estaría olvidada. Así era como funcionaba el mundo, a ambos lados de la pantalla.

La verdad era que la antes tan exitosa cadena de televisión estaba al borde de la quiebra. Aun

así, se encontraban en el salón brindando y sonriendo, y dentro de poco iban a bailar y cantar a los sonos de la gran banda de Channel DK hasta la medianoche, como si nada hubiera pasado.

Entonces el Catedrático se dirigió a la tribuna de orador, con su querida pipa en la mano derecha, y soltó el discurso más extraño de la corta historia de la cadena de televisión.

—La duda —empezó—. La duda mata a personas y cadenas de televisión. Es el único agujero en la coraza de la evolución que tiene alguna importancia. La falta de autoestima es el mal que la mayoría contrae en ese proceso que llamamos infancia, antes de que puedan protestar, y esa es la dolencia más peligrosa entre nosotros.

Ya con eso, la gente se extrañó. La pipa sobresalía de la barba, y basculaba arriba y abajo al ritmo de las palabras, lanzando de vez en cuando brasas a los lados.

—Los años más importantes los hemos confiado a personas casuales y a menudo

imprevisibles, nuestros padres, con su infierno incontrolable de arrebatos emocionales y traumas de su propia infancia, y por eso crecemos todos retorcidos e inadaptados, seres a medio hacer, con esa duda interna que nos acompaña hasta el fin de nuestros días.

La última palabra terminó con una tos que hizo que el jadeo del pecho retumbara en el equipo de sonido, y Peter Trøst se preguntó si el Catedrático había subido borracho, o semiborracho, a la tribuna.

Desde luego, no le faltaban razones para pensarlo.

Escupió un chorro de jugo de tabaco sobre las bonitas baldosas de mármol, cosa que tampoco había hecho nunca, y aquello marcó un bajón momentáneo, que hizo que todo el grupo de colaboradores, e incluso los invitados más conocidos, no supieran qué hacer con sus pies.

—Por eso, los que dirigimos la imagen mediática y escogemos la información debemos

dominar una simple habilidad de la que nadie debería avergonzarse. —El Catedrático pasó la mano por la corbata a rayas finas que terminaba en medio de su tripa—. A saber, la capacidad de amarnos a nosotros mismos. ¡Es el único amor que significa algo! ¡La eliminación de toda duda!

La muchedumbre aplaudió con vacilación. El director de la cadena hablaba como si se hubiera bebido una palangana de jugo de cactus con colas de serpiente venenosa o ingerido un puñado de setas alucinógenas, pensó Peter. Luego, para terminar, gritó:

—¡Si ese amor se marchita, volveremos a los padres que nos pasaron todas sus malditas psicosis!

Los colaboradores lo miraron, paralizados.

Sin darse cuenta, el Catedrático había pisado con uno de sus lustrosos zapatos el jugo de la pipa, y bajo el estrado los asistentes a la fiesta eran como un solo cuerpo que temblaba casi sin control. Varios de los invitados más distinguidos

ya habían abandonado la estancia.

—¡Es así de fácil! —gritó el Catedrático.

Luego bajó vacilante del estrado y, para gran alivio de todos, salió del salón. Pasados unos minutos, varios de los jefes, compañeros de Peter, se pusieron a gritar entusiasmados, y al poco toda la masa con ganas de fiesta volvió a formar una sola unidad sonriente, esperanzada.

El extraño discurso estaba prácticamente olvidado.

A la mañana siguiente los trabajadores, que habían ocupado su lugar en el hormiguero con resaca y movimientos lentos, se enteraron de la súbita enfermedad de la estrella de la televisión.

Peter Trøst había pedido ayuda desde su camarote de jefe, en la novena planta, porque no podía levantarse. Era temprano por la mañana. No sentía las piernas.

Al grupo de fisioterapeutas y médicos pedidos por la dirección se le añadió una serie de especialistas en ortopedia del Hospital Central,

pero nadie entre ellos pudo descubrir nada que explicara el fenómeno. Al final, el jefe de servicio de más edad propuso que debía de ser algún virus extraño, y lo transfirió a la unidad especial para infecciones desconocidas potencialmente mortales.

El Catedrático, que se había recuperado solo a medias de su enorme borrachera y del extraño discurso, del que no recordaba una sola palabra, se desplazó en la limusina del Cigarro hasta el hospital, por guardar las apariencias. Iba a ser una suerte inmensa poder librarse de la admirada estrella por una razón tan evidente: ya no podía caminar y, por tanto, no podía participar en el trabajo diario.

En honor a las enfermeras presentes, dijo con voz desbordante:

—Ostras, Trøst, ¿qué diablos has pisado?

Se suponía que era un saludo jovial entre hombres, pero la estrella de la televisión, tumbado en la cama, no dijo nada. A falta de una idea mejor, los médicos le habían puesto una dosis de

morfina tan elevada que encerró la conciencia del famoso paciente en una profunda oscuridad durante las siguientes doce horas.

**S**oñé otra vez con Nils Jensen, y supe en sueños que todavía no se había atrevido a hacer a sus padres la estremecedora pregunta, pese a que era decisivo hacerlo para esclarecer el asunto Kongslund. Lo vi ante mí en el cementerio Assistens, donde siempre jugaba de niño. Fue allí donde desarrolló su talento para combinar luz y sombra en las primeras fotos en blanco y negro que hizo de pájaros y ardillas entre las flores y lápidas con su pequeña Kodak Instamatic.

Nils Jensen sabía, si quería, encontrar con los ojos cerrados la tumba del Gran Escritor, y sin tropezar una sola vez. Había pasado la mayor parte de la tarde en la sala con sus padres, en penumbra y silencio, como siempre habían hecho,

mientras él una vez más trataba de formular la pregunta que sabía que debía hacerles, aunque temía la respuesta más que la oscuridad de la que le hablaba tantas veces su padre desde que era niño.

Ese Purgatorio del que nadie escapa.

La tumba del Escritor era el lugar que siempre buscaba con su padre cuando el vigilante nocturno alguna vez se atrevía a salir a la luz. Allí escuchaban historias tan fantásticas que Nils Jensen podría recitar la mayoría de memoria hoy mismo. «Nuestra vida terrena es semilla de eternidad, nuestros miembros mueren, ¡pero el alma no puede morir!», ponía en su lápida, anotado para la posteridad con las palabras del propio Escritor, y Nils esperaba de todo corazón que fuera verdad. Tenía una pregunta muy importante que hacer a aquel hombre cuya vida física se había extinguido hacía tanto tiempo.

En mi sueño, estaba unos minutos observando la tumba, mientras intentaba poner en orden las



palabras que desfilaban por su mente, y trataba de encontrar una formulación inicial adecuada que no ofendiera al anciano autor de historias fantásticas. De mayor, Nils recordaba sobre todo los famosos cuentos sobre niños solitarios, como *Pulgarcita*, *El patito feo* o *El niño que pisó el pan*, y era este último el que lo había impulsado a ir en busca del Gran Escritor. En su opinión, la respuesta a su pregunta iba a ser decisiva para lo que tendría que hacer con sus padres, después de que Marie desvelara que era hijo adoptivo.

Al igual que en su niñez, cerraba los ojos e imaginaba que el Escritor de cuentos salía desapercibido de la tumba para encontrarse con su invitado, y veía que su alma aparecía vistiendo un sombrero de copa invisible de los que siempre lleva puestos en imágenes antiguas.

El hombre flaco vestido de negro inclinaba la cabeza con cortesía y saludaba a Nils con estas palabras:

—¡Qué sorpresa más agradable que se me

permita volver a verte!

El Escritor casi se quitó el invisible sombrero de copa.

—¿A qué debo el honor?

—Tienes que contarme un cuento. Un cuento concreto.

Era lo que solía decirle a su padre cuando llegaban allí. Era un ritual que conocían los tres.

—¿Te refieres a un cuento de verdad, uno que empiece con «Erase una vez», que se ha convertido en mi mejor marca de clase?

—Cuéntame el cuento que más me gusta, viejo Escritor; el de *El niño que pisó el pan*.

—¿El de *El niño que pisó el pan*...?

Se advirtió un asombro espontáneo en su voz impetuosa.

—¡Sí, ese! ¿Por qué escribiste ese cuento? Eso es lo que quiero saber.

—Escucha, amiguito, no pensarás que puedo explicarlo todo así, sin más. Y ese cuento que mencionas no trata de un niño, como tú, sino de

una niña que termina muy mal parada. Y esa es la cuestión.

Una ardillita atravesaba el sendero como una flecha y se colaba entre los barrotes de la tumba.

—Habrás oído hablar de la niña que pisó un pan por no mancharse los zapatos, y lo mal que le fue. Está escrito e impreso.

La voz del Escritor subía de tono y rugía como el viento al agitar los álamos, y después se convertía en un cuchicheo como los pasitos de la ardilla por las ramas gruesas, y empezaba a contar la versión resumida.

—Era una niña pobre, orgullosa y presumida, tenía la cabeza llena de aire, según se dice. Ya de pequeña, sentía placer en atrapar moscas y arrancarles las alas. Cazaba un abejorro y un escarabajo, los atravesaba con una aguja, luego ponía una hoja o un pedazo de papel a sus pies, y los pobres animales se revolcaban para salir de la aguja. «¡Mira cómo lee el abejorro! —decía la pequeña Inger—. ¡Mira cómo gira la hoja!». Según

iba creciendo, no mejoraba, más bien al contrario; pero era guapa, y aquella fue su desgracia...

Entonces Nils lo interrumpía, a pesar de oír lo contento que se ponía el anciano por poder contar un cuento después de tanto tiempo.

—Oye, viejo Escritor, no hace falta que me cuentes otra vez el cuento; me lo sé de memoria, era el cuento favorito de mi padre. Y no era una niña quien pisaba el pan, sino un niño, lo sé porque me lo contó mi padre. Fue condenado a una vida eterna en las Tinieblas, bajo tierra, solo. Pero cuéntame solo el final, que es lo que no entiendo. Cuéntame cómo surge el niño de las Tinieblas, y cómo es que al final se convierte en un pajarillo que vuela hacia lo alto.

—Un pajarillo se alzó en el aire zigzagueando hacia el mundo de los hombres —empezaba el Escritor, espontáneo, con voz clara e impetuosa, y con el sombrero balanceándose contento al son de las maravillosas palabras. Pero Nils lo interrumpía de nuevo.

—Sí, sí, ya. Pero dime qué significa.

—¿Significar? —El Escritor se quedaba un rato pensativo y casi triste bajo su sombrero de copa. Luego seguía—: Solo puedo decir las palabras que ya están escritas, y son las del cuento. No pueden cambiarse.

Nils Jensen estuvo un buen rato con la cabeza hundida, dándole vueltas a la explicación, y al final el Escritor se apiadó de él y con un susurro como el del pelo de la ardilla contra la corteza allá en lo alto, por encima de su sombrero de copa, repitió con sus propias palabras lo que había parecido tan importante al fotógrafo:

—Pero un día la niña de las Tinieblas del fondo de la tierra oyó que contaban su historia a una niña inocente, que echó a llorar al oírla. «Pero ¿no va a subir nunca a la superficie?», preguntó, y le respondieron: «¡No, no volverá nunca!». Luego pasó un tiempo, largo y doloroso, y la niña pequeña se hizo mayor y, en el momento en que iba a morir, vio ante sí a la desgraciada niña, y volvió

a llorar desconsoladamente por ella. Sus lágrimas y oraciones resonaron como un eco en la tierra, hasta la coraza vacía que rodeaba a aquel alma presa y atormentada, y en aquel momento un rayo de luz iluminó la garganta del abismo y fundió la figura petrificada de la niña pequeña, un ángel lloró por ella, y un pajarillo se alzó en el aire zigzagueando hacia el mundo de los hombres... Estaba libre.

Casi se oía cómo, bajo su sombrero, al Escritor se le hacía un nudo en la garganta.

Pero Nils volvía a interrumpirlo por tercera vez, y en esta ocasión casi enfadado.

—Lo siento, viejo Escritor de cuentos, pero sigo sin entenderlo. Vas a tener que explicarme el texto.

—¿Explicar el texto?

Tal vez fuera la voz del Escritor, tal vez solo un vago susurro entre las hojas. Luego se hacía un largo silencio, y la ardilla correteaba en torno a la lápida y desaparecía. Sonaba como si la hubiera

recibido un aliento pesado de las mismísimas entrañas de la tierra, pero después volvía a hacerse el silencio. El cementerio estaba vacío.

Nils Jensen se quedaba un buen rato escuchando el susurro del viento entre los árboles, y al final comprendía que tanto las palabras del cuento como el Escritor habían desaparecido. Este último no había podido soportar la sencilla petición de romper la eterna etiqueta de los cuentos, y lo más seguro es que Nils nunca recibiera su explicación.

Tendría que hacer la pregunta a sus padres sin saber lo que iban a responderle.

—**A**sí es como ha ocurrido. No cabe la menor duda, y lo devolverán.

Las palabras surgieron sin la menor vacilación, y el ministro nacional supo de inmediato que quien había sido su jefe de

seguridad y aliado durante medio siglo tenía razón en su hipótesis.

Llevaban más de una hora charlando sobre los últimos acontecimientos del caso Kongslund.

Tras el hallazgo del comisario jubilado en la dársena del puerto, Carl Malle escribió los hechos principales en una nota que enseñó al hombre del despacho, y solo a él, y después la quemó en un cenicero colosal de porcelana con el monograma del partido. Nadie más debía saber de su contenido.

El comisario muerto, durante sus últimos años como alto jefe de Homicidios, y luego como jubilado, estaba obsesionado por la muerte de una mujer en una playa desierta en 2001. La viuda se lo confirmó a Carl Malle. La relación lógica con el asunto Kongslund ya no dejaba lugar a dudas. La mujer muerta llevaba en el bolsillo una foto de Villa Kongslund, y, por lo que decía la viuda, aquello fue lo que hizo que su marido tomara la desgraciada decisión de seguir investigando el



caso, cuando el asunto del hogar infantil saltó a los medios de comunicación.

Ya no había ninguna duda. La mujer muerta debía de ser Eva Bjergstrand. Había llegado a Dinamarca nada menos que siete años antes, y probablemente buscó a Magna. El expolicía no sabía si había conseguido establecer contacto con ella, pero al poco tiempo murió en circunstancias misteriosas, bastante cerca del lugar que había sido la causa de su desgracia: Villa Kongslund. Magna bien podría haberse enterado; según la investigación del expolicía, unos días más tarde se habló del fallecimiento en el *Søllerød Posten*.

Si Magna había enviado el paquete a Australia, y eso lo juraba el neurótico dueño del supermercado, ¿cuál pudo ser la razón?

Por supuesto que era posible que Eva tuviera un aliado secreto en aquel país, pero no había ninguna información sobre ello; así que la otra posibilidad era mucho más simple. E inquietante.

—Si envió el paquete con el Protocolo

dirigido a Eva..., a la vieja dirección de Eva en Australia, que ya sabía que no era operativa, sería de una astucia enorme. Pero así era Magna. Porque entonces el paquete volvería al remitente, es decir, a ella misma. Australia es un país enorme y lejano, podría pasar bastante tiempo hasta que el servicio de correos desistiera de encontrar a la destinataria, y para entonces el asunto Kongslund estaría olvidado ya.

Hizo un gesto afirmativo al ministro, que estaba en el sofá.

—Nadie iba a poder encontrar el Protocolo. Ni siquiera si hubiéramos conseguido permiso para registrar su piso, que era posiblemente lo que temía. El Protocolo de Kongslund debía salir del país lo antes posible, ¡pero tenía que volver también!

—Pero ¿qué diablos pone en ese condenado...? —El ministro se detuvo a media frase, como si no quisiera mencionar el nombre del libro.

—Todo —aseguró el jefe de seguridad—. Lo pone todo.

—¿Todo...? Pero joder, Carl, ¿dónde está ese paquete? Ha pasado bastante tiempo desde entonces...

—Puede que tarde en aparecer. Primero tenía que llegar al otro extremo del globo, y después el servicio de correos australiano debía buscar a la destinataria. Pueden pasar meses hasta que desistan de su empeño y devuelvan el paquete con el Protocolo de Kongslund.

—Así que...

—Así que va a terminar en manos de Marie, que es la heredera de Magna —terminó la funesta observación el jefe de seguridad, sin vacilar.

—Pero eso no debe ocurrir. —El ministro nacional se inclinó hacia su aliado y susurró el conjuro—. ¿No podemos hacer que la Interpol...?

—De ninguna manera. No podemos arriesgarnos a que nadie, aparte de nosotros, abra el paquete y encuentre el Protocolo. Si una

autoridad policial encuentra el paquete y lo envía de forma oficial de vuelta a Dinamarca, no va a llegarnos a nosotros, sino a los investigadores de la Jefatura de Policía.

La cuestión estaba clara.

—¿No podemos sacarlo del servicio de correos antes de que lo reenvíen?

Ole Almind-Enevold había palidecido a ojos vista, cosa que le ocurría a menudo en los últimos tiempos.

—Tal vez lo tengan ellos en este momento.

Carl Malle se levantó y se puso junto a la falsa chimenea que el arquitecto de interiores del ministerio colocó en la pared norte de la estancia, con sus goznes de latón y una repisa de roble tintado de verde.

—Veré qué puedo hacer, Ole. Pero esto no debe salir de aquí. Es del todo decisivo. Nada debe salir de aquí.

—Si el paquete le llega a Marie... Es una mujer imprevisible. Por Dios, Carl... —El

ministro nunca juraba en nombre de nadie que no fuera él—. Si abre el libro y lee la verdad..., la verdad de Magna, esa estúpida mujer...

Ni siquiera el segundo hombre más poderoso del país podía llevar la idea hasta el final.

Y su antiguo compañero de la resistencia, como siempre, no dijo ni una palabra de consuelo.

—Así es, Ole. Tienes toda la razón.

Era la tercera vez en pocos minutos que Carl Malle empleaba el nombre de pila del ministro nacional.

—Si lee lo que pone en el Protocolo de Kongslund, nos hundimos con todo el equipo.

El ministro palideció más aún, si cabe.

## ÚLTIMO INTENTO

*30 de junio de 2008*

*Creo que al Rey Bueno le habría gustado vernos a los siete reunidos en Kongslund. El viejo monarca, de niño, fue separado con brutalidad de su madre, la princesa de vida ligera Charlotte Frederikke, a quien su padre desterró a Horsens con la prohibición de no volver a ver jamás a su hijo.*

*No hay duda de que aquella infancia sin madre tuvo una influencia importante en su decisión posterior de renunciar al absolutismo, escuchar al pueblo y aceptar el establecimiento de la democracia. Creo que, como rey, dejó que el*

*pesar de su infancia brotara en su cuerpo, que después se negó a plantar el germen para que la estirpe de los Oldemburgo pudiera continuar, con lo que se tomó cruel venganza de su padre y sus antepasados. No dejó heredero al trono, y después se sumió en un estado de ánimo cada vez más sombrío al que solo su compañera de la vida pudo acceder en los últimos años. No llegó a ver Kongslund terminado.*

*El último rey absoluto pasaba los largos días en los estanques del parque de Dyrehaven pescando carpas, una tras otra.*

Fue una casualidad que oyera el timbre de la puerta antes que los demás, porque estaba en el despacho de Susanne con la puerta abierta.

El busto cromado de *Sir Winston Churchill*, que era una distinción por la contribución del hogar infantil a la resistencia, seguía sobre el viejo

escritorio de Magna, brillante como si fuera nuevo. Le dije a Asger el nombre de su «madre biológica» desde allí, y Magna solía sentarse allí a hablar con los padres adoptivos que controlaba y seguía de forma tan discreta durante los años posteriores a la adopción. Por el bien de los niños, claro.

Bajé a abrir la puerta, y me encontré con un hombre pequeño y fornido.

—Mi madre ha muerto.

El mensaje de la frase dicha en voz baja era asombroso en su sencillez, pero, por otra parte, no dejaba lugar a dudas.

Calculé que andaría por los cincuenta, y la voz se me hizo ligeramente conocida. O tal vez fuera por el tono y el débil dialecto jutlandés, que no conseguía ubicar con certeza.

—Me llamo Marie Ladegaard. Creo que se ha equivocado —respondí, yo también en voz baja y en el tono más cortés que pude.

—No, no... —La voz sonó muerta de miedo—.



Perdone, no es... Me refiero a Dorah..., a Dorah Laursen.

Contuve la respiración.

—Soy su hijo —añadió después.

Entonces me di cuenta de la relación, y tuve que esforzarme para no desvelar mi asombro. El hombre de los escalones era el hijo misterioso que las señoritas de Kongslund, según Dorah, le dieron como compensación por haber entregado en adopción a su primer hijo, cinco años antes. El hijo a quien ordené con intransigencia a Dorah que le contara todo sobre su pasado —lo poco que sabía—, tanto sobre su historia como sobre su inexplicable y misteriosa llegada a casa de Dorah.

Yo ya no sabía si aquello tenía importancia. Lo único que me interesaba de verdad allí y entonces, tres meses después de empezar el asunto Kongslund, era la respuesta a una sola pregunta: ¿quién era el hijo desaparecido de Eva?

Estaba claro que aquel hombre no podía serlo.

Resumí mi inseguridad sobre la relación en

una observación muy breve y no demasiado inteligente:

—¿Muerta?

Él recuperó el hilo al momento:

—Sí. La encontró la vecina. Se había caído por las escaleras del sótano.

Yo no vi ningunas escaleras al sótano cuando visité a Dorah, y creo que no imaginé que una casita tan baja como aquella pudiera tener sótano.

—Se rompió el cuello.

No dije nada, pero vi ante mí a la mujercita comprimida y temerosa, y me la imaginé tumbada a los pies de las escaleras con el cuello, corto y grueso, roto, torcido hacia un lado, formando un ángulo agudo. Con los ojos muertos abiertos, como en las películas.

Cerré los míos.

—La Policía cree que fue un accidente.

—¿Eso creen?

—Sí. Pero yo no estoy tan seguro.

La voz adquirió un tono más grave; contenía

una mezcla singular de calma y furia.

—Pero ¿por qué acude a mí?

Hablarle de usted se debería a la solemnidad inconsciente que provoca la cercanía de la Muerte. Al menos, todavía no le había dado el pésame.

—Porque mi madre me habló de ti... y de Kongslund. Me habló de todo lo que había ocurrido. Ojalá no lo hubiera hecho.

Me quedé un momento paralizada.

—Tenías derecho a saberlo —repuse.

—No es lo mismo.

—¿No es lo mismo que qué?

—Que lo que he pensado desde entonces. Esa información lo cambió todo.

—Los niños tienen derecho a saber de dónde vienen, y nunca hay que arrebatárles esa información.

Su aparición para transmitir un fallecimiento se había convertido, en cuestión de segundos, en una discusión existencial sobre los derechos de los niños, sobre todo de los niños adoptivos. Era algo

grotesco, pero no quería darle la razón. Tenía gran importancia no ceder nunca en esa cuestión.

Creo que percibió mi terquedad, porque de pronto dejó el tema.

—Tengo miedo... Y solo quería oír si sabe algo.

—¿Si sé algo...?

—Sí, ¿puede haber ocurrido algo? ¿Puede haber alguien que haya dado a alguien..., lo que ha supuesto que su información...?

Su frase se cortó entre retazos inconexos.

—No entiendo qué relación puede tener la información que te dio, porque era su obligación como madre, sobre algo que sucedió hace tanto tiempo, con su muerte hoy —argumenté.

—Ayer.

—Sí, ayer. Aquí no ha ocurrido nada que pueda tener relación con eso.

Esperaba que mi tono fuera convincente. No me faltaban razones. Porque por supuesto que había ocurrido algo. Knud Tåsing había visitado a

Dorah tres días antes.

Hablamos unos minutos más, y no fue nada tranquilizador. Intenté quitármelo de encima. No deseaba la menor intromisión de aquel hombre ingenuo.

—Pues entonces... —empezó a decir.

—Te acompaño en el sentimiento. —La cortesía finalmente llegó hasta mi lengua a pesar de todo.

—Gracias —correspondió. Con una voz sin tono. Y sin pedir perdón por la visita no anunciada con un mensaje tan triste, se marchó.

Un minuto más tarde me puse a telefonar a los demás para comunicarles la muerte de Dorah. No dije nada de su hijo. Primero a Knud, que me dijo que se lo diría a Nils Jensen. Era evidente que no le hacía gracia que me pusiera en contacto con su amigo tras la violenta escena del otro día, cuando el fotógrafo recibió la necesaria noticia acerca de su pasado.

Luego llamé a Peter, que no respondía, y

finalmente al móvil de Susanne, quien no dijo palabra ante la noticia. Estaba en su casa de Christiansgave y colgó sin despedirse. Orla, Severin y Asger estaban ya en Kongslund, y Susanne estaba en camino.

Pese a mi nerviosismo tras la noticia de la misteriosa caída de Dorah en la escalera del sótano de su casa, me sentía eufórica como no me había sentido en años.

Aquel era el día que había esperado, y si no fuera tan banal, añadiría: durante toda mi vida.

Por la noche, los siete niños iban a reencontrarse en Kongslund por primera vez. Tal como había planeado cuando escribí los anónimos a mis antiguos compañeros. Estaríamos en la sala que da al jardín, aquí, en la casa de Magna, cada uno en nuestro cuerpo, pero con nuestra especial conciencia común, igual que la vez que estuvimos bajo el árbol de Navidad y fuimos inmortalizados en una foto, hacía casi cincuenta años.

Aquel día estábamos tan unidos por el Destino

como lo estuvimos en las Navidades de 1961.

**E**stamos sentados a la vieja mesa de cristal de la sala del jardín, y sopla un viento fuerte del estrecho, que agita las tejas y hace que el maderamen cruja.

Al principio hay un silencio incómodo, y todo parece a la vez natural y solemne; alguien ajeno podría sin duda percibir el sentimentalismo que se ha colado a nuestras espaldas, y que nos hace evitar el contacto visual durante los primeros minutos.

Incluso Peter Trøst está presente, caminando con dos muletas sobre las que apoyarse, en caso de que la extraña debilidad de sus piernas volviera a manifestarse. Ha pensado regresar de inmediato al palacio televisivo y al desesperado Catedrático, supongo que para presenciar de cerca el derrumbe final de la cadena.

Severin y Orla están sentados junto a él en el sofá, ambos con la cabeza gacha, mientras que Asger, como es habitual en él, se ha recostado y mira hacia el techo, como si fuera de cristal y por eso diera a su mirada acceso a la oscuridad y al universo más allá.

Nils Jensen, por su parte, está sentado derecho en una de las sillas de anticuario de caoba, de respaldo alto, que la anfitriona ha puesto a su disposición, y creo que trata de mostrarnos que mi revelación sobre su pasado no ha acabado con él. Susanne, por último, está sentada, algo alejada, en un sillón hondo tapizado de terciopelo, tomando a sorbos su fino té Oolonger, con los ojos semicerrados apoyados en el borde de su taza.

Observo el pequeño grupo desde una mancha de sombra entre el sofá y la silla del astrónomo, y recuerdo las palabras de la carta de Eva que echaron todo a rodar:

«Cómo les envidio la inocencia y la mirada alegre que lucían bajo sus gorros. Si uno de ellos



es mío y estoy convencida de eso, usted no lo mencionó y ya sé la razón por supuesto. Serían todos entregados en adopción los meses siguientes».

Desde luego que hay una octava persona presente, Knud Tåsing, y es él quien rompe el silencio con un pequeño discurso que es a la vez presuntuoso y realista, como tiene por costumbre.

—Hay algo que debo decir antes de nada — anuncia con voz nasal—. Antes de entrar en detalles sobre el asunto Kongslund. Mis fuentes del ministerio insinúan que vuestras familias van a recibir visita de la Policía hoy mismo o mañana. Las cinco familias adoptivas que quedan: la de Asger, la de Peter, la de Susanne, la de Severin... y, por supuesto, la tuya, Nils.

El fotógrafo se sobresalta un poco, y entiendo enseguida la razón. Sus padres aún no saben nada de la información que le he dado. Todavía no se ha atrevido a enfrentarlos a la verdad que le han ocultado. Y ahora se da cuenta de que va a tener

que hacerlo, y rápido.

Veo que Knud Tåsing ha llegado a la misma conclusión, y que esa es la causa del tono especial con que ha pronunciado el nombre de su único amigo. Creo que Nils Jensen todavía no me ha perdonado por la información que tuve que darle. Ninguno de los demás le habría dicho nada, eso ya lo sé.

—En cuanto a la opinión pública, todos creen que el caso Kongslund es un capítulo pasado —dice el periodista—. Pero otros siguen trabajando en él, y sabemos la razón. El ministerio, y sobre todo Almind-Enevold, quiere encontrar al hijo de Eva, que también es suyo, y por encima de todo desean borrar las pistas de lo que han hecho. Todo era ilegal y, desde luego, inmoral, incluso con la actual vara de medir. En el peor de los casos, trataron de robar el bebé de una asesina indultada que después deportaron a la otra punta del globo; en el mejor, había también un negocio que se mantuvo durante muchísimos años, asegurando al

hogar infantil de Kongslund su existencia. Aquí se ayudaba de manera especial a hombres ricos y poderosos que habían cedido a sus vicios, con resultados no deseados. Es una historia de lo más edificante.

—Si es cierta.

Curiosamente, esa es mi propia voz, y en el mismo instante siento que los ojos de Susanne se elevan del borde de la taza y me observan. Debe de compartir mi escepticismo en cuanto a juicios apresurados sobre algo que es también su pasado. Pero no dice nada.

—Quienes todavía no hayan hecho a sus padres adoptivos las preguntas decisivas deben hacerlo esta misma noche, antes de que lo haga la Policía. Entiendo que Susanne, Asger y Peter han recibido respuestas negativas. Y Severin dice también que sus padres no saben nada.

Para Knud Tåsing es una manera discreta de dejar claro que ahora solo le falta Nils Jensen para terminar esa parte de nuestra investigación

privada.

Nils sigue erguido en la silla de respaldo alto, como estaría alguien injustamente acusado delante de sus jueces. Pero no puede escapar, y ya sabe qué paso va a tener que dar. Él es la última posibilidad, y la más probable, por mucho.

Más tarde, me quedé sentada con Asger en el oscuro sofá de caoba tapizado de seda gris azulada. El viento soplaba cada vez más del nordeste, y las ráfagas hacían que la villa temblara y crujiera, como si un demonio subterráneo tirase de sus hombros hacia los cimientos de la casa.

Me daba la sensación de que deseaba decirme algo, o preguntarme por algo, y no me sentía tranquila en la estrechez del pequeño sofá.

—Naciste con un defecto físico, coja, casi lisiada, pero aun así tuviste la valentía y la fuerza de viajar... ¡y de visitarnos a todos, aunque no lo

sabíamos! —exclamó de pronto, tras varios minutos de silencio.

No sabía adónde quería llegar con su observación, así que me callé.

—Lo hemos compartido todo: la luz, la sombra..., todo. Fue cuando estuvimos en la Sala de Recién Nacidos e intercambiamos pequeñas experiencias vitales, aunque entonces éramos demasiado pequeños para entenderlo, claro.

Sonaba casi como Magdalene.

—¿Sabes qué, Marie? Ninguno de los siete niños de la Sala de los Elefantes vamos a encontrar a nuestros verdaderos padres; están borrados de nuestras vidas para siempre. ¿Y sabes qué? De alguna manera extraña, eso es bueno. Es justo como debe ser.

En aquel momento, extendió su mano derecha hasta mi brazo izquierdo, y tuvo que estirar su cuerpo larguirucho hacia mí para realizar la maniobra. Puede que al final Magdalene tuviera razón: si eras lo bastante paciente, un buen día un

pretendiente decidido traspasaría los pilares chinos de la entrada a Kongslund para pedir la mano más insegura y deforme, como por un milagro.

Retiré el brazo.

Aquella noche soñé que hacía el amor con un hombre, cosa que de por sí era una hazaña, pues carecía de experiencia con esa parte del mundo. Era un destino que compartía con Magdalene.

En mi sueño no era a Asger a quien deseaba, como podría haber esperado, sino a un hombre que jamás habría pensado. Gemía su nombre, y lo gritaba en sueños una y otra vez, y cada vez en voz más alta, hasta que al final me desperté con un sobresalto. Todo estaba mojado debajo, la sábana, mi piel, mis dedos, y aquello me estremeció más que cualquier otra cosa que me haya ocurrido jamás.

Me senté en la cama y lloré en la oscuridad de la Habitación del Rey, como una niña abandonada.

Yo, que había vivido tantos años invisible,

decidía, cuando se me presentaba la oportunidad, en sueños, hacer el amor con un hombre que era la visibilidad por antonomasia. En aquel momento me aferré a la imagen distorsionada de que la persona menos conocida sería deseada por la más conocida, y que así podían encontrarse la luz y la oscuridad.

Todo el mundo sabe que nunca ocurren esas cosas.

Pero tal vez fuera lo que le ocurrió a Josefina en La Franja. Susanne estuvo callada la mayor parte de la velada, y yo la conocía lo suficiente para saber qué significaba. Su encuentro con sus padres había sido una catástrofe. Definitiva e irreparable. Había en su mirada un pesar que la delataba. Su madre tuvo una existencia invisible, llena de anhelos y sueños, que Anton había pasado completamente por alto entre sus esfuerzos por cuidar de sus obligaciones diarias en el campo y en la granja. En realidad, fue un abandono de enormes dimensiones, porque era su deber

liberarla de la desesperación.

Vi enseguida que todas las mujeres que adoptaron a los niños con quienes compartí los primeros meses de mi vida tuvieron maridos de ese tipo. Hombres que nunca se daban cuenta de lo que ocurría a su alrededor, y que por eso mismo no estaban en condiciones de darles su ayuda.

En la oscuridad, vi al séptimo niño sentado en el banco de la granja de Våghøj, junto a Josefine. Ambas tenían la mirada fija en el sur. Comprendí la razón: era el punto cardinal de donde emanaba todo el anhelo.



## LA AMENAZA

*1 de julio de 2008*

*Susanne Ingemann se daba cuenta de que el asunto Kongslund tenía capas profundas a las que nunca había tenido acceso. Sabía, por un sexto sentido que le procuró su adolescencia en La Franja, que hasta la menor zancadilla podía desencadenar toda una serie de acontecimientos que parecían casuales, pero no lo eran.*

*Cuando Dorah murió en su casa aplastada, el enigma acerca de su papel en el asunto Kongslund creció; era imposible encontrar una explicación al misterioso chico que llegó a su casa la vez que exigió otro niño. Fue un hecho*

*que me pareció estar fuera de todo análisis lógico.*

*Allí, sentada en la Habitación del Rey, no tenía ninguna duda acerca de la responsabilidad de su muerte. Solo sospechaba de Almind-Enevold y Carl Malle. Lo que pasa es que no sabía responder una sola pregunta: ¿por qué?*

Cuando una historia se ha inflado de manera tan irreal y enorme y después decae de repente, eso afecta a todos en una empresa como *Fri Weekend*.

Toda la redacción vibraba por lo que podría describirse como una ola colectiva de culpabilidad, agresiones, confusión y miedo, todo junto y revuelto. Las puertas se cerraban de golpe, se oía el ruido de pasos, gritos, hasta que el sonido se fundía en un zumbido continuado en torno a la mesa de reuniones de la redacción, donde debía trazarse, y rápido, el decisivo plan de urgencia, en

un último intento desesperado por evitar la catástrofe.

No era el asunto Kongslund lo que hacía que aquella mañana todos los cargos intermedios, jefes y redactores del achacoso periódico anduvieran de aquí para allá, asustados, haciendo pequeñas reuniones cada cinco o seis minutos. No, era el caso del chico tamil lo que detonó de repente y repercutió en cuantos habían tenido relación con él, de una manera que nadie había previsto ni de lejos.

Los dos periodistas en prácticas del periódico habían vuelto de Sri Lanka, donde buscaron al chico —el periódico logró ayuda económica para el viaje por parte de varias instituciones de beneficencia, que esperaban que eso provocara un golpe definitivo a aquel Gobierno tan enemigo del asilo—, y todos esperaban un informe que culminase en una revelación sensacional. Eso haría que *Fri Weekend* destacara de una vez por todas dentro de la nueva imagen de la prensa.

Las primeras palabras de los enviados, por teléfono desde el aeropuerto de Colombo, transmitieron oleadas de júbilo que atravesaron la redacción de la zona portuaria. «Ha muerto», dijeron. Nada más.

El redactor-jefe alzó los brazos al aire y gritó:  
—¡Bien! ¡Bien! ¡Bien!

Había quizá algo de cinismo en ello, pero todos los presentes comprendían el entusiasmo; ahora nada podía salvar al Gobierno, y el gran premio de periodismo lo iban a entregar allí, en la mesa de redacción del periódico que todos habían condenado a desaparecer.

Aquella alegría no podía eclipsarla ni la defunción del chico, y de todas formas era demasiado tarde para arreglar esa parte del asunto.

Después, las voces del aeropuerto añadieron una palabra que nadie entendió, y que el redactor-jefe no pudo explicar, porque la comunicación se cortó de repente.

—Pero... —fue lo que dijo uno de los

enviados.

¿Pero...? Nadie entendía cómo podía juntarse una palabra de tanta carga negativa con una noticia tan sensacional, y todos se miraron unos a otros: al fin y al cabo, eran dos periodistas en prácticas. Fueron los únicos que el redactor-jefe pudo encontrar para un caso que podía alargarse varias semanas.

Luego esperaron, emocionados, a que el avión aterrizase en Kastrup. Iban a transportar rápidamente a los dos jóvenes héroes hasta la redacción, que esperaba emocionada.

—¡Es una historia fantástica! —gritó el redactor-jefe a modo de bienvenida cuando por fin entraron en la secretaría de la redacción—. Fantástica. «El Gobierno danés lleva a la muerte a un chico de once años». ¡A pesar de las advertencias y de las críticas, sobre todo de este periódico!

Uno de los dos redactores parecía, por extraño que parezca, a punto de llorar, reacción inesperada

a unos halagos tan francos como ruidosos. De inmediato, un escalofrío recorrió la secretaría de la redacción, donde se habían reunido casi cincuenta colaboradores, incluidos Knud Tåsing y Nils Jensen. Todos sintieron la primera punzada de dolor entre los músculos de la espalda, la primera sensación de una enorme e inevitable catástrofe futura.

El otro enviado se armó de valor y acudió en ayuda de su compañero. Tomó la palabra con una voz tan firme como pudo.

—Bueno, es que no..., no ha sucedido así.

—¿Cómo que no ha sucedido así? ¿Qué quieres decir? ¿No ha muerto?

El redactor-jefe trató de esquivar el horror que todos presentían.

—Sí. Pero...

El enviado se paró sin remedio. Ni siquiera la mención de la muerte repentina podía soltarle la lengua, y aquel tremendo «pero» seguía vibrando en el silencio que siguió.

El primer enviado volvió a tomar la palabra.

—Sí. Pero el caso es que lo mataron los soldados... o sea, los del Gobierno, porque había ingresado en los Tigres Tamiiles. El movimiento rebelde.

Calló.

—¡Ya, ya! —exclamó el redactor-jefe, viendo cercana la milagrosa salvación—. Bueno, ¿y qué? Los Tigres obligan a todos a que luchen con ellos, sobre todo a los niños. Eso no es culpa del chico.

Una primera oleada de alivio recorrió la estancia. Los dos enviados no debían entender ni la mitad de la realidad en la que habían estado investigando.

—Pero no fue así, sin más... —empezó el primer enviado; luego se calló.

El otro retomó el relato.

—Lo mataron... cuando intentaba hacer saltar una escuela por los aires en un atentado suicida.

La información dio paso a un prolongado silencio. Tal vez el más largo que se hubiera

producido jamás en aquella estancia donde se reunían tantos periodistas. Y Knud Tåsing comprendió al instante la razón de la conmoción. No te obligaban a cometer atentados suicidas. Solo a los Tigres más rebeldes y de confianza se les concedía el «honor» de acabar con su vida como ejecutores de una misión suicida. Solían ser voluntarios; unos verdaderos fanáticos.

La explicación llegó susurrada por el más valiente de los enviados.

—Su padre era uno de los altos mandos del ejército rebelde, y lo mataron hace poco. Así que su hijo se alistó, y llevó a cabo la acción.

Había una vibración extraña en la frase fatal, la frase que de una vez por todas apagó cualquier esperanza de los reunidos.

El segundo periodista añadió:

—Lo habían enviado a Dinamarca para espiar a los refugiados tamiles de los centros de asilo daneses, a quienes los Tigres consideraban traidores.



—¡No, no, no! —chilló el redactor-jefe. Se había sentado en su silla, pálido como un cadáver.

El enviado extrajo la conclusión final con firmeza, a la vez inocente y despiadado.

—No formaba parte de una red en el sentido en que sostenía el Gobierno, pero al fin y al cabo sí que formaba parte de ella, ya que era miembro de los Tigres Tamiles e iba a operar en Dinamarca con la red que tienen aquí.

—¡No, no! —repitió el redactor-jefe, a quien solo quedaban fuerzas para repetir la negación dos veces.

El redactor de Internacional se inclinó hacia delante.

—Pero ¿estáis completamente seguros de esas extrañas informaciones, chicos?

—Sí —respondieron ambos a una. Y uno de ellos continuó—: Hay pruebas de todo. Fuentes cruzadas, documentos, confirmaciones de la Policía de Sri Lanka y del ACNUR de Colombo. Del mismísimo despacho del Alto Comisariado

para Refugiados de las Naciones Unidas.

—No —susurró el redactor-jefe, una sola vez, sin fuerzas para más.

Entonces un suspiro colectivo recorrió el local de la redacción. El caso iba a suponer el final para todos. El periódico llevaba semanas lanzado en una campaña difamatoria contra el Gobierno y contra el Ministerio Nacional, convencido de que todos aquellos rumores sueltos y afirmaciones sin documentar iban a convertirse en realidad pura y dura. Nadie lo dudaba.

—Pero... Joder, no podemos escribir eso —susurró el redactor-jefe, a quien no habían nombrado para resolver situaciones críticas tan candentes. Su especialidad era la racionalización, la organización, rentabilización y control del gasto, y eran justo aquellas exigencias las que impulsaron la puesta en marcha del caso del chico tamil como campaña prioritaria sin mucha investigación previa, y mucho antes de que se hubiera confirmado e investigado en Sri Lanka—.

¡Todo es de una falta de concreción absoluta!

El redactor-jefe se aferraba al único asidero que vislumbraba desde su sitio en la mesa de reuniones: la historia era demasiado inverosímil para que nadie se fiara de ella.

Varios de los que estaban de pie asintieron afanosos con la cabeza. Si la historia era demasiado extraña y vaga, con un montón de cabos sueltos, sería poco profesional, además de aventurado, escribirla. Por supuesto.

—Pero todo está claro en los papeles —se defendió el primer enviado—. En los papeles...

Empezó a rebuscar en su bolsa, y Knud Tåsing sacudió la cabeza, compasivo, desde su puesto, al fondo del local. El enviado no tenía ni idea de lo que venía.

—¡Tú! —gritó el redactor-jefe—. ¡No vas a darnos clases de nada, miserable estúpido!

Saltó desde su silla y señaló amenazante al redactor que pocos minutos antes había estado a punto de ser canonizado como uno de los mayores

héroes de la corta historia de la Casa de la Prensa.

El pecador se desplomó como si lo hubiera alcanzado un proyectil, y echó a llorar sin más. Nadie le prestó atención. Los periodistas se reunieron en torno a la mesa.

—Este es un asunto tan grave que vamos a tener que investigar las circunstancias concretas antes de decidir nada —sentenció el redactor-jefe—. Si una de las hipótesis ha resultado ser falsa, también puede serlo la otra.

Sin saberlo, estaba empleando exactamente la misma lógica que el Catedrático cuando rechazó cubrir el asunto Kongslund en Channel DK.

Pero funcionó. Los periodistas más cercanos balbucearon su aprobación ante el singular argumento. El periódico estaba a punto de quebrar; un escándalo así los enviaría a todos directo a la cola del paro, y además a los últimos puestos. El asunto iba a ser muy contraproducente, iban a quedar en ridículo delante de sus colegas de los demás medios.

—¿Propones que callemos que el chico tamil ha muerto?

Fue la voz de Knud Tåsing la que atravesó el espacio desde el fondo del local de la redacción.

—No, Tåsing.

El redactor-jefe se dio la vuelta.

—Claro que no. Como es natural, vamos a escribir que ha muerto, porque es verdad. Pero también vamos a escribir que hay tanta información contrapuesta en este extraño caso, que el propio Gobierno empezó a enredar de manera increíble, que vamos a tener que emplearnos a fondo en desenredar los días que vienen: en qué medida lo obligaron a entrar en los Tigres, o si ingresó de manera voluntaria, y en ese caso, por qué, y por qué vino a Dinamarca, etcétera, etcétera. Todo eso no lo sabemos todavía. Puede llevarnos meses aclararlo. Pero *Fri Weekend* no cejará hasta que un día resplandezca la verdad.

Todos sabían qué significaban aquellas palabras. Que el caso se apagaría poco a poco.

Con el tiempo, los lectores olvidarían la promesa del periódico.

—Pero entonces vamos a actuar como a quienes acusamos siempre de esas cosas, el Gobierno o quien sea..., de ocultar la información.

Knud Tåsing se había abierto camino hasta la mesa de reuniones de la redacción y se plantó delante del redactor-jefe.

—Entonces, Tåsing, ¿crees que debemos escribir una historia tan confusa y extraña como esta antes de estar seguros del todo? ¿Es eso lo que quieres?

La alusión al fatal error de apreciación de la antigua estrella del periodismo con el palestino asesino era de tal calibre que se produjo un silencio sepulcral.

Luego otro murmullo de aprobación recorrió la estancia. Todos entendieron el razonamiento del redactor-jefe. Al fin y al cabo, le pagaban por mantener esa serenidad y responsabilidad.

El viejo periodista con su propio escándalo a

sus espaldas comprendió que la batalla estaba perdida. Podía volver a su mesa de trabajo como los demás y aceptar la situación de los nuevos tiempos, o bien optar por una solución heroica y más dramática, como, por ejemplo, saltar desde la triple ventana térmica a la dársena. Tenía la impresión de que sus colegas preferirían una última acción así, gloriosa y sensacional, y después respirarían aliviados.

Knud Tåsing no hizo ninguna de las dos cosas. En su lugar, se levantó y dijo las tres palabras que jamás creyó que fuera a tener el valor de decir:

—Dejo el periódico.

Abandonó el edificio sin decir nada más, y nadie le dijo nada mientras recogía sus cosas. No vio a Nils Jensen por ninguna parte.

Cuando salió a la niebla del muelle donde las casas-barco dejaban ver los eslóganes idealistas del nuevo periódico, esperaba más o menos oír por detrás los pasos del fotógrafo, pero no se oía otro ruido que el que hacía él.

Se paró un rato a escuchar. Luego se alzó de hombros y se encaminó hacia el centro.

La máxima autoridad de la nación yacía tal como su pequeño ejército de médicos y enfermeras había dispuesto, es decir, en medio del despacho de la Presidencia del Gobierno; era una posición que satisfacía sus sueños de gloriosa representación final.

Una vez más, el ministro nacional había sido convocado desde la Enfermería, como habían bautizado el despacho los más chistosos de los funcionarios de menor rango, y una vez más la orden le llegó poco antes de las ocho de la mañana.

La razón de la repentina llamada del jefe de Gobierno era bastante corta, pero clarísima: reunión sobre el futuro. Presentes: solo tú y yo.

Como si el cielo quisiera advertir que venía



otro día penoso, llevaba tres horas lloviendo sin parar cuando llegó el ministro nacional bajo un paraguas negro, empapado, con el monograma del partido bordado en el tejido impermeable.

El moribundo yacía, como la última vez, en la cama enorme y grotesca que ocupaba todo un lado de la estancia. Su cuerpo encogido coronaba el lecho blanco, y saludó a su invitado con un débil movimiento de la mano derecha.

Aunque su muerte parecía inminente, aún tenía poder para gobernar la nación y reducir a la nada a cualquiera de sus subordinados si le daba la gana en el momento de su muerte, y el por lo demás tan seguro ministro nacional apenas se atrevía a respirar, por miedo a hacer algún movimiento que fuera a desencadenar la furia de su jefe. Se daba cuenta de que la traición relativa al chico tamil, de la que iba a tener que responder la Presidencia del Gobierno, se había visto muy agravada por el último acontecimiento: la muerte del muchacho. Que al ministro nacional aún no lo hubieran

cesado solo podía deberse al riesgo de que un escándalo de tal magnitud provocase la caída inmediata del Gobierno. El primer ministro no tenía la menor intención de salir de aquel despacho como jefe de la oposición.

—¿Has leído el *Fri Weekend*?

El jefe de Gobierno fue directo al tema que aquella mañana era el único importante en el orden del día de todos los medios.

—Sí.

—Ya han empezado a llamar.

—Sí.

Ole Almind-Enevold no sabía qué otra cosa añadir. Tenía miedo de adoptar un tono equivocado o decir alguna palabra inadecuada.

—El chico tamil... ha muerto.

—Sí —dijo por tercera vez el Rey Absoluto, confirmando el hecho espantoso.

—¿No sabes decir otra cosa que «sí»...?

El primer ministro asió el mando a distancia que controlaba el sistema hidráulico de la enorme

cama y apretó el botón rojo, que estaba encendido.

Estuvo a punto de responder que no, pero se aguantó las ganas, y dijo, ahondando algo más:

—Corren rumores de que se había unido a los Tigres Tamiles, el grupo terrorista.

Un zumbido bajo saturaba el despacho, y el moribundo se irguió una vez más como un faraón egipcio en una película de terror de los años setenta.

—Sí, Ole, rumores... Pero ese es el problema. Lo único en lo que va a fijarse la gente es en que el chico ha muerto, y después va a decir que nosotros lo matamos.

—No, no creo que... —Almind-Enevold se detuvo en el lugar equivocado, antes de la negación decisiva. Al fin y al cabo, habían expulsado al chico.

—Expulsado a una muerte cierta —dijo el primer ministro—. Esos van a ser los titulares de la noticia y de los periódicos durante semanas, a partir de ahora.

El jefe de Gobierno estaba sentado erguido en su formidable lecho, medio metro más alto que el ministro nacional, que seguía de pie junto a la cama porque no le habían pedido que tomara asiento.

—Una vez tuve un canario —informó el primer ministro desde su elevada posición.

—Un ¿qué...? —Ole Almind-Enevold se quedó boquiabierto por el asombro.

—Un canario. ¿Estás sordo? De niño —susurró el moribundo—. Murió justo así, sobre un lecho de paja, debilitado, sin fuerzas para volar. Pero seguía cantando. Y cantó para mí hasta el último segundo de su existencia.

Ole Almind-Enevold entendió sin problemas lo que quería decirle su superior. Era posible que el primer ministro estuviera muerto, hablando en términos técnicos, pero hasta sus órdenes más débiles se oirían por todas partes, y serían obedecidas.

—Primero tienes un plan, que ejecutas sin mi

visto bueno expreso, y pese a que parece innecesario, y luego...

El primer ministro se detuvo, furioso, y Ole Almind-Enevold se quedó a los pies de la cama, sin respirar, esperando las palabras que iban a derrumbarlo para siempre.

No llegaron. O, mejor dicho: el primer ministro dio a su condena a muerte otro tono con las siguientes palabras:

—Mañana voy a convocar una rueda de prensa muy importante. Va a celebrarse aquí, y tengo pensado anunciar una noticia muy especial.

Un hilillo de sangre resbaló de la comisura del moribundo hasta su barbilla.

—Piénsalo bien hasta entonces, Ole. Puedes tomar la decisión, tu decisión, antes. Por el bien del partido. Y por tu propio bien.

El mensaje no podía ser más claro. Un cese deshonroso solo podía evitarse si el Rey Absoluto, motivado por la muerte del chico tamil, daba el paso de presentar la dimisión.

Mejor hoy que mañana.

El resto de la audiencia transcurrió para Almind-Enevold en una nube. Cuando volvió al Ministerio Nacional, el Curandero, el Hombre de Grauballe y Carl Malle lo esperaban en el despacho de ministro de color burdeos.

—Están llamando todos..., todos los medios... —empezó el Curandero, con sus manchas rojas de estrés en las mejillas hundidas, sobre la singular perilla.

—¡Cierra el pico! —chilló el ministro nacional.

El intrigante asesor se estremeció como si le hubieran dado tres o cuatro latigazos bien dados.

—¡Estás despedido! —gritó el Rey Absoluto.

El exasesor abandonó el despacho casi con una expresión de alivio, y con los mismos movimientos rápidos de una cucaracha que divisa una grieta salvadora en medio de una pared de cemento. Se oyó un susurro tras el panel más cercano, y desapareció.

El Hombre de Grauballe estaba destrozado en aquellos momentos decisivos, sentado, encogido, en una de las sillas elegantes de anticuario del ministerio, y tenía la piel azulada desde la base de la nariz hasta los ojos y sienes. Para terror de los dos hombres que quedaban, de pronto echó a reír sofocadamente, mientras balanceaba el torso rígido de lado a lado.

—Desde luego, es extraordinario —rio sofocadamente, mientras de sus comisuras espumeaba una saliva de extraño color verde—. Una vez más, un Gobierno danés ha caído por un caso tamil. Esta vez por un chico de solo once años. Desde luego...

Volvió a reír, encogido, mientras la espuma descendía por ambos lados de la barbilla.

—¡Cállate!

Esta vez fue Carl Malle quien alzó la voz.

El Hombre de Grauballe desistió de proseguir con el mensaje apenas comprensible, y de pronto rompió a llorar.

El jefe de seguridad lo puso en pie sin miramientos y lo acompañó hasta la puerta. En el exterior llovía sin parar. Si el destrozado subsecretario había deseado buscar por última vez en los posibles arcoíris el paraíso que siempre había anhelado —su bien merecido ocio en la pequeña rosaleta de su casa de veraneo de Hareskoven—, el momento había pasado para siempre. La puerta se cerró con ruido tras él.

—Vas a tener que volver —susurró Carl Malle a Ole Almind-Enevold cuando estuvieron a solas.

—¿Volver?

—Sí. Adonde el primer ministro. Y lo que debes comunicarle va a ser lo más importante de tu carrera, y lo más decisivo. Tanto para ti como para el país.

El ministro nacional dirigió una mirada inquisitiva a su último, único y más antiguo asesor —en realidad, nunca hubo otros—, y Carl Malle se inclinó hacia su amigo y compañero de lucha de la resistencia; el chaval al que hacía tantos años



llamaban el Corredor, y que durante los últimos días de guerra mató de un tiro a un chivato en un portal junto a la estación de Svanemøllen.

Tenía lo que había que tener.

El expolicía susurró las siguientes palabras tan cerca del oído del ministro nacional que estaba seguro de que nadie más lo oyó, ni siquiera si hubiera resultado que en el despacho había micrófonos ocultos, cosa que, en los tiempos que corrían y con un Gobierno como aquel, no podía saberse.

—¡MMuerto?!

El Catedrático juntó las manos, como un presentador teatral en un mercadillo de provincias —tal vez se estuviera convirtiendo en eso ahora, hacia el final del sueño de su vida—, y Peter Trøst no se dejó engañar en ningún momento por la reacción.

Había entrado en la jaula de Leones del sótano cojeando, apoyado en sus muletas, y se sentó en la mesa frente al jefe de conceptos cuando llegó corriendo el jefe de informativos, Bent Karlsen, de la cantina del Noveno Cielo con la mezcla habitual de huevo duro y hebras de lechuga pegada a su mentón sin afeitado. En circunstancias normales, el espectáculo habría provocado una violenta náusea al Catedrático, pero el mensaje jadeante del jefe de informativos eclipsó en un segundo cualquier brote de irritación.

—¡Ha muerto! —gritó Karlsen—. ¡Acaban de comunicar de Presidencia del Gobierno que el primer ministro ha muerto! Se han decretado tres días de luto nacional.

La siguiente reacción fue difícil de reprimir, y tuvo poco que ver con el luto nacional.

—¡Bien! ¡Bien! ¡Bien! —gritó el Catedrático con toda la fuerza de sus pulmones sibilantes, y Peter Trøst tuvo la presencia de ánimo suficiente para asir una muleta y cerrar de un empujón la

puerta hermética tras la espalda del jefe de informativos para aislarse del mundo. Ningún extraño tenía en aquella época acceso al gran Espacio Conceptual al que los trabajadores de la cadena de televisión al borde de la quiebra, con cierto humor negro, habían puesto el fatídico pero lógico nombre de búnker del Führer. El Catedrático y los jefes de sección que le quedaban llevaban allí todo el día inclinados sobre la mesa alargada, planificando nuevos y gloriosos conceptos e ideas milagrosas desconocidas hasta la fecha, para programas que de un manotazo iban a convertir la derrota en victoria y salvar a Channel DK. Bastante trabajo tenía la cadena matriz norteamericana salvándose a sí misma en medio de una crisis financiera global, y decidió cortar todos sus lazos con su deficitario experimento danés. La noticia había llegado la noche anterior.

Tal vez esa fuera la causa de que el entusiasmo ante la información del fallecimiento del padre de

la patria surgiera de la garganta del Catedrático antes de que llegara a expresar la menor manifestación de educado pesar.

—¡Es una señal! —exclamó—. Sabía que iba a pasar. Sí, vamos a superar esta crisis. Cuando Almind-Enevold se convierta en el hombre más poderoso del país, todo va a arreglarse.

El Catedrático calló, como si hubiera dicho ya demasiado.

—Sí. Y él estaba presente —añadió Bent Karlsen, sorbiendo una hebra de lechuga barbilla arriba.

—¿Quién estaba presente?

Era el jefe de conceptos, que se inclinó hacia delante para hacer la pregunta.

—Cuando ha ocurrido estaba presente el ministro nacional. Hablaban sobre la dirección futura del Gobierno cuando de repente el primer ministro ha tenido un ataque al corazón, y al cabo de un minuto estaba muerto. Lo van a sacar de Presidencia por la noche. Con guardia de honor

y...

De pronto, el jefe de informativos calló, desorientado, porque fue como si el ambiente hubiera pasado de ser de entusiasmo total a ser otra cosa que no era capaz de identificar.

El Catedrático observó a su subordinado con una mirada inescrutable que era a la vez pensativa y distraída, y dijo:

—Gracias, Karlsen. Puedes volver al trabajo.

El jefe de informativos salió, medio haciendo reverencias, como suele hacer la gente de los subterráneos en el momento de la derrota, y el Catedrático aspiró tan hondo que de su garganta surgió un estertor durante varios segundos. Habló con voz velada, como si hubiera agarrado un catarro repentino.

—Esto es algo fantástico. Algo realmente grandioso. Es tan grandioso que casi no puedo creer que ocurra en nuestro tiempo. Qué cabeza tan increíblemente indomable...

La voz perdió el control.

—¡Qué valor!

Nadie dijo nada. Pero sabían de quién hablaba.

—Ahora van a verlo todos... Todos mis críticos. Con Ole al timón, va a arreglarse todo. Todo. Vamos a conseguir ayuda del Estado, vamos a conseguir popularidad, y vamos a recuperar nuestras audiencias... ¡y más!

Era la primera vez, observó Peter Trøst con cierta extrañeza, que el Catedrático mostraba lágrimas auténticas en sus ojos enrojecidos.

—Todos los que en los últimos meses han abandonado el barco que se hundía..., todos esos traidores..., caciques de los medios, caballeros del lujo, periodistas prostituidos, todos los que nos han abandonado... Todos pueden ver que al final hemos ganado.

Peter Trøst observó a su jefe y presidente del consejo de administración sin decir nada. Le hormigueaban las piernas como la primera vez, cuando los médicos pensaron que tenía esclerosis, pero los resultados de los análisis fueron

negativos. Seguían sin saber qué tenía. Podía caminar, pero con dificultad, y la enfermedad desconocida retrasó por un tiempo indeterminado su despido de Channel DK. La compasión del mundo circundante hizo que el Catedrático pospusiera el despido.

—¡Hemos ganado...! —se oyó una vez más.

Peter Trøst se levantó, cosa extraña, puesto que no había ordenado a sus flojas piernas que fueran a ninguna parte, y abandonó el Espacio Conceptual. Llegó justo a oír la protesta irritada del Catedrático antes de que la pesada puerta se cerrase tras él y cortase los últimos sonidos del búnker. Tomó el ascensor hasta el vestíbulo, donde los últimos recepcionistas fieles recibían y despedían saludando con la mano a los cada vez más escasos invitados y trabajadores del Cigarro.

Abandonó el edificio sin más ceremonias, y se sintió como si por fin subiera a la luz después de haber pasado mucho tiempo entre tinieblas. Dirigió la mirada hacia el suroeste y parpadeó.

**D**urante toda su infancia y vida adulta, Nils Jensen trató de evitar situaciones que tuvieran algo de embarazosas o desagradables, situaciones en las que otras personas se quedaban perplejas o en las que se veía obligado a formular frases con contenidos que podían herirlas. Para hablar, esperó a que su madre saliera para ir de compras y él se quedara a solas con su padre.

—Hay una cosa que quiero preguntaros.

El anciano vigilante nocturno miró a su hijo con ojos brillantes tras las delgadas gafas. Estaba leyendo un suplemento dominical, que normalmente le valía para toda la semana.

Nils intentó formular la frase simple otra vez, ahora en singular.

—Hay una cosa que quiero preguntarte.

—¿Sí...? —respondió el hombre que había patrullado el Rectángulo Negro en busca de



ladrones e individuos sospechosos durante cincuenta y cuatro años, antes de jubilarse.

—¿Por qué decías «el chico»?

La pregunta llegó de forma tan inesperada, también para el propio Nils Jensen, que durante un buen rato se hizo el silencio en la estancia. Era una pregunta extraña.

—¿El chico? —preguntó el anciano.

—Sí. Decías el chico. Decías: «El chico que pisó el pan...». Pero no era un chico. Era una chica.

—Sí. Es posible —admitió el vigilante jubilado, alzándose de hombros—. Pero eso no cambia el cuento.

—Sí. Porque yo siempre he creído que era yo el que...

Nils Jensen calló.

—¿Qué eras tú el que qué...?

La expresión de aquellos ojos que siempre trataron de evitar en la medida de lo posible la luz natural cambió, como si escudriñasen otra vez

algún patio trasero, en busca de sombras que no debieran estar allí.

—El que iba a terminar allí abajo, en la oscuridad bajo tierra... si alguna vez era malo... con mis padres.

Su padre cerró los ojos, pero no dijo nada.

—¿Quién es mi verdadero padre?

El anciano inclinó con lentitud el torso y el rostro flaco hacia el suelo.

—¿Quién es mi madre?

No hubo respuesta.

—Dicen que soy adoptado, de Kongslund. Que me trajisteis del hogar infantil de Kongslund.

El antiguo vigilante levantó la cabeza y miró a su hijo. Había lágrimas en aquellos ojos que habían rebuscado en tantos rincones y sótanos en el viejo barrio ahora derruido.

—Hicimos lo que nos dijo la directora.

Nils Jensen se quedó un rato mudo, mientras pensaba en la confesión que acababa de oír.

—Así que ¿no eres mi padre?

—Sí, Nils. Soy tu padre. Nunca ha habido otros.

—¿Qué os dijo? ¿La directora...?

Había temor en la mirada del anciano.

—Que había una razón —respondió.

—¿Una razón?

—Pero no es necesario que la oigas.

—Dímelo. Me habéis mentido toda mi vida.

—Ya no es importante. No significa nada.

Nils esperó.

—No podíamos adoptar. Éramos demasiado pobres. Vivíamos en un piso cochambroso de Nørrebro. Nunca nos habrían dado un niño. Es lo que nos dijo la señorita Ladegaard; pero luego...

Nils pensó en todos los cuentos, y en su padre, en el hombre que había creído que era su padre. Magna lo dejó crecer así, en oscuros patios traseros y en salas oscuras, debido a una razón de la que él nunca supo.

—De pronto, les llegó un niño que..., que la directora no podía entregar a ninguna de las

familias de buena sociedad por una razón determinada: eras...

Calló de nuevo, y la estancia quedó en la penumbra, como siempre.

—¿Sí...?

—Todo fue rapidísimo. De repente nos aceptaron. Recibimos el permiso en unos pocos días, y llegaste tú, y te quisimos desde el principio. Pero yo no me fiaba, porque todo había sido muy extraño. Así que exigí ver la documentación. Quería ver en un papel que estabas bien de salud y saber quiénes eran tus padres.

El anciano se levantó y se dirigió al viejo secreter de roble, que siempre había estado en el rincón junto a la ventana, hasta donde llegaba la memoria de Nils.

—Sí. Hay una explicación que nadie conoce. Aparte de mí y de tu madre.

Tiró del cajón superior, y Nils vio que levantaba con cuidado el fondo de chapeado del cajón y sacaba un gran sobre marrón. Incluso a

distancia, vio el nombre de su padre escrito a mano: «Anker Jensen».

—Aquí lo pone todo.

Tendió el sobre a su hijo.

Nils se quedó un rato inmóvil. Sus expectativas de una confesión avergonzada y humillante que fuera embarazosa, pero como para sobrevivir, en un instante se habían convertido en algo del todo diferente y mucho más aterrador. De pronto se trataba de él, y estaba solo. No había ningún modo de escapar de la salita. El anciano le ofrecía el sobre con el brazo extendido; no podía dejarlo caer, y no podía rechazar su contenido, y, al igual que cuando escuchaba el cuento del niño bajo tierra, se apoderó de él una sensación cercana al pánico.

—Dijo que tu madre biológica había estado en la cárcel, y que tu padre era desconocido. Lo más seguro es que fuera también algún recluso.

Nils tomó el sobre de la mano de su padre.

—Nos dio los papeles para que los viéramos,

y le prometimos quemarlos después. Dijo que hay cosas en la vida que los niños no deben saber nunca.

En el sobre marrón solo había un folio.

—Le dije que lo único que deseábamos era ayudar a que un niño así tuviera una buena vida, pero que guardaría los documentos, entre ellos la partida de bautismo, hasta estar seguro de que mi hijo era un chico sano. Y que después los quemaría.

Nils miró el folio.

—Pero nunca lo hice.

Era una partida de bautismo, y constaba de una sola línea.

—Será porque en mi trabajo siempre he sido el que debía asegurar las cosas, y cuidar de que todo se hiciera como es debido.

«John Bjergstrand, nacido el 30/4/61. Madre: Eva Bjergstrand. Padre: Desconocido».

—Sí. Eres tú.

Nils Jensen cerró los ojos, y la náusea llegó en

el mismo momento. Solo alcanzó a arrojar el folio sobre la mesa antes de arrodillarse sobre la alfombra en la sala oscura y vomitar con violencia. Su padre reaccionó al instante, asió a su hijo por los hombros temblorosos y lo atrajo hacia sí.

—Nils, Nils... Nils, te queremos. Perdona, perdona... Creía que era lo mejor para ti... y para nosotros. Perdona.

—Dicen que soy hijo de una asesina.

Nils Jensen lloró. Y su padre lloró con él.

Cuando cesó el llanto, Anker Jensen le describió los años posteriores: cómo le cambiaron el nombre a Nils, y cómo quemó todo, excepto la partida de bautismo, tal como deseaba la poderosa directora. También quemó un certificado de Instituciones Penitenciarias en el que constaba que la chica Eva estaba recluida, pero que por lo demás era normal y no tenía enfermedad física o psíquica alguna, ni era de ninguna manera una irresponsable. Había también entre los papeles una

especie de expediente que contenía la información más importante sobre la llegada del pequeño John a Kongslund y su permanencia en la Sala de los Elefantes durante los meses siguientes.

Todo parecía ser tal como había contado la directora.

—Para nosotros era un capítulo cerrado. Porque te queríamos, y nunca creímos que fuera a tener importancia. Últimamente hemos pasado mucho miedo.

Sus padres habían leído los artículos de *Fri Weekend* acerca del chico misterioso y, como es natural, reconocieron el nombre. Entonces convinieron que debía de tratarse de un error o de un malentendido sin relación con ellos ni con el antiquísimo formulario cuya existencia nadie sospechaba. Los periódicos de los días siguientes los echaron a la basura sin leer, y apagaban con mucho cuidado el televisor cuando se hablaba del caso en Channel DK o en alguna de las otras cadenas.



Cerraban los ojos con fuerza, literalmente, como hacen muchas veces los padres, mientras confiaban en que el asunto volviera a olvidarse.

Y fue lo que ocurrió de pronto, para su indecible alivio, cuando Channel DK y *Fri Weekend* dejaron de cubrir el asunto para centrarse en el caso del chico tamil y en otros temas. Estaban seguros de que su grotesco secreto estaba otra vez a salvo.

Nils Jensen nunca habría sabido la verdad si yo no le hubiera dado la información decisiva.

## ANDRÓMEDA

*2 de julio de 2008*

*Hemos llegado al final del camino. Así nos parecía a quienes habíamos estado implicados en el asunto Kongslund. Habíamos encontrado a John Bjergstrand.*

*Personalmente, aquellos días estuve esperando una señal de Magdalene, porque si todavía era capaz de movilizar la menor curiosidad por los vivos, el esclarecimiento del enigma debería haber provocado algún tipo de reacción.*

*Pero no la hubo, y aquello me preocupaba más de lo que habría creído.*

—**P**ues no lo entiendo.

Era Knud Tåsing, que una vez más, como octavo invitado, fue directo al asunto. Estábamos, igual que la última vez, sentados en la luminosa sala del jardín con vistas al estrecho.

—No entiendo por qué habría de correr Magna ese riesgo.

Incluso tantas horas después, vi que Nils había llorado, y sentí que su presencia nos influía a todos. No solo porque por fin habíamos encontrado al niño que llevábamos tanto tiempo buscando, John Bjergstrand, que estaba sentado entre nosotros, sino también porque en una sola noche se transformó. La expresión normal, casi distraída, que caracterizaba su rostro se había transformado en algo sombrío y vigilante que no podía ocultar. El brillo un tanto soñador que siempre le vi en los ojos había dado paso a un

lustre que se debía al miedo que lo apresaba aún. De todas formas, me lo tomé con calma, porque al miedo lo sucedería el alivio, estaba segura; llegaría a apreciar la certeza a la que le di acceso, y que yo siempre tuve: la certeza de su propio origen. Me encargué de una reparación necesaria, y dolorosa, pero no había modo de evitarlo.

—¿Por qué? —repitió Knud—. ¿Por qué había de entregar Magna esos papeles a una familia de Nørrebro que, a juzgar por el lugar más mundano que ocupaba Magna en la vida, debió de parecerle bastante diferente? Entiendo que eligiera una familia así en un caso de apuro, para resolver su problema, pero ¿por qué corrió el riesgo de dejarlos conservar los papeles sin asegurarse de que iban a quemarlos de verdad?

Era la cuarta vez que preguntaba «por qué» y, por alguna razón, las palabras elegidas por el periodista me irritaron. Aparte de los reunidos en la sala, nadie sabía aún de nuestro descubrimiento, y Knud Tåsing recalcó una y otra vez la

importancia de guardar el secreto.

Pero no ocurrió nada.

Fue Peter Trøst quien respondió a su colega. Nada más llegar, nos contó que ya no se consideraba de la plantilla de Channel DK. Había ocurrido algo que no quiso concretar, y nadie le hizo más preguntas.

—No —concedió Knud Tåsing—. Pero Magna no podía saberlo.

Se volvió hacia mí.

—¿Eso encaja con la idea que tienes de ella, Marie?

Me quedé unos segundos pensando.

Debió de sentirse presionada u obligada.

Miré a Nils, a quien había hecho cambiar por completo de vida.

—Quizá tu padre no fuera tan fácil de dominar cuando era joven, y tenía la sartén por el mango. Porque Magna ya había puesto en marcha el proceso ilegal.

Nils Jensen —John Bjergstrand— no dijo

nada. Supuse que estaría de acuerdo.

—Pero ¿por qué no tomar precauciones? ¿Por qué no encontrar otra familia más fácil de manipular? —terció Knud Tåsing.

Nadie dijo nada; nadie tenía respuesta.

—De hecho, el padre guardó la partida de bautismo. ¿Por qué?

Se hizo un largo silencio en la sala. Luego dije, porque los demás deberían saberlo, lo comprendieran o no:

—Porque el instinto le decía que borrar la última información sobre las raíces de un niño es el mayor pecado mortal que puede cometer una persona.

Todos me miraron. Nadie habló. Se produjo un largo silencio.

Al final, Asger se volvió hacia Nils.

—Sea como sea, eres hijo de un ministro. ¡Que ahora es el hombre más poderoso del país!

La observación llegó con una falta de empatía que no le era propia, y vi que dolió al fotógrafo,

que acababa de descubrir un pasado que nadie había creído posible. Por una vez, no llevaba ninguna de sus queridas cámaras al hombro, y tenía los puños cerrados en el regazo.

—Sí —aceptó—. Pero no quiero que se sepa. No quiero ser conocido como hijo de ella, o de él.

Knud Tåsing asintió en silencio. Volvía a parecer tan seguro de sí mismo y satisfecho como nos habíamos acostumbrado a verlo los últimos días.

—No, es comprensible. Tampoco lo esperábamos. Y por eso tengo un plan —explicó.

Nos contó lo que había pensado hacer.

Y accedimos sin excepción, porque solo quedaba esa posibilidad si en adelante queríamos seguir unidos frente a los auténticos villanos del asunto Kongslund, y resolver el caso: uno para todos y todos para uno.

Una vez más, Asger se quedó cuando los demás se fueron, y decidimos de nuevo terminar el día en la Habitación del Rey, con vistas al estrecho de Øresund y a la isla de Hven.

Como de costumbre, yo estaba algo nerviosa por su presencia, pero Asger no parecía darse cuenta de nada.

—Él no pensaba en la gran casualidad —comentó, pensativo—, y no creía para nada que Dios jugara a los dados.

Asger acababa de poner en palabras sus pensamientos más íntimos.

Me di cuenta de que estaba otra vez hablando de Einstein y de su famosa disputa con el científico atómico danés Niels Bohr; una vez más, noté que quería decir algo, pero que no llegaba a formularlo.

—Marie, si el científico más genial, Albert



Einstein, podía equivocarse, todos los científicos pueden equivocarse, y en ese caso es muy posible que de todas formas Einstein tuviera razón en última instancia. Es una idea fascinante, ¿verdad? La posibilidad de la simetría perfecta, un rompecabezas organizado sin errores en el que todos los elementos pueden calcularse, explicarse y preverse.

Por suerte, no trató de tocarme otra vez.

—Andrómeda.

Pronunció la palabra de nueve letras con aire soñador y con un tono algo más sombrío que las afirmaciones anteriores. Tal vez pensara de forma inconsciente en Ejnar-ovni y en su último viaje hasta el fondo del agujero negro vacío bajo los árboles del bosque.

—¿Por qué las heridas recibidas temprano en la vida no desaparecen con el tiempo? ¿Sean estas debidas a los malos tratos, a la humillación o a la soledad?

Su repentino cambio de tema volvió a

recordarme mi propia capacidad de hablar sin escuchar, pero no veía qué relación podía tener Andrómeda con su primera infancia y el abandono de sus padres.

—Es porque esos acontecimientos nunca se convierten en heridas que cicatrizan, sino en pequeños fragmentos de ti mismo como persona. Los llevas como si fueran partes del cuerpo, solo que un poquito retorcidas. No se ven a simple vista, pero de todas formas influyen en tus movimientos y en cuanto dices y haces, hasta el día en que mueres.

—¿Como mis pies, que caminan torcidos, pese a que los médicos hace tiempo que los declararon curados?

El tono de mi respuesta fue algo burlón. En realidad, mis pies siempre me habían llevado adonde yo quería.

—Sí —dijo entre risas Asger, sin captar la ironía—. Y como mi cadera, que hace tiempo que se curó, pero aun así me hace cojear a poco que

me canse.

Se levantó y se colocó junto a mí en la cama, y yo, como las veces anteriores, me alejé un poco de él, hacia el otro extremo, porque mi timidez ante un posible contacto era como un pequeño motor eléctrico que se ponía en marcha solo.

—Es la soledad la que tiene verdadera importancia —sentenció, y se quedó algo inclinado hacia delante.

Por un momento, pensé, horrorizada, que iba a rodearme con su brazo derecho, pero no lo hizo.

—La soledad es el único defecto que tiene verdadera importancia, ¿verdad?

Sonrió.

Yo veía su mirada, de frente y de lado, en el espejo de la pared delante de la cama, y aunque el viejo espejo ya no se metía en mis asuntos privados, oí sin dificultad el comentario burlón desde la oscuridad tras el cristal.

¡Bésalo, Marie!

Me alejé un poco más de él.

—¿Verdad, Marie?

Entonces me di cuenta de lo que estaba sucediendo, y reaccioné al instante: me levanté.

—Ahora tengo que dormir —dije, abriendo la puerta—. Como sabes, estoy invitada a la reunión más importante de la historia de Kongslund, por la mañana temprano.

La observación era tan práctica y neutra que lo devolvió de inmediato a la realidad, y cerré la puerta tras él. Pero sus palabras sobre la soledad, y todos los anhelos terrenos de Einstein, se quedaron flotando en el espacio el resto de la noche. Me pregunté si me había dicho lo que yo creía, o si solo era mi propia fantasía, patética y medio eclipsada, la que hacía que soñase despierta.

## EL PRIMER MINISTRO

*4 de julio de 2008*

*Aquellos días el Rey Absoluto fue proclamado en prensa y televisión el más admirado primer ministro que la gente había elegido para el puesto supremo de la nación, y ni siquiera había habido elecciones.*

*Pero los editorialistas y comentaristas lo consideraban, en su eufórica embriaguez, como una distinción especial que debía de significar algo importante, a saber, que una providencia superior había colocado al hombre fuerte donde los daneses tenían mayor necesidad de él, justo ahora, en un mundo que era cada vez más grande*

*y parecía cada vez más inseguro. La responsabilidad del escándalo del chico tamil fue atribuida al claramente imprevisible jefe de Gabinete, al que buscaba la Policía.*

*Ole Almind-Enevold se había convertido por fin en monarca absoluto del reino que llevaba tanto tiempo codiciando, y nadie en su sano juicio podía imaginar que fuera a abdicar jamás por propia voluntad.*

Los altos funcionarios, ayudados por un pequeño ejército de ayudantes, habían restablecido el ventrículo superior del reino como despacho del primer ministro. Lo hicieron en un tiempo récord, ya que Almind-Enevold quiso de inmediato tomar posesión del mayor puesto de poder del país.

Habían llevado sus papeles más importantes y sus efectos personales desde el Ministerio Nacional a Presidencia del Gobierno en cuatro

carretillas grandes metálicas que retumbaron arriba y abajo por los distinguidos pasillos con su valiosa carga, cruzaron el patio, subieron en ascensor y continuaron rodando hasta el elegante despacho del que acababan de sacar la cama hidráulica. Era una forma de transporte poco convencional, pero las cuatro carretillas estaban a mano, porque una brigada de albañiles estaba haciendo una ampliación más de la sección de Extranjería en el ala oeste del Ministerio Nacional —desde 2001 ocurrió algo contradictorio: que mientras caía el número de extranjeros, aumentaban las actividades relativas a ese ámbito—, y el Rey Absoluto quería mudarse enseguida. Tenía sus motivos.

Acababan de vaciar la última carretilla cuando el recién coronado jefe de Gobierno tuvo su primera reunión. Iba a ser la más importante de todas.

Tampoco era una reunión a cuyos participantes hubiera tenido la menor gana de recibir, pero Knud

Tåsing solo tuvo que decir una frase por teléfono para lograr lo que quería.

—Lo hemos encontrado.

Luego Ole Almind-Enevold consultó la primera página de su agenda de primer ministro y canceló todas las reuniones de la mañana, incluida una con su nuevo subsecretario sobre una remodelación inmediata del Gobierno para sustituir a la ministra de Igualdad por un hombre joven que pudiera llevar a cabo cuanto antes la aprobación de la Ley ANV, con nuevas exigencias para la interrupción del embarazo.

También eso tendría que esperar.

Carl Malle estaba junto a él cuando llegamos, enorme, y sorprendentemente tranquilo. Yo esperaba una expresión más nerviosa, o más terrible, en sus duros ojos castaños, pero estaba como siempre, imperturbable. Aquello me inquietó, pese a no ver ningún punto débil en el plan que Knud diseñó y todos aceptamos por unanimidad.



Los saludos formales fueron lo más breves posible, con un mínimo de cortesía y un débil murmullo por parte de los presentes. Tuve una visión fugaz del desconcierto en la mirada de Almind-Enevold cuando dio la mano al fotógrafo. Knud Tåsing y yo éramos viejos conocidos por ser creadores de problemas para aquel hombre, pero la presencia de Nils Jensen lo dejó estupefacto.

Carl Malle ni se dignó a dar la mano a los visitantes. Solo hizo un gesto con la cabeza, y no pude descifrar su semblante.

Luego el Rey Absoluto —que ahora sí que hacía honor a su apodo de años— tomó asiento tras el nuevo escritorio, bastante más pequeño que el que tenía en el Ministerio Nacional. Carl Malle se sentó en una silla a su derecha, y nosotros nos hundimos en un sofá que se encontraba a varios metros. Como es natural, la posición estaba calculada para que todos los invitados fueran conscientes de su vulnerabilidad.

Pese a todo, Knud Tåsing chasqueó la lengua, y

el ruido pareció casi vulgar en el elegante despacho. Dudo que sus paredes hubieran presenciado jamás un comportamiento tan insultante. Fue un gesto que nadie esperaba, y Nils Jensen, que estaba sentado en el sofá entre Knud y yo, dio un respingo. El flaco fotógrafo era el más nervioso de nuestro grupo, no era de extrañar.

—Hemos encontrado a John Bjergstrand — comenzó Knud Tåsing, corroborando lo que le había dicho por teléfono.

En aquel segundo nadie se movió, pero Ole Almind-Enevold observó a su antiguo enemigo con la mirada entornada. La pregunta lucía clara, pero muda, en sus ojos. ¿Quién?

—Está sentado ante ti.

Percibí otro pequeño temblor en los hombros flacos del fotógrafo.

Carl Malle arqueó las cejas y dirigió la mirada hacia aquel hombre que era el único candidato posible, puesto que yo era una mujer, y Tåsing no era más que el mensajero.

El primer ministro se quedó un rato en silencio. Después, sin elevar la voz, dijo:

—No es posible.

—Es posible.

Esta vez Knud Tåsing empleó su habitual truco de materializar el documento incriminatorio, casi de la nada, y arrojarlo ante su presa. La partida de bautismo del secreter del anciano vigilante estaba sobre la carpeta de escritorio más distinguida del país.

—Encontramos esto en casa del padre de Nils Jensen. Anker Jensen ha confirmado que es auténtico, y que se lo entregó Martha Ladegaard. Es decir —continuó Tåsing—, que su hijo, Nils Jensen, es adoptado, de Kongslund, y el nombre que aparece... —señaló el formulario— es John Bjergstrand.

Juraría que el hombre más poderoso del país en aquel momento estuvo a punto de resbalar, desvanecido, trono abajo. Se armó de valor para inclinarse hacia delante y examinar el papel,

mientras sostenía su frente gris mármol con ambas manos. ¿Iba a marearse?

Carl Malle debió de pensar lo mismo, porque se medio levantó, al parecer para leer el documento, pero también para poder ayudar en caso de que su jefe de pronto resbalara y cayera del trono.

Pasó por lo menos un minuto en absoluto silencio, y pese a todo tuve que admirar el autocontrol del anciano. Pestañeó varias veces, pero luego se enderezó y dijo con un susurro:

—Necesito pruebas.

Era el tipo de cosas que era capaz de hacer el poder. Plantear exigencias desde una posición imposible.

—Una prueba de ADN —añadió. Seguía pareciendo que alguien le había golpeado con fuerza el plexo solar. El fotógrafo del Rectángulo Negro era probablemente el niño que menos deseaba reconocer, y que jamás había imaginado. Había soñado con Orla, o tal vez Peter, a quien

respetaba a pesar de todo, y podría haberse acostumbrado a Asger.

Siempre excluyó a Severin, y nunca pensó en Nils, el chico pobre de los oscuros patios traseros, aunque había estado en la Sala de los Elefantes en las Navidades de 1961 y Carl Malle lo siguió a distancia los primeros años.

En aquel momento tenía un hijo que era el mejor amigo y colega de su viejo enemigo a muerte, y que nunca hizo otra cosa que unir luces y sombras en pequeños rectángulos y venderlos a revistas del corazón y periódicos sensacionalistas. La decepción debía de hacérsele insoportable.

—No va a haber ninguna prueba de ADN. La prueba la tienes delante.

Knud Tåsing sacudió la cabeza para recalcar el brusco rechazo.

—Somos nosotros quienes, aquí y ahora, tenemos el poder en este asunto. No soportas el menor comentario público, y si quieres evitar eso tenemos tres condiciones irrenunciables.

Era evidente que el periodista había preparado su frase final hasta el menor detalle, y que estaba gozando muchísimo. El cirujano nunca había tenido en sus manos una víctima tan importante.

—Y solo ofrezco eso porque Nils Jensen me lo ha pedido expresamente. Está por lo menos tan horrorizado como tú. No desea que nadie en el mundo sepa de vuestra relación. Aparte de quienes estamos reunidos aquí.

La mirada que sostuvo el periodista, procedente del cargo más distinguido del país, estaba tan llena de odio que no entendí que pudiera mantener la concentración. Pero la mantuvo.

—Le he dicho a Nils que solo hay un modo de cumplir su deseo, para que pueda mirarme a mí mismo a los ojos como periodista, ya que no escribo la historia, y es que cumplas las tres condiciones que tengo. Si te niegas a cumplirlas, publicaré todo. Y lo haré con sumo placer.

—¿Y cuáles son esas tres condiciones?

Fue Carl Malle quien tomó la palabra, por

primera vez. Por alguna razón me miró a los ojos cuando hizo la pregunta, y sentí que brotaba mi antiguo miedo y hundí mi hombro izquierdo hasta el fondo. Si en aquel momento hubiera intentado hablar, nadie habría entendido una palabra, y la buena de Magdalene habría parecido una auténtica logopeda. Incluso en un momento de derrota evidente, el colosal expolicía me producía un miedo de muerte.

—La primera condición es que Ole nos cuente, le cuente a Nils, lo que sucedió exactamente cuando conoció a Eva Bjergstrand.

Esta vez Tåsing empleó, sin pizca de respeto, el nombre de pila de su antiguo enemigo.

—¿Y la segunda? —quiso saber Carl Malle.

—Cada cosa a su tiempo. Primero la explicación.

Por fin, Ole Almind-Enevold tomó la palabra, y fue como si la enorme conmoción hubiera hecho desaparecer el habitual tono de arrogancia y distancia de su voz.

—Pero Tåsing, si se convierte en un secreto, todo el asunto, nunca vas a conseguir tu última exclusiva. La que debería devolverte el honor y la dignidad que nunca has poseído.

Fue una formulación extraña, pero también valiente. Me imaginé las ideas caóticas que atravesaban la mente del por lo demás bien entrenado político, y el peligro que debía de presentir ante sí. La primera mañana en el trono que siempre había deseado se arriesgaba a perderlo todo y convertirse en foco de un escándalo que iba a aniquilarlo. Y probablemente enviarlo a la cárcel. Ahora se le ofrecía una salida, y hurgó en todos los rincones en busca de posibles trampas, todo ello mientras ofendía a su verdugo. Aunque a regañadientes, tuve que reconocer su audacia.

Su hijo estaba sentado frente a él, pero ninguno de los dos hacía caso del otro. El amor paternal imaginado durante tantos años se había desmoronado a causa de algo realista a más no



poder: una decepción insoportable.

—Ya no trabajo en el periódico —informó el periodista—. Así que, de todas formas, es demasiado tarde. ¿Y sabes qué, Ole?

No hubo reacción.

—Me importa un carajo. Cuéntanos tu historia. No se lo diremos a nadie. Si vosotros cumplís vuestra parte del acuerdo.

—¿Cuáles son las otras dos condiciones?

Era el expolicía quien volvía a preguntar.

—Las dos son condiciones que podéis cumplir sin ningún esfuerzo, os lo aseguro. Lo importante es la historia del origen del chico. Es lo menos que merece Nils Jensen.

No pude estar más de acuerdo.

Incluso Carl Malle asintió en silencio; con lentitud, pero lo hizo. Se imaginaba sin duda que las dos restantes condiciones estarían relacionadas con favores, incluso dinero, tal vez una asignación presupuestaria extra para el hogar infantil de Kongslund.

Casi sonreí al pensar en la sorpresa que iban a provocar las dos últimas condiciones diabólicamente ideadas por Knud.

—Vale.

Era una palabra que el jefe de seguridad raras veces empleaba. Una señal de aceptación. De derrota. La detestaba.

Luego se volvió hacia su antiguo camarada de la resistencia y dijo:

—Cuéntaselo, Ole. De todas formas, ya lo saben en líneas generales.

**E**mpezó a hablar vacilante, con una voz que aún contenía restos de la conmoción que había sufrido; pero después fue como si el relato lo hubiera cautivado e incluso le provocara una especie de alivio inmerecido, porque los detalles eran tan grotescos que hacía tiempo que debería haberse venido abajo. No merecía ninguna salvación, y

desde luego ningún placer agrisulce al revivir su vieja pasión y el hijo fruto de ella.

Dijo que la sala de visitas puesta a su disposición por la dirección de la cárcel era cuadrada; tendría unos tres metros por tres. Había una cama-banco de patas cortas con una delgada colcha azul y una mesa de madera pintada de amarillo con dos sillas. También un lavabo con un grifo oxidado al que le costaba girar y del que manaba un fino chorro irregular. Así lo recordaba, a grandes rasgos.

El día que empezó su pesadilla, la chica del cuarto parecía más triste de lo habitual, pero la tristeza era de todas formas un sentimiento que siempre había relacionado con ella. Razones no le faltaban.

No diría que era guapa, eso sería una exageración, y pensar en ella como el amor de su vida era una ridiculez que ningún hombre de su posición —y tan joven como era entonces— podía permitirse. Recordaba su aspecto: no era bonita, ni

llamativa, sino casi transparente, como un papel recortado con motivos de cuentos de Hans Christian Andersen. La chica estaba siempre rodeada de silencio, algo paradójico cuando se pensaba en su pasado violento. Nunca había negado el crimen por el que la condenaron, nunca lo justificó ni lo explicó, y nunca había conocido a una chica como aquella. Eso no lo dijo, pero lo oí en su voz mientras él buscaba en su memoria.

Trató de evitar la mirada triste de ella sentándose en la silla y consultando el informe que tantas ganas tenía de enseñarle. La guinda del trabajo que los había unido del modo más extraño: su tesis sobre la particular mala situación de las reclusas.

—Lee esto, Eva. Trata sobre ti.

—Voy a tener un hijo —informó ella, como si fuera una situación irremediable, o un lugar en el que todo estuviese quieto y nunca podría cambiarse nada.

Ole Almind-Enevold se quedó conmocionado,

y escrutó la mirada de la chica en busca de alguna señal de guasa. Oyó a uno de los guardianes pasar al otro lado de la puerta, pero no lo vio, porque el cristal estaba tapado con un pedazo de tela oscura.

—Voy a tener un hijo —repitió, y esperó una reacción.

El guardián se detuvo un rato junto a la puerta, e hizo ruido con una silla. Pero luego los pasos se alejaron de nuevo y desapareció.

—Eres tú...

Pero no terminó la frase. En su lugar, su boca se encogió hasta parecer una florecilla roja que hubiera retraído los pétalos hacia sí. Aquella boca que lo recibió con avidez las veces que él permitió a su deseo descuidar toda precaución. Hacían el amor en la cama-banco azul, y fuera llovía y nevaba, eso lo recordaba bien. Cada vez, la sala de visitas se cerraba con llave, el cristal se tapaba y la estancia era solo de ellos durante las dos horas de la visita. Su relación duró varios meses.

Él acababa de cumplir los veintisiete, y se

hablaba de su prometedora carrera política, tanto en *Socialdemokraten* como en *Berlingske Aften*, después del congreso del partido en septiembre de aquel año.

—Di algo —lo conminó la chica, sentada algo inclinada hacia delante con toda su fragilidad de papel, mientras lo miraba con infinita tristeza.

Pensó en ella desnuda —la palidez era quizá lo más fascinante, porque ya llevaba en la cárcel dos años—. Pensó en el sudor que recorría su piel y caía a la manta que él había extendido bajo ellos, y fuera llovía y soplaba el viento mientras ella hundía su boca en el oído de él y susurraba palabras que solo emplearían las chicas de un barrio como aquel en el que nació; temblaba bajo él como si tuviera espasmos, antes de abrir los ojos de par en par sin ver nada ni a nadie, y estrechar su abrazo.

Dejó sobre la mesa los papeles, el informe oficial que iba a catapultarlo en su carrera.

—Tengo casi terminado mi informe —

comunicó—. Este es el último borrador.

Estaba muy satisfecho de su trabajo.

—Tú estás loco. —La chica sacudió la cabeza—. Te digo que vamos a tener un hijo, y te pones a hablar de un informe.

—Pero puede venir bien para tu caso. Podría sacarte de aquí —explicó él. Claro que en realidad no quería que saliera. Estaba casado.

Él mismo escribió la introducción al informe, que estaba ante ella intacto: «Instituciones Penitenciarias y Universidad de Copenhague, 1960. Presa, nacida el 6 de abril de 1944, designada como 01».

Toda la primera sección trataba sobre ella, y a él le parecía que era un documento importante, decisivo, para mejorar la difícil situación de las mujeres excluidas: «Hablo con 01 de su madre. Da a entender que el pasado de su madre fue un factor decisivo en lo que ocurrió».

Después, las necesarias observaciones técnicas, y luego las más concretas: «01, hija de un

soldado alemán, mató a su madre de un simple empujón, pues cayó por las empinadas escaleras traseras del piso donde vivían, tras una pelea. El episodio tuvo lugar el día que 01 cumplió quince años. Al principio dijo que había sido un accidente, pero después se retractó, declaró que odiaba a su madre y la detuvieron».

Sin embargo, el tratamiento que se describía en la siguiente sección tuvo éxito, según los baremos de entonces: «Tras las primeras tres semanas, 01 habla con mayor franqueza sobre sí misma y sobre su estancia en prisión. Trato de sondear su impresión del efecto preventivo de la condena mediante las preguntas 16-23 (sección 01C). No obstante, las preguntas parecen cansar a la chica. Solo tiene dieciséis años recién cumplidos».

Después hicieron el amor por primera vez. Todavía oía los gritos de ella. «¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!». Y no estaba seguro de si expresaba su fuerza primigenia de mujer mientras tensaba la espalda y se ponía a temblar como nunca había visto —lo



que la dejó flotando en un arco sobre la colcha azul durante casi un minuto—, o si las palabras no eran sino una confesión de la insoportable culpabilidad que sentía.

—¡Ahora tendrán que soltarme! —fue lo que exclamó la chica, con ambas manos en el vientre.

—Nunca van a soltarte.

La respuesta de él llegó sin vacilación. Pudo incluso oír el alivio en su voz.

Ella se quedó inmóvil, mirándolo con fijeza.

Yo pensé en la niña de la hoja de nenúfar que miraba el abejaorjo después de que él cortara el cinturón de su vestido y la mariposa se convirtiera en un puntito en el cielo.

—Debes abortar. —Las palabras salieron solas. Porque era la única solución de Ole Almind-Enevold—. No van a soltarte solo porque estás...

Se calló. El nombre le parecía absurdo en aquella situación —el nombre de la madre de todas las mujeres—, pero aun así lo repitió como

último recurso:

—Eva, tienen que extirparte el feto.

—El monstruo, ¿verdad?

Ole sintió el frío de la estancia. Si ella hablaba a alguien sobre el padre del niño, o si los empleados de la prisión no mantenían su discreción —por supuesto que podrán sacar sus cuentas, pero se podía convencer a la dirección de la cárcel para que guardaran silencio—, iban a encerrarlo sin remisión.

«Relación con una mujer condenada por asesinato». «Abuso de confianza para con el cliente». «Abuso de una menor bajo custodia en una institución penal».

Se publicaría con gran alarde tipográfico en todos los periódicos del país. Lo condenarían y lo destituirían del cargo; la reacción del partido, que le había asegurado una candidatura para el parlamento, sería rápida y definitiva.

En aquel momento, la chica echó a llorar.

—No voy a matar también a mi hijo.

Él se dio cuenta de que era verdad, y las ideas atravesaron su mente a velocidad vertiginosa. Luego tomó su decisión.

—Eva, también hay otra posibilidad. Pero exige un gran sacrificio que no sé si podrás hacer —declaró—. Así podrás expiar todo lo ocurrido.

Eva se secó las lágrimas y lo miró durante un buen rato.

Ole notaba en su mente la presencia de ella; que buscaba una mentira, la mentira que debía haber allí; pero no iba a encontrarla, porque suele suceder que la realidad funciona de forma tan fantástica que al mentiroso no le hace falta nada más. Vio ante sí el esquema, el plan, y supo exactamente cómo debía llevarse a cabo y a quién debía pedir ayuda.

La asió por los hombros; iba a tener que escuchar si quería salvarse y salvar al niño, y había una cosa que había aprendido como asesor jurídico en Instituciones Penitenciarias: las chicas de clase baja deseaban salvar a su hijo a cualquier

precio, era tal vez lo único que habían aprendido de sus madres.

—Solo nos queda una opción —sentenció, asiéndola con fuerza por los frágiles hombros.

Después pensó en la situación como si fuera una casualidad que era hija de una casualidad, que a su vez había surgido por casualidades. ¿No es acaso así como se ponen los cimientos de la existencia de la mayoría de los niños, si se examinan de verdad los casos? ¿No ha sido acaso siempre así en las villas de los ricos de las afueras de Copenhague y en las grandes granjas de Jutlandia? ¿Incluso en los palacios reales? Se ha probado una y otra vez a través de los siglos: los niños llegan al mundo como casualidades, llegan a la costa igual que Moisés en su cesta de junco, y son amados por las personas que casualmente pasan por allí y oyen su llamada.

Los recogen.

Sí, pensó.

Y tampoco habría habido sitio para otras

consideraciones en la sala de visitas n.º 4 de la prisión estatal de Horserød aquel día de otoño.

—**F**ue en 1960. Dio a luz nueve meses más tarde, justo el día que salía de cuentas: el 30 de abril de 1961.

—En la sección B de Maternidad del Hospital Central.

Fue Knud quien completó la observación del ministro.

—Sí, es verdad. Porque teníamos cierto poder. Tiramos de los hilos necesarios. Y lo conseguimos. Con la ayuda de Magna... y con sus contactos personales con el jefe de servicio de Maternidad, y un talón para el director de la cárcel...

—Y un escenario alternativo en el que el director iba a ser despedido por no cuidar debidamente de las reclusas a su cargo.

Carl Malle se permitió una pequeña sonrisa.

Aquella amenaza había sido, sin duda, su aportación.

—Magna fue en busca del bebé y habló con Eva. La convencimos para que hiciera lo correcto, y luego se fue. Y entonces...

—Entonces todo se torció.

El Rey Absoluto respondió a Knud asintiendo. Al parecer, el singular relato había establecido entre los dos hombres un armisticio histórico, y sin duda muy breve.

—Sí..., todo se fue a pique. Mi mujer..., mi esposa, Lykke... no quiso adoptar. Y entonces Magna se asustó. Había colaborado en algo ilegal, aunque dijo que era por el bien del niño.

—Y por supuesto, también, porque sabía que aquello aseguraría su hogar infantil en el futuro.

Fue una vez más Carl Malle quien completó la exposición con su propia observación cínica.

Ole Almind-Enevold se alzó de hombros, irritado, y continuó:

—Porque no sabíamos cuál de los chicos de la Sala de los Elefantes era el de verdad... No sabíamos quién de ellos era mi hijo.

Observé que Eva había desaparecido ya del relato.

—No sabíamos cómo averiguarlo. Y entonces Magna consiguió deshacerse de él antes de que pudiéramos hacer nada.

En aquel momento el Rey Absoluto parecía tan triste como la joven a la que acababa de describir.

—Durante años se negó a darme la menor información sobre lo ocurrido. Dijo que era la protección que estaba obligada a prestar a los niños entregados en adopción. Y que así expiaba su crimen. Había roto todas las reglas de Asistencia a la Maternidad cuando nos ayudó con el hijo de Eva, y todo salió mal; en adelante, no iba a romper ninguna regla más.

—Entonces, empezamos a vigilarlos.

Carl Malle dio la información en un tono anodino, como si no hubiera cosa más natural que

acechar a niños pequeños en sus primeros desplazamientos por el mundo.

—Siempre había una solemne despedida cuando los niños se entregaban en adopción. Todo el personal salía al sendero de entrada y se despedían con la mano de los pequeños y de sus nuevos padres. Nosotros los seguíamos.

El imponente jefe de seguridad sonrió, y nunca me había parecido tan antipático como ahora. Parecía que participase en una ceremonia a la que no lo habían invitado.

—Más tarde hicimos de vez en cuando alguna visita al hogar infantil, cuando era posible, para ver si Magna había escondido algo que nos sirviera, o si estaba en contacto con el niño o con la madre —explicó.

—Cometisteis allanamiento de morada —terció Knud Tåsing.

—Al menos, las primeras veces lo hicimos de noche.

Carl Malle nos sonrió otra vez, provocador.



—Pero al final desistimos.

Almind-Enevold interrumpió la parte más turbia de la historia, que de todas formas no aportaba nada.

—Encontramos a los niños de la Sala de los Elefantes, y los seguimos a distancia durante años, pero nunca descubrimos quién era...

—John Bjergstrand.

Había en la voz de Knud Tåsing un inequívoco tono triunfal. El armisticio entre los dos hombres había terminado.

—Así es. Nos dábamos cuenta de que sus padres adoptivos no desearían conocer la verdad, y no encontrábamos otras pistas.

—Pero la ciencia avanzaba —objetó el periodista—. ¿No pudisteis conseguir pruebas...?

Fue Carl Malle quien interrumpió su razonamiento.

—Lo intentamos una vez, pero no dio resultado, y desistimos. Era demasiado peligroso. ¿A qué médico o laboratorio íbamos a pedirselo, y

con qué motivo? Corríamos el riesgo de que la prueba se nos volviera en contra.

—O también significaba que seguías teniendo poder sobre Ole, como cuidador del niño invisible, cosa que te venía de perlas —dijo Knud con la cabeza ladeada como un pájaro grande—. Cuando la primera prueba, cosa rara, no dio resultado, tal vez empezaste a temer que el padre no fuera Ole, con lo que perderías tu influencia sobre él. Por supuesto que habrías encontrado alguna salida si lo hubieras querido.

Por una vez, Carl Malle no dijo nada. Sus ojos estaban inexpresivos, y no pude averiguar si Knud había dado en el blanco.

El periodista cambió de tema.

—¿Tenéis algo que ver con la muerte de Eva en 2001?

Ole Almind-Enevold achicó los ojos. Parecía muy agitado.

—No, no teníamos ni idea de que estuviera aquí.

—¿Y lo de Magna...? ¿Una muerte accidental más?

La pregunta de Knud Tåsing quedó flotando en el aire, acusadora.

—Piensa un poco. —El nuevo primer ministro miró enfadado a su interrogador—. No teníamos ninguna razón para matar a Magna. Porque era la única que podía..., que podía informarme sobre mi hijo, si es que algún día decidía hacerlo.

Durante la conversación no miró una sola vez a Nils. Había tenido un hijo y había renegado de él todo en menos de un minuto.

—¿Y Dorah Laursen?

El Rey Absoluto se quedó perplejo.

—¿Dorah...? —preguntó.

El expolicía agitó la mano, como quitando hierro.

—Ya sé de quién habláis. ¿Qué pasa con ella?

—Era la tercera muerte... inexplicable. Y estuviste en contacto con ella, Malle, justo antes, para presionarla para que no hablara con nosotros.

Me lo dijo ella.

—Piensa un poco, Tåsing. Ni siquiera sabía que hubiera muerto. ¿Y qué importancia podía tener para nadie? No era capaz ni de encontrar su propia sombra. Pero sembraba la confusión y obstaculizaba la investigación, y por eso le pedí que cerrara el pico. Pero educadamente. No empujándola por una escalera al sótano.

Knud Tåsing se quedó un rato pensando en la frase, y me di cuenta de que no sabía cómo refutarla. Por supuesto, la anciana podía haberse caído por la escalera del sótano tras perder el equilibrio. Le pasaba incluso a gente maciza y prosaica como ella.

—¿Y cuál es la segunda condición?

Carl Malle pasó sin dificultad a la última parte de la reunión, la más práctica.

Knud Tåsing decidió, por lo visto, dejar de lado las tres muertes.

—Tenéis que retirar la ley de ANV —sentenció—. Todo este asunto descabellado no

puede desembocar de ninguna manera en una limitación absurda del derecho de las mujeres a decidir sobre su propia vida.

—Sobre la vida de otros... —El Rey Absoluto casi gritó las últimas palabras.

—O paras esa ley, Ole, o hacemos que se pare tu carrera. Sabes que podemos. Por lo demás, no está mal tu nuevo despacho.

Vi que Almind-Enevold se hundía, conmocionado, puesto ante un dilema que nunca había creído posible. En aquellos momentos estaban desmantelando la noble motivación de su ambición de toda la vida por el más alto cargo del país.

—Vale.

Carl Malle empleó por segunda vez aquella palabra, señal de derrota, y por alguna razón no me atreví a alzar la vista hacia el Rey Absoluto en aquel momento. Era casi como si hubiera que compadecerse de él, o como si yo temiera un sentimiento así; pero era absurdo, por supuesto.

Knud Tåsing expuso su última condición, que podía resumirse en una breve frase imperativa.

Tampoco esta vez hubo vacilación alguna.

—Vale.

La palabra-señal de derrota sonó por tercera vez, y de nuevo fue Carl Malle quien se comprometió. Me dio la sensación de que la condición a cumplir no hizo más que alegrar de forma extraña al viejo jefe de seguridad, aunque, como es natural, tratara de ocultarlo.

Yo no dije palabra en toda la reunión.

Abandonamos el ministerio en fila india, algo inclinados hacia delante, como los tres integrantes del viejo trío de las películas de Nordisk Film sobre la Banda Olsen<sup>[9]</sup>. A Knud Tåsing solo le faltaba un puro mordisqueado en la comisura, así que encendió un cigarrillo mentolado.

—¿Cómo sabía Carl que Dorah había caído por la escalera del sótano? —pregunté.

Los otros dos me miraron un rato, sin comprender. Debían de tener la mente muy lejos, y

los dejé estar.

A lo largo de los canales estaban erigiendo altas tribunas de colores brillantes dorados y plateados. Al difunto primer ministro, que habían engalanado y depositado en un elegante ataúd de madera de cedro —aunque no un sarcófago del poder egipcio—, iban a pasearlo dando siete vueltas al complejo de Slotsholmen antes de proceder al último acto conmemorativo en el patio.

Iba a ser una celebración como nadie había visto nunca.

Aspiré hasta el fondo de los pulmones, y me di cuenta de que Knud y Nils hacían lo mismo. Paramos un taxi en el puente de la Bolsa y volvimos a Kongslund.

«Quiebra de periódico».

El mensaje brillaba de forma intermitente en la

pantalla de televisión que colgaba sobre la cabeza del Catedrático. Estaba solo en el Espacio Conceptual del sótano del Gran Cigarro, pero lo más seguro es que no se fijara en el mensaje que en tres palabras condenaba a la tumba el anterior periódico del Gobierno.

*Fri Weekend* había suspendido todos sus pagos. Los pocos socios capitalistas que quedaban —entre ellos un gran sindicato— lo daban por quebrado.

—Así, pues, los dos últimos casos del periódico, que debían haberle dado nuevo impulso, quedan sin resolver —informaba uno de los reporteros de informativos que le quedaban al Catedrático desde lo alto de la pantalla, pero el Catedrático no le prestó atención—. Se refieren al caso Kongslund y a la expulsión del chico tamil de once años. Ahora probablemente nadie va a saber qué ocurrió realmente en ambos casos.

Diez minutos antes, el catedrático Bjørn Meliassen todavía estaba acompañado de su mano



derecha en la cadena de televisión que se hundía, el jefe de conceptos. Los dos hombres trataron de ordenar los montones de planes y propuestas conceptuales que cubrían la enorme mesa de reuniones. Otros montones habían caído al suelo, nadie los había recogido, y en muchas hojas de los documentos había señales de que varios pies las habían pisado sin consideración cuando los últimos colaboradores abandonaron la estancia a toda prisa.

Entonces llegó la última información paralizante por teléfono, directamente de Presidencia del Gobierno, y fue Carl Malle quien la comunicó mediante una sola palabra terrorífica.

—No.

¿No? El Catedrático perdió el color, hasta el último brillo de la coronilla. Todo se apagó.

Y no, el Catedrático no podía hablar con el jefe de Gobierno; de hecho, el canal de televisión debía dejar de intentar comunicar con él. Un primer ministro era también el ministro de la

prensa, y un ministro así no podía diferenciar entre los diversos actores del mundo mediático. No podía intervenir de manera selectiva para salvar un solo medio, sería muy desafortunado.

El Catedrático colgó sin decir palabra. No había más que hablar. Sonó como una risa sofocada procedente del Infierno. Su pecho traqueteaba, como si el corazón se hubiera soltado y golpeará contra las costillas.

—¿No van a apoyarnos? ¿El ministro no va a ayudarnos?

El jefe de conceptos dirigió al presidente del consejo de administración una mirada en la que ya no cabía ninguna esperanza.

El Catedrático sacudió la cabeza y aspiró aire hasta el fondo de los pulmones, hasta que el traqueteo hueco se detuvo, tras lo cual se enderezó.

—Falta por tratar esta propuesta.

Sacó una carpeta verde del enorme montón de papeles que había en la mesa, entre los dos

hombres. Pero no llegó a más.

—Me marchó.

El jefe de conceptos miró al hombre derrumbado mientras correspondía a las últimas palabras con la única decisión posible.

Luego el Catedrático se quedó solo. Alguna fuerza desconocida había retirado el sustento vital de Channel DK, y el búnker se cerró sobre la cabeza del anciano.

El Catedrático se levantó, encorvado, y cerró la puerta al mundo. Por dentro.

## DESPEDIDA

*2 de septiembre de 2008*

*Toda la nación pudo observar en las imágenes de Kongslund que publicaron las revistas durante los grandes años de adopciones que era un hogar habitado por multitudes de niños sonrientes animados por un gran deseo de supervivencia común que ninguna adversidad humana podía doblegar.*

*Claro que en realidad no había sido así.*

*Creo que la mayoría de los niños de Kongslund guardaban su encuentro con las Tinieblas en una pequeña estancia de lo más recóndito de su alma, donde no dejaban mirar a*

*ningún extraño. Nadie desea mostrar daños tan profundos que ni la mejor reparadora del país ha podido remediar.*

*En algunos de nosotros la fachada exterior se derrumbó de pronto y sin explicación, y después ya no quedaron defensas contra lo que habíamos ocultado...*

**E**stoy al borde de la tumba, literalmente, y no albergo sentimientos tiernos cuando observo la tierra removida y depositada en montones en torno al agujero negro del cementerio de Hørsholm.

Y tampoco hay ninguna clemencia en mi apreciación del suceso que nos ha traído hasta aquí.

Entonces me vuelvo y sigo al resto de los presentes al interior de la imponente iglesia que se alza en el lugar donde reyes y reinas vivían una vida palaciega libertina, hasta que el rey Federico

VII dejó que derribaran el castillo, en protesta por su espantosa infancia, a solas con su padre demente, que había desterrado a su madre por serle infiel.

Soy la última en llegar; con la timidez que nadie ha podido quitarme jamás, elijo el banco más al fondo. Aquí no seré blanco de ocultas miradas indiscretas.

Dentro huele igual que en la iglesia el día que enterramos a mi madre de acogida.

Quizá no tan fuerte, pero sí lo suficiente para, una vez más, provocar reacciones alérgicas dispersas entre los centenares de invitados. Se han colocado abundantes fresias en pequeños jarrones a lo largo de las hileras de bancos, y hay todavía más ramos de fresias sobre el féretro, que está encima de un estrado frente al altar. Cualquiera diría que la propia Magna había intervenido en el montaje; si me lo hubieran preguntado, no lo habría descartado. Magna no habría dejado escapar una oportunidad así salvo en caso de

extrema necesidad.

A la derecha del altar se alza un hermoso arbolito en un tiesto rojizo, y lo reconozco, por supuesto, del jardín más bonito que he visto en mi vida. Es un cerezo japonés, y también sé quién lo ha colocado con tanto esmero en el lugar de honor de la grandiosa ceremonia.

Sobre la tapa del ataúd, medio escondida entre las coronas de flores blancas y amarillas, quienes están más cerca pueden vislumbrar una larga rama torcida con ramitas verdes. Los que saben algo más de árboles pueden quizá reconocerla como una rama de tilo, pero nadie puede explicar su presencia justo allí, entre los ramos del féretro.

Alguno de los distinguidos asistentes de las primeras filas estornuda con violencia varias veces. Luego se hace un silencio absoluto en la iglesia, mientras esperamos a que el pastor se vuelva hacia nosotros. No puedo evitar imaginarme al hombre del ataúd, que de alguna forma he conocido toda mi vida. Si lo pusieran

derecho y le empolvaran las pálidas mejillas, probablemente podría aparecer en la pantalla sin que durante el primer segundo nadie notara un gran cambio. No tengo la menor duda de que los concienzudos empleados de la funeraria más elegante de la ciudad han trabajado con su cuerpo durante horas, como corresponde a una estrella, y lo han vestido con su traje más caro y elegante. Es posible incluso que hayan dejado un par de trajes en el ataúd, para que pueda cambiarse como es debido en un viaje que nadie, por razones obvias, sabe cuánto dura.

El pastor se coloca frente al altar, y vuelven a oírse algunos estornudos sueltos. Por un momento, espera a que una serie de estornudos más violentos remita. Veo por su postura que las repetidas interrupciones empiezan a irritarlo.

Para mi sorpresa, de pronto soy yo quien estornuda, aquí, en la última fila, muy alto y varias veces seguidas; yo, que he crecido entre las enormes cantidades de flores que tanto gustaban a



mi madre de acogida, y que por eso consideraba una cuestión de honor no reaccionar nunca ante olores pesados, especiados.

Mis ojos se llenan de lágrimas durante el acceso, y mi imagen algo macabra del hombre que yace en el féretro se mece en un río de lágrimas y desaparece entre los remolinos de la corriente antes de emerger a la superficie como otra imagen diferente: la de un chico guapo sentado en un banco pintado de blanco bajo un gran olmo en un jardín umbroso; cualquiera habría pensado que era el Paraíso. Entorno los ojos y espero a que las visiones —y las lágrimas de mis mejillas— desaparezcan, y confío en que nadie vuelva la cabeza y vea que la niña abandonada de Kongslund por una vez ha sucumbido al acoso de los poderes superiores.

Luego el pastor da un paso adelante, llena el espacio de la iglesia y acapara la atención.

—Nos hemos reunido para enterrar a Peter Trøst Jørgensen, nacido Peter Troest Jochumsen —

declara—. Hemos venido a compartir el luto, pero también a alegrarnos por una vida plena.

En el banco de la primera fila están los padres, que nunca llegaron a reconciliarse con su hijo desde su último encuentro, y esta vez el comandante del tanque, en la figura del padre adoptivo de Peter Trøst, el anciano médico jefe de servicio, no puede ocultarse tras su blindado y dejar para su esposa las dolorosas rupturas de la vida.

Tras la familia más cercana, la iglesia está repleta de gente de las capas sociales más distinguidas: redactores, ministros, empresarios y jefes de servicio; solo falta el Catedrático, el en otro tiempo celebrado presidente de Channel DK, Bjørn Meliassen, en el funeral de su antigua estrella, cosa que extraña a muchos. Se ha susurrado de banco a banco, tanto antes como durante las campanadas para misa, que el Catedrático se ha encerrado en un búnker de mando en las profundidades de la fracasada

cadena televisiva, donde se niega a abrir la puerta a nadie. No se sabe con exactitud qué hace allí dentro, y los bomberos de aún no han conseguido abrir la puerta de acero con tres cerraduras encapsuladas en plomo.

Personalmente, me extraña más que Gerda Jensen no aparezca por ninguna parte. Aunque el asunto Kongslund la ha asustado —sé, sin sombra de duda, que sigue disponiendo de una información que no desea compartir con nadie—, debería haber participado cuando uno de los niños especialmente queridos por ella y Magna se balanceaba sobre el último abismo, dejaba atrás la fina telaraña y caía, y caía, y caía. Hasta el fondo de las Tinieblas.

—Guardemos un momento de silencio —propone el pastor en danés sencillo. Y todos callan un minuto, tras lo que añade, con el rostro vuelto hacia el ataúd—: Honrada sea tu memoria.

Miro de reojo hacia el techo abovedado, se ha convertido en una costumbre, aunque sé que los demás también lo hacen, mientras nos ocupamos

de nuestras dudas innombrables: ¿está Dios ahí? ¿Nos observa? ¿Se da cuenta, pese a las oportunas precauciones piadosas, de que nuestro temor en este instante es mucho mayor que nuestra compasión para con el difunto y sus familiares?

Justo en esta iglesia, hago un pequeño añadido personal a la idea de la vigilancia celestial que ha aterrorizado a generaciones: si el rector Nordal ha logrado acceso a esta ceremonia, debe de estar sonriendo con crueldad por lo que por fin le ha sucedido a su verdugo, y sobre todo por el modo en el que sucedió.

Al rector, que llevaba años descompuesto, le hicieron el funeral en esta misma iglesia.

El pastor lee ahora del *Libro de los Salmos*, y recita la canción de David con voz extrañamente alegre, como si deseara ahuyentar a todos los demonios de la tierra que los últimos días han comentado entre susurros las extrañas circunstancias de la muerte de la estrella de la televisión, y todavía peor: las posibles señales de

un acto de suicidio.

—Señor, tú me has examinado y me conoces...

Por razones evidentes, fui la primera en llegar al lugar del accidente junto con Asger, mientras Orla y Severin se quedaban en la villa para llamar a la ambulancia. El coche estaba volcado panza arriba, justo debajo de la cuesta. Lo reconocimos enseguida.

—Si subo hasta los cielos, allá te encuentras tú; si bajo a los abismos, allí estás presente...

Las investigaciones inmediatas apuntaban a que la estrella de la televisión estaba bajando por la carretera de entrada a Kongslund, como tantas otras veces, cuando de pronto, por alguna razón, dio un volantazo a la derecha y subió por la cuesta, con un ángulo demencial, hasta que el centro de gravedad del coche se desplazó fatalmente y el vehículo rodó a la izquierda y cayó por la empinada cuesta. El coche cayó en el mismo lugar que el Rey Bueno cuando, siglos atrás, tropezó en lo alto de la colina y golpeó el mismo tocón que

detuvo la caída del rey, con tal fuerza que el periodista de la televisión salió despedido por el parabrisas.

—Si digo: «Las tinieblas me envuelven, y la luz se ha hecho noche en torno a mí», tampoco las tinieblas son tinieblas para ti, ante ti la noche brilla como el día...

Tal vez sintiera otro ataque repentino de insensibilidad en sus piernas enfermas y no se había dado cuenta de que estaba acelerando, tras lo que, confuso, torció hacia la cuesta. Fue la primera teoría que se me ocurrió, pero vi en los ojos de los primeros policías que llegaron que no creían en ella.

—El apóstol escribe en su *Epístola a los Romanos*: porque ninguno de nosotros vive para sí, y ninguno muere para sí...

El cuerpo de Peter Trøst quedó atrapado entre las ramas recias de una de las doce hayas, y permaneció colgado allí, grotesco, cabeza abajo, como si alguien lo hubiera dejado caer a la Tierra

desde el mismísimo Cielo. Era un espectáculo espantoso. Aparte de los bomberos, solo Asger y yo presenciábamos de cerca los detalles macabros —lo soltaron y lo cubrieron antes de que llegara la Policía—, y tuvimos que acostumbrarnos a ellos para el resto de nuestra vida: Peter Trøst tenía ambas piernas descuartizadas por los cascos de cristal del parabrisas, casi cortadas de raíz.

—Por mi vida, dice el Señor, que ante mí se doblará toda rodilla...

Fui a vomitar entre las plantas abonadas con mantequilla por el viejo capitán de la Marina, más arriba en la cuesta. Entre lágrimas, me pareció ver a una niña pequeña en medio de los árboles, que me miraba inmóvil. Cuando me moví, desapareció hacia la vieja casa vacía, donde había vivido mi amiga, y aquella experiencia no la compartí ni con la Policía ni con los bomberos. Ni con nadie.

—Amén.

Encontraron un recibo de hospedaje de un pequeño hotel de Selandia, cerca de un pueblo de

nombre desconocido para todos. Nadie sabía qué pudo hacer allí la estrella de la televisión la última noche de su vida. Fue un suceso fuera de toda lógica.

—Levantémonos...

El pastor ha vuelto a asuntos más terrenos.

Sacan el ataúd a hombros; Asger va el primero por la izquierda, Susanne a la derecha. En medio van Knud y Nils, y detrás, los dos abogados, Orla y Severin. Transportan el ataúd hasta el borde de la fosa, y hay una estructura de delgados barrotes de hierro, pintada de verde, en torno a la sepultura.

La puerta está abierta.

—Alabado sea Dios Nuestro Señor Jesucristo, Padre... —dice el pastor.

Descuelgan el ataúd con la difunta estrella hasta el fondo de la sepultura, Asger mira fijamente hacia abajo, mientras parpadea al mismo ritmo que los alérgicos y las tres exesposas de la comitiva, que se rinden ante la solemnidad del momento. Ninguna de ellas ha conocido de verdad



a Peter, lo sé mejor que nadie.

—... que en su inmensa compasión nos ha hecho renacer a la esperanza viva de Jesucristo resucitando de entre los muertos. Polvo eres, en polvo te convertirás, y del polvo has de renacer.

El seco sonido hueco de las tres paladas acompaña sus palabras, y me llama la atención que el fin supremo de todo entierro a través de la historia de la humanidad haya sido solo ese: el sueño de no morir, nunca jamás... *Para mayor gloria de Dios*. El rito parece ser una señal para los fotógrafos de revistas, que hasta entonces se han mantenido a cierta distancia; se dirigen en grupos hacia la tumba, nos rodean y fotografían a famosos y allegados desde todos los ángulos posibles.

—Cantemos el salmo número setecientos veintisiete: «Siempre confiado mientras caminas» —dice el pastor.

Estamos cantando al borde de la sepultura, incluso algunos de los fotógrafos cantan, mientras

sacan primeros planos del nombre grabado en la alargada lápida de mármol blanco.

PETER TROEST JOCHUMSEN.

En la enorme superficie descansan hombres y mujeres de familias danesas muy distinguidas, como Lehmann, Spreckelsen, Federspiel, Hasfeldt, Hinzpeter, Falkenskiold, Warburg y Wedell-Wedelsborg. No hay un Jensen en kilómetros a la redonda. Y ahora, pues tampoco un Jørgensen.

Los dos abogados subieron a hacer las maletas nada más volver. Orla y Søren habían dormido cada cual en su cama, pero de todas formas juntos, en el antiguo cuarto de Gerda, en la torre del sur, lo que fue motivo de diversión para los demás: los antiguos enemigos políticos mortales, que vivieron en mundos separados durante décadas de polémica nacional sobre los inmigrantes, se habían convertido de nuevo casi en los mejores amigos.

Nos pareció algo a la vez banal y fantástico, e incluso Asger declinó dar una explicación sencilla a los nuevos lazos.

Era evidente que los dos antiguos enemigos consideraban terminado el caso Kongslund, y tras la espantosa muerte de Peter hicieron saber que iban a establecer juntos un bufete: *Nielsen & Berntsen*. Sonaba de lo más respetable —también algo divertido, en mi opinión—, y les dimos la enhorabuena con una copa de champaña. Hicieron saber que los únicos asuntos que la nueva firma de abogados no iba a tocar ni de lejos eran los casos de inmigrantes y refugiados, y ninguno de los dos sonrió al decirlo, así que brindamos por ello con la mente puesta en los demoledores casos de tamiles sucedidos en el país.

—El punto de inflexión es el *Protocolo de Kongslund* —declaró Asger más tarde aquella noche, después de que los dos abogados se despidieran y se marcharan—. Es la desaparición del Protocolo lo que mantiene el caso con vida,

independientemente de lo que Carl Malle y Almind-Enevold quieran hacernos creer. E independientemente de que los dos abogados salgan con el rabo entre las piernas, como hacen los abogados cuando llega el momento de la verdad.

Nils también se había marchado a casa tras habernos comunicado su decisión de no desvelar sus verdaderas raíces biológicas a sus padres. Le habían mentido durante medio siglo, así que ahora tendrían que vivir con una mentira sus últimos años. Le daba un extraño placer poseer aquella información secreta, quizá fuera una especie de venganza.

Susanne sirvió té verde en la sala del jardín, y dijo que estaba de acuerdo con el punto de vista de Asger. Knud Tåsing, sentado con los pies subidos a un taburete de anticuario con un asiento de piel de antílope africano, también acogió con gesto aprobatorio la exposición del astrónomo.

—Tal vez no ponga en él más de lo que ya

sabemos —intervine—. Y en ese caso ya no es tan interesante...

Cecé un poquito las eses de las palabras finales, y noté que mi hombro izquierdo, el torcido, se hundía cada vez más hacia el suelo.

Era un tema del que no tenía ganas de hablar más de lo estrictamente necesario.

—Un cuaderno de bitácora personal así sobre sucesos ocultos va a ser muy peligroso, también para muchos otros...

Knud mostró una expresión casi soñadora al pensar en los escándalos que iba a poder destapar con un arma así en las manos.

—Probablemente contenga muchísimos nombres de distinguidas personas influyentes, muchos de los cuales vivirán todavía, con sus títulos de alcurnia, siendo ciudadanos respetabilísimos de la sociedad danesa; imaginad, ¿en la lista podría haber hasta miembros de la realeza!

Sus ojos brillaron ante la visión de todas las

coronas reales que desfilaban alineadas camino del abismo en su mirada interior. Comprendí el deseo del periodista en paro de una historia que no había prometido al Rey Absoluto ocultar; es decir, si podía probarse.

Decidí dar las buenas noches y subí sola a mi habitación, dejando a Asger y Susanne sentados en la sala del jardín.

Para mi extrañeza, no sentí nada en aquel gesto, nada de celos por ninguno de los dos.

Era como si no tuviera contacto con ninguno de los sentimientos que en circunstancias normales se habría esperado en aquel momento.

## LA MALDAD

*2 de noviembre de 2008*

*La fábula sobre Kongslund y los siete niños podría haber terminado aquí, con la estrella que se apagó en el cielo. Pero, como dijo Magdalene la última vez que me visitó y acercó su vieja silla de ruedas hasta mi cama, siempre hay un leve ruido de lo alto que la gente suele desatender cuando cree que ha llegado al fin del camino: «Querida Marie, llevas siete años en busca de la verdad, y has desafiado a tres reyes: el terreno, el celestial y —el más peligroso de todos— el rey de todas las casualidades de la vida».*

*Luego cacareó una risotada, como de*

*satisfacción y esfuerzo a la vez, antes de inclinarse sobre mí; oí el profundo estertor de su garganta cuando ceceó su último mensaje: «Este último dios no deja a nadie impune».*

**K**nud Tåsing llamó a la puerta de la anciana, y al ver que no sucedía nada volvió a tocar el timbre. Estuvo un rato escuchando para captar algún sonido, un roce o una tos que desvelara si había alguien dentro. Se quedó esperando. Tenía tiempo.

De alguna manera, había vuelto al punto de partida, al comienzo del enigma, aunque tal vez no hubiera ninguna explicación lógica, porque a nivel inconsciente unía los miles de elefantes azules pintados por Gerda Jensen en las paredes de la Sala de Recién Nacidos con las siete personas que había investigado desde que llegó el anónimo.

Trató durante meses de hacer que los siete niños encajasen en el extraordinario rompecabezas



que la opinión pública conoció como el asunto Kongslund, y reunió y analizó siete piezas que parecían crear una imagen lógica y clara que la mayoría aceptaría, si la conociera.

Siete niños, que se habían hecho adultos, uno de los cuales tenía un pasado asombroso: Nils Jensen. Ese desarrollo de los acontecimientos parecía verosímil de cabo a rabo.

Pero, de todas formas, había algo que no encajaba.

Tåsing lo intuía, pese a estar convencido de haber dado con el resultado final. Sucedieron cosas extrañas, como cuando los bomberos consiguieron por fin forzar las puertas blindadas de acero del sótano de Channel DK y encontraron al Catedrático de la televisión muerto, suspendido de una cuerda sujeta a un gancho del techo —nadie habría pensado que un hombre tan entrado en años tuviera fuerzas para ejecutar una maniobra tan difícil—, y lo sacaron colgado entre ellos.

Pasado casi otro minuto, pulsó el timbre y oyó

ruido dentro, y supo que la mujer iba a abrirle la puerta.

Vio de inmediato el temor en sus ojos. Toda la fuerza que desplegó ante el pelotón de soldados de la Gestapo en Kongslund parecía haber desaparecido tanto de su rostro como de su figura, que ya no se erguía tan derecha como en otros tiempos.

—Solo tengo una pregunta —declaró.

Nada más. No hacía falta.

La mujer estuvo un rato sin hablar, y al final lo invitó a entrar en el piso, aunque no con palabras; se contentó con dejar la puerta abierta cuando volvió a su sala de techos altos. Estaba amueblada con una gran mesa de comedor de caoba, cuatro sillas también de caoba tapizadas y un sofá azul. No había estanterías, no había ningún libro, y al periodista le pareció raro; la había imaginado una mujer de conocimientos, instruida.

En el alféizar de la ventana había tres figuritas de porcelana: una jirafa, un erizo y un elefante

azul, y los tres tenían una visión panorámica del estrecho y de la isla de Hven. La mujer se sentó en el sofá.

Knud Tåsing acercó una de las sillas al sofá y se sentó. Luego, sin más preámbulos, lanzó la pregunta que le había impedido dormir la mayoría de las noches que habían transcurrido desde que el viejo vigilante abrió el cajón del secreter y sacó el folio oculto.

—¿Nils Jensen... es John Bjergstrand?

La mujer estuvo un buen rato sin contestar. Al final, Tåsing pensaba que no había oído la pregunta, y se disponía a repetirla cuando de pronto ella dijo:

—No... tiene... importancia.

Lo dijo en voz baja, casi en un susurro, pero aquellas tres palabras no dejaban lugar a dudas.

—Así que ¿no es él? ¿El auténtico John Bjergstrand? —preguntó, formulando la importante pregunta algo cambiada.

El rostro triangular y algo alargado de la mujer

de nariz afilada se había vuelto grisáceo, como si la sangre estuviera dejando de fluir por la parte superior de su cuerpo. Recordó la información de Marie: que aquella mujer era incapaz de mentir, ni aunque quisiera.

—¿Quién es John Bjergstrand? —espetó—. ¿El auténtico John... , quién es?

El afán hizo que se inclinara tanto que sus rostros quedaron a apenas medio metro uno del otro.

La piel de Gerda tenía el mismo color que el erizo de porcelana del alféizar.

—Respóndame, Gerda. ¿Quién es?

Ella se deslizó sofá abajo, y él, asustado, alargó la mano para sujetarla, y asió un brazo delgado, blanco. Al mismo tiempo, oyó un susurro que parecía proceder del fondo de su pecho:

—No hay ningún John Bjergstrand.

Luego miró al techo y se desmayó.

Knud tenía miedo de que la mujer muriera allí, entre sus brazos, y no se atrevía a volver a hacer

su última pregunta.

Mientras la levantaba del suelo y la colocaba entre dos cojines del sofá, Gerda parloteaba de forma inconexa.

—Magna... nunca ha ayudado a nadie que no fuera sí misma... Y a mí... y a los niños... Ella estaba aquí solo por el bien de los niños. Nunca ha ayudado a otros. Nunca ha ayudado a gente rica... ocultando nada... como andan diciendo por ahí...

Knud Tåsing asentía en silencio, sobre todo para sosegar a la anciana, porque no estaba seguro de saber de qué hablaba la mujer.

—... Fui yo quien lo recogió... No fue Magna, fui yo... Yo lo recogí, por el bien de Magna... Pero ella no debía saberlo, me había ayudado mucho.

La anciana señora desvariaba, y Knud Tåsing volvió a asentir con la cabeza, para tranquilizarla, esperando a que aquel torrente de palabras inconexas se detuviera. Pero entonces surgió el nombre que no debería haber aparecido, y cuyo

significado nunca comprendieron:

—Dorah... me prometió..., me prometió que... si lo entregábamos..., si... ¡Dios mío, qué he hecho!

El cuerpo menudo se estremeció de pronto, y, para sorpresa de Knud, Gerda Jensen rompió a llorar.

Seguía llorando cuando él abandonó la casa, y fue como si las lágrimas brotaran de una fuente desconocida de su interior, un manantial imposible de vaciar, que cualquiera diría que no podía alojarse en un cuerpo tan diminuto.

Después Tåsing pasó varias horas meditando sobre el último nombre.

Dorah Laursen.

¿Qué diablos ocurría con aquella mujer?

Dio a luz a un niño, que era imposible que fuera John Bjergstrand, y ahora estaba muerta. Desistió, como tantas otras veces, de buscar la relación. Al parecer, no la había.

Pero la respuesta más importante la recibió de

la mujer que era incapaz de mentir, y entendió su significado. En el asunto Kongslund pasaba algo grave. Alguna invisible mano maestra había movido las piezas de forma tan ingeniosa que todos se obcecaron con creer que veían patrones donde no los había. El electrón nunca estuvo en el punto del átomo donde todos creían que estaba, como habría dicho Asger; cuando tocabas lo que parecía ser real y establecido, desaparecía. Decidió no compartir la información con los demás.

Y así fue como Tåsing cometió su tercera gran tontería en el asunto Kongslund, que no iba a pasar desapercibida, claro, porque el Destino no tenía intención de darle más opciones.

—**S**í, lo maté —confesó Orla a Severin. Y recalcó las dos últimas palabras.

Los dos hombres estaban sentados en un par de

sillas de jardín abandonadas en la terraza de la madre de Orla, y la confesión del antiguo alto funcionario llegó de pronto, e inesperada, hacia la mitad de su primera cena juntos tras haberse marchado de Kongslund.

A lo largo del día, los empleados de mudanzas habían vaciado la sala, el sótano y las habitaciones del primer piso, y la mayor parte de las cosas las habían llevado al guardamuebles, hasta que Orla decidiera con qué quedarse. Iba a volver a casa de Lucilla y sus hijas, se lo hizo saber a Severin, pero no sabía si se quedaría con su familia mucho tiempo. Su ángel custodio no había percibido aquellas reflexiones, porque se daba cuenta de los peligros que existían, y solo dijo que sería bien recibido, y que podía quedarse todo el tiempo que quisiera.

Para la media tarde, los empleados de mudanzas se habían llevado el último mueble de la salita, y sin más ceremonias metieron los restos del sillón de terciopelo azul en una carretilla y los



llevaron hasta el camión de mudanzas. Había desaparecido, y con él también todas las visiones de la mujer que había vigilado a Orla el Solitario desde las sombras. La imagen del chico y el hombre con la pelota de playa anaranjada seguía en la pared de la habitación del primer piso, porque Orla pidió a los empleados de mudanzas que la dejaran; no sabía por qué. Al anocheecer reparó en otro cambio: los sones de las sonatas de Brahms procedentes de la sala del pianista habían callado, como si las luchas callejeras y los conflictos del mundo tuvieran que arreglárselas ahora sin sus apaciguadores golpes de tecla. Unos días después supo que el pianista había muerto en medio de unos tonos graves, el domingo soleado de verano más bonito que nadie recordaba.

—Así que mataste a Benny el Lerdo —resumió Severin con modos de abogado, haciendo un gesto afirmativo a su amigo.

—Sí que lo hice. Lo maté.

Aquello era una confesión.

—Pero la mano que viste...

Por un momento se hizo el silencio. Luego Orla dijo casi con el mismo tono:

—Era la mía...

—Ya. Pero Orla, si arrancaste el ojo de una persona con tal brutalidad, con fibras, tendones y nervios y toda la pesca, tendrías que tener sangre por todas partes, y desde luego en los dedos de la mano que arrojó su ojo al arroyo.

Orla Berntsen cerró los ojos y trató de recordar la tarde que transformó su vida.

—¿Tenías sangre?

—Puede que me lavara.

—¿Te lavaste?

—No me acuerdo...

El reconocimiento llegó vacilante, como en un interrogatorio cruzado en una sala de audiencias donde el acusado aún no estuviera seguro de las intenciones ocultas del fiscal.

—Pero después ¿tenías sangre en la mano, o en la ropa?

—No, que yo rec...

Orla calló.

—La Policía se habría dado cuenta si la tuvieras.

—Sí.

—Y te habrían llevado al calabozo, pese a los esfuerzos de Carl Malle.

—Sí.

—Pero fue otro quien se lavó aquel día, ¿verdad? Quien bajó al arroyo a lavarse.

—Sí —repitió la palabra por tercera vez. Orla seguía con los ojos cerrados—. Yo creía que iba a ayudar... al Lerdo... Pero estaba allí, con las manos en el agua, sin moverse.

—Poul.

—Sí.

—Orla, lo vi todo desde los matorrales debajo de los olmos.

—¿Qué dices?

La voz fue casi un susurro. La confidencia cayó como un bombazo en la pequeña terraza.

Severin se ruborizó como no suelen hacerlo los hombres adultos, y mucho menos los abogados en un interrogatorio cruzado.

—Sí. Aquella tarde estaba escondido tras los arbustos. Había oído los perdigonazos y os seguí. Traté de gritar, pero él fue más rápido, y luego me quedé aterrorizado. Tenía un miedo de mil pares a ser descubierto y terminar en el arroyo junto con el Lerdo. Aquel chaval..., Poul, estaba loco.

—Pero ¿por qué no lo has dicho antes?

La pregunta tenía una lógica aplastante.

—Porque... —Severin calló y se ruborizó más aún.

Orla abrió la boca, lo más seguro para volver a formular la pregunta en un tono más exigente, como tienen por costumbre los abogados. Sus papeles habían cambiado en unos pocos segundos. Ahora era Orla el acusador, y Severin el culpable.

Pero al mismo tiempo fue como si un ángel atravesara el barrio, tal vez no un ángel custodio, pero sí un ser que tenía el poder de evitar todo

mal, y dejó que el Dios de la Amistad y la Camaradería acallara la respuesta, si es que la hubo. Hay preguntas que no deben responderse si no quieres perder las amistades.

—Así que no eres un asesino —explicó Severin cuando el momento de silencio se hizo lo bastante largo—. Incluso puede que seas el único de los siete que no lo eres. No eres ni hijo adoptivo ni asesino.

Severin intentó sonreír.

Por primera vez en muchos años, Orla Berntsen lloró aquella noche, sentado solo en el suelo, en medio de la sala vacía de su madre, incapaz de detener el llanto.

## EL ATENTADO

*5 de febrero de 2009*

*Cuando me puse en contacto con el hijo de Dorah no fue para consolarlo o para enseñarle el arte de la reconciliación, sino para contarle una historia que no dudaba que iba a surtir efecto.*

*Por supuesto que iba a creerme, como había hecho antes, e iba a armarse de valor y enfrentarse al responsable que le señalé. Era lo que pensaba yo.*

*A día de hoy, no sé si en lo más recóndito de mi ser llegué a prever lo que sucedió. De puertas afuera, podría sostener que creía que él se movería en la única dirección lógica, por medios*

*pacíficos, y que por eso nadie sabría que iba a cambiar de método en el último instante. Y es que no tenía ni idea del carácter violento que había desafiado.*

El atentado ocurrió la tarde-noche del 5 de febrero de 2009.

Varios paseantes oyeron el débil sonido de un disparo de pistola —a no ser que se tratara de un petardo de tamaño medio, como algunos pensaron al principio—, y por eso pudieron ubicar el hecho en el tiempo para la Policía.

El guardia de la puerta del Ministerio Nacional alzó la cabeza de un crucigrama y estuvo un rato escuchando. Sonó extraño, como si la detonación procediera de un punto bajo sus pies; movió sin querer las puntas de sus zapatos y miró las tablas del suelo, como si su mirada pudiera romperlas y desvelar un secreto escondido en las

entrañas de la Tierra. Luego se inclinó hacia delante y alzó la vista hacia las ventanas del ministerio. Tras una de ellas, el anterior ministro nacional clasificaba una serie de carpetas con documentos que no se había llevado aún y convenía destruir varias de ellas. El guardia de la entrada le había abierto la puerta unas horas antes.

Después los pies del guardia se calmaron otra vez, y se puso a dormir. En cualquier otro país se habrían visto patrullas con perros, *walkie-talkies* y metralletas ante un ministerio tan importante, pero en Dinamarca, no; aquí se seguía confiando en que la gente no se volviera loca innecesariamente, aunque tuviera razones claras para ello. Por eso fue el chofer del ministro quien tuvo que golpear el cristal para hacerle ver que algo iba mal.

A las 18.32, el chofer, que había conseguido el puesto apenas un año antes, vio las primeras noticias de la noche en el pequeño televisor del salpicadero del coche ministerial. En la tarjeta del pecho ponía el buen nombre jutlandés «LARS



LAURSEN», y su trabajo consistía en estar todo el día disponible y uniformado. Lo hacía con esa jovialidad que solo se encuentra en familias de aquellos paisajes rodeados de colinas. Su madre se llamaba Dorah, y siete años antes le había contado a su hijo la terrible verdad sobre su vida. No hacía seis meses que la enterró en las afueras del pueblecito de Stødov, donde las granjas y pequeñas propiedades se diseminaban entre las colinas.

El chofer y el guardia subieron juntos las anchas escaleras al piso del ministro y entraron en la sección llamada el Palacio. Se encontraba débilmente iluminada por los innumerables pilotos de los aparatos de las oficinas. El Rey Absoluto, como de costumbre, había pedido a sus dos guardaespaldas de la Comisaría Central de Información que esperasen a una distancia discreta, en un coche frente a la entrada al ministerio, porque no quería arriesgarse a que la gente tuviera la impresión de que el héroe de la

resistencia no se atrevía a desplazarse solo por sus dominios.

El chofer y el guardia llamaron a la sólida puerta del despacho ministerial. No se había nombrado ningún ministro nacional nuevo, y corrían rumores de que sus días estaban contados. Presidencia del Gobierno iba a asumir todas las funciones del ministerio de extranjería, y así Estado y nación se fundirían en una sola cosa. Volvieron a llamar, luego abrieron la puerta y se quedaron un rato indecisos en el despacho vacío. Después llamaron a la puerta de la sala de descanso del ministro, donde su amo y señor solía echar una siesta cuando el día se le hacía largo.

También aquel cuarto estaba vacío, y la cama, intacta, con una bonita manta bordada doblada sobre un edredón de seda color burdeos.

Llegaron a la tercera puerta, de sólidas bisagras de acero, que estaba en la pared del fondo. Los pocos que sabían de la existencia de la puerta la llamaban, medio en broma, Vía de

Escape, y como tal fue ideada desde tiempos remotos. En caso de guerra o ataque contra la seguridad del reino y de la Administración, uno podía huir del ministerio por aquella salida. La puerta de acero gris llevaba a una escalera que serpenteaba más y más abajo en las profundidades del Palacio, donde un extenso sistema de galerías atravesaba el subsuelo como si fuera una topera inmensa. Desde allí, los ministros más importantes podían pasar discretamente bajo la plaza del patio y subir por otras escaleras a la libertad.

Tras una vacilación de diez segundos, los dos hombres abrieron la puerta y se dieron cuenta de que la luz estaba apagada, y de que la lámpara del techo no funcionaba; fueron en busca de linternas al almacén.

Luego comenzaron a bajar en medio de la oscuridad, que no habían ventilado en siglos, y por eso recordaba a novelas de aventuras como *Los cinco y el tesoro de la isla*. El túnel se inclinaba hacia abajo, se curvaba y luego volvía a subir. El

chofer dirigió la linterna hacia el techo, como si buscara estalactitas o grupos de murciélagos de alas puntiagudas, y por eso estuvieron a punto de tropezar con el más alto cargo del país, que estaba en medio del corredor con las piernas dobladas bajo sí, como si durmiera; como un niño pequeño.

El guardia de la entrada se inclinó hacia delante, y en ese instante vislumbró el rostro del ministro y vomitó sobre las puntas de los zapatos del chofer lo que tenía en el estómago. De la boca de su jefe máximo espumeaba sangre, de color rojo púrpura a la luz de la linterna.

Lars Laursen estaba como un monolito, clavado al suelo, igual que sus ilustres antepasados, que una vez encontraron un reloj de bolsillo en una carretera comarcal del este de Jutlandia y pensaron que era un instrumento del Diablo. Puso boca arriba al primer ministro inconsciente, y su chaqueta oscura resbaló y dejó el pecho al descubierto, revelando la entrada de la bala. Del agujero brotaba sangre, que resbalaba

por el paño blanco de la camisa y el bolsillo del pecho con el cortapuros dorado y manchaba las manos del chofer, anchas, sosegadas y fuertes tras sus muchos años de vida junto al mar. Para su sorpresa, el primer ministro aún vivía. Soltaba juramentos en voz baja.

En ese instante el guardia se puso en pie, sacó la pistola y dio la alarma por su *walkie-talkie*.

**D**urante las horas siguientes se creyó que habían identificado al autor, un refugiado tamil de una empresa que hacía labores de limpieza en el ministerio. Era una teoría que a la Policía le pareció de lo más lógica. La gente recordaba al chico tamil expulsado y muerto y pensaba que el atentado podría ser un acto de venganza.

Otra circunstancia decisiva fue que el personal de limpieza, compuesto de manera exclusiva por extranjeros mal pagados, tenían sus vestuarios y la

sala común en la misma zona del sótano donde encontraron al ministro. Habían desarrollado —de manera literal, tal como algunos primeros secretarios del ministerio decían en broma— su propia subcultura en los sótanos ministeriales.

Pero unos días más tarde, una investigación más detallada mostró que, en el momento en que dispararon al primer ministro, el sospechoso iba camino de su casa en un autobús de la línea 6.

No surgió ninguna nueva teoría sobre el intento de asesinato. Botones, agentes, secretarias, incluso jefes de sección y de negociado vieron que la Policía hurgaba en sus pasados y en su vida familiar, las coartadas se pusieron una sobre otra hasta formar un muro casi a prueba de disparos en torno al hombre tiroteado. En buena lógica, nadie podía haberle disparado.

De forma milagrosa, lo reanimaron dos veces en la ambulancia que lo llevó al Hospital Central, y el país entero celebró la resurrección del viejo resistente como un hecho heroico casi personal.

—El tiro ha dado en el blanco —declaró el chofer del primer ministro a la cámara de televisión cuando salió de la oscuridad. Y añadió —: Pero está vivo.

Nadie se fijó en el tono en que dijo el pequeño «pero», aunque se emitió por televisión a todo el país. La gente pensó que el chofer era un héroe, y atribuyeron la extraña expresión sombría de su rostro a la enorme impresión que había recibido. Ni siquiera la Policía pensó en investigar el pasado de aquel hombre; sospechar precisamente de él por algo turbio habría parecido a la opinión pública absurdo e insultante.

Yo podría haberles hablado de Lars Laursen. Y de su madre Dorah, de la Dorah que vivía en una casa baja, donde hasta pasados muchos años no contó a su hijo la atroz historia de su vida.

Podría haberles hablado de las Tinieblas y de las visiones que crecen sin control bajo ciertas circunstancias. De la sensación de no conocer tus propios orígenes, de la angustia cuando te das

cuenta de que te han robado para siempre el acceso a ellos. Era una sensación que conocíamos mejor que nadie.

Lars Laursen y yo.

Observé su rostro inexpresivo en la pantalla del televisor y pensé en la información que le había dado, y que desató la furia ciega e implacable que yo conocía en mi propia carne. Él reaccionó de manera más virulenta de lo que yo pensaba que fuera posible. Pero no iban a encontrarlo, estaba segura de ello. Y por eso tampoco iban a encontrarme a mí.

Por otra parte, el Rey seguía vivo, y pasados unos meses podría ocupar de nuevo su trono ilegítimo, esta vez como un héroe mayor aún a los ojos del país.



## LA RESURRECCIÓN

*11 de septiembre de 2009*

*De alguna manera, siguen ahí las orgullosas señoritas que nos trajeron la luz y nos enseñaron a hablar y a caminar, a inclinar la cabeza y hacer reverencias, mientras observaban a los niños retozar en la hierba, a tiro de piedra del borde de la playa.*

*Sonriendo, nos siguen con la mirada mientras levantan las tazas de té y controlan a la perfección la vida del hermoso jardín.*

*Hoy hay tormenta del nordeste y, como siempre, el viento araña las cornisas y áticos de Villa Kongslund, con tal fuerza que no me*

*extrañaría que se soltara alguna de las siete chimeneas blancas y resbalase por el tejado hasta la profundidad.*

*Estoy sentada junto a la ventana, algo inclinada, con mi hombro izquierdo colgado un poco más bajo que el resto del cuerpo, como siempre. Como prueba viviente de que la simetría de Kongslund siempre ha sido una ilusión.*

Tengo el Protocolo de Kongslund en mi regazo.

Es mayor de lo que recordaba.

Tal vez porque, para mi mirada de niña, parecía tan pequeño en el inmenso regazo de mi madre de acogida cuando estaba sobre su edredón, justo antes de dormir.

Hay algunas manchas marrones en la encuadernación de cuero verde, tal vez fruto del contacto constante con la anciana directora, si no eran marcas de vejez por los muchos años en que

se ha escrito en él.

Contiene los esbozos de seres que a Magna le interesaban de forma especial. Pacientes descripciones de su trabajo con los niños que invitaba al interior de la Sala de los Elefantes porque tenían necesidad de cuidados especiales. Aparecen detalles sobre seres estremecedores y acontecimientos que nunca confiaría a expedientes oficiales e informes de psicólogos, por temor a que los defectos observados pudieran un día volver de sus escondites en los archivos y ser usados contra los seres bajo su protección.

De día lo guardo junto con mis carpetas con anotaciones de los niños de la Sala de los Elefantes de 1961, las descripciones ordenadas a conciencia de las visitas que les hacía, mis recortes de periódico sobre su vida posterior, la última carta que escribió Eva a su hijo y, por supuesto, los doce diarios de Magdalene, que contienen cuanto sé acerca de mi vida.

Cuando no lo saco con todo cuidado, suele

estar en su escondite secreto, en mi viejo armario de limonero con adornos tallados: el Protocolo de Kongslund.

Lo abro para encontrar las partes que he de utilizar para derrocar a un rey.

Supe desde el principio que habría material más que suficiente. Porque Magna era una mujer muy meticulosa.

Cuando se lean las próximas líneas, será demasiado tarde para cambiar mi última y mayor decisión.

Es demasiado tarde para el Rey Absoluto en su magnífico trono, demasiado tarde para el Monarca ascendido al Cielo que hizo construir Kongslund soñando con la simetría perfecta, y demasiado tarde para el Amo, que en su arrogancia burlona nunca se dará cuenta de la zancadilla que estaba calculado que provocara la última caída fatal...

... y, por supuesto, demasiado tarde para mí.

La mañana en que el primer ministro resucitó de entre los muertos fue cuando recibí el último, casi inaudible mensaje de Magdalene. Un susurro tan débil que podría haber sido el viento del ático si no la conociera tan bien.

Ví con claridad que solo quedaba una opción.

Ole Almind-Enevold puso fin a su prolongada estancia en la cama, tras las últimas pruebas del Hospital Central, y en el breve trayecto hasta Slotshol lo escoltó un séquito de coches de dimensiones no vistas ni siquiera el día del nombramiento de un presidente norteamericano en Pennsylvania Avenue. El cortejo giró a la izquierda, luego a la derecha, después siguió hasta Kongens Nytorv, pasó junto al puente de la Bolsa y entró por la puerta del legítimo domicilio del Rey Absoluto.

Juró el cargo de primer ministro sentado en

una silla de ruedas tapizada en seda, que el mayor fabricante de sillas de ruedas del país —cuyo logotipo aparecía reproducido en los cubos plateados de las ruedas— puso a su disposición de forma gratuita, y la guio, señorial, hasta ocupar su lugar tras su escritorio de hombre de Estado con un leve giro de la pequeña asa roja que controlaba el sistema hidráulico. Ni qué decir tiene que aquella silla no tenía el menor parecido con el desvencijado vehículo que heredé de Magdalene.

Cámaras de al menos veinte cadenas de televisión siguieron el proceso —Channel DK, en bancarrota, no estaba entre ellas—, y el júbilo se extendió de un extremo al otro del país, donde, a través de puertas y ventanas abiertas, saltó de casa en casa, de calle en calle y de ciudad en ciudad, exactamente igual que en un cuento.

Apagué el televisor de la sala del jardín y subí furiosa las escaleras a la Habitación del Rey. Allí abrí el cajón de mi compartimento secreto y saqué el libro que Magna había dejado y nunca deseó

que ningún otro ser vivo leyera.

No voy a ocultar que me da una satisfacción personal haberme mostrado, pese a ser una aficionada, más hábil que el periodista, el jefe de seguridad y todos los policías que buscaron con tal afán el último envío de Martha Louise Ladegaard, el paquete que el dueño del supermercado Oceka dijo que Magna había enviado a una dirección de Australia, y que contenía el Protocolo de Kongslund.

Como es natural, al final conseguí, aunque no fue fácil, adivinar el último movimiento de mi madre de acogida. Al fin y al cabo, yo llevaba viviendo en su casa, como su protegida especial, tres décadas para cuando se jubiló. Al contrario que los cazadores entrenados Carl Malle y Knud Tåsing, yo podía meterme en las ideas que debieron de cruzar su mente cuando decidió enviar el valioso libro al extranjero, fuera del alcance de sus perseguidores. Ayudada por la experiencia que caracterizaba a la mayor reparadora de existencias

zozobradas del mundo, iba también a tomarse la molestia de tener en cuenta su propia muerte, aunque lo más probable es que diera un golpe más fuerte al pobre tallo de fresias al pensar en ello.

Fue la idea que nunca tuvieron mis dos competidores.

Mi madre de acogida solía hacer planes para las situaciones más improbables e indeseadas, porque no quería arriesgarse a que el Protocolo, en caso de que ella muriese, fuera a terminar en el lugar equivocado. En manos de Ole Almind-Enevold y Carl Malle, o de reporteros como Knud Tåsing y Peter Trøst, o, ya puestos, en manos de su extraña hija de acogida.

El ministerio y la Policía habían sin duda vigilado las oficinas de correos pertinentes cuando buscaron el paquete que todos estaban seguros de que volvería de la otra punta del globo. Pero durante todos aquellos meses buscaron la dirección equivocada en los paquetes internacionales que analizaron, y se centraron



sobre todo en el nombre equivocado. Fui la única en comprender cuál sería el remitente que escribió Magna en la parte trasera del paquete cuando lo envió al extranjero. Era su única posibilidad, la única persona en quien se atrevía a confiar en este mundo, por supuesto.

*Gerda Jensen.*

El resto de mi investigación fue simple. Busqué a Gerda cuando habían pasado tres meses exactos desde que desapareciera el Protocolo. Debió de ser un plazo suficiente para que las autoridades postales de Australia comprobaran que la destinataria no existía, y enviaran el paquete de vuelta.

No abrió la puerta hasta que esperé un buen rato en el descansillo de la escalera, y la noté igual de nerviosa que la última vez que la visité.

—Has recibido un paquete con el Protocolo de Kongslund —dije sin ambages, todavía en el descansillo.

La mujer espigada asintió con la cabeza de

inmediato, y fue una confesión más rápida, pese a todo, de lo que había esperado, incluso de la persona más sincera.

—Legalmente me pertenece —expliqué—. Porque soy yo la heredera de Magna.

Entré en el vestíbulo, y ella se echó a temblar antes de que mencionara el nombre de mi madre de acogida. Al principio un poco, luego cada vez más, y al final de modo incontrolable.

La acompañé a la sala, hasta el sofá azul donde estuvimos sentadas en mi última visita.

—Para mí es importantísimo —declaré, y el tono de mi voz quería ser tranquilizador, pero tuvo justo el efecto contrario. En sus renovados temblores noté un temor singular, que pasó de su cuerpo al mío, y la sensación no fue nada agradable.

No lo entendía bien. ¿Cómo podía la entrega de un libro con descripciones de la impresionante vida y obras de Magna tener un efecto tan aterrorizador? ¿Qué contenía? ¿Noté ya ahí el

comienzo de un temor?

Pero me obcequé.

—Tengo derecho a saber lo que pone en ese libro —dije.

Tampoco aquel mensaje arrancó otra reacción que renovados temblores, y me levanté, dejándola sentada en el sofá.

El Protocolo estaba sobre su mesa de noche. Lo llevé a la sala y pregunté:

—¿Lo has leído?

—Sí.

La persona más leal y recta, a la que le costaba mentir, incluso cuando le iba la vida en ello, había roto la confianza de Magna por la razón más antigua del mundo: una curiosidad invencible. Estuve a punto de echarme a reír, pero seguramente eso la habría asustado aún más, y no me apetecía que volviera a desvanecerse delante de mis ojos.

—Sabía que iba a llegar, pero había tomado la decisión de quemarlo —susurró entre temblores

—. Pero... no me atreví... Magna...

—Magna lo habría deseado —aseguré, sin ninguna piedad. La frase fue brutal.

Gerda Jensen se desvaneció sin previo aviso, pero yo ya sabía que volvería en sí tan pronto como me hubiera marchado. Era resistente y lista.

La misma noche, algo más tarde, Knud Tåsing telefoneó a Kongslund, casi era un rito. Llevaba meses llamando cada dos días para oír si había «novedades» en el caso.

Lo que deseaba saber era, por supuesto: ¿ha llegado el correo?

Me había dado cuenta de que él ya no creía de manera incondicional en su predicción de que el Protocolo iba a terminar de forma natural en mi regazo, y después en sus manos. Poco a poco, había empezado a creer que su teoría acerca del plan tramado por Magna podía no ser cierta, y que tal vez nunca enviara el libro secreto a una mujer muerta en un continente lejano, confiando en que fuera devuelto cuando el jaleo se hubiera calmado.

O, si no, de alguna manera quizá Carl Malle y Ole Almind-Enevold habían conseguido interceptar el envío cuando lo devolvieron a Dinamarca, pese a que Knud Tåsing, con toda su experiencia y amplia red de contactos, era incapaz de saber cuándo ni cómo lo hicieron.

Me contó por teléfono que Orla y Severin habían recibido en su nuevo bufete varias amenazas de muerte que, por paradójico que parezca, llegaron de los extremos del encendido debate sobre refugiados e inmigrantes que el Ministerio Nacional y Channel DK habían declarado durante una década lo más importante para la nación. A ambos abogados los acusaban «los suyos» de alta traición ideológica por asociarse. Incluso llegó una carta con amenazas en la que la cabeza redonda de Orla aparecía pegada al cuerpo del ajusticiado Che Guevara en una camilla, en una cabaña de Bolivia. El conjunto era algo desconcertante, pero la Policía, para diversión de Knud, puso a Orla un guardaespaldas

de la Comisaría Central de Información. El antiguo jefe de Gabinete vivía de nuevo con Lucilla, mientras que Severin vivía en casa de sus padres, en el antiguo cuarto de Hasse.

Nadie había visto a Nils Jensen desde hacía tiempo, tampoco Knud Tåsing. Se había marchado a hacer un reportaje «a otro continente», como dijo su padre, sin querer decir más.

Knud Tåsing, por su parte, no tenía la menor duda.

—Se ha ido a Australia —sentenció—. Trata de encontrar alguna pista de su madre, de Eva Bjergstrand. Encontrará una historia más bonita que la que podía ofrecerle Almind-Enevold con todo su cinismo y ambición de poder.

Me daba cuenta de que el reportero entrado en años seguía teniendo clavada la espina de no haber derrocado a un primer ministro, como desean todos los periodistas en el fondo de su alma, cuando tuvo una oportunidad tan extraordinaria. Y aquel arrepentimiento crecía a medida que

pasaban los días. Yo ya sabía que la posible recuperación del registro había sido su carta oculta cuando dejó escapar al Rey Absoluto la primera vez. El contenido de aquellas anotaciones no estaba necesariamente sujeto a la promesa que con tal generosidad hizo a su antiguo enemigo a muerte, y a Nils Jensen, de silencio eterno. En el período transcurrido, ningún medio ofreció trabajo al famoso reportero, y una revelación escandalosa basada en el viejo protocolo era probablemente su última posibilidad de rehabilitación.

Preguntó por Asger, y decidí mentirle, para no desvelar el dolor que sentí la última vez que hablé con el espigado astrónomo, que al fin y al cabo había sido mi flechazo secreto durante gran parte de mi niñez y juventud.

Puedo desvelar que visita a Susanne una vez por semana, de sábado a domingo, y alguna que otra vez se toma la molestia de visitarme a mí en la Habitación del Rey.

No acude como pretendiente, sino como

consolador: siempre llega de día y siempre se marcha antes de que caiga la noche.

Aún lo noto vigilante, como los días en que mis mentiras quedaron expuestas, tanto mis mentiras relativas a la verdadera fecha de la carta como las relativas a mi encuentro con Dorah Laursen. Asger jamás se creyó una palabra de las explicaciones que di, lo percibí con la misma seguridad con que me daba cuenta de que tampoco él iba a desvelar su sospecha ante los demás. Pero creo que fue la desagradable información sobre mi engaño inexplicable lo que al final lo sacó de mi habitación pese a nuestra común fascinación por Dios y el Destino, y por las estrellas, por no hablar de los electrones jugando con nosotros a las cuatro esquinas en el gran espacio vacío del interior del átomo primigenio.

Debió de creer desde el principio que todos aquellos intereses comunes sencillamente habían surgido en paralelo, que casi por milagro seguían las mismas órbitas, y que por eso había encontrado



un alma amiga de un calibre inusual. Pero mis engaños le enseñaron otra posibilidad. Sugerían una pauta que pondría nervioso a cualquier observador científico, porque era demasiado perfecta, y, tal como lo veo yo, eligió la belleza y la seguridad en vez de lo torcido e imprevisible: prefirió a la reina de Kongslund antes que a la chica de la habitación de la torre. ¿Y qué hombre no lo habría hecho?

Cuando me visita, no hablamos de Susanne Ingemann, o de lo que pasó entre ellos de niños. Tampoco él ha dicho una palabra sobre nuestro encuentro en el Sanatorio de la Costa, cuando llegué disfrazada de chica ciega. Y me doy cuenta de que también él lo considera un engaño. Mi primer engaño. Ya no se sienta en mi silla de ruedas, ya no usa mi catalejo, y trata con sumo cuidado de no mirar por la ventana, donde su mirada podría ser atraída por la luz sobre el estrecho de Øresund y la isla de Hven.

—Los que somos así siempre tendremos esa

sensación presente —explicó la última vez que me visitó, aunque él no lo sabía, claro; olía como siempre a jabón y a lana, como huelen los hombres sabios—. Yacíamos en las Tinieblas, sin saber quiénes éramos o adónde íbamos; pero estábamos juntos, Marie, notábamos la presencia de los demás, aunque no debe de ser posible en niños tan pequeños. Hablábamos, pese a no tener aún ningún idioma; eso es lo milagroso, porque probamos que nadie está nunca solo del todo.

En el último instante se detuvo en la puerta, como si tuviera un presentimiento de que nuestra separación iba a ser la definitiva, y dijo:

—Para los que somos así, la gente que vamos conociendo son como pequeños elefantes azules; por eso no somos capaces de odiar a nadie ni enjuiciar a nadie, ni rechazar a nadie, porque en el pasado estuvieron aquí, a nuestro lado, y hablaron con nosotros entre Tinieblas. Esa sensación no la podrán cambiar nunca.

Se detuvo a medio camino del pasillo y dijo

las últimas palabras:

—Marie, el único problema que existe en el mundo, entre izquierda y derecha, luz y oscuridad, tontos y listos y padres e hijos, es que todos olvidamos la empatía con que nacemos.

Retrocedió un paso en la oscuridad, pero seguí oyendo su voz.

—La Sala de los Elefantes demuestra que las personas no nacen con prejuicios.

Por un momento, pareció que fuera a llorar.

—Y eso demuestra que Niels Bohr tenía razón; que los electrones nunca están en descanso, en el mismo estado, si no se desea. No es posible. No hay nada que esté predestinado.

Así fue su última despedida, algo ingenua, pero de todas formas quizá hubiera decidido creerlo, de no haber sido por el libro que acababa de arrebatar del regazo de Gerda y de mi madre de acogida.

Ya no se trataba de un protocolo de hogar infantil ajeno a la realidad, lleno de recuerdos de

ancianas sobre niños adoptivos y padres adoptivos hace tiempo olvidados; era un arma, un arma de lo más brutal, porque contenía la descripción de la realidad que había permanecido tanto tiempo oculta.

Contaba la historia del fantástico engaño. Del pecado real cometido por un padre de la patria y de los cínicos planes de tres personas, y del gran juego en torno al destino de siete niños: Carl, Ole, Magna; Peter, Asger, Severin, Susanne, Orla, Nils y yo.

Contaba la historia de la carrera de un asesino.

Iba a llevarse por delante a todos los que estuvieron implicados.

## NÉMESIS

*12 de septiembre de 2009*

*Existen lápidas con forma de libros de cuentos abiertos, donde el nombre del muerto aparece esculpido en latón dorado en la página izquierda. Yo habría preferido que mi amiga del alma, la espástica Magdalene, estuviera enterrada bajo una lápida así, en vez de yacer en un lugar sin marcar bajo las doce hayas de lo alto de la cuesta; al fin y al cabo, el Gran Escritor de Cuentos estuvo invitado en la villa antes de que ella naciera, y podría estar enterrada junto a él, estoy segura de ello.*

*Si hubiera sugerido a mi madre de acogida un*

*arreglo así, se habría reído de mí con aquel tronar que se suponía que calmaba a los niños que tenía a su cuidado. Me habría puesto la mano en el hombro izquierdo y me habría dicho: «Marie, en el mundo real no existen ni Dios ni el Diablo. Aquí solo existe la realidad. Nacemos y morimos, y en el entretanto debemos intentar hacer las cosas tan bien como podamos».*

*En mi mundo, por supuesto, nunca había sido así.*

**E**l viejo libro encuadernado en cuero llegó, literalmente, del mar, y si hubiera habido un juncal entre Skodsborg y Bellevue, como en el lugar de la orilla del Nilo donde una vez llegó el Moisés de la Biblia, Magna lo habría encontrado sin duda allí. Interpretó su llegada como un símbolo de toda su obra:

Estaba en la orilla del agua, en bastante mal estado, sin ningún nombre en la portada, sin la menor señal de quién lo había perdido y de dónde procedía.

Así lo anotó en la primera página.

Tendrá unos tres dedos de grosor, y contiene unas cuatrocientas o quinientas páginas, escribió. Lo primero que se me ocurrió fue que era el cuaderno de bitácora de algún barco, que por alguna razón había caído al mar o lo habían arrojado por la borda, tras lo cual la corriente lo depositó en la playa. Ninguna de las hojas ha estado escrita, o bien el agua salada ha borrado la tinta, pero no creo.

Mi madre de acogida, que tenía gran sentido práctico, llevó el libro a Copenhague, donde visitó a un encuadernador jubilado cuyo hijo adoptivo estuvo en otro tiempo a su cuidado; restauró el hermoso objeto, le puso páginas nuevas y grabó su nombre en la portada con letras de oro que apenas

han perdido color en los muchos años transcurridos: MARTHA MAGNOLIA LOUISE LADEGAARD. Reconocía su identidad completa, para mí prueba de la importancia que daba al libro.

Tal vez —así pensaba ya de niña— mi madre de acogida escribiera en el cuaderno de bitácora de un submarino hundido o de algún barco naufragado en una de las grandes guerras, o tal vez perteneciera a un galeón español de siglos atrás que se había convertido en algas en el fondo del mar. Pero esa clase de observaciones fantásticas no era su estilo. Le bastaba con que el libro hubiera llegado a Kongslund del mar, ya que en lo sucesivo iba a albergar las historias más importantes del hogar cuya ubicación junto al agua fue del todo decisiva para ella. Y debía acompañarla a la tumba.

«Nadie debe leer este libro, tampoco después de mi muerte», escribió al final de la introducción; las palabras eran casi como una advertencia a un



hipotético poseedor ilegítimo del libro.

No hice caso de ellas.

Los pensamientos que confiaba al principio Magna a su nueva joya no eran especialmente sorprendentes ni fantásticos. Las notas trataban de los niños que pasaron el primer período de su vida a su cuidado, y en ellas describía tanto las trivialidades de la vida diaria —una tarde en la playa o una excursión—, como problemas más serios, tales como la entrega en adopción de un niño dañado o enfermo.

A medida que avanzaban las anotaciones, sus descripciones se centraban cada vez más en los más débiles e inadaptados, en los más frágiles, en sus defectos y en los lentos avances debidos a su concienzudo trabajo reparador —ella nunca utilizaba esa expresión—, que constituían el contenido de su vida.

Me daba la sensación de que el Protocolo contenía la búsqueda maniática de toda una vida, búsqueda de respuestas a las desgracias que de

forma implacable se heredan de generación en generación, como si un poder superior deseara que el género humano nunca aprendiese de sus errores y, por tanto, nunca fuese capaz de corregir las meteduras de pata de la generación anterior. Al contrario, se repiten de forma demencial de padres a hijos, como una maldición inevitable.

Los niños seleccionados, los que mayor necesidad de ayuda tenían, eran los niños a los que dejaba más tiempo en la Sala de los Elefantes, donde recibían protección y cuidados especiales por parte de Gerda Jensen y de ella. Describía cómo los elegía, qué abandono habían sufrido, y qué golpe corrector planeaba dar con el gran martillo reparador, a fin de que continuaran viviendo de forma más o menos útil.

Un niño tenía unos padres alcohólicos, y a una niña que nunca decía palabra trataron de sacarla del vientre de su madre con unas tenazas de acero, y después la llevaron a un hospital mientras la madre moría. Otro niño pesaba tan poco que nadie

creía que fuera a vivir. Y así, se balanceaban todas aquellas criaturas fallidas de espinazo torcido sobre las páginas del Protocolo, igual que los elefantes de la canción de Magna, en hileras al parecer interminables.

Pero luego cambió. Desde la primavera de 1961 hasta el verano de 1962, Magna se desvió del patrón seguido hasta entonces: dejó que la Sala de los Elefantes fuera el marco vital de siete niños, uno de los cuales podría decirse que tenía verdadera necesidad del ingenio y los talentos especiales de Magna; es decir, yo, el bebé abandonado, que encontraron en los escalones de entrada del anexo sur.

Los otros seis eran Peter, Asger, Susanne, Orla, Severin y Nils, pero en las páginas del viejo cuaderno de bitácora no se menciona a ninguno de ellos entre los muy dañados o necesitados de consuelo y cuidados. No se menciona en ninguna parte un motivo así, y eso debía de parecer extraño a cualquier lector.

¿Qué motivos tenía para dejarnos a nosotros precisamente juntos durante tanto tiempo en la estancia más importante del hogar? Me incliné torcida sobre el libro. Por fin iba a tener respuesta.

Justo aquí, en estas páginas del Protocolo, las concienzudas notas de Magna se convirtieron en las cosas más espantosas que podía haber temido leer en mi vida. Se centraban de forma casi exclusiva en mí, y contaban una historia que yo nunca había creído posible.

Página a página, me di cuenta de por qué Gerda Jensen tenía tal terror a darme el viejo libro a mí, a la hija acogida por Magna.

El miedo no tenía nada que ver con la protección de los niños de los que hablaba. Ni con la obra de Magna. Al contrario.

Estaba relacionado solo conmigo.

Gerda sabía que aquel libro iba a destrozar a la niña que Magna y ella tanto amaron.

Lo que más me preocupa son sus fantasías. Cada vez siento más miedo por lo que ocurre en su interior. Algunas de las cosas que veo y percibo son tan extrañas y diferentes que no encuentro palabras para describirlas. La silla de ruedas. El catalejo. El espejo. Por no hablar de la vecina espástica, con la que ha empezado a soñar noche y día. Bien sabe Dios los cientos de veces que he estado a punto de quitarle la silla de ruedas y llevarla al vertedero, pero temo su rabia, y algo me dice que debo prestar atención a ese temor.

Es lo que escribió Magna, que por lo demás no temía a nada ni a nadie.

Y debí haber dejado de leer justo allí, en el principio de su relato, pero, claro, fue imposible.

«Soy hija de pastor de la iglesia, y a veces me da la sensación de que el Mal se ha asentado en Kongslund, en una forma que no reconozco», escribió mi madre de acogida en una enigmática anotación en una de las páginas siguientes. Yo no entendía la relación, aunque el tono dejó en mi

pecho una sensación de agobio. Para una mujer como Magna que nunca había necesitado ningún suplemento dramático artificial, ese tipo de conjuros debería estar de más.

En las páginas que siguen describe la historia de Eva Bjergstrand, y del niño, y todo lo que no debió ocurrir, pero ocurrió. Y lo hace de una manera que muestra que va dándose cuenta de lo que había puesto en marcha, ayudada por su fiel asistente, Gerda Jensen.

Su primer encuentro con el bebé recién nacido se presenta en el Protocolo casi como una revelación: «En todos mis años de directora de Kongslund, nunca he visto un ser más frágil. Y mira que he visto cosas».

Son principios de mayo de 1961, tres días después de la misteriosa llegada de la mujer a la sección B de Maternidad, donde dio a luz, y luego desapareció.

El hecho decisivo no es el propio parto, ya que fue, tal y como describe Magna al detalle,

planeado con toda minuciosidad, siguiendo un guion escrito por hombres poderosos y, por tanto, ejecutado al pie de la letra. El hecho decisivo, que cambió los planes diseñados con todo cuidado, fue el encuentro de Martha Louise Ladegaard con el bebé que debía haberse entregado en adopción anónima, tal como se convino con la jovencísima madre.

Cuando Ole Almind-Enevold y Carl Malle visitaron a mi madre de acogida y le contaron la increíble historia de la relación de la cárcel, al principio Magna rehusó colaborar. Kongslund no iba a meterse en un juego tan delictivo y peligroso.

Pero cuando los dos hombres esbozaron el plan, que podía ocultar el hecho y proteger a la madre —así como dejar a Ole en situación de adoptar a su propio hijo—, al final accedió. Por el bien del niño, por supuesto. Y pese a que la última parte del plan debía guardarse en secreto para la desgraciada madre.

Eva Bjergstrand había aceptado su indulto

como una especie de compensación por el bebé, le dijeron los dos hombres a Magna, y no se explayaron mucho sobre la cuestión. El motivo para el indulto sería su corta edad y que acababa de ser madre.

De los tiempos de la resistencia, Ole y Carl tenían buenos contactos en la judicatura, y en el partido se percibían los contornos de un escándalo que se deseaba evitar a toda costa, así que hacía como si nada. Altos funcionarios bien situados tiraron de los hilos de los que había que tirar, se cobraron favores y contrafavores. La chica iba a tener una nueva vida en Australia, y eso era lo mejor que podía esperar. De todas formas, nunca iba a conseguir sus derechos de maternidad sobre su hijo, por sus antecedentes penales y por estar sola. De una manera u otra, iba a terminar entregado en adopción.

En una situación así, iba a ser mejor para el niño vivir con su padre biológico que terminar en una familia que le fuera extraña, argumentaron Ole



y Carl. Por supuesto, no contaron nada a Eva sobre la última parte del plan —que Ole iba a adoptar el niño—, porque, como dijeron, eso podría provocar una añoranza mayor aún en la joven madre. Sería como cubrir una vez más los ojos de la madre con una de gasa, solo que a nivel mental, pensé al leerlo.

Al final, Magna habló con Eva en persona y ella aceptó el plan. Por el bien del niño.

Pero entonces ocurrió algo que no estaba previsto, lo que pasa cuando gente segura de sí misma va a lo suyo sin tener en cuenta los caprichos del viejo Amo en su cama celestial. Es una extraña verdad que hasta las construcciones más formidables puede derribarlas algo que al parecer es pura casualidad, y que los más cercanos jurarían también que lo es.

En aquel caso, fue el encuentro de Magna con el bebé de Eva.

La imponente directora de Kongslund se arrepintió de su participación en el plan en el

mismo instante en que se inclinó sobre el bebé en el Hospital Central. En los minutos que pasó en Maternidad, no tuvo la menor duda: nunca había visto un bebé tan solo y tan dañado como aquel, nunca en la vida. Y había visto de todo.

En el Protocolo de Kongslund el encuentro se describía así:

La madre dormía, y me aseguré, preguntando a la enfermera, de que no estaba más extenuada de lo normal por el parto. Luego me llevaron adonde el bebé, que estaba solo, y fue como una revelación, aunque nunca he creído en Dios ni en poderes superiores; no puedo describirlo de otra forma. Ni yo, que he visto tantos seres necesitados, pude evitar que la visión me afectara: era una niña, tenía el pelo negro, su espalda y uno de los hombros estaban torcidos, y sus pies formaban un ángulo extraño, como si una mano gigante los hubiera asido y hecho girar una y otra vez. Era una visión desgarradora, y comprendí al instante que aquel ser no podía protegerlo nadie que no fuéramos yo y mi fiel asistente, Gerda Jensen. No podía

de ninguna manera ceder la niña a un hombre como Ole Almind-Enevold ni a su esposa, Lykke, que veo claramente que no tiene el menor interés por adoptar.

Creo que leí aquel párrafo tres veces, hasta darme cuenta de lo que significaban las palabras.

La conmoción llegó como a cámara lenta. Llegó en oleadas, como enviada desde las entrañas de la tierra; así la sentí, y luego se expandió hacia arriba, desde los fundamentos de Villa Kongslund, subiendo por el suelo de la Sala de Recién Nacidos hasta el techo, y luego hasta la Habitación del Rey, para golpearme allí, sentada tras el escritorio del capitán, tras lo cual caí de lado, rodé por el suelo y perdí el conocimiento.

Desperté en un charco de sudor, igual que aquella vez, hace tiempo, en que me dejé llevar en brazos de Magdalene y el sudor me rodeaba por completo, como si surgiera de todas las aberturas que había en mi cuerpo torcido. Una niña. Quizá lo supe siempre...

Me desvestí con dedos temblorosos, sin fuerzas casi, subí a la cama y me quedé tumbada sobre el edredón. Nadie debió de oírme caer, porque no oí pasos apresurados escaleras arriba desde el vestíbulo con sus miles de fotografías en blanco y negro. Y el Protocolo seguía abierto en la página fatídica sobre el escritorio, junto a la ventana.

En las horas que siguieron decayó la tarde, y mientras llegaba la noche poco a poco lo entendí todo: la niña que Magna describía como tan dañada que le harían falta años, quizá toda la vida, para repararla, solo podía ser una persona en la Tierra, y lo comprendí con todo el pavor que puede caber en un alma humana.

Yo.

El bebé de Eva era una niña, y no un niño, como creyeron todos; no había otra posibilidad.

Los hombros torcidos, el pelo negro, que solo se aclaró con el paso de los años, y los pies deformes; todo aquello solo podía aplicarse a un

cuerpo en todo el reino de Dinamarca: un cuerpo que en otros tiempos atrajo a especialistas de todas partes, extrañados ante la singular construcción.

Creo que estuve unas horas tumbada, mirando por la ventana, hacia el estrecho, sin hacer caso del crepúsculo, que llegaba a Villa Kongslund desde la costa sueca, antes de volver a sentarme tras el escritorio del capitán y obligarme a mí misma a seguir leyendo el grotesco relato de Magna.

«La amé desde el primer segundo», escribió.

La confianza mostraba, con toda la nitidez que puede exigirse, cómo las expectativas de la reparadora ante el gigantesco desafío consiguieron un compañero más fuerte aún en el momento en que vio al bebé en la cuna: un sentimiento maternal repentino y profundo que llevaba décadas en hibernación.

Los dos sentimientos debían de ser invencibles al juntarlos: la Madre y la Reparadora.

Recordé que una vez Gerda me contó, lo más seguro tras una de mis extrañas pero insistentes preguntas que no podía evitar, que mi madre de acogida se negó a fundar una familia y tener hijos, porque no era compatible con su obra protectora de todos los niños del hogar infantil de Kongslund. Sola, no tenía posibilidad de lograr la maternidad, porque en aquella época, como mostraba de sobra la historia de Orla, las madres solas eran consideradas irresponsables y, como poco, depravadas. Y, claro, una reputación así no podía afectar a la directora de Kongslund.

Era obvio que las siguientes anotaciones estaban escritas semanas después de los acontecimientos que se relataban al detalle, y no me extrañaba. Cualquiera habría sentido la necesidad de reponerse de lo que estaba ocurriendo, que era consecuencia directa de la decisión que tomó Magna en la sección de Maternidad.

El plan que llevamos a cabo los días siguientes era de Gerda, y sin su talento para los detalles nunca habría salido bien. Estaba claro que, si queríamos salvar a la niña, había que ocultarla a los ojos de Ole y de su siempre dispuesto antiguo ayudante, Carl Malle. Era difícil, porque sabíamos, por la resistencia, de su astucia y cinismo.

Me recosté en la silla de Magdalene y vi ante mí a las dos mujeres. Concentradas, seguras de lo que debían hacer.

Primero bautizamos al bebé en la capilla del Hospital Central, en parte porque el personal decía que mi niña estaba tan desmejorada por sus defectos que podía morir en cualquier momento, y en parte porque Eva lo exigió; pero, sobre todo, porque la partida de bautismo era la parte más importante de aquel pretexto que iba a ocultar el bebé de Eva a su padre biológico. Fue la iniciativa de Gerda la que nos salvó.

En aquel punto me esforcé en leer el texto con más lentitud y esmero aún. A fin de que nada me pasara por alto, pero también porque temía, con cada nueva línea, la revelación de la verdadera historia de mi vida. Mi corazón latía a ratos con tal fuerza que mis dedos apenas podían tener quietas las viejas páginas. Percibía con tremenda claridad adónde me llevaba todo.

Eva me hizo prometer expresamente que su hija iba a ser bautizada con el nombre Jonna, si era niña, y John, si era niño. Accedió a no tener la menor información sobre el bebé, ni su género, porque eso haría su separación más dura todavía, y la añoranza aún mayor. Y fue así como se le ocurrió a Gerda la idea del cambio.

Detuve mi lectura una vez más y cerré los ojos. El Protocolo volvió a temblar en mis manos, como si el libro dispusiera de un pequeño motor invisible. Ahora la verdad definitiva e inevitable, tras casi medio siglo, iba a llegar por fin a



Kongslund, abriría la puerta principal de par en par, atravesaría el vestíbulo con paso decidido, subiría la ancha escalinata, pasaría junto a la dama de verde y entraría en la Habitación del Rey, donde yo estaba sola con mis vistas al estrecho de Øresund y a la isla de Hven, con los ojos cerrados.

Los abrí y llegué a otra página y, para mi sorpresa y pavor, observé que mi madre de acogida describía la idea que se les ocurrió aquellos días a las dos mujeres con una especie de orgullo que le costaba disimular.

La bautizamos Jonna Bjergstrand, tal como habíamos prometido, y ese es el nombre que consta en el registro eclesiástico de la capilla del Hospital Central. Unos días más tarde, recibimos la partida de bautismo, y para Gerda, cuyo talento artístico habían disfrutado los niños de la Sala de los Elefantes durante generaciones, fue fácil lograr la transformación. Primero, alargó uno de los lados de la n para convertirla en h, y después borró la última a con pintura al pastel blanca,

tras lo cual hizo una copia y tiró el original.

Fue así de simple. Jonna se convirtió en John. Todavía recuerdo lo satisfecha que me miró Gerda cuando me enseñó el resultado: John Bjergstrand. Fue como por arte de magia. Habíamos borrado a una niña y la habíamos sustituido por un niño. El palo de la hache parecía una pequeña trompa de elefante.

Estaba horrorizada. Me levanté de la mesa, fui a por mi copia de la partida de bautismo falsificada y la examiné. No cabía ninguna duda. En efecto, había un doble espacio entre el nombre John y el apellido Bjergstrand, donde antes había una a, pero la diferencia era tan vaga —menos de un milímetro— que nadie lo descubrió, ni el vigilante que siempre parpadeaba contra la luz, ni los demás, que estábamos demasiado emocionados por el hallazgo de la partida de bautismo para realizar una simple comprobación.

Llegué a Kongslund un viernes que Magna y Gerda habían dejado salir a las puericultoras antes

de lo habitual para el fin de semana. Los primeros días me instalaron en la habitación de Magna, en el primer piso, y solo dijeron que se trataba de un niño que tenía gran necesidad de cuidados y debía estar en silencio total.

Pero mi viaje por aquella pesadilla desplegada por el Protocolo no había terminado aún. A las dos mujeres les quedaban dos cosas importantes por hacer.

Todavía quedaba un problema que debíamos resolver, claro, pero lo habíamos tenido en cuenta: debíamos conseguir un niño que nadie conociera, que se adaptara al John de la partida de bautismo: el chico que Ole iba a adoptar, creyendo que era su hijo.

Era un plan casi diabólico.

Vi, horrorizada, adónde me llevaba el relato, y con qué violencia habían perturbado la capacidad de juicio de las dos mujeres sus sentimientos maternales y su obsesión por proteger. Las dos

famosas señoritas, que habían sido modelos morales para el país más que ninguna otra persona de la época, estaban montando un engaño que nunca iban a poder contar a nadie, y del que tampoco iban a poder escapar.

«Lo primero de todo, Jonna debía desaparecer», escribió Magna.

Y continuaba en un tono como de conversación:

Unos días más tarde, Gerda consiguió acceder con discreción al registro de la capilla, en una visita que hizo al Hospital Central. Retiró de allí cualquier huella del nombre Jonna Bjergstrand.

Seguramente rompió el folio en mil pedazos, pensé.

Al día siguiente, convencí a una mujer que vivía cerca de la estación de Svanemøllen y estaba desesperada por entregar en adopción a su hijo

recién nacido —un chico— para que lo hiciera por un procedimiento más rápido y discreto. Entonces pusimos en marcha la última parte del plan de Gerda.

Volví a detener la lectura. ¿Una mujer de Svanemøllen...? Solo podía tratarse de Dorah Laursen, a quien muchos años más tarde seguí la pista. De modo que fue así como aquella mujer frágil se convirtió en parte del enigmático juego.

Gerda fue a por el chico temprano por la mañana. Era el 13 de mayo, fiesta de aniversario de Kongslund. Lo metió en el capazo que llevaba consigo, vestido con unos peles y bajo una manta de color rosa, tal como habíamos planeado. El color haría que todos pensarán inconscientemente que había una niña en el capazo, cuando hiciéramos público el hallazgo. Llevé en coche a Gerda hasta Kongslund y me quedé esperando junto a las columnas de piedra chinas, mientras ella bajaba la cuesta, llevaba el capazo a la villa y lo depositaba en los escalones de entrada al anexo

sur. Nadie la vio llegar ni partir.

Aspiré hondo. No, nadie; excepto la mujer espástica de la villa vecina, que lo vio todo y trató de contarme el incidente justo antes de morir.

No obstante, casi surgió un problema, que Magna apunta.

Por desgracia, Agnes descubrió el capazo fuera de la puerta de la cocina antes de que llegara yo. Menos mal que fue ella, y no alguna de las estudiantes más despiertas. No sospechó nada, y por suerte no tomó al niño en brazos. Se puso a gritar y a pedir ayuda. Es una chica muy ingenua, y nunca en la vida había visto un niño abandonado.

Cerré los ojos. Ya no había ninguna duda. Las dos insensatas, conocidas por todos como las señoritas más bondadosas del país, hicieron creer a toda Dinamarca que habían encontrado a una niña en los escalones de entrada —es decir, a mí

— y que se trataba de un bebé abandonado por una madre desgraciada e irresponsable. Fue todo una mentira, de principio a fin. Siempre fue un chico, un chico al que debían poner el nombre de John Bjergstrand, mientras a mí me daban una identidad de niña abandonada sin pasado. Vi la genialidad de su jugada en aquel intercambio. Aquel estatus me ocultaría para siempre. A nadie se le iba a ocurrir buscar huellas del pasado de una niña abandonada. Simplemente, no existía.

Tan pronto como metieron en el interior al chico de Svanemøllen, todo fue muy rápido. Magna llevó el capazo con el niño por la Sala de las Jirafas hasta la sala de baño, donde Gerda estaba preparada con mi cuerpecito retorcido, que enseguida fue a parar a brazos de Magna en lugar del chico. Pasé el resto del día tumbada en aquella posición, para que los numerosos fotógrafos de revistas que pululaban por Kongslund con ocasión del aniversario pudieran fotografiar una y otra vez a la niña abandonada y encontrada por milagro.

Tampoco esa cuestión, que ocurriera el mismo día de la fiesta de aniversario, el 13 de mayo de 1961, fue una casualidad, sino que fue elegida con cuidado por la astuta mano derecha de Magna. Así la historia de que el bebé abandonado era una niña aparecería en todos los medios del país, y la confirmarían en público cientos de testigos, una y otra vez. Incluso con imágenes. Ni el más escéptico se habría dado cuenta. Por suerte, la observación extempórea de Agnes a una revista, diciendo que era un chico lo que vio en los escalones de entrada, no cuajó en ninguna parte.

Magda tenía otra razón para hacerme aparecer como niña abandonada, tal como escribió después:

La identidad de Marie como niña sin pasado significa que no necesitamos darle un pasado falso que pudiera ser desvelado con facilidad. Necesitábamos un niño abandonado, así que lo creamos.

Triunfante.



Así fue como la hijita de Eva tuvo su propia vida y su propio pasado —mentira de arriba abajo—, y me presentaron como la famosa niña abandonada que llegó a Kongslund de ninguna parte y fue salvada el mismo día que se celebraba el veinticinco aniversario del famoso hogar infantil. Era un relato tan mítico, atractivo y fascinante que, como en un cuento de verdad, convenció a todos los que estaban presentes o después oyeron hablar de él. La mentira podría haber continuado durante cien años.

Unos días después, las dos mujeres superaron el último problema cuando Eva Bjergstrand se negó de pronto a cumplir su parte del pacto y a marcharse antes de saber quiénes eran los padres adoptivos de su bebé.

Tal vez presintiera que ocurría algo extraño en la sombra, y tal vez incluso que el padre del bebé pudiera estar implicado, tal como sugería también Magna: «Las chicas de la clase social en la que ha crecido Eva tienen un sexto sentido para esas

cosas».

Eva se puso furiosa, por lo que escribió mi madre de acogida. Exigió información clara sobre la familia adoptiva elegida, y en las últimas horas antes de su viaje amenazó con exigir que le entregaran el bebé y desvelarlo todo si Magna no cedía.

Mi madre de acogida, desesperada, le mostró el único formulario oficial que tenía a mano entonces, y en aquel momento el dueño y señor de todas las aparentes casualidades de la vida debió de sentirse halagado en voz tan alta que se oyó en la Tierra. Pero, por supuesto, no se oyó. En el formulario estaba escrito el nombre que Eva nunca olvidó, el nombre de la mujer que en años posteriores creyó que iba a ser la madre adoptiva de su bebé: Dorah Laursen.

Seguido de la dirección que podía recordar cincuenta años más tarde: Svanemøllen, Østerbro.

Magna estaba convencida de que acabaría olvidando el nombre, e incluso si no lo hiciera, no

tendría ninguna importancia, ya que Eva Bjergstrand iba a viajar tan lejos como se pudiera, y nunca iba a volver. Era imposible que un detalle tan nimio pudiera perjudicar a nadie.

Después, con gran pena, Eva abandonó Dinamarca para encontrar una nueva vida y expiar su crimen: tanto el crimen que le habían indultado, como el que cometió cuando se quedó embarazada del joven abogado y político de carrera en la sala de visitas n.º 4.

Para Gerda y Magna, todos sus esfuerzos se basaban en la necesidad imperiosa de salvar al pequeño ser que se enfrentaba a una reparación tan grande y extensa de daños existentes y potenciales. En una única maniobra habían logrado una serie de ventajas que creían que eran razón más que suficiente para el engaño total.

Eva Bjergstrand había sido indultada y se

encaminaba a una nueva vida; conocería sin duda a un hombre australiano y tendría hijos. Ole Almind-Enevold conseguía el niño con quien siempre había soñado; incluso un niño que no estaba torcido ni dañado de nacimiento como lo estuvo el auténtico (yo). Además, el chico de Svanemøllen tendría un hogar más acomodado y mejor con Ole que el que había dejado, con su madre; una madre a la que ni siquiera importaba.

Y para terminar, y eso era lo fundamental, la verdadera hija de Eva tendría toda clase de cuidados con Magna, cosa decisiva. La directora de Kongslund era la única protectora responsable de una niña con un lastre mental tan espantoso y un aspecto físico tan extraño.

Considerado desde el punto de vista de las dos mujeres, era una intriga que favorecía a todos, y por eso estaba en perfecta armonía con los principios básicos de la Bondad de Corazón. De hecho, se felicitaron mutuamente, por lo que describe Magna en el Protocolo, tomando una

copita de oporto en la Habitación del Rey, donde residía la directora por la época en que se llevó a cabo la maniobra.

No obstante, todo se fue a pique.

Lykke Almind-Enevold se negó a adoptar, y después tuvo un severo ataque de nervios. El joven abogado no se atrevía a presionarla más, y tampoco a abandonarla, pues aparecería de cara al exterior como un patán de segunda, carente de moral para hacer carrera política.

Fue en la semana entre Navidad y Año Nuevo cuando Ole Almind-Enevold comunicó a Magna la fatal decisión de su esposa.

El espanto de mi madre de acogida aparece con total nitidez en el Protocolo de Kongslund:

Tal como he temido siempre en el fondo de mi alma, Lykke se ha negado a adoptar, y eso nos deja en una situación terrible. Ole me suplica que le deje ver a su hijo, pero yo me niego, como he hecho siempre. Ahora veo lo prudente que fue no señalar en ningún momento el niño

correcto. El chico que lleva el nombre de «John Bjergstrand» debe desaparecer. Para siempre.

Pone el nombre entre comillas, claro. Porque ni entonces ni ahora ha existido ningún John Bjergstrand. Solo existía en las correcciones de Gerda en una partida de bautismo.

En aquellos días, que fueron los más difíciles y peligrosos de sus vidas, las dos mujeres tuvieron en Kongslund a un chico que, si presentaban los documentos falsificados por ellas, era hijo de una asesina. Ole ya lo sabía de antes, por supuesto, y después de la adopción tenía pensado deshacerse de los papeles y lograr que sus contactos con las autoridades sustituyeran el documento desaparecido por otro, con otro nombre. Pero una familia adoptiva joven y responsable habría sin duda exigido más información, habría tratado de bucear más en los orígenes del niño. Eso no debía ocurrir. Magna y Gerda no podían arriesgarse a

ello.

Hay una familia, él es vigilante nocturno, que ha pedido adoptar, aunque les hemos dicho que no tienen un nivel social lo bastante alto como para lograr la aprobación.

Escribió Magna bajo el encabezamiento «Marzo de 1962» (por lo general, no solía fechar sus anotaciones).

Gerda cree que es nuestra gran oportunidad.

Varias semanas más tarde llegaba la descripción de la solución con la que dio Gerda.

Todo ha ido como ella había previsto. La familia ha aceptado no decir nada, tanto por el bien del niño como por el suyo propio. La familia de un vigilante que vive en un piso cochambroso de Nørrebro nunca habría podido adoptar dentro de nuestros procedimientos

normales. Cuando el marido me pidió los papeles del niño y la partida de bautismo, mi primer impulso fue negarle el acceso a ellos, pero Gerda me hizo cambiar de parecer. Le dije que quemasen los papeles tan pronto como viesen que al niño no le pasaba nada, y él lo prometió. Pero Gerda dice que seguro que tiene guardada la partida de bautismo, porque la gente como el vigilante es así. Gerda dice que puede ser una ventaja para nosotras. Si alguna vez hay alguien lo bastante listo como para seguir las huellas del bebé de Eva, terminarán ahí, en la familia de un vigilante, y la partida de bautismo, tal como se había pensado desde el principio, identificará al niño como hijo de Eva, ocultando así la identidad de su verdadera hija.

Un último seguro, bien enterrado.

La astucia de Gerda y su talento para prever las cosas más singulares me llenaban de perplejidad y admiración. ¿Cómo podía una mujer de cuyos labios no había salido ni una mentira idear a escondidas planes tan engañosos?

Una página más adelante, Magna anotó:



Han dicho que van a llamar Nils al niño, y que van a olvidarlo todo sobre su pasado, por el bien de todos. Por fin, Gerda está satisfecha. «John Bjergstrand» ha desaparecido para siempre, como si nunca hubiera existido.

Luego añadió: «Porque nunca existió».

Ya en enero de 1962, el joven abogado Ole Almind-Enevold empezó a investigar a los cinco chicos de la Sala de los Elefantes, para encontrar a su hijo. Debía de estar desesperado por las continuas negativas de Magna.

Me imagino sus reflexiones y las de Carl Malle, que también documentaron los acontecimientos posteriores y las confesiones de Almind-Enevold en el ministerio cuando por fin le presentaron a Nils Jensen como hijo suyo.

Los dos viejos compañeros debieron de

excluir casi al instante precisamente a Nils, porque estaban convencidos de que Magna nunca habría entregado al hijo de Eva en adopción a una familia de un barrio obrero. Les pasó por alto la importancia de aquel detalle.

En el extremo opuesto del espectro social, se sentirían inclinados también a excluir a Peter, porque sus padres adoptivos eran miembros de una familia muy distinguida e intelectual. En Asistencia a la Maternidad siempre trataban, por el bien del niño, evitar el llamado *overmatching*, que, por ejemplo, podía implicar que niños nacidos en una clase inferior, de una madre sin educar y, por tanto, podría pensarse que menos dotados, crecieran con padres mucho más inteligentes.

A Asger lo excluyeron porque no creían que Magna, con su gran responsabilidad en aquella entrega en adopción, enviara al hijo de Eva a una familia que vivía tan lejos, lo que la dejaría con muchas menos posibilidades de control. Con ello

comprendieron a la perfección la obsesión por proteger que tenía Magna.

Por eso se fijaron en primera instancia en los dos niños de Søborg: Severin y Orla, y sobre todo se interesaron por Orla, que había terminado en casa de una madre soltera. Los dos hombres, con su talento para el trabajo ilegal y la planificación táctica, llegaron a la conclusión de que tal vez fuera un truco astuto por parte de Magna construir una historia sobre una madre biológica soltera, justo para desviar su atención. Orla acudía a menudo al hogar infantil, y además el chico, con su constitución compacta, se parecía al triunfante político.

Por eso, a finales de 1962, Ole Almind-Enevold prometió a su amigo, el policía Carl Malle, su apoyo para que continuara su carrera ascendente, siempre que a cambio le hiciera un solo, aunque decisivo, favor: mudarse a una de las recién construidas casas adosadas rojas del barrio de Søborg donde vivían los dos chicos.

Para que los dos hombres pudieran seguir sus idas y venidas con total discreción.

Y pasa el tiempo sin que se acerquen a la solución del enigma, y sin que nadie advierta la injusticia cometida con Eva y su bebé. Cuando, años más tarde, consiguen análisis de sangre de los cinco chicos tampoco obtienen resultado. Carl Malle desaconseja más investigaciones peligrosas de esa clase, sin duda porque teme que el hijo de Ole no esté en absoluto entre los cinco, lo que lo privaría de su capacidad de presionar al político. No pude evitar sonreír ante la verdadera razón del fracaso: que los dos hombres hicieron análisis a los cinco chicos, pero, claro, nunca a una chica.

Los tres confabulados, Magna, Ole y Carl, están encadenados en una asociación en la que solo pueden vigilarse entre ellos y, por supuesto, mantener un silencio total de cara al exterior.

Si cae uno, caen todos.

La chica, Eva, vive en Adelaida, en Australia, cumpliendo así lo apalabrado, en consideración

hacia su hijo. Cambia de nombre y trabaja de secretaria en una empresa petrolífera, pero no encuentra marido.

Supongo que su añoranza, y sus enormes autorreproches, serían un obstáculo determinante.

Justo después de los dramáticos acontecimientos, según Magna, la carrera de Ole queda casi estancada. El nuevo primer ministro, que accede al cargo en el otoño de 1962, no lo tiene en cuenta para un ministerio, porque en el partido aún circulan rumores sobre un escándalo relacionado con su trabajo en Instituciones Penitenciarias. Y que tal vez afecta a una joven reclusa.

Ningún político se atreve a llevar esa idea hasta el final.

Mientras tanto, los médicos más hábiles del globo parchean lo mejor que pueden mi cuerpo maltrecho, y yo me enderezo poco a poco y logro tener mi propia vida, eso sí, oculta, en Kongslund.

«Le he puesto de nombre Inger Marie, porque

son dos viejos nombres daneses que, en sus formas originales, significan “la guapa” y “la que viene del mar”, y no hay nombre que le vaya mejor», escribe Magna en primavera de 1963, y continúa, confiada:

Todavía le hacen pequeñas operaciones, y los médicos han conseguido doblar sus pies un poco hacia dentro, así que ahora puede caminar, casi igual que los demás niños. Ese hecho me llena de alegría. A los dos años del hallazgo del bebé abandonado, varias revistas han vuelto a escribir la fantástica historia, y los periodistas se han quejado una vez más de que nadie haya logrado encontrar a los padres. La Policía sigue recibiendo informaciones sobre el caso, cuando se menciona; la mayoría proceden de personas desequilibradas que se sienten atraídas sin remedio por esa clase de historias fantásticas.

Un año más tarde escribe:

Asistencia a la Maternidad ha reconocido, por iniciativa mía, que va a ser muy difícil, por no decir imposible, encontrar una familia adoptiva para nuestra pequeña Inger Marie. Sigue teniendo un aspecto muy diferente, y es tan frágil que no podría vivir en una familia normal. La señora Krantz entiende mi propuesta de que Asistencia a la Maternidad me conceda pronto el estatuto oficial de madre de acogida de la pequeña Inger Marie para los años que vienen.

En esas páginas se evidencia su alegría por ser una madre «de verdad».

A Marie le encanta ponerse vestidos de colores claros. Su favorito es el amarillo, como el color de las fresias que rebosan de flores en los macizos que hay al otro lado de la ventana de la Sala de Recién Nacidos. Su pasatiempo preferido es pasear conmigo por el jardín y recoger capullos de fresias para las fiestas de Kongslund, o para cuando recibimos a visitantes ilustres que han oído hablar de nuestro trabajo, algunos desde tan lejos como Japón.

Arrugué el ceño, porque yo no lo recordaba así. Al contrario, tenía una imagen interior de una mujer enérgica y concentrada que se encargaba en persona del trabajo de recogida de flores, en majestuosa soledad, y después aparecía magnífica en la mesa de la cocina, aplastando los tallos a martillazos, como si fueran diminutas personas a las que moldear para la vida.

En un pasaje, Magna observa, casi con una especie de alivio: «Después de todo, es una suerte que Inger Marie naciera tan desfigurada. No tiene el menor parecido con ninguno de sus padres».

Pasados varios años, confía al Protocolo el papel que ha desempeñado Gerda en mi educación.

Hemos decidido dar a la pequeña Inger Marie clases en casa, porque los psicólogos estiman que se encuentra todavía demasiado débil para enviarla a la escuela con los demás niños. Es importante que esté en calma total. He decidido darle la Habitación del Rey, y le he hablado del



origen de la estancia y de su ubicación en el centro exacto de Villa Kongslund, entre el norte y el sur. El otro día Gerda le leyó en voz alta un artículo del *Søllerød Posten* en el que se describía la historia del lugar. Inger Marie estaba muy interesada en el relato de la pequeña espástica que creció en la villa blanca de lo alto de la cuesta, detrás de Kongslund. El periódico reproducía varias anotaciones de los diarios de la chica sobre el viejo capitán de Marina Olbers, que fue el primer propietario de la villa. A Inger Marie le encantan, pese a no haber coincidido nunca con ella, por supuesto.

La última observación me extrañó, porque Magdalene había estado conmigo siempre, tanto en lo alto de la colina como en la playa de abajo, sobre todo cuando se plantaba con su silla de ruedas en el embarcadero y oteaba el estrecho con el catalejo del Rey.

Magna tenía que haberlo visto.

Gerda dice que fue sin duda la historia de Magdalene la que impulsó a Marie a escribir

tan temprano, para sorpresa de todos. Le hemos regalado un taco de cuadernos azul cielo en los que escribe, y que cuida como si fuera el mayor de los tesoros. Todavía nadie ha tenido permiso para leerlos, pero estoy muy emocionada, claro. Ya me enseñará sus escritos algún día.

Es el último pasaje del Protocolo donde la descripción que hace Magna de mi vida y milagros se mantiene en un tono más o menos alegre y despreocupado.

Después la imagen cambia de repente. De página en página, el ambiente parece cambiar, y se hace cada vez más evidente que Magna concibe la observación de su hija de acogida con creciente inquietud a medida que pasan los meses. Eso culmina la mañana que encuentran muerta a mi amiga del alma.

La anciana espástica ha muerto esta noche. La han encontrado tumbada a los pies de la cuesta, junto a la silla de ruedas en la que se desplazaba las raras veces que se atrevía a salir. La Policía

cree que ha cometido la temeridad de salir de la casa cuando todavía estaba oscuro porque ha sido la noche posterior al alunizaje de los norteamericanos, y porque había un viejo catalejo destrozado junto a ella, bajo la colina. Los policías creen que quería observar la luna, y después volcó en la oscuridad.

De pronto, sentí una vaga furia repentina por la descripción de Magna. En aquella parte del *Protocolo de Kongslund* mi vida había llegado a un punto muy importante, y yo ya no deseaba la presencia de mi madre de acogida. No debía acercarse más.

Nunca debí llevar a Marie al entierro de Magdalene. Es como si la anciana, después de muerta, se hubiera convertido en una obsesión para ella. En la cabaña de los aperos, detrás de los dormitorios, ha encontrado la vieja silla de ruedas en la que la transportaban las puericultoras cuando le vendaron los pies. Y el otro día se agenció el viejo catalejo del que alguien se había deshecho en la playa. Ha fijado

el catalejo al brazo de la silla. Algunos días, lleva la silla hasta la orilla y se sienta en la playa durante horas, observando la isla de Hven por el viejo aparato oxidado; lo más seguro es que no se vea nada. No sé qué puede creer que está buscando, pero sé por la encargada de la biblioteca municipal que ha pedido prestados tres libros sobre Tycho Brahe. Tal vez la haya inspirado el alunizaje. Gerda dice que no debo preocuparme tanto, pero no estoy tan segura. Como siempre, Gerda cree lo mejor de las personas.

Mes a mes, la obsesiona el problema cada vez mayor de entender a su hija, y mi interés por ese lugar del que nunca me iré. Se desprende que las cosas van a empeorar mucho:

Ahora también Gerda está preocupada. Y no le faltan razones. Ayer Marie le contó que su catalejo había pertenecido a un rey, al monarca que hizo construir Villa Kongslund, y que por eso lo había heredado de la anciana espástica. ¿De dónde sacan los niños esas historias

disparatadas? Gerda ha intentado convencerla para que vuelva a dejar la silla en la cabaña de los aperos, porque no la necesita para nada. Pero Marie sostiene que perteneció a la anciana de la villa vecina, y es esa aberración constante la que más nos preocupa.

Volví a sentir la rabia mientras leía, porque Magna había seguido mi vida y la de Magdalene mucho más de cerca y con más profundidad de lo que yo había percibido o creído nunca. No entendía que no hubiera desvelado —siquiera un poco— sus observaciones a la hija a la que afirmaba amar, para que yo la tranquilizara y corrigiera todos los malentendidos de los que hablaba en sus escritos.

Pensé que tal vez así podría haberse evitado algo de lo que sucedió después. Pero mi madre de acogida había decidido callar y dejar que sus descripciones quedasen registradas en su querido Protocolo de Kongslund, como un susurro lejano para la posteridad, y además en unas páginas que

nadie excepto ella debían ver. Yo, menos que nadie.

Por aquella época, yo tendría unos diez u once años, me vigilaba más de cerca, y su preocupación la hacía buscar los cuadernos que me dio Gerda para que escribiera cuando no estaba en mi habitación. Quería ver con qué fantaseaba —así lo expresó—, pero no los encontró al primer intento, porque me encargué de esconderlos tan bien como pude. Fue en la época en la que realizaba mis viajes secretos a las casas de los niños que vigilaba, mientras ella acudía a reuniones o conferencias al servicio de la Bondad de Corazón; Gerda, por razones que siempre se me han escapado, decidió encubrirme.

A principios de 1973, la vigilancia a la que me sometía Magna obtuvo recompensa:

Ayer, mientras Marie estaba como siempre sentada en su silla de ruedas junto al embarcadero observando la isla con su catalejo, que hace tiempo que perdió la lente, se me

ocurrió una idea que debí haber tenido mucho antes. Subí corriendo a su habitación, y en efecto: en un cajón de doble fondo del viejo secreter del capitán, encontré los cuadernos azules que le había dado Gerda.

Aquella tarde, Magna abrió mis cuadernos, uno a uno, y examinó todas las ideas y observaciones secretas que había anotado, y aquello me puso furiosa. Pero a la vez me daba cuenta, para mi satisfacción, de lo mucho que se arrepintió enseguida: «Hoy desearía no haber leído nunca esos cuadernos, pero lo que ha sucedido no puede cambiarse», observó. Había algo que Magna no entendía para nada:

¿Es normal que una niña de once años escriba palabras que parecen sacadas del diario de una muerta? ¿No solo como si la hubiera conocido, sino como si FUERA ella? ¿Es eso normal? ¿Puede acaso considerarse como parte de un fantástico juego infantil? No me atrevo a escribir esto. Ni siquiera en este libro, que

nadie va a ver jamás. Ni siquiera me atrevo a preguntar a los psicólogos de Asistencia a la Maternidad.

Había dejado un espacio en blanco bajo aquellas extrañas líneas. Luego había escrito: «Estoy más desesperada que nunca».

Mi rabia crecía con cada palabra, hasta llegar a un punto en que me ahogaba, y sentí que el agua, que siempre me delataba, fluía por mi mejilla izquierda. Magna había traspasado todos los límites. No se había contentado con leer mis cuadernos, también los había copiado, y estuvo pensando en enseñárselos a la guardia de oráculos barbudos fumadores de pipa y pedirles consejo. Estuvo cerquísima de desvelar las ideas íntimas de Magdalene y mías —ideas que solo nos pertenecían a nosotras— a los seres que más detestaba yo de este mundo. Leyó sobre nuestro primer encuentro, cuando llegó el agua y casi nos ahogó a las dos, tuvo acceso a mis recuerdos más



íntimos, y solo pensaba en dárselos a los hombres que iban a aniquilar a los niños a quienes no entendían.

Fue Gerda quien, a fuerza de insistir, la convenció para que lo olvidara.

Gerda tiene miedo, por el peligro que entraña, de que al final me quiten a Marie. Quizá sea normal vivir en un mundo de fantasía así, pero si no lo es, dice que me arriesgo a perder a mi hija. Por supuesto que sería una catástrofe para todos, porque, si está tan enferma como me temo, nadie va a poder serle de más ayuda que yo.

La lógica era tan sólida como la propia Gerda; pero era típico de mi madre de acogida imaginar una enfermedad en otra persona, que después ella podía reparar durante un par de décadas en nombre de la Bondad de Corazón; claro que, en ese caso, por supuesto que sentí alivio por su decisión. Luego continúa:

He vuelto a hablar con Gerda del problema, y por una vez parece tan desconcertada como si se encontrara ante algo que nunca había visto. Nunca pensé que Gerda pudiera ponerse así. Inger Marie siempre ha fantaseado mucho, así que tal vez eso explique lo de los diarios de Magdalene. Ya de pequeña, contaba a las puericultoras más ingenuas que Villa Kongslund estaba llena de hijos de gente famosa, y que por eso realizaban allí una obra oculta como protectoras secretas de los ricos. Debió de inspirarse en las familias distinguidas que paseaban con sus hijos por la zona y, como dice Gerda: tal vez haya combinado eso con los divertidos apodos de personas famosas que poníamos a los niños. Entonces la dejábamos fantasear. Al fin y al cabo, parecía algo inocente. Pensábamos que nadie iba a creer aquellas historias fantásticas. Tal vez fuera un error.

Una vez más, mi madre de acogida trata de ocultar la realidad que nadie debe descubrir. De la que yo soy prueba viviente. Yo era, mejor dicho, soy hija de un hombre famoso, por mucho que

habría preferido seguir viviendo ignorando ese hecho.

Después Magna siguió investigando lo que denominaba «la vida secreta de Inger Marie». Aparte de los doce cuadernos azules que contenían el diario de Magdalene, encontró algunos de mis apuntes, los que trataban sobre mis conversaciones con Magdalene en los años posteriores a su muerte, que leyó un día, mientras Gerda me daba clases en la sala del jardín.

Tengo un terror indescriptible. Ha descrito la muerte de Magdalene lo primero de todo, pero hay algo que no encaja. O tal vez haya reprimido cómo sucedió en realidad. Cuenta que la anciana estaba durmiendo en paz en la silla de ruedas en su terraza, justo la noche en que los norteamericanos alunizaron, y que por eso debió de morir feliz. Pero no ocurrió así. Hay algo en su distorsión de la realidad que me inquieta. No sé qué significa ese relato, y ya no me atrevo a pedir consejo a nadie. Ni siquiera a Gerda.

Del Protocolo se desprende que en los años siguientes visita a menudo mi habitación cuando no estoy, pero nunca descubre mi escondite más antiguo y más secreto: el que se encuentra tras el revestimiento trasero del viejo armario de limonero del capitán, donde están escondidos mis apuntes sobre Orla, Peter y los demás. Nunca va a encontrar mis anotaciones sobre mis compañeros de la Sala de los Elefantes, los que me fueron abandonando, uno a uno, pero que ahora han vuelto.

En un momento dado, parece tranquilizarse un poco porque se ha convencido a duras penas de que debo de haber terminado de escribir y fantasear, como lo llama; por lo visto eso suaviza también sus celos por mi amiga del alma:

«Creo que Magdalene ha salido por fin de su vida», escribe a principios de 1974.

La reparadora de todas las almas perdidas puede ser así de ingenua.

Por esa época, Gerda continúa dándome

clases; de vez en cuando le ayuda una maestra de la escuela (que también ha adoptado a un niño de Kongslund), y los fines de semana ayudo a cuidar a los niños mayores de la Sala de las Jirafas y la Sala de los Erizos. Todo transcurre casi con normalidad.

Las preocupaciones de Magna son ahora más de tipo práctico y maternal, y cuando entro en la adolescencia y luego me acerco a los veinte, escribe:

Creo que, a pesar de todo, conseguimos hacer el trabajo para el que nació Kongslund. Pero por supuesto que me preocupa que no tenga otros intereses que dibujar lunas y planetas, que copia de sus libros de astronomía, y observar la isla de Hven con los restos del viejo catalejo oxidado que tanto le gusta. Veo cada vez más claro que va a vivir el resto de su vida en Kongslund. Es la única seguridad que puedo ofrecerle.

Por sus anotaciones, veo lo importante que es

para ella conservarme y alejar cualquier idea sobre entregarme en adopción, con ayuda de lo que siempre recalca ante la señora Krantz y la altruista Asistencia a la Maternidad: que yo era demasiado frágil y especial para tratar con otra gente: «No va a ir a ninguna parte».

Leyendo el Protocolo de Kongslund, me daba plena cuenta de que dejó que su hija de acogida, convencida de que no venía de ninguna parte, viviera su vida, para poder llevar a cabo su colosal engaño sin riesgo de ser descubierta.

De la lectura se desprende que durante los años siguientes Magna parece pensar que mis defectos iban desapareciendo uno a uno, hasta que un día me ve como alguien fascinante: una mujer bella, rubia y bien formada que se parece cada vez más a «su madre». Se trata, por supuesto, de una distorsión provocada por su enorme y frustrado amor maternal, pero hace que ponga todo su afán por mantenerme apartada de otras personas. Teme, escribe, que Ole Almind-Enevold, en alguna de

sus visitas a Kongslund, repare en el parecido con su joven amante de la sala de visitas n.º 4, cosa que, por supuesto, no ocurre. Soy morena como un palo doblado y retorcido metido en la tierra, cosa que ni la fantasía de una madre puede hacer cambiar por muchos años que pasen.

Solo en unas páginas del Protocolo encuentro señales de una especie de arrepentimiento por lo ocurrido y por el destino del que me ha hecho partícipe. Aparece casi al final:

En este libro que trajo el mar he descrito todo tal como sucedió en realidad. No por consideración hacia los implicados ni hacia ninguna otra persona, porque Gerda ha prometido quemar el Protocolo de Kongslund si me muero, sino porque debo tratar de comprender lo que ocurrió. Me duele tener que guardar un secreto tan grande ante mi hijita, y tener que hacerlo durante toda su vida, pero no existe otra opción. Mi único temor es que un día formule la pregunta equivocada a Gerda: ¿quién es mi madre? Porque Gerda nunca ha

sido capaz de mentir. Por suerte, Marie no sabe ni que exista esa pregunta. Y por eso tampoco ha podido imaginarse que exista una respuesta.

Habían cerrado con llave todas las puertas que conducían al mundo que me rodeaba. Yo estaba entre Tinieblas, tratando de comprender el enorme engaño.

Noté que el agua de mi interior se derramaba sobre los viejos papeles del cuaderno de bitácora de Magna, y quise cerrarlo, pero era incapaz de mover las manos y mis hombros torcidos. Recordaba con demasiada claridad mi visita a Gerda, el día que formulé mi pregunta sobre el misterioso John Bjergstrand y ella, con sus últimas fuerzas antes de desvanecerse, susurró: «Marie..., ¿no existe ningún John Bjergstrand!».

Pensé que estaba mintiendo por primera vez en su vida, y la desprecié por ello. Pero fui injusta, porque la respuesta que me dio era la verdad de cabo a rabo. Seis palabras, como restos de un



naufragio en la arena.

El Protocolo se acerca al final, no quedan muchas páginas. Pese a que la rabia no me ha abandonado del todo, parece que mi respiración se ha sosegado un poco.

Luego la cosa vuelve a torcerse, porque Magna menciona otra cuestión que la ha tenido inquieta. Su preocupación se centra ahora en el viejo espejo rococó que ha colgado de la pared frente a mi cama en la Habitación del Rey durante todos los años que la he ocupado. Según sus anotaciones, no se dio cuenta de mi especial relación con el espejo hasta que entré en la adolescencia y un día encontré un viejo vestido en un baúl del desván. Era verde como el follaje del haya, cuenta, pero estaba gastado por el tiempo. Pese a ello, me lo puse, como suelen hacer los niños, y un día que Magna entró sin llamar a mi habitación, me encontró delante del viejo espejo, dando vueltas y más vueltas con los brazos levantados por encima de mi cabeza.

«Era un espectáculo grotesco», escribió.

Y como solo me vio bailar, no llegó a oírme formular al espejo la pregunta que todo el mundo recuerda de los cuentos de su infancia, la única pregunta lógica:

—¿Quién es la más fea?

Por eso, tampoco oyó la respuesta, y como, igual que todas las madres, seguía viendo de color rosa cuanto se relacionaba conmigo, la experiencia la dejó abatida.

No tengo ni idea de qué hacer, y nadie puede ayudarme. Inger Marie sigue considerándose feísima, como la niña de pelo negro, espalda torcida y pies extraños que anda por Kongslund tirando de un viejo elefante con ruedas japonés oxidado. He tratado de decirle lo mucho que ha cambiado. He tratado de decirle lo guapa que se ha puesto, pero creo que no quiere oírlo. Ese espejo ha sido su propiedad más preciada a lo largo de los años, incluso después de que se cayera de la pared y se rajara, y ahora nadie puede reflejarse en él. No comprendo qué es lo

que ve. Y cuando se vuelve hacia mí, estoy a punto de llorar.

Sentí la tentación, una vez más, de volverme hacia mi viejo espejo mágico, que colgaba detrás, pero no lo hice. Estaba segura de que notaría enseguida mi debilidad y aprovecharía la posibilidad de escapar de su oscuridad, una vez más. No me atrevía a correr el riesgo.

Dentro de un mes me jubilo. He comprado un piso en Skodsborg. Pero Inger Marie seguirá viviendo en Kongslund. Es su propia decisión. La comprendo y la acepto. Esta es su casa.

Me tranquiliza que Susanne Ingemann tome mi puesto de directora. La quiere tanto como una persona que no sea yo puede querer a Marie.

Solo quedan unas pocas, pero dramáticas, notas

en el Protocolo de Magna. Justo las que desvelan la verdad sobre el enigma que en la opinión pública se conoció como «caso Kongslund».

Sin duda, van a hacer caer al Rey Absoluto, y pondrán de inmediato freno a su obra, estoy segura, y por eso he pensado pasar a otros el Protocolo, del único modo que se me ha ocurrido. Pero las últimas anotaciones podrán usarse también contra personas que ella ha querido, sobre todo la niña a la que educó como a su propia hija. Eso es inevitable.

Magna y Gerda llevaban cuarenta años creyéndose seguras de que nadie podría desvelar su secreto y mi verdadera identidad, cuando las cosas se les torcieron. No por desidia o falta de cuidado, sino porque el Destino permitió que un turista se levantara de un banco de Adelaida, supongo que algo distraído, y dejara olvidado un periódico que había dado media vuelta al mundo para llegar allí. No hizo falta más.

Eva Bjergstrand advirtió por casualidad el

periódico del banco ante el hotel australiano con turistas daneses... *Fri Weekend*.

Vaya nombre curioso, pensó.

Un impulso la llevó a recogerlo, probablemente porque era del 8 de abril de 2001, Domingo de Ramos, y por eso le recordó las Semanas Santas de su infancia.

Ella había nacido un día de Viernes Santo, el 7 de abril de 1944.

Dentro del periódico, repara en la boda celebrada en la iglesia de Holmen, que además ha tenido lugar el día de su cumpleaños, y no cabe duda de que, con esos pocos detalles casuales, el Destino tiene la voluntad de arrastrarla al juego que nadie comprende en ese momento. El responsable de su desgracia le sonrío desde una de las imágenes; está tomada en el exterior de la iglesia, y todo lo que ha tratado de olvidar vuelve, como si nunca hubiera desaparecido.

Cinco días después, el día de Viernes Santo, 13 de abril de 2001, escribe dos cartas: una a

Magna y otra al hijo que nunca ha visto.

Las envía el 17 de abril de 2001. Es el primer día de trabajo después de las vacaciones, y están dirigidas a Martha Ladegaard, en el hogar infantil de Kongslund.

Pero el envío me llega a mí, porque mientras tanto Magna se ha jubilado y se ha mudado, y el cartero no se da cuenta de que no es mi nombre el que aparece como destinataria.

Aquella mañana el Destino debió de bailar regocijado sobre el borde de su cama celeste.

Como Eva lleva todo el verano esperando en vano una respuesta de Magna, toma la única decisión posible que puede sustituir sus ganas de poner fin a todo. Suspende su exilio y decide buscar su pasado.

Llega al aeropuerto de Copenhague en un avión proveniente de Australia. Es la primera semana de septiembre de 2001. Desde el vestíbulo del aeropuerto llama a Kongslund, donde una puericultora le dice que Magna se ha mudado hace

tiempo y que ahora vive en Skodsborg. Llega sin avisar a casa de Magna la noche del 10 de septiembre de 2001. Las casualidades empiezan a generar como por milagro sus patrones, con los que más se divierte el Amo. «Fue una conmoción», escribe Magna.

Fue una conmoción ver a aquella persona, que jamás pensé que volvería a ver, en el umbral de mi puerta. Había envejecido, pero a su manera estaba también tan guapa como la vez que la ayudamos a conseguir el indulto y la libertad. Como es natural, yo habría preferido un reencuentro más conciliador, pero no pudo ser. Quería ver a su hijo, y esta vez no iba a aceptar ninguna clase de negativa. Me di cuenta de que estaba furiosa.

Y entonces ocurre algo, tal vez provocado por el enorme sentimiento de culpa de Magna, o tal vez por un miedo intuitivo hacia la mujer que sabe que han condenado por asesina.

Su furia y su decisión me tenían muy asustada. Sobre todo cuando, como aquella otra vez, amenazó con romper su promesa de silencio si yo no cedía. En mi estado de susto y desconcierto, le dije que podía encontrar todas sus respuestas en Kongslund, porque era verdad. No me atrevía a contarle la verdad a la cara, aunque tenía derecho a saberla. Creo que decidió ir directa a Villa Kongslund, a pesar de que ya era tarde, pero nunca me he atrevido a preguntarle sobre eso a Inger Marie. No sé qué pasó después.

Con una mezcla de horror y compasión, y probablemente sentimiento de culpa, porque nunca me he atrevido a llevar hasta las últimas consecuencias mi opinión de mi madre de acogida, Magna envió a aquella mujer tan injustamente tratada a Kongslund, para que le respondieran la única gran pregunta que la había llevado de vuelta a su país natal: «¿Dónde está mi hijo?».

En aquellas horas, en el fondo de su alma Eva debió de sentir la traición de la que había sido



objeto.

Cuando llamó a la puerta del anexo de Kongslund, fui yo quien abrió, tal como había planeado el Destino.

Era tarde, estaba oscuro, Susanne se había marchado a su casa y hacía tiempo que, en el hogar infantil, todos dormían. El guardia nocturno estaba en la sala del jardín viendo la televisión.

—Me llamo Eva Bjergstrand. —Fueron las cuatro palabras con que se presentó.

Estaba en los escalones de piedra, todavía en sombras, pero vi que era una señora mayor, y mi sorpresa no fue menor que la de Magna. La mujer que había estado buscando durante días junto con Susanne estaba, como por milagro, allí, ante la puerta del hogar infantil.

Los primeros segundos no dije nada y, si no fuera porque estaba entrenada en mantener conversaciones con el espejo mágico de mi habitación, la expresión de mi rostro habría desvelado enseguida mi susto.

Antes de que pudiera detenerla, avanzó con paso desesperado más acá del umbral hasta el vestíbulo de la villa donde vivió su bebé, la villa que la separó de él para siempre. Recuerdo que observé que había mechass rubias en su pelo canoso ondulado; aún recuerdo los detalles más extraños de aquella noche.

Estuvo un buen rato inmóvil, observándome. Después solo recuerdo la única pregunta que susurró.

—¿Cómo te llamas?

No respondí.

—Magna me ha dicho que debía preguntar aquí por mi hijo —hizo saber con una voz sorprendentemente clara y penetrante.

—¿Su hijo?

Oculté mi desconcierto tras una cortesía que, por lo demás, raras veces desplegaba hacia el mundo circundante, del que no formaba parte.

—¿Cómo te llamas? —repitió.

Con un impulso repentino, la empujé hacia la

oscuridad de los escalones de entrada y le pedí que esperase mientras iba a por mi abrigo. Al fin y al cabo, a principios de septiembre no hacía tanto calor.

—Los niños duermen —aduje. Recuerdo con nitidez la disparatada excusa.

Apenas habíamos llegado a la playa cuando repitió por segunda vez la pregunta cuya respuesta tenía tal importancia para ella:

—¿Cómo te llamas?

Y luego añadió, aún con más insistencia, por lo que recuerdo:

—¿Quién eres?

Decidí desvelarme un poco, e intentar una respuesta, pese a que el viento aullaba, como alarmado, en las copas de las hayas de lo alto de la cuesta, a nuestras espaldas.

—Me llamo Marie —dije—. Soy la hija de Magna.

Por una vez, no añadí «de acogida» a la palabra *hija*, y también sentí algo de inquietud ante

esa precaución, pero sin comprenderla.

Los minutos que siguieron caminamos juntas por la playa en dirección a Bellevue. Pareció reflexionar sobre la información que le había dado.

Debimos de caminar en silencio unos cientos de metros, cuando de pronto se detuvo y sacudió la cabeza.

—No —dijo. Y no se movió.

Yo tenía el rostro vuelto hacia la isla de Hven. Pero oí bien su observación, que comprendía de alguna manera, aunque en aquel momento no sabía nada de lo que sé ahora.

—Te llamas Jonna..., Jonna Bjergstrand —aseguró—. Ese es tu nombre de pila. Aunque ahora te llamen de otra forma.

—No, me llamo Marie. Puede que tu *hijo* se llame John Bjergstrand —dije sin tono en la voz—. No Jonna.

Pensé que la mujer había enloquecido en su búsqueda de su bebé perdido.

—Mira cómo nos parecemos —dijo con un tono de voz extraño que me irritó tanto como el sonido del viento en las copas de las hayas a nuestras espaldas—. No hay la menor duda. Mira nuestros ojos... Esa mirada y ese color de ojos son inconfundibles. Tenemos los ojos idénticos.

—Tu hijo se llama John —repetí—. No Jonna. Diste a luz un chico. Yo soy la niña abandonada de Kongslund.

Percibí sus sacudidas de cabeza, pese a haberme vuelto hacia el mar y estar de espaldas a ella.

—No. Jonna —repitió.

—No —insistí, vuelta hacia el mar y la oscuridad.

En aquel instante extendió la mano hacia mí, y sin darme la vuelta noté que su mano derecha se acercaba por detrás a mi hombro. Nadie solía tocarme. Gerda no lo hacía. Tampoco mi madre de acogida. Ni siquiera Asger.

«No existe ningún John Bjergstrand». De

pronto fue como si oyera la voz de Gerda, aunque en aquel momento aún no había pronunciado esas palabras.

Su mano rozó mi hombro izquierdo, torcido, y giré sobre mis talones. Ella dio un paso atrás, asustada, y la empujé para que me soltara. La empujé con fuerza, con los ojos cerrados.

No recuerdo más. Ni los segundos ni los minutos posteriores. Ni las olas rompiendo contra la playa, ni el sonido de la tormenta en el estrecho de Øresund. Nada.

Todo parece tan extrañamente familiar en las Tinieblas... Escuchamos; somos invisibles; nos balanceamos en una larga hilera al borde del abismo, mientras un verso se encadena con otro, y la canción es el único sonido que oímos.

Tal vez en algún momento cante al viento, o tal vez solo imito las palabras con los ojos cerrados, como hacía siempre en la Sala de Recién Nacidos.

Ya no me acuerdo.

Cuando desperté, la mujer yacía a mis pies. Se

había derrumbado sobre la arena. Vi que su cabeza había chocado contra una piedra. Uno de los ojos estaba cerrado, y el otro, desmesuradamente abierto, y cuando me arrodillé no tuve ninguna duda: al igual que el ojo del Lerdo en aquel espantoso segundo de Orla miraba al cielo sobre el pantano, el ojo que le quedaba a Eva miraba con fijeza a las Tinieblas sobre el estrecho, pero sin ver nada. La piedra en la que se apoyaba su cabeza era, por lo que vi, la única en muchos metros a la redonda. Debió de tener la mala suerte de caer justo allí, y en el mismo segundo divisé otra cosa: había un pedazo de cuerda sobre la arena, un poco a la derecha de ella, y la cuerda, con el paso del tiempo, se había retorcido sobre sí misma y parecía formar un nudo de ahorcado.

Cuando la vida se detiene, percibes las cosas más extrañas.

Lo más seguro es que la conjunción de las tres cosas —el ojo, la piedra y la cuerda— me diera la inspiración para dar el único paso lógico que

podía imaginar, y que debo contar aquí para terminar la historia.

El Destino me mostró sus cartas por primera y última vez en mi vida. La mujer yacía, como el Destino quiso siempre, junto a sus niños. O, más bien, los símbolos que habían dejado. La piedra con que chocó Kjeld, el hijo del portero, cuando el caballo de Severin lo arrojó por el aire en el pantano. La cuerda con la que se ahorcó el policía cuando Nils Jensen lo fotografió en su papel de hombre violento (yo ya había leído la historia para cuando encontré su nombre). El ojo, que hizo que la mujer quedara mirando al cielo, igual que el Lerdo en el pantano la vez que el brutal ataque en el que intervino Orla lo mató. Como en el resto de historias que guardaba en mi memoria.

Me quedé un rato largo en la oscuridad, observando los tres objetos. Allí yacía la anciana, a unos cientos de metros del lugar donde los siete niños de la Sala de los Elefantes empezaron su vida en soledad. Había muerto tratando de



encontrar entre ellos a su hijo.

Era espantoso lo cerca que había estado, pero no lo consiguió, porque el Destino la detuvo con un buen empujón.

Tras esa reflexión, vacié sus bolsillos de papeles, dinero, pasaporte, billetes y otros efectos personales. No debían identificarla, no debían darle ningún nombre, porque no tenía que ver con ninguno de nosotros.

No tenía que ver con nadie.

Solo pasé por alto una cosa: la foto de la que Knud Tåsing oyó hablar más tarde a una fuente policial, la imagen del hogar de mi infancia con sus siete chimeneas características, que un comisario de Policía vio que la muerta llevaba encima a la mañana siguiente, sin relacionarla con Villa Kongslund, que por lo demás se alzaba a unos pocos cientos de metros playa arriba.

Aquello le costó la vida. Estaba segura de que había sido obra de Carl Malle, pero nunca iba a poder probarse, como tantas cosas relativas al

asunto Kongslund.

Hasta los cazadores más hábiles cometen errores decisivos.

**D**espués volví por la orilla de la playa, tan rápido como pude y sin hacer ruido.

En Kongslund me deslicé silenciosa de habitación en habitación para no despertar al guardia nocturno, que, como siempre, echaba una cabezada en la sala del jardín, e hice lo que había que hacer.

Primero fui en busca de la vieja rama de tilo que recogí en el Colegio Privado cuando leí en el *Søllerød Posten* la noticia de la muerte del rector Nordal. Comprendí de inmediato qué había ocurrido y quién era responsable; claro, porque había visto muchas veces a Peter entrar al bosque en bici con la gran bolsa negra, y cuando talaron el árbol no tuve ninguna duda de la relación.

Luego fui en busca del viejo libro que leyó Ejnar-ovni en su última hora, dentro del agujero negro donde decidió dejarse morir a causa de su amor por Asger. *La niebla negra*. Lo había encontrado en la terraza de Asger, encima de una mesa de jardín, una de las últimas veces que lo visité, y guardé aquellos dos recuerdos de mis compañeros de la Sala de los Elefantes que más admiré durante mis años en la Habitación del Rey, y ni siquiera expliqué a Magdalene la importancia que tenían para mí.

Para terminar, abrí la jaula del despacho de Kongslund, atrapé uno de los cuatro pequeños canarios dormidos, el que más recordaba a *Afrodita*, y lo saqué antes de que pudiera escapar. Era viejo, pero seguía siendo bonito. Luego cerré la jaula. Solo necesitaba un pájaro para recalcar lo simbólico de mi acto.

Cerré en silencio la puerta de entrada tras de mí y volví adonde estaba la muerta en la playa con mis regalos en brazos, y tuve cuidado de caminar

por la orilla, donde mis huellas no podrían seguirse cuando llegara el día. A mitad de camino hacia la anciana, me arrodillé y apreté la cabeza del canario de Susanne contra la arena hasta que se ahogó y se quedó quieto.

Cuando llegué a la mujer muerta, coloqué los objetos que había llevado en torno a ella, como me pareció que quedaba más bonito y adecuado, hasta que quedó perfecto.

La simetría, preferida de reyes y dioses, por una rara vez me había ayudado, y había cuidado con esmero que mis seis saludos a la mujer muerta estuvieran bien dispuestos sobre la arena; formaban, en mi opinión, un dibujo perfecto, que simbolizaba lo que había ocurrido. Eva Bjergstrand tenía el rostro mirando hacia el estrecho, de donde habían llegado durante generaciones los niños abandonados, balanceándose entre los juncos hasta llegar a su salvadora, aquella magnífica mujer de la vieja villa de la costa.

No podía hacer más por la muerta.

Aquella noche hubo un séptimo objeto en la orilla de la playa, por supuesto, que la Policía nunca encontró, porque cuando ellos llegaron hacía tiempo que había desaparecido. Mi regalo personal para Eva, lo único que las escasas personas que me conocían siempre relacionarían conmigo: las Tinieblas...

Y las Tinieblas me ocultaron, como lo habían hecho siempre, cuando abandoné el lugar.

Luego sentí un extraño alivio. Tuve la misma sensación corporal que la mañana que me encontré con Magdalene en el embarcadero por primera vez y pasé horas llorando en sus brazos. El encuentro con Eva tuvo el mismo efecto en mí. Cuando el Destino pone sus zancadillas, en realidad no piensa en las consecuencias. Es puro reflejo. Como cuando un médico golpea con un pequeño martillo la rodilla de un niño. Y cuando provoca la última caída fatal, no diferencia entre unos motivos y otros, y desde luego que no en los

diversos grados de agitación emocional del elegido.

Sabía sin asomo de duda que tampoco la Policía iba a hacerlo.

Irían a buscarme sin más, y después me alejarían de Kongslund para siempre; eso no podía permitirlo.

**D**os días más tarde, mi madre de acogida se fijó en un breve del *Søllerød Posten* que transformó todo su mundo.

Sé que desde aquel día ha vivido atemorizada.

«Han encontrado una mujer muerta sin identificar en la playa, entre Kongslund y Bellevue», escribió en el Protocolo.

A Magna le pareció que la descripción se adaptaba perfectamente a Eva Bjergstrand. «Tengo más miedo que nunca», escribió después.

Al día siguiente de morir Eva me puse a borrar

las últimas huellas que pudieran relacionar el cadáver de la playa conmigo. En los días previos había estado buscando a Eva en compañía de Susanne Ingemann, y un empleado de la embajada australiana nos dijo que había vuelto a Dinamarca. Después empezamos a buscarla por los hoteles, y entonces dije a Susanne Ingemann que por pura chiripa había seguido la pista de Eva Bjergstrand hasta un pequeño hotel de Frederiksberg Allé, pero que se había marchado sin pagar y sin dejar la menor huella.

Dije que había desaparecido de manera irrevocable.

Pero ella insistió en ir a la biblioteca municipal a leer los periódicos de los últimos días. Dijo que a lo mejor había tenido un accidente.

Para mi alivio, su descubrimiento de la muerte de Eva hizo que exigiera parar de inmediato todas las actividades que tenían relación con el caso. Y yo le estuve agradecida, entonces me pareció un

raro gesto de camaradería por parte de mi antiguo adversario de las alturas. El Destino decidió ocultar el pequeño empujón desgraciado en una playa danesa con la mayor acción terrorista de todos los tiempos.

No iba a dirigirse la menor atención a una muerte tan insignificante, aunque misteriosa, en una playa de Dinamarca.

Guardé las cartas de Eva en mi escondite secreto del viejo armario y me dispuse a esperar con paciencia a que pasara el peligro de que lo descubrieran. En los años que siguieron las sacaba con regularidad y releía sus palabras a Magna y al hijo desconocido, que yo estaba convencida de que debía de ser uno de mis compañeros de la Sala de los Elefantes: Orla, Peter, Severin, Asger o Nils. Tras cada lectura sentía la misma rabia de la primera vez que las leí, y todas las veces mi temor al descubrimiento superaba mi obsesión por encontrar al hombre que arruinó las vidas de Eva y de su hijo. El padre biológico de John Bjergstrand.



Durante los siguientes siete años, todo mi odio se dirigió contra aquel desconocido, pero no tenía ni idea de cómo avanzar en mi investigación. No lo supe hasta que, en el sesenta aniversario de Magna como directora, por fin desperté de mi trance, que de otro modo podría haberme durado toda la vida.

Cuando los periódicos empezaron a hablar sobre la fiesta de aniversario de Kongslund el 13 de mayo de 2008, me di cuenta de que no sería seguro esperar más tiempo. Tenía que continuar, se lo debía a Eva, y sobre todo debía al niño desconocido encontrar al hombre que arruinó las vidas de dos personas. En los días previos al aniversario, toda la atención estaría volcada en mi hogar y en mi madre de acogida, y por eso nunca iba a haber mejor ocasión para suscitar el interés de la opinión pública en el caso, sin que yo me viera envuelta.

Era lo que pensaba.

El día de la Ascensión, jueves, 1 de mayo, me

tomé el fatigoso trabajo de pegar letras en los cinco anónimos que iba a enviar a los chicos de la Sala de los Elefantes. No había razón para implicar y asustar a Susanne, que ya no se atrevía a hacer nada.

Como Nils Jensen desconocía su papel de hijo adoptivo, seguí un impulso súbito y, por una especie de consideración hacia él, escribí también el nombre de Knud Tåsing en el sobre. Apunté en la página de revista con la foto de *Los siete enanitos* que la carta se había enviado también al jefe de Gabinete del Ministerio Nacional, Orla Berntsen, porque sabía de la violenta enemistad entre Orla y Knud, después de haber seguido sus carreras lo mejor que pude a lo largo de los años.

El efecto de mi maniobra fue mucho más violento de lo que había esperado, sobre todo porque por aquellas fechas *Fri Weekend* esperaba un caso escandaloso que sacara al periódico de la espiral mortal que lo conducía a la quiebra. La historia fue directamente a la primera plana. Desde

el principio, Ole, Magna y Carl debieron de ver con claridad que algo iba muy mal. Alguien había encontrado una información peligrosísima y trataba ahora, en público, de abrir el oscuro corredor que conducía al secreto que habían mantenido oculto durante casi cinco décadas. La reacción de pánico del ministro nacional no hizo más que confirmar a los cazadores la importancia del caso, y se debía, por supuesto, a su posición como heredero del reino en una situación en la que el primer ministro del país se encontraba a las puertas de la muerte.

La menor sugerencia de una relación entre él y una asesina, y un pacto secreto de entrega en adopción de hijos de gente famosa, iba a costarle el puesto de ministro y todo el reino.

Solo por esa razón, hizo llamar a Carl Malle y le encomendó una misión, solo una, pero corría prisa: encontrar al autor de los anónimos.

Seguido de otra: encontrar al niño; encontrar a John Bjergstrand.

Antes que los demás.

También Magna fue presa del pánico durante aquellos días, por lo que se leía en el Protocolo de Kongslund; la razón no era solo el miedo a que se vieran dañadas la labor y la fama del hogar infantil, y su propio papel. Seguía quedándole una preocupación que en muchos aspectos eclipsaba a las demás, ya que era de carácter personal: yo.

La inquietud que noté en Magna después de la muerte de Eva no había sido fruto de mi imaginación, pero nunca comprendí por qué continuó con la misma fuerza los años siguientes. Era como si ya no se atreviera a mirarme a los ojos, y nunca se relajaba de verdad en mi compañía.

Ahora describía en el Protocolo, sin ambages, cuál era la razón, que yo debería haber adivinado mucho antes.

«¿Puede tener alguna relación con Inger Marie?».

Cuando leyó lo de la muerte de la misteriosa

mujer en la playa, que entendía que debía tratarse de Eva, primero pensó en Carl Malle como posible autor —tenía, junto con Ole, un móvil evidente—, pero luego se dio cuenta de una relación mucho más lógica e inquietante: la última persona que vio a Eva con vida podría muy bien ser yo, su propia hija de acogida; además, era lo más probable.

«Temo la verdad más que nunca», escribió.

Era posible que, a pesar de sus bienintencionadas reparaciones, yo hubiera heredado la mente de mi madre biológica. La mente ante la que me puso sobre aviso Gerda, sin que yo lo entendiera en su momento.

Por otra parte, el temor de Magna contenía también su natural miedo maternal a que yo debiera expiar mis posibles acciones. Como la mayoría de las madres, no podía soportar ver a su hija descubierta, deshonrada, humillada, encarcelada.

Solo quedan cuatro anotaciones breves en el viejo libro. La primera es de mayo de 2008, en medio de las reacciones en la prensa al anónimo y al posible pasado turbio de Kongslund:

Creo que el anónimo del que habla *Fri Weekend* ha asustado a Carl y Ole tanto como a mí. No saben que Eva ha muerto, nadie más lo sabe, porque nunca identificaron a la mujer de la playa.

En la página siguiente, el 12 de mayo de 2008, en una de sus raras anotaciones fechadas, escribe:

Estos días no me he atrevido a leer periódicos ni a escuchar la radio, porque me da miedo confirmar mi temor a lo que no debe ocurrir. No me he atrevido a salir de estas cuatro paredes, me he encerrado y he rechazado todo contacto. Solo rezo por que nadie tenga que sufrir otra vez, y ya no me atrevo a pensar en lo

que pusimos en marcha hace tanto tiempo. No me atrevo a reconocer las consecuencias que pueden haber tenido mi orgullo y mi obsesión por proteger. No debe ser verdad. Tengo auténtico miedo de los actos que ha provocado mi amor por Inger Marie.

Desesperada, esos días busca a Gerda, y con ella le espera otro susto. Veo por la letra que su mano tiembla.

Esta mañana he visitado a Gerda para hablarle de la muerte de Eva Bjergstrand. Le he preguntado si sabía algo de Eva y lo que había sucedido, que no me hubiera contado. Enseguida se ha puesto a hiperventilar, señal que conozco bien.

He tenido que darle dos copas grandes de oporto para que me contara la historia, que es lo más horrible que he oído en mi vida. Su relato hablaba de Dorah Laursen, la de Svanemøllen, cuyo hijo se convirtió en «John Bjergstrand» cuando hicimos el cambio. Cinco años más tarde, en febrero de 1966, Dorah

telefoneó de pronto a Kongslund para decir que se había arrepentido de que «nos llevásemos a su hijo», según me contó Gerda. Habló con Gerda, y su exigencia era grotesca. Quería que «le diéramos otro niño»; de lo contrario, iba a desvelarlo todo. Después, Gerda decidió encargarse del asunto, por mi bien, y hacerlo sola, sin mezclarme a mí en ello. Para protegerme.

Es la cosa más espantosa que he oído contar a una persona, pero entiendo que es verdad, puesto que Gerda no es capaz de mentir. Dos días más tarde, robó un niño de su coche en las calles de Copenhague y se lo dio a Dorah. Falsificó un certificado de nacimiento para acompañarlo; siempre ha sido la mayor artista de esta casa, siempre he admirado su fuerza y su decisión, pero nunca creí que fuera capaz de llegar tan lejos.

A continuación, mi madre de acogida añade:

A su modo, tenía razón. Yo nunca habría aceptado una acción tan grotesca, porque aquello habría significado el final de nuestra



obra. De Kongslund y de todo lo que habíamos construido. Gerda no podía permitir que eso sucediera. Qué persona más fiel.

En aquel momento oí al Destino reír con un raro deje humano, porque no hay cosa más divertida o grotesca que ver a la selecta vanguardia de la Bondad de Corazón caer fulminada bajo el peso de la brutalidad pura y dura. La de ellas.

El último texto del Protocolo es un arranque de furia, breve, pero sentido, tras la fiesta en el jardín de Kongslund, en su sesenta aniversario, el 13 de mayo de 2008:

Ole ha tenido la extraordinaria desfachatez de leer un texto que ha presentado como «el diario de la anciana espástica Magdalene». El texto ocupaba la mayor parte del discurso, y debía de saber cómo iba a reaccionar yo.

Revela todo lo que siempre he sabido en el fondo de mi alma: que detrás de todos los intentos de robo que ha sufrido Kongslund

durante años estaban él y Carl Malle. Encontraron mis copias de los cuadernos de Marie ¡y pensaron, estúpidos de ellos, que realmente representaban la sabiduría vital de una anciana espástica!

Un hombre así no cede. No da su brazo a torcer. No hasta que le dé el nombre de su hijo.

Pero no puedo hacerlo. Y en este momento, francamente, me alegro de ello.

**F**ue lo último que escribió. A las pocas horas de la fiesta de aniversario.

La noche siguiente fui en busca de mi madre de acogida. Fue después de que la pelea entre Carl Malle y los periodistas que habían acudido a la ceremonia hiciera que la fiesta zozobrase y supe que la batalla estaba perdida, porque el escándalo alejaría de una vez por todas el asunto Kongslund de las primeras planas, de Channel DK y del resto

de cadenas mediáticas.

Nunca me hice ilusiones de que Magna fuera a descubrir posibles aspectos oscuros de la historia de Kongslund, pero en aquel momento estaba desesperada. Me daba cuenta de que los comentarios de las últimas semanas en periódicos y televisión la habían conmocionado. Tal vez hablaría por fin si se lo suplicaba.

En aquellas semanas, yo no sabía nada de la realidad que vi por primera vez escrita en el Protocolo, después de su muerte. No sabía quién era John Bjergstrand, no tenía pruebas que pudiera emplear contra un padre biológico, y mis enemigos, Almind-Enevold y Carl Malle, parecían invulnerables.

Llamé a su puerta al anochecer, y me di cuenta de su sorpresa, ya que por lo demás nunca aparecía sin avisar. Quería expresarle mi rabia, pero, como de costumbre, de mis labios no salió ni palabra. Fue como siempre había sido en nuestra relación: mi madre de acogida martilleaba los

tallos y las flores se doblaban, como les parecía a ellas que debían hacer para que todo fuera bien, y olía a fresa, como siempre olía en el lugar donde se encontraba Magna.

Sacó unas tazas de café y las colocó, como siempre, en los platillos sin hacer ruido, e iba a servir el café cuando el Destino puso otra zancadilla de las que son irreversibles.

Todo empezó sin previo aviso. De pronto, oí que mi voz formulaba la pregunta decisiva:

—¿Quién es él, madre?

Y luego, repetida de forma algo diferente:

—¿Quién es John Bjergstrand?

Y formulada de nuevo en su tercera versión:

—¿Quién es el padre de John Bjergstrand?

Depositó con cuidado la cafetera y me dirigió una mirada extraña, casi temerosa. Esperó un buen rato. Después dijo, acentuando cada palabra y cada sílaba:

—Marie, no existe ningún John Bjergstrand.

Eran las mismísimas palabras que pronunció

Gerda Jensen en una ocasión; las mismas palabras que oí en el aire nocturno que me rodeaba, justo antes de que Eva Bjergstrand tropezase y muriera.

—Es demasiado tarde para mentir —le dije—. Hace siete años llegó a Kongslund una carta de Eva Bjergstrand, y sé que Eva era la madre del chico.

Me miró, de pronto con una dulzura en la mirada que no entendía.

—Sí, Marie. Eva era la madre.

Lo dijo con un aire de ensueño que no era característico de ella.

—Y dio a luz en el Hospital Central, en la sección B de Maternidad, es verdad; sucedió una noche de primavera de hace muchos años.

Luego me habló del embarazo de Eva en la cárcel y de cómo intentó arreglarlo todo de la mejor manera posible, siguiendo los principios más dignos de la Bondad de Corazón.

Me contó su encuentro con Eva en 2001, y al final me habló de su miedo por lo que pude haber

hecho aquella noche. Entonces detuvo su monólogo y me preguntó, con una voz tan angustiada que ya no me parecía mi madre:

—¿Te visitó en Kongslund... antes de morir?

Hice como si nada.

—¿Quién es el padre? —pregunté—. ¿Dónde está hoy el hijo de Eva?

Eran las dos únicas preguntas que importaban.

Se levantó y se dirigió a la estantería; me di cuenta de que, una vez más, evitaba responder las preguntas más importantes de mi vida.

—Marie, voy a enseñarte mis recortes de la llegada del bebé abandonado, y luego voy a contarte la historia de... todo.

Lo dijo como si fuera la cosa más natural del mundo, como si no hubiera percibido mi desesperación; para mi asombro, vi que tenía lágrimas en los ojos y que, como siempre, yo no tenía ningún derecho a presionarla, ni a mostrar la menor curiosidad. Siempre había sido ella quien decidía por las dos en el mundo que

compartíamos.

Alzó la mano derecha para sacar el álbum blanco de la biblioteca.

Fue el último movimiento que registré.

Cayó pesadamente contra las estanterías, luego giró en redondo y se desplomó ante mí. Yacía en el suelo bajo la ventana que miraba a Strandvejen y a la empresa de pompas fúnebres de enfrente, y no tardé muchos segundos en comprender que Magna se había desvanecido. No solo por un rato, sino para siempre.

Todo transcurrió con tremenda rapidez. Y con una ligereza que contradecía su magnífico aspecto y la colosal obra que en aquel momento dejaba atrás. Con esa ligereza abandonó la vida: su vida, mi vida, la vida de todos y el mundo que había estado reparando durante una generación. Parecía casi absurdo.

En aquel momento, la escena me recordó las otras dos únicas muertes que había vivido de cerca: la de Magdalene, que yació encogida de

forma grotesca a los pies de la cuesta, con la silla de ruedas rota a su lado, y la de Eva, que cayó en la playa y quedó tumbada con uno de los ojos abierto, mirando hacia arriba, hacia el cielo.

No había notado un miedo tan intenso desde la noche en que Eva extendió su mano hacia mí y, en un momento de demencia, me llamó Jonna; tal vez desde la mañana en que la espástica de la villa vecina me llamó y dijo que ya era lo bastante mayor para oír la verdad que solo ella podía contarme. Un secreto que iba a tener una importancia muy grande para mí.

Menuda estupidez de vieja chocha.

Entonces se inclinó sobre el brazo de la silla, torcida como estaba, construida de forma tan absurda como yo, y trató de esbozar una sonrisa tranquilizadora que, como es natural, no funcionaba en la realidad de su grotesco ceceo. En aquel momento, la odié de todo corazón.

«Marie, no es razonable que mueras sin haber conocido la verdad», dijo con una voz que habría



asustado a cualquier niño.

Desde que Gerda me enseñó una vez los artículos sobre ella del *Søllerød Posten*, había sido mi amiga secreta del alma, aunque nunca hasta entonces la había conocido en la realidad. Para mí fue suficiente saber que vivía en la casa vecina y que estaba tan torcida, era tan indeseada y estaba tan encadenada a la cuesta como una versión mayor de mí misma. Una persona con quien podía conversar y a quien pedir consejo, y que siempre respondería de manera que solo yo lo entendiera.

Ella había visto a la persona que llegó a Kongslund con el capazo, me ceceó —la mensajera—; ella estaba despierta la mañana que depositaron el bebé abandonado junto a la puerta de la cocina, en el anexo sur, y vio algo que era tan raro que nunca lo desveló a nadie. Pero yo debía saberlo antes de que ella muriera.

Fue casi profético. Solo le quedaban unos segundos.

«No fue un extraño quien apareció con el capazo», dijo, mirándome con su ojo espástico; en aquel momento su vieja y oxidada silla de ruedas basculó sobre el borde de la cuesta y cayó, siguiendo el camino del rey la vez que desafió el futuro de toda una nación. No recuerdo si llegó a gritar.

¿Puede gritar una persona que solo cecea?

Nunca llegó a terminar la frase. Y, claro, no dije a la Policía que había estado presente.

Puede que solo Magna lo intuyera. Pero no dijo nada, por supuesto.

Según los policías que después peinaron la cuesta —hundiendo palos en la tierra bien abonada del viejo capitán Olbers; encontraron, asombrados, varios viejos envoltorios con restos de mantequilla—, había una razón bastante verosímil para explicar el episodio: ocurrió, como

ya se ha dicho, el día siguiente al alunizaje de los norteamericanos, y la mujer espástica seguramente perdió el control en lo alto de la colina, llevada por su deseo de aventura, mientras oteaba el firmamento para ver el milagro. Porque había un catalejo sujeto a uno de los brazos de la silla, aunque lo encontraron roto, como si alguien lo hubiera pisoteado con fuerza contra la tierra.

Pobre vieja lunática, como dijo con un suspiro el mando policial en la cuesta.

Encontré un solo papel en el aparador de la sala de la villa blanca; allí la anciana había escrito unas pocas líneas acerca de lo que vio la mañana que llegó el bebé abandonado, así como unos pocos garabatos acerca de la familia Olbers. Era casi ilegible. Nunca escribió otra cosa. Me llevé el papel, y mucho más tarde pasé las palabras a uno de los cuadernos azules que yo llamaba el diario de Magdalene y guardaba en mi escritorio.

A la Policía le pareció que también las circunstancias de la muerte en el caso de Magna

eran sospechosas, pero imposibles de colocar en una pauta que les pareciera lógica y que no se les escapara cuando hubiera que presentar una prueba definitiva.

Por si acaso, también registré el piso de Magna antes de abandonarlo. Sobre todo, porque esperaba encontrar el Protocolo de Kongslund; pero, por supuesto, estaba ya camino de Australia. Al día siguiente de saberse que Magna había enviado un paquete al extranjero, saqué la carta de Eva del viejo armario y cambié la fecha de 2001 a 2008, empleando el mismo principio que Gerda.

El ocho quedó algo torcido, pero pensé que, con las prisas, nadie se fijaría. El miedo de Magna a que le registraran la casa se me había contagiado, de todas formas no tuve valor para destruir las últimas palabras que envió Eva a su hijo.

Aquel pequeño cambio despistó poco después a Knud Tåsing, y para mi gran alegría cumplió su cometido a la perfección. No cabe duda de que

creyó que Eva vivía todavía, puesto que la carta estaba enviada en abril de 2008, y así fue como borré cualquier rastro que pudiera quedar de la muerte de una mujer misteriosa en la orilla de una playa cerca de Kongslund en 2001.

Fue así de sencillo.

A la vez que eso, me aseguraba de otra cosa: si alguno de los cazadores —Carl Malle o Knud Tåsing— pensaba que Magna había enviado el Protocolo de Kongslund a Eva en Australia, algo muy posible, nunca habrían pensado que entonces lo devolverían. Creerían que Eva aún vivía en alguna parte y gozaba de perfecta salud, y que por eso podría recoger el paquete.

Como el Protocolo podía contener una descripción detallada de las claras sospechas de Magna acerca de mi responsabilidad en la muerte de Eva —yo estaba segura de que era una posibilidad—, aquella falsa ilusión era de una importancia capital.

Solo la agudeza de Knud Tåsing echó a perder

después aquella parte de mi plan. Y la única razón de que no me descubrieran fue que mi madre de acogida puso los datos de Gerda en el remite.

Sería un ejercicio de hipocresía —algo que no me va, al menos ya no— si terminara este relato declarando que estoy arrepentida de todo lo ocurrido.

Por supuesto que no lo estoy.

He pensado sobre ello, pero no doy con nada que hubiera podido hacerse de otro modo. Las fatales fisuras de mi plan fueron, en mi opinión, inmerecidas, y también imposibles de prever.

Hasta ahora no he podido ver la lógica y claridad del patrón final: Eva, Magna y Dorah, en ese orden, y la extraña historia en torno al hijo de Dorah, que nos desconcertó a todos durante tanto tiempo.

Cuando en 2001 fui a casa de Dorah y le exigí

que le contara a su hijo que había sido «entregado» de Kongslund, él reaccionó de un modo que yo debía haber previsto. Lo reconozco. Telefoneó el mismo día a Magna y exigió saber qué ocurrió entonces. Y estaba furioso.

Mi madre de acogida, que en aquel momento no sabía nada del gesto monumental de Gerda para salvar el honor y la existencia de Kongslund, negó su implicación, como es natural, pero con una voz que debió de dejar entrever el pánico, pese a que de hecho era inocente.

Porque, aunque Magna no sabía lo que había ocurrido, claro que recordaba el nombre de pila de «la mujer de Svanemøllen». Dorah. «El hombre no ha creído ni una palabra de lo que le he contado», escribió después en el Protocolo.

Lars Laursen, el hijo de Dorah, se dio cuenta al instante de que las respuestas debían de estar en Kongslund, y empleó el año siguiente en investigar la historia del lugar y el especial y poderoso círculo de personas en torno al hogar infantil.

Habló con todas las antiguas trabajadoras que pudo, empleando cada hora de su tiempo libre en combinar y analizar su información, que también confirmó el mito y los rumores acerca de la actividad secreta de Kongslund en complicidad con hombres poderosos, y, por tanto, la implicación del partido en el ocultamiento.

Trabajó como un poseso, y cuando mucho después me habló de su cabreo y de su endiablada determinación, los reconocí al instante por experiencia. Al final llegó a la conclusión de que el ministro nacional debía de ser el personaje central del misterioso pasado del hogar, aparte da Magna, a la que no tenía opción de acercarse; se le ocurrió una idea que le pareció lógica y fácil de llevar a cabo, aunque exigía tiempo.

Los ministros necesitaban choferes. Él era chofer, y por aquella época conducía para la Compañía de Limusinas de Aarhus. El protector de Kongslund durante cincuenta años era ministro, y los ministerios solían necesitar choferes de manera



regular. Lars Laursen consiguió el puesto al tercer intento. Necesitó otros cinco años para llegar a ser chofer del hombre adecuado, y aquella enorme paciencia solo podía deberse a la sangre reposada que recorría las venas de su familia de las colinas.

Cuando empezó a trabajar en el Ministerio Nacional en la primavera de 2008, diseñó su plan definitivo, y lo hizo justo antes de que estallara el asunto Kongslund. Acontecimientos como esos, dentro del gran patrón casual en apariencia, son los que le parecen al Destino los más emocionantes.

Cuando me visitó tras la muerte de Dorah, me contó lo que había sucedido desde que irrumpí en la vida de su madre: que había tratado de estar lo más cerca posible de Ole Almind-Enevold, y que ahora era el chofer del ministro. Tal vez pudiera descubrir algo, decía; tal vez pudiéramos ayudarnos mutuamente en las semanas siguientes. Ya antes de la muerte de su madre había enviado un anónimo al periodista Knud Tåsing, tras haber

leído sus artículos en *Fri Weekend*.

Como es natural, me aterrorizaba pensar que aquel hombre extraño e ingenuo empezara a revolver en el asunto Kongslund y descubriera cosas que yo no deseaba que trascendieran a la opinión pública, y por eso rechacé su oferta de forma bastante maleducada e insistí en que lo dejara. Le dije que el caso Kongslund era peligroso e impenetrable.

Todo cambió cuando encontré el Protocolo en casa de Gerda y me di cuenta de mi propio papel, tal como lo describió Magna.

Fue por aquel entonces cuando decidí cometer un asesinato, y debo recalcar que aquella decisión fue mi único pensamiento asesino deliberado durante el transcurso del asunto Kongslund, aunque a mis compañeros de la Sala de los Elefantes les cueste creerlo.

El resto de muertes no fueron intencionadas por mi parte.

Estuve sentada en mi cama de la Habitación

del Rey, pensando durante horas en mi verdadera llegada a Kongslund, tal como la describía Magna en el Protocolo. Al tercer día fui paseando hasta la única cabina de teléfono que quedaba por los alrededores y llamé a Lars Laursen, que estaba solo en su piso de soltero y escuchó mi terrible información.

Le hablé de la «entrega», y del engaño en que había participado, sin disculparme por mi silencio anterior, y creo que él estaba demasiado afectado para reprocharme nada.

Le expliqué, con palabras que no dejaban lugar a dudas, que Ole Almind-Enevold estaba detrás de todas aquellas «entregas» misteriosas de las que Kongslund era responsable secreto, y que era probable que él mismo fuera hijo de algún hombre rico y poderoso, pero que toda huella de sus padres biológicos habría sido borrada de manera eficaz e irrevocable.

Recalqué, con brutalidad, que nunca iba a poder reencontrar sus raíces, porque el Rey

Absoluto había destruido cualquier información que pudiera llevar al punto de partida. Dije que era exactamente lo mismo que había ocurrido en el caso de John Bjergstrand.

Me daba cuenta de que en aquel segundo el Destino, como en todos los demás casos, podía optar por dos caminos: el amistoso o el interesante y, claro, no dudaba cuál iba a ser el que mi viejo compañero escogería al final. El Amo de las casualidades de la vida no suele dejar escapar una oportunidad así.

Yo ni siquiera estaría cerca del lugar de los hechos, y no iba a tener el menor motivo terreno.

Lo que pasa es que nunca creí que un asesino tan aplicado no fuera a dar en el blanco. La bala entró a un centímetro del corazón del odiado jefe, y fue uno más de los insensatos caprichos del Destino, que seguro que lo pondría a bailar la polka allí arriba, en su lecho celestial. Si yo, sin armas y sin quererlo, podía ocasionar la muerte de tres personas mediante un simple contacto

involuntario, un único empujón, ¿cómo era posible que aquel disparo de precisión bien planeado diera a tan poca distancia de su objetivo? Lars Laursen tenía las manos más tranquilas que habían asido nunca el volante del coche ministerial —y una pistola—, pero aun así debieron de temblarle cuando disparó apuntando al corazón del ministro nacional y después lo llevó a rastras por los sótanos bajo Slotsholmen, creyendo que estaba muerto.

## LA HABITACIÓN DEL REY

*30 de abril de 2010*

*Cuando me inclino hacia delante, veo abajo el jardín del hogar infantil, y si me pongo de puntillas y dejo la ventana entreabierto, todavía vislumbro, como en una visión, a las decididas señoritas vestidas de blanco que, durante generaciones, reinaron sobre Kongslund, casi como si todavía estuvieran sentadas en la terraza y no hubieran muerto hace mucho.*

*Es lo que decía siempre Magdalene: cuando el Destino compone sus meticulosos patrones, no lo hace con gran ceremonia ni grandes aspavientos, sino como en un juego o en la*

*agitación de un niño, y por eso nunca nos damos cuenta de lo que ocurre hasta que es demasiado tarde.*

*Hasta las personas más inteligentes creen que sus existencias siguen un rumbo cronológico, pero en el fondo, casual, y llamamos a las mayores zancadillas, a las más precisas, casualidades de la vida; es un error que también comparten los creyentes, aunque de cara al exterior sostienen que siguen una senda pensada por Dios. Porque es imposible que ninguna divinidad haya planeado con toda seriedad tanto caos como el presente en la vida.*

**E**l relato no tiene un final feliz, como le hubiera gustado a Magdalene.

He escondido el Protocolo y mis cuadernos en la arena, más abajo de Kongslund, donde sé que va a encontrarlo la persona que he designado. En el

lugar exacto donde estaba Magdalene la vez que nos conocimos.

Los papeles están bajo una manta rosa, en el mismo capazo en el que llegó el bebé abandonado, creo que es lo adecuado. Y una cosa es segura: esta vez no va a escapar nadie, empezando por Ole Almind-Enevold.

Otros deberán decidir si todos los implicados en el asunto Kongslund cargan con su parte de culpa, o si solo debe recaer sobre las personas que pusieron en marcha los decisivos acontecimientos: Ole y Carl, mi madre de acogida, Magna, tal vez Gerda, que pintó los elefantes azules, a primera vista tan inocentes, y después tejió el engaño que nos burló a todos. Y, por supuesto, la niña, que solo pensaba en encontrar un camino al mundo más allá de los muros de Kongslund, y que de un modo extraño encajaba en el patrón que forman las familias y se hereda de generación en generación, cada vez más abajo, hasta llegar al punto en que maté a mi propia madre, del mismo modo en que



ella había matado a la suya.

En mis sueños, el cielo sobre la isla de Hven sigue lleno de elefantes azules que flotan entre nubes y reflejos del sol, como han hecho siempre. Se balancean de sur a norte, hacia fuera y hacia arriba, hacia las estrellas en las que Ejnar-ovni ha encontrado acomodo al fin, y allí está, charlando con el rey de los astrónomos, el de la nariz de plata, sobre la naturaleza del firmamento.

Creo que Magdalene y su elegido los observan desde su reino de los cielos.

Ahora, al fin del relato, estoy sola en mi habitación, sentada al escritorio del capitán, como he hecho siempre, y recuerdo las palabras que leyeron en aquel aniversario que fue el último de mi madre de acogida: «Cada vez que una persona está sola entre Tinieblas llorando por otra persona, se produce el milagro...». No es ninguna maravilla lingüística, pero a veces creo que es verdad.

Estoy sentada en la vieja silla de ruedas de Magdalene con el catalejo en el regazo, mirando el

viejo espejo mágico, pero ya no recibo ninguna respuesta, por supuesto; ya no oigo provocaciones burlonas ni alusiones a mi fealdad.

¿Estará roto de verdad?

No puedo creerlo. Como siempre, mi lado derecho está normal, mientras que el izquierdo se hunde, como ha hecho siempre; no puede ser una ilusión óptica.

Desvío un poco la mirada a un lado, y de pronto es como si viera el estanque donde murió Samantha, y distingo a su madre a la sombra de los avellanos.

Junto a ella, en la sala de Søborg, está la madre de Orla sentada en el sillón azul, desde donde observa a su hijo sin decir palabra, y en Rungsted, Peter corretea por el jardín verde claro que era el paraíso de su madre.

Veó incluso la bolsa de compras roja de Hasse, que sigue guardada en el cajón cerrado con llave.

De pronto hace un frío extraño, me siento

destemplada. Extiendo la mano hacia el catalejo. Pero no está. O mis dedos no son capaces de encontrarlo. Lo busco a tientas, pero no está. Me inclino hacia delante, hacia el viejo espejo, pero no hay ningún movimiento, ya no. Luego oigo mi propia voz llamando a Magdalene, pero no llega ninguna respuesta. Es como si ella nunca hubiera estado aquí, conmigo, en la Habitación del Rey.

«¿Quién es el más guapo de los dos?». Me estremezco.

Es la misma vieja pregunta que nos hemos hecho uno al otro, pero suena extraña, desfigurada.

En ese momento me doy cuenta de quién me habla, y por qué ya no oigo responder a ninguna voz. Comprendo las palabras burlonas acerca de los acontecimientos que son más fantásticos e incomprensibles que lo que puede caber en ningún cerebro humano.

«Hasta que no entiendas eso, no habrás entendido nada».

En ese instante sé que al fin y al cabo Magna

tenía razón cuando me tenía en brazos en la terraza frente a la Sala de los Elefantes, hace tanto tiempo, y me enseñó algo que debía recordar siempre:

«Los mejores hogares están junto al mar».

Pero olvidó añadir la frase que ningún niño puede concebir y que, por eso, ningún adulto se atreve a desvelar; lo peor que puede descubrir un niño:

«Hay casas en las que al final te quedas solo».

## Epílogo del autor

# LA CANCIÓN DE MARIE

Su casa está donde siempre ha estado, a orillas del estrecho de Øresund, con vistas a la costa sueca y a la isla de Hven.

Y, por supuesto, fue así como me encontró Marie, aunque nunca llegamos a estar cara a cara, y aunque en realidad nunca llegué a conocerla.

Al igual que los protagonistas de este libro, pasé mis primeros meses de vida en el hogar infantil de Kongslund y, al igual que muchos otros, volví a menudo en mi vida adulta a la vieja villa, impulsado por una fuerza que no podía identificar y tampoco he aprendido nunca a comprender.

Cada primavera —fue en esa estación cuando me vieron apto para abandonar Kongslund— me montaba en el autobús que iba por Strandvejen, pasaba junto a Bellevue y Fortunen, y me apeaba justo antes de la colina, donde saltaba por encima de un pequeño seto y encontraba un sendero estrecho que solo yo y unos pocos más conocíamos, —el mismo sendero por el que el rey y su elegida pasearon los meses en los que se abolió la monarquía absoluta en Dinamarca. Luego trepaba por la cuesta, pasaba junto a la villa blanca abandonada donde el Escritor de Cuentos visitó una vez a un arquitecto real, y bajaba a la playa, en la que caminaba un poco hacia el norte, tal vez solo cien metros, igual que hizo Marie la noche en que el alma de Eva Bjergstrand voló hasta Dios.

Al final me colocaba como se colocó Marie en el viejo embarcadero a los pies de Kongslund, justo donde atracó una vez el barco *Falken* del Rey Bueno.

Muchas veces me quedaba allí de pie, inmóvil, una hora o dos, mirando hacia la vieja casa, y de vez en cuando aparecía una asistente o una puericultora a preguntarme qué hacía allí.

Siempre respondía lo mismo, porque era cierto. Había vivido allí de pequeño.

**E**ncontré el capazo en la arena, tal como se había previsto.

Bajo la manta rosa estaba el libro, el Protocolo de Kongslund, bellamente encuadernado en cuero grueso del mismo color que el mar.

Junto a él estaban los diarios y anotaciones dejados por Marie; entre ellos había observaciones detalladas de la persona a la que amó y a la que puso el nombre bíblico de Magdalene.

Miré la famosa fecha, el 13 de mayo de 1961, de las anotaciones de Magdalene, y al hacerlo

cayó a la arena un folio que Marie había metido entre las páginas.

La vieja canción.

Un instante después revoloteaba sobre el estrecho como una hoja de haya en la oscuridad, pero había llegado a leer lo que necesitaba.

«Siete elefantes se balanceaban...».

Marie Ladegaard de Kongslund había llegado al último verso.





ERIK VALEUR (Copenhague, Dinamarca, 1955). Es un reconocido periodista de prensa, radio y televisión, labor por la cual ha recibido importantes premios.

Ha escrito diversos libros sobre periodismo y medios de comunicación.

*El séptimo niño*, su primera novela, ha tenido un éxito espectacular y se publicará en más de quince países.

# Notas

[1] *Enevoldskongen*: literalmente, «Rey Absolutista». Juego de palabras con Enevold, el apellido del personaje. (N. del T.) <<

[2] *Den Sorte Firkant*: parte del barrio de Nørrebro, antiguamente industrial, que en los años setenta fue ocupado por gran número de personas marginadas. Como consecuencia del Plan General de 1977, fue derribado y reconstruido. (*N. del T.*)

<<

[3] Louise Rasmussen, la condesa Danner, bailarina y actriz, fue amante, y luego esposa, del rey Federico VII. (*N. del T.*) <<

[4] *Slotsholmen* («el islote del castillo») es un enclave del centro de Copenhague rodeado de canales, donde se encuentra el Parlamento danés.  
(*N. del T.*) <<

[5] *Vor Frue*: en danés, «Nuestra Señora». (N. del T.) <<

[6] *Malle*: en danés, «pez gato», una de cuyas características es su aguzado oído. (*N. del T.*) <<



[7] Situada en el centro de Copenhague, Strøget es una de las primeras calles peatonales de Europa. Nyhavn y Rådhusplads, la Plaza del Ayuntamiento, son los dos extremos de la calle. (*N. del T.*) <<

[8] *Lykke*: en danés, «felicidad». (N. del T.) <<

[9] Las películas de la Banda Olsen de ladrones de guante blanco fueron muy populares en Dinamarca durante los años setenta, y siguen siéndolo, también en Alemania. *(N. del T.)* <<